



Obras de
Domingo Faustino Sarmiento

Tomo VI
Política argentina
1841-1851

Santiago de Chile
Imprenta Gutenberg
1887

Datos sobre edición digital

Título:

Obras de Domingo Faustino Sarmiento, Tomo VI
Política argentina. 1841-1851.

Autor:

Domingo Faustino Sarmiento

Digitalización:

University of Toronto

<http://www.archive.org/details/obrassarmiento06sarm>

Imagen original de cubierta:

Wikimedia Commons

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ignacio_Baz_-_Domingo_F._Sarmiento_-_Google_Art_Project.jpg

Diseño de cubierta:

JP Avila Foto

<https://plus.google.com/+JPAvilaFotografíaMendoza>

<https://jpavilafoto.pixieset.com>

Tipo de letra:

DejaVu Fonts

<https://dejavu-fonts.github.io/>

Maquetado:

Sebastián Javier Avila

avila.seba@yahoo.com.ar

epub:

Mayo 2018

Versión 1.0

Advertencia

La abundancia de material ha obligado a dividir en tres volúmenes los escritos sobre política argentina, división que también corresponde a los diversos aspectos que desde Chile presentaba para el señor Sarmiento la política del Plata:—ataque a Rosas—su caída—reconstitución de la República.

Este volumen, que comprenderíamos bajo la primera de aquellas clasificaciones, reúne los artículos publicados desde 1841 a 1851, en el *Mercurio* de Valparaíso, y en Santiago en *El Progreso*; *El Herald*; *La Crónica*, serie de 1849 y 50; *La Tribuna*; y 1.º y 2.º tomo de *Sud-América*.

Santiago, diciembre de 1887.

Política argentina 1841

Vindicación de la República
Argentina
en su revolución y en sus guerras civiles
Por A. y X. emigrados argentinos [\[1\]](#)
(*Mercurio* de 7 de junio de 1841)

En la vida de los pueblos cada época tiene una ocupación que le ha dejado trazada la época que le precede, de donde resulta el progreso.

A los hechos acompaña la crónica, a esta sucede la historia, a la historia la crítica y a la crítica la filosofía de la historia.

Una época refiere lo que ha visto, otra coordina estos datos en un cuerpo, otra los compara y los examina, hasta que viene una que los explica y los desenvuelve.

Tal es la época actual que se ocupa de explicar los hechos históricos y de colocarlos, no en el orden cronológico en que se han sucedido, sino en el orden progresivo de los desenvolvimientos de las sociedades. Cada hombre ocupa su lugar en esta serie; y cada uno de los caracteres que parecen echados al acaso en el camino que siguen las naciones, tiene su deducción lógica, su representación determinada. Así Mirabeau sería el elocuente desahogo de una nación que por la primera vez respira, sintiendo la dignidad de su carácter; Danton, la expresión de un pueblo irritado por los peligros mismos que lo cercan; y Napoleón el representante de la gloria de la república

y la necesidad de armarse para sostener su posición. Por numerosas que se consideren las excepciones de esta regla, hay sin embargo, cierto encadenamiento en los hechos históricos, cierta analogía entre las tendencias y necesidades de las sociedades, y el carácter y fisonomía moral de los hombres que sobresalen en ellas, por lo que este hecho ha llamado la atención de los filósofos, que han hallado en el estado de civilización de un pueblo y las diversas ideas que luchan en él, la explicación, y si es posible decirlo, el sentido simbólico que envuelven los nombres históricos. ¿No llama la atención, en efecto, que Washington sea tan idéntico con la sociedad norteamericana, y Napoleón con la francesa? ¿No siente cada uno una secreta repugnancia, y como que dejasen de ser lo que son, al colocar al primero en Francia y al segundo en las colonias inglesas? ¿No es digno de notarse que don Miguel en Portugal y don Carlos en España, desplieguen los mismos medios, la misma crueldad y los mismos instintos?

Hay, pues, algo en los sucesos humanos que no se revela a la primera mirada, y así en los hombres que figuran como en los partidos que dividen a los pueblos, se nota cierta identidad, cierto aire de familia que los asemeja con las ideas que estos hombres o estos partidos sostienen, con los rasgos morales del pueblo en que aparecen. Es un hecho digno de notarse que la España y sus colonias de América hayan principiado a conmoverse a un mismo tiempo, la una por mejorar sus instituciones, la otra por librarse del yugo extraño, y si alguna diferencia se nota en esto, es efecto de sus posiciones relativas; mas hay en una y otra los mismos desenvolvimientos, los mismos partidos, la misma incertidumbre y los mismos medios de acción. Sucede lo mismo cuando se comparan unos estados con otros, en la vasta extensión que abrazan las antiguas colonias españolas. ¿Por qué razón general en todos los nuevos estados, los hechos presentan una misma fisonomía, no obstante que apenas conservan relaciones entre sí, y que los

personajes que sobresalen son tan diversos? ¿Por qué es que la marcha de sus gobiernos vacila entre extremos tan opuestos, entre partidos tan irreconciliables? ¿Por qué se dejan percibir en todas partes, las mismas oscilaciones, las mismas revueltas y los mismos trastornos?

Si nos apegamos a las exterioridades con que este fenómeno se presenta a la vista en una determinada esfera, bien podemos explicarlo con los hechos que presenciamos. La ambición de un general, las intrigas de un hombre de gabinete, la sublevación de un ejército, la influencia del gobierno, el error de un partido, en fin, cualquiera otra causa transitoria y momentánea, puede servir a descifrar los sucesos que intentamos explicarnos; mas siempre podría preguntarse ¿por qué razón moral la ambición de un general, o cualquiera de las otras indicadas, ejercen un influjo tan poderoso en los destinos de estos pueblos, y por qué motivos se desarrollan estas causas en países distintos pero con los mismos caracteres?

Un trabajo importante sería aquel que tratase de descubrir estas causas secretas que minan la existencia de las sociedades americanas, y tratase de explicar los sucesos que presenciamos y el principio moral que los engendra y los alimenta. Grande sería el servicio que prestaría a todos los nuevos estados, el que con conciencia y con profundidad, dedicase sus desvelos a esclarecer estas cuestiones que tan vivamente interesan a nuestras nacientes sociedades, e iluminando a los hombres que animados de las intenciones más loables, fijan toda su atención en el hombre o el suceso que el momento presente trae consigo, los atrajese al estudio de la sociedad misma en que estos hombres aparecen, y en que se desenvuelven estos sucesos, para que con conocimiento de las causas que los motivan, se apliquen a removerlas, o sepan estorbar sus efectos.

De este género nos parece el escrito que tiene por título el epígrafe de este artículo. Su autor, al proponerse explicar el

origen, la marcha y los desenlaces de la espantosa lucha que desgarró a su patria, se ha remontado en la introducción que analizamos, al origen de nuestras poblaciones y al estado de civilización, ideas dominantes y organización política de la nación europea de que en otro tiempo formamos parte.

La larga lucha de los partidos y el reconcentramiento a que las fuerza un gobierno que no puede tolerar la manifestación de las ideas, obra en la sociedad esta especie de reacción sobre sí misma que la lleva a estudiarse y darse cuenta de sus propios actos. Las ideas entonces lejos de debilitarse por la paralización que intenta obrar en ellas la política, se robustecen por el contrario, se depuran y se presentan cuando llega el caso de manifestarse incorporadas en forma de credo político, con principios fijos, claros y bien precisados. La espada de Napoleón pesó por el espacio de catorce años sobre la nación que en 1789 principió un inmenso y grandioso plan de regeneración social. Al observar su largo silencio, la quietud aparente de superficie de aquella sociedad que parecía toda consagrada a la victoria y a las armas, hubiérase dicho que la revolución había cesado y que había pactado con los acontecimientos; mas la restauración sobrevino, y los principios que en su extravío llevaron a Luis XVI a la guillotina, se presentaron de nuevo con mayor brío, si bien más depurados y más trabajados que antes. Las ideas habían marchado subterráneamente por debajo del imperio para echar por tierra la restauración. Otro tanto creemos que se está obrando en la República Argentina, no obstante el largo silencio de su prensa. El libro que se ofrece al público, contiene observaciones nuevas, principios claros, y consideraciones que merecen fijar la atención de todo hombre reflexivo. No se nota en él esta fascinación que ha hecho por tanto tiempo cerrar los ojos a nuestros escritores sobre el verdadero estado de nuestras sociedades; no se alucina con las palabras que han servido hasta hoy de máscara a todas las pasiones, y a todos los

intereses. Los partidos que nos dividen tienen sus colores bien marcados y bien definidos; las sociedades todas tienen los mismos elementos de lucha, estando el progreso social en lucha sin disolver los vínculos sociales, satisfaciendo cada vez mayor número de intereses, ventaja que traen los cuerpos representativos. Mas no todas las instituciones convienen a todos los pueblos. Ellas deben tener su momento oportuno para introducirse, y este momento ser preparado por la educación de los pueblos. La libertad requiere preparación, y el pueblo que cubre la América del Sur, no tiene los antecedentes que han hecho la democracia en Norteamérica una consecuencia lógica de sus antecedentes. Nuestros antecedentes han de encontrarse en el gobierno, costumbres e ideas de la nación española; y en ella encuentra el autor delineados ya los rasgos característicos de las luchas que con más o menos violencia desgarran la América del Sur; siendo nuestras divisiones actuales una consecuencia necesaria de aquellos antecedentes. Nos parece muy nuevo, muy profundo, y sobre todo muy filosófico, este modo de apreciar los acontecimientos. No conocemos trabajo alguno que en relación a la América del Sur haya precedido a este. Si no es completo, si no se han apreciado muchos otros aspectos de la sociedad española, que el autor examina, se ha echado en una vía nueva, y sus huellas guiarán los pasos de los que quieran en lo sucesivo ilustrar a opinión pública, es decir, formar la razón general haciendo conocer los escollos de que estamos rodeados, para indicar el sendero que nos toca seguir en la azarosa marcha de nuestras repúblicas.

El autor desenvuelve el carácter moral y las tendencias retrógradas del pueblo de que solo somos un vástago, y en él encuentra los gérmenes de los desarrollos que hoy presenciamos, desarrollos tristemente fatales según el autor. «¿Dejarán estos gérmenes de desenvolverse? ¿Es acaso dado a la mano del hombre paralizar las leyes del mundo y del

pensamiento? No lo creemos. Un elemento social cualquiera que sea, necesariamente se desenvuelve; se le paralizará dos o más momentos, pero no siempre. No nos sorprenderán nuevas revoluciones, pues que reconocemos los elementos que las ocasionan». He aquí un convencimiento amargo. ¿Es imposible evitar que en cada uno de los estados sudamericanos se desenvuelvan sucesos análogos a los que la República Argentina presenta hoy? ¿Todos los sistemas de gobierno ensayados, serán poderosos apenas, a detener este desenvolvimiento solo transitoriamente? ¿No podría encontrarse el medio de regularizar la lucha, y en lugar de abandonarla a la guerra civil, que tiende a destruir sin examen lo mismo que se discute, no podríamos contentarnos con las discusiones pacíficas de los cuerpos legislativos? Asunto es este que debiera llamar la atención de nuestros políticos y de nuestros reformistas. Si el convencimiento que pesa sobre el ánimo del autor, pasase al de nuestros agitadores y descontentadizos, ¡cuántos miramientos no debían tener al andar removiendo estas ascuas que pueden encender un grande e inextinguible incendio! Mas estamos persuadidos que mucho puede hacerse si los hombres que llevan la iniciativa del movimiento social, calasen a fondo la naturaleza y trascendencia de las cuestiones que suscitan. Mas, dejando a un lado este triste asunto, ¿qué piensa el autor sobre las tendencias que descubre nuestra sociedad, y los antecedentes que la han engendrado, en cuanto a los principios constitutivos de nuestra forma de gobierno? ¿Habrán elementos que sostengan la monarquía, hay principio aristocrático, hay elementos democráticos? «En estas colonias —dice— todos los habitantes, soldados y negociantes, pertenecían a la clase trabajadora, y no tenían otros medios de elevación que su industria personal; por consiguiente la carrera estaba abierta a todos». Había principio de igualdad, había, pues, germen democrático, en este punto igual al de las colonias inglesas.

Nunca llegó en América a formarse la verdadera aristocracia política, no obstante que dice, «en una que en otra parte la configuración peculiar del terreno, ha dividido la riqueza natural de un modo más análogo a la constitución aristocrática, no teniendo tampoco el centralismo de la monarquía una base sólida en América».

A juzgar por su introducción, la *Vindicación de la República Argentina* ocupará a nuestro juicio un lugar distinguido entre las producciones de la nueva generación, que tiene en América la misión de crear una organización social, que, análoga a nuestras necesidades, reemplace la obra que fueron llamados a destruir nuestros predecesores.

Recomendamos a nuestros lectores esta interesante producción, creyendo que en ella hallarán motivos de reflexión y de estudio, sin que la curiosidad deje de hallar su pábulo en la serie de sucesos terribles que han acaecido en aquel Estado. Creemos que interesa mucho, por otra parte; conocer el verdadero carácter que presenta aquella lucha, porque las publicaciones que nos vienen de Buenos Aires, no nos revelan nada en que un hombre racional pueda poner la más mínima confianza; pues, a más de que no hemos visto nunca cosa alguna que explique estos hechos, hay tanta adoración al Restaurador, tanta ostentación de popularidad y tanto de asesinos, salvajes inmundos y otros epítetos tan inmundos como aquellos, que repulsan y retraen al lector curioso.

Derrota del general Lamadrid en la Vuelta de la Ciénaga (*Mercurio* de 9 de octubre de 1841)

Recién hemos podido obtener algunos detalles sobre los últimos sucesos de Mendoza, que han cambiado en un momento la faz de la guerra en aquella parte de la República. Publicaremos las noticias que hemos podido recoger.

Una fuerza de caballería al mando de los coroneles Peñaloza y Baltar salió de Mendoza en persecución del general Benavídez, y en Corocorto, después de haber batido una fuerza enemiga, tuvo noticia de que el ejército del general Pacheco había llegado en protección de los restos de Benavídez, y retrocedió a tomar posiciones en el Retamo, donde permaneció a la expectativa, dejando partidas avanzadas en Santa Rosa y otros puntos. El general Pacheco prosiguió su marcha, mientras que el general Lamadrid preparaba sus escasos elementos para librarle una batalla. El 19 del pasado, la vanguardia de Pacheco llegó al Retamo, y en su consecuencia el general Lamadrid reunió sus fuerzas y salió a los potreros de Hidalgo a recibir a su enemigo. El 24 se presentó en la Vuelta de la Ciénaga, adonde fue a buscarlo el general Lamadrid, que estaba en las inmediaciones.

Este último fue el primero en formar su línea, ocupando su centro con nueve piezas de artillería y trescientos veinte

infantes, único resto de su fuerza de esta arma. El ala derecha la formaban algunos escuadrones de caballería al mando del coronel Baltar, cuya fuerza ascendía a ochocientos hombres, y la izquierda, al mando del coronel Álvarez, con unos trescientos cincuenta hombres de caballería. El general Pacheco, al establecer su línea, intentó flanquear el costado derecho de las posiciones de su enemigo; pero fue contenido por una carga de algunos escuadrones que arrollaron su costado derecho. Según la relación de tres pasados en el momento del combate, las fuerzas de Pacheco se componían de mil cuatrocientos infantes, trece piezas de artillería y mil cuatrocientos hombres de caballería de línea. El combate se hizo muy luego general. El fuego de la artillería del general Lamadrid fue muy bien sostenido y causó por un largo rato un considerable estrago en las filas del enemigo. El costado izquierdo del primero repitió sus cargas de caballería, que no tuvieron un éxito completo por la resistencia que opuso un batallón de infantería que sostuvo el ala derecha del general Pacheco, que huía en desorden. En este momento crítico cesan los fuegos de la infantería y artillería del general Lamadrid y carga la primera a la bayoneta. El jefe de ella llevaba la bandera en las manos y animaba con su ejemplo a los soldados. La infantería contraria empezaba a vacilar, cuando una bala llevó el brazo y la bandera del jefe, y la pequeña línea se detuvo y retrocedió. El escuadrón Mayo, que estaba a la derecha, fue el primero en este flanco en lanzarse sobre sus enemigos y cruzar sus lanzas; mas, la caballería enemiga apoyada en la infantería, le hizo retroceder, perdiendo a muchos de sus individuos. La victoria se decidió en este momento, y el general Lamadrid y sus tropas se dispersaron en dirección a la ciudad, desde donde, siendo imposible la retirada sobre San Juan, la emprendió sobre nuestro territorio seguido de una gran parte de sus fuerzas de caballería, a quienes anunció su intención y los azares y peligros que les aguardaban en el paso de las cordilleras

cerradas aún por las nieves. Desde Uspallata forzó a una parte de sus soldados heridos y desprovistos de abrigo, a abandonarlo y continuó su riesgosa marcha.

El 20 se tuvo noticia en los Andes de este acontecimiento, y en su consecuencia el gobierno tomó las disposiciones necesarias para auxiliar a tantos desgraciados. El gobernador de los Andes, los vecinos, los argentinos emigrados y el gobierno han rivalizado en sus conatos y esfuerzos para salvar del hambre y de los hielos a los que en estación tan inoportuna se han aventurado en la cordillera. Se hicieron volar al Juncal, víveres, cueros de carnero, carbón y demás auxilios; pero uno de aquellos raros caprichos de la atmósfera, hizo que un temporal deshecho descargase sus rigores sobre los prófugos en el momento mismo en que principiaban a pasarla. El general Lamadrid, el coronel Baltar, algunos soldados del escuadrón Mayo, unos pocos oficiales y como veinticinco individuos de tropa la pasaron en medio de la borrasca. Como veinte peones se aventuraron a entrar cargados de víveres y carbón, y desde entonces no se ha sabido nada sobre la suerte que han corrido los demás. El temporal cesó en la noche del 3, el 4 han debido pasar la cordillera, y el 5 se esperaban noticias en los Andes. Se teme que haya algunos helados y no pocos quemados de los pies. El gobierno ha mandado al señor Buston, médico de Santiago, para que asista a los enfermos, mandado desarmar la tropa y destinado un local para recibirla. En Santiago se corrían numerosas suscripciones para socorrerlos, y la compañía dramática se preparaba a dar tres funciones a beneficio de los infelices, aprovechando la coyuntura de venir entre ellos el señor Casacuberta, célebre actor del teatro de Buenos Aires, y que ha hecho una larga y laboriosa campaña en clase de soldado raso en la guerra que sostiene contra el gobernador Rosas.

Santiago, San Felipe y los Andes han hecho brillar esta vez los sentimientos de filantropía y humanidad que honran el

carácter chileno, y el gobierno nada ha dejado que desear en su empeño de llenar los deberes que la humanidad y la civilización le imponen. Comunicaremos a nuestros lectores las demás noticias que adquiramos sobre el desenlace final de esta catástrofe que amenaza sepultar a tantas víctimas o inutilizar los miembros de algunas de ellas.

Acogida hecha a los emigrados (*Mercurio* de 10 de octubre de 1841)

Un profundo ¡ay! de dolor ha resonado en estos días en el corazón de las nevadas breñas de la cordillera. Un movimiento general de excitación y angustia se ha notado en el vecindario de esta capital, y un dulce eco de gratitud se siente venir desde la villa de los Andes. El ¡ay! ha sido lanzado con entereza por un puñado de seiscientos valientes hermanos, que después de haber luchado denodadamente contra triple número de enemigos y dejado en el campo de batalla la mitad de sus compañeros de fatigas, se han arrojado en medio de los hielos, no como los hijos de las águilas en su retirada de Rusia, para volver al seno de la Francia, sino para llevar la vida del que se expatria. El movimiento de Santiago es el movimiento de la simpatía, del interés y noble generosidad que a los hijos de Chile inspira la suerte de sus desgraciados hermanos; de aquellos que el año 17 pasaron esas mismas cimas nevadas y acompañaron a sus padres en la heroica empresa de conquistar la independencia que hoy disfrutan; es el latido del corazón americano que se estremece al ver las víctimas de un partido digno de mejor suerte, huyendo de una comarca destinada a ser la mansión de la libertad. El eco que viene de los Andes, es el eco de un viejo y valiente defensor de la independencia de Sudamérica, y de sus dignos compañeros de armas, que

empiezan a salir de entre las nieves en que por muchos días se han visto sepultados, y extienden sus heridos y fatigados brazos a sus hermanos los chilenos, en señal de reconocimiento por el tierno interés que toman por su suerte.

Grande es el poder de la sensibilidad cuando el corazón se encuentra en presencia de la desgracia; bello es el espectáculo que ofrecen sus actos cuando se dirigen a aliviar el infortunio; pero cuando este se engrandece con un origen noble, con tendencias simpáticas y con gloriosos recuerdos, el interés que inspira entonces es sublime, la mano que lo socorre es sagrada, y el alma que sabe medirlo es tan magnánima como la que lo padece.

Profunda ha sido la sensación que ha producido en esta capital la noticia de la emigración que viene de la cordillera a consecuencia de los últimos desgraciados sucesos militares de Mendoza; todos los corazones se han sentido heridos por este contraste, y cada día se despiertan nuevas simpatías en socorro de aquellas víctimas. El supremo gobierno, con una filantropía y liberalidad que le honran, no ha economizado sus órdenes a las autoridades de Aconcagua, a fin de aliviar a tantos infelices. Se han mandado peones y víveres a su encuentro hasta el centro mismo de las nieves; se ha establecido un hospital provisorio en la villa de los Andes, y el cirujano de ejército don Carlos Buston, ha marchado hace ocho días para aquel punto, a curar los heridos y enfermos que vayan saliendo de su espantosa travesía.

Diferentes suscripciones se corren con buen suceso en esta capital por personas respetables con el objeto de socorrer a sus desgraciados hermanos. El presidente, sus ministros, el arzobispo, varios eclesiásticos, muchas personas de distinción y otros individuos, tanto chilenos como extranjeros, han acreditado su sensibilidad en esta vez, inscribiendo sus nombres en las listas para aumentar con sus generosas erogaciones el producto de la beneficencia en favor de la

desgracia. Algunas señoras respetables han promovido también oficiosamente otras suscripciones entre sus amigas, realzando con este noble rasgo de filantropía el mérito de su sexo, y otras ofrecen gustosas en sus casas un alojamiento a los emigrados.

Tristes y angustiosas son las noticias que se tienen hasta hoy de la villa de los Andes. Hasta el día 4 solo habían salido el general, su jefe de estado mayor, su secretario, diez jefes y oficiales y veinticinco hombres de tropa. Nada se sabía hasta esa fecha de la masa de la emigración; porque la nieve cubría hasta la llanura, haciendo casi inaccesibles los cerros. Muchos deben haber perecido al rigor del furioso y deshecho temporal que por varios días los ha cogido en las cumbres y aun del otro lado de la cordillera; pero los que consigan salvar su vida, ya no perecerán al menos de miseria; encontrarán una mano que cure sus heridas, un vestido que cubra su desnudo cuerpo, un pan que los sustente, y un hogar en que puedan descansar sus fatigados miembros.

Terrible es la idea de la nevada cordillera sembrada de infelices que luchan entre la muerte y los más duros elementos, pero mientras mayor es su desgracia, más resaltan los sentimientos de humanidad que excitan en todos los corazones.

Sucesos de la Cordillera [2]

(*Mercurio* de 2 de noviembre de 1841)

Una de aquellas grandes catástrofes que suelen sorprender a masas considerables de hombres, ha ocurrido en nuestros días en las nevadas sinuosidades de las cordilleras de los Andes. Desde los tiempos de Almagro, el conquistador de Chile, que se aventuró en medio del invierno en las cordilleras de Copiapó, dejando sepultados en las nieves cerca de quince mil indios y parte de los españoles que le acompañaban, no había ocurrido hasta ahora un accidente en que tantas vidas fuesen comprometidas ni tantos peligros amenazasen a tan gran número de hombres.

Mas la naturaleza desenvuelve sus fenómenos sin curarse de la presencia del hombre, que tan sin temor la desafía a cada momento, por motivos menos imperiosos que los que arrastraban a los restos del ejército del general Lamadrid a correr los riesgos que cercan el pasaje de esta imponente barrera en la estación rigurosa del invierno.

Hemos sido favorecidos con algunos pormenores interesantes sobre este triste suceso, los que nos apresuramos a dar a luz a fin de satisfacer la curiosidad del público, que tan afectado se manifiesta con los padecimientos de aquellos desafortunados.

El 27 de septiembre, habiendo llegado el general Lamadrid

con los restos de su ejército a la Punta de Vacas, ordenó que se hiciese carne para cuatro días, y marchase cada cuadro de los antiguos cuerpos dirigido por sus jefes y oficiales. El cielo empezaba a cubrirse de nubes, y la atmósfera se dejaba sentir fría, pesada y húmeda.

La marcha principió sin novedad de importancia, hasta que entrando en las nieves, el paso se hacía cada vez más trabajoso, y los caballos se derrumbaban en las laderas, forzando a sus jinetes a marchar a pie; principiando aquí a prepararse los elementos de las angustias que para más adelante les estaban deparadas. Habitantes, por la mayor parte, de las llanuras extensas y de los climas cálidos de la República Argentina, siendo para muchos de ellos la primera vez que veían nieve, habituados desde la infancia al uso incesante del caballo, que jamás abandona el *gaucho*, eran estos hombres los menos adecuados para resistir a la fatiga llamada *puna*, que un continuo ascenso y la rarefacción del aire ocasionan aun en los más endurecidos.

Monturas, armas, y aun la ración de carne calculada para el sustento preciso, eran arrojadas por causa de la nieve, y todos, soldados y oficiales, se apresuraron a aligerarse de todo peso que embarazase su penosa y fatigada marcha. Así continuó esta hasta el 29 en que un grupo como de cien hombres llegó a la casucha de las Cuevas, al pie de la cordillera. El cielo empezó a cubrirse entonces de nubes densas, blanquecinas y medio iluminadas, que hicieron presagiar a los baqueanos la proximidad del temporal; y no obstante la caída continua del granizo y la oscuridad de la noche, el general Lamadrid se dispuso a subir la cordillera a la una de la mañana. Muchas desgracias se habrían evitado si los jefes y soldados reunidos allí, hubiesen tenido valor para arrostrar el frío, y no hubiesen confiado en que la venida del día les traería tiempo más benigno. El general Lamadrid, con los pocos oficiales y soldados que tuvieron ánimo bastante para seguirlo, emprendió

su arriesgada marcha, y el 30 descendió a los Ojos de Agua sano y salvo, no obstante el rigor del temporal que a cada momento se hacía más recio y amenazaba sepultarlos en la nieve.

La solicitud del general Lamadrid en adelantarse a proporcionar víveres para sus compañeros de desgracia, había sido anticipada por la actividad y previsión de un emigrado que había hecho volar a la cordillera bastimentos, peones, carbón, cueros de carnero, y cuanto se reputó necesario para salvar las vidas de aquellos infelices. El gobernador de los Andes se manifestó no menos solícito, y nada economizó en diligencia y socorros que evitasen las desgracias que pudieran ocurrir aun sin el temporal. El 30 había en la Guardia Vieja 42 peones cargados de auxilios para las víctimas de la cordillera; pero el temporal era tan deshecho que, no obstante las abundantes recompensas que el general les ofreció, ninguno se atrevió a pasar de los Ojos de Agua, seguros de encontrar una muerte inevitable, si se aventuraban en medio de la nieve que caía en gruesos capullos. El frío era tan intenso que muchas de las bestias que condujeron los víveres, amanecieron muertas al día siguiente. Una completa incomunicación quedó establecida durante cinco días que duró el temporal entre ambos lados de la cordillera, y cada uno puede imaginarse las angustias que esta absoluta ignorancia causaba en los Andes, en medio de circunstancias tan aflictivas.

Sepamos ahora lo que ocurría al lado opuesto. Con el día empezaron el 30 a llegar a la casucha de las Cuevas nuevos grupos de infelices que buscaban abrigo contra los rigores del temporal que los había sorprendido entre las nieves. La casucha estaba ocupada por centenares de hombres apiñados en el reducido recinto de cinco varas cuadradas, hasta el extremo de sofocarse por la presión. Centenares la rodeaban y otros gritaban de todas partes, implorando un lugar para salvar de la nieve que empezaba a cubrirlos.

El teniente coronel Sardina, que entre otros hechos gloriosos se había ilustrado en el terrible combate de Angaco, cargando lanza en ristre al general Acha, su propio jefe, que amenazaba envolverlo con un escuadrón desorganizado, ha manifestado en esta vez un valor y una humanidad dignas del mayor elogio. Previendo las desgracias que iban a sobrevenirles, y no hallando refugio ni medio de evitarlas, propuso a cuantos quisieron escucharle, el atrevido proyecto de volver atrás, repasar el Paramillo, y asilarse en la casucha que está al otro lado de aquella cuesta; y habiendo logrado persuadir a muchos que lo siguiesen, se aventuró en medio de la nevazón que ocultaba a los hombres y los objetos a distancia de unas pocas varas, a hacer una travesía de tres leguas y ascender un páramo elevado. El éxito más feliz coronó su empresa. Casi todos los que lo seguían llegaron a la suspirada casucha; y restableciendo el orden y haciendo que los que se habían abrigado en ella durante una o dos horas, la abandonasen para ceder sus puestos a los que arrostraban afuera la horrorosa furia del temporal, logró hacer llevadera la suerte de aquellos infelices, animándolos con su propio ejemplo y asistiendo él personalmente a los débiles y a los enfermos que no podían resistir el frío. Con el auxilio de alguna leña que hay por aquellos inmediaciones, y la carne de algunos caballos muertos al efecto, las angustias del hambre eran menos sensibles, y el frío más soportable. Las bendiciones de todos los que le acompañaron han premiado al digno teniente coronel Sardina, por tanto heroísmo y tantos sufrimientos.

No sucedía lo mismo en la casucha de las Cuevas. Mayor número de hombres reunidos, mayor peligro, sin leña, sin alimentos, y sufriendo todas las angustias de su desesperada situación, el egoísmo que engendra el interés de la propia conservación, endureció el corazón de los que habían logrado apoderarse de la casucha. Pasaron el día y la noche en medio de los clamores de los que recibían sobre sus hombros medio

desnudos, la nieve que aumentaba cada vez más.

El 1.º de octubre alumbró una escena de desolación. El frío se hacía cada vez más insoportable, todos estaban calados por la nieve que se derretía al escaso calor del cuerpo, y el hambre y la sed se hacían sentir con todos los horrores que la imaginación les presta cuando se ha perdido toda esperanza de salvación. Aquel día pasó en esfuerzos para hacer fuego, sin otro pábulo que las cabezadas de las monturas y las culatas de algunas tercerolas. Los que habían ganado la casucha compraban a peso de oro una escasa tajada de carne de caballo, sin sal, entibiada en aquel mal encendido fuego; y algunos infelices se aventuraban en la nieve en busca de agua corriente para vender a los que no querían perder el abrigo de la casucha. La noche trajo nuevo acrecentamiento de horrores, y el día 2, la continuación de la caída de las nieves, y la certeza de quedar sepultados todos en ellas. Por entonces se apercibieron algunos de la desaparición de muchos de sus compañeros de infortunio; los más alentados emprendieron remover la nieve que circundaba algunos peñascos, y después de muchas horas de fatiga, sin otro auxilio que las desnudas manos, lograron desenterrar más de veinte individuos, entre ellos al señor Casacuberta y otros sujetos de distinción, que yacían sepultados tres días había, bajo la gruesa capa de nieve que los cubría y que aumentaba su espesor de momento en momento. Un fenómeno que presentan con harta frecuencia los naufragios, y que excita la desesperación y los padecimientos físicos, vino a hacer más aflictiva esta terrible escena. Los desgraciados que estaban afuera amenazaban acometer a sablazos a los menos desgraciados de la casucha, y a los horrores del hambre y del frío, estaban a punto de agregarse el del derramamiento de sangre entre las víctimas del común infortunio. El capellán del ejército les dirigió entonces la palabra, exhortándolos a la resignación, y echándoles en cara su apocamiento, consiguió hacerlos abandonar tan desesperado

intento.

El día 3 continuaban las nieves y los más esforzados perdieron toda esperanza de salvación. No había ya fuego y ningún interés movía a traer agua; ya no se oían clamores, y entre centenares de víctimas próximas a sucumbir, reinaba un silencio sepulcral. El capellán se aprovechó hábilmente de la muerte de uno para inspirar a los que sobrevivían el recogimiento religioso que requería aquel terrible trance. Hizo sepultar al muerto acompañándolo con el rezo de los salmos y los ritos sagrados. Hizo que todos orasen por el alma del difunto, y sintiéndolos conmovidos, les hizo una larga exhortación, echó la absolución sobre todos, e hizo durante el día rezar el rosario y que se encomendasen a Dios.

El 4 observaron con trasportes de júbilo que la nieve cesaba y empezaba a despejarse el cielo. Todos se dispusieron a ascender la cordillera el 5, y después de un ascenso difícil, con la nieve hasta la cintura, extenuados por el hambre y la fatiga, lograron llegar a la una del día a la cumbre, donde encontraron los peones que de este lado iban en su auxilio, llevándoles provisiones y carbón. Sería inútil describir los trasportes de alegría, los sollozos, los abrazos, y el furor con que se arrojaban sobre los sacos de pan estos infelices que dudaban si aún estaban vivos, después de tantas agonías y tan inauditos padecimientos. Uno de los jefes hizo que llevasen a los rezagados y a los enfermos, todos los víveres que pudieron salvarse de la insaciable voracidad de aquellos infelices.

Un hecho entre muchos merece recordarse. Poco después de haber cesado la nevazón, Gómez, un soldado antiguo que en clase de tambor había pasado con San Martín el año 17 esta misma cordillera, se había alejado bastante de la casucha, por hacer ejercicio o por otro motivo. A lo lejos cree oír gritos de hombre, y se encamina hacia el lugar de donde partían; repecha el difícil ascenso de un cerro, y llega al fin donde un anciano, respetable y acaudalado vecino de Buenos Aires,

estaba sentado entre la nieve y al lado de su caballo, que había muerto para alimentarse y beberse la sangre. Por él supo, en medio de los ruegos más fervientes para que lo salvase, que se había extraviado siguiendo unas huellas de caballos, y que allí lo había sorprendido el temporal. El animoso soldado lo bajó hasta la casucha, y tomándolo bajo su protección, lo hizo pasar la cordillera sobre una mula, o prendido de la cola cuando no podía sostenerse en ella. Viven hoy juntos, y el soldado conserva cierta superioridad sobre el afortunado objeto de su protección.

Durante tres días consecutivos estuvieron saliendo de entre las nieves estos grupos de hombres escapados de las garras de la muerte, y llegando a la Guardia Vieja, donde había abundante provisión de víveres y un joven médico que aplicaba oportunos remedios a las quemaduras de pies y manos, por fortuna leves que traían la mayor parte de sus desgraciados compatriotas. El capitán Piñeiro se ha hecho admirar en esta estación por sus cuidados, su prudencia, su asiduidad en aliviar a los infelices que llegaban medio muertos de frío y de fatiga, a recibir bestias por lo general sin montura para continuar su marcha hasta los Andes.

Por los últimos que salieron se supo que en la casucha de las Cuevas quedaban dieciocho quemados o enfermos que no podían moverse. Toda la diligencia que se puso en despachar una expedición de peones bajo la dirección del antiguo *correísta* de los Andes, y la presteza con que estos pasaron la cordillera, no pudieron evitar que aquellos miserables pasasen nuevamente cinco días sin comer, ni que hubiesen sucumbido tres de ellos, que yacían amontonados a un lado, porque los enfermos no tenían aliento ya para alejar de su vista un espectáculo tan horroroso. El correo Alaniz, que penetró primero en la casucha, quedó enmudecido de espanto al mirar aquel cuadro de aflicción. No bien hubo abierto un saco de pan, que todos empezaron a arrastrarse sobre las rodillas y los

codos, por no herirse las llagas de los pies y de las manos, quejándose, llorando, riéndose o dando alaridos, y disputándose el pan, no obstante que había en abundancia. Pero mayor fue la angustia de aquellos desventurados cuando se les dijo que al día siguiente debían marchar con ellos. El llanto y los clamores fueron entonces generales; ninguno quería salir de aquel lecho de muerte, y los consuelos más tiernos, y la protesta de llevarlos cargados en hombros, no bastó en aquel triste día para hacerlos reconciliarse con la idea de volver a la vida y a las habitaciones humanas. Un viejo que tenía ambos pies gangrenados, partidos por la mitad y los huesos y los nervios de las piernas descubiertos, se negó absolutamente a salir, aguardando allí resignadamente una muerte lenta y terrible; y los peones y el capataz de la cuadrilla, tuvieron al día siguiente la amargura de abandonarlo a su suerte, dejándole víveres y agua para algunos días. Los demás, después de una marcha de una dificultad superior a toda expresión, auxiliados por algunos caballos moribundos que hicieron pasar la cordillera para cargar a ratos a los más imposibilitados, han salvado ya. Un médico a quien se ha referido el caso del infeliz abandonado en la casucha, asegura que si el hambre o el frío no acaban con su vida, la gangrena se detendrá al fin y vivirá por largo tiempo.

En el hospital que se ha formado en Curimón, ha sido amputado un correntino, ha muerto otro; y un oficial mendocino, padre de una numerosa familia, ha sufrido la amputación de ambas piernas.

Tal es la relación de los tristes sucesos que han tenido lugar en la Cordillera de los Andes. Las nieves cubren todavía una parte de los desastres. Ocho cadáveres se han encontrado en las inmediaciones de las casuchas o en el tránsito; pero muchos más debe esconder la gruesa capa de nieve que ha tapado todo; muchos más son los extraviados, y pasan de 15 los jefes, oficiales y ciudadanos del escuadrón Mayo, cuyo paradero se

ignora hasta ahora. El número de los que hasta hoy han salido alcanza a 400 hombres, un tercio de ellos oficiales.

Almas sin caridad, sin religión, sin principios, y sin pudor, han intentado hacerse un juguete de los padecimientos de tantos hombres; han insultado a la humanidad y la desgracia; y no satisfechos de ser crueles y helados ellos solos, han intentado sofocar la caridad pública, que se conmovía a la expectativa de tantas desgracias. ¡Que la execración de los hombres y la maldición del cielo les alcance algún día! Aquellos infelices han sobrevivido a tantas calamidades y tenían derecho a la compasión de todos, si no a los socorros que la humanidad exige. No son estos hombres unos prófugos, unos hermanos, unos argentinos de tal o cual color político; son unos hombres que padecen y que caen, echados por la desgracia, en un suelo extraño. ¡Esto es todo!

Concluiremos esta relación recomendando al público algunas personas, que a más de desprenderse de una ligera suma, han mostrado un sentimiento de caridad vivo y profundo.

La señora doña Petrona Callejas, dueña del estanco de los Andes, ha hecho de su casa un hospital, en que asiste ella personalmente a cuantos quemados ha podido reunir, haciendo el gasto de las medicinas, vendajes, alimentos, etc.

Don José Antonio Ramírez ha pedido que le lleven a su casa uno de los amputados para hacerse cargo de alimentarlo y vestirlo en lo sucesivo.

Últimamente, el señor don Pedro Bari, ha prestado todo género de auxilio personal, corriendo con los gastos que se han hecho, flete de tropas, acopio de víveres, y cuanto ha sido necesario.

Los vecinos de los Andes, en general, han hecho lo que han podido. No así las clases menos acomodadas de la sociedad, que han hallado un negocio de utilidad en todos los servicios que han prestado a los desgraciados. Todo se ha hecho a peso

de oro, y aprovechando la oportunidad, han exigido estipendios desproporcionados por los más leves servicios [\[3\]](#).

Santiago, octubre 25 de 1842.

Defensa de lo anterior [4]

(*Mercurio* de 7 de noviembre de 1841)

He recibido, señores editores del *Mercurio*, por el intermedio de su acreditado periódico, la notificación de solver una serie de proposiciones antes de contestar en *traslado* las observaciones que se hicieron a la publicación de *Sucesos de la Cordillera* suscrita por G. N. T. Sin proponerme obedecer esta intimación, me apresuro a satisfacer los deseos del interpelante, por lo que ello interesa a la verdad, a la justicia y a mi modesto y humilde nombre, dispuesto como estoy, a responder a todos los cargos que en adelante se me hicieren, y solver las proposiciones que sin *lenguaje hipócrita y solapado* se me dirijan. Pero antes de todo quisiera penetrar el espíritu que ha sugerido esas preguntas. ¿Es el amor a la verdad, o el deseo de oír una lluvia de alabanzas prodigadas al gobierno, a los vecinos, al suelo, a todo? ¿O es simplemente un espíritu de nacionalidad extraviado, que encuentra en el folleto a que alude la expresión *oficial* de la gratitud de los extranjeros, de los emigrados, de los argentinos, en fin? Sea de ello lo que fuere, la verdad es que la persona que antes de ahora ha usado de las letras G. N. T. para manifestarse al público, quiso hacer una relación detallada de los tristes acontecimientos de la cordillera, y que al hacerla se olvidó de que era extranjero y de que la susceptibilidad de algunos podía resentirse de que no dijese todo lo que pudiera agradar a sus huéspedes, o

vituperase en términos moderados lo que creyese digno de vituperio. Sin sentirse animado de ese espíritu querelloso de nacionalidad, y viendo las cosas desde el mismo punto de vista que las ha mirado otras veces cuando se ha aventurado a dirigir sus observaciones al público, creyó oportuno hacer conocidos del *público*, y *no de los argentinos* solamente que ya tenían conocimiento, las acciones virtuosas de tres vecinos de Aconcagua; porque las alabanzas debidas a la virtud interesan al público y no a los argentinos en especial, y porque no teniendo los argentinos el deber de retribuir las acciones que la virtud inspira, las recomienda al público para que conociéndolas las aplaudiese, pues que la aprobación de la humanidad es la única recompensa que las buenas acciones y los actos de humanidad encuentran en la tierra.

Puesta la cuestión en este punto de vista, voy a solver el interrogatorio, suplicando a los lectores que se interesen en este gran duelo, a que se ha querido dar un carácter nacional, que lo tengan a la vista.

Señores editores del *Mercurio*:

Hemos visto en el número 3899 de su acreditado diario, un artículo titulado *Sucesos de la Cordillera* por G. N. T., e interesados en justificar la acreditada hospitalidad de los chilenos injustamente vulnerada por el autor de este folleto, bajo un *lenguaje hipócrita y solapado*, nos vemos en la necesidad, para el esclarecimiento de hechos que maliciosamente desfigura y olvida, nos conteste por órgano de su diario a las preguntas siguientes:

¿Por qué al recordar las catástrofes que han tenido lugar en los nevados Andes desde el tiempo de la conquista hasta la fecha, olvidó la de 1814, experimentada por los emigrados chilenos en el mismo mes e igual estación de cordillera?

¿Por qué al recomendar la actividad y previsión de un emigrado que hizo volar a la cordillera bastimentos, peones, carbón,

pellejos, etc., etc., y cuanto reputó necesario para salvar la vida de aquellos infelices, se olvidó (sin duda por ocuparse de sí mismo, pues el dicho emigrado es el mismo autor del folleto) de la oficiosa atención y filantropía de nuestro gobierno y demás autoridades subalternas que han invertido más de dos mil pesos en socorro de estos desgraciados?

¿Por qué al recomendar los servicios que en su profesión prestó el joven médico su paisano, se desentiende absolutamente de los prodigados por el cirujano mayor del ejercito, don Carlos Buston, mandado expresamente a este objeto por nuestro gobierno, a más de un abundante surtido de medicamentos, proporcionados por la filantropía de un hijo de Chile que pocos días antes había sido injuriado con anónimos dirigidos por los mismos emigrados?

¿Por qué recuerda con tanta acritud insignificantes excepciones al entusiasmo general de todos los chilenos para prestarse gustosos en suscribirse con erogaciones, aunque ligeras, como dice el autor, y olvida mencionarlas?

¿Por qué concluye recomendando al público y no a los argentinos las únicas tres personas que nombra, y cuyos servicios maliciosamente desfigura y oscurece?

¿Por qué asegura que las clases menos acomodadas de los Andes hallaron un negocio de utilidad en todos los servicios que han prestado a sus paisanos?

Esperamos, señores editores, la contestación de G. N. T. a estas preguntas para volvernos a ocupar de los sucesos de la cordillera.

Unos suscriptores en favor de los emigrados argentinos.

Contesto al primer ¿por qué? Porque el año 14 no hubo catástrofe alguna en la cordillera de los Andes; pues el pasar la cordillera en invierno no es una catástrofe, aunque sean muchos miles de hombres los que la pasen, con tal que no

sobrevenga un temporal, haya hambres, heladas, etc. El *absolvente* la ha pasado muchas veces, sin sospechar que ello fuese una catástrofe.

Al segundo ¿por qué? contesto que no me ocupé de la oficiosidad de nuestro gobierno y demás autoridades, porque mi objeto era describir los sucesos de la cordillera, porque ya lo había hecho por el *Mercurio* y por cartas particulares, porque no me vino la gana de hacerlo, y porque no lo creí necesario; previniendo que el *absolvente* no se ha ocupado de sí mismo cuando habló de un emigrado que hizo todo lo que estuvo en su mano, sin ostentación, sin más orden que su propia voluntad, y sin proponerse otra aprobación en cambio de sus esfuerzos que la suya propia. El *absolvente* agradece a su interpelante la revelación que hace al público; pero más le hubiéramos agradecido, si en obsequio de la verdad, hubiese dicho que ese emigrado, a más de haber mandado pellejos a la cordillera, vio a las autoridades de Aconcagua, interpeló los sentimientos espontáneamente generosos del gobernador de los Andes, escribió a alguno de los señores ministros de gobierno recomendándole la conducta de un empleado público, haciéndole conocer la de otro que no correspondía a su misión; escribió así mismo a los señores Palazuelos, Viales, Las Heras, Orjera y Gana, a que concitasen a la caridad pública para socorrer a la humanidad doliente; y a sus esfuerzos y a los de aquellos dignos amigos de Chile y de la humanidad, se han debido las sumas colectadas. Todo esto y algunas otras oficiosidades más, harán sentir al interpelante que G. N. T. no se propuso hacer su elogio cuando dijo por incidencia que un emigrado había hecho volar pellejos, etc.

Al tercer ¿por qué? contesto que no sé que el señor Buston haya hecho ninguna de aquellas acciones que por exceder a lo que su profesión le manda, merezcan aplauso y recomendación. El señor Buston fue enviado por el gobierno a socorrer a los enfermos, y no encontrando a ninguno en los Andes, se fue a

San Felipe de donde volvió a los seis días. En esto no hay un cargo contra el señor Buston, pero nada hay tampoco que merezca recordarse.

Un médico residente en San Felipe, subió hasta el pie de la cordillera durante lo más recio del temporal, y fue allá, a donde estaba el teatro de los padecimientos, a socorrer a los que escapaban de la muerte, prestándoles los auxilios del arte y estorbándoles que se hiciesen mayor mal con sus propias imprudencias, como sucedió con uno que, teniendo las manos heladas, las metió en el fuego hasta que se las asó bien y las perdió. Si este médico era emigrado o no, no es del caso, hizo una acción buena más allá de lo que prescribe el deber.

Al cuarto ¿por qué? contesto que he recordado con tanta acritud *insignificantes excepciones* al entusiasmo general, porque esas excepciones son criminales y dignas de vituperio, porque ellas se ejercitaban en apagar el entusiasmo general, como lo consiguieron, y tan completamente que se extinguió del todo; porque en lugar de presentar la triste serie de desgracias que ocurrían, pintaron a las infelices víctimas del infortunio como una docena de *ladrones* escapados de la República Argentina; porque hicieron a sabiendas, un objeto de escarnio, lo que no era sino de compasión y de lástima; porque dando por ciertas las sugerencias de algún mal intencionado, ponían en ridículo y desmentían la aserción de personas respetables que aseguraban que centenares de hombres luchaban con la muerte entre las nieves de la cordillera. En vista de los efectos fatales que esas *insignificantes excepciones* han producido sobre el ánimo del público, es que G. N. T., sin ocuparse de si sería del superior agrado de todos, se atrevió a hacer votos porque la execración universal recayese sobre ellas, y los repite humildemente ahora, aunque le duela que le toque al interpelante.

Al quinto ¿por qué? contesto que me dirigí al público, y no a los argentinos, porque era para el público para quien escribía;

porque al público le interesa saber lo bueno que los ciudadanos han hecho, para apreciar como merecen sus buenas acciones que son, como están anunciadas, sin malicia, sin doble sentido. G. N. T. es conocido de aquellas tres personas, y de una de ellas ha merecido, de diez años atrás, una especie de afección paternal que le hace mirarlo como un padre, de lo que se envanece y lisonjea en extremo.

Al sexto ¿por qué? contesto, que después de haber dicho que «los vecinos de los Andes *en general* (fíjese) han hecho cuanto han podido», ha asegurado que las clases menos acomodadas de la sociedad, es decir lo que el interpelante habría llamado *plebe*, y que él absolutamente no ha llamado nunca así, han obrado de otro modo, lo que siguiendo el sentido literal se expresaría así: la plebe no ha hecho todo lo que ha podido, como lo han hecho los demás vecinos.

El *absolvente* ha estado en los Andes y ha provisto a todos los gastos que se han hecho para sacar de la cordillera a los afligidos, y acompañado de don Pedro Bari, ha evitado, en cuanto ha estado a su alcance, que los arrieros dupliquen el precio ordinario de sus fletes, que los *peones* se comploten para no ir a sacar a los últimos enfermos que quedaban al otro lado de la cordillera, si después de pasado el temporal no se les pagaba precios exorbitantes. De nada de esto había hecho mención G. N. T., contentándose con decir que las clases menos acomodadas no han hecho todo lo que han podido, sin intentar hacer de ello un cargo de que la nación *in solidum* fuese responsable. Nutrido de ideas más generales que las que manifiesta el interpelante, y desnudo de estas pequeñas y mezquinas susceptibilidades nacionales que no tienden a otra cosa que a encender odios injustos entre pueblos hermanos por nacimiento, religión, usos y costumbres, el *absolvente* nunca ha creído hallar defectos populares que caractericen de un modo o de otro, a los chilenos, peruanos o argentinos; los cree a todos o americanos o hijos de los españoles, con los vicios y virtudes

anexas a estos caracteres comunes.

Por lo demás, el que suscribe no se ha hecho el órgano de la gratitud o la ingratitud de los argentinos. Ha escrito lo que vio, lo que oyó y lo que quiso, sin intención de vituperar sino lo que abiertamente vitupera, y sin curarse de que algunos se lo tengan a mal.

Instruido de que las pocas palabras que ha agregado a la sencilla relación de lo acontecido en la cordillera, han excitado los celos de algunos que se creen patriotas porque odian todo lo que no es chileno, y que acumulan datos y se agitan en todos sentidos para manifestar que hay más sentido que el que las palabras arrojan, y probar que han sido ofendidos y vulnerados en el honor nacional, está dispuesto el infrascrito a contestar a todo, a ratificar los hechos y acallar este celo exagerado.

Cuando evacue la parte contraria el traslado, entrará en materia, y entonces, después de solver debidamente sus objeciones, analizará filosóficamente lo que entre nosotros, americanos de donde quiera que seamos, cristianos y católicos, es el sentimiento de la caridad, cómo él es casi nulo, cómo esta nulidad influye en nuestras costumbres, en nuestra sociabilidad y en nuestras instituciones, y lo que produce de benéfico en los países en que esta síntesis del cristianismo real y bien aplicado, ha dado ya todos sus frutos. Pero todo esto lo hará sin pasión, sin considerarse extranjero, pues mal que le pese a su contendor, es como los chilenos, americano, porque es amigo de los chilenos y porque muchos chilenos le quieren bien. Entonces descendiendo a los hechos presentes y pasados, dirá mucho que no nos honra demasiado, no de la *plebe*, sino de las clases elevadas de la sociedad, no para ofender sino para amonestar, y si se echan de menos los grandes elogios de que ha debido ser órgano, téngase presente que el escrito impugnado son las ideas y las opiniones particulares de un individuo, y que sobre él solo recae el cargo de parco en alabanzas, de ingrato, de solapado y malicioso.

Política argentina 1842

Conducta de Rosas y sus agentes con el gobierno de Chile (*Mercurio* de 19 de abril de 1842)

El Gobierno ha expedido el decreto que registramos en nuestras columnas de ayer, a consecuencia de las comunicaciones que el mayor Lavanderos trajo por contestación a las reclamaciones que había dirigido a las autoridades de Mendoza, sobre las tropelías cometidas contra las propiedades y personas de los ciudadanos chilenos. Después de haber agotado todo género de consideraciones y de buenos oficios, para exigir la justicia que a sus reclamaciones se debía; después de haber dejado pasar un largo período de tiempo, dando lugar a que aquellas tuviesen su efecto sin recurrir para ello a otros medios que los que se usan entre gobiernos constituidos y que tienen por base de su conducta para con los extranjeros los principios del derecho internacional, el Gobierno ha adquirido la triste convicción de que no podrá prometerse jamás la justicia apetecida de gobiernos sin principios fijos, y que sin otra constitución ni otras leyes que la voluntad arbitraria de los mandones, y la sanción de la fuerza en que están apoyados, no reconocen derechos ni en los nacionales que sufren sus vejaciones, ni en los extranjeros que participan de ellas. ¿Ni cómo era posible prometerse que aquellos gobiernos reparasen las ofensas gratuitamente hechas a los extranjeros residentes, cuando esta

especie de retractación de sus violencias implicaba la injusticia de ellas, en mengua del poder absoluto que ejercen, y con descrédito y subversión del sistema violento y absurdo de administración que han adoptado, para sofocar la opinión pública y hacer prevalecer sus inicuas pretensiones? Donde se ha perdido hasta la tradición de toda forma de juzgamiento; donde el degüello ha sido sustituido a los trámites de la justicia, y la expropiación por simple orden del Gobierno a los fallos judiciales, ¿qué lugar queda para que sean atendidas las quejas de unas cuantas víctimas, cuyos gritos apenas se dejan oír en medio de los gemidos de pueblos enteros que sucumben bajo el peso de las violencias y vejámenes más inauditos? El Gobierno ha adquirido un triste y tardío desengaño, y la moderación de su conducta solo ha servido para dar alas a la desmoralización de aquellos gobiernos, y para que, prevaliéndose de esta misma moderación, sus reclamaciones queden burladas y su dignidad hasta cierto punto comprometida.

El gobierno de Mendoza, que ha declarado definitivamente que «la constitución de las provincias argentinas no permite a ninguna de ellas entenderse con los Estados extranjeros, sino por medio del gobernador y capitán general de Buenos Aires, encargado de las relaciones exteriores de la Federación», habíase creído, sin embargo, autorizado para mandar cerca de nuestro Gobierno un simulacro de enviado que con poderes insuficientes e instrucciones capciosas, pudiese ganar tiempo, y oponiendo dilaciones y retardos estudiados, hiciese arribar las negociaciones al punto que se deseaba, que no era sin duda el amigable arreglo de ellas, sino la llegada de la estación de las nieves que cierran la comunicación de ambos estados por la interposición de las cordilleras, y que hacen inútil toda medida coactiva que intente ejercer este Gobierno, por la inutilidad de ellas en la cesación natural de toda comunicación mercantil. El decreto expedido por el Gobierno fijando el 1.º de mayo para la

cesación de las comunicaciones mercantiles con las provincias trasandinas, lo expide ordinariamente la naturaleza en la misma época todos los años; y esto lo sabía muy bien el gobierno de Mendoza y ha servido de base a la política que ha inspirado y dirigido sus transacciones diplomáticas. Mientras tanto los ultrajes hechos a los chilenos en sus personas y en las propiedades que les han sido arrebatadas, como las justas reclamaciones de nuestro Gobierno y los desaires que ha recibido, quedan sin reparación alguna, pudiendo lisonjearse el gobierno de Mendoza de haber hecho suscribir a sus designios a nuestro Gobierno mismo.

Las noticias que los periódicos han insertado en estos días, hacen ver que el poder de Rosas se halla en una de esas crisis que lo amenazan periódicamente todos los años, y de que no sale si no es a fuerza de torrentes de sangre derramados en los campos de batalla, y de degüellos espantosos y violencias horribles cometidas en el centro de las poblaciones. El general Paz, triunfando en los campos de Caaguazú, ha restablecido la lucha que había parecido extinguirse con las derrotas que Lavalle y Lamadrid habían sufrido en el interior.

Tres provincias se han escapado del poder del tirano, y lejos de abandonarse a la inacción, se preparan para romper las cadenas de toda la República; y como lo habíamos anunciado en uno de nuestros anteriores números, una gran batalla está próxima a darse, de la cual penden los destinos futuros de aquella desgraciada nación. El gobierno de Mendoza, pues, ha tenido en consideración todos estos hechos; y por lo pronto ha querido desembarazarse de las reclamaciones de Chile, confiando su éxito al de su propia existencia, que está a punto de decidirse. Si los patriotas de la República Argentina triunfan, eso más de calamidades les habrá dejado el despotismo actual, que en año venidero, y *no ahora*, vendrán a tener efecto las medidas hostiles del Gobierno de Chile; y que a más de sus propios quebrantos y de los vejámenes y violencias

de que han sido víctimas, tendrán que responder por las violencias que, a la par de ellos, han sufrido los extraños, sus compañeros de desgracias y de infortunios. Si por el contrario Rosas triunfa, si logra anonadar la heroica resistencia que a su sistema de exterminio y de sangre han opuesto los hombres de corazón y de principios, entonces principiarán de nuevo las reclamaciones, que contestadas por la insolencia de un poder victorioso y acostumbrado a vencer todos los obstáculos, aun aquellos que los principios inmutables de la moral oponen a los gobiernos más absolutos, porque ellos son la base de existencia de las sociedades, traerán para nuestro Gobierno nuevos agravios y nuevas dificultades, que solo podrán repararse con una guerra desastrosa, intempestiva, y que tomará para los argentinos todos los caracteres de una lucha nacional. Sabemos que el gobierno de Buenos Aires ha contestado a las reclamaciones que le han sido dirigidas, que «está muy ocupado para entender en esas cosas», y a ser cierta esta respuesta tan ofensiva y humillante, ya podrá inferir por ella nuestro Gobierno, lo que podrá prometerse si aquel logra desembarazarse de los obstáculos que actualmente tienen en jaque su arrogancia y sus pretensiones.

El *Araucano* reconoce que si alguna falta pudiera imputarse a nuestro Gobierno, sería la de una lenidad excesiva; y en política la lenidad como el rigor, la moderación como la violencia, la tardanza como la precipitación, pueden traer consecuencias funestas y ser motivo de justos y bien fundados reproches. La política de nuestros gobiernos americanos, a más de atender a los intereses materiales, debe ocuparse también de los principios que inspiran la conducta de los gobiernos entre sí; y mal se lisonjearía uno en hallar simpatías y justicia de parte de otro, si los fines a que marchan son diametralmente opuestos. Entra, pues, en el dominio de la política de un país, estudiar la marcha de los poderes públicos de sus vecinos, los principios que han adoptado, para inferir de

allí lo que debe prometerse de ellos, y trazarse a sí mismo la línea de conducta que le toca adoptar. Un gobierno puede enhorabuena jactarse de toda prescindencia en las cuestiones políticas que dividen a una nación, mientras no se halle en contacto con ella o sus relaciones sean enteramente pacíficas; pero desde el momento en que pierden este carácter, bisoño en demasía fuera si hiciese toda abstracción de las circunstancias, y prescindiese de apegarse y simpatizar con aquellos elementos que, luchando por establecerse en el país con el cual se suscitan desavenencias, cuadran mejor con los intereses y principios del país que representa. Tenemos de esto un ejemplo reciente en el país mismo que motiva nuestras observaciones. El gobierno de Mendoza o más bien la facción que allí gobierna, había hecho a nuestros nacionales todo género de ofensas y ejercitado con ellos su espíritu de hostilidad, sin que nunca se haya desmentido esta conducta. Un momento hubo en que los patriotas lograron apoderarse del mando y nuestros nacionales recibieron de ellos las pruebas más inequívocas de su afección y de su amistad. Nuestro Gobierno, sin embargo, cuidadoso de no faltar al sistema de neutralidad estricta que había adoptado, no se manifestó ni más propicio ni más adverso que lo que se había manifestado para la administración anterior, y no obstante esta lenidad de su parte, cuando se restablecieron las autoridades de la facción opuesta a estos, lejos de mejorarse la condición de nuestros nacionales, se agravó y se hizo más insoportable. Mientras han durado las negociaciones, el Gobierno ha hecho cuanto estaba de su parte para evitar que los emigrados argentinos turbasen desde aquí la marcha de aquellos gobiernos, y los sucesos ocurridos en los Andes y Coquimbo, dan de ello la más irrefragable prueba. Y en vista de la inutilidad de estos buenos oficios que sirven tan solo para consolidar el poder de sus propios enemigos, ¿continuará nuestro Gobierno ejercitando su poder para estorbar que se desplome aquel sistema vacilante, y que se suceda otro más

conforme en principios con el nuestro?

Durante un largo espacio de tiempo nos hemos abstenido de emitir opinión alguna con respecto a las cuestiones que dividían a nuestro Gobierno y los trasandinos, temerosos de que ellas (que nada de conciliatorias tienen) sirviesen de protesto para motivar quejas de parte de aquellos gobiernos absolutos, que no reconociendo en nadie el derecho de manifestar sus opiniones, quieren que el Gobierno sea responsable de lo que publica la prensa en un país libre; mas esta vez nos proponemos ayudar con nuestras débiles luces los ilustrados consejos del Gobierno, a fin de que adopte la marcha que más convenga a la emergencia de las circunstancias, y a la dignidad e intereses de la República.

Estado de Montevideo (*Mercurio* de 21 y 22 de abril de 1842)

I

Montevideo, capital de la república del Uruguay, formada en una parte del territorio oriental al Río de la Plata, y perteneciente antes al virreinato de Buenos Aires, del que fue separado por la ocupación de los portugueses, no cuenta de existencia independiente sino un corto número de años. El gobierno de Buenos Aires, durante la presidencia del señor Rivadavia, emprendió una guerra con el fin de arrancarla a la dominación brasilera, y que después de los triunfos de Ituzaingó, terminó en una paz definitiva, por la que se constituyó el territorio disputado en un estado soberano e independiente. Desde entonces no había cesado sino por intervalos la guerra civil, hasta que el actual presidente, venciendo a su enemigo Oribe, logró cimentar una administración estable. Con una campaña asombrosamente abundante en pastos exquisitos, cruzado su territorio en todas direcciones por centenares de arroyos y ríos navegables, dando frente por un lado al majestuoso Plata y por otro al Uruguay, que ha dado nombre a la nueva república, y gozando de las ventajas de un puerto seguro y espacioso, el nuevo estado contaba con preciosos elementos de riqueza y desarrollo, que

solo esperaban circunstancias favorables para desenvolverse. Llena de una población casi española, y dominada por largo tiempo por una nación distinta en usos, costumbre e idioma, y que la retenía a título de conquista, Montevideo había dado muy pocos pasos en la carrera de la civilización. Unos años más, y Montevideo se alza como un gigante; su población se duplica, fuerza le es abatir las celebres murallas que la retenían antes como aprisionada, y derramar su población por los arrabales inmediatos, formando nuevos cuarteles y anchas y vistosas calles decoradas de suntuosos edificios; la emigración europea acude a millares a explotar fácilmente la superabundancia de riqueza de esta tierra de promisión. Su puerto está henchido de naves de todos los pueblos del mundo, y sus riquezas se aumentan con su comercio en una escala verdaderamente asombrosa. Para que nada falte a su repentino engrandecimiento, el pensamiento toma allí un vuelo desconocido, y las prensas gimen diariamente, dando abasto apenas a las publicaciones que diariamente se hacen. Brilla con toda la lozanía del suelo americano, de cuyos colores se engalana, una poesía original, fecunda, apasionada y revestida de imágenes nuevas y por decirlo así nacionales; la música la presta sus melodiosos acentos; y el ardor por la libertad, el ansia de civilización y de progresos, se deja sentir en todas las clases de la sociedad. Metamorfosis tan completa, actividad tan desusada, y regeneración tan general, ¿de dónde ha podido originarse? ¿Qué causas nuevas, qué elemento extraño ha venido a fecundar esta tierra que apenas había dejado de ser esclava diez años ha, y que con una reducida población, osa medirse en progresos y en desenvolvimientos con los estados más antiguos en independencia, más abundantes de población, más viejos en la escuela de la existencia propia?

Vamos a apuntar algunas de las causas de este movimiento que se nos alcanzan, y que pueden ser de algún interés para nuestros lectores, que, poco estudiosos de los acontecimientos

que se desenvuelven al otro lado del Cabo de Hornos, o más allá de la barrera de los Andes, que limita nuestra vista, no se aperciben de progresos cuya contemplación puede sernos útil, por los puntos en que se tocan en intereses y porvenir todos los estados americanos.

La situación de Montevideo es una de las más aventajadas de la América del sur, y con un suelo feraz, ríos navegables, un clima sano, y producciones fáciles y medios de riqueza sencillísimos, brinda a la emigración europea con atractivos poderosísimos. La emigración europea ha trillado hasta hoy un camino a los Estados Unidos del norte, que parece exclusivo y el único desembocadero que se ha abierto para sustraerse al malestar que se deja sentir en los pueblos envejecidos de Europa. Mas, si una vez intenta salir de esta huella trazada de tantos años atrás, no creamos que ha de seguir extendiéndose y como costearo sin interrupción las riberas del Atlántico. La zona tórrida opone desde luego sus ardientes climas, tan desagradables a las constituciones europeas; y las enfermedades endémicas, la fiebre amarilla, el vómito negro, serán siempre obstáculos que retraerán a los extranjeros de una numerosa concurrencia. Así, pues, partiendo desde la Florida y Texas, que la emigración ha erigido en estado independiente, se encuentran los malsanos puertos de Veracruz y Tampico, y pasando a la América del sur, Panamá, Venezuela y las Guayanas. Sigue luego el inmenso litoral del Brasil, que no obstante sus ricas producciones y su proximidad a Europa, muy poca población ha atraído hasta ahora, atribuyendo este fenómeno a la *esclavatura* que ejecuta los trabajos de la industria, y hace difícil de medrar a los blancos pobres que por su trabajo personal intentasen hacerse un capital. Ocurre luego Montevideo, y aquí se deja sentir la influencia que ejerce la forma de gobierno, la seguridad, las ventajas de un clima propicio, y las facilidades del trabajo. La emigración acude de todas partes. Las islas Canarias dan anualmente un numeroso

contingente, y los vascos franceses y españoles se presentan a millares todos los años. Hay algunos miles de ingleses, un número poco menor de alemanes, y ya se hacen notar los italianos que han fundado un periódico para el entretenimiento de los que hablan aquel hermoso idioma. Las aguas del Plata, del Paraná y del Uruguay serán en lo sucesivo los surcos que trazarán la dirección en que ha de marchar primero la emigración al extenderse en las llanuras sudamericanas; y como lo hemos indicado antes hablando de Venezuela, este es un suceso próximo, inmediato y que está a la mano en todas partes; es una consecuencia necesaria del desenvolvimiento de la humanidad; es una disposición de los altos designios de la Providencia. Planicies cuya extensión no alcanza a abarcar el pensamiento; ríos inmensos que cruzan todos los climas y dan vida a toda género de producciones valiosas y codiciadas por las artes, la industria y las necesidades europeas; climas benignos, y en fin, costumbres fáciles de plegarse a las nuevas exigencias de la sociedad que empieza a suplantarse la antigua apatía colonial, todo convida allí a una acumulación de capitales, de industria y de población, que se desarrollará sin esfuerzo, sin cooperación del gobierno, y en despecho de la guerra civil, y como esas plantas lozanas que una atmósfera húmeda y ardiente hace brotar del seno de la tierra y que crecen y cobran nuevas fuerzas en medio de la furia de los huracanes que las *embaten*.

Esta causa poderosa, providencial, incontrastable, que sirve de base al desarrollo singular de Montevideo, ha sido favorecida por otras accidentales, que han contribuido a guarecerla de los inconvenientes del momento, y la han dejado cobrar vigor bastante para resistir después y sobreponerse a los obstáculos que pudieran sobrevenir. El gobierno del presidente Rivera, si bien no es el más liberal en su marcha, ni el más ilustrado en sus principios, es uno de aquellos que dejan a la sociedad ir a su paso sin estimularla, pero sin contrariarla

tampoco. Moderado para con sus enemigos políticos, les deja entera libertad de obrar, de chillar, y aun de escarnecerlo; confía en su propio genio y en la cooperación de sus adictos, para andarse asustando por la oposición que excitan sus medidas. En una palabra, vive el gobierno y viven los gobernados, sin curarse mucho el uno de los otros, y este de aquel. Mientras tiene lugar ese cómodo *laissez aller* de una y otra parte, la seguridad individual se corrobora, el respeto a la propiedad se cimienta, el comercio se extiende, la prensa se encarna en las costumbres, la instrucción se difunde entre todas las clases de la sociedad, el pueblo entra en el uso de sus derechos y se apega a sus goces, y finalmente, una población nueva y protegida por los gobiernos a que antes pertenecía, opone una barrera a las demasías del poder, haciendo respetar sus propiedades y su seguridad, y transmitiendo a los nacionales por el ejemplo de su incolumidad, el deseo y la voluntad de ser respetados, y en el gobierno la necesidad de respetar. Si se quiere echar en América, en un país convulsionado, elementos nuevos de orden, basta abrir las puertas a la inmigración, y de seguro que unos pocos años bastarán, no solo a reparar los quebrantos pasados, sino también a arrojar un germen de actividad y de progreso con que antes no se contaba; esto es al menos lo que ha sucedido en Montevideo, y lo que sucederá bien pronto en la República Argentina y en los demás estados americanos que tengan elementos naturales para desarrollarse por la agricultura y la población.

No ha contribuido menos al desenvolvimiento de Montevideo en la parte material, el bloqueo de Buenos Aires, que cerró por dos años largos el mercado de aquella ciudad comerciante, y estableció en la otra orilla del Plata el emporio del comercio europeo. Este incidente ha contribuido bastante al engrandecimiento que admiramos, sin que sea en manera alguna su causa generadora, como pretenden algunos hombres superficiales. Lo cierto es que el bloqueo se ha levantado de

mucho tiempo atrás, y que Buenos Aires no ha recobrado su importancia comercial; sus puertos están comparativamente desiertos, su mercado está reducido a una completa nulidad, su sistema de moneda es irrisorio, y sus almacenes están vacíos y desamparados. Otra causa más profunda ha destruido a Buenos Aires y enriquecido a Montevideo; y este ejemplo merece estudiarse a fin de que los demás pueblos americanos sientan las funestas consecuencias del gobierno discrecional, y se premunan contra sus antecedentes y sus efectos. Lo que ha hecho desaparecer a Buenos Aires de la lista de los pueblos comerciantes, no es el bloqueo, no es la guerra civil que arde en las provincias interiores, sino la influencia funesta del despotismo, este veneno lento que hace sus estragos en la constitución de la sociedad, y que encarnándose en el pensamiento, como en la médula de los huesos del cuerpo humano, anula toda actividad, todo espíritu de empresa, y toda espontaneidad. Sin seguridad individual, acechados continuamente por el poder, temerosos de delinquir o suscitar sospechas, violada la correspondencia, inseguro el asilo doméstico, el espíritu se reconcentra, las relaciones se reducen a un círculo que cada vez se estrecha más y más, hasta que, encerrándose el individuo en el hogar doméstico, la sociedad se disuelve materialmente, y pierde todo sentimiento de vida y de animación. El ciudadano se hace individuo, y con el sentimiento de su dependencia absoluta, pierde toda actividad, todo deseo de mejorar su condición exterior, cuando la interna es tan angustiada y tan precaria. Así muere un pueblo de inanición como la luz en medio de exhalaciones mefíticas, y así agoniza Buenos Aires con la larga agonía de un hombre fuerte, que es larga y penosa, por los esfuerzos que su constitución hace para volverle a la vida. Así es como Montevideo, recibiendo el espíritu vital que se desprendía de este moribundo, se ha reanimado y crecido en población y en luces.

II

A las causas del desarrollo material de Montevideo, que en nuestro número de ayer apuntamos, puede agregarse aun otra, que no solo ha contribuido en este sentido, sino que es el germen de su actual desenvolvimiento intelectual; porque Montevideo no es hoy uno de esos pueblos que engreídos y admirados de sí mismos por verse con cuatro reales, según la significativa expresión popular, llegan a persuadirse que han tocado en el apogeo de la civilización, no obstante que carecen de todo movimiento de ideas, de todo progreso intelectual. No; aquella ciudad no es menos notable por sus adelantos en riqueza, población, comercio e industria, que por la fecundidad literaria que despliega, por el cultivo de las artes liberales, y por la profundidad de los estudios a que se libra la juventud, y la forma peculiar, lozana y libre que toma allí el arte pretendiendo formarse un gusto, una civilización y una literatura americanas, nacionales, sin querer escuchar preceptos dados en una tierra extraña, y afectando tanta independencia intelectual como la política de que goza. La poesía es allí honrada, y los bardos recitan sus cantares en presencia de un pueblo que gustando de oír sus armonías, las comprende, las aplaude y las corona.

Esta otra causa que apuntamos, es la continua y distinguida emigración que ha recibido de Buenos Aires, y que ha trasportado consigo al destierro, como los penates de Eneas, la semilla fecunda de la civilización argentina, cuyos frutos recoge hoy Montevideo, y las ideas que la regeneración americana había desenvuelto en aquella ciudad tan celebre en otro tiempo por su amor a la libertad, y por los prodigiosos esfuerzos que hizo para asegurarla para todo el continente sudamericano. No bien se hubo disuelto la presidencia argentina, cuando arribaron a las playas orientales los hombres

más eminentes de los que habían formado el congreso tan memorable del año 26, y los miembros más influyentes de la administración Rivadavia, pidiendo un asilo a la misma tierra que tres años antes habían arrebatado a la dominación imperial. Estos ilustres proscritos, cuya fama como ultraliberales ha cundido por todos los ángulos de América, después de haber dado existencia al nuevo Estado Oriental, fueron a inocularle los principios de que habían vivido, y por los cuales había combatido tanto la común madre patria. Las cátedras, la prensa, los círculos, el foro, la magistratura y aun el gabinete, empezaron desde luego a sentir el germen de las ideas liberales que este ilustre contingente de patriotas iba a arrojar en el suelo hermano. Las nuevas turbulencias de la República Argentina, venían a acumular, capa sobre capa, nuevas y heterogéneas emigraciones, como los sedimentos que dejan los cataclismos que cambian la superficie; y el año 33 pudieron darse la mano en Montevideo Rivadavia y Balcarce, Lavalle y Olazábal, Varela y Cavia. Todas las notabilidades rivales en principios políticos, todo lo que había de capacidades y de ilustración en ambos partidos unitario y federal, se reunía en Montevideo, arrojado del teatro de sus luchas parlamentarias, de sus polémicas por la prensa y de sus guerras civiles, por el tirano que se había alzado con el poder discrecional, y que receloso y suspicaz, trataba de alejar del círculo inmediato de su dominación todo lo que podía hacer sombra a su poder sin límites, y no obstante, tan deleznable. A los hombres influyentes de ambos partidos, se siguieron los antiguos militares de la guerra de la independencia y del imperio, cuya gloria amenazaba sofocar al déspota oscuro que nunca alcanzó a divisar un enemigo de la patria. La mano del despotismo en tanto empezaba en Buenos Aires a desleír la sociedad, destruyendo la moral pública, suscitando los furores de una banda de asesinos, y exigiendo del pueblo adoraciones serviles. Los caudillos de Rosas, caídos de su gracia, llegaban

también de vez en cuando a Montevideo, a engrosar las filas de los que huían de las garras del tirano y querían destronarlo. Una juventud numerosa, ardiente, que estudiaba en las aulas de Buenos Aires las ciencias y maldecía por las calles al déspota, se había mostrado en medio de aquella atmósfera de humillación y de crímenes, digna heredera de sus padres. Estudiaba el despotismo en aquel vasto anfiteatro, y con conocimiento de su estructura, se preparaba a combatirlo.

Por entonces apareció el *Salón Literario* que tantas palmas prometía a la joven generación argentina; la lira de Echeverría hacía repetir a los ecos de la pampa sus dulces y sentidas armonías, y el grito de emancipación literaria salió de algunas bocas entusiastas y verdaderamente revolucionarias. Pero Rosas estaba divorciado con la civilización, las ideas liberales, la literatura y la moda. A las Universidades y colegios cerrados, se sucedieron los calabozos y las mazmorras que empezaban a sepultar en su seno a esa misma juventud que poco antes se consideraba encargada de perpetuar la grande obra de la revolución preludiada el año 10. La persecución se hizo general contra los que llevaban fraque y los que vestían a la francesa, y Montevideo recibió en su seno millares de estos emigrados, imberbes casi, pero llenos de santo entusiasmo por el progreso, la libertad y las luces. La falta de seguridad alejaba diariamente a los extranjeros residentes en Buenos Aires, y las suspicacias de la política, y la progresiva depreciación de la moneda, retraían de las especulaciones mercantiles a los capitalistas, haciéndoles ansiar por un punto seguro adonde trasladar el teatro de su actividad. En una palabra, los ancianos en consejo y saber en la República Argentina, los soldados representantes de su antigua gloria, la juventud que abandonaba las vedadas aulas, la industria extranjera, el comercio mismo de Buenos Aires, se hallaron un día casi todos reunidos en Montevideo, contemplando a Buenos Aires esclava, y acechando el momento de asestar un golpe al tirano.

He ahí, pues, los grandes y variados elementos de la actual prosperidad de Montevideo. La libertad civil ha preparado el campo; la emigración extranjera puesto en actividad la industria y el comercio, y la parte inteligente de la argentina, removido la sociedad, imprésole su espíritu, su civilización y sus instintos. Buenos Aires está hoy encarnado, como un fecundo injerto, en un tronco joven y robusto, y desde el suelo en que se ha reorganizado, puede decir con las palabras de uno de sus más distinguidos hijos; «La libertad no perece; emigra sí. Perseguida en la ribera occidental del Plata, ha traído sus bellas costumbres y sus obras magníficas a la orilla opuesta, esperando el puente de victorias que le ha de dar pase para regresar a su cuna, Buenos Aires».

Causa asombro, en efecto, la fecundidad precoz de la prensa de Montevideo, que no solo se ocupa de hacer la guerra a Rosas, que es su empresa; folletines musicales hacen populares semanalmente los ensayos del naciente arte de la composición original; certámenes poéticos en que decenas de bardos se disputan la palma sobre un tema sagrado para todos, el 25 de mayo; cada batalla afortunada inspira un canto, muchos cantos; cada víctima que el rencoroso despotismo inmola, recibe coronas y flores sobre su tumba. Los italianos tienen un periódico en la lengua del Taso y del Dante para mantener vivo el recuerdo de la patria desgraciada y abatida hoy; existe una *Revista española* que solo trata de los asuntos de la Península; el *Constitucional*, periódico oficial; y el *Nacional* diario que campa por su respeto, sostenido por 600 suscriptores, y que se ha hecho célebre por la tenacidad incansable con que persigue a Rosas y por la lluvia de dardos que dispara diariamente sobre su cabeza, y las maldiciones que sobre él vomita ardiente, implacable y rencoroso. Se siguen a estos campeones de la prensa periódica, la turba de guerrilleros y escaramuzadores que ha sublevado la lucha actual contra el tirano de la República Argentina. Precediolos

el *Tirteo* que usaba con maestría y entusiasmo el arma con que el célebre poeta de aquel nombre logró reanimar a los abatidos espartanos. Hoy siguen sus huellas el *Anti-rocin*, el *Rayo de Caaguazú*, el *Clarín oriental*, el *Curioso*, etc., y se arrebató el aura popular el *¡Muera Rosas!* que hiere profundamente a la multitud, con el auxilio de caricaturas que sublevan de indignación contra el tirano, o excitan el menosprecio por el ridículo y los colores odiosos de que lo revisten.

Es un hecho singular que en la inmortal lucha de las provincias argentinas, y no obstante la separación política de la Banda Oriental, ambos pueblos sigan el mismo rumbo, estén divididos por los mismos partidos, y se den mutuamente la mano y quieran correr la misma suerte. La política de Rosas había metido muy adentro su mano en el gabinete Oribe; el brazo de Rivera se levanta para ayudar a los patriotas argentinos. En vano se ha interpuesto entre ellos el ancho cauce del Plata como límite natural que debiera dividir sus fronteras, su política y sus intereses. En todos sus mutuos movimientos, en todas sus disensiones, en sus simpatías y en su marcha, se descubren hermanos, o más bien miembros de un mismo tronco, respirando el mismo aire, y animados del mismo principio de vida. Esto prueba lo ficticio de las divisiones políticas, cuando no están apoyadas en la diferencia de costumbres, de origen, religión y gobierno.

El cuadro que hemos trazado del movimiento de Montevideo, ya sea considerado en su parte intelectual o moral, o bien en el desarrollo material análogo al que no ha mucho quisimos trazar de Venezuela que tan avanzada va en la senda del progreso, descubre muy a las claras nuestra tendencia de contraernos al espectáculo que presenta cada uno de los pueblos americanos, nuestros compañeros de partida en la ardua empresa de constituírnos en estados independientes. Gustamos de escaparnos de vez en cuando de nuestro horizonte político para ir a examinar lo que hacen los otros

pueblos, y estudiar sus errores, como sus aciertos, su paralización como sus progresos, su tranquilidad como sus trastornos; porque en todas estas fases que el desenvolvimiento de las sociedades americanas presenta, podemos hallar lecciones útiles, y recoger instrucciones y datos provechosos. El pueblo que se reconcentra en sí mismo; que cierra los ojos a todo lo que se muestra a su alrededor, puede conseguir ventajas del momento; pero puede también recaer en la oscuridad y fracasar en los mismos escollos en que pudo y debió ver que fracasaban sus vecinos. Cuando las ideas liberales ganan terreno, cuando las costumbres se regeneran, y se desenvuelve la inteligencia y la riqueza de un pueblo que con nosotros era ahora treinta años una colonia sin vida propia, miradas de simpatía de nuestra parte deben seguirlo en sus esfuerzos, y nuestros hombres, aplaudir sus buenos resultados, para echarnos enseguida en la misma liza, alcanzarlos, sobrepasarlos, si cabe, o imitarlos en su ahínco de mejorar de posición. Los pueblos modernos no pueden vivir en el aislamiento de todas partes, y a cada momento se sentirán llamados a interesarse en el movimiento general de la humanidad, que marcha toda por un mismo sendero, y que llama al buen camino a los pueblos que se extravían o se detienen.

Comentario de noticias argentinas (*Mercurio* de 30 de abril, 3 y 10 de mayo de 1842)

I

Un problema de difícil solución ocupa en este momento la atención del público, suscita reflexiones sin número y da por resultado los juicios más contradictorios. Tal es la importancia que deba darse a las noticias que en nuestro número del martes publicamos con respecto a la captura del general Paz, sobre cuyos hombros reposaba una revolución entera, y de cuyos procedimientos pendían tantos temores y tantas esperanzas. Hasta el lunes la noticia tenía todos los caracteres de una fábula forjada en Mendoza. Este era el juicio del público y el que nuestro corresponsal nos trasmitía. Pero cuando esta convicción había pasado a ser un hecho establecido, se presentan como de sorpresa nuevos datos que, sin dar mayor grado de verosimilitud a las cartas impresas, les agregan nueva autoridad, y sin arrojar más luz sobre la materia, dan a aquellos documentos una nueva fuerza. Veinticuatro horas después de distribuirse la correspondencia aparecen nuevas cartas instruyendo del suceso; se habla de una de Oribe a un sujeto que no se nombra; se enseña otra de Pacheco a un comerciante; todas repiten el hecho de la captura del general

Paz; y una larga serie de documentos han sido transmitidos para dar mayor peso a la noticia. La incertidumbre en unos, la convicción en otros, y la más completa incredulidad en muchos, ha sido el resultado de estos nuevos datos. Vamos a examinar esta cuestión con la imparcialidad que merece. Acaso mañana esté el hecho fuera de duda, acaso se descubran claramente los motivos que han hecho necesario forjarlo. No pertenecemos a aquellos caracteres, o muy felices o muy desgraciados, que hallan en su corazón o en sus juicios fuerza para resistir a la mano de plomo de los hechos que impone silencio a la lógica y a la deducción. Cuando se nos dice *ha sucedido*, no decimos es probable, es imposible, es contrario a todos los antecedentes; porque los hechos suelen a veces desmentir todas las probabilidades, salirse del círculo de lo que considerábamos lo posible, y romper bruscamente el hilo de las premisas más bien fundadas, para presentar su cara desnuda, positiva, burlándose irónicamente de los juicios humanos.

La opinión pública estaba preparada por los antecedentes que ha transmitido la prensa, a oír de un momento a otro la relación de una terrible batalla entre los dos ejércitos rivales que se disputan la vida o la muerte de la República Argentina; la lucha tocaba a su término; la catástrofe del terrible y sangriento drama de aquella guerra civil estaba próxima; el medio que la preparaba era conocido. Y bien, de repente uno de los contendientes se presenta en el proscenio a decir: el ejército enemigo, triunfante, disciplinado, mandado por un general hábil, moral y organizador; separado de sus enemigos por un ancho río en el seno de su reciente conquista y en medio de sus aliados, se desmoraliza, se desbanda, se disuelve, y sus restos, huyendo sin que nadie los persiga, van a sepultar la ignominia de sus triunfos a un extremo de la República, abandonando todos, hasta el general, que solo él se había antes atrevido a mantenerse en pie ante la estatua del poder triunfante de Rosas, la empresa de derrocarlo; y para colmo de

desastre, el general de este ejército que huye sin que él mismo sepa de quién, cae entre bagajes y carretas en poder de unos cuantos hombres emboscados. ¿No merece el que haga anuncio semejante que se le trate de embustero? ¿El sentido común no escarnece y rechaza esta fábula que tan absurda parece? ¿El ejército que sin recursos, sin armamento y sin otros medios que su moral y la capacidad de su jefe, había estado un año formándose y tres meses en presencia del enemigo, y tres días combatiendo en Caaguazú; el ejército que ocupando a Entre Ríos sin obstáculo, venía a ligar a Corrientes, Santa Fe y el Uruguay para dar consistencia a la única resistencia posible, retrocede cuando ha conseguido su objeto, cuando halla recursos, cuando sus filas se engrosan con una provincia entera, cuando se da la mano con Santa Fe que ya está combatiendo? ¿Viose jamás fenómeno más raro, más incomprensible, más disparatado? Y, sin embargo, el suceso extraordinario de la captura del general Paz, reposa sobre este incidente de la retirada a Corrientes. El general Paz ha sido vencido por las dificultades de su posición muchos días antes de caer en manos de sus enemigos, ha debido prevenir a su aliado López con la debida anticipación de la resolución desesperada que tomaba; y Rivera, consentido y preparándose a resistir él solo la invasión de su enemigo implacable, a cuya impotente fuerza se dejan todas las puertas abiertas, sacrificando a López, y entregando sin resistencia el Entre Ríos. El general que así obra, el general que no tiene capacidad bastante para dar moralidad a su ejército, es el mismo que ha sido considerado por amigos y enemigos como una de los más notables, sino la primera capacidad militar de estos tiempos en su país; es el general que en San Roque desbarató con 800 hombres el poder de Bustos, que en la Tablada y en Oncativo contrastó el arrojo de Quiroga; es el general que quedó solo entonces, como esta vez, contra todo el poder de las otras provincias ya vencidas; es el general, en fin, a quien solo un

accidente rarísimo en los fastos de la guerra, pudo separar del ejército cuya moralidad había sostenido durante tres años de combates continuos. Y si la captura del general Paz en el año 31 se cita como un hecho que arguye la posibilidad de esta segunda, ¿no salta a la vista la inverosimilitud de que a un mismo hombre público le ocurran en su vida dos incidentes extraordinarios análogos, o más bien enteramente parecidos? ¿Será el destino de uno de aquellos dos partidos que tantas veces han combatido, acabar siempre con la captura del general sin combate precedente, que se queda el último combatiendo, y que este general, que nunca ha de ser batido, sino arrebatado a su ejército, ha de ser el general Paz? Esto, a ser cierto, sería asombrosamente peregrino, y mostraría o los caprichos de la suerte, o los altos designios de la Providencia, que gusta a veces burlarse del orgullo de la razón humana. Pero para creerlo así, es preciso tocarlo primero, verlo de cerca para confundir toda objeción, toda duda. Mas, como lo hemos dicho al principio, no nos rebelamos contra los hechos por absurdos que parezcan. Lo que no comprendemos, es la retirada del ejército a Corrientes, que es el antecedente forzado de este plagio de la *boleadura* del general Paz en el año 31.

Estamos convencidos de que la noticia de este inverosímil suceso, ha partido realmente desde el campamento de los Desmochados. Pero ¿cómo ha llegado allí? El general Echagüe la trasmite, y a él ¿quién se la dio? Aquí nacen de nuevo las dificultades, al menos en las formas. ¿Por qué al repetir por conductos tan multiplicados la noticia, no se repite el parte oficial que debió comunicarla desde Entre Ríos, donde quedaban restablecidas las autoridades rosistas, hasta San Nicolás, donde se encuentran esas mismas autoridades? Sin embargo que esta objeción tiene mucha fuerza, no es difícil, a nuestro juicio, solverla satisfactoriamente. La falta de un documento escrito no siempre implica la inexactitud de los que

a él se refieren. La premura del tiempo, una inadvertencia, un aviso verbal, obstáculos desconocidos para nosotros, mil otras razones, pueden explicar esta falta de atestiguación del origen de una noticia tan asombrosa, tan inesperada y tan fecunda en resultados. Más difícil nos parece contestar a esta otra objeción. ¿Cómo los generales de un ejército, y el gobierno de una provincia, pueden tener el descaro, no solo de anunciar públicamente una superchería, sino comunicarla a un gobierno extraño y enteramente neutral en la cuestión? ¿Con qué fin exponerse al descrédito que trae consigo una mentira de este género, ni a excitar la indignación de los que se ha intentado hacer juguete de ella? ¿A qué acumular tantas copias de partes y noticias accidentales? ¿Qué significan las expresiones de la carta de uno de los generales que dice a su corresponsal de Chile: las noticias que se adjuntan son ciertas, no dude usted de ellas?

Una solución ha ocurrido a algunos incrédulos, y vamos a trasmitirla al público. Sabido es que no han quedado fuerzas en las provincias del interior, después de la marcha de los ejércitos de los generales Oribe y Pacheco. Los periódicos de Montevideo propalan que la emigración argentina en Chile estaba acechando el momento de descolgarse por los Andes y amenazar la retaguardia de los ejércitos de Rosas. El gobernador de Tucumán comunica oficialmente temores de una invasión por Bolivia; y el de Mendoza ha comunicado al nuestro sus recelos con respecto a las intenciones de los emigrados aquí. Si los emigrados lograban repasar los Andes, podían muy bien acertar un golpe de mano, y el ejército tendría o que debilitar su fuerza para contenerlo, o que dejarlos fortificarse y convulsionar las provincias. ¿Cómo estorbar la realización de este hecho posible? Un medio hay, y es desbaratar sus planes, haciéndoles consentir por un tiempo al menos, que su causa es desesperada, ponerlos en el potro de la incertidumbre, ganar tiempo, hasta que la caída de las nieves haga imposible el

pasaje de los Andes. La captura del general Paz, sin la destrucción de los ejércitos de Santa Fe y Uruguay en una batalla, que es cosa muy ruidosa para suponerla, sería una noticia suficiente para desalentar a todos los que saben que la capacidad de aquel general es la esperanza de la revolución. Para hacer, pues, valer a 400 leguas de distancia esta noticia, unas cuantas cartas no bastan, que es preciso apoyarlas en otras dirigidas a personas determinadas y de séquito, para que den peso a las otras. Si el éxito final de la guerra justifica la audacia de este procedimiento, se le llamará una estratagema militar; si el resultado es desfavorable ¿quién ha de ir a pedir cuenta a los vencidos de sus desafueros?

Y a decir verdad, si estas noticias no son fundadas, no podría su invención explicarse de otro modo. Hay una cosa singular, y es que una carta de San Juan anuncia haber muerto en un desafío el coronel Maza, que firma una de las cartas, y no lo es menos la aseveración positiva de un pasajero de Mendoza, de que hasta el 20 no había otro rumor en boga allí, que el de una pretendida derrota de Pacheco.

Y si no obstante lo absurdo, lo improbable, lo inverosímil y lo mal comprobado de la noticia, saliese siendo un hecho positivo, ¿qué diríamos nosotros? Diríamos que los medios de anunciarla eran defectuosos, y que nuestro juicio recaía sobre los datos que se nos presentaban.

Como la explicación de este hecho singular interesa tanto al público, que ha seguido con tanto interés las diversas fases de la lucha argentina, instruiremos a nuestros lectores de todos los datos que por la vía de la cordillera podamos adquirir, ya sea que contraríen o confirmen el desenlace exabrupto y fantástico que parece tener aquella guerra. Los buques de Montevideo vendrán tarde a explicarnos la verdad de lo ocurrido, o vendrán quizá a arrojar en nuestras playas millares de infelices que escapen de la venganza de sus victoriosos enemigos.

II

Los extractos de cartas de Montevideo que hemos publicado ayer, y las noticias que obtenidas por la vía de Mendoza añadimos, mantienen, si no agravan, la incertidumbre del público, sobre los sucesos que se anuncian como ocurridos en los primeros días de este mes, en las márgenes del Paraná. Hasta poco más de 17 días antes de la catástrofe que habría hecho caer al general Paz en manos de sus enemigos, no se tenía en Montevideo antecedente ninguno que hiciese presagiar ni remotamente la posibilidad de un contratiempo de tan grave trascendencia. Las comunicaciones de Mendoza anuncian como un hecho consumado, que Rivera, desavenido con Paz, había repasado el Uruguay; las últimas noticias que datan desde los Desmochados, atribuyen esta reconcentración a la necesidad de sofocar en el Estado Oriental un movimiento revolucionario; y las cartas todas de Montevideo convienen en la indicada desavenencia y en el próximo regreso del ejército oriental a los límites de su territorio. Es, pues, este un hecho notorio de cuya autenticidad no es lícito dudar. Los motivos de una conducta que la gravedad de la posición del ejército de los enemigos de Rosas hace tan incomprensible, pueden explicarse de distintos modos.

Se sabe que cuando el general Lavalle se preparaba a organizar el primer ejército libertador, encontró en el gobierno de Montevideo una viva oposición, que por poco no degenera en una hostilidad abierta. Se atribuyó por entonces esta falta de inteligencia entre aquel caudillo de la revolución argentina y el presidente Rivera, a falta de tino y prudencia del primero; hoy se repite el mismo fenómeno entre el último y el general Paz, no obstante el carácter conciliador que a este atribuyen todos. ¿Habrán otros motivos distintos de estos simples antecedentes que obren en el ánimo del presidente Rivera?

Esto es lo que tan lejos del teatro en que tan extraños hechos acontecen, no podremos decir nosotros, pero lo que parece cierto es que tanto los jefes de la coalición del litoral del Paraná, como la numerosa emigración de Montevideo, hacen completa abstracción de la cooperación o no cooperación del gobierno de aquel país, y que por largos y no desmentidos antecedentes, se han habituado a no confiar en auxilio extraño y atenerse a sus propias fuerzas, para consumir la grande empresa que han concebido de derrocar al tirano de Buenos Aires. Al mismo tiempo que se anuncia de Montevideo la falta de cooperación del ejército oriental, y aun actos de hostilidad como la detención de vestuario y algunos pertrechos, se anuncia también la marcha ya efectuada de todos los jefes argentinos, que aunque emigrados de Montevideo, no habían querido antes tomar parte con Lavalle. El viejo general Rodríguez, los distinguidos jefes de la guerra de la independencia Suárez, Olavarría, Juan Apóstol Martínez, Iriarte, Olazábal, y centenares de oficiales subalternos, jóvenes y ciudadanos marchaban, diariamente a incorporarse al ejército; y el día de la partida del buque que trae estas noticias, salía un grupo de 50 de aquellos.

Prueba esto que en nada menos se creía que en la disolución del ejército argentino, y cartas que tenemos a la vista se extienden en enumerar los inmensos sacrificios que se hacen para equipar y engrosar el ejército, el ardor, actividad y decisión con que se trabaja, y el entusiasmo de las tropas que manda el general Paz. Se agrega a esto que la emigración reciente de Buenos Aires pasa incontinenti a incorporarse al ejército, y que allí se despliega una actividad verdaderamente asombrosa. ¿Podría tener lugar en medio de este continuo acrecentamiento de fuerza y de elementos de moralidad de un ejército, el proyecto de abandonar su empresa y emprender la desastrosa retirada de Corrientes, que ha motivado la captura del general Paz, que anuncian las cartas de los Desmochados?

¿Un ejército que contaba más de 6000 hombres, y en cuyas filas se alistaban diariamente jefes distinguidos, y se mostraba lleno de ardor y disciplina, estaría a punto de disolverse, cuando ni aun en la ribera opuesta del río que le sirve de ancho foso, había ocurrido el menor incidente desfavorable? La no cooperación del ejército oriental ¿sería de tanto peso en las determinaciones del general Paz, cuando todos los que en Montevideo trabajan por su causa, y los que vuelan a participar de su suerte, obran con la conciencia de no tener que prometerse nada por aquella parte? Si esto hubiese, sin embargo, sucedido, es preciso convenir que nos falta una página en la crónica de aquellos acontecimientos en la que se halla el nudo que liga antecedentes y consecuencias tan opuestas, debiendo notarse que desde el 14 de marzo que es hasta donde alcanza la correspondencia de Montevideo, y el 2 de abril en que habría acontecido la prisión del general Paz, solo hay el lapso de 17 días.

Verdad es que la necesidad de guarnecer a Corrientes, ya que el ejército oriental no ha querido prestar este auxilio, y de reorganizar aquella provincia civil y militarmente, ha hecho malograr un mes de tiempo por lo menos, quitando al general Paz muchas combinaciones que se habrían desarrollado si hubiese podido pasar el Paraná antes que regresasen los ejércitos del interior.

La correspondencia de Montevideo parece presagiar la difusión por acá de noticias aciagas, pues previene a los sujetos a quienes viene dirigida, que no den crédito a nada de lo que por la vía de tierra se comuniquen, y que esperen poco de la de mar, por lo tardío de ella.

III

Habíamos manifestado en nuestro número del sábado nuestra extrañeza por el silencio que se notaba de la parte de Mendoza, de donde no venían aún noticias que aclarasen nuestras dudas sobre la captura del general Paz. Mas no se lo han dejado decir dos veces; esto es, tenernos a pedir de boca, anticiparse a nuestros deseos. El parte del general Oribe que nos apresuramos a publicar, anuncia un combate de su vanguardia en las inmediaciones de Santa Fe, en el cual habría sido hecho prisionero el general Juan Apóstol Martínez; y el cinismo horrible con que se anuncia haberle cortado la cabeza, le da todos los caracteres de verosimilitud.

Para la completa inteligencia de nuestros lectores, prevendremos que el salvaje unitario Mascarilla, derrotado, es el gobernador de Santa Fe Juan Pablo López; que las Barrancas de Coronda están situadas al sur de la ciudad de Santa Fe, camino de Buenos Aires, y a la distancia de 14 leguas de aquella. El lugar del encuentro de la vanguardia de Oribe en el intermedio de aquellos dos puntos, no dista más de siete u ocho leguas de la ciudad.

En la carencia de todo género de datos y el laconismo imperial de los documentos públicos que llegan a nuestras manos, no podemos menos de hacer notar algunas circunstancias, que acaso por falta de esclarecimientos nos sorprenden. Vemos, por ejemplo, una batalla en que solo hay 30 muertos y *algunos* prisioneros; que el ejército de Oribe ha pasado a establecerse de la parte de Buenos Aires, y que desde allí avanza su vanguardia al norte; y últimamente, que ganándose la batalla el 15 por la tarde, y siguiéndose la persecución hasta el 17, no se habla de haber ocupado a Santa Fe, que está a siete leguas del campo de batalla, y cuya ocupación era el objeto anunciado de antemano. Indicamos estos hechos por lo que pudieran argüir algo de más consecuencia que la existencia en Santa Fe de las fuerzas de López.

No vemos tampoco cálculo, ni aproximativo, de las fuerzas de ambos contendientes, sin embargo de anunciarse un resultado tan decisivo y obtenido a tan poca costa. Sabíamos de antemano que López tenía 400 infantes y cuatro piezas de artillería.

Y a todo esto, ¿qué es del general Paz y de la ocupada provincia de Entre Ríos? Esto es lo que ni el parte dice, ni carta ninguna de las que han venido de Mendoza mienta; de lo que resultaría que ni en el ejército ni en Mendoza habían obtenido hasta ahora mayores pormenores sobre este acontecimiento.

La correspondencia de Montevideo anunciaba la incorporación al ejército de Paz, del decapitado general Juan Apóstol Martínez, y este antecedente nos convence de la realidad del aserto. Nadie habrá olvidado las locuras que en los primeros años de su vida militar, dieron a este desgraciado soldado de la guerra de la independencia, una celebridad que lo hacía el terror de los españoles, de los paisanos, y aun de sus compañeros de armas. Miller le ha dedicado algunas páginas, y la tradición conserva una multitud de anécdotas, que si no hacen mucho honor a la moralidad del apóstol Juan, como él se llamaba, no son por eso menos originales y caprichosas. Cerrar la puerta de un cuarto lleno de oficiales, apoderarse de un fusil y dispararles balazos en la oscuridad, era solo una de tantas travesuras. Si un oficial novicio se presentaba a enrolarse en su cuerpo, Martínez se encargaba de foguearlo, operación que consistía en asestarle de alguna distancia media docena de tiros a bala, con lo que quedaba el neófito apto para entrar en el servicio.

Una de las muchas originalidades de este carácter inquieto y turbulento, y también una de las pocas que pueden referirse sin sonrojar a la moral, es la que oíamos referir a un amigo con motivo de la noticia de su muerte. La víspera del 18 de septiembre posterior a la entrada de San Martín, hubo en Santiago los más hermosos fuegos artificiales, dirigidos por el

famoso padre Beltrán. El concurso era inmenso, y el entusiasmo del pueblo rayaba en el delirio; cada uno de los inmensos cohetes que se lanzaba en el aire, era acompañado por los estrepitosos gritos de ¡viva la patria! con que aplaudían los espectadores. De repente corrió el rumor de que debajo del portal estaban unos oficiales españoles gritando *viva el rey*, y cintareando a los que en sus inmediaciones gritaban *viva la patria*. El pueblo furioso se agolpaba al portal y amenazaba con la última violencia a los osados que victoreaban el odiado nombre del rey. Grandísimo trabajo costó a un piquete de infantería penetrar hasta donde estaban los que así provocaban la temible furia popular. ¡Cuál sería la sorpresa del oficial que lo mandaba, al encontrarse con mi Juan Apóstol, cadavérico a consecuencia de una larga enfermedad, respaldado en el hueco de una puerta, trazando un círculo con su desnuda espada para contener al populacho, y gritando como un energúmeno *viva el rey, viva el rey!* San Martín decía de él, que era un perro rabioso a quien era preciso tener atado hasta el día de un combate; y la metáfora se realizaba con harta frecuencia, pues los calabozos le proporcionaban a menudo su quieta morada. Pero si en guarnición era insoportable, en el campo de batalla no conocía rivales; famoso guerrillero, ha hecho hazañas que sobrepasan a toda ponderación. La misma excentricidad de su carácter le daba el arrojo de un furioso. Su carrera principió en el año de 1806 en la defensa de Buenos Aires, siguió en las campañas de Chile, el Perú, y el Brasil, y últimamente tomó servicio con el grado de general en la república del Uruguay. Para no desmentir su carácter aún en la edad madura, cuando supo el levantamiento en masa de la campaña del sud de Buenos Aires, el general don Juan Apóstol Martínez, sin noticiar a su gobierno, y abandonando su puesto y empleo, se embarcó para el sud, donde aún sin tocar en tierra, supo el mal éxito de la revolución. Ahora había logrado pisar su suelo natal de Santa Fe, y allí ha encontrado la muerte que había buscado

en vano en medio de los más reñidos combates. ¡Pero qué muerte! La muerte que hoy se avergüenzan los turcos de dar a sus prisioneros, la muerte con que los satélites de Rosas castigan a los que no han consentido aun en que la monarquía absoluta se siente tranquila en la silla que elevaron a la libertad Juan Apóstol Martínez y otros campeones: ¡el degüello!

El 25 de mayo

(*Mercurio* de 25 de mayo de 1842)

He aquí uno de esos días soberanos que llevan la cerviz tan erguida que mandan descubrirse e inclinar la cabeza a los que los encuentran en el discurso de la vida; días de origen plebeyo que amanecen ignorados y por la tarde andan ya en boca de la fama, a la noche encabezan los anales de un pueblo, y al día siguiente van a sentarse entre las notabilidades que representan el progreso de la humanidad. El 25 de mayo engendra a su vez otros días grandes como los vástagos de aquella planta africana que no bien ha alzado de la tierra su fecundo tronco, cuando se inclinan para echar nuevas raíces al rededor, que se levantan en nuevos árboles, que engendran otros hasta cubrir con su impenetrable bosque comarcas enteras. Quitad aquel día a la historia de Sudamérica y seis repúblicas desaparecen, y cien batallas se ahorran, y mil héroes tornan a ser hombres vulgares, y la colonia española se os presenta de nuevo tranquila como el agua sin vida y pútrida de un ciénago sin fin, monótona como la superficie pálida del desierto. ¡Salud, pues, al 25 de mayo!

Hay pueblos que nacen para la realización de grandes cosas, y que desde su origen llevan señales de lo que han de hacer un día. ¡Pluguiese al cielo que la ínclita Buenos Aires no haya dado ya todos sus frutos para la América, y que después

de haber brillado como un fanal que condujo a los pueblos en los mares procelosos de la independencia, esté condenada a extinguirse poco a poco hasta sumirse en la oscuridad de donde no debiera haber salido jamás, si a fin tan triste había de conducirle su temprana aparición!

Los mentidos tesoros que hicieron llamar Río de la Plata al Paraná Guazú, atrajeron por fundadores de Buenos Aires una multitud escogida de nobles castellanos que habrían engendrado la sociedad más aristocrática de la América del Sur, si los guaraníes no se hubiesen encargado de acabar con esta mala simiente, corrigiendo en su principio y sin saberlo, el error que por otro error se cometía, dejando para después la organización de una sociedad más adecuada para el desenvolvimiento de los principios que más tarde habían de dar en tierra con todo el sistema colonial. Buenos Aires fue durante dos siglos una colonia insignificante, mientras México y Lima eran en América las parodias del lujo, del despotismo, de la aristocracia, de la corrupción y de la ignorancia de la España de aquellos tiempos. Buenos Aires, que ni capitán general era, yacía abandonada a sí misma en la orilla de un magnífico río, a corta distancia de la Europa, y en medio de campiñas fértiles y de elementos inmensos de prosperidad. Pero el gobierno colonial no conocía otro elemento de riqueza que las minas de oro y de plata, y no entendía nada por entonces de posiciones geográficas, de comercio, de canales navegables y otros principios de desenvolvimiento. Buenos Aires, pues, huérfana, abandonada en un suelo virgen, creció ignorada y sin los cuidados de la educación paternal, contrajo hábitos que la constituían enteramente desemejante con el tipo de la familia a que pertenecía. Los peruanos la habrían llamado montaraz, inculta; los mejicanos la habrían tildado de ciudad de viles mercaderes, ciudad de plebeyos donde nunca hubo condes, ni marqueses, ni mayorazgos, ni bordados. Pero Buenos Aires crecía en riqueza y en población, y en instintos de libertad y de

independencia. El sentimiento de igualdad ganaba terreno entre los *criollos*, porque los españoles que venían a mezclarse entre ellos, en lugar de títulos, de empleos de la corte y de encomiendas, solo traían pobreza e industria. Cuando por la prosperidad de su comercio, empezó a llamar la atención del gobierno español, sus hábitos estaban formados, sus tendencias eran manifiestas; era un pueblo comerciante, activo, semiilustrado, emprendedor y despierto.

Y en vano fue que para volverlo a la indolencia colonial, la hicieron capitanía general, virreinato después, y la ofrecieron títulos de nobleza. Ya era tarde; su educación excepcional estaba formada, había llegado al estado de virilidad; era entre todas las colonias americanas la más esencialmente democrática, la que menos tradiciones españolas conservaba, la que más desarrollo intelectual dejaba traslucir. El año de 1806, cuando todas las colonias dormían en un sueño profundo, la Inglaterra mandó una escuadra y un ejército para apoderarse de las llaves del Río de la Plata. Fuese presentimiento de la importancia de Buenos Aires, fuese temor a la resistencia que podrían oponer las otras colonias en que el gobierno era más fuerte, la Inglaterra escogió esta ciudad para una fácil conquista, y si no se equivocó en los antecedentes, se engañó tristemente en los resultados que le fueron aciagos sobre manera, no por la fuerte organización del poder, sino por el temple raro del pueblo que tan manso se había imaginado. Cuando se trató de la defensa de Buenos Aires, el gobierno encargado de la conservación de los dominios del rey, anduvo más medroso y bisoño que el pueblo encargado de velar por su propia libertad y por su seguridad. Este último se levantó en masa casi por instinto, corrió a las armas, y no dejó de hacer fuego, sino cuando los extranjeros pidieron cuartel y se rindieron a discreción. Después de la victoria más gloriosa y más esplendida que ilustró jamás los anales de una colonia, los hijos de Buenos Aires con el fusil en las manos aún, se reunían

en corros asombrados ellos mismos de lo que habían hecho, y preguntándose lo que eran ellos que tan grandes cosas ejecutaban. Algunos empezaron a sospechar que eran un *pueblo*, con grandes instintos, con fuerzas suficientes para vivir de sus propia vida y desprenderse de la metrópoli. La juventud se abandonaba a extraños sueños de gloria y de proezas; y los pensadores, al estudio de las revoluciones que habían perturbado la Europa en los últimos años, y de las doctrinas y principios que luchaban por establecerse en la sociedad. Entonces principia en Buenos Aires una nueva época de expectativa y de preparación que conmueve toda la sociedad. Un periódico aparece en la otra ribera del Plata, que habla de la prosperidad de los Estados Unidos de Norte América, de su emancipación, de sus victorias contra ese mismo poder de la Inglaterra que Buenos Aires había humillado, y de sus derechos a ser un pueblo independiente y libre. Esto de derechos se graba profundamente en los corazones; se alza un grito unánime que revela la conciencia íntima de esos derechos a la libertad y a la independencia. Rousseau y Thomas Paine andan en manos de todos, y allí beben doctrinas exageradas, fecundas por tanto en grandes resultados. Los sucesos de la península llaman vivamente la atención de esta sociedad conmovida, y cada buque que arriba de Cádiz trae la noticia de la caída de un trono: la cautividad de Fernando VII; alguna indignidad de los reyes padres; la instalación de una junta gubernativa a cuyo seno no son llamados los americanos; las enérgicas manifestaciones de los amantes de la libertad en España que se irritan contra el despotismo de sus monarcas y hablan de derechos, de constitución y de garantías; en fin, las insultantes palabras soltadas en plenas cortes contra los americanos por un noble indiscreto, y los ofrecimientos de Napoleón que manda a este pueblo, ayer oscuro, armas y palabras comedidas de protección. Tantos y tan estupendos acontecimientos, tanta tentación y circunstancias tan provocadoras, habrían sido más

que suficientes para despertar a otro pueblo menos alerta que el de Buenos Aires, que abrigaba en su seno genios audaces que de tiempo atrás estaban discutiendo la cuestión de independencia para América que traían aparejada los sucesos de la península. Los patriotas estaban de acuerdo tiempo había, y en todos los puntos del continente americano, mantenían inteligencias secretas que iban combinando los medios de llevar a cabo la grande empresa. Pero todos estos procedimientos exigían mucha circunspección. Había en Buenos Aires un numeroso ejército sobre las armas; la mayor parte de los jefes eran españoles, y algunos tercios, como los montañeses y catalanes, eran compuestos de puros europeos. La menor revelación de los fines ulteriores de los patriotas habría ahogado la revolución en su cuna y acaso aplazádola para mucho tiempo después. El coronel Saavedra, el mayor Martín Rodríguez y otros americanos que servían en el ejército, estaban, no obstante, en el secreto. La publicidad dada a algunos impresos de la península en que se noticiaba los ulteriores desastres que habían sufrido las armas españolas, «habían hecho vacilar al pueblo de Buenos Aires sobre su situación actual y sobre su suerte futura, zozobrando en un conjunto de ideas difíciles de combinar y que si no se llegasen a fijar cuanto antes, podría causar la más fastidiosa fermentación». Estas son las significativas palabras con que el cabildo anuncia al virrey la necesidad de convocar al pueblo a un congreso general en que fuese oído, y se tomasen providencias. He aquí ya toda la revolución. El pueblo estaba agitado y era preciso escucharle. En otra parte, el virrey habría tomado providencias, y apoyado en un ejército se habría obstinado en despreciar los vanos rumores del pueblo; pero este pueblo era el que había hecho morder el polvo a valientes como los ingleses, y no era cosa de desatenderlo así nomás. Un cabildo abierto era, pues, el único partido, es decir, *reconocer la soberanía popular* en una colonia y confiarle la decisión de

su propia suerte. Estamos en el umbral de un templo; luego veremos la divinidad que se adora y los sacerdotes que la inciensan.

Quedamos en la víspera de un gran día. Cuatrocientos ciudadanos han sido invitados para deliberar sobre las medidas que las circunstancias premiosas reclaman, y en el cabildo abierto del 22 de mayo de 1810, el gobierno español se dejaba arrastrar por una mano invisible al mismo abismo que el gobierno de Luis XVI en Francia en 1789, en la convocación de los estados generales. Esta mano invisible era la opinión pública que establece, propaga y sanciona principios que el poder mismo aspira sin sentirlo. ¿Qué circunstancias tan graves eran aquellas que reclamaban medidas tan extraordinarias? En sustancia, ningunas. La colonia del Río de la Plata tenía un gobierno establecido, un virrey, alcaldes y esbirros; nada, pues, había de alarmante; pero el pueblo sabía ya que la autoridad emana o debe emanar del consentimiento de los gobernados, y que preso el rey en España, disuelta la última junta gubernativa que lo representaba en la península, el virrey Cisneros no podía taparles la boca, diciendo: vengo en nombre del rey. Por otra parte, lo que en España había habido derecho de hacerse en la creación de las juntas gubernativas, lo había igualmente en América. El virrey consentía, pues, en una medida reclamada por las circunstancias, contentándose con recomendar al cabildo que «nada se ejecute ni acuerde que no sea en obsequio del mejor servicio del soberano, integridad de sus dominios, y obediencia al supremo gobierno nacional que lo represente». El pueblo, por su parte, reclamaba esta medida para objetos muy diversos en cuanto a sus consecuencias; y en cuanto a la convocación misma, su designio era hacerse reconocer tácitamente su derecho de deliberar sobre sus propios intereses; y una vez reconocido este derecho, usarlo en obsequio de su mejor servicio, de su separación de la metrópoli, y de su libertad.

Las actas capitulares en que se registra aquella memorable sesión, son como ciertas caprichosas combinaciones de líneas, que al primer golpe de vista presentan el follaje de un árbol, y después de miradas con atención, revelan la figura de un hombre que no había observado antes. Se trata solamente de la formación de una autoridad que provea a la mayor seguridad presente y futura de aquellos dominios para su legítimo soberano el señor don Fernando VII. En esto están convenidos todos. ¡Cosa asombrosa! un pueblo entero que ha jurado no malograr la coyuntura que se lo presenta, que él mismo ha creado, disimula, se contiene, y no deja escapar una palabra sola que descubra su pensamiento. Pero los patriotas ya se diseñan en sus palabras y en el parecer a que se pliegan. A la cuestión de ¿si se ha de subrogar otra autoridad a la superior que obtiene el virrey, dependiente de la soberanía que se ejerce legítimamente en nombre de Fernando VII, y en quién? el señor Saavedra dice, *que consultando la salud del pueblo*, debe subrogarse el mando en el cabildo, hasta que se nombre una junta, de modo y forma que no quede duda *de que es el pueblo el que confiere la autoridad o mando*.

El comandante García dice, que considerando la suprema ley, la salud del pueblo, y habiendo advertido y aun tocado por sí mismo la efervescencia y acaloramiento de él, con motivo de las ocurrencias de la metrópoli para que se varíe el gobierno, *que es a lo que se aspira*, cree de absoluta necesidad el que así se realice.

El señor doctor don Melchor Fernández dice que cree que este *pueblo se halla en estado de disponer libremente de la autoridad*, que por defecto o caducidad de la junta central *ha recaído en él*.

El señor don Antonio Sáenz: que ha llegado el caso de resumir el pueblo *la originaria autoridad y derechos*.

Alguno habla de residenciar al virrey por los procedimientos

de la paz, otro de encargar el mando de la fuerza armada al comandante don Cornelio Saavedra, jefe revolucionario; hay también almas candorosas que toman el asunto por la corteza y aconsejan que no se innove nada; pero por todas partes se manifiesta el espíritu de independencia, la creencia en el dogma de la soberanía popular, el respeto a la voluntad del pueblo, la revolución, en fin, de tal manera que cuando el cabildo abrió los ojos, creyó parar el mal haciendo presidente de la junta gubernativa al virrey, imaginando que, dejando de llamarse virrey, aquietaría la ojeriza popular, y que conservándolo en el mando se desempeñaba de su juramento de fidelidad al monarca: términos medios que hacen mayores males en las crisis sociales, que las medidas extremadas. El descontento general se manifestó en el pueblo desde que tuvo noticia del partido bastardo que se tomaba contra su voluntad; y ya esto de *su voluntad* había sido reconocido como la suprema ley, y bastaba solo manifestarla para hacerse obedecer.

Preciso fue, pues, que el cabildo revocase su nombramiento, en atención al descontento general y a la terrible fermentación que reinaba en las calles y plazas de la agitada ciudad. El veinticinco de mayo se presentaron ante la junta gubernativa algunos individuos del pueblo, exponiendo a nombre de este, que «para su quietud y tranquilidad, y para evitar cualesquiera resultas en lo futuro, no tenía por bastante el que el señor presidente se separase del mando; sino que habiendo formado idea de que el cabildo en la elección de la junta se había excedido de sus facultades, y teniendo noticia cierta de que los señores vocales habían hecho renuncia de sus respectivos cargos, había el pueblo reasumido la autoridad que depositó en el excelentísimo cabildo, y no quería existiese la junta nombrada, sino que se procediese a constituir otra, eligiendo para presidente, vocal y comandante general de armas, a don Cornelio Saavedra, para vocales al doctor don Juan José

Castelli, licenciado don Manuel Belgrano, don Miguel de Azcuénaga, doctor don Manuel Alberti, don Domingo Matheu y don Juan Larrea; y para secretarios, a los doctores don Juan José del Passo y don Mariano Moreno; con la precisa e indispensable calidad de que, establecida la junta, debería publicarse en el término de quince días una expedición de quinientos hombres para las provincias interiores, costeada con la renta del señor virrey, señores oidores, contadores mayores, empleados de tabacos, y otros que tuviese a bien cercenar la junta, dejándoles congrua suficiente para su subsistencia; en la inteligencia de que esta era la voluntad decidida del pueblo, y que con nada se conformaría que saliese de esta propuesta, debiéndose temer en caso contrario resultados muy fatales». En una palabra, se echaba en cara a la junta no haber comprendido el fin de su instalación; se destituían a los principales empleados dependientes de la corona, y se proclamaban en voz alta los jefes de la revolución. La junta, antes de creer en la realidad de la misión popular de aquellos audaces emisarios, convocó a los jefes de los cuerpos de línea y de patricios para sondear sus disposiciones y pedirles su apoyo. Sus contestaciones le explicaron la arrogancia de las palabras que a nombre del pueblo habían llegado hasta sus oídos. No se trató, pues, de otra cosa que de obedecer, instalándose la segunda junta gubernativa que, a nombre de Fernando VII, echaba por tierra el dominio español en Buenos Aires y abría ancho cauce al torrente revolucionario que debía inundar muy luego todas las antiguas colonias.

Moreno, Passo, Vieytes, Castelli, he aquí unos nombres que la historia examinará un día para apreciar debidamente las profundas huellas que los caracteres audaces de los que los llevaron, imprimieron a la revolución americana; hombres llenos de aquel sagrado fuego que suple a todas las otras dotes del ánimo para la realización de una gran mudanza en la condición de un pueblo. Moreno que escribía a Castelli,

representante de la junta en el ejército que marchaba al alto Perú: ¡Gritad *viva el rey*, y cortad la cabeza a los que siguen su causa! Danton de la revolución americana, conocía los ásperos e intransitables caminos por donde se lleva a la libertad a los pueblos esclavos; sabía arrojar como una granada esas grandes medidas revolucionarias que la moral condena y la razón desaprueba, pero que salvan una revolución y engendran naciones nuevas, y nuevo espíritu, arrasando obstáculos, no importa que estos sean hombres. Economista profundo, patriota de corazón, dogmatizante acalorado, apóstol fanático, este hombre descuella sobre todos por sus luces como por su actividad; por la energía de su carácter, como por la pureza de sus intenciones. Era el espíritu de vida y la palanca que trastornaba el edificio colonial; y por largo tiempo salieron armadas de dardos, desde su ancho cerebro, todas las medidas que pulverizaban el poder de la España en América, y destruían las bases de su antigua dominación.

A la inauguración de la junta gubernativa, *de orden del pueblo*, sigue toda la historia de la revolución, los desastres, las victorias, los crímenes, y los altos hechos que la caracterizan. Pero nosotros debemos detenernos en el umbral de este pórtico llamado 25 de mayo en Buenos Aires, 18 de septiembre en Chile. La mano del tiempo, guiada por la imparcial filosofía, no ha clasificado aún todos los hechos, no ha distinguido las especies, géneros y familias a que pertenecen; y el que se aventurase en su examen intempestivo, correría riesgo de tomar un efecto por una causa, un hombre por una época, un hecho por un principio. No interrumpamos, pues, este gran trabajo.

Ojeada sobre el Brasil

(*Mercurio* de 3 y de 12 de octubre de 1842)

I

La lucha obstinada que hace años existe en una de las fronteras del Brasil, las convulsiones recientes de San Pablo y de Minas Generales, y otros tantos resuellos democráticos que se han visto repetidas veces hasta en la misma capital del Brasil al lado del poder, muestran el porvenir borrascoso que aguarda a ese imperio, si la Providencia no se digna efectuar por grados la inmensa transición, la profunda descomposición que necesita sufrir para ponerse en armonía consigo mismo. Lejos de sorprendernos por los últimos disturbios de que hemos tratado en la parte correspondiente al exterior, nos admiraremos de que el gobierno imperial logre apaciguarlos, y restablecer el orden en todo el país. Semejante triunfo probará una prudencia y una habilidad incomparable en el actual gabinete; y probará también que la mayoría del pueblo brasileiro es tan patriota y tan amante de su nacionalidad, que no bastan a dividirlo los muchos elementos de disolución con que salió el país de manos de su metrópoli, y que se hallan hasta ahora confundidos con la base misma de su posición social.

El Brasil, a pesar de ser el estado sudamericano más grande

en población, en riqueza y en territorio, es, sin embargo, el mayor embrión de nación que tenemos en nuestro continente, y el país que, a nuestro juicio, está destinado a pasar por más alteraciones en su organización. Para conservar unidad en una periferia tan vasta de espacio y de relaciones, se necesitaría un gobierno apoyado en las más remotas tradiciones, y que estuviese al mismo tiempo lleno de vigor y de fuerza; que las instituciones del imperio fuesen tan antiguas por el tiempo de su creación, como nuevas o modernas por su consonancia con la época y las ideas reinantes; y se necesitaría también que el pueblo, que el cuerpo de la nación, no adoleciese de ningún achaque, y fuese tan sano y homogéneo, como es fuerte y pujante. Pero son estas las circunstancias que se echan de menos en el Brasil. El régimen constitucional que hoy existe, es un árbol nuevo que dista mucho de tener hondas raíces, y el actual gobierno no tiene más antecedentes que el presidente de cualesquiera de nuestras repúblicas. Por lo que hace al pueblo, se compone de hombres libres y de hombres esclavos, y de dos razas que no se han llevado nunca bien. Este pueblo heterogéneo en cuanto a su sangre, lo es también por supuesto, en cuanto a sus ideas y en cuanto a sus instintos; y si se agrega que se halla esparcido en mi vasto territorio que comprende la mitad de la zona tórrida y parte de la templada, es claro que semejante pueblo tendrá también necesidades o intereses diversos y opuestos a la vez. ¿Cómo conservar el equilibrio, ni evitar que se desplome un edificio tan mal cimentado?

No ignoramos que los brasileiros conocen muy bien los males que les amenazan, y que tratan de precaverlos con sabias disposiciones preparatorias; pero en tan difícil tarea, no es posible asegurar el suceso, por más que lo deseemos. Algo más; creemos que los hombres de estado de aquel país, al luchar contra la anarquía y contra las rebeliones, no deben desconocer que al fin han de salir nuevos estados del seno del

imperio, y sus esfuerzos solo deben dirigirse a retardar lo posible ese día de desmembración para que no ocurra sino cuando la ilustración esté más difundida y el pueblo más nivelado. ¿Qué privilegio tiene el imperio para que no pase por las mismas alteraciones que los estados contemporáneos suyos? En estos tiempos no se pueden fundar grandes naciones, y mucho menos con los elementos heterogéneos del Brasil. Échese una mirada por la América, y se verá en toda su fuerza el principio de las subdivisiones.

México está al perder sus dos extremos, Texas y Yucatán; Colombia se dividió en tres estados; la República Argentina no cuenta con el Paraguay ni con la Banda Oriental; y el Brasil mismo no debe contar ya con el Río Grande. Solo los países menos extensos mantienen sus límites, y eso no bien deslindados. Entre todos, Chile es el único que no debe temer desmembraciones, ni cuestiones de límites, gracias a que está colgado de la cordillera para no caerse al mar, como ha dicho un escritor americano.

Entre tanto, guárdense los brasileros de romper antes de tiempo los vínculos que los unen; y tiemblen los republicanos de San Pablo y de Minas Generales de conseguir su objeto. Por nuestra parte deseamos que el actual gobierno del Brasil, logre restablecer el orden en todo el imperio, para que pueda dirigir sus trabajos sin interrupción y sin obstáculos hacia la civilización y libertad del pueblo brasiler.

II

Por falta de espacio en nuestras columnas, no contestamos antes de ayer el remitido en que se impugnan algunas ideas que emitimos sobre el Brasil en uno de nuestros números anteriores, y vamos a llenar hoy este vacío.

Desde luego, no podrá negarnos nuestro corresponsal que el modo como hemos considerado al Brasil, no afecta ni a la dignidad de aquel país, ni a su actual gobierno. Hemos dicho que esa nación está destinada a un gran desarrollo, y hemos hecho votos porque tal desarrollo se haga gradualmente y no por saltos. Hemos anunciado que su territorio será dividido, y si este anuncio puede ser melancólico para un brasilero, no lo es para un americano del sur, con tal que la desmembración se haga sin catástrofes, y que sea en provecho y para la mayor prosperidad de los pueblos que componen el imperio. ¿Qué vale, señor *Noticioso*, el placer de pertenecer a una patria con vasto territorio, si esta circunstancia es tal vez incompatible con la ventura de esa misma patria? Por supuesto que nuestro corresponsal nos negará esta hipótesis, y además creará ver en ella una mecha encendida que arrojamos sobre el Brasil, o una aprobación de los pronunciamientos tan repetidos que han aparecido en él.

Pero no es así; los sacudimientos del Brasil envuelven cuestiones locales en que nosotros no tomamos la menor parte, y por lo que hace a su tendencia en general, hemos dicho ya que tememos mucho sean prematuros y fatales al país. Sin embargo de esto, cuando escribimos para la América, y no para el Brasil, tenemos que alzar algo más la vista, y tratar de explicarnos el motivo de tantas revoluciones unísonas como vemos estallar en él; y es entonces cuando nos apercibimos de los muchos gérmenes de disolución que contiene, y de la posición anormal en que se halla. Este modo de ver las cosas es puramente americano; se refiere al orden y bienestar general de nuestro continente, y no envuelve ninguna mira pequeña, ningún deseo hostile al Brasil, ni una envidia pueril de su vasto territorio y de su población.

No es así como ha mirado las cosas nuestro corresponsal; pues, poseído de su nacionalismo, y desprendido de los intereses americanos, pretende negar verdades que resaltan al

momento de echar los ojos sobre el mapa del Brasil, sobre su pueblo y su gobierno, y no contento con esto, arroja sobre las repúblicas sudamericanas una mirada mal encubierta de desdén. «Si el Brasil —dice— fuera una masa informe, o una porción de habitantes sin orden, ni método (no hemos dicho tanto), que es como se le pinta exageradamente en la expresión de ser el mayor embrión de nación, en medio de las circunstancias que se dice le favorecen con preferencia a los otros estados sudamericanos, ¿qué serían estos entonces?».

¿Qué serían? Lo que son, pueblos embriones, pero menos embriones que el Brasil; más pequeños, pero más homogéneos. Más revolucionados algunos de ellos, y en estado de más elaboración, pero sobre un molde ya existente, y acorde con la época. Son repúblicas por ser, y no imperios por destruir. El Perú y la República Argentina son los estados que presentan un aspecto más melancólico, pero aún así, tal vez están más cerca que el Brasil de una sólida paz, porque cien anarquistas y un tirano, perecen más pronto que una dinastía y que unas instituciones monárquicas; y porque al menos han empezado ya su carrera peligrosa de gobernarse a sí mismos, y han sufrido buenos descabros a cuenta; mientras que el Río Grande, y demás estados que saldrán algún día del seno del Brasil, todavía no han dado ni el primer paso. ¿Hay acaso algún motivo para creer que serán ellos más felices que las repúblicas hispanoamericanas?

Hablar de este modo no es complacerse en idear un porvenir aciago para pueblos que podemos llamar vecinos, y que por mil circunstancias nos interesan. Esto es ser franco para sí mismo, y sacar provecho de la historia de las naciones; es revelarse los peligros y los males que amenazan para oponerles el remedio posible; y es, en fin, tener fe en la libertad, y divisar una época mejor que la presente. Creemos que los brasileiros ilustrados pensarán lo mismo que nosotros.

Por lo demás, el remitido que contestamos está escrito

sobre bases diametralmente contrarias a nuestras ideas. En él se da como un hecho la unidad del imperio del Brasil, y la conservación de sus actuales instituciones, y ambas cosas no tienen nada de seguro para nosotros. No pretendemos, sin embargo, entrar en polémica sobre esto, ni nos empeñamos tanto en sostener nuestros anuncios. La lucha abierta en que se conserva todavía el Río Grande después de siete años de esfuerzos por parte del gobierno para apaciguarlo, y evitar que se desprenda para siempre del imperio, no es por cierto un hecho como para inspirar nuestra confianza sobre la integridad futura del Brasil; y por lo que hace a sus instituciones monárquicas, cuando vemos que en la Europa cada día van perdiendo más terreno en la opinión pública monarquías antiquísimas, apoyadas en mil tradiciones y en el auxilio mutuo que se prestan, ¿cómo no hemos de dudar sobre la duración de un imperio nuevo, por todas partes rodeado de repúblicas, y con un niño de diecisiete años a su cabeza?

Por otra parte, los disturbios continuos que agitan al país, y que no pueden ser, como dice nuestro corresponsal, obra de unos pocos descontentos, confirman nuestras alarmas, y nos hacen desear, ahora más que nunca, sabiduría en el actual gobierno, y menos precipitación en el pueblo brasileiro.

La cuestión del Plata

(*Mercurio* de 7, 13, 20 y 28 de octubre de
1842)

*«Yet, Freedom! yet thy banner, torn, but
flying,
Streams like the thunderstorm against the
wind...»
Byron.*

I

La lectura de los últimos periódicos y cartas de Montevideo nos ha acabado de revelar en toda su magnitud, y al parecer en sus últimos extremos, la sangrienta cuestión que ha tantos años se ventila en aquellos desgraciados países, y nos creemos en el deber de ocuparnos seriamente de esto asunto, aun cuando nuestras palabras hayan de sonar como en un desierto, y no produzcan un solo eco en toda la América.

¿Cómo callar al ver el horrible espectáculo que presenta el Río de la Plata, con un tirano por un lado, que precipita triunfante sus legiones asoladoras, y por el otro un pueblo joven lleno de las más altas esperanzas y temblando ya al amago del látigo y del puñal de la Mashorca? ¿Cómo callar, al

oír los gritos de socorro que parece lanzar esa infeliz población americana, apiñada a orillas del Atlántico en su último asilo? ¿Cómo callar, sobre todo, al ver que se habla altamente de intervención europea en nuestro continente, y que se pintan con toda su belleza y sus ventajas las dilatadas costas del Uruguay, Paraná y Paraguay con el solo objeto de excitar la ambición de naciones poderosas?

El fenómeno no puede ser más extraordinario, ni más digno de llamar la atención de la América. Justamente se da el escándalo, si lo es, por el mismo pueblo que cuando se ventiló la más grave cuestión continental, la de la emancipación, supo comprenderla en toda su extensión, y la abrazó sin tasa ni medida, logrando hacer llegar su estandarte hasta Pichincha; el mismo pueblo que mientras sus hijos asistían al campo de Ayacucho, levantaba en las orillas del Plata un altar a las leyes y a la civilización; que presentó el primero a la Europa el espectáculo de un gobierno americano libre, tranquilo, y abriendo una marcha majestuosa, y que mereció por esto que se le reconociese su independencia antes que a las otras repúblicas hermanas; un pueblo, en fin, celoso como el que más de su nacionalidad, que se comprometió en una lucha desigual con un imperio en defensa de su territorio, exponiendo no solo la sangre de sus hijos, sino lo que es más, su paz y sus instituciones, que, en verdad, comenzaron desde entonces a despedazarse.

¡Qué contraste no forman estos bellos antecedentes con la miseria presente! ¡Parecerá tal vez que entre los argentinos de ahora y los de la guerra de la independencia, han pasado tantos siglos, como los que separan a los griegos actuales de los griegos del tiempo de Temístocles! Pero no tomemos ridículamente el aire de censores cuando todavía no comprendemos bien la posición de ese pueblo, cuya suerte nos ha interesado tan poco; ni fulminemos cobardemente nuestra maldición sobre su cabeza mientras se halla agobiado hasta el

polvo por el más horrible destino. Estudiemos antes la cuestión del Plata, estudiémosla de corazón, y como verdaderos americanos; que donde creemos hallar degeneración, tal vez solo encontremos motivos de simpatías y del más noble interés. Veamos también si en esa cuestión tienen alguna parte las repúblicas hermanas, si les va algo en ella, y si aún tienen allí algunos deberes que llenar.

Hace catorce años que comenzó esta cuestión sangrienta del Plata, junto con la aparición de ese hombre de fierro que ahora sobresale en ella, y que la precipita a un espantoso desenlace. Pero no tomaremos las cosas desde tan lejos, porque tendríamos que recorrer un campo demasiado extenso y que engolfarnos en explicaciones secundarias a nuestro propósito. Además, la cuestión presente del Plata no es la misma enteramente que la que se agitaba por los años 30 y 31. Entonces como ahora, se luchaba entre el absolutismo y la libertad, entre la barbarie y la civilización; pero hay algo más en la lucha actual que le da diferente aspecto, al menos para el exterior. Aquella guerra pudo llamarse guerra civil, porque entonces había partidos en el país, y Rosas no era sino uno de tantos caudillos. Había en sus mismas filas un López y un Quiroga, que lo eclipsaban y le impedían apropiarse la causa que en común defendían con la divisa de federación. Tampoco salía la lucha entonces ni un palmo afuera del territorio argentino. Pero desde que Rosas logró enterrar a sus dignos compañeros, desde que quedó solo en el campo y extendió su dominación desde las pampas del sur hasta Jujuy, haciendo de este modo la burla más completa de la palabra federación, comenzó entonces una era nueva, y empezó recién a prepararse esta cuestión que hoy vemos en sus extremos.

¿De qué modo se preparó y por quién?

Cuando Rosas subió al mando por segunda vez en el año 35, no había en el país ni asomos de guerra. La República Argentina estaba gobernada por él y sus tenientes, y no

presentaba otro espectáculo que el de una nación exhausta y abatida, que aguardaba con los brazos cruzados que se cumpliesen sus destinos. No había ningún aspirante al poder. Y ¡ejemplo singular! después que Rosas hizo la revolución que bajó del mando a Balcarce, se tenía como una calamidad ocupar la silla del gobierno. Sus riendas flotaron por la fuerza en manos de los ancianos Viamonte y Maza, y nadie hubiera aceptado gustosamente el mando de Buenos Aires por todos los tesoros del mundo. Este hecho tan conocido y evidente para todos los que hayan estado en el teatro de los sucesos, y otras mil circunstancias notables que en obsequio de la brevedad callamos, mostraban que habían pasado completamente los tiempos de anarquía, y que el país se hallaba mejor dispuesto que nunca a un orden legal cualquiera. Las antiguas instituciones estaban ya destrozadas, y nada había quedado que pudiera arrugar el ceño del tirano, sino es los altos recuerdos del pueblo que oprimía.

En tales circunstancias, ¿qué hizo Rosas? ¿qué partido sacó de la coyuntura que se le presentaba para organizar el país? Siguió obstinado en su plan de aterrorizar y envilecer, no por miras políticas, sino siguiendo meramente a sus instintos brutales. Sea que su alma sombría y espantadiza viese siempre a su alrededor fantasmas enemigas, o sea que los supusiese de intento para disimular sus fines, ello es que nunca cesó de hablar de sus anulados y vencidos enemigos y de suponer que el país estaba sobre un volcán, y comenzó de nuevo su carrera. Organizó la Mashorca, proscribió los colores nacionales y vistió de arlequín a la ciudad que se jactaba de ser la cuna de la libertad. Mitad tigre y mitad mono, derramó sangre, y escupió en la cara a los hombres civilizados. Las facultades extraordinarias fueron para él sinónimo de omnipotencia. Encarcelar y fusilar sin proceso, era un medio ordinario; y por lo que hace a sus amigos y partidarios, solo les concedió la gracia de ser sus esclavos, y algunas veces los hizo sus

víctimas.

La palabra federación quedó desde entonces absorbida en el nombre de Rosas. Ya no proscribía; al contrario, la policía negaba pasaportes y empleó los más bárbaros medios para que no se le escapasen las víctimas. Con todo, la emigración era espantosa. En cuanto a su administración, llevó el tesoro a su casa, y cerró todos los establecimientos de educación y de beneficencia; ni universidad, ni colegios, ni hospitales, ni casas de expósitos hubo en Buenos Aires. Entregó la juventud a la disposición de los jesuitas, y después no le parecieron bastante atrasados estos maestros, y los despidió.

Hablamos solo de un modo general, y nos referimos a hechos públicos e irrefragables. No tratamos aquí de formar el proceso de Rosas, para lo que sería preciso escribir un volumen, sino de recordar los rasgos más notables de su administración, para mostrar que la cuestión actual del Plata no es una de tantas cuestiones promovidas en los nuevos estados americanos, nacidas del espíritu inquieto de la democracia, sino una cuestión singular y sin ejemplo en América, en que se defiende hace años la vida, nada menos, y el hogar de todos los hombres civilizados de un país; para mostrar, que esta cuestión, la sangre que en ella se derrama, y los escándalos que anuncia traer, han sido y son obra exclusiva de Rosas, de su Mashorca y de su bárbaro gobierno, a no ser que se exija en los argentinos la abyección de un africano, y la impasibilidad de un japonés, para someter el cuello a la cuchilla, y la frente a los baldones, sin dar indicios de dolor, ni de vergüenza.

Habían pasado ya cuatro años del gobierno carnicero de Rosas, cuando recién asomaron en el pueblo de Buenos Aires algunos síntomas de su descontento, y hubo dos conspiraciones, mal combinadas, hijas de la desesperación. Pero con cortar la cabeza a Castelli y a los dos Mazas, y con aflojar más las riendas a la Mashorca, volvió el país a su paz

sepulcral.

Era del otro lado del Plata donde rugía una nueva tempestad. Por otra parte, la emigración, tan numerosa ya, que formaba una patria errante, después de haber aguardado en vano que el tirano se moderase, no pudo permanecer tranquila por más tiempo; la copa que contenía sus lágrimas y su furor, ya rebosaba; y los clamores de sus familias huérfanas y en poder del tirano, no podían ser desatendidos. Por otra parte, la provincia de Corrientes colocada en un confín de la República, y gobernada por un hombre de corazón y energía, había logrado escaparse del poder de Rosas, después de haber experimentado el rigor de su brazo en Pago Largo, y se preparaba a cooperar con la emigración de Montevideo para salvar la República. A estos dos elementos argentinos se agregaron otros dos de origen extranjero. Tales fueron la alianza de la República Oriental y la de la Francia, cuyos odios se suscitó gratuitamente la persona del tirano, no el pueblo argentino. No pudo aquel perdonar a la primera que diese asilo y libertad a sus perseguidos, y decretó envolverla en la misma suerte que a las provincias argentinas. La invadió con un grueso ejército, y aunque fue derrotado en Cagancha, no volvió atrás en sus planes. Quedó siempre pendiente su brazo sobre Montevideo, como lo está hasta ahora, y es en defensa propia, en defensa de su territorio y de su nacionalidad amenazada, que se armó la República Oriental, y se alió a los argentinos. La Francia tampoco quiso permitir que sus hijos estuviesen sometidos a la Mashorca, y no pudiendo obtener que se atendiesen sus reclamos, se agregó a la liga, y comenzó a figurar accidentalmente en la cuestión del Plata. Esta alianza, de que luego hablaremos directamente, no introdujo legiones europeas en el suelo americano; el único contingente que puso la Francia por su parte, fue un bloqueo.

He aquí ligeramente bosquejadas las primeras causas y las partes contendientes de la lucha que se comenzó el año 39, y

que, con algunas modificaciones, se ha prolongado hasta nuestros días. Hemos retrocedido hasta aquella época, y desde ella vamos a seguir hablando, porque la actual cuestión del Plata, es hoy mal comprendida en América, porque lo fue desde sus principios. El espíritu de anarquía que agita a las nuevas repúblicas americanas, y especialmente el celo por sus libertades que siempre han mostrado los argentinos, ha hecho creer tal vez que la actual cuestión del Plata, no es más que una vulgar guerra civil; y no se ha comprendido que ella es singular en su género, y que se trata nada menos que de arrojar la civilización y el comercio de un país importante de América, y por un hombre capaz de conseguirlo; ni se ha visto las consecuencias funestas que esto puede traer al continente. Los hombres de Europa, que vienen a emplear sus capitales y su industria en nuestro suelo, que no se cuidan de nuestras instituciones, ni del porvenir de América, y que tal vez desean verla debilitarse para que caiga en manos de sus gobiernos, propalan que la República Argentina necesita un *gobierno fuerte*, confiados en que sus cónsules los libertarán a ellos de la Mashorca, y creyendo que podrán hacer su negocio en medio de la sangre americana que derrame el tirano, y a pesar de la degradación del país. La intervención que tuvo la Francia al principio, también es otra circunstancia que ha abogado en favor del tirano, y ha dejado en los ánimos falsas aprensiones y pretextos para no dar cabida a sentimientos naturales en un verdadero americano. Se ha creído que Rosas es un celoso defensor de nuestro continente, y que en merced de esta calidad, podía dejársele que derramase cuanta sangre argentina quisiese, sin ver que Rosas tiene tanto de americano como de federal, y sin comprender que la intervención francesa nunca amenazó el territorio ni los derechos de América, sino la persona del tirano y su bárbara administración. Por último, se ha estudiado tan poco la cuestión del Plata por las repúblicas hermanas, que no han hecho alto en que ella se dirige a

absorber un estado independiente, como es la República Oriental, y ninguna ha ofrecido siquiera su mediación. Se ha llamado guerra civil a una guerra extranjera, y se ha pasado por encima de una nación, sin apercibirse de ella. ¿Qué extraño es, pues, que la joven República Oriental, viéndose abandonada de la América, se eche en brazos de la Europa?

Quisimos tratar solamente del estado actual de la cuestión del Plata, y no hemos podido hacerlo sin apercibir los vacíos que hay en el conocimiento que de ella se tiene. Nos hemos visto precisados a señalar algunos de ellos, y nos hallamos involuntariamente comprometidos a seguir adelante, y a abrazar en toda su extensión un asunto digno de ser expuesto por órganos más capaces. Lo haremos, sin embargo, y se verá al menos que la prensa chilena se ocupa de los intereses generales de la América, conforme el país se ocupa de dar en el continente un ejemplo de libertad, de orden y de civilización.

No es tarde aún, porque la bandera de la libertad, aunque rota y atravesada de balazos, flamea todavía en su retirada como nube borrascosa azotada por el viento.

II

*«Can tyrants but by tyrants conquer'd
be...?»*

Byron.

Fue a principios del año 40 que el ejército de emigrados formado en Corrientes, descendió a la arena y comenzó a batir en Entre Ríos los primeros baluartes de la tiranía. Era una poblada más que un ejército... ¿Será que los tiranos no puedan ser derrocados sino por otros tiranos, y que rara vez la libertad encuentra campeones con el alma apacible de Washington, y

tan felices como él? Para vencerá un Morillo, se necesitó a un hombre como Bolívar, que le pagara con cabezas españolas las cabezas americanas que él hiciera rodar... El ejército libertador tenía a su frente al general Lavalle, soldado valiente y antiguo guerrero de la independencia; pero hombre esencialmente democrático, y sin aquella alma fiera de conquistador que se necesitaba para habérselas con un tirano omnipotente como Rosas. Sea por lealtad, o por la forma tan popular de sus ideas, el general Lavalle nunca dominó la causa que tenía en sus manos, nunca se la apropió y siempre pareció tenerla como un depósito. Lejos de absorber al partido que encabezaba, como hizo Rosas con el suyo, estaba absorbido en él, y no era más que un emigrado que iba a la cabeza de sus compañeros de desgracia, a reconquistar la patria y el hogar. Sus soldados eran voluntarios, algo más, eran ciudadanos; no recibían salario alguno por sus fatigas, y podían separarse de las filas del ejército desde que no quisiesen seguirlo. Este era un mal, y un mal que por sí solo basta a explicar todos los reveses que sufrió ese ejército; pero era un mal inevitable tal vez, e inherente a las cosas mismas.

El ejército libertador defendía solo una idea, idea que no se refería a una persona, ni a una provincia, sino a toda la República. Se había reunido al llamado de la patria y no a la voz de la autoridad. Era una verdadera representación del pueblo, y en nada se parecía a esos brillantes ejércitos que vemos atravesar frecuentemente la América, con todos los aires militares y llevando al frente un caudillo a quien tratan de colocar en el mando. Los hijos de Corrientes formaban la base del ejército, hombres que nunca habían sostenido en la república el estandarte de una facción, y que por primera vez debían pasar las aguas del Paraná y emprender una remota cruzada con el solo objeto de libertar a la nación. Allí también estaban mezclados indistintamente los propietarios más ricos de Buenos Aires con pobres labradores y pastores a quienes se

les había invadido su miserable cabaña, y muchos guerreros de la independencia llevaban la lanza en calidad de soldados, al lado de los jóvenes delicados de las ciudades, y de hombres que profesaban las letras o el comercio. ¡Cuántas veces al rededor de un fogón platicaban juntos personajes de tan diferente jerarquía, y de tan diferentes ideas, bajo un vestido igualmente desaliñado, y medio cubiertos sus rostros con la larga barba que indicaba el tiempo de la ausencia de la patria! No había entre ellos federales y unitarios, y todos los colores políticos anteriores estaban confundidos en una sola divisa; abajo el tirano. No hablaban de premios militares, ni de empleos; la única recompensa que esperaban por sus fatigas era el abrazo de sus familias, y cada uno miraba la guerra como un duelo singular en que le iba lo que más se ama en la vida. El ejército libertador sufrió la desnudez, el hambre y la miseria en sus mayores extremos; se batió frecuentemente y siempre contra un número mayor, arrostrando todos los peligros de la guerra; atravesó ríos y cruzó las pampas en una extensión considerable de terreno, y sin embargo, estos hombres no buscaban más que llegar a la patria y calentarse tranquilos en el hogar doméstico! Este ejército, lo repetimos, en nada se parece a los que llevan el estandarte de una facción, y que derraman sangre por hacer triunfar una divisa política. Solo puede compararse a los proscritos chilenos que atravesaron los Andes, y vinieron con el ejército argentino a reconquistar su país, o a los 10.000 griegos que cruzaron el Asia combatiendo en todas partes solo por saludar el suelo natal, y restituirse al techo paterno.

Pero pasemos adelante. Este ejército llegó hasta las goteras de Buenos Aires, y desde allí comenzó a sufrir una cadena horrible de reveses que lo diezmó, lo dispersó, y lo condujo por entre nieves y desiertos, hasta las repúblicas vecinas donde fueron a pedir asilo. Lo repetimos, este ejército fue vencido, fue anonadado por las legiones de Rosas. Y bien, ¿podrá decirse por esto que los defensores de la libertad no hallaron bastantes

simpatías en el país, o que el tirano cuenta al menos con el apoyo de una parte considerable de la nación? Los que juzgan de los hechos a la distancia, sin dignarse averiguar las causas y calculan ciegamente por los resultados, sin curarse mucho de la suerte de las repúblicas hermanas, así lo han querido creer. Para ellos Rosas es invencible, tiene opinión, y la libertad ha perdido para siempre sus títulos en el suelo argentino. Es allí un árbol exótico que no puede medrar porque le cortan las ramas sus mismos habitantes. He allí las miserables teorías que va produciendo en América el egoísmo de cada república, y el cansancio general que han dejado la anarquía y las revoluciones. ¿Será posible que en vez de madurar y robustecer los principios que sirvieron de base a nuestra emancipación, queramos renegar de ellos y retroceder en nuestras ideas? ¿Cómo puede suponerse que un país que adquirió gloriosamente su independencia a esfuerzos de su brazo, y que regó el árbol de la libertad con la sangre de sus hijos, pueda degenerar en tan poco tiempo, y apoyar con su opinión a un tirano como Rosas?

No es nuestro ánimo describir la campaña del ejército libertador. Algún día será contada, y en época más remota y más pensadora, se mirará, a pesar de sus horribles reveses, como un prodigio de patriotismo. La historia de la guerra de los años 40, 41 y 42, presentará al pueblo argentino sublevado hasta en los últimos rincones del país, y luchando como por instinto, contra su destino, pero sin un caudillo común, sin armas y sin recursos. Se verá a Ferré, Lavalle, Lamadrid, Brizuela, Acha, Salas, López y Paz, formando cada uno un foco de resistencia, atravesar de un extremo a otro de la república, guiados las más veces por una estrella fatal, pero siempre apoyados en la opinión, y sin desmayar jamás hasta rendir algunos de ellos su último aliento. Se verá levantarse a las masas y obrar en un mismo sentido desde el Atlántico a la cordillera, y desde las pampas del sur hasta Jujuy, pero

dispersas y sin habilidad ni concierto, como estas oleadas del mar que levanta un mismo viento y que vienen a morir sucesivamente a las playas. Esta es una imagen viva del pueblo, aunque no es la prenda de la victoria. Se contarán los repetidos triunfos del tirano, sus innumerables victorias, y tantos campos asolados por sus legiones; y sin embargo, se verá al país en sus agonías maldiciendo siempre al tirano, y todavía saldrá del seno mismo del pueblo un hombre como Peñaloza que vuelve con un puñado de valientes a presentar nuevas batallas sobre los huesos de sus compañeros. De este cuadro de agitación incesante, de la ruina y desolación del país en esta época, y en fin, de los reveses mismos que han sufrido los enemigos de Rosas, no sacará la posteridad por consecuencia que este ha gobernado bien, ni que lo ha sostenido la opinión, sino que tomará una lección memorable de lo que cuesta voltear a un tirano, cuando ha logrado apoderarse del oro de la nación, y hacerse fuerte por el terror.

Pero, por desgracia de nuestra época, el único pueblo de América a quien le ha cabido la triste suerte de estar combatiendo todavía por la verdadera libertad, y de tener que conquistar por segunda vez las instituciones democráticas bajo la oscura apariencia de una guerra civil; el único pueblo que se ha visto envuelto en una cuestión de vida o de muerte y que ha presentado a la América el nuevo espectáculo de una emigración de más de 50.000 almas, de un gobierno de doce años, que azota, que degüella, y que persigue a cara descubierta la civilización y las instituciones americanas; este pueblo, decimos, en vez de encontrar apoyos a su alrededor ¡ha sido acusado de falta de nacionalismo! Ostentándose a lo lejos un americanismo cobarde por lo estéril, y mal entendido, por lo exagerado, se ha tenido a mal a los argentinos su alianza con la escuadra francesa, y se ha querido llamar a Rosas ¡defensor del honor americano!... Grato es por cierto oír cantar a un francés, *je suis français, mon pays avant tout*, y a los norteamericanos,

our country, right or wrong, el bello ideal del egoísmo nacional; pero ¿a qué esclavo se le ha oído nunca, *primero el tirano que me azota y me bebe la sangre, antes que apoyarme en el brazo de la humanidad?*

La intervención francesa, como todos los negocios de la República Argentina, no ha sido considerada en América bajo su verdadero punto de vista. En la guerra con la Francia no se mezclaba para nada la patria argentina. La Francia no atacaba al país, sino a Rosas, como lo declaró cien veces oficialmente; y Rosas no defendía tampoco al país, sino su poder para encarcelar y matar sin proceso. El pueblo argentino no figuraba sino como víctima del tirano, y no pudiendo atacarlo por sí solo, quiso apoyarse en las filas en donde al menos estaba la civilización, como se apoyaron los Estados Unidos en la misma Francia para emanciparse de su madrastra; y entonces pisaron soldados franceses el territorio americano, mientras que en la cuestión del Plata, el contingente de la Francia solo era reducido a un bloqueo, y a entregar a los argentinos los despojos arrebatados al tirano para ser convertidos en instrumentos de libertad. Nada hubo en esa alianza que pudiera sonrojar al más patriota americano; el territorio no fue profanado por el extranjero, ni su bandera guió nunca al combate a los argentinos; sobre todo debe tenerse presente que esa alianza fue más bien con algunos jefes de la escuadra francesa que con la Francia. Los amigos de la libertad, Mr. Roger, Mr. Leblanc, Mr. Martigny, fueron los verdaderos aliados de los argentinos; así es que desde el momento que ellos se separaron de sus puestos, y les sucedió Mr. Dupotet, todo el apoyo de la Francia se convirtió en una hostilidad abierta, y Rosas fue su mejor amigo.

Para el completo esclarecimiento de este negocio, debemos agregar una circunstancia más. Hemos dicho que la Francia solo hacía la guerra al tirano, y que su objeto era solo proteger a sus nacionales contra el uso de las facultades extraordinarias.

Pero bajo este propósito había por parte de la Francia la pretensión de que se le considerase a la par de la nación más favorecida, pretensión arrogante al menos, si no injusta, y que los estados americanos deben rechazar siempre que la vean exigida por cualquier nación de Europa. Bajo este aspecto únicamente eran afectados los intereses del país por la intervención francesa. Los patriotas argentinos no lo desconocían; pero, ¿qué hacer? Esta pretensión altanera estaba envuelta en otras exigencias las más justas por parte de la Francia, y era absorbida por ellas en la opinión. La cuestión estaba colocada en un buen terreno para la Francia por culpa del tirano; y tarde o temprano debía ella triunfar. El pueblo argentino no tenía ya medios de restituir las cosas a su estado anterior, y el único modo de salvar a la nación de mayores compromisos ulteriores, era sacar ventajas de la fuerza misma de la Francia, apoyándose en ella, en cuanto lo permitiese el honor nacional, para derrocar al tirano, origen de toda la cuestión.

¿Cuál fue entre tanto el desenlace de ella? Luego que Mr. Leblanc fue sustituido por Mr. Dupotet, quedó la contienda en manos de dos hombres igualmente indiferentes a los primeros intereses de su patria, e hicieron un tratado de paz en que ellos triunfaron, Rosas y Dupotet, y en que perdieron los dos países, la República Argentina y la Francia. No es esta una paradoja. Por el tratado cedió Rosas a la Francia lo único que el país tenía derecho a negar, lo único que había en esa guerra capaz de herir el honor americano, a saber: el considerar a esa potencia a la par de la nación más favorecida; y resistió ceder ni un ápice de su poder para encarcelar y fusilar sin proceso. Dupotet, por su parte, se satisfizo con aquella cláusula subalterna en la cuestión; pero no obtuvo garantía alguna contra las facultades extraordinarias, y dejó abandonados a sus compatriotas, cuando era su seguridad lo primero de que debía haber tratado; de modo que hoy es considerada la Francia a la

par de la nación más favorecida, pero sus hijos no pueden habitar tranquilos las costas del Plata, y han tenido que abandonar el país muchos de ellos después de los célebres tratados de Mr. Dupotet. ¿Puede este triunfo de Rosas lisonjear a la América?

Hay otras consideraciones de importancia en este negocio. La resistencia de Rosas al poder de la Francia, que podía por lo menos acreditar en él un alma de guerrero, no acredita en realidad sino el alma negra de un tirano. Toda la hostilidad de la Francia se redujo a un bloqueo, medida hostil, sin duda, a los intereses del país; pero Rosas no veía en este bloqueo sino un medio excelente para comenzar a realizar su plan de colocar a la República Argentina en la misma posición de aislamiento en que puso el doctor Francia al Paraguay. Este plan diabólico no es una conjetura pues ha sido propalado altamente por el tirano. Si él no lo ha seguido, si transó al fin con Dupotet, y abrió el puerto al comercio, fue solo porque vio amagado muy de cerca su poder; y sin la sublevación del país, la Francia estaría hasta hoy bloqueando las aguas del Plata, sin sospechar que en esto le hacía un servicio al tirano. Estas cosas, que a la verdad son monstruosas, no quiere creerlas la América; y así se ha visto que nuestro gobierno ha creído obligar a Rosas a ser razonable, y a respetar en sus hijos a la nación chilena, bloqueando por tierra a la República Argentina. Pero, ¿qué ha resultado de esto? Que Rosas se ha dado la enhorabuena de esta medida, y no ha hecho el menor reclamo, ni ha variado tampoco de conducta; pues aunque esa medida sea gravosa al pueblo argentino, eso no le importa a él; lo que le importa es que la República Argentina no tenga comunicación con ningún país civilizado y donde mandan las leyes.

Basta, pues, de errores. Es preciso que la América acabe de comprender a ese hombre fatal, que colocado en una de las puertas principales de nuestro continente, amenaza y amaga a la América por el interior y el exterior. Témallo todo del hombre

que azota y que degüella; del inventor de la Mashorca; del que persigue la civilización a cara descubierta; del que abdicando las glorias americanas, aborrece la bandera que fue hasta el Chimborazo, y se ensangrienta en los defensores ilustres de la independencia de América. Témallo todo de un hombre que, poseído del demonio de la guerra, no está en armonía con ningún gobierno americano; que trata de absorber a la República Oriental, y que declaró la guerra a Santa Cruz solo porque era tirano! no haciendo más después que burlar y manchar con una larga ironía la causa que Chile sostenía. Témallo todo del amigo íntimo de la Inglaterra, de esa amistad que no se perturba en nada, aunque aquella se apodere de las islas Malvinas, y clave su bandera, la bandera más insaciable, en la costa patagónica, sin dar por estos actos ni una palabra de satisfacción. Póngase, en fin, en guardia contra un hombre que debilita su país y lo pone en estado de ser fácilmente presa de la ambición europea; un país cercano a la Europa y que se brinda al comercio y a la industria. Medite bien todas estas cosas, y lo repetimos, póngase en guardia la América, si no quiere ver amagados más de cerca sus derechos, o si no renuncia a ellos para siempre. Algo más tenemos que someter a su examen en la cuestión del Plata, y ojalá, nuestros esfuerzos correspondiesen a la magnitud e importancia del asunto.

III

En nuestros artículos anteriores creemos haber apreciado en su verdadero valor la guerra de la Francia, su singular desenlace, y los triunfos obtenidos por Rosas contra el torrente de la opinión. Estos eran los antecedentes más remotos de la cuestión del Plata, y nos acercamos ya a los hechos más recientes. Hemos omitido en nuestra carrera detalles

importantes; no hemos hablado de la horrible carnicería que hizo Oribe en Tucumán, ni de los asesinatos de prisioneros en Córdoba, Mendoza, y Catamarca, ni de la devastación de la Rioja, porque, según lo hemos dicho, no ha sido nuestro ánimo formar un proceso a Rosas, y hacer estremecer de nuevo al público con el recuerdo de escenas más sangrientas que cuantas nos presenta el teatro como meros abortos de la imaginación. Solo nos hemos propuesto hacer resaltar ciertas ideas americanas que envuelve la cuestión del Plata, y tomar para nosotros algunas lecciones importantes que nos ofrece. Hasta donde hemos llegado, puede considerarse como la primera parte de este drama extraordinario; y al volver las legiones de Rosas la cabeza al oriente, medio hartas de sangre, y dejando sus huellas señaladas con más de tres mil cadáveres, para ir a abrir nueva campaña del otro lado del Paraná, comienza la otra parte.

Aquí nos encontramos en la necesidad de hacer un pequeño alto, para ocuparnos de un episodio notable. Mientras las tropas del tirano triunfaban en el interior, su administración acarreó al país una grave responsabilidad en el exterior, responsabilidad que todavía se halla pendiente, y que ha turbado de un modo muy serio las relaciones amistosas que nunca deberían haberse interrumpido entre Chile y la República Argentina. Juzgamos que este asunto es digno de formar un episodio en la cuestión del Plata, porque su esclarecimiento arroja una luz especial sobre el hombre que domina en ella, sobre su carácter y sus ideas respecto de las repúblicas americanas, y porque hará comprender mejor la posición del gobierno oriental en la lucha en que se halla envuelto.

Desde luego debe tenerse presente que, bajo el modesto título de encargado de las relaciones exteriores de la república, Rosas ejerce de hecho, hace mucho tiempo, un poder ilimitado sobre todas las administraciones de las provincias argentinas;

que él pone los gobiernos y que él los quita; y que por medio de ellos manda a todos los rincones del país, como manda en la plaza de Buenos Aires. Este es un hecho público y que consta aun por documentos oficiales salidos de su misma mano. Sobre todo es un hecho alegado por los gobiernos de las provincias mismas de la frontera, siempre que han tenido que entenderse sobre cualquier punto con las repúblicas vecinas. Es igualmente notorio que la marcha violenta y análoga a la de Rosas que han observado las autoridades de las provincias, es el resultado de sus temidas e inexorables órdenes; y que todos los gobernadores, para conservarse en sus puestos necesitan perseguir como él persigue y seguir sus bárbaros ejemplos sin tardanza y escrupulosamente.

Con estos antecedentes, sería una torpeza formar cargos a un instrumento de Rosas, al imbécil Aldao, por los vejámenes cometidos en las personas y bienes de los ciudadanos chilenos residentes en Mendoza. El único cargo que podía hacérsele era decirle: «¿por qué estáis en ese puesto infame, vos que habéis defendido la libertad del país en otro tiempo?». Pero ya que a él le place ser no más que verdugo, perderíamos el tiempo, y aun nos haríamos poco favor en dirigirle reproches en medio del cieno en que está sumido. Nuestro gobierno, sin embargo, desentendiéndose cortésmente del raro sistema de gobierno que rige al otro lado de los Andes, comenzó por dirigir reclamos a la administración de Mendoza. Allí estaba, además, un agente suyo que había iniciado ya algunas gestiones, y que viendo la inutilidad de ellas, había tenido que pedir su pasaporte. Las quejas de los chilenos residentes en Mendoza se aumentaban cada día, y pudo apercibirse nuestro gobierno de que el asunto era muy serio, que las órdenes de alistamiento, de confiscaciones y de vejámenes personales se ejecutaban sin miramiento alguno en los hijos de Chile, y que si no había más víctimas era solo porque faltaban más hombres. Nuestro gobierno aprovechó las mejores coyunturas y tocó los resortes

más prudentes para hacer entrar a la administración de Mendoza en el camino de la razón y de la decencia; pero revelada de un modo oficial su impotencia, a más de su mala voluntad, se dirigió en enero del año pasado al mismo Rosas, verdadero origen de los sufrimientos de los ciudadanos chilenos. Pasaron, sin embargo, quince meses de su comunicación sin obtener más respuesta que la continuación de los mismos actos que habían dado lugar a los reclamos. Fue entonces que nuestro gobierno, creyendo apurar los medios diplomáticos, y tocar un resorte el más apropiado para restablecer la armonía con estrépito y sin mayores males, expidió su decreto de 30 de marzo de este año, en virtud del que quedó cerrada toda comunicación mercantil con las provincias trasandinas. Van corridos seis meses y medio desde ese decreto y tampoco aparece respuesta alguna por parte de Rosas, y continúan las cosas en el mismo estado que tenían antes... ¿Cómo deberemos calificar semejante conducta? ¿Qué pensar de ese silencio estudiado? ¿Qué se propone Rosas respecto a Chile?

Los hechos que hemos relatado forman un capítulo el más singular en la historia de la diplomacia. Nada más natural, aun en el tirano más descarado, que querer disfrazarse en el exterior, que fingir pudor, y mostrar siquiera cortesía con un país tan pacífico y neutral a sus actos como Chile; nada más natural que aparentar, al menos, buenas intenciones con las naciones vecinas que le miran derramar sangre y comprometer intereses comunes, sin dirigirle el más mínimo reproche. Cromwell recibía en su corte a todos los embajadores de Europa, aunque tenía ofendidos a todos sus reyes; y Rosas, este tirano miserable, que nunca se ha presentado en una batalla, que no posee más talento que el de las almas bajas, y que no domina tranquilo ni el terreno que pisa, no contesta a una nación que le habla; ¡la escucha y la vuelve la espalda! Nada más natural en un tirano orgulloso y dominante, que estallar, y

mostrar su cólera al menor ataque que se haga a los intereses del país que manda. Y Rosas ve que Chile le cierra sus puertas al comercio, y se calla; le despacha correos, y se queda sin dar la menor señal de disgusto! ¿Cómo explicar esta anomalía y esta conducta extravagante?

No la explicarán tal vez los gobiernos americanos, que hasta ahora no alcanzan a comprender el alma de Rosas; pero nosotros, ilustrados por hechos que nos han tocado muy de cerca, creemos poder explicar esas aparentes oscuridades. Rosas nunca ha abrigado un sentimiento americano, y las repúblicas hermanas, en vez de inspirarle amistad, llenan de cuidado y de recelo su alma tenebrosa. Hasta la sombra de países gobernados por la ley, le incomoda; y por lo que hace al derecho de gentes, esto no es para él sino un libro de escuela, una compilación de frases, de que él también suele servirse en una discusión diplomática, mientras prepara sus tropas y lleva adelante sus miras. Pedirle a Rosas que respete los fueros de los ciudadanos chilenos, es para él quererle coartar las facultades extraordinarias, porque él nunca se ha acordado de proteger a sus compatriotas en el extranjero, y aun le place que todo argentino, sea unitario o federal, que salga del país, sea perseguido hasta que se vea obligado a volver al rebaño que él dirige. Por lo que respecta a la clausura de la cordillera, esta es una medida que le habría dado un día de regocijo. ¿Qué le importan a él los intereses materiales del pueblo argentino, si ellos conspiran contra su poder? Por el contrario, lo que él quiere, y lo que verdaderamente está en sus intereses de tirano, es que la República Argentina quede completamente aislada, y bien encerrada en su puño. La cesación del comercio de Chile con las provincias trasandinas, acabará por concluir toda especie de comunicación, como es natural; quedarán solo los correos, y estos no servirán sino para observar y espiar a este país y a su gobierno. Obligará a aquellas provincias a proveer sus almacenes de la plaza de Buenos Aires, con una

doble ventaja para el tirano, la de aumentar su tesoro y la de poner más a su disposición todo el país. Los gobernadores y caudillos de las provincias, mandarían pueblos pobres, estarán sin armas y sin recursos, y nunca alzarán cabeza. He aquí el modo como calcula Rosas en cuanto a la clausura de la cordillera. Por consiguiente, estamos seguros de que no hará el menor esfuerzo por hacer cesar esta medida.

Estas son nuestras ideas en este asunto, y guiados por ellas es que siempre hemos lamentado los miramientos, tan mal empleados, que han guardado con Rosas las repúblicas vecinas; su conducta timorata, y su neutralidad llevada hasta los ápices en la cuestión del Plata. Ha habido circunstancias en que, sin recurrir a las armas y con poner su nombre solo en la balanza que contenía esta larga contienda, la hubieran inclinado en contra del tirano. Y entonces ¡cuánta sangre americana no se habría ahorrado! ¡Cuántos temores, cuántos escándalos no se habrían evitado a la América! Por lo que hace al decreto de 30 de marzo, lo hemos deplorado como una medida incompleta y mal calculada de nuestro gabinete. Ella favorece evidentemente las miras del tirano, mientras que perjudica, en primer lugar, al pueblo víctima, al pueblo argentino; y en segundo lugar, al pueblo ofendido, al pueblo chileno. El comercio que se hacía con las provincias de Cuyo, a más de dejar algunos fondos no tan despreciables al tesoro nacional, era costado enteramente con capitales chilenos, y desempeñado casi exclusivamente con brazos del país. Se calculan en más de 400.000 pesos los efectos del comercio de Valparaíso existentes en Cuyo; y estos capitales que no podían ser reembolsados sino en retornos, no volverán a sus dueños, sino con grandes quebrantos, si es que vuelven. Hemos hablado con algunos interesados que nos han comunicado sus alarmas.

Al anunciar en las cámaras el decreto de marzo, el ministro se esforzó en demostrar que era justo, cosa que ningún chileno

podía dudar, y omitió probar que era suficiente y capaz de hacer dar la satisfacción por los reclamos pendientes, que era de lo que se trataba principalmente. Dijo el ministro en su *Memoria* que con esta medida se evitarían en adelante nuevos motivos de reclamos. Pero ¿se sostienen así los que ya existen? ¿Está tampoco en los intereses de una nación renunciar voluntariamente a las vías de comercio y desarrollo que la naturaleza ha puesto en sus manos? ¿Será bastante motivo la existencia de un tirano para privarse de toda relación con un país sobre el que se tienen derechos indisputables de comunicación y comercio? Sobre todo, ¿basta el decreto de marzo para evitar en adelante nuevas dificultades, más graves tal vez, con Rosas?

Estas consideraciones nos hacen creer que el decreto de marzo no ha sido una medida definitiva, y que el negocio se halla aún bajo la consideración de nuestro gabinete. Creemos que no están agotados todavía los medios diplomáticos, y que podemos esperar, confiando en la habilidad de nuestros ministros, que sin necesidad de turbar la tranquilidad del país, ni de interrumpir los adelantos rápidos que hace a la sombra de la paz, se conseguirá restablecer la buena armonía y el comercio que nunca debieron suspenderse entre Chile y la República Argentina.

Entre tanto, tomen una lección los estados vecinos de la conducta sin ejemplar que ha observado Rosas respecto de Chile. Reconozcan que si un tirano como este logra afirmarse en su asiento, y vencer a la joven República Oriental, que lucha sola contra todo su poder, será en América una semilla eterna de discordias y de escándalos. Reconozcan que a todas les va algo en la cuestión del Plata, y que su desenlace puede acarrearles males que todavía es tiempo de evitar.

Solo con el objeto de llamar su atención, y animados por los sentimientos más puros en favor de la América, hemos levantado nuestra débil voz, y tocado, tal vez los primeros en la

prensa, un asunto tan grave, digno de ocupar a los hombres de estado y a las primeras capacidades de nuestros países.

IV

Desesperante tarea es, por cierto, la de escribir sobre un asunto de interés público, y no hallar un solo eco alrededor; desesperante hablar en América de un asunto americano y no ser comprendido; y triste deber, en fin, el que le hace conocer a uno a fondo lo miserable y menguado de la época en que vivimos. Cuando por primera vez se creyó en los Estados Unidos que los vínculos de la unión estaban en peligro, se dice que los buenos ciudadanos al encontrarse se decían con dolor: «¡estamos en medio de una revolución!». Los buenos americanos del sur debían ahora decirse: «¡estamos verdaderamente en retroceso!». Apenas han pasado los tiempos de la guerra de la independencia, y los pueblos hermanos ya no conservan sino este título. Todavía no hace veinte años que un habitante de las pampas de Colombia se abrazaba en medio del continente con otro de las pampas de Buenos Aires, y ya no ha quedado un solo vínculo, ni aun entre los estados vecinos. La anarquía y las guerras civiles pueden explicarse en naciones que comienzan a serlo; pero el egoísmo y la frialdad, pertenecen a la senectud de los pueblos, y no se concibe esta triste madurez en nuestras repúblicas, llenas de vida y palpitantes aún al nombre de gloria y de libertad. Un tirano descarado segrega a un país de la comunión americana, lo convierte en un cadáver, y huella sobre su cabeza los principios de todas las repúblicas; y éstas lo ven, lo palpan y callan! El mismo tirano amenaza después la nacionalidad de un estado vecino, y temblando este al amago, se echa en brazos de una nación europea; y todavía callan las repúblicas hermanas; ¡ni una mediación siquiera ofrecen al pueblo que va a caer, a su

antiguo compañero de armas! ¡Ni se cuidan tampoco de la intervención europea!

¿Se nos dirá, acaso, que esto no es más que poesía? Pues bien; vamos a entrar en explicaciones, y se verá si hay intereses muy positivos, comunes entre las repúblicas hermanas, y si están culpablemente desatendidos. No nos separemos de la cuestión del Plata; pues al contrario, es la continuación de nuestro asunto la que debe esclarecer esta materia.

Presentaremos el estado actual de la cuestión del Plata por boca del más notable periódico inglés, del *Times*, para que no nieguen los hechos los que solo tienen este recurso para rechazar nuestras opiniones. En el número del 9 de julio se encuentran las siguientes líneas que traducimos literalmente:

Habiendo sido aniquilados todos los enemigos de Rosas del otro lado del Paraná, el general Oribe se prepara a invadir con un fuerte ejército a Montevideo. Este estado de cosas ha alarmado a los comerciantes de Montevideo, y se había puesto a suscripción en el consulado británico un memorial dirigido a Lord Aberdeen, en el que se solicita la intervención de la Gran Bretaña para que impida la invasión, presentándose al mismo tiempo un contraste entre la conducta jesuítica e iliberal de Rosas con la del gobierno de Montevideo, y haciendo ver que la propiedad británica, que alcanza a 8.000.000 de pesos, sería puesta en gran peligro con tal invasión; que la guerra es enteramente agresiva por parte de Rosas, pues continuamente ha estado rechazando proposiciones para un acomodo que le han sido hechas por Montevideo; y finalmente, que el gobierno de Montevideo está dispuesto a hacer un tratado de comercio con la Gran Bretaña, concediendo la libre navegación de los ríos al pabellón británico, *con otras ventajas más*, sobre cuyos objetos se reclama la atención de nuestro gobierno.

Por estas líneas se ve que los súbditos de S. M. B. solicitan la intervención de su gobierno y abogan por 3.000.000 de pesos. ¿No tendremos los americanos mayores intereses que defender y otras razones más, para solicitar la intervención de los gobiernos vecinos en la cuestión del Plata? Ya que la tiranía horrenda de Rosas solo ha de ser mirada en nuestros países por el ojo del cálculo, y con tanta distancia como la misma Inglaterra, preguntamos, ¿el comercio de Chile interrumpido indefinidamente con las provincias argentinas, y el de Bolivia casi extinguido, porque no se puede traficar con un país donde se mata y se degüella, ¿vale menos de tres millones? Los perjuicios que han recibido estos países en los doce años del gobierno de Rosas, y los que sufrirán en otros doce que puede muy bien durar, si las cosas siguen el mismo camino que hasta aquí, ¿no valdrán más de tres millones? ¿Son tan ricos Chile y Bolivia, son tantas sus vías de tráfico para que puedan mirar con indiferencia su comercio con un pueblo vecino, comercio el más natural, el que más debe protegerse, y que es llamado a tomar con el tiempo un aumento incalculable?

Conocemos que estas palabras no han de ser pesadas generalmente en su verdadero valor. Después de tantas luchas interiores, y en medio de ellas aún, reinan las opiniones más mezquinas respecto al desarrollo del comercio y de la industria. Se cree que cada país solo debe ocuparse de sí mismo, y que con hacer reglamentos y conservar una paz infecunda, se conquista el porvenir; que para contener la anarquía es preciso casi parar las ruedas de la máquina social, y cuidar de que no sean muy anchas las fuentes de riqueza, o al menos no abrirlas sino con tasa y medida. Solo hay calor y energía para sostener una divisa política; se piensa, en fin, que cada estado es *sibi sufficiens* dentro de sí mismo, y que no necesita aprovecharse de las ventajas que la naturaleza ha puesto a su alrededor. ¡Ya se ve! nunca se ha sentido prácticamente lo que valen estas ventajas. El año 29, que puede considerarse más o menos como

la época en que Chile y Bolivia comenzaron a pensar seriamente en su organización, es justamente la época en que comenzó también a figurar en la República Argentina el hombre fatal que hoy la domina. Desde entonces hasta hoy, todo ha sido allí desorden y atraso; y en nada se ha pensado menos que en fomentar el comercio interior.

Pero no se juzgue de lo que puede ser por lo que es, y lo que ha sido en los doce años que ha mandado Rosas. Recuerde Bolivia el inmenso comercio que tenía antes con la República Argentina, no de efectos extranjeros sino de productos de ambos países, y pregúntese si este comercio no podría subsistir y ser llevado adelante. ¡Y cuál sería su suerte si hubiera en la República Argentina un gobierno que, en vez de matar, se ocupase de la navegación fácil y expedita del río Bermejo! Esto es más llano y más productivo también que hacer un buen puerto en Cobija. El día que se viera una vela o un vapor cerca de Tarija, ese día podría olvidarse Bolivia de las costas del Pacífico, y sus ricas provincias del sur y del oeste serían un foco de civilización y un venero de riqueza. No se crea que hablamos de proyectos quiméricos, o de proyectos que pertenecen a la posteridad; la navegación de los tributarios del Paraná no es un proyecto, ni una idea por realizar; es un hecho conocido, y no se necesita más para llevar las mercaderías europeas hasta las puertas de Bolivia por medio de los ríos, que un gobierno regular en Buenos Aires, un gobierno que no haga más que dejar obrar al comercio. Si no hubiera existido Rosas, y aun cuando la República Argentina no hubiese gozado de una alta prosperidad, tiempo ha sería navegado el río Bermejo y aun el comercio terrestre, que en otra época ocupaba los más fuertes capitales de ambos países, no sería por cierto lo que es hoy. Desde la muerte del doctor Francia, la suerte de Bolivia está exclusivamente en manos de Rosas.

Por lo que respecta a Chile, aunque no sean tan grandes las ventajas que puede reportar de su comunicación con las

provincias trasandinas, son tales que sería el mayor desacuerdo mirarlas como subalternas. Chile y la República Argentina están destinadas a prestarse mutuamente los más importantes servicios. Estando unidas, y estrechadas sus relaciones mercantiles, pueden salvarse una a la otra de los rigores de un bloqueo. Se ha visto prácticamente que durante el bloqueo de la Francia, a pesar de estar un Aldao en Mendoza, las provincias argentinas han hallado un mercado ventajoso en las factorías de Valparaíso. En tiempo de paz, Chile está llamado a proveer por tierra a la República Argentina con los ricos productos de Asia y de las costas americanas del Pacífico. Por otra parte, situado Chile a trasmano de Europa y separado de ella por el Cabo, no debe despreciar ninguna vía de tráfico; y las que la naturaleza le ha concedido al oriente, en una larga frontera que lo pone en contacto con un país fértil, no deben mirarse por lo que hoy son, sino por lo que serán desde el momento que caiga el tirano que hoy las obstruye, o las hace estériles. Aun en estos tiempos calamitosos, la provincia de Aconcagua ha reportado beneficios visibles del comercio con las provincias trasandinas; y Copiapó, Huasco y Coquimbo, que apenas reciben los jugos de vida que se reparten de la capital, hallarían igualmente un elemento local de progreso en su roce directo con ellas, desde que la tranquilidad y el orden dejasen desarrollarse libremente el comercio y la industria. ¿Se nos dirá acaso que todas estas ventajas están aún muy remotas? Si lo están no es sino a causa de la tiranía de Rosas que oprime y ahoga la industria y el comercio argentino. Por lo demás, la naturaleza ha puesto a la mano esas ventajas, y pende solo de los gobiernos no dejar arrebatárselas por un tirano.

El comercio trasandino no es apreciado en Chile en su verdadero valor, porque se ha formado la idea de que el estado violento en que hace años se encuentra la República Argentina, es un hecho casi normal. Se cree que allí habrá siempre guerra

civil, o que cuando cese, el progreso será tan lento que pasarán muchos años para que las provincias trasandinas tengan una población numerosa y una industria animada. No se tiene presente que no es la guerra civil la que ha echado raíces en aquel país, sino una tiranía sin ejemplo, cuya repetición no es posible ni en siglos tal vez, y tiranía que se puede hacer cesar de un momento a otro. No se tiene presente que la República Argentina, más cercana que nosotros a la Europa, y en posesión tranquila ya del elemento más poderoso de progreso que tenemos en nuestros países nuevos, la tolerancia de cultos, puede en pocos años de paz sufrir la maravillosa transformación que sufrió Buenos Aires el año 21, y la que ha sufrido Montevideo de seis años a esta parte, admitiendo una inmigración numerosa cuyos efectos son incalculables. No; el estado de guerra no es un estado permanente en ningún pueblo del mundo, y menos en el pueblo argentino. ¿Qué país de América entró a gozar primero que él de los beneficios de la paz y de un gobierno tan libre como ilustrado? ¿Cuál de las nuevas repúblicas americanas ha hecho en igual período de tiempo los progresos que hizo Buenos Aires desde el año 11 hasta el 17? En ese corto espacio de tiempo, ¡cuántas mejoras, cuánto desarrollo, cuánta libertad! Se duplicó casi la población, se duplicaron las rentas, se extendieron las fronteras 50 leguas, se estableció un banco, se crearon sociedades de industria y de beneficencia, se abolió para siempre el imperio de las preocupaciones, y se plantearon instituciones que, para destruirlas, ha necesitado Rosas doce años de derramar sangre. En fin, fue entonces y en Buenos Aires por primera vez, que se vio a la raza española querer competir con la raza sajona que ha creado como por encanto a Texas y a la Australia. Si esos tiempos volvieran, como pueden y deben volver, ¿no hallaría Chile ventajas muy valiosas en el comercio trasandino?

Hemos recorrido brevísimamente estos puntos importantes;

pero con todo, podemos preguntar otra vez, si no valen tres millones de pesos los intereses comerciales que Chile y Bolivia tienen comprometidos en la tiranía de Rosas.

Debemos preguntar también, si la intervención europea en la cuestión del Plata, y la introducción de su bandera en el seno del continente, no valían más de tres millones.

Deberíamos preguntar si las ofensas directas que han recibido los pabellones de Chile y Bolivia, en los ultrajes inferidos a los hijos de aquel, y en el apoyo dado a Velasco para dominar a esta no valen más de tres millones.

Deberíamos preguntar, si el escándalo y mal ejemplo que da en América el gobierno de Rosas, y las dificultades que puede traer en adelante, no valen tres millones.

Podíamos preguntar, en fin, si la gloria de libertad a una república hermana, a un pueblo que siempre ha sido su amigo fiel y apasionado, ¿no tiene valor ninguno a los ojos de Chile y Bolivia?

¿Se nos dirá acaso que no está en poder de ellos reivindicar sus derechos sino a costa de mayores males? Convéngase antes por los gobiernos de Chile y Bolivia, que sus intereses, su honor y su gloria están comprometidos en la cuestión del Plata, y entonces se tratará de si los pueblos chileno y boliviano, tienen medios convenientes de protegerlos. Si la opinión de ellos, y si la opinión pública, están de acuerdo con nuestro modo de ver la tiranía de Rosas, entonces la cuestión del Plata habrá variado de terreno, y convendría examinarla de nuevo; o más bien, la prensa concluiría su misión dejando la terminación de tan grave negocio exclusivamente en manos de los hombres a quienes la patria ha confiado sus altos destinos. Nosotros solo nos hemos propuesto esclarecer la materia y llamar la atención sobre ella. Con esto ha concluido toda nuestra tarea, y temeríamos usurpar los deberes de los hombres de estado, si entráramos al dominio de la acción de los gobiernos.

Prospecto del Herald Argentino [5] a los argentinos residentes en Chile (Santiago, 23 de diciembre de 1842)

La mano de la desgracia ha pesado durante diez años casi sin intermisión sobre nosotros. Si la libertad ha de posar sus alas algún día en nuestra desgraciada patria, ¡cuánto harán por conservarla los que tantas lágrimas han derramado por ella, los que tanto han sufrido en su nombre! Muy duras pruebas nos tenía reservadas la Providencia a los que nos ha cabido en suerte la vida en esta terrible época. Las privaciones, las persecuciones, los calabozos, el destierro y la muerte, han sido prodigados sobre nosotros como otras tantas plagas de Egipto. El suelo de nuestra república se ha cubierto de sangre, los países vecinos han acogido los millares de hombres que dejaban sus hogares, sus familias y sus fortunas en manos de sus implacables enemigos. Una desorganización espantosa, sin ejemplo, ha tenido lugar en las dilatadas comarcas que llevan el nombre del Río de la Plata. Un hombre sagaz y malvado, ha puesto en juego todos los resortes de una política maquiavélica, para hacerse un patrimonio de un suelo ensangrentado, cubierto de millares de cadáveres y de escombros. ¡Pero aún no lo ha conseguido todavía, argentinos prófugos, sin hogar y sin casa propia! ¡No olvidemos esto, aún no lo ha conseguido! Los medios más bárbaros, la tiranía más prolongada e inaudita, las devastaciones más espantosas, el

poder material más colosal, no han podido someterle la presa que ambiciona. ¡Ah! El día llegará en que la historia aprecie este grande hecho. Los Césares romanos no encontraron tantas resistencias para fundar el imperio. Napoleón se contentó con algunos destierros, y pudo ceñirse una corona. La República Argentina, nuestra patria, ha peleado diez años, sin armas, contra un poder erizado de bayonetas. Los hombres libres han sido mil veces vencidos; pero una sola ha reposado tranquilo el tirano. Su rabia se ha descargado sobre los ciudadanos indefensos, el puñal ha sido erigido en ley; el exterminio el único medio usado; y sin embargo, el poder de Rosas es hoy tan precario como ahora diez años. Sus satélites lo dominan todo, nada interrumpe el silencio de muerte, si no son los ahogados clamores de las víctimas. El puñal está levantado siempre sobre las gargantas, y no obstante este triunfo y este poder aparente, los verdugos están convencidos que no pueden pestañear un momento, porque las víctimas se han de alzar del suelo, porque el puñal somete gargantas pero no el pensamiento.

Gloriémonos, pues, de pertenecer a esa raza de titanes que saca nuevas fuerzas de sus quebrantos y no desesperaremos del porvenir de nuestra patria. Es grande como ella, como sus antecedentes, y la historia sería desmentida y la fuerza de las cosas contrariada, si llegase a establecerse definitivamente un gobierno que ha confiado su salvación en los delitos, la licencia y la subversión de todo orden moral, de toda práctica de gobierno. Nuestra revolución sería para los demás pueblos americanos, una lección digna de estudiarla para su propio aprovechamiento. Desgraciadamente está escrita en un idioma que pocos comprenden; desgraciadamente las metamorfosis sociales, las revoluciones tienen causas profundas en la organización interna de los pueblos, que se desarrollan sin que la generalidad lo sienta; pues desde el momento que pudiesen ser conocidas, la revolución estaría consumada. Lo que a

nosotros nos sucede, ningún pueblo teme que le sobrevenga; y no creyéndose interesados, cierran voluntariamente los ojos por no ver nuestras dolencias. No nos quejemos de este abandono y de esta indiferencia que muchas causas justifican y hacen necesaria. Busquemos el alivio de nuestros males en nuestras propias fuerzas; que ellas han bastado para mantener hasta ahora viva la contienda. Cuando el tirano de Buenos Aires empezó a cebar su rabia contra los antiguos militares de la independencia, cuando la sociedad empezó a ser minada por su base, un grito general de indignación resonó por todas partes. Los calabozos no bastaban a contener a los *revoltosos*. La guerra apareció por todas partes como las llamaradas de muchos incendios. Rosas tenía soldados, esbirros; los patriotas, pecho y convicciones que oponerles. Centenares fueron a las manos de los verdugos, y centenares también a combatir en los ejércitos. Las ciudades se han despoblado de habitantes, pero los campos están sembrados de cadáveres. Millares han perecido en los combates o en los más espantosos suplicios; pero quedan aún millares que combaten todavía y que triunfarán sin duda alguna, porque defienden el derecho de vivir, el supremo de todos los derechos.

¿Cómo ha podido creerse que una sociedad entera convenga voluntariamente en ser dispersada como las hojas de los árboles de otoño, al soplo del huracán de las pasiones desenfrenadas de un malvado? ¡No! los individuos que componen una nación son como los miembros dispersos del gigante del Ariosto; siempre están pugnando por reunirse en un solo cuerpo, para enderezarse de nuevo y volver a la vida. La lucha que ha sostenido la República Argentina con tanto denuedo, con constancia tal que ha fatigado la expectación de todos los demás pueblos, ha dejado ver que tiene demasiados principios de vida para que sucumba al embate de una tiranía, que cuanto más odiosa es y más violenta, menos puede cimentarse y es menos duradera. ¿Cómo puede vivir en una

sociedad nueva un gobierno que ha hecho de la parte más sana de ella, una legión de enemigos que solo podrán ser sometidos por la irresistible violencia de las armas y el peso de las cadenas? ¿Un gobierno que ha provocado todo género de resistencias, ofendiendo y conculcando cuantos intereses y afecciones pueden mover a los hombres? ¿Es un hecho tan vulgar el de la sucesiva aparición de veinte ejércitos que en escalones se presentan a combatir, y derrotados los primeros, destrozados los segundos, pulverizados los últimos, la lucha se traba de nuevo donde hay un hombre armado, un hombre en pie para oponer todavía su pecho al carro triunfal del verdugo de la patria; su fe y su confianza en el porvenir a la ciega y caprichosa fatalidad de la fortuna que los traiciona en todas partes? ¿Es un hecho común ver a millares de jóvenes abandonar las aulas, a los abogados sus bufetes, a los médicos la cabecera del enfermo, a los comerciantes el mostrador, al cómico las tablas, para ir a formar de su cuerpo murallas que contengan el poder del tirano, y recibir sin mengua la muerte del soldado, o cuando la última trinchera está ya tomada, desparramarse por toda la América y volver de nuevo a buscar los combates y la muerte? ¿Es un hecho común ver una revolución de diez años, sin jefes, sin caudillos, entregándose como una mujer desvalida al primero que la ofrece llevarla adonde están sus hijos perdidos? ¿Es un hecho común ver a los hombres de las clases inferiores, pobres, desvalidos, volver a su país después que las desgracias les han hecho abandonar la patria, y en lugar de someterse al poder del vencedor para estarse tranquilos, o convertirse en verdugos para participar del botín, arrostrar peligros ciertos, sufrir nuevas desgracias, y todavía aprestarse al combate, y no desmayar un momento? ¡No, Dios poderoso! estos son los síntomas ciertos de aquellos grandes trastornos que parten de causas imperecederas y que están destinados a cambiar la faz de las sociedades. ¿Cuándo se vio en América fenómeno semejante? ¿Cuándo? Una sola

vez, cuando el gobierno español dejó de representar los intereses americanos, cuando las colonias reconocieron la impotencia de aquel poder caduco y sin raíces en la sociedad que gobernaba, cuando su dominación había perdido el apoyo de las ideas, entonces se vio en América el mismo fenómeno que en la República Argentina. Triunfaban los ejércitos reales; pero la causa que sostenían no se afianzaba. Las derrotas de los patriotas se sucedían a las derrotas; los padres muriendo legaban la empresa de la independencia a los hijos; los prófugos de Chile iban a buscar ejércitos a otras partes para volver a desalojar los opresores; Bolívar se hallaba en todas partes en el inmenso círculo que había señalado a su genio; cuarenta derrotas le prepararon el primer triunfo, y aquellas más que este su gloria colosal. Las Provincias Unidas defendían su terreno palmo a palmo, y podían gastar tesoros en atacar a sus enemigos en Chile a un mismo tiempo que en Montevideo, en Salta y en Lima. Las derrotas son entonces verdaderos triunfos, porque ellas aleccionan al vencido, lo fortifican y le dan nuevos bríos; la idea por que combate está fija en el corazón, y la desgracia y la mala estrella, los obstáculos y las resistencias, no son los medios de cambiarla.

La revolución argentina no sucumbirá, pues, por más que a cada momento veamos alzarse el pie del tirano para aplastarla; y los grandes destinos de aquella rica porción de América están próximos a cumplirse. ¡Qué! La más extensa y rica porción de la América española del sur, la cuna de la revolución de la independencia en esta parte del continente, el palladium en otro tiempo de las libertades; el apoyo de todas las repúblicas hermanas, la patria de tantos héroes, ¿estaría destinada por la Providencia para ser la fábula de las gentes, y la burla más amarga contra esa libertad misma por la que derramaron tanta sangre sus hijos en tantos y tan lejanos campos de batalla? ¿Se ha extinguido ya el fuego santo que en otro tiempo la iluminaba? Pero, ¡ilusos los que así piensan! ¿Dónde están los

síntomas de esta extinción tan preconizada? ¿Quieren hallarlos en la misma lucha eterna que hoy sostienen sus hijos contra el poder más colosal que ha podido aglomerarse en las manos de un malvado? ¿La buscan en esa juventud ardorosa que está encaneciendo en los trabajos y en la desgracia? ¡Por Dios! No nos dejemos fascinar por los juicios de hombres apocados. Nunca ha sido más poderosa la libertad que cuando, como hoy, brota por entre las manos de los verdugos; nunca dio la república síntomas menos equívocos de vida ni mayores esperanzas.

Perseveremos, pues, y no nos aletargue el sueño del destierro, ni nos desalienten las pasadas desgracias. ¡Todavía hay ejércitos, todavía hay patria, todavía hemos de ver nuestros hogares, todavía hemos de reposarnos tranquilos en las fértiles llanuras del Plata!

La guerra que nuestros compatriotas hacen al tirano está a punto de dar resultados decisivos; y los argentinos que viven hoy en el extranjero, no tienen medios de saber con oportunidad las noticias que de aquellos acontecimientos nos vienen. El objeto de la presente publicación es, pues, proporcionarles un órgano para que les sean comunicadas a todos, según que los acontecimientos se vayan presentando. Aprovecharemos esta ocasión para explicar nuestra revolución a los que no la comprenden aún, y que arrastrados por la ola revolucionaria, se han visto perseguidos, trastornados y arrojados en suelo extraño, sin saberse dar cuenta precisa de los móviles que los han impulsado. Reanimaremos el espíritu de los que pierden toda esperanza; avivaremos las creencias y convicciones de los que tienen fe en el porvenir de la América y de su patria.

En una palabra, queremos hacer lo que los ingleses, franceses y españoles han hecho en Montevideo y Buenos Aires, sosteniendo periódicos y diarios para sus nacionales, que les hablen en su idioma respectivo de los intereses y la política

de la patria ausente.

Invitamos a los emigrados ricos a que se suscriban según sus posibles, bien entendido que esta publicación no se hace con el espíritu de especulación y solamente está calculada para los fines indicados. Cuesta 26 pesos cada número, y hay que distribuirlo gratis a todos los argentinos pobres y remitirlo a las provincias de Chile, a Bolivia y el Perú, y a todos los suscriptores se darán los ejemplares que soliciten.

Política argentina 1843

De la revolución argentina [6]

(*Progreso* de 11 de enero de 1843)

Las noticias que hemos publicado ayer, han instruido al público de los últimos acontecimientos que han tenido lugar al otro lado del Paraná. La catástrofe de la gran tragedia que se ha estado representando en aquel país durante tantos años, ha sobrevenido al fin, después de haberse hecho esperar por mucho tiempo, después de haber burlado todas las conjeturas, contrariado todas las esperanzas y confundido todos los cálculos. Las legiones de Rosas han triunfado todavía una vez más sobre las resistencias que sus enemigos políticos intentaron poner a su poder. En las Puntas del Arroyo Grande se ha corrido el último albur; los que de tiempo atrás estaban perdiendo, han sido del todo desahuciados por el hado. La larga lucha queda terminada. No más sonará en la ancha extensión de la República Argentina el cañón de la discordia civil; un solo rumor de oposición, una sola queja turbará la atención del poder colosal que ha triunfado. La oposición no solo ha sido herida de muerte, vencida, aterrada, sino que se le ha cortado la cabeza, ha sido segada del haz de la tierra, y sembrado de sal el suelo en que antes germinaba.

El momento es solemne. El silencio que a tanto rumor sucede, es silencio de muerte, y merece, sin duda, que nos detengamos a contemplar un momento este grande y espantoso

fenómeno social que se ha desenvuelto a nuestra vista, y que puede contener tan severas lecciones para el porvenir de nuestro propio país y de los demás de América, que han partido desde el mismo punto de donde aquella nación partió. El *Demócrata* [7] que se lamenta de nuestro estado actual, de nuestro gobierno, de la imperfección de nuestras instituciones; que codicia una posición mejor todavía, ¿se ha detenido a contemplar una vez los tristes fenómenos que presenta la sociabilidad americana, los escollos en que en otras partes han ido a zozobrar todas las instituciones liberales, y los peligros que amenazan por todas partes la libertad en América? ¿Qué ve el *Demócrata* en toda la extensión del continente, sino son desengaños amargos, espantosas contradicciones, y el triunfo de la voluntad de los caudillos populares sobre las leyes y las instituciones liberales? Desea para Chile un orden mejor de cosas, instituciones más libres aún, y la admisión en la práctica de todos los principios que la humanidad civilizada ha reconocido como el fundamento de todo gobierno y de todo pacto social. Pero ¿qué pueblo americano se elevó más alto en este sentido que la República Argentina, y cuál se ha despeñado en abismo más insondable? ¿Qué era Buenos Aires en la vigésima década, y qué es al presente? ¿Quién soñó entonces un porvenir tan aciago? Las instituciones liberales sucumben en América, como plantas exóticas arrojadas en suelo ingrato y estéril. Venezuela y Chile son los únicos baluartes que las sostienen, lo demás presenta todavía el aspecto del caos, de cuya confusión no es posible conjeturar lo que saldrá. Es sin duda desconsolador el cuadro que el mundo civilizado presenta hoy. Vese la humanidad echada en una vía fatal, empujada hacia adelante por antecedentes que no la dejan pararse un momento. En vano es que el hombre pensador diga, esto conviene, esto otro debiera evitarse, aquello es necesario. ¡Inútil! los sucesos y el espíritu de la civilización, van como a ciegas precipitándose, avanzando sin mirar para

atrás, sin consultar las dificultades del terreno que pisan ni los abismos que los cercan. Caen en un precipicio, otras generaciones y otros pueblos vienen en pos de ellos que caerán a su turno, sin que las lecciones de lo pasado sirvan de escarmiento.

La Inglaterra ha sido durante dos siglos el tipo de la organización social, que todas las naciones europeas trataban de imitar. Allí nació el *jury*, el parlamento y el *habeas corpus* ¿quién se atreverá a responder hoy de la estabilidad de aquel gobierno? La Inglaterra con todas sus bellas instituciones tiene un cáncer en las entrañas, que amenaza devorarla. La Francia lleva 50 años de revolución. Todo lo ha intentado, todo lo ha probado, y en ninguna época del mundo ni en nación alguna de las que cubren la tierra, el pensamiento humano se ha elevado más, ni la filosofía ha descubierto más verdades. La Francia ha dado a todo el mundo civilizado la mayor parte del caudal de luces que inspira a los hombres; y sin embargo, la Francia vive con el día, sin saber lo que será de ella mañana; muchas verdades inconcusas en la teoría, no han sido admitidas en la práctica; su representación nacional es imperfecta; la sociedad está dividida; y a fuerza de habilidad y de poder material, se mantiene un orden precario, que no tiene base ni en las instituciones, ni en las ideas, ni en el espíritu de la sociedad. Un caballo que se ha desbocado, un golpe que se ha dado un hombre, ha bastado para echar la incertidumbre y la duda en los ánimos. La España había vivido al parecer sustraída al movimiento general del mundo; ha entrado en él con arrojo; se ha bañado en sangre para plantear instituciones conformes al espíritu del siglo; muy dolorosas amputaciones ha sufrido; ramas muy robustas ha deshojado del árbol social para injertar la nueva planta; ¿quién puede responder, sin embargo, del porvenir de la España? La tranquilidad presente no alcanza a encubrir la fermentación interna que está agitando el fondo de la sociedad y que asoma de vez en cuando hasta la superficie.

El resto de la Europa no está menos turbado; la lucha está en todos los ánimos; las convicciones y los hechos existentes se hostilizan y se persiguen; y el amante de la libertad ve por todas partes las dificultades que estorban su triunfo definitivo, los escollos en que zozobra a cada paso, las resistencias que tiene que vencer. De este espectáculo ha nacido el estudio de la historia considerada como ciencia de los hechos. Se ha querido examinar la marcha del espíritu humano y las resistencias que los hábitos, las tradiciones y los intereses oponen; se han clasificado los hechos, y tratado de explicarlos y ligarlos a los antecedentes que los preparan.

A las teorías generales, a las verdades abstractas se ha sucedido el estudio de estos hechos, que la historia ha consignado en sus páginas, que la época presente repite a cada paso, revelando leyes inmutables por las cuales se rigen los acontecimientos humanos. A nosotros nos falta, empero, este estudio de los hechos, y guiados por los deseos vagos de mejora, por el instinto inquieto del progreso, descontentos con el momento presente, deseosos de ver realizarse cuanto antes las bellas teorías sociales que la filosofía ha elevado al rango de axiomas, nos precipitamos hacia un porvenir, que para otros fue también halagüeño, y que al tocarlo lo han encontrado erizado de espinas, y nutrido de desengaños. Antes de entregarnos tan confiadamente al destino de los pueblos americanos, ¿no convendría que estudiásemos primero los hechos contemporáneos, los acontecimientos que a nuestra vista están sucediendo, los malos resultados que han dado hasta aquí las tentativas prematuras de una perfección social imposible en nuestros países? Va a erigirse en la República Argentina un poder extraño, siniestro, contrario a todas las ideas recibidas; un poder que ha abjurado todos los principios políticos, que la razón, la justicia y la filosofía consagran como únicos e imprescindibles fundamentos de toda organización social; ¿y no nos detendremos un momento a considerar las

causas que lo han producido, los elementos que ha encontrado en la sociedad para elevarse? ¿No encierra nuestra sociedad también elementos análogos a aquella, y ningún peligro amenaza nuestras instituciones y nuestro porvenir?

¿Qué es, pues, el gobierno de Rosas en la República Argentina? ¿Qué significa la larga y sangrienta lucha que ha precedido? ¿Nada? Pero examinemos los caracteres principales de este gobierno. El Paraguay había dado ya un resultado análogo. ¿Qué es lo que se proponían nuestros padres al echarse en los brazos de la revolución de la independencia? Darse garantías contra el poder de los virreyes españoles; asegurarse con la libertad de imprenta la libre manifestación del pensamiento; subdividir los poderes, según las doctrinas de todos los socialistas; hacerse representar en congresos para dictarse leyes, para labrarse su propia felicidad; poner límites a la autoridad del gobierno, para que no se entregue a la arbitrariedad de sus caprichos; establecer formas judiciales para los crímenes políticos; asegurar, en fin, la libertad de pensar y de obrar, según los dictados de la razón, en todo aquello que no contraríe las leyes y perjudique a un tercero. Estas han sido las aspiraciones de todos los pueblos americanos. Y bien, ¿qué es lo que se ha conseguido en la República Argentina después de haber trabajado tanto para obtener estos resultados? Un gobierno que es la negación de todos estos propósitos, un gobierno que lejos de realizar nada de lo que se intentaba introducir en América en formas e instituciones, ha descendido ya mucho más allá de la antigua arbitrariedad española, que nos sirve de tema siempre. En el pueblo que más adelante fue en otro tiempo en la carrera del progreso, no se ha conseguido en definitiva, sino retrogradar más y más a medida que han sido mayores los esfuerzos que se han hecho. ¿Y este espectáculo terrible, no tiene lecciones útiles para nosotros?

¿No habremos de contemplarlo en su conjunto, como una

materia de estudio, para que nos sirva de guía en nuestra marcha sucesiva? Por lo que a nosotros respecta, nos proponemos dedicar algunas páginas a la apreciación de las principales fases de la revolución argentina desde el año 10 hasta el presente, menos por lo que respecta a los hombres, que por lo que hace a las ideas, tendencias o intereses que han ido elaborando poco a poco el siniestro gobierno que acaba de triunfar; haremos de este hecho las deducciones que a nuestra sociabilidad interesan y trataremos de sacar toda la utilidad posible para garantarnos de los males que pudieran sobrevenirnos. No olvidemos que Rosas es el representante de un principio; y el gobierno que ha establecido, si la razón y la humanidad están de acuerdo en odiarlo, no por eso ha recibido menos la sanción imperiosa que la opinión de los hombres da a los hechos consumados. Rosas por medios desusados en nuestros tiempos, ha logrado extinguir, destruyendo y exterminando a los hombres, toda idea de oposición. Su sistema triunfante queda apoyado en el ejército más numeroso que ha salido a campaña en Sudamérica, en el terror de su nombre, en la sanción del triunfo, en la ventajosa posición geográfica y las riquezas naturales del país mismo, que puede desenvolverse bajo este gobierno raro y anómalo; en la subyugación de Montevideo, si no como parte integrante de sus dominios, como satélite de su política; en la presumible ocupación del Paraguay, que agregará al territorio de la República Argentina 600.000 hombres y el territorio más abundante en ricas producciones; en la indiferencia política de la inmigración europea, que cada día acude a aquellas playas; en la sanción de los gobiernos europeos; en la alianza del imperio del Brasil que necesita en Montevideo un auxiliar para sofocar los principios revolucionarios y republicanos que germinan en Río Grande. El poder absoluto, sin constitución, sin representación nacional, sin límites, alza, pues, una vez en América su cabeza osada, con una organización original,

bárbara y retrógrada; y se ofrece a los pueblos, como un ejemplo; a los ambiciosos, como un modelo; a la política, como una influencia y un poder con quien es preciso entenderse; a todos, como un fenómeno americano, como uno de los diversos resultados de la revolución de la independencia.

Despedida del Herald Argentino

(*Progreso* del 11 de enero de 1843)

Los editores del *Heraldo* han creído de su deber suspender la publicación de que se habían encargado. Llenos de fe en el porvenir de su patria, se proponían alentar las esperanzas de sus paisanos mientras estaban aún en pie ejércitos que apoyaban su causa. Querían explicar los antecedentes que habían preparado el espantoso fenómeno social que ha desgarrado a su patria por tan largos años; querían alumbrar con la antorcha de la historia filosófica aquel caos oscuro en que se han entrechocado confusamente todos los elementos que constituyen una sociedad. En medio de sus trabajos y en el momento de tirarse el número 3.º del *Heraldo*, ha llegado a sus oídos el rumor del desplome de todas sus esperanzas. Las legiones de Rosas han arrollado todas sus resistencias; y el campo de batalla de las puntas del Arroyo Grande ha sido el tribunal en que, en última apelación, ha fallado el severo destino en este litigio terrible entre la civilización y la barbarie, entre la libertad y la esclavitud, entre las formas constitucionales y el poder absoluto. La guerra de diez años ha cesado; si aún continúa en la banda oriental del Uruguay, es sin influencia y sin resultados para la República Argentina; no es ya la guerra social; es una guerra extranjera, una guerra de nación a nación, cuyos resultados no deben interesarnos si no es por la causa de la humanidad, de la civilización y de la

libertad amenazadas.

Hablando, pues, en nombre de un partido político que ha sido vencido y anonadado, el *Heraldo* ha debido poner fin a sus trabajos, y sus editores deplorar en silencio el rigor de la suerte que ha sido tan adversa a los principios que profesaban. Los argentinos residentes en Chile, proscritos de su patria, pierden desde hoy la nacionalidad que los constituía una excepción y un elemento extraño a la sociedad en que viven. Los que ansían por volver al seno de sus familias, aquellos para quienes puede aún ser tolerable la existencia sin garantías, sin libertad, sin instituciones, aprovecharán de la primer señal de clemencia que quiera darles el señor de vidas y haciendas que se ha entronizado. Los que no tengan tanta resignación, los que no conciben la idea de una patria sin aquellas condiciones, deben considerarse chilenos desde ahora y aceptar con gusto y merecer una nacionalidad que es digna de hombres libres. La patria no está en el lugar que nos ha visto nacer, sino a condición de ser el teatro en que se desenvuelve la existencia del hombre; pero su doble existencia como individuo y como miembro de la sociedad, como un ser racional nacido para ser libre y gozar de las bendiciones de la civilización, la seguridad individual, el libre ejercicio de sus facultades, la libre manifestación de su pensamiento, la represión de sus abusos por medio de leyes y reglamentos y no por la bárbara y desenfrenada rabia de un mandón. Donde quiera que estas bendiciones se encuentran, allí está la patria, y en este sentido Chile puede ser en adelante nuestra patria querida. Nuestras fortunas o nuestra industria aumentarán el patrimonio de la riqueza nacional; nuestros brazos, los brazos de la nación; nuestras inteligencias, las inteligencias nacionales. Para los unos habrá trabajo personal, para los otros especulaciones; para algunos campo vasto para la expansión del pensamiento. En América en vano se alzan límites nacionales, el americano se halla en todas partes en su misma patria; el mismo idioma,

las mismas costumbres, la misma civilización, los mismos partidos políticos, los mismos azares por la libertad, los mismos peligros para el porvenir. Los que han consagrado su vida y sus vigiliass al triunfo de la libertad en América, hallarán en Chile un teatro digno de sus esfuerzos, y el país se los agradecerá siempre que con lealtad trabajen por el interés de Chile, por la libertad de Chile y por el progreso de Chile.

Que no suene más el nombre de los argentinos en la prensa chilena; que los que en nombre de aquella nacionalidad perdida ya, habían levantado la voz, guarden un silencio respetuoso; que se acerquen a los que por ligereza u otros motivos los habían provocado, y les pidan amigablemente un rincón en el hogar doméstico, de que en lo sucesivo serán, no ya huéspedes, sino miembros permanentes. Estas palabras bastarán a terminar las diferencias que se habían suscitado en la prensa, y dejar satisfechas muchas exigencias.

Que en cuanto a los exargentinos diseminados por toda la extensión de Chile, a quienes el *Heraldo* había dirigido la palabra, si aún quieren escuchar a sus editores por la última vez, pocas palabras tienen que dirigirles; pero útiles y amigables.

Ahora no hay más patria que Chile; para Chile debemos vivir solamente y en esta nueva afección, deben ahogarse todas las antiguas afecciones nacionales. Evitemos las comparaciones siempre, porque la nacionalidad es quisquillosa y el común de los hombres preocupados. Fundámonos en intereses e ideas con los nacionales, participemos de sus afecciones, de sus costumbres y de sus gustos. Las emigraciones por causas civiles y por tiempo limitado, llevan siempre al suelo extraño todas su espíritu nacional. La desgracia lo irrita y lo hace más poderoso, y no pocas veces provoca animosidades y prevenciones perjudiciales. Hagámonos dignos de ser admitidos entre los individuos de la gran familia chilena; y conquistemos la nacionalidad por la moralidad de nuestras

costumbres, por nuestra laboriosidad, y por nuestros servicios y apego a la causa de la libertad y de la civilización que, en Chile como en cualquiera otra sección americana, tiene enemigos y partidarios. La República Argentina ha dado un terrible ejemplo para escarmiento y lección de muchos pueblos. ¡Ojalá que pueda servir de lección! [\[8\]](#)

Política argentina 1844

La guerra civil en el Perú y en la Argentina (*Progreso* de 21 de mayo de 1844)

Los diarios de estos días han publicado interesantes documentos sobre Montevideo y el Perú. En las dos repúblicas hermanas, cuyos límites tocan con la nuestra, al otro lado de Atacama, como en las márgenes del Plata, se deja oír una palabra que hace estremecer a la humanidad, horrible sobre todo para los pueblos que viven en paz. La guerra civil agita en ambas repúblicas sus negras teas, gritando llena de furor insano: *¡Guerra a muerte!* ¡Ah! La guerra entre los hijos de un mismo suelo, entre los que se conocieron antes y se llamaron conciudadanos; entre los que tienen unas mismas creencias y un mismo idioma, tuvo siempre este horrible carácter. ¡Ay de los vencidos! si el vencedor es su deudo, o escucha en su propio idioma los lamentos y los ruegos del que solo pide la vida. Pero no; que en las cruentas guerras civiles tampoco los vencidos piden misericordia. La muerte es entonces un glorioso martirio que aguarda a los que sostienen un principio. La muerte se da y se recibe sin escrúpulo, sin espanto; porque para prodigar la muerte en torno suyo, como para verla venir sin intimidarse, se necesita un grado de heroicidad, un fondo de convicciones que solo las grandes revoluciones sociales prestan a las naciones en general. En vano la ignorancia va a buscar en un pretendido carácter sanguinario de los pueblos, la

causa de esos torrentes de sangre que tan sin medida se derraman en las sociedades hondamente convulsionadas. Preguntad por qué hombres como Marco Aurelio y Antonino Pío, decretaron el exterminio de los cristianos, después que esa misma religión, entonces perseguida, ha producido en un momento de extravío la Saint-Barthélemy y la Inquisición; y se os responderá, que por que aquellos y los ministros de esta, se creyeron en posesión de la verdad y trataban de extirpar el error. Otro tanto puede decirse de esos partidos políticos que dividen las sociedades humanas, y que en un momento de exasperación, creen ahogar la hidra de las opiniones hostiles, degollando a los que las profesan. Error funesto, que ha cubierto de sangre la tierra, elevando el fratricidio al rango de virtud social, y el hambre del antropófago al último grado del heroísmo.

La *guerra a muerte* ha sido declarada en el Perú en nombre de la constitución, de la misma manera que durante diez años ha sido practicada en la República Argentina por un déspota execrable que creyó apagar con sangre la conflagración que su sistema de gobierno excitaba. Los que han invocado en el Perú el apoyo del exterminio, ¿creen por ventura obtener mejores resultados que los que hasta ahora ha logrado el tirano de las provincias argentinas? ¿Creen tener para ello mejor derecho que su ominoso predecesor, porque lo hacen en nombre de la constitución hollada por sus enemigos? Pero que no invoquen el derecho para exterminar a sus contrarios. Todos los déspotas lo han invocado también para justificar sus bárbaros actos. Rosas al confiscar las propiedades de los ciudadanos, al mandar hacer matanzas por las calles, al soltar su jauría de caníbales, seguida de carros para cargar los cadáveres de las víctimas, ha invocado el derecho que le asiste para acabar con los sediciosos, los malvados, los anarquistas. Ha hecho más todavía, ha hecho que un cuerpo representativo de esclavos y agentes suyos, revista sus actos de la sanción de las leyes; ha

hecho pasar a sus manos la suma del poder público; ha hecho de su voluntad, de sus enconos, de sus frenéticas pasiones, de sus bárbaros instintos, la expresión legítima de la voluntad nacional. Y después que lo ha conculcado todo, después que ha destruido todo género de garantías, y aun la sombra de aquellas instituciones sin las cuales no puede concebirse una sociedad; después, en fin, que ha escandalizado al mundo y avergonzado a la América con tan larga serie de crímenes; después de todo esto, decimos, ¿qué ha conseguido para hacer desmayar las resistencias, de sus enemigos?... Esto es lo que nosotros, más próximos del teatro espantoso de su acción, podemos indicar a los peruanos que declaran la guerra a muerte a sus adversarios.

Durante diez años que la guerra a muerte asola a la República Argentina, millares de hombres han sucumbido bajo los filos de sus cuchillos; muchos han puesto su garganta sin inmutarse; algunos despreciándola, y no pocos la han provocado y desafiado; pero ninguno o muy contados son los que por temor de ella han pasado al bando del tirano, y rarísimos los que han abandonado la causa por que combatían.

La guerra a muerte ha santificado y ennoblecido la resistencia, hasta darle el carácter de abnegación del martirio. Atraídos por este horrible encanto, los dispersos vencidos en Tucumán han cruzado voluntariamente las soledades del Chaco para volver a derramar su sangre en Caaguazú; cien emigrados argentinos en Chile y Bolivia, han doblado el Cabo de Hornos, para ir a las murallas de Montevideo a oponer, si alcanzaban todavía, sus endurecidos pechos a la metralla triunfante del tirano. Alentado por la *guerra a muerte*, el pueblo de Montevideo, vencido su ejército en las Bocas del Arroyo Grande, improvisó en un día murallas fuertes, inmensos parques de artillería, soldados impertérritos, y un gobierno de héroes, cuyos miembros Roma no habría desdeñado elegir cónsules en sus días de gloria y de esplendor. Chocados por

esta fatal *guerra a muerte* que el tirano de Buenos Aires ha proclamado, cuatro mil extranjeros, artesanos industriales, comerciantes pacíficos venidos a América en busca de fortuna, abandonaron talleres y almacenes, para ir a desafiar la muerte que tan bárbaramente prodigaban los invasores; y todo el poder de los gobiernos de su antigua patria, todas las seducciones, intrigas y amenazas de sus cónsules, no han podido arrancarlos de esas murallas de Montevideo, donde solo miseria y muerte les espera; pero muerte gloriosa, porque viene de los que han proclamado la infame *iguerra a muerte*! Por la guerra a muerte se ha alzado en masa cinco veces la provincia de Corrientes y hoy amenaza la retaguardia de los ejércitos del tirano. Por la guerra a muerte, en fin, la América ha presenciado esa gloriosa epopeya que dura ya dieciséis meses, que con el nombre de sitio de Montevideo, ocupará una de las mejores páginas de los anales americanos, y cuyos hechos inauditos de valor, constancia y grandeza, no nos asombran suficientemente, porque todos los grandes acontecimientos necesitan ser vistos de largas distancias de lugar y de tiempo, para apreciarlos en su brillante y glorioso conjunto.

Si los mal aconsejados peruanos a quienes estos recuerdos se dirigen, se proponen al proclamar contra sus adversarios la ominosa y fatídica guerra a muerte, hacerles deponer las armas por temor de ser fusilados, que tiemblen de abrir las puertas a las venganzas personales, de dar rienda suelta a pasiones funestas, sin que por eso ni las resistencias disminuyan, ni su causa gane un palmo de terreno. Si por el contrario, se proponen temprar y robustecer el carácter peruano, dar constancia a los soldados, lealtad a los jefes, unidad a los diversos bandos; si solo quieren que la revolución peruana pierda ese carácter de inmoralidad con que hasta ahora se ha presentado, proclamen la *guerra a muerte* y de los cadalsos nacerán las virtudes que faltan; la sangre derramada pedirá

venganza y suscitará vengadores, y entonces los peruanos aprenderán a matar y morir, sabiendo por qué, y por quién matan y mueren. Entonces, los mal aconsejados heraldos de la guerra a muerte sabrán muy a sus expensas, que:

No se fusilan ni degüellan las ideas.

Los franceses en Montevideo (*Progreso* de 6 de junio de 1844)

Las noticias y documentos que sobre la sangrienta lucha del Río de la Plata ha publicado *El Mercurio*, son del más alto interés para que omitamos decir una palabra sobre ello. Prescindiremos de detenernos sobre la gloriosa prolongación de una lucha que ha fatigado la expectación más paciente, los triunfos obtenidos en la campaña por Rivera, y la incorporación de las fuerzas de Corrientes, acaudilladas por los jóvenes Madariaga. Todos estos son acontecimientos de una influencia local, y que cuando más nos servirían para augurar a Montevideo un día, quizás no remoto ya, en que dejando las armas de la mano, se arrodille a dar gracias al Dios de los ejércitos por haber coronado con la victoria los esfuerzos sobrehumanos que ha hecho para salvar la libertad, y la civilización europea del vandalaje americano, desencadenado por el representante de cuanta tradición retrógrada y bárbara nos legaron nuestros antiguos amos.

Lo que ha debido llamar la atención de todos los hombres que se ocupan del porvenir de los pueblos americanos, y lo que descuella como un hecho único en la historia de los pueblos modernos, como nuevos y sin antecedentes en América, es la conducta de los franceses que, renunciando voluntariamente a las seguridades que su pabellón podía proporcionarles, se

desprenden de lo que para todos los hombres es caro sobre todo las afecciones sociales, *la nacionalidad*.

El ministerio Guizot ha apurado, hasta en sus últimas consecuencias, un sistema de política que, afectando una desinteresada neutralidad, no ha sido más que nulo, ciego, y contrario a los intereses de la Francia, a su influencia como nación y a sus ventajas comerciales. Guizot, alucinado por agentes incapaces de comprender los acontecimientos que nacen de las afinidades de principios y de ideas de otros pueblos con el pueblo francés; incapaz por sí mismo de sobreponerse en un punto lejano al sistema de política que ha hecho descender a la Francia en el Oriente, en América y aun en Europa mismo, del rango a que su alta posición la llama como el primer poder influyente, Mr. Guizot, decimos, ha estado contrariando los intereses franceses en el Río de la Plata, malogrando simpatías que habrían sido la base de una influencia francesa superior allí a toda otra, porque se fundaban más en la inteligencia y en los intereses de la civilización, que en los puramente materiales que no ha sabido consultar siquiera.

Hace muchos años que los publicistas franceses indican al gobierno el rumbo que la época está señalando a su política exterior. La Francia ha dejado de ser potencia conquistadora, como lo es y lo será largo tiempo la Rusia; no es marítima y colonizadora, como la Inglaterra, no obstante Argel y las Marquesas. Su política está, pues, en sus antecedentes históricos e inteligentes. Simpatizar con los pueblos y los partidos que simpatizan con la Francia, que la imitan en sus revoluciones y le piden su apoyo desde 1830. Damos a estas palabras el valor que ellas tienen: simpatías, y después la influencia francesa en apoyo de esas simpatías. El ministerio Molé se mostró en el Río de la Plata más hábil o mejor avisado por sus agentes Martigny y Leblanc. Había allí un partido idólatra de la Francia por afinidades de principios y de

civilización, y una población francesa idólatra de este partido americano, por sus afinidades de creencias políticas y de principios. Había, además, un tirano, enemigo irreconciliable de aquel partido y de aquella población francesa, y que, violando todas las prácticas consagradas por el derecho de gentes, provocaba la acción del poder francés. Estaba marcada la línea de conducta para este poder. Apoyando este partido, elevaba a la población francesa y a la influencia francesa en el Plata, a la influencia que ejercen las simpatías de pueblo a pueblo sobre los actos públicos, tratados, concesiones, etc. En esta vía se había comprometido ya el ministerio Molé, cuando Mr. Guizot creyó más noble, más útil a la Francia dejar abandonados a los que había llamado aliados, pactar con el tirano sin obtener ni reparación de las ofensas, ni resarcimiento de las pérdidas, y desamparar a los franceses que representan allí sus intereses materiales, dejándolos a merced de su antiguo e implacable enemigo. A las frecuentes reclamaciones de estos millares de franceses, Mr. Guizot contestaba: «Haced lo que hace la política francesa; no tengáis ideas; no simpaticéis con nada, ved a vuestro lado degollar, acabar con todo resto de civilización en la patria que vais a dar a vuestros hijos; no os conmováis por nada ¿qué os importa que haya libertad en el Río de la Plata?». Todos los procedimientos de Guizot están basados sobre este principio de indiferentismo político. Pero los hechos han venido a aclarar un poco la cuestión de que, si entre pueblos civilizados y con unas mismas ideas en política, en religión, en moral, sea posible esta absoluta prescindencia. Cuestión es esta nueva en derecho internacional y de que la América presentará ejemplos repetidos. El extranjero que pisa una tierra virgen, donde viene a buscar la fortuna y a establecerse, donde morarán sus hijos, ¿está obligado, a condición de extranjero, a ver sin interesarse establecer un gobierno que destruye toda garantía, toda libertad, y que por consecuencia encadena la industria y

arruina el comercio? Mr. Guizot ha dicho que sí, y los franceses de Montevideo le han contestado que no; y esto en un lenguaje que se hace oír al través del Atlántico. Los franceses de Montevideo han dicho: «Aborrecemos a este tirano y la barbarie y la esclavitud que representa; esta tierra es la patria de nuestros hijos, y no queremos que nuestros hijos sean barbarizados; es la plaza de nuestro comercio y de nuestra industria, y no queremos dejar sofocar el comercio, permitiendo que se le arrebate la libertad. En fin, ¿el glorioso nombre de francés requiere de parte de los que le llevan, egoísmo, indiferentismo, desapego a todo sentimiento noble y generoso? Pues bien, Mr. Guizot, tomad nuestro nombre de franceses; dejadnos ser orientales, americanos, que nos queda el corazón francés, nos queda la sangre francesa y las ideas francesas. En lugar de presenciar pacíficamente la lucha terrible que va a decidir de nosotros y del porvenir del país, dejadnos derramar nuestra sangre en defensa de lo que hay más grande que el nombre de franceses; la libertad, la civilización, la dignidad humana. Así rescataremos nuestra parte del honor francés tan poco ensalzado por los agentes de Guizot en el Río de la Plata; y la Francia, la Francia pueblo, nación, nos saludará como a sus hijos, en despecho de la Francia poder, la Francia semirestauración, la Francia a la manera de Guizot».

Creemos que la noticia de la conducta de los franceses en Montevideo, causará una profunda sensación en Francia, y que Mr. Guizot se sentirá mortificado en lo más vivo.

Mientras tanto, los franceses conquistan en el Río de la Plata la nacionalidad más bien justificada, la que dan la sangre derramada por una causa y la libertad dada al suelo. La palabra *extranjero* quedará allí borrada del diccionario americano. Las márgenes del Plata empiezan ya a ser lo que están llamadas a ser: la patria y el *rendez-vous* de todos los europeos que necesitan un palmo de tierra para poseer.

Estado actual del Paraguay (*Progreso* de 29 de agosto de 1844)

Los diarios de Montevideo que tenemos a la vista, dan muy poca luz sobre el aspecto de la guerra del Plata. Queremos cerrar los ojos sobre la posición embarazosa de Montevideo. Los largos años de lucha encarnizada entre las dos fases de la civilización americana, lo americano-colonial por una parte, y lo americano-europeo por otra, nos hacen cautos para presagiar un desenlace adverso.

Mientras que este terrible problema se decide en la embocadura del Plata, allá a lo lejos, en el corazón de la América, en un pedazo de tierra favorecido por los dones de la naturaleza, una nueva nación americana se levanta de una larga enfermedad, y se incorpora entre el corto número de los estados constitucionales de Sudamérica. El Paraguay se ha revestido de las formas representativas, con modificaciones particulares cuyo carácter no sería inútil estudiar. Un cuerpo legislativo formado de una sola cámara compuesta de doscientos miembros, se reunirá cada cinco años, prolongando sus sesiones por el tiempo que juzgue conveniente; un presidente reelegible cada diez años, que puede asumir todos los poderes cada vez que por sediciones u otras causas lo juzgue necesario, declara la guerra, hace la paz, etc. Aquí tenemos pues, un gobierno tutelar, que se resiente de los

antecedentes históricos de aquel país. Necesitamos recordarlos brevemente. El Paraguay es un país misterioso, digno del estudio de los políticos. Allí se han producido fenómenos de que pueblo alguno ha presentado ejemplos en los tiempos modernos. La colonización misma de aquella tierra, tiene peculiaridades que la distinguen de todas las colonias españolas. Una gran parte de la población indígena fue reducida por las misiones de los jesuitas y reunida en pueblecillos agricultores y pacíficos. Los escritores europeos se han extasiado contemplando este espectáculo de una sociedad arrancada a las selvas y cultivada por el sacerdocio. El gobierno teocrático fue naturalmente el de las nuevas reducciones; el cura era el gobernador. Los jesuitas hicieron allí el ensayo de la comunidad de bienes que se dice haber existido entre los primitivos cristianos. Todos trabajaban en común y para la comunidad, y el poder director se encargaba de proveer al porvenir de cada individuo, dándole una profesión. El carácter distintivo de estos gobiernos sacerdotales era la abnegación de toda personalidad, y la base de su organización social, la *obediencia pasiva*. Un juez, un obrero, un hacendado que cometía un delito o un *pecado* público, era paternalmente *azotado*, según la gravedad del caso.

La Asunción fue por largo tiempo también la capital del Paraguay, hasta que se engrandeció Buenos Aires y fueron aquellos países elevados a virreinato. Los paraguayos conservaron desde entonces prevenciones con Buenos Aires, que les había robado la supremacía a que la residencia del gobierno español en su capital les había acostumbrado.

La revolución de la independencia encontró los ánimos así dispuestos, y el Paraguay, bajo la influencia del doctor Francia, se separó del virreinato y se constituyó en estado independiente. El doctor Francia es una de las manifestaciones más conspicuas del espíritu social español. Era un alumno de la

antigua Universidad de Córdoba, donde había hecho sus estudios hasta recibir las borlas del doctorado. El doctor Francia no es, pues, un bárbaro creado en las estancias, en los suburbios de la civilización, como su imitador Rosas; es un hombre educado, un hombre de letras. Vuelto a su país, inicia la revolución y crea el consulado. Es curioso ver en estos ensayos de gobierno, la influencia de los estudios del colegio. La república Paraguaya se reviste a la romana; tiene dos cónsules, y cuando Francia se cansa de tolerar la cooperación de Yegros, su socio en el consulado, adopta la dictadura romana, esto es, el poder absoluto. Desde entonces un velo denso oculta el Paraguay a las miradas de todos los pueblos, y las tradiciones españolas, el espíritu americano-colonial, se desenvuelven en el doctor Francia con un candor y una ingenuidad verdaderamente espantosas.

Está embrollado con Buenos Aires, y corta toda relación de comercio con el Río de la Plata. Quéjense los paraguayos de que su industria decae, y manda arrasar las siembras de tabaco, y prohíbe beneficiar la yerba; desde entonces no había ya por qué quejarse. Algunos extranjeros hablan mal de él, y queda el país cerrado a los extranjeros, y al que por su desgracia penetra, un calabozo y la incomunicación absoluta durante años, le hacen expiar su delito. Siéntense síntomas de revolución, y ordena que a la señal de un cañonazo, se cierren las puertas y que los transeúntes se tiendan boca abajo en la calle, para que el dictador pueda pasearse sin inconveniente por la ciudad muda. En fin, un ministro habría querido aconsejar al dictador; una servidumbre de palacio le habría molestado; se aísla, y una hermana le sirve de secretario, confidente, guardián y cocinera. El escribano, porque el doctor Francia era abogado, es el único magistrado que queda a su lado. La *obediencia pasiva* de los jesuitas había preparado el terreno, y el instinto de la intolerancia y del absolutismo español hicieron el resto. Aun a su muerte quiso Francia

burlarse todavía del pueblo que había envilecido, quemando todos sus papeles y muriendo donde nadie pudiese penetrar. Algunos paraguayos, sin saber si alegrarse o sentir esta muerte, después de la terrible educación que les había hecho conformarse con el gobierno más *imposible* que pudiera imaginarse, trataron de hacer algo, porque la dictadura no había dejado nada organizado. Alguien tomó de oficio el poder y convocó un congreso de cuatrocientos diputados, el cual restableció el *consulado*. Los cónsules han presentado ahora una constitución que establece la presidencia y un cuerpo legislativo, inclinándose a echar los cimientos de la libertad, de que apenas ha dejado una idea clara el doctor Francia.

En los tres años que han mediado entre la formación del consulado y la presidencia, el poder ejecutivo no ha dormido; el mensaje del gobierno es un monumento curioso, por cuanto se muestra en él una sociedad virgen que sale de manos de la naturaleza y del despotismo, a tomar humildemente su asiento entre los estados civilizados. ¡El ejecutivo anuncia al congreso que ha *encargado una imprenta* para el servicio del estado! Se ha puesto en contacto con la sede apostólica para proveer a las sillas vacantes por tantos años; ha organizado la milicia; sistematizado las rentas; ha erigido un capitolio o sala de sesiones; ha abierto caminos; formado villas; atendido a la educación primaria; ha echado los cimientos de un colegio nacional; en una palabra, se ha principiado por hacer todo lo que el dictador había descuidado como insignificante, satisfecho de vivir él sin que hubiese voz humana que lo contradijese, aunque el país retrogradase en ignorancia y pobreza a los tiempos de las misiones, en que vivían tranquilos con un pedazo de pan y un vestido de lanas tejidas en el país.

Lo más notable que hay en esto, y de lo que el Paraguay debe esperarlo todo, más que de la perfección de sus instituciones actuales, es la riqueza asombrosa de su suelo. El Paraguay es un país encantado; el lujo de su vegetación no

cede en esplendor a la de la India y del Brasil. Sus ríos navegables son tantos y tan bien distribuidos en el interior del continente, que en la Asunción vienen a refluir como la varillas de un inmenso abanico, señalando las anchas veredas por donde buscarán muy luego salida las ricas producciones tropicales de millares de leguas cuadradas. Un solo golpe dado por la vara de la industria, el comercio y la navegación, a este cúmulo de riquezas naturales, y el Paraguay se levanta como un coloso, absorbiendo y derramando riquezas por todo el interior de la América. Bastaría para que el Paraguay llegase en pocos años a ser un país rico y floreciente, que se principiase a acumular en sus límites la inmigración europea que acude de todas partes a las ensangrentadas orillas del Plata, porque el país que en Norteamérica se ha poblado en estos últimos años de millones de habitantes, no es ni con mucho tan rico en producciones vegetales valiosas y de fácil cultivo, como las que pululan en el Paraguay.

Deseamos, pues, a la nueva República que los días felices que la aguardan no sean alejados por disensiones intestinas, o por la necia pretensión del déspota de Buenos Aires, que considerando al Paraguay como parte integrante del antiguo virreinato, y por tanto, provincia rebelde de la República Argentina, no ha querido hasta ahora reconocer su independencia, esperando sin duda que el desenlace de Montevideo y su ocupación, como él lo pretende, le dejen sin destino sus diez mil veteranos para hacer una visita al Paraguay.

Política exterior de Rosas (*Progreso* de 2, 5 y 8 de octubre de 1844)

I

Son verdaderamente notables y singulares los contrastes y variaciones que de unos a otros meses presenta la vasta guerra que se hacen los pueblos que cubren las dos orillas del Plata. La República Argentina parece una gran serpiente, una boa amenazando a cada momento tragarse al pueblo de Montevideo, que, gracias a esta o aquella circunstancia feliz, pero accidental, logra un momento de descanso, una noche, un día, para reponer un tanto sus fuerzas y luchar heroicamente contra el monstruo fascinador. Una vez son los ciudadanos franceses los que la alejan a balazos, dejando sus talleres y sus casas, sacrificando hasta su gloriosa ciudadanía por defender la libertad del país en que viven; otra vez es un comodoro inglés quien, aterrado con el espectáculo de aquella horrible lucha, y no pudiendo menos que palpar las consecuencias atroces que resultarían si ella concluyese por hacer triunfar las miras y las ideas del general Rosas y la bárbara política que ha sabido desplegar con escándalo del mundo civilizado, presenta noblemente la importancia de su rango y la de la nación a quien sirve, para contenerlo en el momento mismo en que ya saboreaba el placer de devorar a su víctima. La Francia había

sentido ya antes la necesidad de herir y de someter a ese elemento de barbarie que, enérgico y fuerte sin ejemplo, se levantaba amenazando sus intereses y sus nacionales en las inmensas llanuras que desde los Andes bajan hasta el Plata y hasta el Atlántico, y aunque sea singular el ver la timidez y la debilidad vergonzosa y sin previsión de que dio ejemplo entonces el gobierno de Luis Felipe, no puede desconocerse que aquella época ocasionó un gran consumo de fuerzas y de medios que han puesto después al general Rosas en la imposibilidad de concluir de golpe y con presteza la existencia política de los que por amor a la libertad luchan contra su horrible sistema de gobierno.

No deja de ser curioso el ver que hayan sido pueblos de la Europa los únicos que hasta aquí se han visto en armas contra Rosas; los únicos que le han impedido consumir sus horribles injusticias, mientras que la América toda, permaneciendo inerte, manteniéndose ajena de aquellas escenas, aplaudía por no comprenderlas bien, al caudillo del vandalaje, al hermano de los Pincheira y de los Artigas; y alzaba de cuando en cuando su voz para execrar la mano extranjera que salvaba los restos de sociedad en un inmenso territorio.

Si no conociéramos bien la América y la total imposibilidad de acción en que hoy se encuentra, este hecho sería vergonzoso, sería capaz de hacer desesperar del porvenir del sistema representativo entre nosotros. Hay cuatro repúblicas representativas al rededor de las provincias argentinas; hay cuatro naciones que reconocen por base de su gobierno las ideas adelantadas de nuestro siglo, y esas cuatro naciones ni se han conmovido siquiera, cuando un bárbaro abandonado a todos los instintos brutales de su feroz y enérgico natural, ha destrozado con una mano sacrílega una nación entera, ha hollado sus ruinas, escandalizado y ofendido a todos en lo más caro que tiene la naturaleza humana. ¿Cuál es ¡oh Dios! ¡oh libertad! la causa de este fenómeno?... Pero el general Rosas

no se para ahí. Después de haber barbarizado a su patria, derrama sus hordas sobre el más débil de sus vecinos; lo incendia, lo tala, lo mutila; lleva la devastación, la demolición a una tierra donde unos pocos meses antes no se pensaba sino en producir, donde la riqueza y el comercio derramaban sus maravillosos resultados; lleva el ruido del cañón y el grito de alarma a donde antes no se pensaba sino en la actividad y el bullicio del trabajo, y todo esto sin motivo, sin más razón que su odio inextinguible a cuanto nace de la civilización, a cuanto es fruto de un orden racional de gobierno. Pero el general Rosas aún no se para aquí, pasa más adelante y a fuerza de una indomable e insolente voluntad, establece un principio nuevo, insultante y escandaloso, hasta no poderlo ser más, en sus relaciones internacionales con todos los países que lo rodean. Se hace prestar consideraciones y respetos de todos ellos; se hace tratar, digámoslo, aunque con vergüenza y hasta con humildad. Él, mientras tanto, en sus relaciones con los demás gobiernos, comete cuanto desacato, cuanta grosería se le viene a las mientes. Y los demás gobiernos, por impotencia algunos, y otros por evitar un rompimiento con el jefe de este poder fuerte y bárbaro, se han formado ya una costumbre de tolerarle sus dementes, pero atrevidas e insultantes maneras diplomáticas. Chile, lo mismo que Bolivia; Bolivia, lo mismo que el Paraguay; el Paraguay, lo mismo, en fin, que el Brasil; y la América, lo mismo que las naciones de Europa que tienen que arribar a Buenos Aires, ya directamente, ya en la persona de sus agentes, han tenido que disimular mil infracciones osadas, mil violaciones indecentes de la etiqueta internacional, y que someterse a ellas, como quien se somete a un loco, con la diferencia de que un individuo no pierde su dignidad cuando tolera a un loco, mientras que una nación sí que la pierde. El general Rosas es un hombre que, fuerte por su osadía misma, mira con el mayor desprecio a todos los gobiernos que no reconocen por principio la voluntad de un hombre; y llevado

hasta cierto punto de ese infernal *buen sentido* que tiene para ver y comprender bien ciertas cosas y ciertos problemas en América, desprecia a nuestros gobiernos representativos, porque sabe que de suyo son indolentes y débiles en el exterior, inertes en cuestiones extranjeras. Así es que Chile, por ejemplo, en cierta época le arrancaba un respeto y consideraciones que no obtendrá hoy, por lo mismo que es más libre, por lo mismo que el gobierno no se halla influido por una voluntad fuerte y dominante. Rosas no es un loco; Rosas es un insolente lleno de acierto, lleno de penetración; sabe cuándo se ríe y de quién se ríe; sabe a quién insulta, y por eso es que no tributa ni tributará respetos a los países representativos que lo rodean. Tendrá halagado años enteros a un gobierno con la esperanza de recibir saludos de su agente diplomático, y ese agente no llegará, porque sabe que esa burla tiene su sentido y sus buenos efectos para él.

Y efectivamente ¿qué hacer con el bárbaro que afecta este desprecio cínico, brutal y chocarrero respecto de todas las formas sancionadas por las naciones cultas? ¿Es posible echar en una guerra seria, difícil y costosa, a países principiantes y débiles, que para mover cuatro mil hombres tienen que comprometer su existencia misma y quedar exánimes, sin otro objeto que reprimir las insolentes groserías de un caudillo cerril, hijo atrevido de las pampas?... La Francia podía hacer alzar en sus buques sesenta mil hombres que fueran a castigar el *abanicazo* que un cónsul suyo había recibido en el rostro de la mano de un bey de Argel; eso era porque la Francia ni se movía, ni se alarmaba por este hecho; el mismo día en que ese ejército desmontaba en Argel y lo ponía bajo el asta de su bandera, era un día ordinario para el pueblo francés que estaba tan sosegado como si no faltara un solo hombre de su seno; tan poco apurado, como si un solo medio real no se hubiera extraído de las arcas nacionales. Pero Chile no lo puede hacer. En fin, no lo puede hacer la América del sur toda entera, y

tanto menos lo puede hacer, cuanto más efectivas sean sus formas representativas; cuanto más efectiva sea en el gobierno la influencia de la opinión pública, menos capaz será ese gobierno de resistir los avances atrevidos del general Rosas, y más inclinado se hallará a desprenderse de sus susceptibilidades de amor propio o dignidad, a disimular las injurias que se le infieran, a mostrarse indiferente aun a los más caros intereses de la humanidad, y en fin, irá hasta hollar sus simpatías, y hasta afectar un frío desdén ante el espectáculo horrible de la carnicería y de la devastación ejercidas sobre los hombres y las cosas que con más justicia debieran tener con él vínculos de fraternidad y de comunión.

Nada de serio habría realmente en esto para los pueblos americanos a que pertenecemos, si fuera posible con este sistema cortar todo género de enemistad con el general Rosas y con los gobiernos que obedecen a principios tan chocantes, como son aquellos sobre que él ha montado el suyo; todas las dificultades quedarían salvadas a costa de una que otra mortificación de amor propio, de uno que otro sacrificio de dignidad nacional que, bajo ningún aspecto, inferiría daño efectivo a los intereses positivos de la nación, que es lo que primero nos interesa conservar y fomentar. Mas, por desgracia no es así; de hecho en hecho, de injuria en injuria, se va paulatinamente progresando en cierto estado de malquerencia que, sin poderlo remediar, ya por las pasiones que subleva, ya por los intereses que despierta, ya por otras mil causas, establece una necesidad indispensable de un rompimiento. Sirva de testimonio para este aserto la historia contemporánea de todos los pueblos que han tenido que ver con la administración del general Rosas. La República Oriental empezó y sostuvo hasta que más no pudo la política de contemporizaciones. El general Rosas se la hizo dejar, y la obligó a defenderse. El gobierno francés contemporizó y se vio obligado al fin a dejar de contemporizar; verdad es que al poco

tiempo aduló en vez de contemporizar, y que cuando dejó de adular, fue para apoyar al tirano por medio de sus más altos y condecorados agentes. La Inglaterra ha contemporizado y apoyado hasta que no ha querido más; quizá hoy ya esté desengañada y ve claro en la cuestión; quizá hoy conoce ya a qué lado la llaman sus verdaderos intereses, los intereses de su comercio y de su industria. Ha contemporizado Bolivia, y en recompensa ha venido a sentir la necesidad de vivir en alarma y de estar preparada para la guerra. Ha querido contemporizar el Paraguay, y un día vendrá en que Rosas le colgará al cuello el premio de su producto político. Hasta aquí ha contemporizado Chile y seguirá contemporizando, obligado por sus pocos medios de acción y por los intereses positivos que lo atan a esta política, sin medio de variarla; pero el ministerio de relaciones exteriores dirá por nosotros a la nación, las grandes pruebas de afecto y de sinceridad que en cada correo ordinario, como es natural que los haya en países tan ligados y limítrofes, recibe del gobierno del general Rosas.

Entre tanto, salta de repente un gran hecho, un hecho notable y que por sí solo determina bien el carácter de esta política de contemporización que han adoptado los gobiernos americanos, si se exceptúan dos; a saber, el Perú, con quien todos se meten y a quien todos manosean, y la República Argentina que se mete con todos y manosea al que puede. Mas, volvamos al hecho de que hablábamos.

El Brasil, nación rica, puesta en una situación feliz, obedeciendo a una dirección ilustrada, llena de porvenir, refaccionada por la fatalidad de su posición y de sus fronteras con el gobierno del general Rosas, ha contemporizado también cuanto ha sido posible esperar de un país que necesariamente debe llevar en su corazón el orgullo del alto rango que ocupa; ha afectado, como Chile, una estricta neutralidad, una neutralidad que no podía tener en el fondo de sus cosas, por la naturaleza misma de su sociedad y de su posición. Pues bien;

esa política ha encontrado hoy su escollo, su momento de indignación, un término que le impone la misma dignidad nacional. Sin quererlo y por las violaciones escandalosas del gobierno mismo del general Rosas, se ve ahora comprometido el Imperio, a levantar su frente y a imponer respeto a su insolente y grosero ofensor. Esta situación, que muy bien pudiera ser algún día la misma de nuestro país, debe llamar nuestra atención y excitar todas nuestras simpatías en favor de la causa del Imperio, que, más hoy, más mañana, va siendo la misma de todos los pueblos americanos. Según llevamos ya dicho, nuestra posición nos priva aún de soñar en una acción eficaz y material sobre estas cuestiones. Pero nos queda otro recurso, ¡y vive Dios! que es un recurso poderoso. Nos queda la prensa que también es la expresión de las simpatías nacionales. Hablaremos de tal modo, que nadie nos desmentirá, porque hablaremos con los labios de todo Chile que execra la política del general Rosas, y que respeta y ama la sana política en cuyos brazos remonta su importancia el Imperio del Brasil. Todos los papeles públicos que de este país hemos recibido, nos muestran a esa nación en un justo estado de indignación que, aunque no es todavía el de la guerra, parece hacerla del todo probable.

La nueva situación del Brasil; la del Paraguay, que por la muerte del doctor Francia ha venido a complicar extraordinariamente las cuestiones del Plata en sus relaciones con Bolivia, nos hacen preciso detener nuestro ojo sobre aquel cuadro, y tratar de caracterizar de un modo completo el aspecto que la política presenta en aquellos lugares. Entraremos detalladamente en materia en nuestros subsecuentes artículos.

II

En nuestro primer artículo nos propusimos tan solo diseñar con gruesas líneas el carácter que el general Rosas ha impreso a la política exterior, y el modo con que ha llegado a conseguir que todos los gobiernos que tienen que tratar con él, se formen el hábito de tolerarle sus ofensivos procederes e insultantes desdenes. Hemos dicho, y es cierto, que cuando un gobierno se ve obligado a entrar en relaciones con el de Buenos Aires, tiene que resignarse a no andar muy delicado en punto de amor propio y de dignidad. Ahora vamos a entrar en detalles que darán un colorido más vivo a la singular diplomacia que el célebre caudillo que encabeza aquel gobierno, ha sabido crear en todas aquellas partes en donde le conviene mantener alguna influencia. No habrá quien no vea en lo que vamos a decir un hecho positivo y palpable, un hecho vivo.

El general Rosas economiza cuanto puede el envío de agentes caracterizados, porque conoce y comprende cuáles son y hasta dónde llegan las responsabilidades solemnes a que tendría que someter su conducta desde el momento en que se sirviera de estos agentes; entonces tendría que adoptar cierto grado de circunspección, cierta seriedad de porte. Mas, esto bajo ningún aspecto conviene a su política maquiavélica; política cimentada muy principalmente sobre cuentos no oficiales, sobre rumores, sobre documentos sospechosos (advuértase que no decimos *mentirosos*), política, en fin, desprovista siempre de sinceridad y de consecuencia. Ni las verdades son comunicadas por él con franqueza, sino siempre por medios indirectos; siempre envolviéndose en un velo de misterio, y queriendo aparecer como un poder providencial que no desciende a tratar con los de la tierra, sino que solo se hace sentir. Todo esto tiende a establecer cierta convicción de que puede más aún de lo que hace, y de que sabe aun aquello que no sabe. Por medio de estos manejos sagaces, escapa siempre el cuerpo a toda responsabilidad y consigue el principal de sus objetos, que es mantener en los demás un estado perpetuo de

expectativa. Digan todos los gobiernos de América si no es este el estado real en que se hallan ahora y en que se han hallado siempre con respecto al gobierno de Buenos Aires. Ahora, pues, si queremos oír hablar de las cosas con sencillez, veremos que nada hay más simple y eficaz que los medios de que se vale el caudillo argentino, para obtener todos los resultados favorables que busca con esta política singular.

Una de las cosas que primero procura el general Rosas, es tener en cada punto de América un hombre que esté en relación con algún personaje o sirviente de su corte; algún oficioso que al echarse de menos las comunicaciones oficiales del gobierno de Buenos Aires, reclamadas por la política y exigidas por el decoro internacional, dé en justificación del desdeñoso silencio del autócrata, alguna historia de palacio; un noticioso que con una carta en la mano, se presente a un gobierno constituido, a decirle que sabe por el mayordomo de un ministro que dijo el sirviente del primer edecán del general Rosas, que le había oído decir que no contestaba a las comunicaciones oficiales a él dirigidas sobre asuntos graves, por las numerosas atenciones que sobre él pesan, y muy principalmente por estar contraído a exterminar, por medio de *degollaciones populares, la raza salvaje* de los unitarios. Podría recordarse con este motivo la etiqueta del serrallo del Sultán de Turquía, que hasta principios del siglo presente, sometía a los enviados de las potencias europeas, a permanecer el día de audiencia en el zaguán de la cocina durante doce horas, expuestos a los insultos de los eunucos.

El general Rosas ha usado en todas partes con tal descaro de este medio, que no hay quien no pueda ponerse al cabo de ello, como se tome el trabajo de preguntarlo a cualquier hombre de sociedad. Atrevido y exigente como nadie, no le han faltado hasta aquí hombres idóneos que se tengan por muy honrados con sus encargos, y lo que es peor, lo que es sin duda singular, no han faltado gobiernos que acepten este medio

inusitado. Entre tanto, preséntase en Buenos Aires el más caracterizado y digno agente de alguna república libre y civilizada de América; vaya premunido de buenos diplomas y encargado de una misión útil; vaya con el ánimo de proponer algún trabajo, alguna medida ventajosa para el comercio el progreso de las naciones respectivas, y obtendrá el honor de visitar a la hija del general Rosas; de enviar por su conducto recados amistosos a S. E., y de recibirlos en retorno del mismo modo; obtendrá el honor de conocer personalmente a los más famosos miembros de la *Sociedad popular* (alias *más-horca*) pasará un año, pasarán dos años... ¿y su misión diplomática? ¿y todas las ventajas recíprocas que iba a proponer?... ¡Sea todo por Dios! Nuestro pobre ministro no ha podido ni ver tan solo al señor gobernador, y después de cien visitas hechas a *misia* Manuelita, o a los locos que muchas veces reciben en lugar del soberano, tiene que volverse al país que lo envió, dando por terminada su misión. Y no se entienda que hacemos aquí la historia de un agente; no, señor, hacemos la de todos los agentes que han tenido la desgracia de ser comisionados para sostener o entablar relaciones con la administración del general Rosas. Nos abstenemos de hacer comentarios sobre lo humillante, lo insolente de semejantes procederes, porque no sabemos dónde nos podríamos detener. Mas, vaya algún miserable agente de algún caudillejo, vaya algún cacique de indios, vaya alguno de esos pícaros de armas llevar, y verá al general Rosas llamarlo, hospedarlo y pasar noches enteras con él, tomando mate y hablándole de lo que es preciso hacer con la gente de fortuna y de saber, a quien él llama *salvajes unitarios*; y lo verán tenaz, constante, diestro y astuto sin igual, para sublevar todas las bajas pasiones de la plebe contra las clases dominantes. Rosas es un hombre que tiene paciencia, hace estas cosas con calma, con espera, como quien arroja semillas esperando que el tiempo las haga fructificar. Así es que aunque no tiene agentes diplomáticos, tiene muchos de

estos otros en todos los países que lo rodean, y hasta cierto punto ha sabido constituir, para servicio suyo y con notable habilidad, una especie de policía perfectamente vigilante y eficaz.

No se entienda que hemos entrado en estos detalles por mera complacencia de retratar con todas sus cualidades alarmantes y peligrosas una administración que aborrecemos de todo corazón, y que estamos muy lejos de despreciar, porque sabemos todo lo que la debemos temer. Si lo hemos hecho, es porque estos manejos constituyen toda la teoría diplomática del general Rosas, y son el principal motivo del rompimiento con que lo amaga el Imperio del Brasil, que se ha visto al fin en la necesidad de repeler sus insidias y sus insolencias; necesidad tan real que, aun cuando sea contenida y suspendida, no lo podrá ser sino temporalmente, y renacerá siempre de tiempo en tiempo, y cada vez con mayor fuerza, con mayor prestigio y apoyo en la opinión pública.

La ojeada rápida que vamos a echar sobre la situación interior y exterior del Imperio del Brasil, tal cual nosotros la comprendemos, nos pondrá al cabo de las ventajas que hacen la fuerza y la importancia de este Imperio, y de las desventajas que lo exponen también a peligros notables.

El Imperio del Brasil abraza uno de los más extensos y preciosos territorios de la tierra; tomando en consideración esta extensión de tierras, no hay duda que el Brasil es, como casi todos los estados sudamericanos, un país despoblado y desierto en su mayor parte. Nada difícil de comprender es que en un país donde la sociedad se halla rodeada de grandes desiertos, haya ciertas condiciones de vida cercana por muchos puntos al estado salvaje o inculto; porque solo cuando el hombre se apiña, cuando se roza recíprocamente y se influye, es cuando se somete a la acción de la presión social, que lo refacciona y lo pule.

Tomando, pues, los extremos, las orillas del territorio brasileiro, encontraremos pueblos pastores, movedizos, jinetes, hombres del desierto, acostumbrados a vagar, por las necesidades mismas de su industria, en la mayor parte del día. Esto sucede precisamente en las provincias del sur, que es donde, por el contacto con la República Oriental, con la provincia de Corrientes y la República del Paraguay, se halla expuesto el Imperio a las influencias desorganizadoras del caudillo argentino. El Brasil, además, por una necesidad tradicional en su sistema de agricultura, usa del medio horrible, pero necesario allí, de la *esclavatura*; de modo, pues, que estos dos elementos, los esclavos y los pastores, forman una masa de sociedad peligrosa, preparada a recibir la acción insidiosa de un seductor político, por la naturaleza misma de la situación social que tienen.

Sobre todo esto, el Brasil tiene muchas ciudades notables, llenas de riquezas y provistas abundantemente, tanto en hombres como en monumentos y en industria de todos los resultados que puede producir la civilización europea, cuando se establece en un país tan superiormente preparado a desenvolver sus gérmenes. Tienen estas ciudades una numerosa juventud educada en las principales ciudades de Europa, donde ha adquirido un singular adelanto y una simpatía decidida por la vida europea, y que por esto mismo, vive en una especie de fuerte antagonismo con todo el resto de la población negra, que sirve en la agricultura, y de la blanca que trabaja en el pastoreo. En el Brasil, más que en ninguna otra parte, se diseñan las diferencias de la vida europea y de la vida indígena, porque ambas sociedades, permítasenos calificarlas así, viven frente a frente, mirándose con desprecio y con envidia, y aborreciéndose, por razón de las ventajas y miserias relativas que gozan y sufren respectivamente. Estamos muy lejos de pensar que estas dos fuerzas se paralizen, y sabemos bien que los grandes centros, como el

Janeiro, Bahía y Pernambuco, tienen un poder real, más activo, más eficaz que el elemento campesino; y que a medida que pasa el tiempo, ejercen una acción más eficaz y más decisiva sobre los campos, reformando rápidamente los malos instintos que en ellos se desenvuelven; pero sabemos también que mucho queda por hacer para poder alzar el grito de una victoria completa. Ningún país mejor que el Brasil puede dar gracias a la monarquía constitucional; pues por ella sola se ha salvado hasta aquí y cuenta con grandes probabilidades de salvarse en adelante de la anarquía política que allí habría sido horrorosa, por razón de la situación que acabamos de dibujar. La monarquía constitucional es en el Brasil el *palladium* de la civilización y de la libertad, no solo por su acción gubernamental, sino por el feliz carácter personal y las tendencias y las tradiciones que han desplegado sus dos primeros monarcas.

Sin embargo de esto, mil veces ha aparecido el incendio con su aspecto aterrante; mil veces se ha desfogado el fuego interno que alimenta allí las clases bajas de que ahora poco hablábamos, y la insurrección que más ha durado, la que hasta ahora presenta todavía para todos los brasileros que comprenden mejor y aman a su patria, un carácter más alarmante por su tenacidad misma, es precisamente la que trabaja las provincias del sur que están en contacto con el desorganizador argentino, y en cuyas revueltas han tenido una injerencia activa y descarada todos los partidos que han luchado hasta aquí entre sí en las provincias argentinas del nordeste.

III

Para seguir de un modo claro el encadenamiento lógico de

estos artículos, tenemos que recordar haber dicho ya que según nuestro modo de considerar la posición actual del Brasil, descubriríamos en él dos grandes elementos de sociedad, opuestos y perfectamente hostiles entre sí; bárbaro el uno y eminentemente civilizado el otro; aquel perfecta y ventajosamente dominado por este, que apoyado con eficacia por la monarquía y por el monarca, está tan íntimamente ligado a esta organización, que no puede separar sus intereses de los de ella sobre punto alguno. En el Brasil hay una indispensable solidaridad entre la parte civilizada e industriosa de la nación y la monarquía; y esta solidaridad es tan estrecha, tan positiva, que en aquel país la caída de la monarquía importaría su completa barbarización, así como el sometimiento de la parte ilustrada arrastraría en su ruina a la monarquía. La bandera republicana no representaría otra cosa en aquella tierra que la insurrección vandálica de las hordas plebeyas y atrasadas que la pueblan en su mayor parte. Al menos, este es el carácter que hemos creído distinguir hasta el presente en todas las insurrecciones que allí hemos visto, y que felizmente han sido sofocadas y contenidas por el régimen constitucional monárquico que aparece lleno de vida y de vigor.

No debemos, pues, dejarnos arrastrar por el antagonismo de los nombres, sino que debemos penetrar en el fondo de las cosas; y entonces comprenderemos cuán idéntica es la vía y el sistema político de la república en Chile, a la vía y al sistema político de la monarquía en el Brasil. Los nombres tienen aquí una significación vana y que nada importa; lo que importa es lo que hay de real y positivo en el fondo de la sociedad, a saber, que los elementos sociales dominantes en el Brasil son los mismos que dominan en Chile; y también que, tanto en uno como en otro país, hallándose sometida y anulada la parte bárbara e ignorante de la población, está entregada a la influencia mejoradora de un gobierno sensato que poco a poco trabaja en reformarla, y que apoya la acción beneficiadora con

que el tiempo y las cosas mismas van desvirtuando los malos instintos de las masas.

Fácil es ver con esto que debemos reconocer que el Brasil y nosotros marchamos sobre un mismo camino político, y que nos proponemos un objeto perfectamente idéntico; a saber: el completo desarrollo de ambas sociedades según las leyes y las condiciones de la civilización europea; la aclimatación de todos los medios de industria, de ciencia y de organización que constituyen la vida de las naciones de la Europa; lo cual proviene de que ambos gobiernos anhelan obtener los resultados que en esta parte del mundo se han obtenido. No es un argumento contra esta identidad de intereses, la diferencia de los nombres que califican a los dos gobiernos, desde que el imperio allá y la república aquí, quieren decir, sin oposición alguna, el medio más adecuado para conseguir resultados idénticos por caminos perfectamente análogos. Los nombres, pues, nada significan desde que las cosas son perfectamente iguales.

Volvamos nuestra vista sobre la República Argentina, para ver si, a pesar de la igualdad del nombre político, encontramos la misma analogía y hermandad en el fondo, y si a ella o al Brasil es a quien debemos ofrecer nuestras entusiastas simpatías.

Fastidioso e innecesario sería detenernos sobre este punto más tiempo que el preciso para decir dos palabras.

La destrucción del régimen representativo (florecente en Chile y el Brasil), por la detención de todos los poderes públicos en las manos de un solo hombre violento, astuto y cruel por carácter, ignorante y bárbaro por educación; la destrucción de todo sistema de educación pública; la destrucción de todo establecimiento de caridad; el sistema de degollaciones *en masa* y sin previo juzgamiento, de enemigos políticos, de criminales, si se quiere; y en fin, tanta otra cosa

que ya está cansado de oír el mundo, servirán para juzgar lo que es con todo su nombre, la república que gobierna el general Rosas, y si ese nombre le viene mejor que lo que le vendría al gobierno de Marruecos, si tirase un decreto para ser llamado así. Servirán para juzgar la analogía que en el fondo real de las cosas tenemos con esa república, si levantamos levemente y no más, la dorada tapa donde está inscrito este vano titulejo. Si hay un país en la América del Sur con quien deba tener antagonismo nuestra política republicana y liberal, es con el gobierno del general Rosas; al paso que ninguna nación de este continente, si se exceptúa Venezuela, lleva una marcha más análoga a la nuestra, que el Brasil monárquico, ni reconoce como él, principios de gobierno más iguales a los que observa Chile republicano.

Así es como se explica satisfactoriamente esa igualdad de resultados públicos, esa semejanza real, aunque en proporciones desiguales, que al primer instante saltará a la vista de cualquier viajero que visite los países; así es como se explica esa profunda diferencia que ese mismo viajero encontraría al pasar de la República Argentina a Chile o al Brasil.

Nadie conoce con más sagacidad que el general Rosas, la situación social de los pueblos que lo rodean. Su larga permanencia en el mando, y la inteligencia penetrante y aguda de que por desgracia lo ha dotado la naturaleza, y que solo por una miserable y ridícula porfía de partido se le puede negar, basta para hacer que esté bien informado de estas cosas, que a la verdad, se revelan con facilidad a cualquiera que se dedique a mirarla con una avisada atención.

Elevado al mando de su país por los brazos de una insurrección general de las masas; sostenido en este mando por los medios mismos de que esta insurrección los ha provisto; dueño de este elemento y conocedor de su fuerza y de sus instintos; vencedor, si no en el campo de batalla, al menos en la

política y en los resultados, de toda la parte ilustrada, de toda la parte europea, diremos así, por ideas y por hábitos que tenía la República Argentina, ha llegado a tener un conocimiento completo del estado de la sociedad en Sudamérica, y despliega a cada momento una astucia nada común para tocar las cuerdas sociales y producir los sonidos que le interesan, según las miras que se propone realizar.

Por una desgracia fatal a los pueblos libres y representativos, sucede que estas cosas nunca son bien comprendidas en teoría, sino que es preciso que resultados ya muy serios vengán a producir la alarma y las muestren casi al suceder ya. No sería nada extraño que viésemos al Brasil *contemporizar* todavía, hasta no ver el grueso brazo del déspota argentino bien metido en las provincias de Río Grande para apoyar el desorden y la insurrección republicana, representada allí por la hez de la población, por lo más compacto de las masas. No sería extraño, sino muy natural, que los demás pueblos cercanos y limítrofes no se alarmaran, hasta no sentir los primeros movimientos del informe embrión de atraso y de barbarie que llevan en su seno. Casi estamos seguros de que veremos al Paraguay inerte, mientras sucumben Montevideo y Corrientes, librando el destino de su orden público para cuando tenga al monstruo sobre su cuerpo; el Brasil hará quizá la misma cosa; la hará Bolivia, y la hará Chile, porque tal conducta forma hoy el singular y previsor principio sobre que está montada la política americana.

Si Rosas fuera algún gobierno débil, cada cual iría a ponerle sus cinco dedos sobre el hombro, y a dictarle condiciones; iría a estorbarle medidas. Pero como es un poder fuerte, como es un poder peligroso, no hay quien no se encoja para huir su contacto, dejándolo libre para formar y desplegar paulatinamente y con calma sus medios de soborno, su sistema de iniciaciones, y para con un halago declarado, presentar a las masas el inmoral ejemplo de su viciosa administración.

Mientras tanto, él despliega tranquilo sus miras; de uno en uno irá sometiendo a los pueblos débiles que lo rodean; irá haciendo respetar su fuerza en unos, y en otros haciendo sentir su superioridad militar. El hecho es que hoy representa sin disputa el primer poder guerrero en acción de este continente; nosotros al menos, no sabemos que haya habido de algunos años acá otro gobierno que, como él, tenga en campaña doce mil veteranos, no bajando quizá de cuatro mil los que tiene de reserva en sus respectivos cuarteles. El general Rosas jamás se ha presentado en un campo de batalla, pero hace el papel de conquistador sobre la República Oriental del Uruguay; lo hará sobre la del Paraguay; hará más o menos tarde el papel de protector contra el Imperio del Brasil en las provincias de Río Grande; y en fin, hará contra Bolivia lo que pueda; sí, lo hará, porque su mira desde mucho tiempo atrás, así como la de sus consejeros de confianza, los señores Anchorena, es restablecer en toda su integridad el antiguo virreinato de Buenos Aires.

Rosas aborrece de un modo decidido los resultados de la revolución americana, y uno de aquellos que mira con mayor antipatía, es el de las divisiones territoriales que sobrevivieron y se realizaron a la conclusión de aquel grande acontecimiento. Oficialmente transige con el hecho, pero sin ocultar su repugnancia, y sin dejar de manifestar por su prensa y sus documentos que tiene una resolución fija de hacer a este respecto un arreglo nacido de él. Cualquiera que no conozca bien la osadía política, el alcance atrevido de las miras de este caudillo, sentirá algo de imposible para creerlo penetrado de esta mira; pero si los resultados se verifican tales cuales él los medita, veremos si se traducen en hechos nuestras actuales aserciones, cuya prueba la tomamos no solo de lo que conocemos a fondo en su política y en sus miras, sino de su prensa misma, del *Archivo* y la *Gaceta*, periódicos en que se muestra casi al descubierto ya sobre este punto.

Si en Chile apareciera un hecho que se presenta como

imposible a los ojos de todos los políticos del país y también de nosotros, pobres escritores; si apareciera una perturbación cualquiera en el orden público y constitucional de que disfrutamos, ya veríamos cuánto tardaba en hacerse sentir la acción insidiosa y desorganizadora del general Rosas, que vendría a apoyar el provincialismo y la irrupción de las masas contra nuestros preciosos centros de vida y de ideas europeas. Empezaríamos por sentir en alguna de nuestras provincias más incultas lo mismo que ya está sintiendo el Brasil; empezaríamos a tener los mismos motivos de seria alarma con que ha comenzado a alborotarse tanto la prensa de ese Imperio americano, fuerte y feliz, rico y civilizado; pero como todos sus continentales, expuesto a un terrible y fácil contagio.

Gracias a las resistencias tenaces y sorprendentes que ha encontrado hasta aquí el actual gobierno argentino dentro del país mismo que oprime, gracias a ellas si todavía, después de diez años de acción incesante, lo vemos apenas rompiendo los límites de su territorio y cambiando en guerra extranjera la guerra civil que lo empujó al poder. Si no hubieran sido estas resistencias y el consumo extraordinario de fuerzas, de labor y de recursos que ellas le han ocasionado, el poder del general Rosas sería hoy en el sur de la América algo de más formidable que lo que es; los temores que inspira su política serían algo más que alarmantes, y veríamos no amenazado, sino desgarrado más de un pueblo independiente del continente americano; el oriente por lo menos, estaría ardiendo con las llamas del incendio. Los pueblos que vivimos bajo un orden constitucional cimentado sobre los hombres de vida y de ideas europeas, sobre la parte inteligente y moral de las naciones, debemos algo a ese partido argentino que con una tenacidad admirable ha luchado y renacido siempre; que, débil pero resignado, ha ocupado sin cesar y de tal modo las fuerzas y los recursos del gobierno opresor, que hasta ahora no le ha permitido derramar sobre sus vecinos el torrente de

desórdenes y de desmoralización que forma su vida y su poder.

Política argentina 1845

Rosas y el Paraguay (*Progreso* de 17 y 27 de marzo de 1845)

I

En una de las *Gacetas* de Buenos Aires que tenemos a la vista, se registra el decreto que a continuación insertamos, y por el cual no solo no se permite a los buques argentinos hacer vela para Corrientes y el Paraguay, sino que a los buques paraguayos que vengan con cargamento a Buenos Aires y otros puertos de la república, se les ordena regresar, sin decomisarles su carga.

El pie de igualdad en que los buques del Paraguay y de Corrientes son puestos en el decreto, y aun la palabra *provincias* con que son designados ambos países, deja traslucir, no obstante el tenor del considerando que motiva la disposición, que el Paraguay, lo mismo que Corrientes, se halla en hostilidad abierta con el gobierno de Buenos Aires. En la política veneciana de este gobierno, en la falta de toda publicación que no lleve el marchamo de la voluntad del déspota, difícil sería discernir si solo es una medida de precaución para evitar que el ejercito de Corrientes reciba armas, municiones y recursos, como ya ha sucedido por varios buques, o si es una medida hostil contra el Paraguay. Pero los antecedentes que tenemos, nos ilustran suficientemente para

apreciar el alcance del decreto, que no es otro, en efecto, que interrumpir toda relación de comercio con aquel estado, a consecuencia del poderoso armamento y aprestos que en silencio hacen los paraguayos para obtener del gobierno argentino que reconozca su independencia. Tenemos, pues, las relaciones mercantiles de la República Argentina cerradas ya con tres estados limítrofes: Chile, Uruguay y Paraguay; solo falta Bolivia, y pronto, según lo que de Salta escriben, será recargado el comercio en un sesenta por ciento. He aquí, pues, la política del doctor Francia, de que acababa de librarse el Paraguay, renovada en una escala más extensa. Las cuestiones que actualmente dividen a la República Argentina y al Paraguay, son, sin embargo, tan profundas, y en el actual sistema tan inconciliables, que vale la pena de que las esclarezcamos; porque una de ellas, al menos, va a interesar dentro de poco la política chilena. Cuando el Paraguay salió del tenebroso régimen del doctor Francia, que lo hacía una isla chinesca, aparte de toda comunicación con el mundo civilizado, trató no solo de organizarse interiormente, sino de abrir sus puertos al comercio por la navegación de los ríos Paraguay y Paraná, que se tornan en el Plata. Enviados paraguayos se presentaron en Buenos Aires a entablar relaciones de comercio y amistad; Rosas, empero, mandó arriar la bandera paraguaya que la Confederación no había reconocido, y ellos mismos no pudieron presentar sus credenciales, después de meses enteros de expectación. El gobierno del Paraguay convocó un congreso de cuatrocientos diputados, que declararon la independencia del Paraguay, y una nueva embajada vino a Buenos Aires para solicitar el reconocimiento. Rosas ha manifestado oficialmente considerar al Paraguay como provincia sublevada de la República Argentina, y su ánimo de incorporarla por las *vías pacíficas*; esto es, cogerla sin lastimarla con sus garras, que esconderá al efecto. El gobierno paraguayo retiró sus enviados después de una tercera misión, y se contrajo a arreglos

interiores. Ingenieros franceses llamados de Montevideo, fueron encargados de formar una línea de fortificaciones en la frontera del Brasil, única por donde es accesible a mano armada, montando y distribuyendo en ella seiscientas piezas de artillería, que las porfiadas guerras de límites entre la España y el Portugal habían dejado acumuladas en la Asunción, y se levantó un ejército que sigue aumentándose diariamente. La disolución del ejército del general Paz, después de la batalla de Caaguazú, interrumpió las relaciones entabladas entre aquel gobierno y este general, que hoy levanta un nuevo ejército en Corrientes, cuya provincia argentina ha sido declarada en incomunicación al mismo tiempo que el Paraguay y por las mismas causas. ¿Aguardará el Paraguay a que se termine la guerra argentina y uruguaya, para hacer valer sus derechos a ser considerado como estado independiente?

Pero, aun hay otra cuestión que interesa al Paraguay más vivamente aún, si es posible que haya otro interés mayor que el de la independencia, tal es la de la libre navegación de los ríos. Ya sea estado separado, ya provincia argentina, su prosperidad depende de la solución de cuestión tan grave como la de la libre navegación, porque sin ella nunca llegará a ser un estado ni una provincia floreciente. Situado a seiscientas leguas de la embocadura del Plata, necesita que la industria, el comercio y la población europea lleguen hasta él para poner en actividad las ricas producciones de que abunda. Es preciso hacer notar que es en América una de las tradiciones españolas más hondamente arraigadas, la que cierra los ríos a la concurrencia extranjera. Todos los gobiernos se muestran invencibles en este punto. El de Buenos Aires lo ha sido siempre por su espíritu estrecho de monopolio, y Rosas ha llevado adelante este tesón, por sus instintos bárbaros y gauchos; porque el gaucho es enemigo irreconciliable de los buques, siendo el caballo su *locomotivo* natural y predilecto. Las consecuencias han sido que un sistema de ríos navegables en nada inferior al del

Mississippi en Norteamérica, permanece estéril hasta hoy para los pueblos litorales, y mientras que en los Estados Unidos se han levantado a millares en veinte años ciudades populosísimas y ricas, en esta grande arteria que va al corazón de la América del Sur, no hay más que las aldeas miserables que dejó la colonización española: Santa Fe, La Bajada y Corrientes; ambas riberas yacen desiertas; el gaucho apunta su caballo y cruza a nado estos inmensos ríos que debieran estar cubiertos de vapores y goletas. Alégase que los norteamericanos no han declarado, como la Europa, libre la navegación de los ríos; pero debieran tener presente que los hispanoamericanos no son navegantes por instinto, por tradición, como la raza sajona; y que abandonada la navegación interior de los ríos a sus propias fuerzas, permanecerá por siglos estéril para producir los inmensos beneficios que debiera reportar de la posesión de estas vías naturales de comunicación. Para apreciar este mal en toda su extensión, es preciso tener presente que hace tres siglos que habitamos en América las márgenes de los ríos más caudalosos del mundo, y que en tan largo período de tiempo, la navegación no ha dado un paso, mientras que en todos los otros países, en Norteamérica sobre todo, hace tres siglos que los ríos sirven de vehículo al comercio, y treinta años por lo menos, que los vapores remontan raudales que no tienen dos pies de profundidad. Nosotros tenemos el Maule, el Biobío y otros, inútiles para el comercio; y este extraño fenómeno se nota de un extremo a otro de las colonias españolas. No obstante esta triste experiencia, los gobiernos americanos se niegan porfiadamente a permitir la libre navegación, que allanaría todos los obstáculos, llevaría la población a todos los desiertos intermediarios, y cubriría de ciudades las riberas.

El gobierno de Buenos Aires se ha constituido el campeón de la clausura de los ríos, y sabemos que el enviado esperado, trae, entre otras cuestiones para ganar tiempo, la de pedir al gobierno de Chile que suscriba una declaración de derecho

internacional americano, por la que quede estatuida la clausura de los ríos al comercio europeo, bajo sus respectivos pabellones. El Brasil, México y Centroamérica, y aun la liberal Venezuela, se adhieren al pacto, según lo afirma el enviado, esperándose que los estados litorales del Pacífico no opongan resistencia; que en cuanto al Uruguay, Paraguay y Bolivia, los únicos cuyo porvenir depende de la solución de esta cuestión, su voz es tan débil, que ni aun serán consultados. El Brasil tiene que guardar la boca del Amazonas, como el perro del hortelano; Venezuela las del Orinoco, limítrofes con las posesiones inglesas; Buenos Aires las del Plata, que le aseguran el monopolio comercial de doce ríos navegables, que recorren millares de leguas, aunque no arrastren una tonelada de mercaderías.

El *Araucano*, fiel a los principios ilustrados de su gobierno, se ha manifestado ya partidario de la *libre navegación*, aunque la práctica no la corrobore aún y crie un hecho mil veces más valioso que una estéril declaración de principios. Veremos qué acogida encuentra la solicitud del enviado de Rosas, y si nuestro gobierno suscribe a una medida fratricida y destructora de los pueblos. Porque este carácter tiene. Nosotros no navegaremos los ríos de un modo efectivo, sino a la vuelta de siglos; y abrirlos desde luego al comercio, vale tanto como quitar de por medio estos siglos y acercar hasta la generación presente, el porvenir de poder y riqueza que ofrece la navegación interior.

El gobierno de Buenos Aires procede en esto siguiendo una idea económica que alucina a los políticos torpes, y que es ruinosa en sumo grado para los pueblos. Quiérese hacer de Buenos Aires el puerto y la aduana general, esperando de este modo obtener allí el fruto de las producciones de las provincias litorales, el Paraguay y aun Bolivia, sobre las que creen obtener ventajas políticas. La sencilla cuanto fecunda teoría de los *almacenes de depósito*, no entraría jamás en aquellas cabezas

atestadas de preocupaciones. Buenos Aires, lejos de poner coto a la navegación de los ríos, debiera estimularla por todos los medios imaginables; porque mediante ella se elevaría sin esfuerzo, sin aduanas, sin derechos y gabelas, a una riqueza colosal, como que su posición geográfica la haría el emporio en donde se trocarían las mercaderías que entrasen a Bolivia, al Paraguay y a las provincias, siendo los millones que ellas importasen la medida de su comercio interior y exterior. La prosperidad de Valparaíso ha hecho vulgar esta verdad entre nosotros; su posición ventajosa lo hace un punto de escala necesario para la navegación del Pacífico, y con solo el auxilio de unos almacenes de depósito, ha hecho de su mercado el emporio en que se cambian todas las mercaderías de Europa con las del inmenso litoral del Pacífico.

Esta es, pues, la grande cuestión que divide a Rosas y al Paraguay, y que debiera dividir a los pueblos que están a las cercanías del Bermejo, Pilcomayo, Paraguay, Uruguay, Paraná, etc., si no hubiese, por lo general, una ignorancia tan crasa de los inmensos intereses comprometidos en esta cuestión de la libre navegación de los ríos. Solo el gobierno de Bolivia parece haber vislumbrado lo que en ello va a aquel estado. La *Démocratie Pacifique* ha dado ya en Europa el galardón que los esfuerzos laudables del general Ballivián merecen. Pero desgraciadamente las bocas de los ríos Amazonas y Plata están guardadas por la ignorancia, los celos y las tradiciones coloniales, y Bolivia no tratará de romper este delta ominoso.

II

No hace muchos días que presagiamos como próxima una ruptura entre el Paraguay y Rosas. Lo que entonces era una conjetura, es ahora una triste realidad. El estado de guerra

está reconocido por *La Gaceta* de Buenos Aires. Cartas de aquella ciudad que tenemos a la vista y que alcanzan hasta el 25 de enero, anuncian como pública y confesada allí la alianza ofensiva entre Corrientes y el Paraguay. En su consecuencia, el gobierno de Buenos Aires había tomado las medidas más vigorosas, declarando absoluto el bloqueo de Montevideo y mandando estrechar el sitio. El comercio de Buenos Aires, en tanto, sufría una gran crisis, a consecuencia de la prohibición que con el Paraguay se había hecho por el decreto que registramos en nuestras columnas.

Como la Inglaterra sobre la China, Buenos Aires se había abandonado con un ardor febril a la explotación del comercio recién abierto con aquella China americana, que el Dr. Francia había secuestrado del movimiento comercial. Inmensos capitales se habían comprometido en la especulación, y el puerto de Buenos Aires se hallaba cubierto de buques cargados para el Paraguay, cuando el decreto citado les forzó a descargar de nuevo, no habiendo plaza ninguna adonde dirigir aquellos malogrados envíos. Numerosas quiebras habían seguido a esta medida.

Las consecuencias de la guerra del Paraguay son bien sencillas. La enérgica oposición que el sistema inicuo de Rosas ha encontrado durante diez años, se había reconcentrado dentro de las murallas de Montevideo; y aunque el heroísmo de la guarnición alejó todo temor de que sucumban los principios de libertad que allí se han acogido, los azares de la guerra son tan variables y caprichosos, que no pocas veces hemos creído probable la rendición de Montevideo, si no próxima, y aun inevitable. Si este acontecimiento hubiera tenido lugar un año ha, la resistencia armada habría cesado por algún tiempo al menos. La hábil medida del general Paz de trasladarse a Corrientes para organizar la resistencia de aquella provincia, reuniendo en un centro todos los elementos hostiles a Rosas que yacían dispersos, establecía un escalón para traer de

nuevo el teatro de la guerra a su origen; pero dado caso que Montevideo fuese ocupado, el ejército de Rosas podría caer sobre Corrientes con todo el prestigio de la victoria, y hacer punto menos que desesperada la resistencia. La alianza del Paraguay, empero, viene a echar una base ancha y sólida a la resistencia. Un país virgen, con medio millón de habitantes, rodeado de bosques impenetrables, y agredido por Rosas en sus intereses más caros, la independencia y el comercio, presenta materiales de guerra inextinguibles. Como nada es imposible, Rosas podría triunfar al fin, pero sacrificando para ello muchos años, inmensas sumas y millares de vidas; y la guerra que hoy le hacen tantos elementos combinados, agregaría nuevas calamidades a las que por quince años están pesando sobre aquel desgraciado país. En Buenos Aires no existe gobierno hace diez años. El general Rosas es un simple ministro de guerra ocupado exclusivamente en preparar reclutas, fornituras, cartuchos y balas; toda su administración se reduce a esto. Las rentas públicas, que debieran fomentar la educación, el comercio, la industria y pagar la deuda nacional, van a consumirse inútilmente frente a Montevideo o en las fronteras de Corrientes. ¿Durará cuatro años más este estado de cosas? Y sin embargo, la resistencia está hoy organizada de tal modo, que con seguridad puede contar con ese lapso de tiempo.

Las causas de la guerra con el Paraguay son las mismas que no ha mucho adelantamos. *La Gaceta* del 15 de enero, que hemos recibido posteriormente, se expresa en estos términos:

El derecho del gobierno argentino, común a los de América, y de que actualmente están en posesión estos con el mismo título sobre los territorios respectivos del *uti possidetis* de las secciones o provincias españolas antes de la independencia, es de fundación; la separación de la dependencia española fue legítima, y además el Paraguay participa del beneficio por

resultado de los sacrificios de la República Argentina. No necesita, para ser válido, el reconocimiento de potencias extranjeras; porque el título no es vicioso; mas hay también ese reconocimiento. Al reconocer varias potencias de Europa y de América la independencia de la República Argentina y sus derechos de soberanía, han reconocido la base que tienen en toda la América. Tan cierto es esto, que para la separación legítima de la provincia oriental del Uruguay, hoy república independiente, ha sido necesaria la renuncia expresa de los derechos del estado argentino por el tratado de 1828, en que medió la Gran Bretaña, no obstante que aquel país estuvo algunos años, o fuera de la posesión argentina, u ocupado por el Brasil. Y para la separación legítima del Potosí, Cochabamba, Chuquisaca y la Paz, que integran la nacionalidad boliviana, se obtuvo la renuncia expresa de los derechos de la República Argentina. El gobierno argentino no ha renunciado, ni puede considerarse que ha abdicado sus derechos reconocidos, desde que los sostiene por medios pacíficos; y especialmente son imprescriptibles. No se funda en otras razones el actual orden de cosas en Europa y América; porque si es incuestionable que hay derechos de los estados que estos solo pueden sostener en circunstancias particulares, en las relaciones pacíficas o en el estado de guerra, es también cierto que tienen ante los demás estados el supremo derecho de su necesaria conservación y seguridad común a todos, y que no es hipotético, sino absoluto. Mas, los motivos de precisión que obligan al gobierno argentino, a pesar de sus muy amigables y fraternales disposiciones hacia el Paraguay, no son esos principios; aunque por otra parte, no puede negarse que son útiles al Paraguay y a la América entera, desde que, precaviéndola de una débil subdivisión indefinida de territorios y nacionalidades, le evitaría inmensos males y un triste destino de dependencia. Lo grave de la dificultad consiste en que no hay medio para conciliar el reconocimiento instado por el gobierno del

Paraguay con los intereses recíprocos. Por esa necesidad que no se alcanza a superar, y no por otra mira cualquiera, sostiene pacíficamente nuestro gobierno su resolución. La entrada por agua al Paraguay no puede efectuarse sino por el río Paraná, que corresponde a la Confederación Argentina, como se comprueba por la simple inspección geográfica. El gobierno argentino tiene el derecho perfecto de disponer de la navegación de ese río en su territorio...

He aquí, pues, reasumidos en breve espacio los puntos cuya deliberación va a costar a la República Argentina torrentes de sangre. Para el Paraguay, la cuestión es esta: *ser o no ser*. Para Rosas, agregar un dominio más a seiscientas leguas de distancia, no obstante los cientos de miles de leguas de territorio despoblado que hoy posee. Pero un espíritu tan retrógrado como el de Rosas, faltaría a la lógica, si no sostuviese todos los errores de la política de las épocas bárbaras que ha resucitado en nuestros días. Sueña en conquistas, en engrandecimiento territorial, como los reyes de la edad media. El Uruguay, Tarija y el Paraguay son partes integrantes de su estado, y el recobrarlos, el fin de sus esfuerzos. Nunca podrá comprender que hay otros medios de preponderancia, que la conquista y la dominación material; y la República Argentina tiene que suscribir con sus rentas, su reposo y su sangre, a los caprichos de un déspota testarudo, torpe e ignorante.

La Gaceta de Buenos Aires se queja de los gobiernos del Brasil y Bolivia que han reconocido la independencia del Paraguay:

El reconocimiento de la independencia del Paraguay por los gobiernos de Bolivia y del Brasil, es precipitado. El gobierno brasileiro, a pesar de saber las justas razones y necesidad de la no aquiescencia del gobierno argentino, se había apresurado a

reconocer la independencia, halagado por las ventajas que reportaría el comercio brasileiro sobre el paraguayo, si el gobierno argentino reconociese la independencia del Paraguay. Este último, por tal situación, perdería su superioridad y ventajas en los generosos mercados argentinos; y proporcionalmente ganaría el comercio brasileiro. Entendemos que el gobierno argentino no ha podido menos que protestar debidamente contra tal reconocimiento, al que no presta valor alguno, considerando inválidos los actos que de ahí emanaren, e inatendibles las reclamaciones o pretensiones en el caso. La razón de esta protesta se encuentra en el principio fundamental del derecho de gentes, que enseña que los estados independientes no reconocen autoridad superior que decida sus pretensiones, y menos en casos de justicia y absoluta necesidad; y consiguientemente, no pueden asentir a los resultados de un acto que los perjudica.

Con respecto al Brasil, las quejas de *La Gaceta* sobre la conducta hostil del barón de Caxias, son demasiado terminantes para no dudar que las disposiciones del gobierno brasileiro son, si no hostiles, poco amigables; y dudamos mucho que aquel gobierno deseché la ocasión de unir sus esfuerzos a los del Paraguay y Uruguay, para sofocar la política invasora del sanguinario caudillo argentino. Bolivia queda, en tanto, a la expectativa, y nosotros aguardando la sin par merced de ver a don Baldomero García, que según se nos asegura, ha desistido ya de pasar la cordillera, dejando, sin embargo, compuestos los caminos del Portillo y Uspallata, que se prepararon sucesivamente para su pasaje; lo que no es poco para eslabonar nuestras relaciones comerciales con aquel estado.

Lo que es Rosas

(*Progreso* de 11 de abril de 1845)

No hace mucho tiempo que ocupándonos de los asuntos políticos de la parte oriental de la América, tratábamos de caracterizar como nula e imprevisora la política de contemporizaciones que los gobiernos extranjeros se empeñaban en adoptar con respecto al tirano, que no contento con oprimir y destrozar aquellos pueblos, se ha atrevido a poner por base de su diplomacia la burla y el escarnio, y que así como tiene *locos* a quienes nombra gobernadores, y acerca de quienes manda comisiones compuestas de hombres notables, tales como Arana, Guido y otros, quiere también tener gobiernos aliados a quienes burlar, prometiendo y no cumpliendo, y convirtiendo en función de títeres los actos más augustos del derecho internacional. Pocas recompensas hay más satisfactorias para el escritor, que el ver que los sucesos vengan a responder completamente a sus indicaciones; y con respecto a lo que hemos dicho, previsto y asegurado acerca del gobernador Rosas, nada tenemos que retirar, pues todo ha venido a ser como nosotros lo aseguramos.

Dijimos que no había de mandar su agente a Chile, y el resultado es que este no ha venido; y si hubo un momento en que todos creímos verlo llegar por la impávida desvergüenza con que este gobernador parecía haber allanado todos los

obstáculos que hasta entonces había fingido tener, podemos ver ahora lo que ha sucedido, y comprender mejor qué clase de hombres, qué clase de política, y qué clase de respetos tributa a sus iguales el gobernador de Buenos Aires; y si no es una vergüenza humillante que haya gobiernos decorosos que sostengan relaciones con un mentecato insolente, escándalo del mundo entero, y borrón del siglo más limpio y civilizado de entre los siglos.

Sobre este punto, no podemos menos de lamentar el notable error que cometió nuestro gobierno al pensar que la interrupción de sus comunicaciones mercantiles con las provincias de Cuyo, era un resorte de que podía valerse para atraer a Rosas a un avenimiento y a un sistema más leal. Todo lo que aísla a la República Argentina del resto del mundo, es para su tirano un motivo de placer; así es que la medida del gobierno de Chile, lejos de parecerle agravante y perjudicial, vino a llenar sus deseos y a servir a su política, mientras que infería un grave perjuicio a los intereses del comercio chileno. Cuando el gobierno de Buenos Aires creyó que el de Chile iba a declarar abierta y habilitada la vía de Atacama, hizo salir al momento su agente con dirección a nosotros, pero con orden de detenerse en Mendoza, con orden de mentir y de engañar. Su objeto en este paso era demasiado conocido; se reducía a paralizar toda medida de este gobierno sobre el mutuo comercio, con la idea de que pronto habría un agente argentino con quien arreglarlo. Este es Rosas; y por desgracia, ¡todavía no podemos aprender a conocerlo!

Si alguna vez se hubiera visto desembarazado de sus enemigos, habría sabido Chile lo que tenía que esperar de este *gaucho* desorganizador, de este atroz ignorante entre cuyas manos se ha vuelto lodo asqueroso la gloria de su patria, miseria la riqueza, regueros de sangre la yerba de los campos, luto y espanto el espíritu público. Por fortuna ha sido tan torpe, tan inexperto en medio de su singular astucia, tan atolondrado

para superar las dificultades inherentes a su sistema, que no solo sus conciudadanos todos, sino que las mismas naciones extranjeras han conspirado seriamente más de una vez para derrocarlo. Y si mejor comprendieran los gabinetes su política exterior, tiempo hace ya que debían haber alargado su mano bien armada con el fierro vengador de la justicia, para arrancar a esta fiera de en medio de la sociedad que destroza y tiñe en sangre humana.

Nunca dejaremos de lamentar la indiferencia con que los pueblos americanos han visto realizarse las horribles consecuencias del sistema de Rosas, cruzando los brazos en medio mismo de la carnicería, y tributando respetos deshonorosos al jefe de una administración de salteadores y de verdugos, que no solo destruía su país, sino el comercio extranjero y el espíritu de libertad también. Si este singular sistema hubiese dominado ahora treinta años, bien lejos estaríamos ahora de ser independientes. Nuestra pobre política no ha sabido comprender que si bien tuvimos entonces que salvar la libertad y la independencia, ahora teníamos que salvar la civilización, teníamos que ahogar ese germen de barbarie, propio de todo nuestro continente, que se alzaba arrogante y amenazador en uno de los puntos más privilegiados de este suelo.

Mil veces lo hemos repetido; pero nadie nos ha oído, nuestra voz es débil. Por fortuna, había en el fondo de las cosas algo más que nuestro juicio, estaban los hechos; los hechos que encadenándose unos con otros, debían necesariamente traer consecuencias que, aunque ahora seis meses eran meras previsiones, han pasado hoy a ser ya realidades.

El Brasil, la Francia, la Inglaterra y la Cerdeña, y más naciones tendríamos que nombrar, si más hubiera que tuviesen relaciones con el gobierno de Buenos Aires, han tenido que ponerse en pugna con Rosas; porque el gobierno de este es inconciliable con el trato y los intereses de las naciones cultas.

Todos los diarios de Chile, incluso el nuestro, están llenos de los detalles más evidentes, de las pruebas más claras que puede haber para conjeturar que ya es llegada la hora del alzamiento general de hombres y de intereses, que desde ahora cuatro años hemos anunciado contra aquel atroz caudillo.

No obstante, hay en todo esto un gran motivo de desaliento y de dolor. Ni una sola entre las repúblicas americanas ha alzado su voz ni su brazo contra ese trono de esqueletos sobre que se sienta Rosas. Hasta los cadáveres han atravesado las fronteras para escapar a la saña del tigre. ¡Y qué cadáveres! ¡Los de los mismos que habían lidiado por la defensa de la América! Y los republicanos de América, los hombres que no tienen reyes, que hablan una misma lengua, que se arrodillan ante un mismo Dios, que creen en unos mismos principios políticos, ¡han sido los únicos que no han tenido en las orillas del Plata y al otro lado de las montañas, una arma que prestar a los defensores de la civilización, ni una sola palabra firme y amenazante que decir al tirano, al degollador de sus hermanos! ¡Y pretendemos ser grandes! ¡Y pretendemos ser civilizados! ¡Y pretendemos llamarnos libres, cuando uno solo de nuestros intereses positivos no está ligado a las cuestiones más vitales, tanto para nosotros, como para nuestros hermanos!

¡Así está Bolivia haciendo esfuerzos increíbles por darse un camino marítimo hasta el Plata! Cuando lo haya encontrado ¿qué hará con él? ¿Le será permitido andarlo? ¿No encontrará en su puerta misma una pantera feroz que lo guarde, y que la obligue a encerrarse de nuevo? Muy candorosa es, la política del general Ballivián, si piensa lo contrario. Rosas no lo permitirá navegar por sus canales; y después de haber gastado ingentes sumas, se verá tan lejos de la Europa y del Atlántico, como ahora.

Su primer paso debía ser contribuir a dar el poder a la civilización en las orillas del Río de la Plata, y entonces habría sentado el cimiento indispensable a sus intereses mercantiles.

Nada hay tan triste como el ver que esta obra de regeneración sea abandonada en el Plata a pueblos de la Europa, que ni nuestro idioma conocen; mientras que en nuestras repúblicas parece que ni simpatías hubiera que dar al renacimiento de la libertad argentina.

Más adelante nos detendremos un poco sobre este punto.

Confrontaciones singulares (*Progreso* de 22 de abril de 1845)

Nosotros somos un poco supersticiosos y fatalistas. Siempre hallamos misteriosas relaciones entre acontecimientos que al parecer no tienen conexión alguna. Un extraño impulso ha llevado a la prensa de Chile toda, a hacer en estos días una declaración de sus unánimes sentimientos, no obstante los rencores y antipatías que la dividen. No parece sino que el genio de la libertad hubiese andado inspirando a todos los escritores un anatema que sirviese de protesta común, aunque se lo arrojasen unos a otros como vituperio personal. Todos los periódicos se han dado cita para un momento dado.

En las últimas fechas de Concepción, que alcanzan hasta el 5 de abril, leemos las palabras siguientes, dirigidas al secretario de la intendencia de Concepción, el señor Alberdi: «¡Miserable! ¡Todos conocen que perteneces a la facción ominosa de los mazorqueros!». El secretario del intendente no pertenece a la ominosa facción de los mazorqueros, bien lo sabe *El Telégrafo*; pero también sabe que en Chile no puede hacerse insulto mayor a un hombre, que decirle mazorquero.

La Gaceta de Valparaíso, diario de oposición, decía el sábado 18, aplaudiendo la triple intervención: «Con tener dentro de sus fronteras el despotismo invasor y desmoralizador de Rosas, he aquí toda la pretensión del Brasil».

El Siglo del sábado, echando en cara a *El Progreso* su lenguaje descomedido, le dice que: «apela al sarcasmo, y al resorte vil de prostituir la prensa con groserías dignas de los periódicos de Rosas, a quien *El Progreso* debiera servir, antes que al ministro de Chile».

En el último número de *El Republicano*, también de la oposición, se leen estas palabras: «Solo al director don Juan Manuel Rosas, le ha ocurrido la peregrina idea de hacer un gobierno representativo en que la influencia de su poder ha anulado la acción de la legislatura, que es elegida por él mismo a la sombra del terror que ha sabido inspirar»... «Recorra *El Progreso La Gaceta Mercantil*, en que hemos visto nada menos que en tres idiomas el desatinado pensamiento de legalizar la tiranía y defender ante los pueblos civilizados de Europa y de América, una organización que jamás ocurrió al más estrafalario publicista»... «En Chile, donde hemos visto los bárbaros excesos del poder organizado por Rosas, en que el gobierno ha levantado contra el patriotismo y la ilustración las masas, en que solo hay ignorancia y servilismo... En Chile, en fin, donde se supo con horror que el presidente del cuerpo legislativo de Buenos Aires, fue asesinado en la sala de sus funciones, y sacado su cadáver por la policía, sin que nadie se atreviese a mover el labio, sino para maldecir la triste víctima de la tiranía»...

La *Revista Católica* en un momento de excitación y de fervor contra *El Progreso*, queriendo sin duda abandonarse a un rapto de cólera, y para zaherir indirectamente a sus adversarios, ha hecho una alusión en la que la mano de la Providencia la ha conducido por ese sendero extraviado, a unir su anatema al de la prensa toda. ¡Así es como se muestran los designios de la Providencia!

Dice *La Revista*: «Bien podrán creerlo así esos hombres familiarizados con los ejemplos del que ha sido destinado (Rosas) para castigar su orgullo indomable, colocando en los

templos con profanación sacrílega su *propio retrato* para que reciba los homenajes que únicamente se deben a la divinidad. ¿Será esto lo que intentan entre nosotros aquellos cuyos principios han dado origen a estas terribles escenas?».

¿Qué podríamos añadir nosotros a estas manifestaciones del sentimiento nacional, tan preñadas de execración contra el poder ominoso de Rosas? Los periódicos más opuestos en principios, los amigos y los enemigos del gobierno, hasta el órgano del respetable clero, todos, todos se han reunido esta vez para alzar su voz onnipotente contra la presunción siquiera de simpatizar con el horrible despotismo que pesa sobre aquella desgraciada República. Los partidos rivales no pueden inventar otro dicterio más afrentoso para sus enemigos que asimilarlos con Rosas y su política. *El Telégrafo* irritado contra el secretario de la intendencia, le llama mazorquero; *El Siglo* ofendido de nuestro lenguaje, lo compara al de los satélites de Rosas; *La Revista Católica*, atacada por sus avances sobre el patronato, recuerda las sacrílegas profanaciones de Rosas; *El Republicano*, en oposición al predominio del poder ejecutivo, nos pinta en colores sombríamente verdaderos el gobierno brutal de Rosas. De manera que entre todos los diarios de Chile, cualquiera que sea el color político a que pertenezcan, es *El Progreso* el más amigo de aquel gobierno, el que más se le parece. ¿Hay sinceridad en estas aplicaciones exageradas? No. Pero es tal la preocupación nacional, tan unánime el sentimiento de odio de todas las clases y de todos los hombres, que los escritores para explotar en favor de sus ideas la preocupación de los espíritus, comparan las doctrinas, lenguaje y miras de sus adversarios con las de Rosas, a fin de hacerles participar del odio y desprecio que inspira, como en los tiempos de fanatismo se llamaba judío al enemigo.

En honor del sentimiento nacional ofendido, debemos aplaudir este rasgo de la dignidad de todos los escritores que,

por opuestos que sean en miras e intereses, están de acuerdo en enviar sus maldiciones a ese escándalo y vergüenza de la América.

Pero lo que nos pasma, es esta coincidencia de prorrumpir todos a un tiempo, y como si se hubiesen concertado para hacer alarde de sus sentimientos en un momento solemne y decisivo. No parece sino que el instinto nacional ha olfateado, permítasenos la expresión, el espíritu de Rosas que se acerca, el olor de la sangre humana derramada. Tráenos a la memoria este movimiento siniestro, aquel trozo de los *Misterios de París*, en que Sue pinta el arribo del maestro de escuela a la Granja. Pongamos a Rosas en lugar del maestro y nuestros lectores sentirán la oportunidad de la cita.

Regañó de nuevo el caduco Lisandro al verlos acercarse; pero habiendo olfateado por un momento hacia el maestro de escuela, empezó a aullar con la lúgubre y dolorida voz de los perros cuando huelen la muerte, según dice el vulgo.

—¡Rayo! —dijo entre sí el maestro de escuela—, si olfatearan también la sangre estos demonios de animales, porque ahora me acuerdo que tengo puesto el mismo pantalón que llevaba cuando el asesinato del granadero...

—¡Vaya un caso! —dijo Juanillo en voz baja—. ¡Miren cómo olfatea la muerte el amigo Lisandro al ver al ciego!

Sobrevino entonces una cosa extraña. Los aullidos de Lisandro eran tan agudos y doloridos, que al punto que los oyeron los demás perros, empezaron a repetir a un mismo tiempo, como de costumbre entre la raza canina, los quejidos fúnebres que, según la creencia vulgar, pronostican la cercanía de la muerte. Aunque eran poco supersticiosos los habitantes de la quinta de Bouqueval, se miraron unos a otros con espanto, y aun el mismo maestro de escuela, a pesar de su conciencia infernal y endurecida, se estremeció al escuchar los aullidos siniestros que habían comenzado a su llegada...

La cinta roja de la legación argentina (*Progreso* de 24 de abril de 1845)

La legación argentina se ha presentado en las calles de Santiago con la famosa cinta colorada; aunque en honor de sus miembros debemos decir que han tenido el pudor de ocultar el retrato de Rosas, que a todos está mandado llevar, excepto al clero a quien se le ha hecho gracia de los *mueras*. Hasta los Andes todos han venido con la cinta con retrato; aquí solo las cintas se han atrevido a mostrar. Para hacer esta violación a las conveniencias, debieran haber hecho la cosa por entero; botando el retrato de Rosas y conservando solo la cinta, ni obedecen a aquel, ni dejan de chocar al sentido común. Celebramos, sin embargo, que la legación se presente con caracteres exteriores representando a Rosas, y no a la República Argentina, cuyos colores nacionales son el celeste y el blanco, porque así muestra bien su carácter, el de una legación de facción, de partido.

Pero lo que no comprendemos, es el designio con que se hace aquí esta manifestación insólita y en oposición a los usos de las naciones. ¿Los enviados francés, inglés, norteamericano, se han presentado jamás con sus cucardas respectivas? Aún mucho más nos sorprende que la legación argentina en Chile, se haya distinguido en este reto, cuando la que hay en el Brasil

no lo ha hecho a esta nación. Nos consta que el señor Guido no se ha presentado jamás a la corte ni en las calles con distintivo ninguno. Este es un hecho grave. Los gobiernos deben mostrarse delicadísimos en estas diferencias que revelan el grado de respeto con que se miran a las naciones. ¿Lo que no se atreven a hacer en el Brasil, por qué lo hallan tan fácil en Chile? El gobierno puede informarse de la verdad de nuestra aserción. El general Alvear, en Washington, el señor Moreno, en Londres, nunca han usado esta majadería, y el señor Sarratea, en París, hace gala de pasearse por el boulevard de los italianos con corbata listada de celeste o chaleco de este color.

El hecho sobre todo que debemos señalar a la policía, es el de presentarse algunos hombres llevando en la cinta este lema: *¡Mueran los salvajes unitarios!* Ahora, la ley del Régimen Interior prohíbe todo grito sedicioso o alarmante, o lemas o carteles encaminados a proferir propósitos ilegales. Un lema anunciando proyectos de matanza, es mil veces peor colocado en el pecho de un hombre que en una muralla, porque al fin en la muralla es un pasquín anónimo, y en un hombre es un propósito que cuenta con un brazo y con un puñal. Este asunto es digno de un proceso, porque si la inmunidad de los agentes extranjeros se extiende hasta sus domésticos, el respeto a las leyes nacionales alcanza hasta los enviados. Esos domésticos pertenecen a la plebe, andan entre nuestra gentes del pueblo, que se detiene a ver esta novedad, que les preguntan lo que significa, y los aleccionan. Este es el mismo sistema adoptado en la República Argentina. El gobierno de Chile es esencialmente unitario, central, y un lema que trae la muerte para los unitarios, es un insulto y una provocación hecha a la nación. En Chile, sobre todo, no se *mata* a nadie por su opiniones; este es el derecho sacrosanto de la *oposición*. Si se dice que este brutal y sanguinario *muera* no se refiere a los unitarios chilenos, sino a los unitarios argentinos, podrá

contestarse que esos unitarios están aquí bajo la protección de las leyes, lo mismo que los chilenos, y la autoridad debe vigilar en que no venga a turbárseles en el goce de su libertad con amenazas de asesinato y de muerte, de que han huido al venirse a asilar en este país de libertad. La cinta colorada es un emblema de muerte, de sangre, de terror; ella lo dice. Presentarla en Chile, es enseñar a todos las uñas. Veremos si el enviado se presenta al gobierno con esta amenaza en caracteres exteriores.

Nuestro derecho de atacar a Rosas (*Progreso* de 28 de abril de 1845)

El Araucano del 25 trae una reconvención a los diarios que, como *El Republicano*, *La Gaceta* y *El Progreso*, han atacado en estos días el sistema de gobierno de don Juan Manuel Rosas, y por lo que a nosotros respecta, a algunas ocurrencias insólitas que han tenido lugar en estos días. *El Araucano*, periódico oficial, debe guardar en estas cuestiones la circunspección que le impone la responsabilidad de su alta posición. Lamentar las demasías de la prensa *no oficial*, es muy natural, aunque sea absurdo pedirla que se contenga en los límites estrechos que están trazados a los periódicos oficiales. Nosotros no conocemos más ley para retener nuestros ataques, que la ley de imprenta; si contra ella delinquiéramos, el *jury* nos castigaría. Fuera de eso, nada puede imponérsenos, nada exigírsenos. *El Progreso*, fiel a su título, fiel a sus doctrinas, fiel a los intereses de la libertad, se declaró desde su fundación el enemigo de los tiranos americanos; sus páginas no contienen una palabra que sea favorable al general Flores, tirano del Ecuador; al general Santa Cruz, tirano de Bolivia; al general Rosas, tirano de la República Argentina; a todos ellos y con igual virulencia les ha hecho guerra implacable, guerra que hará siempre, sin descanso, sin tregua. Si nuestra conducta es hoy imprudente, la del *Araucano* es esta vez impolítica, porque una oficiosidad de oficio como la del artículo a que

respondemos, dejaría traslucir mucha prisa de hacer cesar el estado de guerra que existe entre Rosas y Chile; y tan susceptible es de error *El Araucano* por exceso de prudencia, como nosotros por exceso de vivacidad. Creemos que Chile está en una posición hostil con aquel gobierno, a quien no permite proveerse de armas de su territorio hace diez años; seis, por lo menos, hace que Chile, retiró de Buenos Aires y Mendoza sus agentes diplomáticos por creer incompatible con su dignidad el mantenerlos, cuando sus reclamos eran desatendidos; y últimamente, hace tres años que se interrumpió toda relación comercial con aquel estado. No es, pues, un huésped de la nación el enviado de Rosas; es el representante de un enemigo de Chile; es, además, el representante del gobierno que ha encadenado la prensa, que ostenta un poder inmenso que lo ensoberbece y lo autoriza a ser descomedido y exigente con todos los gobiernos, como lo ha sido con el de Chile durante ocho años. Es, además, el representante de un gobierno terrorista que ha simbolizado el terror en una cinta colorada que, contra los usos diplomáticos, ostenta su agente en Chile. La prensa hostil a Rosas ha creído que interesaba a la política y a la dignidad nacional, que sintiese que el país se presentaba a entenderse con su enemigo, no con benevolencia ni circunspección, sino con el legítimo resentimiento que conserva de los agravios que ha inferido a Chile; ha creído de su deber protestar contra cualquiera esperanza de influir en los ánimos, ya por la noticia de una victoria de sus armas, ya por la ostentación de un insólito símbolo de terror; ha creído además, usando un lenguaje acrimonioso y prevenido, que no finge ni adopta a desigño, mostrar a la faz del mundo que la libertad de la prensa es una realidad en Chile. *El Araucano* sea tan circunspecto como su deber y sus sentimientos de moderación se lo aconsejen; nosotros seremos tan exaltados, tan apasionados como nuestro odio implacable a Rosas, a su

tiranía, a su sistema sanguinario y bárbaro nos lo dicte. *El Araucano* y *El Progreso* están, pues, en su derecho, y no seremos nosotros los que sacrificaremos un ápice de lo que nos pertenece. Si los ataques dirigidos a Rosas son punibles por la ley de imprenta y su enviado reclama, nosotros le pediremos que nos muestre los reclamos que ha hecho en Francia e Inglaterra contra los diarios que lo atacan y denigran con más acritud que nosotros, no obstante que aquellos gobiernos están en paz con él, y el nuestro no. Si el enviado se cree atacado personalmente, el ejemplo de la polémica entre el plenipotenciario de Bolivia, el señor Olañeta, con el señor García del Río, puede servir de un bello antecedente.

Por lo demás, si no somos tan moderados como otros escritores; si no miramos el interés del país como ellos lo miran, de esto no somos responsables sino a Dios, a nuestra propia conciencia, y a la ley de imprenta, únicos jueces de nuestras opiniones.

Si, pues, *El Araucano* ha querido en su artículo del 25 mostrar al agente de Rosas, que el gobierno no tiene parte en los ataques que se le dirigen, celebramos que le dé esa lección, porque Rosas no entiende esas cosas de libertad de imprenta, y no concibe que haya países bien gobernados en que la prensa publique, en despecho de la policía y de la censura, lo que quiere. Solo en Buenos Aires es responsable el gobierno de todos los ultrajes que vomita *La Gaceta* contra todos los gobiernos. Solo en Buenos Aires puede gritársele al enviado de la Francia en sus propias ventanas: imueran los tiñosos franceses! romperle los vidrios, etc., etc., sin inconveniente y sin responsabilidad.

Rumores sobre política argentina (Progreso de 30 de abril de 1845)

«Ya notamos que empiezan a desarrollarse en nuestra sociedad ligeras simpatías, no hacia el despotismo injustificable del general Rosas pero sí en favor de la persona de su Ministro».

El Siglo de ayer.

Escenas muy curiosas tienen lugar en estos días; Santiago está lleno de rumores. Córrese que hay una larga colección de documentos que acreditan traiciones, indignidades y bajezas de algunos escritores argentinos que habían ofrecido repetidas veces a Rosas su pluma, si les hacía el sin par honor de permitirles volver a gozar de su protección. Muchos lo creen, porque la cosa les agrada; otros, porque no quieren tomarse el trabajo de dudar. Mientras tanto que estos rumores salen de cierto taller contra argentinos, agentes de la misma fábrica andan buscando *escritores chilenos* para escribir en favor de Rosas. La conciencia pública, bien firme, bien segura sobre el carácter moral del gobierno de Rosas, ha escudado hasta aquí a las pasiones innobles, venales, que podrían ponerse en movimiento. A uno se le ha ofrecido presentarlo inmediatamente al enviado, que desea conocerlo y hablar con él; este ha contestado que no tiene objeto ni motivo para hacer

este conocimiento, que si en alguna tertulia se encuentran, allí pueden presentarle a él el enviado. Se solicitan las columnas de *El Siglo* para hacer de ellas un eco de la *La Gaceta Mercantil*. Los editores han contestado evasivamente. Al fin, se han hecho propuestas de comprar la imprenta y aún no han sido aceptadas. Para todas estas maniobras previas a la presentación del enviado, se deja traslucir que hay oro en el fondo. Todavía nadie se ha dejado tentar; veremos más tarde.

Mientras tanto, un tercer elemento se ha introducido en nuestras discusiones; los escritores vistos, han sido buscados en la oposición. En la oposición ha encontrado la legación un defensor que protesta, en nombre de Santiago, contra *El Progreso*. Cuando el señor Pérez estuvo en Buenos Aires en clase de enviado de Chile, la mazorca afeitó a cuchillo a uno de sus domésticos en la puerta de su casa, y le hizo mil pedazos unas libras de velas de esperma. El doméstico inmune entró despavorido, y en presencia del señor León de la Barra, excónsul que se hallaba allí a la sazón, hizo la relación de la tropelía *oficial* que con él acababa de cometerse, porque la mazorca era una máquina organizada, y que ejecutaba las órdenes que recibía. De esta afrenta no se ha reclamado todavía, y ya nos apresuramos a cortejar al huésped. Séalo en hora buena del gobierno; de la prensa no lo es. El antipolítico artículo de *El Araucano*, será reproducido por *La Gaceta*, como una muestra de la buena armonía que reina entre ambos gobiernos y sus deseos recíprocos de allanar cuanto antes toda diferencia. *El Araucano* se ha olvidado de que el enviado ha permanecido a designio en Mendoza hasta la víspera de cerrarse la cordillera, y que la legación no ha venido cuando el gobierno de Chile la ha deseado, sino cuando Rosas lo ha juzgado oportuno para su política, y no para los intereses chilenos ni mendocinos, de que se le da un bledo.

Nuestros publicistas educados por el célebre curso de derecho internacional de don Andrés Bello, miran a un agente

de Rosas según los usos y el derecho europeo, olvidándose de que el que lo envía es la negación de todo derecho, y que está a la cabeza de una gran revolución social y que aspira a producir un *gobierno americano* sobre las ruinas de todas las formas, tradiciones e ideas europeas. Trátase de levantar en Chile una prensa de Rosas para defender su sistema; es decir, una propaganda; porque justificar aquel sistema en América, es hacerlo aceptable, es propagarlo. ¿Dícese que don Baldomero García no es hombre de acción, de revolución? ¡Tanto mejor! Así la letra y el espíritu de Rosas serán mejor cumplidos. Don Baldomero ha llegado a Santiago. ¿Qué escribirá a su gobierno en desempeño de su deber? Esto: he llegado. La situación del país es esta, hay deseo de que se abra el comercio, el gobierno es este, los ministros son tales, las elecciones se aproximan, los partidos se alistan, la oposición se compone de... los emigrados han preocupado la opinión contra S. E., pero ellos son personalmente mal vistos. Yo fomento esto, esto pasará, busco escritores, necesito más dinero, hay uno que conviene adquirir, el sur está agitado, el clero está conmovido, etc., etc. No imputamos nada al enviado de Buenos Aires; esta es la práctica de los agentes que tiene un gobierno que lleva adelante una idea revolucionaria; de un gobierno a quien la prensa libre le incomoda, que la ha sofocado en su país, que ha exterminado la *oposición* y abolido todas las formas constitucionales, y que se propone abolirlas en todas partes con el ejemplo, con la guerra, con la diplomacia. ¿Qué nuevas instrucciones recibirá el enviado? Que adquiera relaciones, que se insinúe en los ánimos, que haga brillar el oro a los ojos de los venales, hable a los moderados de la necesidad en que se ha hallado de contener los extravíos de los liberales; al gobierno pinte a los enemigos de Rosas como anarquistas, enemigos del orden; como impíos al clero; que dé tertulias, que estudie los partidos, que conozca los hombres, y que avise.

¡Qué goces debe tener un tirano emprendedor y astuto, al

ver cómo hace jugar las pasiones e intereses ajenos como títeres cuyos hilos tiene él! ¡Cómo las constituciones, la prensa, las garantías, la *oposición* misma, la libertad pueden servirle a las mil maravillas! ¿Qué hemos visto en estos días? Atacar al gobierno, porque *El Progreso* es hostil a Rosas; fingirse *rosín* por desacreditar al *Progreso*, y afectar una deferencia, una civilidad, un interés por la persona de don Baldomero, para crear una preocupación contra un partido o un periodista. ¿Todo esto sirve para la oposición? ¡Candorosos! Estáis trabajando ya para Rosas, bajo su influencia; le estáis dando la medida de lo que debe hacer, de las cuerdas que ha de tocar, de los medios que ha de emplear. Por ejemplo: ¿desea la oposición deshacerse de un escritor ministerial que le importuna? Rosas no desea otra cosa. Hace seis meses que hizo preguntar en Buenos Aires al coronel Oyuela, qué influencia tenía en su país un escritorcillo de tal pelaje: contestósele, como convenía, que ninguna. Bien, pues; hay base ya para una alianza de intereses y objeto, entre Rosas y la *oposición* chilena. Un día sale por las calles de Santiago un perro casero de la legación diciendo al oído a cada uno que encuentra: ¡hay cartas! ¡hay documentos contra él! La *oposición* bate las manos de placer, y repite y comenta la frase: «¡hay cartas! ¡ofrecía vender a Chile! ¡servir a Rosas en Chile! ¡ahí están sus propias cartas originales!». El escritor abandona la redacción perseguido por estos chismes de palacio. ¿Quién ha ganado? ¿La oposición triunfará, porque un escritor desaparezca del campo de la discusión? ¡Brava necedad! Pero Rosas, vuestro aliado en esta empresa, se ha librado de un *cototo*, que con *El Nacional* de Montevideo, el de Francia, *El Constitucional*, *La Democracia Pacífica*, *El Indicador* y otros diarios liberales del mundo, no le dejan descansar. ¡Así os mata, liberales, oposición, con vuestras propias armas, con vuestra propia pluma! Porque las palabras libertad, *oposición* y prensa libre, son sus tres enemigos capitales, su demonio, su mundo y su

carne. Exterminarlos, ahogarlos en donde pueda, esta es su empresa, su sueño, su El Dorado. ¡Servid, pues, a Rosas creyendo servir a un interés mezquino y momentáneo; apagad con vuestras propias manos uno de los focos de oposición a la esclavitud, a la tiranía, porque oponiéndose a la tiranía en un punto, se opone en todos!

Veremos las publicaciones rosistas en Chile; qué principios defienden, qué doctrinas; y veremos si son las del *Progreso*. ¡Lástima es que todos estos escritos no pasen la cordillera! Es notable que el enviado de Rosas traiga la discusión a Chile, y no la lleve a su propio país, que es donde se necesita; que venga a aprovecharse aquí de la libertad de imprenta para defender al mismo que ha abolido la libertad de imprenta. ¿Para qué se han degollado tantas víctimas, si al fin se había de apelar al recurso de la razón y al convencimiento?

Lo que hay de verdad, es que en los escritos de la prensa de estos días, se descubre de a leguas la influencia de Rosas; la mano no se hará esperar, el oro brillará.

Por conclusión, diremos al *Siglo* de ayer dos cosas: Primero, que no hemos *recibido órdenes del gobierno* sobre el espíritu que la redacción muestra sobre las cuestiones argentinas; segundo, que *El Progreso* no se ha ocupado de la persona del agente de Rosas, sino de la naturaleza del gobierno que viene a representar; y que el decir lo contrario puede muy bien cuadrar con los intereses mezquinos y puramente *personales* de los redactores del *Siglo*, sin dejar por eso de ser una imputación la que se nos hace, y que todos los que leen *El Progreso* están en el caso de apreciar.

Mientras tanto, en la oficina de correos, están doce fardos de gacetas venidas de Buenos Aires para principiar la propaganda. Después del *Times*, no hay diario que circule más que *La Gaceta*; todos los buques que salen del Río de la Plata van cargados de paquetes de diarios en todos los idiomas para

derramar por todo el mundo. *La Gaceta* se distribuye gratis con el mismo empeño que las sociedades bíblicas ponen en propagar las Santas Escrituras. Rosas compra escritores, como el diablo compra a los mortales, en cuerpo y alma; conciencia, honor, opinión, voluntad, lenguaje, todo le pertenece; en cambio, el oro se les prodiga a manos llenas. El redactor de *La Gaceta* de Buenos Aires gana cien mil pesos papel al año; es decir, un poco menos que el Presidente de la República de Chile. Su casa está mejor montada que la de un plenipotenciario europeo, y se solicita el honor de verlo. En Francia, *La Presse* está dotada con una gruesa suma; *El Correo de Ultramar* se vendió hace seis meses, y este pacto se ha publicado por los diarios. El gobierno que maneja esta gran máquina cuyas ruedas están en Europa y en América, ¿no pondrá en Chile una ruedita; en Chile, donde hay constitución, libertad de imprenta, oposición; en Chile, donde no se degüella como él lo hace? Después de presenciar las maniobras que estamos notando, los aparejos que se aderezan, las catapultas que se asestan, ¿entrará *El Araucano* a amonestar a la prensa que no diga nada de lo que pasa, que contemple al huésped de la nación? ¿Y ha contemplado *El Araucano* la influencia que su artículo va a tener en el Plata, donde tantos intereses se ventilan, donde *La Gaceta* lo presentará dentro de quince días (al día siguiente, el domingo, salió para Buenos Aires el chasque despachado por la legación) como una muestra de las simpatías del pueblo y gobierno chilenos por Rosas? ¡Imprudentes!

¿Por qué nos ataca El Siglo? (*Progreso* de 1.º de mayo de 1845)

El Siglo tiene una habilidad incontestable para tocar a fuego contra *El Progreso*. Al arribo tanto tiempo esperado del enviado de Buenos Aires, nada ha visto, sino a *El Progreso*. Vamos a ver cómo se fragua el enredo. *El Araucano* es oficial, *El Progreso* semioficial. El primero es diario del gobierno, el otro es el del ministerio. Esta es una insinuación al enviado, para que sepa que el ministro es el enemigo de Rosas, pero que el gobierno no. Si aún le quedase duda, *El Siglo* añadirá: «al notar las íntimas relaciones del señor Montt con el redactor de *El Progreso*, se empieza a olfatear en estas relaciones de pura amistad, las que ligaron a Portales y Pardo»; solo si que el señor Montt es un Portalito, y el redactor de *El Progreso* un Pardito del tamaño de una avellana. Nuevo aviso al enviado para que esté en guardia. Pero no para ahí la cosa. Sábese que «el gobierno ha expedido orden al redactor de *El Progreso* para que modere sus picantes alusiones. Si es así, alabamos la conducta ilustrada del señor Montt, que no dudamos se hará obedecer». En cuanto a obedecer, ya sabemos la regla, *respeto, pero no obedezco*. Acordarase el lector que al principio era uno el gobierno y otro el ministro, cada uno con un órgano. Ahora, suponiéndole al gobierno una arbitrariedad, hace gobierno al señor Montt, cuyas relaciones íntimas con el redactor de *El Progreso* le hacían olfatear que el ministro tiene arte y parte en

el lenguaje de *El Progreso*. Si se quieren más lindezas, *El Siglo*, por la primera vez de su vida, ha hallado algo ilustrado y digno en la conducta del señor Montt. ¡Gracias a Dios! ¿Qué es lo que tan ilustrado y digno halla *El Siglo*? Una violación de la Constitución, un golpe de estado, una orden expedida a un diarista para que no diga lo que el gobierno no quiere. Mañana, bajo este mismo principio, el gobierno va a *expedir una orden* a los redactores de *El Siglo* para que moderen sus ataques al ministerio. Si así sucede, alabaremos la conducta *digna e ilustrada* del señor Montt, que *no dudamos* se hará obedecer. ¡Qué niños tan divertidos son estos que la echan de liberales! Nueva insinuación al enviado: en Chile como en Buenos Aires, se expiden órdenes a los redactores de los diarios; luego el gobierno es responsable de todo lo que se escribe; porque si se escribe, es porque se han descuidado en expedir la orden. Pida, pues, el enviado que se expida la orden, y añada en su comunicación: «espero de la conducta *ilustrada y digna* del señor ministro *que se hará obedecer*».

¿Queréis todavía más agudezas? ¡Oíd! «El gabinete —dice *El Siglo*—, o más bien *El Progreso* no ha desplegado al advenimiento del enviado ni los comedimientos debidos, etc.». Ya lo veis, lo mismo es gabinete que *Progreso*; el redactor de *El Progreso* está en íntima relación con el ministro, el diario del gobierno ha reprobado la conducta del diario del ministro, el gobierno ha *expedido órdenes* para que el diario del ministro modere sus picantes alusiones, y se le dan al ministro, sin embargo, las gracias por *conducta tan ilustrada*. ¿Qué dirá el enviado de todo este quirigay? Nada; que son unos destornillados los que ensartan todos estos desatinos, y que se burlan del país y del sentido común. Pero la burla es más pesada en este fragmento de *El Siglo*: «Para sacar todos los partidos posibles del ilustre huésped que se presenta en nuestra casa, etc.». ¡Qué! ¿*ilustre* habéis dicho? ¿Qué es lo que lo ha ilustrado? ¿Alguna obra literaria? ¿Alguna hazaña

guerrera? ¿Algún tratado celebrado? ¿*Ilustre* el enviado de Rosas, el representante en Chile *de la política maquiavélica y horriblemente despótica del Nerón argentino*, según lo dice el mismo *Siglo*? ¿Puede darse atolondramiento y degradación igual a la de llamar ilustre a un hombre que será buen hombre, un hombre respetable cuando más? ¿Se ha oído llamar en su vida don Baldomero García ilustré? ¡Solo que *El Siglo* llame ilustre al representante del *ilustre restaurador de las leyes* por esto solo! ¡Qué majaderos!

Aquí tenemos a *El Siglo* haciendo la corte a un enviado, prodigándole cortesías, llamándole ilustre, magnífico, estupendo; pidiendo en su favor que se *impartan órdenes*, y esperando *que se hagan obedecer*. ¿Qué mérito ha contraído el enviado con *El Siglo* que deshonra, desacredita, calumnia a cada paso a su propio gobierno? El mérito singular de ser hostil a los intereses, opiniones e ideas de *El Progreso*. He aquí todo el misterio.

Se llamaba semioficial al *Progreso* para comprometer a su gobierno con el extranjero. Se insinuará que el ministro tiene connivencias con el redactor del *Progreso*, para hacer responsable al gobierno de los ataques de la prensa libre. ¡Traición! Se aprueba que el gobierno *expida órdenes* a la prensa, suponiendo que en Chile la prensa es manejada y vigilada por el gobierno, contra la constitución, contra la libertad de imprenta. ¡Traición! Se dan armas al enviado del país que está en hostilidad con Chile; se le sugieren medios, expedientes. ¡Traición! Se renuncia a toda dignidad nacional, llamando ilustre al enviado de Rosas. ¡Traición!

Se aconseja al gobierno que ahogue como Rosas la libertad de imprenta, en beneficio del que hasta hoy es enemigo de Chile, y lo será mientras no se restablezcan las relaciones amigables. ¡Traición!

¿Qué se nos imputaría a nosotros? ¿Que hemos recibido sin

afección al enviado del gobierno que ha despreciado los reclamos del nuestro durante ocho años, según el decreto de clausura del comercio? El decreto dice: «considerando las tropelías, violencias y ataques a las personas de los chilenos, etc...».

¿Que hemos recibido mal al agente que viene a Chile cuando a su gobierno le ha convenido para su política, y no para los intereses de Chile, haciéndolo detenerse en Mendoza para inutilizar e imposibilitar todo arreglo comercial? ¡Cierto!

¿Que hemos recibido mal al agente del gobierno que en su mensaje ha dicho: «el gobierno se ha esforzado en medio de la guerra (en 8 años no se ha movido), se ha esforzado por acreditar al de la República de Chile sus sinceros deseos de resolver con franca benevolencia, los puntos convenientes para la conservación de las amigables y fraternales relaciones entre ambos estados»? ¿Qué puntos convenientes son estos? ¿Abrir el comercio? ¿Por qué se ha esperado en Mendoza a que se cierre la cordillera? ¿Que la prensa no ataque su tiranía? Ya tiene un auxiliar en *El Siglo*.

¿Que hemos usado de la libertad de imprenta para manifestar nuestra hostilidad contra sus encarnizados enemigos? ¡Cierto!

¿Que comprometemos al país con el uso de la libertad de imprenta, como lo sugiere *El Siglo*, asociando al gobierno a nuestras ideas? Pero entonces destrúyase la libertad de imprenta, como lo pide *El Siglo*, e impártase órdenes del ministerio, como lo aconseja y aprueba *El Siglo*, que solo esta vez halla digna e ilustrada la conducta del ministro Montt. ¿Será ilustre el ministro Montt? ¿El Presidente de Chile es ilustre para *El Siglo*? Contéstenos.

Anuncio de la «Vida de Quiroga» (*Progreso* de 1.º de mayo de 1845)

Señores editores de *El Progreso*:

Tengan ustedes la bondad de franquearme las columnas del folletín para dar publicidad a los adjuntos manuscritos, que pueden, por la rareza de ciertos detalles, interesar a los lectores a quienes momentáneamente privaría de más razonado y agradable alimento para su curiosidad. Un interés del momento, premioso y urgente a mi juicio, me hace trazar rápidamente un cuadro que había creído poder presentar algún día, tan acabado como me fuese posible. He creído necesario hacinar sobre el papel mis ideas tales como se me presentan, sacrificando toda pretensión literaria a la necesidad de atajar un mal que puede ser trascendental para nosotros. Intereses mezquinos y de circunstancias, rencillas de periodistas, y propósitos de partido, tienden a sublevar pasiones y celos que con el designio manifiesto de comprometer a un individuo ante la opinión pública, no van a nada menos que a levantar en Chile ecos al bárbaro sistema de Rosas. Los emigrados argentinos en Chile han tenido un consuelo en su destierro, y es la seguridad de que la opinión pública en Chile estaba uniforme en creer que andaban padeciendo por una santa y noble causa. Esta satisfacción les bastaba, y al público, a la sociedad de sus huéspedes, solo podían pedirles respeto por la desgracia. En

Chile no ha habido hasta hoy ecos rosistas; y la prensa que sobre todo está dividida en pareceres, ha estado de acuerdo en este solo punto: ¡execración al monstruo! Esta misma uniformidad, empero, parece convertirse hoy en nuestro daño. Todas las naciones que están en contacto, tienen mutuamente preocupaciones nacionales, y habiendo interés en malquistar a un corto número de individuos, no faltarán hombres poco delicados que intenten revivir contra ellos aquellas preocupaciones, y asociarse a todo lo que les daña o molesta. Hoy están representados en Chile los intereses de Rosas, y aunque el pudor estorbe declararse partidarios de aquel bárbaro, no se deja por eso de llamar *ilustre* a su representante, que cuando más será un buen hombre, e infames a los que se conmueven a la vista de los emblemas de persecución que con menoscabo de la dignidad del país ostenta; pero de las simpatías personales, se pasa a las de ideas, por un ascenso insensible, y no se quiere al *can sin querer al rabadán*; así lo ha consignado al menos la experiencia de las naciones.

Llega, pues, el momento en Chile, en que los intereses de Rosas van a insinuarse y presentarse descaradamente. Se habla de comprar prensas y de ganar escritores. Algunos de nosotros podríamos en buena hora sacrificar una posición social, bien efímera por cierto; pero lo único a que no nos resignaremos, es a que se ponga en duda la atrocidad del gobierno de Rosas, y por tanto, la injusticia de la persecución que hasta aquí nos alcanza; porque esa duda nos despojaría de la consideración que a la emigración argentina en general acuerdan los chilenos en cuanto a la justicia de su causa.

Escritores impertinentes sugieren que queremos comprometer al país en una guerra con Rosas. Con mejores motivos que ellos, sabemos que una guerra es imposible; porque nunca habrá comprometidos intereses tan grandes entre Chile y la República Argentina, que valgan la pena de

desprender doce mil hombres, y hacerles atravesar la América de mar a mar. Las legiones de Rosas tampoco invadirán a Chile por razones análogas. No se gastan veinte millones para realizar una quimera. Si Rosas desatiende los reclamos de Chile, Chile tiene derecho a despreciar sus ofensas, porque vienen de un gobierno bárbaro, y su honor no está en manera ninguna comprometido. Pero Rosas puede, sin ejércitos, hacer moralmente a Chile males incalculables. En el mero hecho de justificar ante la opinión en Chile sus atentados, sus violencias, su sistema de gobierno, ¿no hay ya un ataque a las formas de gobierno y a las costumbres chilenas? ¿El presentarse su agente en Chile con un letrero *imueran los salvajes unitarios!* no es ya un ataque a las garantías que asegura la Constitución en Chile? ¡Qué! ¿Es legítimo en Chile matar a los unitarios? ¿Era necesario, indispensable para el descargo del enviado, que sus criados anduviesen por las calles con este reto y este desafuero emblemático?

Por otra parte, ¿la forma de gobierno de Chile tiene analogías con la establecida por Rosas, o son los dos polos antipáticos en que se mueve el mundo? ¿Qué quieren los chilenos? ¿Garantías? Rosas las ha destruido. ¿Libertad? Rosas ha creado y formulado el despotismo. ¿Prensa, discusión? Rosas la ha ahogado. ¿Oposición constitucional? Rosas ha degollado a todos sus opositores, no en los campos de batalla, sino en sus casas, en medio de sus ocupaciones, en las calles. ¿Hay antagonismo entre Chile y Rosas? ¿Quién puedo negarlo? ¿Descartan los chilenos que sus vecinos gozasen de las garantías, de la libertad que ellos gozan? ¿Quién lo negará? ¿Deseará Rosas que en Chile no hubiese nada de lo que tanto trabajo y tantos crímenes le ha costado ahogar en su país? ¿Quién sin negarse a la luz, lo desconocerá? Hay, pues, malquerencia entre Chile y Rosas; hay antipatía, incompatibilidad natural. Ahora, yo pregunto, ¿hay unanimidad de intereses, simpatías, compatibilidad entre los argentinos a

quienes Rosas persigue porque no aceptan su despotismo, y Chile, que en todas sus instituciones se ha premunido contra ese mismo despotismo? Luego, Chile que tiene la libertad y las garantías, tiene mancomunidad de causa con los que nada piden a Rosas, sino esa libertad y esas mismas garantías.

Pero lo que solo la ceguera y la ignorancia puede ocultar, es que no hay ideas ni principios que no trabajen por extender la esfera de su acción. Chile con sus garantías constitucionales y su prensa libre, ejerce una poderosa influencia sobre los demás estados. Si sus diarios penetrasen en la República Argentina sin ocuparse jamás de Rosas, bastaría para convulsionarla el espectáculo de la libertad chilena. Esta es la obra de la prensa de todo el mundo. Cuando Norteamérica hizo su revolución, la Francia se convulsionó; a la Francia imitó la España; a la España, la América toda. ¿Qué pediría Rosas a Chile, si le fuera dado escoger? ¿No sería primero el sacrificio de su libertad de imprenta? ¿Es absurdo? Pero más absurdo es su gobierno, y existe sin embargo.

Creo inútil abundar en razones que solo las pasiones pueden oscurecer. La justificación de Rosas comienza ya, su influencia empieza en Chile desde que su nombre y sus intereses, hoy representados oficialmente, se mezclan en todas las cosas, en la oposición como en la defensa del gobierno. Rosas justificado, sus enemigos cambian de posición en la opinión pública. Los millares de emigrados argentinos residentes en Chile están comprometidos. Yo me encargaré de su justificación; otros me secundarán. Aquí hay el interés de propia conservación, unido a los intereses más grandes de la humanidad, intereses que ni son chilenos ni argentinos, porque no hay justicia chilena que no sea argentina. La justicia es de Dios; la libertad, el patrimonio más precioso del hombre.

Para arribar a este objeto, para santificar nuestra causa, publico los apuntes adjuntos. Llamo a quien quiera a poner en duda la verdad fundamental de su contenido.

Interés de Chile en la cuestión del Plata (*Progreso* de 8 de mayo de 1845)

Los artículos de *La Gaceta* que hoy comenzamos a publicar, deben llamar la atención de aquellos que comprenden hasta dónde tenemos intereses mezclados con las cuestiones argentinas, y cuánto nos importa saber cuál es el encargo real que Rosas ha debido dar al agente que ha puesto entre nosotros.

Hay hombres candorosos que se figuran que este enviado viene a tratar las cuestiones mercantiles del camino de los Andes, y que repiten cuatro sandeces a este respecto, porque la prensa no ponga obstáculos a tan útil resultado; creyendo, como es cierto, que esta vía de cambios mercantiles es un vehículo necesario y muy benéfico para el gobierno de Chile. Pero lo que estos hombres no saben, es que Rosas no entrará en arreglo alguno a este respecto, sino en cambio de otras medidas tomadas por nuestro gobierno, que aquel tirano empieza ya a creer indispensables para apoyarse. ¿Cuáles son estas medidas? No lo sabemos. Lo que sabemos es, que a nadie como a él le interesa más la incomunicación de las plazas de Chile con los pueblos de Cuyo, porque esta incomunicación hace pasar por sus aduanas todo lo que estos pueblos consuman y que antes pasaba por la de Valparaíso. Un

administrador bárbaro como él, interesado en nada más que en recoger dinero para su ejército, que no forma una sola mira de utilidad para el porvenir de su país, no es capaz de comprender ni de apoyar una medida que, si bien es muy útil para Chile y Mendoza, es por ahora ruinosa para su caja militar. El tratado, pues, que repusiera el comercio de Cuyo en el estado anterior al decreto que lo suspendió, no puede tener lugar ni ser aceptado por Rosas, sino en el caso en que sus apuros sean tales, que le convenga captarse a todo trance el apoyo del gobierno de Chile.

Ahora, pues, entremos a considerar si este paso no ocasionaría a nuestro país un perjuicio mil veces más lamentable y triste que la incomunicación con Cuyo; mil veces más ignominioso que el último acto de abnegación de la dignidad nacional. ¡Dios mío! ¡Chile, la república que sirve de modelo a la América española, aliada y apoyo de un Rosas! El absurdo es tan resaltante y tan claro, que solo la paridad de ambos nombres puestos sobre el papel, asusta y debe horrorizar a cualquiera que sepa que una nación, lo mismo que un hombre, no puede dar el brazo a un forajido sin escandalizar a la sociedad.

Los artículos de Rosas que insertamos, nos servirán para rastrear cuáles pueden ser las miras que su política se propone realizar entre nosotros por medio de su legación.

Antes de todo, es preciso tener presente que el gobierno de Buenos Aires no es un gobierno como otro cualquiera de los que tienen desahogo para gastar anualmente miles de pesos en embajadas que no tienen que recabar resultados vitales, sino meramente dar manifestaciones de buena armonía. El gobierno de Buenos Aires tiene que sostener cuatro ejércitos, una escuadrilla, y mil otros gastos premiosos, de los que depende su existencia; y todo esto tiene que hacerlo en medio de la consunción de todo comercio y de toda industria nacional, en medio del aniquilamiento de la población, en medio de la

pobreza más espantosa de todo el país. Cualquiera, pues, que sepa apreciar estos datos, y que al mismo tiempo le vea gastar anualmente 118.000 pesos de papel, caudal bastante crecido para él, en una legación enviada a Chile, ¿creerá que semejante legación no tiene otro fin que abrir una vía de comunicación por la cual va a perder otra gran suma que no entrará ya por las aduanas de Buenos Aires sino por las de Valparaíso?... Los redactores de *El Progreso* solamente pueden asegurar que estamos en un siglo en que ya no hay inocentes, ni misterios que puedan escaparse al ojo penetrante que la prensa puede introducir en todas las cuestiones, apoyada en datos casi infalibles.

Nosotros aseguramos una de estas dos cosas: primera, que el gobierno de Buenos Aires está resuelto a no abrir la vía mercantil de Cuyo; segunda, que si la abre, no será sino después de haber obtenido un apoyo efectivo para sus miras, que le disminuya los crueles apuros de que sus mismos periódicos nos dan una idea. A este respecto, entraremos después en más detalles; por ahora nos conviene adelantar ciertas observaciones de un interés inmediato y vital.

Los periódicos que copiamos, muestran a Rosas dominado hasta el temor por la idea de que pronto va a realizarse una intervención armada de potencias europeas, sobre cuestiones que él ha escrito con sangre y presentado en horribles caracteres al mundo entero. Este insigne bárbaro se apoya en el derecho de gentes y en los deberes de la neutralidad, para gritar impotentemente contra el brazo que lo amenaza, sin ver que un gobernante que usa del poder como un forajido, como un salteador, no tiene derecho en qué asilarse, y que no hay libro ni doctor que no sepa que la humanidad tiene en estos casos, un derecho innegable para derribar al inicuo que se ha burlado por largo tiempo de todos los derechos y los intereses de la justicia y de la moral.

En este estado, se figura ahora que los pueblos americanos

a quienes con más insolencia ha vejado, pueden alucinarse al oírle proclamar falazmente las voces de sentimiento americano, independencia del continente, y otros gritos como este, que largos años de experiencias han mostrado que en la República Argentina equivalen a barbarie y matanzas; se figura que los pueblos cultos, como Chile y Bolivia, puedan simpatizar con una causa que no solo tiene en su contra a la Europa, sino a toda la América, que ve que su lema, el lema de su bandera y de sus agentes, significa la independencia de toda moral, de todo respeto, de toda justicia, de toda decencia; en fin, que es un *imueran a degüello!* ostentado en nombre de la pobre América en las calles de la culta capital de Chile. ¡Miren qué cuestión para que nuestro gobierno, nuestra prensa y nuestra opinión pública, simpaticen con ella y con el bárbaro que la propone!

Todo lo que hay de cierto, es que en las orillas del Plata se prepara un drama nuevo y desconocido, algo del verdadero congreso americano; es decir, un arreglo hecho conforme a los intereses de la Europa y de la civilización americana. Naciones europeas de primer orden vienen allí a decidir de la suerte de tres repúblicas. ¿Nada tiene que ver Chile en esto? La república más culta y más respetable de las que cuenta la América, limítrofe, además, de las provincias de cuya suerte se trata, ¿renunciará al papel que le corresponde en decisiones de tan alta magnitud?

Nosotros no podemos negar que tenemos muchas dudas sobre el resultado de la intervención europea; no porque supongamos miras hostiles en gabinetes que no tienen hoy otro interés que el de asegurar los progresos sociales de aquellos países, para ver progresar sus intereses mercantiles; sino porque tememos que mal informados de las necesidades y espíritu propio que tiene la sociedad americana, y de los accidentes políticos que deben siempre dominar en los republicanos del Plata, caigan esos gobiernos en algún error

funesto, muy propio de las preocupaciones que entre ellos predominan, y que este paso encienda por toda la América un fuego inextinguible. ¿Será imposible que intenten dar a la República Argentina un rey europeo, como a la Grecia en un caso análogo? El Brasil, la Inglaterra y la Francia no deben andar muy lejos de esta preocupación.

Creemos que hay muchos intereses americanos, y tanto como americanos, chilenos que llaman a nuestro gobierno a tomar su asiento en las conferencias del Plata. Si este gobierno comprende su deber, debe ir allí con la firme resolución de derribar al tirano que ha provocado estas funestas cuestiones, y responder él por el honor de la América mancillado por este, que debe saber que de Chile solo puede esperar un lugar en Juan Fernández, porque el de Chillán [\[9\]](#) es demasiado para él.

El sistema de Rosas

(*Progreso* de 28 de mayo de 1845)

Hemos recibido una *Gaceta* de Buenos Aires del 24 de marzo, que contiene un editorial en que se pone en duda el resultado de la misión del conde de Abrantes cerca de los gabinetes inglés y francés, que tenía por objeto recabar su cooperación para formar una triple alianza a fin de asegurar la independencia del estado Oriental y terminar la guerra asoladora que ensangrienta las riberas del Plata. Los tratamientos de *infame, traidor, pérfido*, al gabinete del Brasil sobrevienen, a cada renglón, cada vez que es necesario nombrar aquel gobierno; como los de *sanguinaria, cruel, inhumana*, dados a la misión del conde de Abrantes, nos sorprendieran, si no viésemos en este contrasentido un sistema seguido constantemente y con el más feliz éxito, para desvirtuar el sentido de las palabras, y neutralizar el efecto que causan las que a él le dirige todo el mundo civilizado. ¿Llámanle a él sanguinario y cruel? ¿Invócase contra su política bárbara la humanidad y la civilización? ¡Pues él llamará sanguinario a todos los gobiernos; inhumano y bárbaro a los gabinetes europeos; salvajes a los que se hacen matar por el cuchillo de la mazorca por ver un día reinar en su patria alguna institución que los asemeje a los pueblos civilizados! Y esto con tal tesón, con tal cinismo, que ha cansado al cabo las resistencias del sentido común, y habituado los oídos con estos

gritos insensatos. Cuando el general Lavalle se apoderó de Santa Fe, encontráronse en el archivo de gobierno centenares de cartas autógrafas de Rosas, en una de las cuales decía a López: «Su proclama de usted es eminentemente federal; pero noto que solo una vez ha usado la palabra *salvaje* cuando habla de los salvajes unitarios. Es preciso, compañero, repetirla, hasta el fastidio, hasta la saciedad. Yo sé lo que le digo, amigo».

Y efectivamente, el astuto sabía muy bien lo que le decía: a fuerza de repetirla, a fuerza de ponerla al frente de todos los documentos oficiales, a fuerza de hacerla llevar escrita como una marca en el pecho a todos los hombres, no solo ha logrado quitarle todo lo que de brutal y absurdo tiene, sino que ha logrado hacerla tolerar a las autoridades de las naciones constituidas y civilizadas, y que este insulto hecho a la decencia, sea considerado como una de las inmunidades de que gozan sus enviados. En este momento está sentado en Chile en el banco de los criminales, un ciudadano que ha tenido la noble audacia de arrancar del pecho a un negro este cartel sanguinario:

¡Mueran los salvajes inmundos unitarios!

¿Va a sufrir la pena que las leyes imponen al que ataca la propiedad ajena? ¿Va a responder por las inmunidades agredidas? Nosotros esperamos con ansiedad el fallo que va a recaer sobre el crimen de arrancar un cartel que provoca a muerte, y que viene a insultar aquí a centenares de hombres que buscaban asilo en las leyes chilenas para vivir tranquilos. Una sola observación haremos al juez que va a pronunciar en esta célebre causa, sin antecedentes en la legislación, y es que inquiera del ministerio de Relaciones Exteriores si existe en el archivo de gobierno, la nota oficial, que debe existir, en que el gobierno de Buenos Aires ha avisado a todos los de la tierra,

que una cinta colorada con este lema:

¡¡¡VIVAN LOS FEDERALES!!!

¡Mueran los salvajes inmundos unitarios!

es una insignia nacional que representa a la República Argentina y su gobierno, y por tanto, inmune y acatable. Ninguna nación puede hacer la menor alteración, ya sea en su pabellón, ya en las insignias, cucarda o escudo nacional, sin avisarlo a todas las naciones de la tierra, a fin de que el nuevo pabellón no sea tratado como bandera de piratas, y las otras señales nacionales sean reconocidas. Allanada esta diligencia, el juzgado podrá proceder a caracterizar el crimen, y discernir cuál es el criminal; si el que lleva un reto sanguinario anunciando propósitos de muerte, o el que arranca este cartel para hacer que el provocador respete las leyes del país, y no ande ultrajando y amenazando a los que aquí, como en cualquiera otra parte, tienen el derecho de apedillarse unitarios.

Pero esta es la fuerza que de sus propios excesos sacan los gobiernos despóticos y bárbaros; los otros que pertenecen a la gran familia de las naciones civilizadas, se ven embarazados con las nuevas cuestiones que el derecho bárbaro presenta. ¿Qué harán los jueces chilenos a quienes se encomiende juzgar a un reo cuyo crimen es haber llenado una disposición vigente de nuestros reglamentos de policía? Para estos gobiernos arbitrarios no hay formas reconocidas, no hay lenguaje de convención, no hay títulos ni tratamientos permanentes. Rosas se ha llamado siempre gobernador de Buenos Aires y encargado de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina; así lo han autorizado las provincias, así está consignado en todos los documentos públicos. Su enviado se presenta en Chile, y en el discurso de recepción cambia el segundo título, que es aquel con que el gobierno de Buenos

Aires se presenta a las naciones extranjeras, llamándose por la primera vez *encargado de la dirección suprema de los asuntos nacionales de la Confederación Argentina*. Como se ve, ya no es de las relaciones exteriores, sino de la dirección suprema de la nación; ya no es la federación, sino el supremo poder nacional. Este es un ascenso que ha venido a darse a Chile, que ha escogido entre las naciones para sacar su marca colorada fuera de los límites de la república.

¿Para qué este cambio de palabras y de tratamientos? ¿Es indiferente? ¿Vale tanto como el que le habían dado las provincias que lo han autorizado? ¿Por qué no conserva siempre el primero y el único legítimo? Dícese que el enviado ha notado que el Presidente en su contestación oficial no ha hecho al enviado personalmente alguna manifestación de consideración. ¿Pero qué consideraciones personales puede prometerse el enviado que, sin necesidad, sin antecedentes establecidos en las otras naciones, se presenta a una audiencia pública con un parche colorado, que aunque disimule el retrato de Rosas y los *mueras* a los *salvajes inmundos*, es mirado con horror y desprecio por todo hombre culto? Si hubiese intención en la omisión aquella, sería una lección que no debiera olvidar el enviado, de esas lecciones mudas y elocuentes que no dejan lugar a reclamos; como apretar más o menos cordialmente la mano a las personas que saludamos, muestra el grado de simpatía que nos inspiran.

El *Times* de Londres trae el artículo que publicamos, y que el *Evening Mail* repitió dándole una importancia semioficial. Es asombroso ver cómo cuesta a los europeos, tan distantes del teatro americano, y preocupados por las ideas y costumbres civilizadas, persuadirse de que atrocidades como las que forman la administración toda de don Juan Manuel Rosas, sean hechos averiguados, contestes y confesados.

Pero Rosas lo entiende, y lejos de poner en duda ninguno de los hechos que le imputa el *Times*, sin negarlos, revisa la

historia inglesa y recuerda todos los crímenes cometidos por sus reyes en las edades de barbarie que han precedido a la civilización y libertad presentes. Crímenes por crímenes. ¿queréis una lógica más concluyente? ¡Para qué disimularlo, cuando la historia presenta tan bellos ejemplos!

La Gaceta de Buenos Aires concluye sus diatribas contra el *traidor* gobierno del Brasil, concitando a los pueblos americanos a que vuelen a las márgenes del Plata a defender el americanismo de que ha desertado el Brasil, y a oponerse a la conquista de los extranjeros. Nosotros también concitamos a todos los gobiernos americanos a que acudan a Buenos Aires a amarrar la fiera americana que ha desertado de los principios, usos, leyes y formas que con la sangre y la religión nos ha legado la Europa; las concitamos a que manden sus agentes a protestar ante las potencias europeas en nombre de la América, en nombre de la civilización y de la libertad, contra el monstruo que la deshonra y la hace aparecer como un país bárbaro, como lo dice el *Times*, generalizando lo que ve en Buenos Aires a todas las otras potencias americanas. ¡No! ¡El gobierno de Rosas no representa a la América, ni sus tendencias, ni sus intereses, que son los de la civilización europea y los de la libertad! El *Times* invoca a las naciones cristianas a que vayan a defender la humanidad ultrajada a orillas del Plata; ¡nosotros convocamos a las naciones americanas a que vayan a defender allí la dignidad del nombre americano, manchada, envilecida y presentada a los ojos del mundo, por el sanguinario caudillo, como el enemigo de las instituciones libres, y el igual del árabe o el beduino!

La invitación del *Times* empero, para una triple alianza, parece que no ha tenido efecto, como no tendrá la nuestra para que nuestros gobiernos americanos acudan allí a salvar la libertad y la civilización americana, porque es preciso que del mismo mal salga el remedio, y que los decretos de la Providencia se cumplan haciendo que cada pueblo vecino se

vaya comprometiendo uno en pos de otro. El Uruguay primero; tras del Uruguay, el Paraguay; tras del Paraguay, el Brasil. El tiempo nos dirá cuál debe seguirse en la nómina de los actores que deben ir apareciendo en aquel drama americano, en el que la Francia y la Inglaterra aparecen de vez en cuando como comparsas mudos. El axioma de Chateaubriand, la política se *reduce a prever y prevenir*, no se ha hecho para pueblos de ayer.

La causa de Bedoya (*Progreso* de 2, 3 y 6 de junio de 1845)

I

Córrense rumores de que el juzgado del crimen se ha hallado un poco embarazado con la singular cuestión sometida a su fallo. No se necesita ser muy topo, en efecto, para verse cercado de incertidumbres. ¿Qué antecedentes ha de consultar un juez para expedirse con acierto? Dícese que consultó al agente fiscal, el señor Barros (hermano del señor don Diego Antonio), y que la vista no daba mayor luz.

Como para nosotros esta es una cuestión de política, diremos nuestro juicios sobre el asunto. Creemos que al quejarse el enviado de Rosas ante nuestro gobierno de haber arrancado a uno de sus sirvientes un unitario emigrado el letrado que dice: *imueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios!* el gobierno que no sabe si este hecho ha tenido lugar, ha encomendado a los tribunales ordinarios que inquieran el asunto, procedan de oficio a juzgar la causa del crimen, si lo ha habido, para que en vista de la sentencia conteste el gobierno al enviado. Si hay una cuestión de inmunidades, el juez del crimen nada tiene que ver con eso; su asunto es el crimen, lisa y llanamente. El gobierno o el ministerio de relaciones exteriores, sería quien decidiese

aquella otra cuestión. Si en lugar de quitar a un hombre un letrado, se le hubiese dado una bofetada, una puñalada, hubiese sido robado, etc., el juez del crimen juzgaría la causa del crimen ordinario, y acaso el enviado haría gestiones ante el gobierno sobre las inmunidades agredidas. Es el mismo caso que ocurre en los matrimonios mixtos, en que el juez obra según las leyes del país, aunque el cónsul de la nación a que el disidente pertenece, haga reclamos al gobierno.

Si el juez del crimen tuviese que apreciar en su juzgamiento la inmunidad, era preciso que hubiesen leyes especiales para los atentados en que esta circunstancia agravase ante el juez la ofensa.

El juzgado civil solo puede, pues, entender en el caso ordinario de la injuria, y aplicar la pena que le corresponde según su gravedad ordinaria. Otra cosa sería ridícula.

En el caso presente, el crimen se reduce a haber quitado un hombre a otro un letrado que lo consideró injurioso, amenazador y humillante para él. Si le hubiese herido, si le hubiese muerto, el juez sustanciaría la causa, y aplicaría la pena que las leyes imponen al que hace una herida, al que comete un homicidio, nada más, porque no hay leyes especiales.

Ahora, si el juez *juzga* que la provocación que implica un *mueran los asquerosos unitarios*, ostentado en el pecho, justifica la leve agresión de quitarle a un hombre este letrado, sin más acto hostil, y manda que el que lleva el letrado deje de llevarlo en adelante, por provocar reyertas y turbar el orden público, el agente extranjero puede oponer su inmunidad para desobedecer al juez del crimen; porque la inmunidad no consiste en otra cosa, que en sustraer de la jurisdicción de los jueces del país a donde ha sido enviado, al agente y su servidumbre. El juez en este caso, y en cumplimiento de su deber, mandaría que el reo acusador no llevase la cinta, etc.;

pero no podría hacerla cumplir, porque el reo no está bajo su jurisdicción. El gobierno en vista de la causa, obraría según fuese de derecho; porque las cuestiones de inmunidades no se debaten ante los tribunales ordinarios, sino entre los ministros.

El año pasado, en el mes de marzo, si mal no nos acordamos, ocurrió en Río de Janeiro un suceso muy ruidoso, que puede ilustrar esta sencilla y vulgar cuestión. Un buque extranjero había capturado un negrero en la bahía, y se preparaba a salir con su presa. El gobierno manda apuntar la artillería de las fortalezas sobre el buque de guerra, y la orden de echarlo a pique si persiste en salir. Fue aquel un momento de alarma y de conmoción. Mientras que esto sucedía, el hijo del agente, a cuya nación pertenecía el buque de guerra, y su propio secretario, andaba a caballo en los alrededores de la ciudad y recibió un palo en la cabeza. Aprehendido el agresor, fue sentenciado por el juez ordinario a pagar la curación y a tantos días de prisión, según la ley del caso. El enviado siguió instancia con el ministro de relaciones exteriores en el supuesto de que aquella agresión no era un crimen ordinario, sino efecto de un movimiento popular, y como tal una injuria nacional. El asunto se arregló amigablemente. La historia de este acontecimiento debe encontrarse en *O sentinela da monarquia*.

El hijo del general Alvear, enviado de Rosas a Norteamérica, recibió el año pasado un tajo en la cara en el paseo, hecho por un vecino que se creía ofendido. Los tribunales juzgaron el crimen, y fallaron como en los casos ordinarios, sin que haya habido cuestión de ningún género sobre aquel suceso.

Si en el rapto de la cinta hay algo de internacional, eso no incumbe al juez ordinario decidirlo ni juzgarlo; allá se las avengan el ministro de relaciones exteriores y el enviado. Para el juez no hay más cuestión que la de precisar el hecho y juzgar el delito por las leyes ordinarias. ¿Hay agresión entre dos individuos? ¿Cuál es el agresor? ¿Qué importancia tiene? ¿Qué

la atenúa? ¿Qué ley la condena, y a qué pena? He aquí lo que es del resorte de la justicia. Lo que de ahí salga pudiera dar, si no nos engañamos, un sentido falso y lugar a comentarios inútiles, porque la causa de la cinta puede llegar a ser *una causa celebre*.

II

Mostramos ayer cómo no incumbía a las justicias ordinarias apreciar en la acción del señor Bedoya otra cosa que el delito ordinario que ella supone envolver, un hombre que quita a otro un objeto.

Puede muy bien ser que pudiendo tener trascendencia política aquel juzgamiento, conviniese dejar constancia por escrito de lo obrado; pero en manera ninguna sacar el procedimiento de las fórmulas que corresponden a casos análogos y prescritos por la ley, porque el juez para hacerlo entraría en el inmenso e incierto campo de lo arbitrario. Estando mandado en Chile que toda sentencia se funde en ley, ¿qué ley va a citarse para condenar a tal pena al hombre que quitó a otro un letrero que lo injuriaba? ¿Qué habría hecho el juez si la ocurrencia hubiera tenido lugar entre dos mujeres, dos artesanos, un caballero y un sirviente? ¿Hay en el caso del letrero, *imueran los salvajes asquerosos unitarios!* caso de inmunidad del que lo lleva? Pero, ¡hasta cuándo se tergiversan las palabras! La inmunidad salva en ciertos casos determinados a un doméstico de legación de ser juzgado por las justicias ordinarias, pero no lo pone a cubierto de las violencias a que él, como cualquier ciudadano, está expuesto. Si estas ocurrencias fueran asuntos internacionales, sería preciso que anduviesen con un rótulo todos los *inmunes*, y además una guardia para que no se lo asentasen las moscas. ¿Dirase que el rótulo

imueran los asquerosos unitarios! es para eso, para que se conozca a un servidor de don Juan Manuel Rosas, y se aparten de su camino los ciudadanos chilenos, a la vista de la mazorca, de las insignias de sangre y los propósitos de matanzas? Pero un juez ordinario no tiene que ver con esos jeroglíficos que la ley no lo permite comprender. Por otra parte, ¿qué diría el juez en su sentencia al juzgar el extraño crimen de que se acusa a un reo que dice: «señor, yo estoy bajo las leyes chilenas, huyendo precisamente de ser degollado en mi país por unitario; he visto correr la sangre de mis deudos, de mis amigos, en las calles, en el seno de la familia, por medio de los suplicios más brutales que han deshonrado hasta hoy la humanidad: castrados, quemados vivos, degollados, mutilados; y cuando creía estar bajo la salvaguarda de las leyes del país, se me pone por delante un hombre que trae en caracteres visibles este lema sanguinario: *imueran los salvajes asquerosos unitarios!* y no lo he muerto como las pasiones rencorosas de estos ultrajes indignos lo aconsejan, como los recuerdos de los millares de muertes y las inauditas atrocidades que este lema representa lo aconsejan; no he dado de golpes al innoble y osado portador de esta injuria que me es personal y directa; no he infringido ley alguna, contándome solo con quitar el letrero ultrajante del lugar donde lo vi, premunido de una ley de policía que prohíbe la instalación de estos carteles inmorales que turban la tranquilidad pública; y soy preso y juzgado por una tramitación inusitada para las ofensas leves, dando el carácter de injuria grave, que no tiene, a una injuria hecha a un criado, injuria que consiste en quitarle un pedazo de trapo sangriento? ¿Qué más me hubieran hecho si a este criado negro le hubiera dado una bofetada?». ¿El juez va a decir: castigo a este reo por haber quitado un letrero que lo difama y ultraja? Pues que no puede ignorar que él es uno de esos asquerosos salvajes unitarios a quienes se anda brindando la muerte en un país constituido, donde solo el juez, y eso temblándole la mano y escudado por

la sanción de la ley, puede decir: ¡muera un hombre! ¿El juez no comprende que haya insulto, provocación, en aquellas inicuas palabras? Pero el reo lo comprende; ¡porque a él se dirigen, porque le traen recuerdos dolorosos, porque sublevan, a pesar suyo, sus pasiones, porque siente la tentación de vengarse, porque, en fin, es hombre, y la sangre le bulle en las venas cuando sensaciones horribles vienen a turbar su movimiento regular! Condénase, pues, a doscientos unitarios que están asilados en Chile, a pasar hirviendo de cólera y reprimiéndose por el lado de los negros de don Baldomero García, que les van diciendo en un letrero *ad hoc*: *¡muera, salvajes, asquerosos unitarios!* ¡Tolerad aquí como allá que os insultemos; así lo ha dispuesto don Baldomero, que no lleva el letrero por aseo, porque al fin es un hombre decente; por vergüenza, porque conserva el pudor; pero lo ha puesto a sus criados, como una piedra de escándalo, un lazo en que han de caer los emigrados, los jueces, los ministros, la nación, la política, los intereses de todos! ¡En hora buena, que sea así, justicia de Dios! pero repetimos que al juez ordinario no incumbe nada de estas altas consideraciones, si no juzgar sobre el delito ordinario que se presenta en su juzgado. Allá el gobierno sabrá lo que lo toca hacer.

III

Después de lo que sobre este asunto hemos dicho, nada nos queda que añadir mientras el juicio pendiente no se termine. Temeríamos que se nos acusase de intrusión en materias puramente judiciales.

Nos es grato, sin embargo, observar la unanimidad de la prensa en defender las garantías nacionales, y el respeto debido a la constitución y a las leyes del país, agredido del

modo más insólito por los que ostentan un *imueran!* subversivo de todas nuestras instituciones. *El Mercurio* se ha manifestado en el sentido de la justicia y del honor nacional; *El Siglo* no ha sido indiferente a esta cuestión, y *La Gaceta* de Valparaíso ha protestado con calor y decisión. «Si es verdad —dice— que este *imueran los salvajes asquerosos unitarios!* es un lema nacional del cual no puede prescindir ninguno de los empleados argentinos, ¿por qué lo omite el ministro de la legación, y lo considera digno solamente para que lo lleve pegado a su casaca el más ruin plebeyo de su servidumbre?». Esta observación es capital, y merece ser considerada.

El enviado que se cree injuriado por habérsele quitado a un negro suyo este lema injurioso e infame, no se ha atrevido a llevarlo él mismo, y contra las prácticas brutales de su gobierno, él se ha contentado con atar a su botonadura una inofensiva cinta colorada.

Puede, pues, el señor Bedoya honrarse con su *atentado*. Ha quitado un letrero concebido por las pasiones infernales de un malvado, cuyo ministro mismo tiene vergüenza de llevarlo. La prensa nacional y los hombres sensatos del país le mandan sus simpatías.

Lo que a Rosas
debe la América del Sur
(*Progreso* de 13 de junio de 1845)

El artículo que del *Times* transcribió *El Mercurio* de ayer, muestra que al fin penetra por entero en Europa y en sus gabinetes la horrorosa verdad en cuanto al sistema atroz de don Juan Manuel Rosas. ¡Cuáles no deben ser las amarguras y la humillación que sufren sus satélites al leer diariamente ese grito unánime de execración que de todas partes cae sobre sus cabezas! La prensa de Chile está hoy dividida en espíritu, objetos y fines enteramente opuestos; pero cuando tiene que nombrar a Rosas, el voto es unánime, la maldición común.

«Si nuestro objeto —dice el *Times*— fuese meramente excitar el horror y la indignación del público, tanto en este país, como en el resto de la Europa, haciendo una relación de las atrocidades a que ha dado lugar la guerra civil en la América del Sur, no nos faltarían materiales con que extender el largo catálogo de crímenes que pusimos delante del público en otra ocasión; y podríamos fácilmente demostrar también, que semejantes actos de barbarie, sin ejemplo en el mundo, justificarían ampliamente, no solo una vigorosa intervención, sino también el condigno castigo de sus autores. Pero ningún deseo nos anima de demorarnos sobre los horribles detalles de estos sangrientos conflictos, o de manchar nuestras columnas

con la mención de crímenes que es imposible narrar en el lenguaje más llano posible, sin acusarnos de exageración. La manera como se han conducido estas guerras es increíble para la Europa civilizada. Semejantes atrocidades pertenecen a un estado salvaje e imperfecto de sociedad».

¡He aquí el lenguaje de los diarios de Europa, y los juicios que don Juan Manuel Rosas hace recaer sobre la América del Sur entera! ¡Esto es lo que ella le debe por su americanismo heroico al ilustre defensor de la independencia americana! ¡No! En nombre de esa América del Sur tan despreciada hoy en Europa, debemos decir que no es ella la que ha cometido esas atrocidades sin nombre ni ejemplo en la historia; que no es un pueblo el que ha hecho del degüello un sistema de ejecución; que no es un estado americano el que castra a los hombres antes de degollarlos; el que hace arrancar la lengua con tenazas al que se ha quejado; es un hombre, es Rosas quien ha ordenado todos estos atentados; que tiene un cuerpo de asesinos organizado para cometer delitos; quien ha dado a sus generales instrucciones para ultrajar la naturaleza humana antes de destruirla. Es un hombre solo el responsable de esos crímenes que tienen espantado al mundo; lo son sus colaboradores, los que prestan su nombre a las exigencias de aquel malvado. Ya tenemos en Chile preso a un ciudadano porque quitó de la vista ese lema sanguinario con que se propone familiarizar a todos con la imagen de la muerte y del crimen. Don Baldomero García debe estar muy satisfecho de su obra; un día podrá presentarse a la faz de sus conciudadanos y de la América entera, y levantar alta, bien alta la frente, y decir lleno de orgullo:

Yo, servidor fiel de Rosas, llevé a un estado libre y constitucional este moral, civilizador, decente letrado:

¡Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios!

Yo lo hice pasear orgullosamente por las calles de la culta Santiago; y si un miserable tuvo la osadía de quitarlo del pecho a un lacayo mío, ese miserable expió su osadía en los calabozos donde exigí que se le hiciera podrir para lavar la mancha del lema.

¡Y a don Baldomero los hombres honrados del mundo, de Chile y de todas partes, le golpearán las manos, y aprobarán acción tan digna y meritoria!

Sabemos que el enviado de Rosas en Chile recomienda al gobierno que modere el desenfreno de la prensa, sin duda por amor a las instituciones liberales. Pero el enviado debe haber observado que personas dignas de toda consideración, ciudadanos chilenos que no se han hartado de crímenes y de sangre como el gobierno que lo envía, son víctimas de la virulencia de la prensa. Suponemos que los enviados de Rosas cerca de los gobiernos de Inglaterra, Francia, Brasil y Estados Unidos, pedirán a aquellos gabinetes que enfrenen la prensa, como la ha enfrenado Rosas, como enfrena sus caballos, los azota, los viste de colorado. El gobierno puede aprovechar esta feliz coyuntura, y pedir a las cámaras que enfrenen la prensa, porque a don Juan Manuel Rosas le disgusta el bullicio, el clamoreo de la prensa, y no quiere ser perturbado. El *Times*, como *El Progreso*, como el *National*, están prontos a obedecer a estas intimaciones y aun nosotros recomendaríamos al gobierno de Chile que pidiese al enviado de Buenos Aires un proyecto de ley sobre libertad de imprenta, pues que un gobierno tan experimentado como el suyo, debe ser consultado en materia tan grave. Ya lo han visto, durante diez años no se ha cometido en Buenos Aires el menor delito de imprenta, no se ha hecho reproche ninguno al gobierno, no se ha insultado sino a la Francia, a la Inglaterra, a los salvajes unitarios, a los tiñosos franceses; y hoy solo se insulta al Brasil.

El señor don Baldomero se quejará, sin duda, de que lo

nombremos; ¡pero estamos en nuestro derecho, y no nos hará meter en un calabozo por haberlo nombrado! Si le agravia que le recordemos de vez en cuando que es el *enviado* de Rosas, como no es delito ser enviado de Rosas, el *jury*, que es nuestro único juez en la tierra, no nos hallará tan delincuentes. Y quizá don Baldomero halle que hay justicia retributiva en las pequeñas desazones que nuestra mención le cause, por la prisión que ha impuesto a un compatriota suyo, a quien hace gemir en un calabozo. Después de la de Dios y la conciencia, hay otra justicia en la tierra; la prensa, ¡y esa castigará al verdadero delincuente!

La intervención europea y la norteamericana (*Progreso* de 15 de agosto de 1845)

Cuando todo el mundo habla de este asunto, cuando el ministro argentino no se cansa de contar por ahí lo que el último correo le ha traído, al punto de transcribir literalmente su conversación el *Diario de Santiago*, ¿por qué no hemos de decir también nosotros dos palabras? Al menos, esta vez la oposición no nos negará la competencia. Menos crédulos que ella, menos asustadizos por fantasmas y más conocedores de la verdadera fuerza, como de la verdadera situación de aquel país, tenemos derecho a comentar la relación del ministro y las conversaciones a que ha dado lugar.

Se dice que el ministro está contentísimo porque espera ver terminada dentro de poco la guerra, no como nosotros nos figuramos, sino por la rendición de la heroica plaza de Montevideo. Está contentísimo del ardid de Rosas de haber hecho intervenir antes al enviado de los Estados Unidos, para frustrar de este modo la intervención colectiva; pues calcula (repetimos siempre), que durante estas moratorias de género singular, Oribe, cual otro don Quijote, llevará por delante los molinos de viento, y no habrá ya más que hablar. No sabemos de qué admirarnos más, si de esta diplomacia, o de la puerilidad de espíritu de los que acogen con favor estas

observaciones que no tienen más origen sino la debilidad real y el deseo de encubirla. ¿Por qué se rendiría Montevideo en dos meses, dado caso que semejantes tretas pudieran durar tanto, cuando tres años de sitio riguroso no han bastado para moderar su ardor? ¿Por qué la intervención colectiva se pararía ante una intervención aislada de diferentes alcances? Pero los crédulos que combatimos no se detienen a hacerse estas preguntas. El ministro lo ha dicho, y esto les basta. El ministro está contento, ¿por qué no lo hemos de estar todos? El ministro espera un triunfo de su hábil soberano; cuidado con el que no lo espere: ¡es un salvaje unitario!

Pero no es el ministro, nos decía otro, quien espera esta terminación tramoyista que dejará a las potencias europeas chupándose los dedos, si no su secretario. Confesaremos que estuvimos más de acuerdo con este dato. A ello nos movían dos razones: primera, que el ministro había dejado entender otra cosa en conversación con salvajes unitarios, de que teníamos noticias, pues debe saberse de paso que tiene estas relaciones; segunda, que la exótica conjetura cuadra más bien con la inexperiencia del uno, que con la madurez del otro. Un corazón joven se exalta fácilmente, y concibe y sueña todavía con más facilidad.

¿Quiere esto decir que no creemos en que Rosas se oponga a la intervención con todos sus medios y todo su poder? Nada de eso; sería cometer el mismo error que nuestros adversarios, juzgando solo la superficie de las cosas. Rosas se opondrá, porque en esto reside la vida de su política; porque se le pide, en otros términos, un imposible. Si reconociera un minuto el imperio de la civilización, ¿qué sería de su obra de barbarie un minuto después? Se opondrá, pues, como un toro se opone a arrastrar el arado. De esta oposición resultará la guerra, si hemos de suponer lógica en la marcha de las potencias europeas. ¿Cuál será ahora el resultado final de esta guerra? He aquí la verdadera pregunta, la pregunta terrible que pesa

sobre la cabeza de Rosas, y cuya solución encierra nada menos que el porvenir de la República Argentina. Por lo que hace a nosotros, lo decimos con toda sinceridad, si se tratase de una guerra entre la República Argentina, feliz y libre, con las potencias europeas, no trepidaríamos en augurar su resistencia invencible, a pesar del poder inmenso de estas. La distancia que enervaría todos sus movimientos, la diversidad de guerra que se hace por acá, las antipatías nacionales, todo sería un garante de nuestros pronósticos. Pero no se trata de esto. Rosas es un tirano, y la República Argentina no hace más que llorar entre sus brazos de diez años a esta parte, después de haber brillado con esplendor sin igual. Sus enemigos están callados, pero viven, y viven bajo el mismo cielo que él. Del lado de estos enemigos está la libertad y el patriotismo, al mismo tiempo que la debilidad relativa. ¿Estos enemigos pueden ponerse nunca de su lado para defender las cadenas que los despedazan? No, ciertamente. ¿Qué hacer entonces? Admitir el hecho como un acontecimiento fatal, y aprovecharse de él para libertar a aquel país desgraciado del bárbaro que lo diseca con su aliento infernal. Admitir el hecho y levantarse contando con su auxilio, ya que los tiempos no permiten contar todavía con el amor solo de la libertad. Esto es lo que para nosotros hay en esta intervención que el ministro argentino y sus oyentes afectan mirar por debajo del brazo. Espectáculo terrible, a la verdad, el que se prepara por segunda vez; pero ¿de quién será la culpa sino de Rosas? ¿Son nunca condenables los esfuerzos de los patriotas? ¿La independencia es posible sin la libertad?

Como se ve, pues, toda esa cuestión quisquillosa de la intervención, reside en saber si Rosas es un verdadero tirano, o no. Ahora bien, ¿hay entre nosotros quien lo dude todavía? Alce el dedo para verlo y creerlo, porque hasta ahora no hemos oído a la prensa nacional sino lanzar un grito uniforme para clasificarlo como el más sanguinario de los que han afligido

estos países desde nuestros días gloriosos de la independencia. Si Rosas es, pues, un tirano, ¿cómo hay valor para llorar unas veces las humillaciones que su poder ominoso se ve forzado a sufrir de la civilización europea; y otras para honrar sin vergüenza su frente con el gran lema de defensor de la dignidad americana? ¡Qué! ¿la dignidad americana sería acaso la conservación, la perpetuidad de la barbarie americana? Lo repetimos: ¿qué es Rosas? ¿Es un gobierno americano o un tirano americano? Ved la cuestión que es preciso examinar previamente, para juzgar después con acierto esa intervención que se mira por algunos con recelo. Sobretudo, si la intervención colectiva rebaja el honor de América, ¿cómo es que no lo rebaja la intervención de los Estados Unidos? ¿Por qué se contempla la una parodiando torpemente a Rosas, con ojos de ira, y a la otra con contento mal disimulado? ¿Será que los europeos sean judíos? ¿Que la intervención norteamericana es de la casa, como se dice vulgarmente? No; es que es incompleta, que es una farsa, un sarcasmo más de los muchos que Rosas ha dejado caer desde que marcha en sus relaciones diplomáticas con el mundo civilizado. En rigor, Norteamérica, como la Francia y la Inglaterra, no está en nuestra casa. Ni la religión, ni el idioma siquiera son los mismos.

Digan lo que quieran el ministro argentino y los propagadores de sus palabras, nosotros persistimos en creer que la intervención actual es santa mientras solo se dirija contra el hombre que huella todos los principios, no solo de América, sino del mundo entero; y que ella no se dejará engañar como otras veces; al menos todavía ninguno de sus pasos indica esta falta de seso de los que la dirigen.

Significado de la intervención europea (*Progreso* de 18 de agosto de 1845)

El número 34 del *Tiempo* trae algunas observaciones sobre la intervención de la Francia y de la Inglaterra en el Río de la Plata. Para ser comprendido, *El Tiempo* pone estas tres premisas: «dos cuestiones se agitan en las orillas del Plata, dos guerras tienen lugar simultáneamente. Hay dos cuestiones, una entre dos naciones, otra entre dos partidos políticos de una misma nación; una entre orientales y argentinos, y otra entre federales y unitarios. Dos guerras, una entre Rosas y Montevideo, guerra exterior; y otra entre Rosas y Paz, guerra interior. Una cuestión internacional, y otra civil; una guerra exterior, y otra interior».

El cuidado que *El Tiempo* pone en hacer esta distinción, muestra cuán necesaria la considera para sostener su tesis. Nosotros preguntaríamos, sin embargo, si esta distinción es real y acreditada por los hechos, y si ambas no forman parte de un mismo todo, como los sólidos y líquidos del cuerpo humano. ¿Cómo separa *El Tiempo* al expresidente Oribe, oriental, que sitia a Montevideo con tropas argentinas? ¿Al general Paz, argentino, que defendía a Montevideo con fuerzas orientales? Hay, pues, tres guerras, según las distinciones del *Tiempo*: guerra civil oriental entre Oribe y sus adversarios; guerra civil

argentina entre Rosas y los suyos; guerra internacional entre Rosas y Oribe por una parte, y los unitarios y orientales por otra. Cuando las potencias interventoras indican a Rosas la oportunidad de retirar sus ejércitos del territorio uruguayo, contesta que ese ejército pertenece al *presidente legal* de aquella república; es decir, que es guerra civil oriental. ¿No siente *El Tiempo* cuán deleznable es su distinción? ¿No valiera mejor referir la guerra, conforme a la verdad, a un principio único, cual es el desenfreno de un poder brutal y sanguinario como el de Rosas? ¿No valdría mejor decir: un gobierno absoluto que ha destruido en el país que oprime las garantías, ha extendido su poder a otra república, valiéndose de un expresidente ambicioso, de un Santa Cruz, para intervenir en sus negocios domésticos? ¿No valdría mejor declarar que la intervención europea es la última consecuencia funesta que trae para la América aquel tirano monstruoso, y hacer pesar sobre él todos los cargos que puedan hacerse? ¿No ha principiado por no respetar los derechos de sus conciudadanos? ¿No ha seguido arrastrado por sus antecedentes, a intervenir y mezclarse en los negocios del Uruguay? ¿No es el imperio del Brasil, agredido y vejado por Rosas, el que ha solicitado esa intervención? *El Tiempo* ha dicho que la intervención es legal en el caso presente; pero deseara que los principios del derecho de gentes se modificasen en su aplicación a la América. *El Tiempo* reconocerá que esta palabra América, es, usada así, una palabra vacía de sentido. ¿La Europa no tendrá en América, como en todo el resto del mundo, los intereses que la hacen propender a influir en los otros países? ¿La Francia y la Inglaterra, que están a la cabeza del mundo civilizado, descenderán a la retaguardia cuando se trata de la América? Nosotros convenimos también en que el derecho de gentes debiera modificarse en su aplicación a la América; creemos que siendo cada sección americana impotente para influir en las

demás; careciendo de política exterior, faltándoles intereses comerciales de consideración que las muevan a influir sobre los otros, la Europa comercial y política está necesariamente llamada, cuando una subversión como la de las orillas del Plata ocurra, a contener los estragos que causan poderes bárbaros y retrógrados. ¿Qué estado americano ha preguntado a Rosas, por qué se mezclaba en los negocios del Uruguay; por qué violaba todas las tradiciones de las sociedades civilizadas; por qué exterminaba a los prisioneros de guerra, no solo de su nación, sino del Uruguay? ¿Quién le ha impedido llevar con sus ejércitos un presidente destronado a otra república? ¡Ninguno! ¿Por qué? Porque no tenía intereses comprometidos en aquella lucha; porque no tienen política exterior, ni pueden tenerla. ¿Por qué la Francia y la Inglaterra han intervenido, al fin? Por razones que vamos a exponer. Primera, porque son las dos grandes potencias del mundo cristiano, y su poder las lleva a influir en el gobierno del mundo interviniendo en el oriente, en Europa, o en el occidente, cada vez que el reposo de un punto de la tierra está comprometido. Es esta una prerrogativa del poder, que justa o injustamente ejercerán siempre. Segunda, porque la Inglaterra y la Francia tienen, al mismo tiempo que poder, grandes intereses materiales que hacer prosperar allí; intereses que ningún estado americano tiene, y si tuviera, faltaríale poder para apoyarlos. Cinco años de expectación han detenido a los poderes europeos unidos en ligarse para intervenir en el Río de la Plata; han necesitado que durante ocho años el inmenso comercio francés e inglés en aquellas riberas, eleve representaciones una en pos de otra, exponiendo los males que experimenta; han necesitado que por el espacio de tres años de sitio, Rosas muestre su incapacidad de terminar la guerra; han necesitado que el Brasil, potencia americana monárquica, con relaciones de familia con una de ellas, solicite a aquellas potencias para que salven a los estados vecinos a Rosas de sus depredaciones; han necesitado que el

Uruguay y el Paraguay se hallen amenazados en su existencia política; han necesitado, en fin, que las prácticas absurdas, anticristianas y sanguinarias de aquel gobierno monstruoso, se hayan hecho tan auténticas, tan normales, tan consuetudinarias, para que los pueblos cristianos acudan a poner coto a la arbitrariedad de un déspota sombrío que no solo desgarró a su país, sino que no deja un día de reposo a los circunvecinos.

El Tiempo pide que se desacredite la intervención europea en América, y acaso estaríamos de acuerdo con él, si intereses tan grandes no lo hiciesen intempestivo. ¿Y por qué *El Tiempo* no tiene una palabra de reprobación para el poder americano que ha motivado todos estos procedimientos? ¿Hay moralidad ni justicia en esta manera de proceder? ¿Reprobar las consecuencias legítimas de una causa absurda y espantosa? ¿No os importa que tenga o no límite ese poder discrecional que trae turbadas las márgenes del Plata? ¿No tenéis intereses allí? Entonces, callaos, y no mandéis un voto de reprobación impotente y mal dirigido, que los sucesos no han de cambiar de rumbo por estos votos desacordados.

Puede ser que más tarde entremos en discusión más seria con *El Tiempo*, sobre este punto de general interés para la América.

Desenlace próximo de la cuestión del Río de la Plata (*Progreso* de 1.º de septiembre de 1845)

Hemos tenido, por fin, noticias de aquel desgraciado país, por las que se ve que la catástrofe del sangriento drama de diez años de violencias y atrocidades se acerca. Inútiles han sido los esfuerzos de la Francia y la Inglaterra por dar una solución pacífica a aquel inextricable nudo en que han venido a confundirse la vida de los habitantes, la libertad y las instituciones de la república, la paz y la independencia de los estados vecinos, y por último, la seguridad y prosperidad del comercio europeo. Todo ha ido a estrellarse en el mismo obstáculo que tantos males ha traído, la voluntad del tirano. Ha sido, pues, preciso quitar de por medio esta voluntad y con ella al monstruo, para volver la paz a ambas márgenes del Plata, y garantizar la tranquilidad del Brasil y del Paraguay, ya fuertemente amenazados. Los enviados europeos quedaban, hace no más que un mes, preparando enérgica y decisivamente los medios de limpiar el país de toda esa horda de caníbales semisalvajes.

Sabidas son las contestaciones burlescas que Rosas ha dado a la intervención. Retírese el ejército sitiador; Rosas contesta: pertenece al presidente legal. Dense garantías a los emigrados; las tienen, con tal que se sometan a los reglamentos de policía.

¿Cuáles son los reglamentos de la policía de Rosas? ¡Tener su cuello pronto cada habitante para presentarlo a la cuchilla cada vez que haya incurrido en el desagrado o las sospechas de Rosas! ¡He aquí el gran reglamento!

Pero los enviados europeos no venían dispuestos a dejarse burlar por groserías y torpezas tan ridículas. ¿Cómo hacer efectivo, en verdad, los principios de derecho internacional con un déspota invasor cuyos ejércitos tienen dos caudillos, él y Oribe; él, cuando le convenga presentarlos como fuerzas argentinas; Oribe, cuando quiere hacerlos orientales? De esta torpe trampa cree sacar la impunidad de sus atentados.

Según las noticias que recibimos de Buenos Aires, empero, los enviados han queridos tocar la dificultad en su base. Pedimos garantías, han dicho, para el pueblo argentino, seguridad para sus vidas, leyes que lo protejan. ¡Qué! contesta Rosas, ¿vienen ustedes a entrometerse en los negocios domésticos de la república? Sí, le han contestado. Pedimos que se retire el ejército que sitia a Montevideo. ¡Qué! ¿ustedes se mezclan en los negocios interiores del Uruguay, entre el presidente legal y sus súbditos rebeldes? Sí, le han contestado. Resistiré hasta morir. ¡Morirá!

He aquí, pues, la única solución posible de aquel dédalo de maldades y dobleces. ¿Y qué otra queda ante un bárbaro que ha creído burlarse de cuanto hay sagrado en la tierra? Porque es una pretensión candorosa querer separar en las cuestiones del Río de la Plata, cosas que se ligan íntimamente entre sí, o que más bien son manifestaciones múltiples de un solo principio, el despotismo sangriento de Rosas, la arbitrariedad que se ha proporcionado a fuerza de sangre y de cadáveres. Cuando un gobierno ha minado todas las bases en que la sociedad se funda, todos en la tierra tienen derecho de restablecer esta dislocación. ¿No hay seguridad para nadie al lado de Rosas? Pues bien, es preciso que la haya. ¿Cómo?... Sometiendo su poder a los límites racionales reconocidos en

todos los pueblos civilizados, una constitución, límites trazados al poder, un cambio de personal. ¡Qué! ¿Es necesario, de todo punto indispensable que Rosas gobierne? ¿No puede existir aquel país sin que él, el que lo ha despedazado diez años, esté a la cabeza? ¿Es su propiedad el gobierno? ¿No se allanarían todas las dificultades de aquella república, si el gobierno pasase a otras manos? ¿No podrían zanjarse las cuestiones chilena, paraguaya, uruguaya, brasilera, inglesa y francesa, si este monstruo desapareciese? Con su separación de los negocios públicos, ¿no podrían volver a su patria veinte mil emigrados ausentes? ¿La República Argentina desaparecería por eso?

La cuestión del Río de la Plata toca, pues, a su término, por que tal es su complicación, que no puede solverse en uno de sus puntos, sin arrastrar tras sí la solución de todos los demás, y para asegurar la independencia de Montevideo, se necesita, antes de todo, principiar por librar a Buenos Aires de su espantoso tirano.

Veamos, ahora, la posición militar de los beligerantes. Hace un año que el barón Caxias, general en jefe de las fuerzas brasileras, está acampado con diez mil hombres en las fronteras del Uruguay. Un año hace también que el general Paz tiene en disciplina un ejército de seis mil hombres, que espera la estación propicia para entrar en campaña. Cuatro mil hombres están dentro de las murallas de Montevideo, aguerridos durante tres años de sitio, y acostumbrados a tener en jaque las hordas de Rosas. En el río están anclados siete buques de guerra ingleses, cinco fragatas francesas, y se esperaba por momentos la llegada de buques menores. Rosas cuenta con seis mil hombres de todas armas enfrente de Montevideo, cuatro mil más en campaña, la escuadrilla de Brown, y nuevas reclutas en Buenos Aires. Veremos lo que las provincias hacen, y si Rosas manda armamentos al interior, o llevan a los soldados sin armas hasta Buenos Aires para

recibir las allá en Santos Lugares. Pacheco y Oribe expurgaron todo el interior de armas; solo Benavídez tiene armamento.

La lucha se iniciará por la escuadra, e inútil es decir que no se disparará un cañonazo; el río quedará en dos minutos libre de las armas de Rosas. La posición de Oribe se hace insostenible. Sin el río y sin el puerto del Buceo, se retirará, y entonces, Paz, Caxias, si sus fuerzas no son un vano aparato, las tropas de Montevideo y los buques de guerra, los acompañarán debidamente en su marcha triunfante. No es posible ir más adelante en las conjeturas. Lo único seguro es que los argentinos pueden reunirse hoy en Montevideo, y dentro de cuatro meses en Buenos Aires, con garantías suficientes para no estar condenados a vivir como unos ilotas. La farsa va a terminar. ¡Congratúlense de ello; y las palabras patria, libertad, leyes, nación, instituciones, garantías, no serán más un desiderátum apetecido, un blanco por llenar!

Política argentina 1849

Lo que Chile debe a Rosas (Crónica de 1.º de abril de 1849)

El corresponsal de *El Mercurio* en París, anuncia que la cuestión del Río de la Plata ha fijado al fin la atención de los gobiernos francés e inglés. La comisión de hacienda de la asamblea francesa había dado una notable prueba de su simpatía por la causa de los montevideanos en la lucha que sostiene aquel pueblo contra Rosas, recomendando al gobierno el pago de las letras giradas por el cónsul francés en favor del gobierno de aquella república y de todas las que puedan haberse girado hasta el 13 de febrero de 1849, y la Cámara votado el 30 de enero un subsidio de seiscientos mil francos para el pago de dicha deuda. Debe tenerse presente que al retirarse Mr. Gross, estipuló con las autoridades de Montevideo un subsidio de 40.000 pesos mensuales, para sostener la guarnición mientras se arribaba a un desenlace en la cuestión pendiente entre Rosas y la Francia. Háblase también de un nuevo convenio entre la Inglaterra y la Francia para poner decididamente término a aquella cuestión tan prolongada. El *Morning Chronicle* sobre este asunto dice que nunca han estado *más turbias las aguas* del Plata, y el corresponsal de *El Mercurio*, según puede juzgar por el lenguaje de la prensa y por datos que no son públicos aún, asegura que la convicción es allí de que el tiempo de las negociaciones ha terminado, hablándose de una expedición.

Por lo que respecta a los acontecimientos recientes del Plata, lo único que hay de nuevo, es la no recepción de Mr. Southern, enviado inglés cerca del gobierno de Buenos Aires, y el asesinato del comandante de la marina francesa, Giraud, una afrenta a la Inglaterra, y un cadáver arrojado a la cara de la Francia. ¿Quién ha asesinado a Giraud? Qué parte puede tener el sistema de la suma del poder público en este drama, ¡ya nos lo informará *La Gaceta* de Buenos Aires! ¡Rodríguez, enviado de Bolivia, es hallado muerto en la playa, suicidado según resultó de un proceso verbal; el ilustre Varela muere asesinado en la puerta de su casa, por un vasco que no lo había conocido jamás; el agente de Portugal es ultrajado en la calle, el de Cerdeña es expulsado, el de Inglaterra despedido, el comandante de la marina francesa asesinado! Entre tanto, la ciudad de Buenos Aires tiene para moralizarse un sacerdote, una señorita de las primeras familias en cinta de un niño de siete meses, fusilados en virtud de la suma del poder público. No hacemos más que apuntar hechos, los unos luminosos, oscuros los otros, y que la historia pondrá de relieve. Lo único que hay claro en todo esto, es que la América del Sur no ha presentado ni un gobierno, ni un pueblo a cuya sombra o a cuyo nombre se cometan más crímenes ni más atentados. La guerra, entre tanto, o más bien la destrucción de lo que existía antes, continúa sin término conocido; todo el poder del gobierno absoluto ha ido a embotarse enfrente de una ciudad sin guarnición. El sitio de Montevideo comenzado en febrero de 1842, con un ejército de doce mil hombres, continúa aún en 1849 sin que la tenacidad impotente pueda ni vencer ni ceder de su empeño. Montevideo se arruina, las campañas quedan taladas con las devastaciones de los ejércitos, el comercio paralizado en alguna de las orillas del Plata, aniquiladas las provincias, asoladas las fronteras por los indios que acuden como los lobos a devorar aquel cadáver podrido; las rentas de Buenos Aires empleadas exclusivamente en hacer cartuchos,

en cohechar periódicos, en intrigas y tramas odiosas. ¿Cuál será el término de aquella serie de desastres irreparables en cincuenta años? La Inglaterra, la Francia y el Brasil han agotado en ocho años de negociaciones todo su sufrimiento, todos sus recursos para evitar llegar a las vías de hecho, a fin de hacer cesar aquellas calamidades. Martigny, Leblanc, Mackau, Hamilton, De Lurde, Mendeville, Maronil, Alley de Cyprey, Pichon, Purvis, Deffaudis, Houseley, How, Houden, Gore-Gross, Southern, etc., y tantos otros nombres de diplomáticos y almirantes, se han gastado, se han inútilmente desacreditado, deshonrado en aquella, más despreciable que famosa cuestión.

El corresponsal del *Mercurio* pregunta si Chile no interpondrá su influjo en esta cuestión. ¡No! Chile necesita de toda su circunspección para desembarazarse de la red tendida, del *poncho que le anda arrastrando* ya el gobierno de Rosas para enredarlo en una querella interminable. El Estrecho de Magallanes disputado para que Chile arríe su bandera; el comercio de los Andes sometido al terror de las fianzas sobre derechos que, según el beneplácito de Rosas, se impondrán un día; la propiedad chilena de los jirones en el sur de Mendoza, sometida a impuestos de ayer, y embargados los ganados chilenos, inocentes de todo delito; las autoridades mismas de Chile, acusadas de complicidad con el miserable Rodríguez, elevado en Mendoza por Aldao a la categoría de jefe de fronteras; los indios del sur, en fin, amotinados, alzados, por correspondencias de la otra banda que los incitan a la guerra contra Chile; y en medio de esta actitud amenazante para Chile, un diario suyo, que pretende representar al gobierno, prodigando encomios al mandón que tantos agravios le infiere, adulando sus pasiones, engrandeciendo su poder, y acostumbrando a los chilenos a mirarlo como el barón ínclito de la América, como el objeto de la gratitud del continente, del respeto de los pueblos, del aprecio de los republicanos.

Chile se guardará muy bien de exponerse a ser más ajado, más vulnerado que lo que ha sido hasta ahora. ¿No le basta ya haber recibido con todos los honores debidos a su rango a un enviado de Rosas que no traía instrucciones de ningún género para tratar sobre cuestión alguna, y que solo venía a estudiar el estado de los espíritus, la situación del país en vísperas de elecciones, y a buscar sostenedores y órganos públicos que quedaron, en efecto, desde entonces? ¿No está ya amenazado Chile de tener otro enviado a los cinco años, es decir, a la víspera de las elecciones, en los momentos de crisis, para consumir alguna trama odiosa? ¿Tendrá Chile el valor de decirle lo que Rosas a Southern, el enviado de la Inglaterra: no quiero ahora recibir agentes?

Chile necesita sus millones y su energía toda para consagrarlos pacíficamente a mejorar la situación del país; para abrir caminos, poblar sus terrenos baldíos, hacer fructificar su colonia de Magallanes, edificar almacenes de depósito, difundir a torrentes la educación en el pueblo, para salvarse del porvenir que un Quiroga, un López, un Aldao, los amigos y colaboradores de Rosas, han hecho a la República Argentina. Si aquel gobierno lo provoca a la guerra, ¡bien! Chile puede alegar el derecho que un particular tiene para no meterse en quintas con un embrollón, el mismo derecho que el Brasil, la Inglaterra, la Francia, con menos dignidad esta, y con mayor poder, han puesto en ejercicio para evitar una lucha, con un poder que habrían disipado con un soplo de su cólera, como disiparon a San Juan de Ulúa, a Beyruth, a Abd-El-Kader, a Obligado, y cuantas resistencias de cartón oponen los bárbaros a su ciencia y sus medios inteligentes de guerra. Chile, más allá de las depredaciones y violencias de que en medio de la paz y de la buena armonía es hoy víctima, nada tiene que temer. Su comercio terrestre está ya destruido, sus ganados confiscados en la cordillera, ¡basta esto! En cuanto a temores de invasión, la llave de los Andes no la torcerán otras manos que las de San

Martín contra los españoles, y guiado y alentado por los chilenos. No escalan ni los tigres ni los zorros los Andes. Cuando más algún intento criminal pudiera atravesar aquella barrera, como atravesó las aguas del Plata para que por todos los límites de aquella república desborde la copa de violencias que llena su historia.

El Progreso puede continuar en sus encomios al general Rosas, sea en buena hora. Un día Chile le pedirá cuenta de su conducta. Por lo que a nosotros respecta, nuestro primer número de *La Crónica* deja bien presentir que nos habíamos desde el principio impuesto el penoso, el riesgoso deber de sobreponernos al terror que sobre todos los diarios chilenos ha impuesto *El Progreso*, insultando, ajando, llamando traidores y cobardes a todos los escritores que por incidencia se atreviesen a desaprobar los actos del gobierno, de la suma del *poder público*, del que jugó a Chile la burla de mandarle un enviado de farsa, del que le disputa su territorio, le confisca sus ganados, le aleja por el terror de derechos ignorados el comercio de sus términos.

Riesgosa tarea la nuestra, que nos trae a la memoria a cada palabra que escribimos los nombres de Varela y del *Progreso*, ¡el puñal y el insulto asalariados!

La educación pública bajo la Federación (*Crónica* de 8 de abril de 1849)

Los preceptos de la moral son en su mayor parte negativos. Para probar que es mayor el número de los escollos que el hombre debe evitar, que el de los fanales que han de guiar su conducta; que son más las ocasiones de extravío que los impulsos que han de mantenernos en el camino del bien; no es solo presentando a los ojos de nuestros gobiernos americanos los modelos que nos ofrece la Europa como debemos propender a formar la conciencia pública, sino poniendo bajo sus ojos el triste ejemplo de las iniquidades que tienen lugar cerca de nosotros mismos, señalándoles los escollos adonde pueden conducirnos nuestros propios extravíos, pues así lograremos, al fin, escandalizar la conciencia pública con la deformidad del mal.

Chile ha puesto ya los cimientos de un sistema de enseñanza primaria, secundaria y universitaria, que, bien que imperfecta y limitada, es ya uno de los timbres que han hecho la gloria de Chile en estos últimos tiempos. De todos los circunvecinos estados de América acuden los jóvenes a recibir en sus aulas la educación profesional y aun la simplemente preparatoria; de todos los puntos de Europa acuden los profesores a prestar el auxilio de sus luces en esta obra de

civilización. Pissis, Cicarelli, Blondeau, Domeyko, Vandel-Heyl, son otros tantos profesores extranjeros que el gobierno ha llamado o aceptado para ayudarlo en su empeño. El doctor Kotinger, recientemente llegado, filólogo y matemático, viene a Chile atraído por la reputación de sus aulas, y creyendo encontrar en ellas ocupación y ejercicio a sus talentos.

Chile sigue en esto la marcha de todas las naciones que han deseado inocularse la civilización de las naciones más avanzadas. Así Roma hizo casi exclusiva ocupación de los griegos la enseñanza de la retórica y de las bellas letras; así la Inglaterra y la Francia introdujeron en sus universidades el estudio del griego y de las literaturas antiguas dando ocupación a los emigrados de Constantinopla. París es hoy el luminar de los pueblos civilizados por los progresos de las ciencias, que en sus aplicaciones a las artes producen la riqueza de las naciones. Allí tiene una patria el talento y el saber; allí Orfila, español, es el oráculo de la medicina legal, Rossi, el malogrado ministro de Pío IX, formó en la enseñanza de la universidad su reputación europea, y al arrimo de sus instituciones y de su espíritu cosmopolita, Humboldt ha formulado el credo de las ciencias naturales, Benjamin Constant dado la ley de las instituciones políticas, Sismondi escrito sus Ensayos sobre las constituciones.

Pero en América es aún más necesaria la admisión del *extranjero* en la enseñanza, porque su ciencia viene a llenar el vacío que han dejado en nuestras aulas las tradiciones coloniales. *Extranjeros* a nuestra lengua, son los libros y las ideas que en moral, en filosofía, en historia y aun en las bellas letras nos educan. ¿Quién no preferiría Mr. Rattier a su libro, Bentham a su tratado de legislación? Más, en las ciencias naturales; quién de nosotros, americanos y españoles, podrá guiar la razón de las nuevas generaciones en los misterios de las ciencias naturales, verdaderos misterios para nosotros, y sin embargo, la base indispensable de todo estudio que tenga

por objeto dotar a nuestra industria de elementos de trabajo. ¿Qué chileno o americano podrá sustituir a Domeyko en la enseñanza de la mineralogía y la metalurgia? ¿Quién de entre nosotros tomará la paleta de Cicarelli para exponer en formas sensibles las bellezas de la pintura? ¿Quién tomará la escuadra de De Baynes para levantar nuestros monumentos públicos? ¿Quién se encargará, como Pissis, de revelarnos las condiciones geológicas de nuestro suelo, y de levantar la carta geográfica del bello país que habitamos?

Muévenos a hacer estas reflexiones un decreto de un gobierno vecino que ha publicado *El Mercurio*, y que lejos de ser una medida temporaria, dictada por las malas pasiones sublevadas en momento de excitación, parece ser la obra de aquel exclusivismo brutal, que quieren infundirnos ciertos escritores admiradores de aquel sistema estúpido, que consiste en rechazar los elementos mismos que vienen a incorporarse en nuestra ciudad, y a ayudarnos a salir del sopor en que han sumido la inteligencia española sus tristes antecedentes históricos.

En Buenos Aires existían desde 1822, con las administraciones de Las Heras y Rivadavia, escuelas normales, y además de un sistema completo de educación popular de hombres y mujeres, descollaba el Colegio de Ciencias Morales fundado para dar educación gratuita a las provincias. Lanz, Chauvet, Brodart, Mora, Parvins, Ferrari, Carta-Molina, Senillosa, Cacianiga, Jutt, pintores (y quedaron contratados en París Mignet y Blanqui, hoy celebridades de la ciencia); Mozotti, hoy director del observatorio de Londres, Angelis, y tantos otros fueron llamados para cooperar a la enseñanza. La reacción bárbara que sobrevino apareció desde luego bajo la forma de la persecución al extranjero; pero en el fondo había el odio profundo a la instrucción que era el obstáculo en que venía a estrellarse todo aquel espantoso desquiciamiento. Entonces el poder absoluto se fue a la causa del mal; cerró el

colegio de ciencias morales; dispersó los profesores de la Universidad; retiró a las escuelas y a los colegios las rentas con que el Estado tenía ampliamente dotada la educación; últimamente del local sagrado de la Universidad misma hizo almacenes de aduana. Todas aquellas medidas destructoras de la civilización se presentaron como temporales, pero no han sido hasta hoy revocadas.

Los jesuitas aparecieron entonces, y los padres de familia enviaron a sus aulas centenares de alumnos, para que recibiesen en ellas la educación que les negaba el Estado; pero no bien la instrucción principió a dar sus frutos, cuando un decreto del gobierno declaró a los jesuitas salvajes unitarios, y desde entonces continúa hasta hoy la persecución de aquella orden icuyo delito es enseñar! D. Vicente López, padre, presidente de la Cámara de Justicia, movido por los ruegos de los padres de familia, hubo de abrir un curso de enseñanza en su casa particular, y al efecto, y temeroso de suscitar sospechas de salvajismo, pidió permiso a la autoridad, la cual tuvo buen cuidado de no contestarle jamás.

En fin, pasadas las impresiones del terror en 1840 y 1842, profesores particulares empezaron a abrir casas de educación, a que acudían los jóvenes deseosos de recibir alguna instrucción. Estas casas eran generalmente tenidas por extranjeros para los hijos de los residentes en el país; y los colegios establecidos por vecinos de Buenos Aires necesitando profesores de francés, inglés, alemán, matemáticas, química, física, etc., estos profesores eran naturalmente extranjeros. En una palabra, la educación empezaba a despecho del gobierno a levantar la cabeza, a infiltrarse en la población. Entonces vino el famoso decreto de que nos ocupamos, a cortar aquel *abuso* de la lenidad del gobierno; era preciso introducir la alarma en el profesorado; hacer depender de un chisme, de una palabra vertida por los niños, la suerte de la empresa, que teniendo una casa capaz tomada, un material de enseñanza que demanda

capitales, profesores contratados, necesita renovar año por año el permiso de enseñar, pues que no le basta una vez de haber probado que es *católico, apostólico, romano*, sino que al año siguiente, y al tercero, y todos los años, ha de probar que no se ha hecho protestante o judío. «Rosas acaba de decretar —dice *El Mercurio*— la rigurosa ejecución de uno de sus más bárbaros decretos inhibiendo de la enseñanza a todo el que no sea *católico, apostólico, romano*». Pero esta no es la mente del decreto; es solo el protesto plausible con que trata de encubrirse la atrocidad de la medida; es aquella exclusión del *extranjero*, con que *El Progreso* aquí trata de hacerse prosélitos entre la turba; es la misma saña con que la inquisición perseguía a nombre de la religión, a todo español que estudiase química, astronomía, o supiese francés.

En Buenos Aires los extranjeros gozan de su derecho de creer, y para moralizar a los católicos, el gobierno al mismo tiempo que revivía el decreto en cuestión, fusilaba a un clérigo sin permitirle confesarse, y dejando ver al lado de sus vestiduras sacerdotales el vestido de una mujer, para afrentar en el cadalso al sacerdocio, por una debilidad culpable, pero que no sale de los límites de la flaqueza humana.

Cualquiera que nos oiga hablar de un decreto reglamentario de la instrucción pública, creará que vamos a exponer el rigorismo de los exámenes, el cúmulo de requisitos de ciencia que el gobierno exige para asegurar el fruto de la enseñanza. No; eso sería hacer el inventario del saber, y por tanto exponerlo a las miradas del público. La muestra exterior de su saber la prescribe el artículo 4.º del decreto que dice: «Los directores, preceptores, maestros, ayudantes y alumnos, usarán la divisa federal, según lo prevenido en las disposiciones vigentes».

El artículo 1.º establece los requisitos para el profesorado en esta forma: «No podrán abrir colegios ni escuelas, ni ser directores, preceptores, maestros o ayudantes de enseñanza

pública, sea a cargo del estado, o de los particulares, los individuos que no obtuviesen previamente permiso del gobierno con carta de ciudadano, si son extranjeros, y acreditasen ante él su virtud, moralidad ejemplar, profesión de fe católica romana, adhesión firme a la causa nacional de la Confederación Argentina, capacidad de instrucción suficiente.

»Art. 2.º Este permiso previo, y comprobación de las calidades requeridas, serán precisa e indispensablemente renovadas al fin de cada año, sin lo cual no podrán continuar abiertos los establecimientos de enseñanza pública, ni en ejercicio sus directores, preceptores, maestros y ayudantes.

»Art. 3º Las solicitudes concernientes se presentarán por el ministerio de gobierno, bajo el formulario establecido». De donde resulta que excluidos desde el principio los extranjeros, los nacionales quedan sujetos a vejaciones, y dependiendo todos los años para abrir su establecimiento, de la autoridad que, con no proveer a la presentación anual, puede arruinarlos, y dejar cerradas las escuelas o colegios.

Espanta, en efecto, leer un cúmulo de indignidades como las que encierra esta producción, única entre los pueblos civilizados; espanta, en efecto, observar la exquisita previsión con que se hace depender de un gesto de la autoridad la suerte de un colegio, de una escuela, y de profesores, maestros y aun ayudantes. Todos los años se han de comprobar aquellas calidades imposibles de comprobación. ¿Cómo se comprueba cada año la instrucción del profesor? ¿No bastaba que rindiese exámenes el primero? ¿Cómo se comprueba que el segundo año es tan católico como el primero? ¿Qué es esta calidad que se gasta con el uso? ¿Cómo se comprueba el segundo año ni el primero, la virtud y la moral ejemplar del profesor, ni la adhesión *firme* a la causa nacional de la Confederación Argentina? ¿Se tomarán a los ayudantes de las escuelas exámenes sobre las ventajas del sistema federal, tal como se practica en los Estados Unidos?

Pero, todo el espíritu y objeto de aquel decreto está en estas palabras: «*sin lo cual no podrán continuar abiertos los establecimientos de enseñanza pública*».

Esta es, sin embargo, la única ley reglamentaria de la enseñanza en aquel país donde la barbarie colonial se ha quitado toda máscara, y donde el despotismo ha renunciado a todo pudor. Con estas prescripciones se mezclan los augustos nombres de la religión *católica, apostólica, romana*, y el odio y la repulsión de los *extranjeros*, que *El Progreso* admirador de aquel sistema de iniquidades, asalariado para hacerlas aceptables en Chile, ha principiado ya a inocular preparando al público contra los extranjeros, llamando *extranjero* todo aquello que quiere hacer odioso; porque en estos principios no hay termino medio. Es preciso todo o nada; es preciso en Chile que el *extranjero* tenga acceso a la educación, a la prensa, al comercio, a la propiedad, a la libertad, en fin, en todas sus manifestaciones; o que principiando por coartar su libre arbitrio, como se haría con el esclavo, se concluya por arrojarlo de nuestras playas, o reducirlo a la mendicidad, que sería la mendicidad de Chile. ¡Y estas ideas se propalan hoy a la sombra del gobierno de Chile, él que era el modelo que se proponían imitar otros estados, y cuyas instituciones de enseñanza son el polo opuesto de aquella barbarizadora ojeriza contra el *extranjero* que nos ha legado la colonización en las leyes de Indias que prescribían la prisión perpetua para todo extranjero que llegase a nuestras playas!

Todo hombre que ame la libertad y la civilización se reunirá en un coro de execración, contra aquel sistema de iniquidades que tiene por tema en América la exclusión del *extranjero* en la participación de todas las ventajas que aseguran a cada individuo las instituciones republicanas.

Circular
sobre mi carta al general Ramírez
(*Crónica* de 3 de junio de 1849)

*Al Excelentísimo Señor Gobernador y Capitán General de la
Provincia de...*

Excelentísimo Señor:

El gobernador de Buenos Aires en nota de 11 de abril de este año, acompañando a S. E. una carta mía al general Ramírez, de 26 de mayo de 1848, la nota con que este militar eleva a su conocimiento mi carta, y un oficio en copia al gobierno de Chile, me denuncia ante la justificación de S. E. «que continuó conspirando desde Chile contra la Confederación y la América del modo más alevoso e indigno, en prosecución de los planes sangrientos, desoladores, de la logia a que pertenezco, la misma que agita hoy pretendiendo entronizar al cabecilla Santa Cruz, abominable e inmundo enemigo de la América».

Ciudadano argentino por mi nacimiento, y ante todo celoso de la conservación ilesa de todos los derechos que me corresponden como hombre libre, me dirijo a S. E. para vindicar mi honor ultrajado por el gobierno de Buenos Aires en las notas a que me refiero. Si el presidente de la república de Chile, a la sombra de cuyas leyes vivo, llevase el olvido de todo

lo que un gobierno se debe a sí mismo hasta caracterizarme de traidor, vil, infame, y otros epítetos injuriosos, sin que tribunal ninguno de la tierra me haya convencido y juzgado por acciones sobre las cuales puedan caer tales epítetos, yo perseguiría, Excelentísimo Señor, al calumniador, por ante las cámaras, los tribunales de la nación y la opinión pública, hasta obtener la condigna reparación, hasta hacer castigar al osado mandatario que así abusaba de su posición. Pero en el caso presente, no me queda, Excelentísimo Señor, este recurso; se me condena, se me clasifica sin oírme; y lo que es inaudito entre las naciones cultas de la tierra, la primera autoridad de aquel país desciende hasta ultrajar a su víctima con tal olvido de los respetos humanos, que sería ridículo, si esta demencia en las palabras no se hubiese manifestado siempre acompañada de actos horribles de venganza. Confiando, pues, en la Providencia, *que tiene contados nuestros días*, y haciendo uso de mi derecho de defensa, de que no he renunciado, me dirijo a S. E. a responder a las imputaciones del gobierno de Buenos Aires; ante los funcionarios a quienes un acto público y oficial, me denuncia como traidor, llamándome vil e infame; pues no conozco la jurisprudencia que autorizaría a aquel mandatario a servirse de mi nombre, sin que el ciudadano que este nombre lleva hasta hoy, puro y sin mancha, salga a su propia defensa.

Yo dejo, Excelentísimo Señor, a la prudencia del gobierno de Chile, el cuidado de satisfacer al gobierno argentino que «solicita una medida eficaz de represión y castigo que me ponga a mí, alevé conspirador, en la imposibilidad de proseguir en adelante abusando del asilo en Chile para incendiar un país vecino»; reservando, empero, mi derecho de ser oído y juzgado regularmente, no por una nota destemplada de un gobernador iracundo, sino por el mérito que ministren piezas justificativas. Yo dejo, Excelentísimo Señor, al gobierno de Chile el esfuerzo penoso, la violencia que a sus sentimientos de dignidad debe

costarle, el deber de contestar en términos medidos una nota en la que se registran estas frases: «el salvaje unitario D. F. Sarmiento; la criminal cuanto abominable furia con que el traidor D. F. Sarmiento, perteneciente a una logia sanguinaria e infame, conspirando del modo más alevoso e inicuo», palabras desmesuradas, epítetos ultrajantes que se creerían producción de un energúmeno o de un ebrio, si no estuviesen incorporadas en un documento oficial emanado de un gobierno reconocido. Ponga, S. E., estas palabras y otras en que aquella pieza abunda, en la boca de un ministro de Inglaterra o de Francia al dirigirse a un gobierno constituido, y S. E. sentirá toda la vergonzosa destemplanza de este lenguaje desusado entre los gobiernos cultos.

Aparto a un lado, asimismo, caracterizar la conducta del señor general Ramírez, sin tratar de saber si ella es hija de convicciones que debo respetar, o de una situación de espíritu y de posición que debieran excitar mi compasión. Para el anciano general que veinte años ha interpuso su brazo entre mi pecho y las balas, no tengo, no tendré nunca sino respeto, indulgencia y gratitud. Desciendo simplemente, Excelentísimo Señor, a lo que a mí me interesa personalmente en la peregrina colección de notas a que contesto, y principiaré por declarar que la carta al general Ramírez de 26 de mayo de 1848, inserta en *La Gaceta* de Buenos Aires de 13 de abril de este año, es la fiel y exacta expresión de mis sentimientos, dictada por la intención más pura, e inspirada por el más vivo amor de mi patria. Escribirla un día después del 25 de mayo, cuya memoria los argentinos recordamos religiosamente en el destierro todos los años, y al día siguiente de haber llegado a Santiago la noticia de la caída del gobierno corruptor y monárquico de Francia; no siendo por este incidente extraño que, al pagar un tributo de gratitud al viejo general que había en otro tiempo conservado mi existencia para tiempos mejores, se deslizaran muestras de las nobles preocupaciones que en aquellos

momentos embargaban mi espíritu, y que del recuerdo del 25 de mayo de 1810 y de la contemplación de la Francia libre y republicana, volviese una mirada hacia aquella patria, objeto constante de mis estudios, de mi amor y de mis desvelos. Pero aun en este momento de entusiasmo, justificable según entiendo a los ojos de S. E. misma, nada he proferido en la carta que hoy sirve de cabeza de proceso, para aceptar los epítetos de conspirador, traidor, infame. El que osa llamarme traidor, infame, me calumnia indignamente, y apenas necesito citar algunas frases, para hacer sentir a S. E. y a cuantos no hayan renunciado al sentimiento de la justicia, de qué parte están la sin razón y la furia salvaje. Digo en mi carta: «no se comprometa, general, en nada en lo sucesivo», expresión que no pasa del carácter de un amigable consejo, y que no induciendo por su carácter negativo a la perpetración de actos de ningún género, absuelve en derecho de todo cargo de atentar contra el orden establecido. Sábese, además, el significado que en el lenguaje político dase al verbo *comprometerse*, que no importa no servir a las autoridades existentes ni desobedecerlas, sino simplemente no excederse en actos que oficiosamente impliquen persecución, injuria o daño a los hombres de ideas políticas opuestas; consejo que me atrevería a dar a S. E. seguro de encontrar en el fondo de su corazón la aprobación de su conciencia.

«Yo me apresto, general, para entrar en campaña. No crea usted que es mi objeto, no lo crea usted, ir a esas pobres provincias a luchar personalmente con las pasiones, y con el poder estúpido de la fuerza material. Mis miras son más elevadas, mis medios son nobles y pacíficos. Si los argentinos no han caído en el último grado de abyección y de embrutecimiento, la *razón* tendrá influencia sobre ellos, la verdad se hará escuchar, y un día nos daremos un abrazo». Si es este fragmento de carta el que ha azuzado tanto los terrores pánicos del gobierno de Buenos Aires, hasta alborotar la

América y la República Argentina, enviando a todos los gobiernos una circular, y al de Chile una nota diplomática, yo no soy, en manera alguna, responsable de los pavores que amedrentan al encargado de por vida de la suma del poder público, resultando de la misma cláusula, para no merecer el epíteto de conspirador, que mis medios de acción son *pacíficos* y que no pienso servirme de otra arma que las de la *razón*. ¿Tiene tanto miedo a la *razón* el gobierno de Buenos Aires que llama conspiradores a los que de ella hacen uso? Pero, no hay acta ninguna en la República Argentina, por la cual conste que yo haya hecho en favor del gobernador de Buenos Aires abdicación y renuncia del uso de mi *razón*, que es mi ánimo, cultivándola con el estudio de las leyes que presiden al gobierno de las naciones, consagrarla a demostrar que el orden actual establecido en la República Argentina, es absurdo, estéril y atentatorio contra los derechos de los gobernados, depresivo de las facultades intelectuales del hombre, ruinoso para el engrandecimiento de la República Argentina, y eminentemente desmoralizador y degradante de la dignidad humana. El gobierno de Buenos Aires, reproduciendo en *La Gaceta Mercantil* todos los conceptos de los escritores nacionales y extranjeros que favorecen su política y sus miras, y atacando a sus adversarios, usa de la *razón* ajena para apoyarse en el consentimiento presunto o efectivo de sus gobernados; y los epítetos de salvaje, de traidor, vil, infame y todas esas brutalidades, hablo debidamente, que hoy día manchan y desdoran el lenguaje de la prensa de Buenos Aires, y colocan las notas oficiales de su gobierno en un predicamento terrible a fuerza de ser repulsivo, no harán que yo renuncie a mi derecho de expresar libremente mi pensamiento sobre todo lo que en mi conciencia crea útil, noble y justo, aunque sea mi cabeza puesta a talla por aquel a cuyo egoísmo no le conviene que otros que *él*, tengan *razón*, y hagan de ella el uso que Dios y las leyes de los países cultos y libres les permiten; aun en el

caso de temer por la conservación de mis días y que mi nombre vaya a unirse en la historia al del malogrado Florencio Varela, y otros pensadores de que la República Argentina se envanecerá un día.

Me creo, pues, Excelentísimo Señor, vindicado ante la justificación de S. E. del cargo de conspirador que no justifica en manera alguna la carta que ha publicado el asustadizo gobierno de Buenos Aires, quedando esta vez demostrado lo que el estudio del corazón humano había puesto ya de manifiesto, y es, que los hombres que emplean para dominar a los otros el terror y la violencia, lo hacen porque no conocen ellos mismos otra pasión que la del miedo. Si hubiese de necesitar todavía nuevas pruebas que rehabiliten mi nombre en el ánimo de S. E. contra la imputación de conspirador y de traidor que me hace sin fundamento y sin mesura el gobierno de Buenos Aires, su confederado, me permitirá aducir algunos de los antecedentes de mi vida política, pues por los actos no interrumpidos en una larga serie de años, pueden colegirse prudentemente los que deben seguirse en adelante, como que parten del mismo fondo de principios, de convicciones y de creencias. No he pertenecido jamás ni pertenezco hoy a logia ninguna. Soy miembro de la facultad de humanidades de la *Universidad de Chile*; de la *Sociedad Literaria de Profesores de enseñanza primaria de Madrid*; del *Instituto Histórico de Francia*; de la *Sociedad de Agricultura y de Beneficencia de Chile*; de la *Sociedad Sericícola Americana*: he aquí las únicas corporaciones a que pertenezco. El que me atribuya estar ligado a otro género de logias, me calumnia.

Desde que principié a escribir en Chile, me he manifestado opuesto a la dominación personal del general Santa Cruz, en Bolivia; como a la del general Flores, en el Ecuador; como a la del general Rosas, en Buenos Aires; como a la del general Rivera, en Montevideo. Esto consta de todos mis escritos. Es, pues, una paparrucha, solo buena para repetirla delante de

chiquillos, decir que pertenezco a la misma logia que «agita hoy pretendiendo entronizar en Bolivia al cabecilla Santa Cruz, abominable e inmundo enemigo de la América»; concepto en que corren parejas la estupidez del cargo, con la torpeza del lenguaje.

En el primer albor de la vida, desde la edad de diecisiete años hasta la de diecinueve, en el carácter de oficial de milicias primero, y de línea después, he combatido en la guerra civil en un empleo subalterno; mas nunca conspiré. A esta época corresponde el incidente que dio motivo a la carta que dirigí al general Ramírez.

Vuelto a mi provincia en 1836, después de larga expatriación, para salvar mi existencia amenazada por Facundo Quiroga, fundé en San Juan el colegio de pensionistas de Santa Rosa, y un periódico titulado *El Zonda*, dos creaciones intentadas para oponer un dique a los progresos crecientes de la barbarie y de la arbitrariedad. El señor brigadier general don Nazario Benavídez podrá rendir testimonio de que nunca conspiré, haciéndole oír, por el contrario, a él mismo, de palabra y por escrito, la verdad por entero, y reprobando en los términos más enérgicos, la violación de las leyes y su conato de desprenderse de toda traba que contuviese los arranques de su voluntad. Preso por él, ultrajado por sus tropas en la plaza pública, por su orden o con su consentimiento, oyó de mi boca, apenas pasada aquella violencia, el mismo lenguaje que antes, la misma reprobación de sus actos, descendiendo él, en presencia de esta entereza, a justificarse y sincerarse del atentado, aquel mandatario que tenía en sus manos y había querido inútilmente hacerme sentir el poder de quitarme la vida. Apelo al testimonio íntimo de su conciencia, ya que no pueda esperar en su posición, pruebas públicas de la verdad de cuanto llevo dicho; no obstante que entonces muchos hombres venían a poner en mis manos los hilos de una conspiración, y el gobierno mismo hacía vigilar mi casa por temores de ella.

En Chile he escrito en *El Mercurio*, y fundado *El Nacional*, *El Progreso*, *El Heraldo*, *La Crónica*, diarios y periódicos en que, a la sombra del orden y de las instituciones, he defendido principios de libertad, y coadyuvado a la difusión de ideas regeneradoras.

He trabajado en la organización de la enseñanza primaria, habiendo sido por mi consagración a este ramo, escogido por el gobierno de Chile para organizar la Escuela Normal de enseñanza primaria, único establecimiento de este género de que puede honrarse la América. No he conspirado tampoco en Chile.

He traducido para la enseñanza pública, la *Vida de Jesucristo*, la *Conciencia de un niño*, obras eminentemente religiosas.

El *Manual de la historia de los pueblos antiguos y modernos*.

El *Por qué* o la *Física popularizada*.

He escrito, por encargo del gobierno de Chile o de la facultad de humanidades, varios trabajos para facilitar la enseñanza; entre ellos, el *Silabario graduado*, mandado adoptar por el supremo gobierno de Chile en todas las escuelas del estado o municipales.

He iniciado la fundación de una *Sociedad Sericícola Americana*, para promover en esta parte del continente el cultivo de la seda, introduciendo para ello a mis expensas, las máquinas, útiles, libros y semillas más perfectas y adelantadas que se conocen en Europa. «Para causar estos males a la América», según la torpe imputación del gobierno de Buenos Aires, confederado de S. E., estudié en París, bajo la dirección del primer sericicultor de Europa, el arte de cultivar la seda. Sobre este punto he escrito, y pienso seguir escribiendo, no conspirando, varios opúsculos importantes.

He escrito las vidas del presbítero Balmaceda, del coronel

Pereira, la del señor Gandarillas, senador de Chile, del presbítero Irarrázaval, de Facundo Quiroga, del exfraile general don Félix Aldao, y escribo hoy la del canónigo magistral de la catedral de Salta, doctor don Pedro Ignacio de Castro, para ilustrar con ellas algún punto importante de la historia contemporánea. Algunos de estos escritos me han valido y continúan valiéndome en Europa y en América, una modesta, pero honorable reputación entre los hombres pensadores; y mis escritos en España contra la expedición del general Flores, me atraieron los elogios de *La Gaceta Mercantil* en un número que no conservo, porque aprecio en igual grado los elogios y los ultrajes que brotan de tan impura fuente. *La Gaceta Mercantil* ha instruido a S. E. en repetidas ocasiones, de que mis opiniones son escuchadas hoy, y consultadas por escritores europeos, cualesquiera que sean las injurias con que las recarga al transcribirlas truncas y mutiladas *La Gaceta* de Buenos Aires.

He pronunciado un discurso en el seno del Instituto Histórico de Francia que ha publicado *El Investigateur*, y que me presentaba digno de la indulgencia de mis consocios en el cultivo de las ciencias históricas. Este discurso corre impreso en América, vuelto del francés al castellano.

He dejado en Alemania una *Memoria*, sobre las ventajas que los alemanes encontrarían en emigrar a la República Argentina, o poblar los desiertos que va dejando un gobierno ignorante o destructor, y el doctor Wappäus la ha publicado en alemán, acompañándola de 150 páginas de notas ilustrativas, auxiliándose con sus profundos conocimientos en la geografía americana, y con los datos que le suministraban la obra de Arenales sobre el Chaco, y otras muchas que puse a su disposición, de lo que me ha rendido testimonio honroso en la obra citada.

He publicado *El viaje de Pío IX a América*, aquel ilustre pontífice que preguntaba al general Santa Cruz, durante mi

residencia en Roma: «¿todavía manda aquel mal hombre, ese Rosas? ¡Hasta cuándo lo tolerará la Divina Providencia!». Esto lo saben jóvenes argentinos *federales* que se hallaban a la sazón en Roma, y cuyos nombres omito por caridad.

He hecho un viaje por Europa, África y América, visitando la España, la Francia, la Italia, la Alemania, la Inglaterra, Argel, los Estados Unidos de Norte América, Cuba y las costas de la América del Sur; recogiendo por todas partes datos y nociones útiles, y estudiando las instituciones de los pueblos y los medios de desenvolver la riqueza de las naciones, la inteligencia del mayor número, y la civilización en todos sus ramos. He estudiado la enseñanza primaria en todos los países más adelantados, y de este estudio publica el gobierno de Chile en este momento una obra en que he reunido todos los datos que puedan servir a la nación que me hospeda para mejorar la enseñanza pública.

De mis impresiones de viaje he publicado un volumen, cuya edición, en menos de un mes, está a punto de agotarse, y en la cual revelo los secretos móviles que perpetúan las disensiones de la República Argentina con las naciones extranjeras.

He tratado durante mis viajes con hombres eminentísimos en ciencia, talento, o posición social, entre los cuales descuellan el ilustre San Martín, que me ha honrado con su amistad; el Papa Pío IX; los señores Thiers, Guizot; el célebre Humboldt, Cobden, Man-Kraitsir, Héin-Horn, Wappäus, mariscal Bugeaud, general Renault, Mérimée, Tissot, Mme. Tastu, y otros ciento que por brevedad omito. Promuevo hoy, en fin, la inmigración europea, colectando todos los datos que pueden servir a ilustrar la opinión pública, habiendo dejado además relaciones establecidas en Alemania, Burdeos, Génova, Milán, y otros puntos de Europa, con el fin de trabajar en este punto.

He aquí, Excelentísimo Señor, el catálogo abreviado, pero

exacto, de los actos que constituyen mi vida pública; ¡he aquí cómo en diez años he abusado de mi asilo en Chile, para incendiar un país vecino; he aquí las maquinaciones para suscitar la anarquía en provecho de miras antiamericanas, según la acusación entablada por el gobierno de Buenos Aires contra mí ante el gobierno de Chile! Mas, séame permitido observar, Excelentísimo Señor, que su confederado se arroga en nombre de la América, pronunciar un fallo que en manera ninguna le compete. La América decidirá un día quiénes son los que trabajan en provecho de miras *antiamericanas*, quiénes los que tantos males han causado y causan a la América; ella juzgará entre los americanos como yo, y los del género del dictador de Buenos Aires, y yo me someto con gusto a ese juicio, como rechazo con todas mis fuerzas el interesado, egoísta, y poco ilustrado de aquel gobernante.

Si aquellas manifestaciones de mi vida me constituyen un conspirador ante los ojos de S. E., en tal caso puedo asegurar que la conspiración tal como la establecen mis antecedentes públicos y privados; la conspiración por la palabra, por la prensa, por el estudio de las necesidades de nuestros pueblos; la conspiración por el ejemplo y por la persuasión; la conspiración por los principios, y las ideas difundidas por la prensa y por la enseñanza; esta clase nueva de conspiración, será, Excelentísimo Señor, de mi parte, eterna, constante, infatigable, de todos los instantes, mientras una gota de sangre bulla en mis venas, mientras un sentimiento moral viva sin relajarse en mi conciencia, mientras la libertad de pensar y de emitir el pensamiento exista en algún ángulo de la tierra. Tendré para mi consolación la gloria de conspirar a la manera que han conspirado en Chile los Montt, los Vial, los Varas, los Tocornal, los Sanfuentes y tantos otros, que se han preparado para la gestión de los negocios públicos por el estudio del derecho, por la práctica del foro, del profesorado, y por la palabra hablada o escrita. Conspiraré, aunque en más humilde

escala, como conspiraron Guizot, Thiers, Lamartine, y tantos otros, estudiando la historia y haciéndose una reputación en el mundo por sus conocimientos y sus trabajos; conspiraré como Gioberti, Mazzini, Galletti, Garibaldi, y tantos otros patriotas italianos que nunca olvidaron su patria desde las prisiones y el destierro a que los condenaban afortunados tiranuelos, y que han hallado hoy su lugar en la resurrección de aquella libertad pisoteada, pero no sepultada, que hoy vuelve a brillar en la tierra. Conspiraré, en fin, por los esfuerzos perseverantes de una vida entera sin tacha, consagrada al examen de los intereses de la civilización, del engrandecimiento y de la prosperidad de la América, y muy particularmente, Excelentísimo Señor, de la República Argentina, mi patria, pues que no he renunciado al título de argentino, y como tal a mi derecho imprescriptible de tomar parte en todos sus actos, como ciudadano que soy de ella; pues su constitución republicana y democrática, me hace parte del soberano, y por tanto del gobierno, por la palabra y la influencia de la razón de que no puede desposeerme sin mi voluntad el gobierno de Buenos Aires, de quien no soy súbdito por pertenecer a otra de las provincias confederadas. Yo envidio, Excelentísimo Señor, las dotes naturales de aquellos genios privilegiados, que como la persona del gobernador de Buenos Aires, desde una crianza de ganado, han pasado sin otra preparación, a ponerse a la cabeza de una nación para domar pueblos y desjarretar hombres. Sin aspirar a posición tan encumbrada, yo he debido proceder de un modo más vulgar y humilde, imitando el ejemplo y la práctica de todos los hombres que quieren servir a su patria. He principiado por aprender, por estudiar las ciencias que tienen relación con el gobierno de los pueblos, he viajado por toda la tierra, he enseñado a la juventud, he escrito, en fin, para manifestar las ideas propias, fruto de aquel estudio en los que me han precedido, para prepararme a la vida pública haciendo conocer el árbol por sus frutos. Esto me

vale la consideración de que gozo en Chile y entre algunos hombres cultos del mundo, la estimación de mis compatriotas, de que me envanezco, y la proscripción de mi patria, y el epíteto de conspirador del gobierno de Buenos Aires.

Réstame, Excelentísimo Señor, para terminar esta larga apología que de mi conducta elevo a la consideración de V. E., justificarme del vaticinio que en mi carta al general Ramírez hago de que, «el despotismo de Rosas será imposible, no por las resistencias armadas (que yo no procuro) ni por las armas coaligadas de las potencias extranjeras (que yo no he traído al Río de la Plata), sino que caerá por el ridículo, por el oprobio, por la humillación, por la esterilidad de los resultados obtenidos en 20 años de desastres, de persecución y de crímenes». Creo que es este juicio de mi parte lo que, escudando el amor propio del gobernante bajo la manejable salvaguardia de los epítetos injuriosos que me prodiga, ha encendido la saña del gobierno de Buenos Aires que deseara oírse siempre llamar *grande*, clasificación que yo guardo para actos poco vulgares en la vida pública de los hombres, y que sus súbditos le prodigan con una frecuencia vergonzosa.

Necesitaría volúmenes para exponer ante los ojos de S. E. las razones que me hacen creer que este sistema de cosas que hoy triunfa en la República Argentina, es caduco y deleznable por ser contra la naturaleza, la justicia y el derecho. Me limitaré, pues, a un hecho entre mil, que está a la vista de todos, y del que S. E. es a la vez víctima y ejecutor. Hablo del sistema de expoliación entre los gobiernos confederados, con el cual arruinan a los pueblos, destruyen el comercio, y comprometiendo y perjudicando a cada habitante de la república, harán que un día se levanten en masa aquellos infelices, ajados, pisoteados y saqueados, para formar gobiernos que favorezcan y desenvuelvan sus intereses. En Chile, en los Estados Unidos, en Francia, Inglaterra, y en todos los países del mundo que tengan gobiernos racionales, no hay

aduanas interiores. En las edades más bárbaras de la Europa, los señores feudales que tenían establecidos sus castillos en las crestas de las montañas, en las gargantas de los valles, en las encrucijadas de los caminos, y en los vados de los ríos, tenían sus tropas de siervos armados para arrancar contribuciones a los pasantes, y quitarles parte de lo que llevaban. Pero este sistema de tropelías y de rapiña no tiene hoy ejemplo en el mundo, sino en la República Argentina, como me tomaré la libertad de exponerlo brevemente.

Entre Chile y la República Argentina, el comercio ha sido destruido por una orden del gobierno de Buenos Aires, que nunca había hasta hoy desde 1810, legislado en aduanas de otras provincias, exigiendo fianzas por derechos que no ha impuesto, y cuyo monto ignora el comerciante. Si el gobierno de Buenos Aires cree haber obrado en la esfera de las atribuciones naturales de los gobiernos, que muestre el ejemplo del de alguna nación que le haya precedido en dar decretos de este género.

En San Juan pagan tres pesos de internación por cabeza los ganados engordados por sus *confederados* los mendocinos; ocho reales el quintal de harina; y un peso de piso cada carreta.

En la provincia de San Luis paga cada carga que va o viene de las provincias de Cuyo a las litorales, cuatro reales. La sala de representantes les impuso un peso, pero a consecuencia de los reclamos de los gobiernos de San Juan y Mendoza, se bajó temporalmente a cuatro reales. En el año último han pasado de ida y vuelta por las cercanías de San Luis, como 20.000 cargas que han dejado a su gobierno, de derecho de expoliación sobre el transeúnte, diez mil pesos. El gobierno *confederado* de San Juan, a petición de los esquilmados comerciantes, solicitó del gobierno de la Rioja, el permiso de atravesar su territorio que está al norte, para que las cargas transitasen a Buenos Aires que está al este, a fin de que haciendo un rodeo de ochenta

leguas, escapasen los cargamentos de pasar por aquella guarida de expoliadores que los aguarda en el camino para defraudarles de una parte de su trabajo. El gobierno de la Rioja convino en el pedido, a condición de que le pagasen un real para abrir los bosques; pero el de Córdoba, por cuyo territorio debía pasar también el camino de desecho, se negó durante un año por no desagradar a su compañero. Estas mismas cargas pagan en Córdoba dos reales, y en Santa Fe otros dos reales, reclamados de sus hermanos por el derecho de expoliación recíproca establecido en la república.

En Córdoba, en Tucumán, Salta y Santiago del Estero, hacen pagar seis pesos de derechos por carga de aguardiente de San Juan y Mendoza, que con uno y medio reales de exportación en sus provincias respectivas, cuatro reales de tránsito en la Rioja, cuatro reales de tránsito en Catamarca, y seis pesos de tránsito para Jujuy en Salta, han arruinado al comerciante quitándole sucesivamente capital y provechos. Si esos pueblos así desangrados modificaran sus gobiernos o contuvieran sus desmanes, ¿no usarían de un derecho legítimo? Las expoliaciones en Córdoba ejercidas sobre los mismos cordobeses, son tales que no vi ejemplo de ellas entre los beduinos de África. Las haciendas de ganados están divididas por parroquias. Cada cuatro meses se presentan los comisarios del gobierno, y a expensas del hacendado se reúne el ganado; el que no ha sido parado en rodeo, cae en decomiso. Reunido el ganado se saca el diezmo sobre el capital y no sobre la producción. Este diezmo es trasportado a los puntos que el gobierno designa, a expensas del hacendado, el del capital ya diezmado. Hay unos contratantes *hongos* como los de Cantón en la China, que reciben este ganado; pero ellos han inventado una medida de ganado *de entrega*, que hace que dos cabezas chicas de ganado *al tirar*, equivalgan a una de ganado de entrega, y una y media flaca a una de entrega. Por este medio el diezmo que se componía de 100 cabezas, solo representa 90

de entrega, apelándose al capital diezmado de la hacienda para reponer la pérdida de los 10 que faltan; ¡y esta operación se repite tres veces en el año! Es sabido y notorio que un sobrino del gobernador de Córdoba *degolló* toda su hacienda, en presencia de los comisarios, después de haber pagado por la vigésima vez aquel diezmo inicuo. Hanse establecido a las entradas de la ciudad de Córdoba, *casitas* para arrancar una contribución de lo que de la campaña introducen los pobres paisanos. Los productos de aduana de aquella provincia dan 150.000 pesos, independientes de la contribución del ganado que monta a mucho más, sin que los vecinos sepan en qué se invierten estas enormes sumas. El gobernador de Córdoba tiene de renta *asignada* dieciséis mil pesos anuales, es decir, cuatro mil pesos más que el Presidente de la República de Chile, que solo tiene doce mil y manda un estado floreciente y rico, en lugar de una provincia arruinada y pobre, como la de Córdoba lo está hoy.

En Buenos Aires no son menos inicuas, aunque menos sensibles sean las consecuencias de la arbitrariedad de las imposiciones. Durante muchos años, el estado dispuso del ganado *desconocido*, llamándose así el que en la pampa se encontraba en una hacienda con marca de la vecina, de la cual no lo separa límite alguno; aunque estuviere, a causa de la falta general de peones, por haberlos tomado el gobierno para la guerra, *alzado* todo el ganado, y los dueños del *desconocido* estuviesen presentes para reclamarlo. La multitud de decretos contradictorios del gobierno de Buenos Aires, dictados por la pasión del momento, aconsejados por miras egoístas, y expedidos con una ignorancia injustificable del bello y científico sistema enfiteúutico, ha introducido el caos en la propiedad, sistema rural, haciendo imposible hoy la claridad indispensable en el origen del título. Después de 1847 se realizó, es verdad, la contribución del ganado al dos por ciento sobre el capital y la cría, repetida *ad libitum* tres o cuatro veces

al año. Una mula que sale de Corrientes para el tráfico de Bolivia, paga en su provincia ocho reales y cuatro reales de piso en Santa Fe; cuatro reales en Córdoba; cuatro reales en Santiago del Estero; en Tucumán, cuatro reales; en Salta cuatro reales; en Jujuy, cuatro reales; suma casi igual al capital; mientras que en Bolivia, país extranjero, solo pagan medio real de piso en el mercado de la Paz, siendo de notar que el traficante que hace un arreo de 500 mulas, necesita a más de los gastos ordinarios, llevar consigo la enorme suma de 1752 pesos para ir por el camino pagando a cada expoliador público que le sale al atajo, el permiso de pasar sin que lo protejan ni ayuden en su empresa como debieran.

En todas partes y por todas las vías de comunicación, las carretas son abrumadas de derechos exorbitantes. De Tucumán a Buenos Aires carga una carreta 150 cueros, por los cuales paga cuarenta y ocho pesos de derechos de tránsito en el camino. La azúcar de Tucumán paga en Santiago del Estero diez reales por arroba, y cuatro en Córdoba, con lo que aniquilan la producción. El aguardiente de caña tiene once pesos de derechos en Córdoba. La harina de San Juan tiene impuestos que varían según la voluntad del mandatario, y ya se ha visto imponer un *máximo* a la venta de menudeo, y arrancar contribuciones de a 500 pesos a los comerciantes cordobeses que no podían vender a los precios ordenados.

Todo este cúmulo de absurdos, injusticias, dilapidaciones, expoliaciones, y aquel salteo organizado, hablo con el mayor respeto, suponen que los caminos se mejoran, que la autoridad armada responde de la seguridad del comercio. Pero nada de eso hay, Excelentísimo Señor. No hay correos, sino en épocas arbitrarias y sometido su despacho al antojo o a las necesidades de la política. Hace un año que el comercio de San Juan solicitó de la autoridad el permiso de establecer *a sus expensas* un correo a Buenos Aires para adquirir datos comerciales; y el gobierno, fingiendo favorecer la empresa, la

dio de mano y estorbó que hubiese correo. Este sistema de aislamiento y de reclusión, lo pagan los pobres pueblos arruinándose lentamente, viendo emigrar los capitales, perdiendo el crédito en las plazas de comercio.

Los caminos no están más avanzados. Los salvajes de las pampas han desolado ya una gran parte del territorio poblado en dos siglos de penosos afanes, y en las cartas geográficas de la República Argentina, vienen marcadas todavía las poblaciones de San José del Bebedero, Santa Catalina, Las Tunas, Loboí, el Sauce, Chañaritos, Piñero, Gómez, Federación, Blancamanta, Guaguaca, Fuerte, San Bernardo, La Reducción, Aguadita, Tambo, Saucesito, San José, Río Quinto, Punilla, Villa del Río 4.º, Estanzuela, Salado, Achiras, Portezuelo, El Oratorio, Cabral, que como a S. E. le consta, son desiertos yermos hoy. Suben a millares de pesos las pérdidas anuales experimentadas por el comercio de San Juan y Mendoza en su tránsito a Buenos Aires. Los salvajes han barrido ya y asolado la frontera sur de San Luis y Córdoba, habiendo llegado su audacia hasta trepar a la Sierra en octubre del pasado año, batiendo en sus fuertes a los soldados, robándose los ganados, violando y llevándose cautivas las mujeres, y degollando los niños y los adultos, llevando el espanto y la desolación a cincuenta leguas a la redonda; porque, Excelentísimo Señor, las naciones no son valientes sino cuando tienen la conciencia de su propia dignidad, y esos mismos argentinos que escalaron los Andes y llenaron en todos tiempos la América con sus prodigios, corren hoy como rebaños en presencia de los salvajes de las pampas que Rauch bajo un gobierno regular, tenía amedrentados con solo un regimiento de caballería.

Al contemplar este ominoso cuadro del que quito sombras y objetos para no recargarlo demasiado, ¿necesitaríase, por ventura, un gran fondo de penetración para anunciar que tal sistema de cosas no puede durar? ¿Necesítanse más conspiradores contra el orden establecido, que los mismos que

lo minan por sus desacatos, sus violencias e injusticias? ¿Y es de extrañar, Excelentísimo Señor, que después de haber recorrido el mundo civilizado, y atravesado veintiún estados de los que forman la libre cuanto poderosa unión americana del norte, no sienta sino el más profundo, el más solemne desprecio por el gobierno de Buenos Aires, que apoderado de la dirección suprema de la república, no ha sabido producir en veinte años, sino guerras interminables en el exterior, despoblación, ruina y miseria en el interior? ¿Y no aumentará, si es posible, y no generalizará este profundo desprecio a las demás personas, el ver a un gobierno alarmado y alarmando a los otros por una carta privada de un individuo desconocido, soñando conspiraciones, asustándose de su propia sombra en medio del poder más formidable que desde los emperadores romanos hasta hoy, gobierno alguno no había visto reunidos en unas solas manos? La verdad es que el gobierno de Buenos Aires, en el momento de publicar mi carta al general Ramírez, sabía que yo había principiado a escribir en Chile, contando con que su nota induciría al gobierno de Chile a coartar mi libertad. Pero su destemplada nota llega cuando la redacción de *El Progreso*, que hasta hoy favorecía sus intereses, ha caído perseguida por la reprobación universal, habiéndosele sucedido otra, que le es hostil de principios y de corazón. S. E. no volverá, pues, a ver en *La Gaceta Mercantil* de Buenos Aires, citados artículos de *El Progreso* encomiásticos de aquel gobierno; artículos que hacían creer a la República Argentina, que en Chile tiene partidarios aquel inicuo orden de cosas.

El hecho es, sin embargo, que entre el gobierno de Buenos Aires y yo, median las leyes de Chile, que me protegen y que invocaré en mi amparo, salvo que el puñal del asesino se burle de ellas y alcance a mi existencia. Desafíolo, pues, donde solo su razón y su derecho alcancen, sin sus medios de coerción y de violencia. Creo demasiado lo dicho para vindicarme ante S. E. del cargo de conspirador, de que he sido víctima inocente.

Cuando el momento sea llegado, yo me presentaré en Buenos Aires a la luz del día, a trabajar como uno de tantos por la libertad y felicidad de los pueblos argentinos, por la gloria y el engrandecimiento de la América. Entonces haré lo que he hecho toda mi vida, porque esos actos son mi esencia misma, mis medios y mis propósitos futuros.

Para entonces, Excelentísimo Señor, ofrezco a S. E., como ofrezco de nuevo al general Ramírez, «cuanto yo valgo, y se lo ofrezco con tanto más gusto, cuanto que tengo la íntima convicción de que es fatal, inevitable el caso que ha de llegar en que pueda serle útil a S. E. y a todos sus amigos».

Dios guarde a S. E. muchos años;

D. F. Sarmiento.

Post scriptum:

Remito a S. E. un ejemplar de *La Crónica*, número 19, que contiene esta mi representación, por el correo que parte de Santiago el 1.º de junio, y el 4 de los Andes. Si este ejemplar no llega a manos de S. E., atribúyalo a la prudente previsión de su confederado, que cuida paternalmente que no tenga S. E. conocimiento sino de los hechos que él juzga en su alta sabiduría oportuno que conozcan sus subalternos.

La Ilustración Argentina

Periódico de Mendoza

(*Crónica* de 3 de junio de 1849)

Que viva la Confederación Argentina, puesto que la arbitrariedad de sus gobernantes así lo quiere, nada nos parece más justo y racional, aun que vivan los salvajes unitarios que tienen buen cuidado de no ponerse al alcance de la república roja que proclama el exterminio. Podernos decir de la aparición del periódico mensual que anunciamos, lo que el diario de *Los Debates* dijo de la publicación de los *Girondinos*, por Lamartine; es más que un hecho literario, un acontecimiento político, una revolución más bien que un libro. La prensa del dictador de Buenos Aires ha desprendido un poderoso destacamento hacia las faldas orientales de los Andes; y coincidencia notable, no bien desaparece en la prensa chilena el único diario preconizador de Rosas, surge una poderosa publicación en Mendoza que reemplaza en la discusión periodística aquel órgano suprimido por la reprobación universal. Ahora las cosas están en su verdadero terreno; en Mendoza, los órganos del gobierno argentino, en Chile los chilenos y los que a sus intereses se asociaran.

La Ilustración Argentina es, por lo demás, una publicación con la que apenas rivaliza en lujo de tipos y abundancia de material *La Revista de Santiago*, constando de 40 páginas en

folio, a dobles columnas y tipo menudísimo, la mayor parte de lo que los impresores llaman breviario. Sus redactores no disimulan el objeto de tan costosa publicación. «Alzaremos la voz —dicen en su prospecto— en defensa de los gobiernos legales (de la Confederación) y del gran hombre que preside nuestros destinos, vil e insidiosamente calumniado por los salvajes unitarios, que después de haber cubierto de sangre y luto a su país, refugiados en el extranjero, provocan con sus embustes todos los odios; haremos ver a los pueblos hermanos su falsedad, su malevolencia y sus crímenes»... y sigue una tirada por este estilo.

En otra parte, bajo el epígrafe de *Doctrinas y calumnias de los salvajes unitarios en Chile*, dice: «*La Crónica* es hoy el órgano fanático de los principios y tendencias de este bando de ilusos e ignorantes; su redacción está confiada al utopista más furibundo y desbocado que haya producido el suelo americano, y sus embustes y desvaríos tienen el atractivo de lo nuevo y de lo inaudito para ciertas cabezas inexpertas. Este será, pues, el principio tópico de nuestras dilucidaciones». Antes de entrar en materia, permítanos *La Ilustración Argentina* que se desenvuelve a la sombra del piadoso lema *mueran los salvajes unitarios*, darle un consejo de amigos. *La Ilustración* tiene por objeto hacerse leer en Chile para desmentir los embustes de los salvajes unitarios; nada más bien pensado; pero el tono de los trozos que acabamos de publicar, que es el de todo lo editorial, no es de moda en Chile; hay más, y es que disgusta al público, razón por la que nadie lee jamás *La Gaceta* de Buenos Aires, aunque lleguen cargas por el correo. Eso de salvajes, de crímenes, de inmundos, sanguinarios, falaces, viles, insidiosos, embusteros, puede ser de muy buen gusto en la gran Confederación Argentina y en boca de sus gobiernos legales, pero en Chile es repulsivo, desagradable. El señor Irigoyen, que ha frecuentado la más escogida sociedad de Santiago, sabe por experiencia propia el mal éxito de este lenguaje tan necio

como repugnante, y él es muy bien educado para que se hubiese permitido en Chile decir salvaje unitario, sanguinarios, aleves, vendidos al oro inmundo del extranjero, y otras palabras de este género, sin excitar el asco de sus oyentes. Ahora, como el objeto de los redactores de *La Ilustración* matadora de unitarios, es hacerse leer, haría *fiasco* completo si no cambia de lenguaje, porque el público chileno la creerá o hija de *La Gaceta*, o *La Gaceta* misma en persona que se viene agazapando, y acercándose a Chile.

Escriben en *La Ilustración* el joven Llerena, educado en los colegios de Chile, y que manifestaba, desde su temprana juventud, fuertes ganas, y a lo que suponemos, buenas disposiciones para escribir, según podemos recordar de una composición sobre el Chayao, y otras sobre no recordamos qué asunto, que nos confió en 1843, como muestra de su idoneidad; y el señor Irigoyen, educado en Buenos Aires, dotado de capacidad y de instrucción, y que se ha merecido una distinguida situación en Mendoza, donde se ha establecido definitivamente, por la dulzura de sus modales cultos y afables, y los servicios que no cesa de prestar a cuantos ponen en ejercicio su soberana influencia sobre los gobernantes de la provincia a causa de sus temidas confidencias con el ilustre restaurador. No creemos aventurarnos mucho, atribuyendo a este exclusivamente la dirección política del diario, y mientras que *La Ilustración* se esfuerza en torcer las narices a nuestras ideas sobre *inmigración* y suscitarnos las preocupaciones nacionales, recurso de que se han valido en Chile con tan mal suceso los escritores asustadizos y asustadores de preocupaciones, *La Ilustración* tiene por editor uno de esos *extranjeros* por cuya inmigración copiosa en América abogamos. Era el señor Van Sice, ahora ocho años, un peón tapiador en Mendoza. Un día encontrolo su patrón *leyendo*, y llamándole la atención este raro fenómeno, supo, no sin mucha sorpresa, que su peón tenía mucho más instrucción que él

mismo. Confíole la educación de sus hijuelos, introdújole en la ciudad recomendando su talento y su capacidad pedagógica, y con su apoyo fundó una escuela, donde reunió algunos fondos, con los cuales hizo un viaje a Norteamérica y ha vuelto no ha seis meses a la cabeza de un gran establecimiento de imprenta.

Después del primordial objeto de combatir a *La Crónica*, aquel destacamento trae otras misiones no menos importantes, cuya trascendencia puede colegirse de algunas ideas arrojadas de paso. «Sin embargo —añade—, las transacciones *ruinosas* que nuestro comercio efectúa con el de Chile, al mismo tiempo que privan a la agricultura de todos sus recursos (¿los frutos?) tienden cada día a arruinar más al país extrayendo de él sin ningún retorno, todo el numerario que se necesita para la circulación. Tanto esto como el desprecio que aquel estado hace de la moneda nacional y boliviana, hoy día nuestro único y escaso recurso, ha dado lugar a los juegos del agio»... ¡Ah! y cómo tememos que *La Ilustración* que aparece por el respaldo de la Confederación, no sea la misma que se ostenta en Buenos Aires. Pedimos en nombre de Chile humildemente perdón a la moneda nacional y boliviana por el desprecio que sin duda ninguna no merecen, pero en que la han hecho incurrir la deslealtad de los gobiernos que han alterado su ley y su peso. Léase *La Crónica*, artículo de la moneda. Pero lo que no comprenderán en Chile, es cómo siendo la depreciada moneda nacional y boliviana vuestro único y escaso recurso, el comercio de Chile extrae sin ningún retorno todo el numerario, puesto que Chile no extrae la moneda que sin depreciar aprecia solo en su valor intrínseco. Conclusión. El comercio entre Chile y la Confederación Argentina va a ser prohibido mientras dure la administración de don Juan Manuel Rosas, que hace años que sueña con este El Dorado de sus planes económicos. ¡Oh, España! ¡Oh, España! ¡Cuántos años serán necesarios para desterrar los errores que nos habéis legado!

Sostiene *La Ilustración*, refiriéndose al plano levantado por

don Santiago Arcos, que los fundos de los Jirones forman parte integrante del territorio de Mendoza. En este punto estamos de acuerdo, y ayudaremos a *La Ilustración* ultramontana a esclarecer su tesis; pero cuando dice, «que el gobierno de Mendoza mandó a sus agentes en 5 de septiembre de 1843, a cobrar el justo y equitativo impuesto de dos reales por cabeza, lo cual se hizo con la moderación que debía guardarse con personas que no solo no habían solicitado el *previo permiso de la autoridad del país*, si no lo que es más, oponían una resistencia de hecho a la percepción del impuesto», comete un error cronológico que confunde toda noción de derecho. Los Jirones están en posesión no interrumpida de aquellos potreros desde 1756, según consta de datos auténticos que hemos registrado en *La Crónica*, y desde entonces en la práctica anual de mandar sus ganados u otros a pacer en aquellos sus potreros. Luego datando de 1843 el decreto del gobierno de Mendoza por el cual se imponía un gravamen sobre aquella propiedad, uso y práctica de casi un siglo, los Jirones no podían *haber pedido previo permiso a la autoridad del país*, por la razón muy sencilla de que lo que es *posterior*, no puede ser previo a lo *anterior*.

El señor redactor de *La Ilustración* subraya aquellas palabras queriendo decir algo de muy notable, no habiendo dicho más que un desatino. No sabemos si el segundo caso de la resistencia *de hecho* es fundado, en cosas en que se ha mezclado Rodríguez, que tenía a un tiempo los caracteres de salteador y de funcionario público; en esto estamos también de acuerdo con *La Ilustración*; pero, en nuestra humilde opinión, fue el gobierno de Mendoza, quien, para imponer pechos sobre el uso de una propiedad particular *debió pedir previo permiso a los propietarios*, aunque esto parezca en menoscabo de la autoridad legítima del territorio. Lo más legal, lo más pacífico, lo más cordial nos parece, pues, abrogar el decreto atentatorio al uso de una propiedad particular y dejar las cosas en el

mismo estado en que se han conservado durante un siglo. Esta prudente y conciliatoria medida convencerá al gobierno de Chile de la benevolencia proverbial de la Confederación hacia las otras naciones.

Pero, dejando a un lado discusiones que reservaremos para más tarde, debemos dar a la provincia de Mendoza los más sinceros parabienes por la adquisición y progreso que acaba de hacer. Una poderosa imprenta, cualquier que sea el espíritu que la anime, en política contribuirá poderosamente a su desarrollo y cultura, y aunque en cambio del comercio de Chile que vienen a cerrarle, le den por ahora un tratado de astronomía y otro de historia antigua, la prensa ejercerá su benéfica influencia allí como en todas partes. Tendrán en *La Ilustración* un medio de llenar agradablemente sus ocios, no para materia de instrucción, aunque haya de costarles uno que otro bostezo, si emprenden de un golpe iniciarse en la cronología. Por lo que a nosotros respecta, lo decimos sin avergonzarnos de ello, más gustaremos de entendernos con *La Ilustración* que con la mazorca, y si el gobierno de Buenos Aires quiere desvanecer las calumnias de los unitarios (nada de *salvajes*, porque en Chile fastidian soberanamente tales epítetos), el medio que ha adoptado es noble y digno de otros principios y de otros gobiernos que el suyo. Que tengan paciencia, pues, aquellos pueblos; todos los gobiernos absolutos (la suma del poder público es el poder más absoluto de la tierra), han principiado así. Sus propios intereses los llevaban a valerse de los mismos medios que la libertad ha creado, la prensa, la discusión, la difusión de las luces, el estudio. De allí a la libertad no hay sino un paso; de la mentira nace al fin la verdad.

Aceptamos, pues, la discusión, a trueque de que se permita circular libremente allá *La Crónica* y los demás periódicos de Chile, como aquí se permite la circulación de todas las publicaciones del mundo; lo demás sería jugar *sucio* y feo.

Colonias al sur (*Crónica* de 14 de julio de 1849)

Las invasiones de indios se repiten con tanta frecuencia en las fronteras desguarnecidas de la República Argentina, que empieza a generalizarse la idea de la oportunidad de una expedición al sur para amedrentar a los bárbaros. Un ejército a las órdenes del general Benavídez, y suministrado por las tres provincias de Cuyo, haría una entrada tierra adentro, hasta alcanzar las tolderías de los salvajes. Esta expedición sería de una alta importancia, si se diese al plan de operaciones más extensión que el de una mera excursión al sur, ruinoso para los contribuyentes y pobre en resultados, como fue la que emprendió Facundo Quiroga en combinación con Rosas.

Las provincias de Cuyo, y en general las otras fronterizas, no gozarán de reposo mientras no ocupen por medio de una serie de fuertes el territorio que queda al norte del Río Colorado, que puede ofrecer la delimitación de una frontera militar, arreando a los salvajes fuera de aquella línea, y aclarando una inmensa extensión de país a su retaguardia, que proporcionaría terreno para una segunda cadena de colonias militares, que a su vez cubrirían una tercera de colonias agrícolas, hasta poner a cubierto las ciudades, llevando la guerra a lo lejos, y sosteniéndola por medio de posiciones estables, escalonadas y apoyadas en los obstáculos naturales.

De Bahía Blanca al Planchón, por ejemplo, no hay más de 150 leguas, que a distancia de 10 leguas dan cabida a quince fuertes, que una vez establecidos dejarían, no resguardadas por lo pronto, pero sí separadas de la masa del desierto, inmensas extensiones de país que podrían someterse a la cultura, y bajo un buen sistema de administración, consolidarse en diez años. Si bajo el plan de una distribución de terrenos en el sur, se emprendiese una invasión, sobrarían en la República Argentina soldados, oficiales y especuladores que entrasen gustosos en la empresa. Este es el único sistema que está llamado a consolidar la frontera movediza del sur en aquellos países. Pero para realizarlo se necesitaría otro espíritu del que desgraciadamente reina en aquellos países. Sería necesario que sus gobiernos se distrajesen de la ruinosa manía de suscitar querellas a todas las naciones, y reconcentrando su atención al interior, promoviesen la población de los desiertos, y por tanto la inmigración de colonos europeos, para los cuales ofrece aquel país ventajas que ninguno en América tiene; y cuando por este medio expeditivo y fácil hubiese cuatro o seis millones de habitantes y duplicado su riqueza, entonces podría, si tal es su manía, ir a buscarles camorras a los extraños.

Al sur de Mendoza está el camino que recorrió el general Cruz en su corto tránsito desde Concepción a Buenos Aires; al sur están los ríos Colorado y Negro, el último de los cuales hay todo motivo de creer tiene su origen en Chile mismo, pudiendo en este caso su ocupación por cristianos, abrir una ruta de navegación fluvial entre los dos océanos que allanaría las dificultades de la circunnavegación del Cabo de Hornos, o enriquecería por lo menos a las colonias que en su curso se estableciesen. La República Argentina podía, sin el extravío en que ha caído de ser un matón, que como todos los matones no saca en limpio sino lacras y moleduras, podía prestar un grande servicio a esta parte de la América y a la ciencia geográfica, que tiene muchos desiderátums que llenar en esta

parte del sur.

Una expedición así concebida, daría vida a aquellas provincias, desenvolviendo riqueza en lugar de destruir la que existe por medio de contribuciones forzosas, único expediente empleado en esas expediciones sin plan y sin más objeto conocido que ir a buscar a los bárbaros en los desiertos. Las de Facundo Quiroga, Aldao y Rosas, no produjeron otro resultado que unas doscientas víctimas, y sendos millares de pesos desbaratados en un año. Las empresas destinadas a producir resultados duraderos, requieren elementos inteligentes, estudios y plan, que sin hacernos violencia, no podemos atribuir a los hombres que mandan en aquellos países, menos por la incapacidad personal, que por la falta de todo sistema de administración y de verdadero orden. Un sistema de colonias al sur, un movimiento sostenido para llevarlo a cabo, poblaría de ciudades aquellos territorios, y acabaría con las depredaciones de los bárbaros.

Camila O'Gorman

(Crónica de 26 de agosto de 1849)

En medio de la monotonía de la vida de los pueblos, ocurren de tarde en tarde sucesos ruidosos que turban el espíritu y despiertan a millares de leguas la curiosidad, por aquella secreta simpatía de los hombres, que se reconocen todos comprometidos por los mismos atentados, alarmados por el estallido de pasiones que son idénticas, pues que nacen de situaciones análogas. Ha seguido el mundo con avidez las peripecias de la causa de Mme. Lafarge; conmoviéndose con el atentado del duque Praslin, o el más tenebroso aún del padre Leotade, porque hay una necesidad del corazón que nace interesarlo por el triunfo de la justicia que reprime las pasiones criminales, que descubre los rastros que parecían borrados del camino que llevó el crimen; en fin, el sentimiento moral del hombre descansa cuando ve a esa providencia humana que se llama la justicia, alcanzar a los que contaban sustraerse a sus golpes.

Sugiérenos estas ideas el examen de un pequeño opúsculo que ha caído en nuestras manos, con el título de *Asesinato de Camila O'Gorman*, en el cual se contiene la relación de un hecho acontecido en Buenos Aires hace pocos meses y que ha engrosado la lista de los grandes crímenes de que la prensa da cuenta con frecuencia. Pero al leer sus páginas sucede todo lo

contrario de lo que en los casos antes citados. El corazón se siente oprimido; el sentimiento moral se cree deservido, y la justicia humana que en otros casos nos parece una Providencia por su sagacidad, sus pesquisas y su adivinación, esta vez se presenta como un verdugo, y no sabe uno decir quién es el criminal, si el juez o el acusado, distribuyendo sobre uno y otro la sensación de horror que inspiran. Saben todos que Buenos Aires goza de tranquilidad, de movimiento comercial, y de grande animación en todas las transacciones de la vida. El extranjero que visita aquella ciudad, el europeo que desembarca, el negociante que especula, todos están de acuerdo en decir que su estado es bueno, tranquilo, excelente para los negocios de la vida; pero hay debajo de aquellas exterioridades, cosas que requerirían años de observación para aprender a discernirlas. Por ejemplo, los médicos notan que la tisis pulmonar hace progresos espantosos en aquella ciudad, sin que haya causa aparente que la desenvuelva; y el que penetra en el interior de las familias, sabe que hay centenares de locos, escondidos, ocultados cuidadosamente a las miradas del público. Estos locos son o ancianos cansados de la vida, o jóvenes llenos de ardor en un tiempo y que cayeron repentinamente en una especie de estupor o de embrutecimiento. Las escenas terribles de que han sido testigos, las emociones espantosas que han experimentado, y la falta de esperanzas, los han sumido en aquel anonadamiento; en cuanto a la tisis, creen los facultativos que procede igualmente de afecciones del ánimo, de miedo continuo, del esfuerzo permanente de disimulo; pues que las pasiones humanas rompen el vaso que las contiene cuando no pueden salir al semblante y evaporarse. Otro tanto sucede con los hábitos domésticos. Las familias se recatan unas de otras; los jóvenes apuestos huyen de la sociedad que preferirían, pero que puede comprometerlos; y después de dieciocho años de educación por el terror, por las escenas más pavorosas, el

público ha aprendido, al fin, a manejarse, a dominar sus inclinaciones, a reprimir toda manifestación exterior, a componer los músculos del semblante, a sofocar la emoción en el corazón mismo, de manera que nadie pueda penetrar en aquella corteza exterior. Hay más todavía, y es que los extraños observarán cierto calor en el decir, cierta ostentación de entusiasmo y de contento, que por ser exagerado y sin motivo, muestra que es el último esfuerzo de la disimulación.

Si acudimos a las cartas de Buenos Aires, vese la misma compostura, el mismo arte; puede suceder en Buenos Aires la cosa más espantosa, más ruidosa, más irritante, seguro de que entre mil cartas que salgan en el mismo día del suceso, no haya dos en que se dé noticia de lo acontecido. Todavía es peor la prensa. El que recorra siete años de *La Gaceta*, siete años del *Diario de la Tarde*, y siete años del *British Packet*, se espantará de observar que aquellos diarios son unos cadáveres que hablan; unos autómatas que se mueven los tres a un tiempo por un resorte misterioso; el mismo lenguaje, las mismas palabras, y la misma materia en los tres, en el mismo día y a la misma hora; y de todo lo que los tres dicen, jamás sacará el curioso el más leve indicio de lo que pasa en Buenos Aires, en la sociedad, en la calle. Cualquiera que lea los diarios de Chile en este momento en California o en Pekín, por poco que siga el movimiento de la prensa, sabrá quiénes son los diputados, los escritores, los partidarios de este o aquel, los fines de cada uno, sus amigos, sus medios, sus esperanzas, sus defectos y hasta su historia. De la prensa, de las cartas y de los semblantes de Buenos Aires, jamás el extraño obtendrá nada que revele el estado de la sociedad.

Hemos necesitado recordar estos antecedentes, para trazar algunos lineamientos del paisaje en que va a desenvolverse el crimen de Camila O'Gorman que ha hecho helarse de horror a aquella ciudad, no por el crimen mismo, sino por el castigo que sufrió. La señorita doña Camila O'Gorman pertenecía a una

familia distinguida de Buenos Aires; era linda, bien educada, joven, cantaba y ejecutaba en el piano con arte, y vivía en una de las calles más decoradas de tiendas de lujo, circunstancia que en aquella ciudad, en que se pasea por el comercio todas las noches, debía darle alguna notoriedad. Su padre es un sujeto respetable, de modales finísimos, esmerado en el vestir, y muy europeo en sus costumbres, lo que debía hacerlo naturalmente el blanco de las antipatías de aquellos que tantas manchas de lodo o de sangre han echado sobre el fraque, el peal del pantalón, el corte chaleco, la barba o el pelo, objeto de persecución, no ha mucho de parte de la política.

Visitaba la casa del señor O'Gorman un clérigo Gutiérrez, joven, lleno de atractivos y de blandura, cuyas dotes le habían merecido la estimación de la familia. Pero, a causa de aquel estado forzado de la sociedad, de vicio secreto y oculto que gangrena y daña las relaciones, la joven Camila es seducida por el joven clérigo, y en la desesperación de remedio para situación tan vergonzosa, quién sabe si obedeciendo a alguna de esas vívidas ilusiones que pasan por el alma de los enamorados, ambos fugaron de Buenos Aires, anduvieron errantes por los campos, fue el sacrílego esposo maestro de escuela para vivir, hasta que reconocidos y delatados, fueron trasportados a Buenos Aires, circunstancia que atrajo y avivó la curiosidad pública.

Al día siguiente a las diez del día, se mandaba parar de orden de la policía en la calle a cada transeúnte, para avivar más la imaginación, haciendo que el silencio, la movilidad extraña de los objetos y de los hombres, preparase al público a las emociones que le esperaban. De repente cunde la noticia de que el cura Gutiérrez, Camila O'Gorman y el niño de ocho meses que llevaba esta en sus entrañas, habían sido fusilados juntos por orden del gobernador Rosas, y sepultados juntos en un cajón. Buenos Aires tiene encallecido el corazón de experimentar horror, y no es fácil cosa conmoverlo con

muertes, degüellos, desapariciones de individuos. Todo es vulgar; pero aquel fusilamiento de una linda joven, de un cura y de un niño, a quien según la expresión de Ascasubi, el bardo gaucho, «mataban antes de haber nacido», era tan exquisitamente horrible, imprevisto, repentino y aterrante, que valía por una matanza por las calles llevando al mercado las cabezas. Si la ciudad entera hubiese recibido un solo instante la noticia, se la habría visto estremecer como si una cadena galvánica hubiese comunicado a todos una descarga eléctrica. Hemos visto cartas de extranjeros dirigidas entonces a sus corresponsales de Valparaíso en que decía uno: «estoy horrorizado, se me vuela la cabeza; esto es espantoso». Y sin embargo, no decía qué era lo que tan profundas emociones le causaba. Quince días después, se explicó en términos generales sobre el acontecimiento, y bajo las mismas impresiones de pavor.

Añádase a esto, que acompañaron a la muerte de aquellos infelices, detalles que despedazan el corazón. La guarnición de Santos Lugares, encargada siempre de ejecuciones iguales, habituada siempre a matar a quien se le ordena, tuvo esta vez horror de sí misma, y el oficial contestó sin saber lo que se decía: «que me maten; pero yo no hago lo que me mandan». Fue preciso avisar a Rosas, prolongar la expectación, y que llegase nueva partida de soldados. Al clérigo le desollaron las palmas de las manos y la corona, práctica que ya se había observado, con otros cuatro viejos curas y canónigos *degollados* en Santos Lugares. En el momento del suplicio, el cura criminal flaqueaba; y teniendo los ojos vendados, preguntaba oyendo pasos cerca de él;

—¿Quién está conmigo?

—Yo —le contestaba una voz que por mucho tiempo había sonado dulce a sus oídos—, ¿que tienes miedo? Yo estoy tranquila; me han bautizado a mi hijito.

Esta pobre víctima de una pasión, se había echado el pelo hermosísimo sobre su rostro, para ocultar quizá el rubor tan natural en una mujer; y la madre al sentir amartillarse los gatillos de los fusiles, encogía el cuerpo, como para evitar que alguna bala fuese a matar al hijo que palpitaba en sus entrañas. Los soldados de don Juan Manuel de Rosas, son hombres al fin; uno cayó desmayado al disparar su fusil; otros volvieron la cara haciendo fuego a la ventura, y ninguno acertó a herirla en la primera descarga. En la segunda de ocho tiros, uno hirió en un brazo a la pobre señorita que dio un grito. Al fin la piedad se despertó en aquellos corazones embrutecidos, y a la tercera la despedazaron a balazos.

Estas escenas bastarían para hacer morir de miedo a la mitad de las mujeres de Santiago si las presenciasen. Allí no sucede eso. Después del acontecimiento veíanse las tiendas llenas de gente, hablando de cosas indiferentes; a veces risotadas temblorosas, descompasadas, daban a aquel juego de fisonomías un aire infernal, como la risa de Otelo cuando se descubre engañado; y al día siguiente, personas que querían instruirse de lo ocurrido, no encontraban quién conociese los detalles; habían oído algo, se decía que habían fusilado a unos criminales... Porque así está educado Buenos Aires. Cuando una familia tiene miedo, sale a la calle para mostrar que no tiene culpa; cuando recibe la noticia de que un deudo ha muerto o sido degollado en la guerra, da un baile para mostrar que reniega de su propia sangre. ¿Qué había podido motivar aquel exceso de rigor sobre una niña infeliz hasta donde no puede llegar otra en su posición social, ser madre de un hijo sacrílego? ¿Y contra un cura perdido en la opinión? ¿Era celo llevado hasta el fanatismo por la religión y la moral? Pero en su sociedad íntima de Palermo admite Rosas a la barragana de un sacerdote, del señor Elortondo, bibliotecario, sirviendo este hecho de base a mil bromas cínicas de su tertulia. Los que creen conocer los resortes que mueven su alma, suponen que

los móviles de aquella ejecución eran de una naturaleza especial. Hacía algún tiempo que la mansedumbre de la policía había dejado ir desapareciendo poco a poco la cinta colorada en el pecho y en el sombrero aun en los mismos federales. Niñas muy apuestas y de la tertulia de Rosas, osaban presentarse en público sin moños colorados; los chalecos de rojo vivo que eran, habían degenerado en punzó, en negro con listas coloradas, en color castaña, y últimamente hasta en negro, y en colores vivos sin mezcla de colorado. En presencia del negociador Lepredour se habían llevado ciento ochenta ciudadanos a la cárcel, por encontrárseles en la calle *infraganti delito* de no tener la cinta colorada. Es claro que la autoridad necesitaba remontar un poco los espíritus olvidados de la mazorca, era preciso dar una lección a los jóvenes, que llegaban a la virilidad, desde 1840 adelante; en ocho años de seguridad hay tiempo de olvidarse de que hay una autoridad que quiere ser obedecida en cosas tan capitales y gloriosas como el trapito colorado. Créese que el apellido de O'Gorman, sus aires de caballero, sus maneras europeas, *extranjeras*, entraban en algo para hacerle aquella afrenta. En fin, la circunstancia de ser un clérigo criminal, le daba al acto algo de picante, de novedoso, castigando al sacerdocio por pasiones puramente humanas, que no provienen del ministerio sacerdotal. ¿Quién ha podido ser indiferente a aquel suceso? ¡una niña cumplida, un clérigo, un niño fusilados son cosas que se quedan hondamente grabadas en el espíritu! Y luego, la revolución europea se sabe en Buenos Aires; muchos leen papeles extranjeros; ¡el espíritu de insubordinación es contagioso! ¡Qué momento más oportuno para descargar uno de esos golpes sobre el corazón, que hacen refluir la sangre y el alma a las extremidades por un año entero!

¡Rosas en paz con todo el mundo!

(Crónica de 11 de noviembre de 1849)

La Confederación está en paz con todo el mundo, excepto con Bolivia, a quien reclama su gobierno la provincia de Tarija; excepto con Chile, que le ha usurpado el Estrecho de Magallanes; excepto con Montevideo, cuya plaza sitia hace seis años; excepto con el Paraguay, a quien invade en este momento; excepto con el Brasil, origen eterno de reclamos; excepto con la Francia y la Inglaterra, con quienes tiene pendiente un tratado *ad referendum*.

Entre todas estas graves cuestiones, descuella la más grave de todas, la más preñada en acontecimientos. Una ruidosa querella ha estallado entre Juan Manuel Rosas, héroe del desierto, y Domingo Sarmiento, miembro de la Universidad de Chile. Es una lucha de titanes a lo que parece. Dícese horrores por la prensa, llámale aquel a este salvaje, por mortificarlo en sus pretensiones literarias; apellídalo este a aquel asustadizo, no obstante la suma del poder público que inviste. Puso la queja el primero en una circular a los gobiernos confederados; endilgoles su defensa el otro, y dejó de peor condición las cosas. En consecuencia, el primero ha apelado ante el gobierno de Chile, para que estorbe que Sarmiento diga ni piense mal de Rosas, quien se reserva para sí la facultad de decirle oficialmente, traidor, salvaje, infame unitario, y qué sé

yo qué otras bellezas. El gobierno de Chile parece que tomará a lo serio la cuestión, y restablecerá la paz y concordia entre estos dos príncipes cristianos, siguiendo aquel axioma divino, en que estriba la admirable economía del mundo, que es que, siempre, en todo tiempo y a toda hora, el pescado más grande se coma al más chico. Juan Manuel declara que, según el derecho de gentes, solo a él le es permitido ultrajar, difamar, calumniar. ¡Ay, del que conteste a sus libelos llamados *Gaceta*, *Ilustración*, notas oficiales! Para ese no hay asilo en la tierra. Las palabras *infame*, *traidor*, *salvaje*, *malvado*, están estereotipadas en aquellas publicaciones, caen de una pieza de la pluma de sus ministros sobre las notas dirigidas a otros gobiernos.

Nosotros dejamos a la diplomacia que arregle esta grave querella, en que está comprometido el reposo de la América, según lo anuncia en notas oficiales el gobierno de Buenos Aires, y suministraremos algunos datos que deben tenerse presentes en la resolución que pende ante el gobierno de Chile, nombrado juez arbitro, arbitrador y amigable componedor.

Gran chasco se daría el que tomase a lo serio estos asuntos. Don Juan Manuel Rosas traba cuestiones con todos los gobiernos del mundo, por disipar el fastidio que lo persigue, como otros toman una narigada de rapé para estornudar, como otros juegan su fortuna por matar el tiempo, como el tirano Domiciano clavaba moscas en las colgaduras pérsicas de su palacio con alfileres de oro. Necesita emociones, irritarse las fibras con algo nuevo. Hace diez años que vive preso, incomunicado, en una prisión suntuosa que se llama su palacio. No ve a nadie, no conversa con nadie, y se fastidia. En su juventud montaba a caballo, domaba potros, corría por los campos horas enteras. Ahora sus deberes de tirano le imponen la vida sedentaria entre cuatro paredes, retirada, misteriosa, incomunicada. ¿Quién es digno de presentarse ante el soberano? ¿De hablar con él, de entrar en su intimidad? ¡Es

triste oficio el de la suma del poder público! Nerón hacía quemar a Roma para darse idea del incendio de Troya; pero Rosas no ha leído la Ilíada, y no concibe otros incendios que los de los pajonales de las pampas. Luis XIV, que decía, el Estado soy yo, disipaba su fastidio creando a Versalles, fomentando las bellas artes, protegiendo a los sabios e improvisando maravillas; y sin embargo, se murió de fastidio. Pero el pobre dictador de Buenos Aires, desmontado del caballo, no vale un cigarro. Y luego, ¡es tan negado el pobre, tan escaso de ideas, aunque sea largo de manos para alcanzar a sus enemigos! Lo único que le ha ocurrido, es hacer en Palermo un gran galpón con hamacas para que se mezan los que alguna vez son invitados a pasar el día. Este es el prodigio de arte para dar a los extranjeros una muestra de las costumbres americanas. Napoleón daba batallas, abría el Simplon, y borraba todos los días el mapa político de la Europa para rehacerlo de nuevo. Pero el dictador no gusta mucho del humo del cañón. Otros son los que se hacen agujerear el pellejo para que él se desaburra un poco. La única afinidad que con Napoleón tiene, es el móvil de la actividad de ambos. Este tenía un humor acre que le roía las entrañas y lo forzaba a estar siempre despierto, en actividad; su genio se avivaba con la irritación del estómago, y le hacía producir prodigios. Este otro tiene mal de piedra; cada año, cada dos le extraen los médicos cálculos de la vejiga del tamaño de un huevo de paloma. Hay ya una colección de ellos que un día hemos de colocar religiosamente en el Museo Nacional de Buenos Aires, para que las generaciones futuras contemplen las causales de todos los trastornos de los pobres pueblos americanos. Cuando los hijos pregunten la causa de la violenta muerte de sus padres, les mostraremos aquellos sagrados cálculos para decirles: he aquí los asesinos de vuestros deudos. Los cálculos han producido el exterminio de los unitarios, el sitio de Montevideo, la intervención europea, la invasión del Paraguay, los reclamos a Bolivia por la provincia

de Tarija, a Chile por el Estrecho de Magallanes. Cuando los dolores se hacían insoportables en 1840, cuando el malestar había llegado a su colmo, cuando el tirano de Buenos Aires, tiranizado a su vez por la piedra de la vejiga, se andaba dando en las paredes de su oscuro y solitario retrete, la mazorca recorría las calles al son de música degollando vecinos en el seno y en los brazos de sus familias; y estas excitaciones le distraían un poco de sus desazones. Cuando los dolores y el fastidio le aquejaban más tarde, entonces ordenaba batallas en Montevideo, o mandaba llamar con su cocinera, esto es histórico, a su ministro para que redactase una nota a tal gobierno, y a Angelis para que atestase citas de derecho de gentes para probar su derecho, y ¡ay del sabote italiano si no encuentra textos a millares que prueben lo que necesita probar!

En los gobiernos representativos, para el gobierno compuesto de reyes, o presidente y ministros, el tiempo es angustiado siempre. Hay que defenderse de la oposición, que mantener las relaciones con las otras potencias, que tomar parte en todos sus actos, que preparar leyes, que proveer a los destinos, que abrir caminos, canales, que recibir embajadores. Pero el *encargado de la suma del poder público*, que no es ni tirano, ni déspota, ni dictador, ni autócrata; porque no consiente en que se le dé nombre ninguno que exprese lo que es; el *encargado*, pues, de incomodar a todo el mundo, se ha desvalijado de todas esas ocupaciones. En quince años no ha dictado una sola ley, porque el restaurador de las leyes, las ha restaurado derogándolas todas. No administra, porque ha suprimido todas las ruedas de la administración; no decreta caminos, no se ocupa de nada. En este vacío de la vida, las pasiones dañinas y rencorosas lo consumen. No sabe qué hacerse, y entabla reclamaciones sobre el Estrecho de Magallanes; a bien que otros son los que han de quemarse las pestañas buscando razones en qué apoyarlas; a bien que el

gobierno de Chile ha de tomar a lo serio este asunto y ha de ventilarlo, como si se tratara realmente de un asunto de límites!

Si la cuestión de Magallanes no suministra probabilidades de un pleito de cuatro años, de irritaciones de toda la vida, entonces... entonces... se toma a algún pobre diablo de mampuesto para continuar la reyerta. Un quídam, un Perico de los palotes, un Domingo F. Sarmiento que ha escrito una carta, y contestado en *La Crónica* a las injurias que el ocioso de Buenos Aires le dirige en una nota oficial al gobierno de Chile; pero que antes de enviar esta a su destino, la hace imprimir y la remite a todos los caudillejos que le obedecen, como si se tratara del asunto más grave. Pero otra es la madre del cordero.

Estos dos personajes son argentinos ambos, y no se entienden sobre la manera de gobernar a aquel país. Rosas sostiene que debe arruinarse a los actuales vecinos, aniquilar a los gauchos con la guerra permanente con todos los pueblos, para que los hijos de los extranjeros regeneren el país. Sarmiento cree, por el contrario, que al mismo tiempo que se proteja la inmigración europea, debe darse educación a los actuales habitantes, abrirles el comercio, darles garantías y seguridad, a fin de que no se embrutezcan y desciendan a la plebe. Ambos quieren la independencia de su país; pero Rosas quiere conquistarla a fuerza de armar reyertas con todo el mundo, y Sarmiento cree que basta no incomodar a nadie para ser independiente. Ambos son escritores. Rosas produce volúmenes de notas oficiales al año, dirigidas a diez gobiernos sobre veinte pleitos pendientes; el otro produce volúmenes sobre educación popular que es su manía favorita, inmigración, correos, industria, y demás cosas necesarias para la prosperidad de los pueblos. Ambos están dotados de grande actividad. Rosas la emplea en sitiar a Montevideo, invadir al Paraguay, reclamar el Estrecho de Magallanes, Tarija, etc., y

negarse a todo arreglo con la Francia y la Inglaterra a quienes quiere forzar a que le den de mojicones. Sarmiento escribe, traduce y prepara libros y métodos para la enseñanza, y por entretenimiento y gana-pan, hace crías de gusanos de seda, de abejas, de conejos, de cerdos, lo cual le divierte sobremanera. Ambos son celosísimos de su libertad personal. Rosas pretende que solo él tiene derecho de hacer lo que desea, y al que pretenda hacer lo mismo, sin más ni más le corta la cabeza. Sarmiento pretende, por el contrario, que los deseos de mil, son más poderosos que los de uno solo, y que lo que el despotismo no puede hacer en un siglo, lo hace en un año la libertad de obrar de los individuos; y lo prueba con el ejemplo de los Estados Unidos donde la riqueza se dobla todos los años, hay 138 caminos de hierro, veinte mil naves en los ríos, y máquinas y poder; mientras que en la Confederación, gracias a que solo don Juan Manuel se ha reservado el derecho de hacerlo y de quererlo todo, la pobreza aumenta, la barbarie crece, los campos se despueblan, los indios los saquean, el comercio se destruye, ninguna ciudad nueva se funda, y todos lo pasan mal, excepto el don Juan Manuelito que lo pasa perfectamente bien, salvo cuando lo ataca el mal de piedra, que entonces se desahoga con algún pobre gobierno a quien le dirige un reclamo impertinente. Ambos aman las vías ejecutivas; Rosas proclama el exterminio de sus enemigos, a quienes llama salvajes, de puro tosco y mal criado que es; mientras que el otro que no ha muerto una pulga, sostiene que las vías ejecutivas se han de poner en activar la inmigración, en permitir la navegación de los ríos, en establecer correos, en dictar grandes medidas, que conviertan en diez años aquel desierto que se llama Confederación Argentina en un estado rico y poderoso. Rosas dice: es preciso conquistar a Tarija, Magallanes, Montevideo y Paraguay para engrandecer la república. Sarmiento dice: al contrario, es preciso reconcentrar sus fuerzas en poco espacio para tener poder; es preciso

aumentar la población para ser fuertes, y entonces imponerle la ley a los vecinos. Ambos son testarudos. Rosas se propone llevar adelante sus antojos por medio de la tenacidad, la astucia, la intriga y la opresión; el otro lleva adelante sus ideas a la luz del día, por la prensa, por los libros, por los periódicos, por la discusión. Todo lo que piensa lo dice y lo prueba, sin pararse en saber si le agrada o no a sus lectores; bástale que lo crea útil. Ambos son envidiosos. Rosas le envidia a su enemigo la mansa y quieta reputación que se ha hecho entre los argentinos de querer el bien de su país. Si lo hubiera Rosas a las manos, le torcería el pescuezo, y no pierde la esperanza de hacerle mal y algo peor aún en el país lejano en que vive. Sarmiento le envidia el puesto admirable que ocupa, y si pudiera suplantarlo, lo que se promete para dentro de diez años, se forma mil castillos de todas las grandes cosas que realizaría con el concurso de todos sus compatriotas. Si su enemigo cayera en sus manos, no solo lo dejaría vivir para que viese lo que él pudo hacer y no hizo en bien de su país en veinte años de poder absoluto, sino que lo haría su consejero de estado, por la mucha experiencia de los negocios que ha adquirido en tantos años, por su conocimiento de los hombres, su rara astucia, su energía indomable, y otras cualidades eminentes que bien dirigidas serían de grande provecho para el gobierno de la nación. Ambos hacen poco caso de la opinión y de la crítica. El uno desafiando la desaprobación de los buenos, y formándose una reputación execrable que en cuanto se muera (dentro de cuatro años) será la hablilla de la gente, el coco de los niños, y el ejemplo del mal; el otro formándose la suya con paciencia para dentro de diez años, en que piensa presentarse en su país a solicitar los votos de sus conciudadanos para desempeñar un destino de gobernador, por ejemplo, de alguna pobre y atrasada provincia. Rosas pide al gobierno de Chile que le aleje este bicho que le importuna; porque según el derecho de gentes, solo a los gobiernos

pertenece el derecho de calumniar, injuriar a los otros. En adelante solo Rosas podrá decir a Sarmiento salvaje, infame, malvado, traidor, en sus diarios y notas oficiales; a Sarmiento le será prohibido responderle.

El cangrejo

(Crónica de 16 de diciembre de 1849)

*«Muda todos los años la costra que lo cubre,
marcha a su objeto a reculones con la
cabeza hacia atrás».*

Hay hombres a quienes les gusta mandar, y aun en los países libres acostumbran los ciudadanos que cuentan con algún séquito, solicitar candidaturas. En Inglaterra, el pretendiente de una diputación, sube a una tarima y no tiene vergüenza de preconizar sus méritos.

Hay hombres para todo. Hay algunos, empero, que por honor de la humanidad, debe hacérseles la justicia de creer que le tienen una especie de horror al poder, que huirían cielo y tierra antes de aceptarlo, y solo forzados a ello, después de reiteradas renunciaciones, se resuelven a conservarlo si lo tienen en sus manos, a admitirlo si el voto público los llama a ejercerlo.

A este especie pertenece don J. M. Rosas. Es el monstruo de las *renunciaciones*; la víctima inmolada ante las aras de la patria.

El último correo nos ha traído la noticia de que el ilustre dictador, cansado de la fatigosa tarea de mandar despóticamente, se ha obstinado esta vez en no continuar en el mando.

Los esfuerzos de la Sala de Representantes no han podido

nada contra esta resolución irrevocable; el pueblo, temeroso de quedarse sin tirano, acudía en tropel a sus puertas a implorar su perdón, porque a castigo tienen el que se les abandone; un diputado ha pedido que muera el depositario de la suma del poder público en el puesto que le confió la patria. Corríanse, en fin, listas en las provincias para elevar peticiones a Rosas a fin de que continúe y muera tirano, dictador, depositario de la suma del poder público. ¿Qué dirá la Europa, la América, al ver esta decisión, esta aclamación de los pueblos? Algunos extrañarán que en la junta de representantes de Buenos Aires, no haya un voto en favor de la admisión de la renuncia, para revindicar siquiera la mala condición de la especie humana, que hace que nunca estén los hombres de acuerdo sobre nada. Pero, excepto Portela, Maza y Wright, que pagaron su tributo a la flaqueza humana en aquella corporación, todos están de acuerdo; hay más, y es que hace dieciocho años que están de acuerdo las mismas personas todos los días, en todas las sesiones. Hace dieciocho años que Rosas está renunciando. Toda varía, la fecha y la causa; pero el propósito es invariable, y el resultado también, que es quedarse en el puesto.

Esta lucha entre la junta de representantes y Rosas; la junta a que ha de gobernar, y Rosas a que no, viene de muy lejos. Nosotros vamos a someter a la consideración de nuestros lectores algunos documentos públicos que ilustran mucho la cuestión.

En 1834, Rosas estaba de vuelta del desierto, acampado en las goteras de Buenos Aires con un formidable ejército. A Balcarce, depuesto por los partidarios de Rosas, le sucedió Viamonte; a Viamonte, Maza, nombrado gobernador por ser el hombre de la confianza de Rosas, su mentor, su ayo. ¡Pero nada! Maza tuvo que renunciar, por temor de ser degollado por los restauradores, suerte que no pudo evitar más tarde.

Extractamos de documentos públicos.

Enero 26 de 1830. Renuncia Rosas el título de brigadier general.

Enero 26. Insiste la sala; presidente, Felipe Arana.

Diciembre 5 de 1832. Queda reelecto el brigadier general don J. M. Rosas, gobernador y capitán general de la provincia.

2.^a *Renuncia* del ilustre restaurador de las leyes, con fecha 5 de diciembre.

Insiste la sala en diciembre 6.

3.^a *Renuncia* del ilustre restaurador de las leyes en 7 de diciembre.

Insiste la sala en 7 de diciembre.

4.^a *Renuncia* del ilustre restaurador de las leyes, en 8 de diciembre.

La honorable sala admite la *renuncia* en 10 de diciembre, y Rosas toma el mando del ejército.

En junio 6 de 1834, de vuelta de la expedición del sur, la junta de representantes le obsequia la isla de Choelechel.

5.^a *Renuncia* a la isla de Choelechel, en julio 22.

En septiembre 30 la junta le da sesenta leguas de tierra de propiedad pública en cambio de la isla.

En 30 de junio de 1834, la junta nombra al brigadier general Rosas, gobernador y capitán general de la provincia, en reemplazo de Maza, Viamonte y Balcarce, que no habían podido terminar entre los tres un solo período gubernativo, porque *no dejaban gobernar de afuera*.

6.^a *Renuncia* del ilustre restaurador de las leyes. También pudo, dice en su renuncia, «contar en 1830 con una salud extraordinariamente robusta... ahora el infrascrito se siente con toda la extenuación de su salud y fuerzas». Julio 4.

Julio 6. Insiste la sala en que sea gobernador.

7.^a *Renuncia* del ilustre restaurador en julio 9.

Julio 10. Insiste la sala en que sea gobernador.

8.^a *Renuncia* del ilustre restaurador en julio 13.

Julio 24. Insiste la sala en que sea gobernador.

9.^a *Renuncia* del ilustre restaurador en julio 28.

Agosto 9. Acepta la sala en atención de haber dicho Rosas: *que se persuadan de una vez que su resolución es absolutamente invariable, y que no hay ley alguna coactiva que la contraríe.*

Abril 28. Es elegido Rosas representante de la provincia.

10.^a *Renuncia* del ilustre restaurador en julio 22.

Agosto 13. No se admite la renuncia.

11.^a *Renuncia* del ilustre restaurador en septiembre 30.

Octubre 11. Se admite la renuncia.

12.^a *Renuncia* del empleo de comandante general de campaña en agosto 14 del mismo año.

Agosto 20. No se admite la renuncia.

Marzo 7 de 1835. La honorable sala de representantes decreta:

1.º Queda nombrado gobernador por cinco años, etc.

2.º Se deposita toda la suma del poder público en la persona del gobernador.

3.º El ejercicio de este poder extraordinario durará por todo el tiempo que a juicio del gobierno electo (Rosas) fuese necesario.

13.^a Pide diez días para meditar, en marzo 10.

Marzo 11. Queda otorgada la solicitud.

14.^a En 16 de marzo pide que se reconsidere la ley de 7 de marzo.

Abril 1.º Ratifícanse en sala plena todos y cada uno de los artículos anteriores.

15.^a Se manda explorar la opinión del país en mayo 23.

Mayo 30. Se somete a segunda votación de la honorable sala el

nombramiento de Rosas, y Rosas acepta, en fin, la suma del poder por cinco años.

Nótese que cuando el período legal del gobierno es de dos años, y el poder limitado, se niega absolutamente a aceptarlo; pero cuando es por cinco años, y con la *suma del poder público*, se consulta, vacila, medita, suplica, y al fin acepta. En 1840 espiraban los cinco años, aquellos que se habían hecho notables por las proscripciones y las matanzas. La junta debía nombrar al que debía sucederle. Aquella corporación estaba dignamente preparada para el acto. Wright y Portela habían sido expulsados de la sala, y el presidente Maza, el amigo, ministro y mentor de Rosas, degollado en julio 28 del año anterior. La sangre estaba fresca, podía sentirse su olor aún; y no obstante estos antecedentes, la junta, en honor de la especie humana, tuvo el coraje de contrariar a Rosas en su más ferviente deseo. La junta desechó heroicamente su *renuncia*. Las razones en que las apoyaba no eran para menos.

16.^a *Renuncia* en diciembre 27 de 1839.

Señores representantes:

Diviso ya el anhelado término de la misión que me confiasteis cuando fuera contristada la república por hondos e indefinidos conflictos. Las sombras que anublaran su horizonte rápidamente desaparecen ante el brillo de la libertad. Sus enemigos alcanzar no pueden a oscurecer tanta gloria. Salvos están el honor, el porvenir, la independencia y la libertad de la patria. Si deleitoso es contemplar este cuadro de multiplicados lauros, también acordaros debo mi desafortunada situación. La irreparable pérdida de mi amante esposa *Encarnación*, la prolongada lucha de mis más queridas afecciones para subordinarlas a altos deberes, y los principios de mi vida pública, aléjanme de una posición en que fuera desacuerdo

reproducir sacrificios ya colmados. Con intenso anhelo, muy encarecida y humildemente os suplico, que sin pérdida de momentos, elijáis la persona que deba sucederme en el mando supremo de la provincia. Al terminar el resumen de los trabajos administrativos y de la situación política del país con esta expresión de un voto íntimo, invariable, rindo ante el Ser Supremo la ofrenda de un corazón agradecido. A vosotros también os dirijo mi más profunda acendrada gratitud y saludándoos *por la última vez*, me despido sensibilizado de este libre agosto recinto, en que llamados sois a sostener espléndidas glorias, y realizar encumbradas esperanzas.

Juan M. Rosas. Felipe Arana. Manuel Insiarte.

Como desde 1840 está la *suma del poder público* en sus manos contra su voluntad, es digno de ir oyendo las razones que le van asistiendo sucesivamente para renunciar.

Marzo 5 de 1840. Habiendo concluido el período de su administración nuestro ilustre restaurador de las leyes, la honorable sala expidió la siguiente ley:

Queda nombrado gobernador y capitán general en los términos que prescribe la ley de 7 de marzo de 1835, el ilustre restaurador de las leyes.

17.^a *Renuncia* del ilustre restaurador, en marzo 14.

En este natural convencimiento reproduce el infrascrito con su más profundo respeto el invariable voto que consignó al terminar su mensaje. Recordó entonces los cien días que faltaban para el término del período legal... Ha recorrido un bimestre desde aquella manifestación...

Fervorosamente adherido el infrascrito a los principios que reglan su conducta en este punto, y a las imperiosas exigencias

de sus cansados días, termina esta expresión sincera de sus más acendrados sentimientos, suplicando con intenso anhelo, muy encarecida y humildemente a V. H. se digne elegir sin pérdida de momento la persona que debe sucederle en el mando supremo de la provincia.

Marzo 19 de 1840. Insiste la sala en el nombramiento.

19.^a *Renuncia* del ilustre restaurador ofreciéndose a permanecer seis meses más en el mando; abril 10.

Aquí es del deber del infrascrito solicitar de la sabiduría y acendrado patriotismo de los honorables representantes, vigoricen la heroica causa del continente americano, declarando hasta qué punto obliga el juramento sagrado de sacrificar aun la *fama* en defensa de la independencia nacional.

Abril 11. Insiste la sala en sus resoluciones anteriores, y al otro sí contesta:

Que el sacrificio de la *fama* debe entenderse que es sostener la guerra santa en que está empeñada la república, sin detenerse en la pérdida de la *fama* misma... ni en nada de lo más caro y precioso al hombre civilizado... que el gobierno debe poner en ejercicio y le autorizan que pongan cuantos medios le conduzcan a este glorioso fin, hasta el exterminio total del salvaje y feroz bando unitario...

Noviembre 12. Una ley designa los honores y distinciones del empleo de gran mariscal que no existía en la República Argentina, y se crea para honrar con él a Rosas.

20.^a *Renuncia*. Nota de diciembre 2 del ilustre restaurador, en que respetuosamente suplica se le exima de aceptar el tratamiento de gran mariscal.

Diciembre 14. Insiste la sala en acordarle el título.

21.^a *Renuncia* del ilustre restaurador, en 27 de febrero.

Marzo 22. Deroga la sala el nombramiento.

22.^a *Renuncia*. Diciembre 27 de 1841.

Señores Representantes:

Nuestro ilustre restaurador de las leyes, que participa con vosotros de tan brillante gloria, me ha ordenado con anheloso empeño os manifieste una resolución *irrevocable*. Terminado está con exceso el preciso período de su continuación en el mando supremo. No puede sobrellevar ya el ponderoso peso que le impusisteis; a vuestra benévola generosidad tributó esa *última* ofrenda de intenso reconocimiento. Encarecidamente con decisión íntima os suplica elijáis la persona que deba sucederle. Aléjanle de tan elevada y honorífica posición sus invariables principios republicanos. Crueldad sería compulsarle a la continuación de un sacrificio contrario a los dictados de su conciencia. También la inmensidad de sus tareas y el penetrante pesar de la *irreparable* pérdida de su amante esposa, han llevado el quebranto a su salud y el desconsuelo a su corazón. No le neguéis, honorables representantes, tan justo reposo, después de una dilatada y fatigosa carrera y de acerbos sinsabores.

Ciudadanos hay virtuosos y eminentes en nuestra querida tierra. Elegid entre ellos el que deba sucederle.

Felipe Arana. Manuel Insiarte.

Diciembre 18 de 1840. La honorable sala confiere al restaurador de las leyes, el dictado de héroe del desierto y defensor heroico de la independencia americana.

23.^a *Renuncia* el ilustre restaurador los títulos expresados, en 27 de febrero de 1841.

Abril 6. Insiste la sala en su acuerdo.

24.^a *Renuncia* y reproduce con encarecido reconocimiento su dimisión de los esclarecidos títulos de héroe del desierto, etc.

Diciembre 8. Insiste la sala, y don Juan Manuel Rosas se resigna dolorosamente a ser llamado ilustre restaurador de las leyes, héroe del desierto y defensor heroico de la independencia americana.

25.^a *Renuncia* el ilustre restaurador al mando supremo en diciembre 2 de 1840.

Dígnese V. H. ocuparse de la persona que debe sucederle. Reitera el infrascrito sus fervorosas súplicas. Concédale V. H. el reposo que exigen sus infortunios domésticos. Permitidle, honorables representantes, preparar el descanso de su fatigosa vida, y contemplar desde el apacible hogar de su familia la obra gloriosa de vuestra inmortal sabiduría, ardiente, heroico patriotismo.

Diciembre 4. La sala acuerda, que sin hacer innovación a la ley de marzo, se suspenda la consideración de la renuncia.

26.^a *Renuncia* en febrero 27 de 1841. *Reitera su dimisión y préstase en ofrenda de su íntima gratitud a continuar seis meses más en el mando supremo.*

Cruel sería querer compelerlo a un deber que no puede sobrellevar. Crueldad sin ejemplo negarle aún por más tiempo el reposo del hogar doméstico. Espera, pues, de vuestra benévola justicia esta última recompensa. Dignaos honorables representantes admitir su dimisión.

Marzo 24. No acepta la sala.

27.^a *Renuncia*. Diciembre 27 de 1842.

Señores Representantes:

Permitidme reiteraros el intenso anhelado voto de mi corazón. Terminado está con exceso el período de la delicada misión que me confiasteis. Con íntimo encarecimiento os reproduzco mis fervorosas súplicas. Después de una áspera carrera fatigosa, se han disminuido mis fuerzas y debilitado mi salud. Ni me es posible continuar por más tiempo forzado contra mis invariables principios republicanos, ni sostener tan ponderosa confianza en medio de mis acerbos infortunios domésticos. Colmados están todos mis sacrificios. Dignaos honorables representantes elegir la persona que deba sucederme.

Saludándoos por la última vez, humildemente me inclino ante Dios Nuestro Señor para tributarle mi rendido profundo reconocimiento. A vosotros dirijo la viva expresión de mi ardiente gratitud. ¡Venturosa la patria que en este recinto augusto de las leyes contempla brillantes sus glorias, y enaltecidas sus esperanzas!

Juan M. de Rosas. Felipe Arana. Manuel Insiarte.

La sala tiene la crueldad de forzarlo a continuar.

28.^a *Renuncia* del ilustre restaurador, en diciembre 27 de 1843.

¡Legisladores! He consumado todos los sacrificios, os recuerdo todos mis pesares domésticos (la muerte de su mujer acaecida en 1839). Os intereso en los acerbos quebrantos de mi corazón, y en los padecimientos de mi debilitada salud. No puedo más con un peso tremendo, ni abandonar los principios republicanos de toda mi vida. Dignaos, honorables representantes, admitir mi dimisión del mando supremo que tantas veces y con tan sobrada y encarecida justicia he solicitado.

La sala se hace sorda a estos fervientes, intensos ruegos, y a pesar de los quebrantos de aquel corazón lo esfuerza a

continuar mandando.

29.^a *Renuncia* del ilustre restaurador, en diciembre 27 de 1844.

Si las circunstancias de la república os exigen un poder con suficiente fuerza, armonía y rapidez, la inamovilidad de la persona en el mando supremo no es un principio. Mientras la elección más reflexiva asegurase los derechos públicos, hay patriotas esclarecidos que merecen vuestra confianza, y que inspiran la seguridad de un fiel desempeño. Mirad, señores representantes, que teniendo los ciudadanos iguales deberes, he prestado ya con último esfuerzo todos los servicios posibles. Para obedeceros he desatendido mi salud y oprimido los afectos y quebrantos de mi corazón. Mas, el sacrificio de mis convicciones, es superior a mis fuerzas.

30.^a *Renuncia* del ilustre restaurador, en diciembre 27 de 1845.

El gobierno os ha hecho esta manifestación en su personalidad moral. En cuanto a mí (habla la víctima) altos motivos exigen con mayor instancia, y no me permiten continuar en el poder. Vosotros sabéis que yo deseo muy vivamente, como todo ciudadano, y llenando nuestros solemnes honorables compromisos, consagrar sin reserva alguna mi fortuna y mi vida a la defensa de la libertad y del honor de la república. Pero mi salida de la administración es una alta exigencia de los principios republicanos que profeso. Me es imposible soportar por más tiempo trabajos inmensos, con mi salud decaída. Espero de vuestra ilustrada justicia que no tardaréis más tiempo en satisfacer mis constantes sinceros deseos.

La *honorable* no hace caso de sus principios republicanos.

31.^a *Renuncia*. Diciembre de 1846.

Aun cuando las circunstancias de la república requieren un

poder eficaz y compacto, hay ciudadanos ilustres que son dignos de vuestra elevada confianza, y de la del pueblo.

Considerad esta delicada especial situación. Si el honor y bien de la república irrevocablemente exigen se conduzca a un término glorioso su heroica defensa, y que no se abandone su suerte a las pasiones, también es indispensable preservar los principios republicanos felizmente radicados en nuestra patria. Ellos comprenden el inmenso porvenir de su dignidad, hoy tan gloriosamente sostenida, y de sus altos destinos. Venero profundamente estos principios, y de ellos no puedo separarme. Elegid entre los patriotas respetables el que deba sucederme en el mando; y coronad con sanción tan digna del país, y de nuestros principios, la obra de vuestra sabiduría y patriotismo.

32.^a *Renuncia*. Diciembre 27 de 1847.

El general Rosas se ve en la necesidad muy especial de llenar un grande e irrevocable deber. Abrumado por los inmensos trabajos de una administración tan prolongada, con una salud destruida y deseando sinceramente, poner a cubierto sus principios invariables, os renueva con fundada esperanza, una vez más, sus vivas súplicas anteriores para que le exoneréis de una responsabilidad que no puede soportar. Acceded, honorables representantes, a una demanda conveniente, justa, que reproduce con ardor. Es el voto más íntimo de su corazón, y la alta exigencia de sus profundas convicciones...

Escoged el ciudadano que debe sucederme.

33.^a *Renunciadel* ilustre restaurador. Diciembre 27 de 1848.

El general Rosas os renueva con instancia sus súplicas anteriores para que le exoneréis del mando supremo. Es una inmensa responsabilidad, cuyo peso no puede soportar ya, se hace cargo de los acontecimientos que os han obligado a

persistir en imponerle un sacrificio tan prolongado como cruel y dolorosísimo. Pero sus convicciones invariables, sus principios que debe salvar a toda costa, y su salud notoriamente decaída, le exigen retirarse a la vida privada y tranquila. Dignaos, pues, honorables representantes, acceder a este voto ferviente de su corazón y de su conciencia.

34.^a *Renuncia*. Octubre de 1849.

Esta vez pierde todo miramiento el ilustre restaurador. La sala de representantes, no obstante haberle degollado su presidente, tiene la audacia de mirar en poco los quebrantos de su corazón, reírse de sus principios republicanos, y mofarse de su quebrantada salud, razones que para otros habrían sido de mucho peso. El restaurador renuncia esta vez, y jura que no continuará más en el doloroso mando supremo, en despecho de la crueldad de los representantes.

Entonces principian las peticiones del pueblo; los gobiernos confederados citan en sus respectivas provincias al pueblo para que elija gobernador para Buenos Aires; y juramos que esta vez, no solo es nombrado gobernador y compelido a continuar, sino que se muere en el puesto y sigue su ánima gobernando con la suma del poder público, ¡a no ser que la sala de representantes le decreta 80 años más de vida, que después de reiteradas renunciaciones se verá forzado a aceptar!

¡Pobre especie humana! ¿Merecéis realmente ser burlada de esta manera?

Protesta

(*Crónica* de 23 de diciembre de 1849)

La *Crónica* espera completar en el número 52 un año, para poner término a sus trabajos. Compélenla a ello razones muy graves y meditadas. Redactada bajo la no disimulada responsabilidad de su autor, se ha hecho hoy el blanco de los rencores del gobernador de Buenos Aires, que ha tenido la habilidad de cambiar la serie de agresiones que en diez años han caracterizado su política para con Chile por un reclamo contra un individuo particular; y este individuo es el redactor de *La Crónica*. Podríamos, en precaución de lo que puede sobrevenir, conservarnos en ella una arma de defensa legítima, un medio de esclarecer las cuestiones y poner de relieve la artería y suspicacia de los cargos y de los protestos; pero preferimos apartarnos de la lucha, por consideración al país, por evitar nuevos conflictos. Queremos ahorrar al gobierno el desaire de ver estrellarse las influencias indirectas que ha ofrecido poner en ejercicio, ante nuestra dignidad, así puesta a prueba; queremos, en fin, retirarnos de la expectación pública en que nos pone el encono de nuestro enemigo, el tirano de la República Argentina, y aguardar en el silencio de la vida doméstica sus medios de acción sobre nosotros. Pero antes de retirarnos de esta liza, queremos dejar clara y precisamente determinados los motivos que nos hacen víctima de su cólera, que en ellos hay harto para que, sin agregar otros nuevos, se

ensañe y ensangrienta la rabia demente de aquel furibundo necio.

Protesto ante mis amigos, que no he escrito una sola palabra que tienda a dar asidero a intento ninguno de conspiración contra Rosas en la República Argentina. Son tan complicados los medios de su despotismo, tanta la inmoralidad que ha desenvuelto en dieciocho años, tal el pavor que sus venganzas inspiran, que sería desacuerdo contar en la República Argentina con nadie para empresa que requiera dignidad de carácter, entereza de corazón, sanidad de principios. Sábelo Rosas mismo, y no hace dos meses que explicando a un europeo, como lo hace con todos los viajeros que se presentan, las razones de su gobierno, decía con hipócrita verdad: «Los gobernadores de las provincias, qué quiere usted, son unos forajidos, y si yo falto que los contengo un poco, se convertiría la república en un atroz vandalaje». Lo cual no es cierto, por fortuna, pues la iniquidad desaparece en los cambios sociales con el principio que la tiene en actividad. La carta al coronel Ramírez a que ha dado publicidad Rosas [10] nada contiene que preste margen a la suposición de conspiración. El coronel Ramírez es un anciano de sesenta y cinco años, gastado, sin carácter, sin influencia y sin capacidad, subalterno de los Aldaos cerca de veinte años y hoy al servicio de Rosas. Puede ser un excelente hombre, pero ni su cabeza, ni su corazón es tierra fecunda para ir a sembrar allí una semilla con esperanza de que dé frutos. Le escribí una carta para darle gracias por un servicio pasado sin haber pensado más en este asunto.

El número 19 de *La Crónica* [11], que Rosas clasifica de nuevo atentado de mi parte, ha sido motivado por él mismo; pues es claro que sin la inusitada publicación de la nota dirigida al gobierno de Chile, y el extravagante expediente de remitirla a los gobernadores con una circular, la contestación de *La Crónica* número 19, no habría tenido lugar. Se nos acusa

ante los gobernadores federales. ¿Hay cosa más natural que defenderse de la acusación? Explíquese don Juan Manuel Rosas, ¿no teníamos derecho de contestar a los cargos que se nos hacía? ¿Debimos callarnos?... Ah! la verdad es, que *La Crónica* número 19 que no habíais previsto, la tenéis como un dardo en el corazón, y la herida os ha de sangrar largo tiempo, supurando venganza, sudando crímenes.

La carta a Ramírez no contiene, pues, propósito culpable, *La Crónica* número 19 es una contestación motivada. ¿Cuál es el origen claro de la persecución? ¿Será la *cuestión de Magallanes*, primera vez que en veinte años de querellas con las otras naciones, se ha visto Rosas expuesto a la vergüenza de haber intentado un reclamo sin título, sin pretexto, y sin excusa? ¿Me perdonará jamás el haberlo dejado mudo, no obstante, su espíritu sofístico y embrollón? ¿Me perdonará jamás haberle echado a rodar la redacción que tenía a sus órdenes en Chile, y que hacía juego con el *O Americano* en el Brasil, *El Defensor de la Independencia* en el Uruguay, y el *Courier du Havre* en Francia?

Pero aún no quiero dejar pasar lo que otros han dejado pasar en las notas oficiales dirigidas al gobierno de Chile. Esto me toca a mí. ¡Don Juan Manuel Rosas me ha llamado *infame*! Protesto ante Dios que jamás he hecho el sacrificio de la fama, que un hombre de honor debe conservar con preferencia a su vida, a su fortuna. La patria misma no puede exigir tal sacrificio, porque la patria no puede ser defendida con la deshonor. Al escribir estas líneas que traen para nosotros aparejada la muerte, el destierro, las zozobras y la incertidumbre del porvenir, damos clara muestra de que no sacrificamos la fama ante consideración alguna. Ahora, preciso es saber que don Juan Manuel Rosas, a pedido suyo, está autorizado por la honorable junta de representantes de Buenos Aires con fecha de 1840, para hacer el sacrificio de la fama, es decir, para ser in-fame, si la necesidad de triunfar de los

salvajes unitarios lo requería. Don Juan Manuel Rosas, autorizado legalmente para ser *in-fame*, es, pues, presunto infame, y no yo, que en ninguna emergencia de la vida me creería autorizado para serlo, y es mi opinión formada sobre hechos auténticos, que el autorizado infame lo ha sido y lo es en el hecho. Don Juan Manuel Rosas no tiene derecho de quejarse de este juicio, puesto que está autorizado para ser infame, vil y todo lo que aquella palabra encierra.

Don Juan Manuel Rosas me ha llamado en notas oficiales salvaje; epítetos que viene de selva, *sylva* por campo inculto, por erial. Yo me he criado en el seno de las ciudades de la América del Sur; he vivido en la sociedad de gentes ilustradas, he viajado por los pueblos civilizados, y tratado siempre con hombres eminentes. He sido encargado por diversos gobiernos de misiones científicas, y me honro de ser miembro de la Universidad de Chile, en cuya corporación cuentan los hombres de ciencia de Chile, y cuanto sabio español, venezolano, francés, argentino se ha establecido en el país. Don Juan Manuel Rosas, que me llama *salvaje*, se escapó de la casa paterna en su infancia y se crió en una estancia de Buenos Aires, domando caballos, criando vacas. El doctor Maza le enseñó a leer después de grande, en compañía de su hija que es la esposa del doctor Alsina, menor que Rosas de diez años. Vivió, pues, y se crió en la *sylva*, selva; y fue salvaje, y puede, sin impropiedad, ser llamado salvaje. Él ha vivido toda su vida en contacto con las pampas; hizo su fortuna en el *negocio pacífico*, tráfico con los *indios*; para cuyo objeto lo creyeron idóneo los gobiernos sucesivos de Las Heras, Rivadavia y Dorrego. Él tiene grande influencia entre los salvajes de la pampa, con quienes no tengo yo, pues los títulos universitarios no valen gran cosa para ser respetado de los salvajes de cara cobriza o blanca, no importa. Es permitido, pues, creer por todos estos antecedentes, que don Juan Manuel Rosas, si no es enteramente salvaje, mucha afinidad debe tener con ellos. Pero

nosotros, ¿por qué hemos de ser llamados salvajes? ¿Nosotros, que no hemos visto la cara de un pampa, que no hemos comido carne de yegua tendida en sus tolderías, como Rosas? ¿Nosotros, que no hemos mantenido relaciones amistosas, íntimas con Pincheira, a quien no hemos llamado amigo, como don Juan Manuel Rosas, en una colección de cartas que está guardada *en lugar seguro*?

Decimos lo mismo con respecto al epíteto de *asqueroso*, *inmundo*, que con tanta frecuencia nos prodiga Rosas. En palabras, obras y apariencias, nos han hallado muy cumplidos cien hombres distinguidos de la tierra con quienes hemos alternado. Permítanos el público que expongamos a la luz, hechos cuya repugnancia no nace de referirlos, sino de su propia indignidad. Que no lean señoras lo que sigue. Se trata de hábitos y acciones asquerosas. Nosotros no nos hemos bajado nunca los calzones, para hacer nuestras necesidades, en presencia de personas respetables, como lo ha hecho repetidas veces don Juan Manuel Rosas, ante quienes quería humillar, ante el propietario Videla, ante el ingeniero don Avelino Díaz. Nosotros no hemos tenido locos en torno de nuestra persona a quienes soplar con un fuelle por el orificio, para divertirnos, como don Juan Manuel Rosas lo ha hecho durante diez años, para divertirse en apretarles la barriga con el pie él mismo, para hacer salir con sonora violencia el aire de los intestinos. Nosotros no hemos hecho caer, como Rosas, una lluvia de huevos podridos sobre el fraque y persona del general Guido, forzándolo a permanecer horas enteras en este estado, y volverse a Buenos Aires a mudarse, por negarle Rosas en su quinta vestidos. Nosotros, para terminar, no hemos, como Rosas, al desmontar del caballo a la señora de uno de sus ministros, deslizándole la hercúlea mano debajo de los vestidos, y untándole por las narices al obispo Medrano lo que había tocado, diciéndole: «huela un polvo su señoría». Nada inmundo ni asqueroso hemos tocado nosotros, ni la mano siquiera de las

personas notables que en Europa y América sirven la diplomacia de Rosas. Nada asqueroso hemos dicho, ni hecho; y *La Gaceta Mercantil* y las notas oficiales de Rosas, están llenas de conceptos innobles, de palabras torpes.

Al cargo de malvado, es inútil contestar. No hemos tratado siquiera con los malvados, Facundo, Bárcena, Salomón, Gaetán, Cuitiño y tantos otros que han cubierto de crímenes a Buenos Aires, crímenes todos en defensa de Rosas, y que es permitido creerlos inspirados por él, pues no fueron castigados sus perpetradores, y sus actos han sido registrados y aprobados por *La Gaceta Mercantil* de Buenos Aires. Nuestra vida, sin ser exenta de reprocho por la humana flaqueza, está exenta de cargo ninguno ni de sospecha siquiera de crimen; mientras que la de don Juan Manuel Rosas, está salpicada de actos horribles que, aunque declarado infame por la ley de 14 de abril de 1840, como lo están por las leyes ordinarias los presidiarios de las penitenciarías, nada puede cohonestar ni atenuar. Si hemos de llevar nuestras vidas a ser examinadas ante los tribunales de alguna nación, en donde el crimen, la infamia, el exterminio, no estén declarados ley del Estado, estamos prontos, preparados, a comprobar los hechos que aquí avanzamos, y castigar ante el mundo al malvado *afortunado* y consentido.

No somos, pues, ni infames, ni salvajes, ni asquerosos, ni malvados, pudiendo, en caso necesario probar que estos epítetos, sientan bien al mismo que nos los dirige, precisamente porque su conciencia, sus hechos y la opinión pública lo acusan de merecerlos.

Queda aún la más presentable de las imputaciones que nos dirige don Juan Manuel Rosas, y que puede dar pretexto a la cínica frialdad de la política, para aplicar a mi caso, las oscuras y atentatorias máximas del derecho de gentes, tal como lo entiende don Juan Manuel Rosas, que ha declarado oficialmente que el *Tratado de Principios de Derechos de Gentes*, escrito por el sabio americano don Andrés Bello, no

tiene autoridad, prohibiendo que sirva de texto a la enseñanza en Buenos Aires, y no citándolo jamás en apoyo de sus iniquidades. Tal es el tratamiento de *rebelde* que nos da don Juan Manuel Rosas. *Rebelde*, dice el diccionario de la Academia de la lengua es: «el que se rebela o subleva, faltando a la obediencia debida». Esta condición de *debida*, es la única que constituye la desobediencia en rebelión.

Yo no debo obediencia a don Juan Manuel Rosas, porque hace nueve años que me sustraje a su jurisdicción, los mismos nueve años que fue autorizado para ser in-fame hasta el «exterminio absoluto de los salvajes inmundos unitarios».

Ahora, el momento de mi separación de la República Argentina, no sin haber escapado el día antes de ser exterminado infamemente como lo permitía el decreto de 1840, coincide con una de las fases del gobierno de Buenos Aires, que debo examinar aquí, para ver si mi obediencia a aquel gobierno es *debida* para que el epíteto de rebelde pueda serme aplicado.

Los gobiernos de las sociedades actuales están fundados, por desgracia, en los hechos, de cuya legitimidad solo el éxito responde, bien entendido que el asentimiento nacional ha de venir más tarde a prestarles su sanción y apoyo. Unos pocos casos bastarán para hacernos comprender. El reinado de Luis Felipe, en Francia, tenía por base la revolución de París de 1830. Si los Borbones hubieran triunfado en los tres días de combate en julio, los ciudadanos que hicieron la revolución hubieran sido declarados rebeldes, facciosos y condenados por las leyes. La revolución de 1848, haciendo caer la monarquía, dio por el *éxito* de una revolución, el hecho que produjo la república. Los gobiernos de Portugal, España, Chile, Bolivia, están fundados en bases del mismo género, dudosas en su principio puramente material, que es un hecho victorioso, aunque hayan a continuación recibido la sanción popular. No queremos establecer la doctrina de que lo que triunfa es por eso legítimo; que eso nos privaría del derecho de protestar

contra ese mismo triunfo, como lo hacemos contra el de don Juan Manuel Rosas. Reconocemos por el contrario que hay principios de justicia, que los hechos, ni aun la voluntad humana pueden alterar ni violar. Establecemos un antecedente para mostrar solamente, cuán difícil es llegar a esclarecer la legitimidad de los gobiernos, y lo vano del intento de resistir a los hechos consumados. Sin embargo, hay principios tan claros, tan fijos para juzgar de la *legalidad* de los gobiernos, que están al alcance de todo el mundo, establecidos por las leyes de todas las sociedades, y entran en la conciencia pública. La *legalidad* a un gobierno le viene de estar revestidos sus actos de la forma que las leyes de un país establecen; de manera que si un gobierno monstruoso es elegido *debidamente*, ese gobierno es *legal*, aunque no sea legítimo, por estar en oposición de las leyes naturales que viola.

Don Juan Manuel Rosas pone en todos sus actos públicos el epíteto de *legal* dado a su gobierno, reconociendo en este tesón, que aunque sea vituperable por el costado de la legitimidad, es enteramente *legal*, es decir, conforme al texto de la ley; y efectivamente, él fue electo gobernador de Buenos Aires en 1835 por la junta de representantes, que tenía derecho de elegirlo; ella lo autorizó con la *suma del poder público* que tenía derecho de encomendarle en casos extraordinarios. Si la legitimidad y conveniencia del acto es cuestionable, la forma *legal* no lo es, y por tanto puede llamarse *legal* el gobierno monstruoso que salió de la votación del 7 de marzo de 1835.

Algunas dudas, sin embargo, pueden levantarse contra la legalidad de aquel acto, y que examinaremos brevemente. Las leyes ordinarias de todos los países establecen para que los actos emanados de una autoridad tengan fuerza de ley y sean obligatorios, que los individuos que la componen tengan el ánimo libre de toda coacción, de todo temor; porque como dice la ley de partidas de don Alonso el sabio: *home forzado non es*

en culpa.

La Constitución de Chile ha consignado este principio de una manera clara e inconcusa, a fin de apartar el riesgo posible de que los representantes de la nación pudieran dictar leyes bajo la presión de la violencia.

Art. 158. Toda resolución que acordase el Presidente de la República, el Senado y la Cámara de Diputados, a *presencia* o requisición de un ejército, de un *general al frente de fuerza armada*, o de alguna reunión de pueblo que, ya sea con armas o sin ellas, desobedeciere a las autoridades, *es nula de derecho y no puede producir efecto alguno.*

Así, pues, tanto por las leyes civiles, como por las políticas está establecido el hecho de que no es legal lo que una autoridad intimidada por la fuerza, declare con todas las formas exteriores de una ley; porque la voluntad no entró en parte, sino el miedo, a producir el acto. Analicemos el acto del nombramiento de don Juan Manuel Rosas en 1835 y veamos si es legal en el sentido expreso de la ley.

En 1833 es derrocado por una revolución hecha por los partidarios de Rosas, el gobierno federal del general Balcarce.

Él tiene un ejército, y la junta de representantes y el gobierno no tienen tropas. Sospecha de intimidación.

El general Viamontes sucede a Balcarce, y es hostilizado por los partidarios de Rosas, hasta que renuncia, porque el ejército que manda Rosas, no apoya al gobierno sino a los anarquistas. Sospecha de intimidación.

Desde entonces no se nombra gobernador en Buenos Aires, porque *no hay un solo ciudadano que quiera aceptar* tan encumbrado puesto, y el presidente de la sala de representantes, el doctor Maza, amigo e instrumento de Rosas, queda encargado del gobierno *por más de un año*, hasta que Rosas, que estaba acampado en San José de Flores con 2000

hombres, es nombrado gobernador.

Prueba evidente de intimidación, obrada por el jefe de la fuerza armada, que solo sirve para dar alas a los revoltosos, organizados bajo el nombre de *Sociedad Popular*, que después se llamó *Mazorca*, por un regalo que le hizo Rosas de una gran mazorca de maíz, llena de cintas coloradas, para que *se la metiesen a los salvajes unitarios*, palabras textuales del mensaje con que acompañaba el general Rosas el don.

En junio 30 de 1834 la sala de representantes nombra gobernador al jefe del ejército que está acampado un año hace a las puertas de Buenos Aires, soplando la anarquía; puesto que el gobierno no puede triunfar de ella. Sospecha vehemente de intimidación de los ánimos.

Rosas renuncia el empleo de gobernador, bajo protestos frívolos; pero en realidad porque no le quería conceder la junta de representantes *facultades extraordinarias*.

Con fecha 6 de julio insiste la sala en el nombramiento, pero no le da facultades extraordinarias, lo que prueba que no era voluntad espontánea dársele.

En julio 9 renuncia segunda vez Rosas.

En julio 10 insiste la sala, pero sin conceder facultades extraordinarias.

Tercera renuncia del jefe del ejército el 13 de julio, desde San José de Flores.

Julio 24, insiste la sala, pero no por eso concede facultades extraordinarias.

Cuarta renuncia del comandante general de campaña, en 24 de julio, que admite la sala el 28, en atención de haber dicho Rosas que *se persuadan de una vez que su resolución es absolutamente invariable, y que no hay ley alguna coactiva que la contraríe*. En esta lucha de meses entre la junta de representantes y el caudillo del ejército, que sitia a Buenos

Aires desde San José de Flores, no se escapa de la sala de representantes la concesión de *facultades extraordinarias*, prueba evidente de que no era su voluntad concederlas.

La dictadura que quería arrancarse a la sala de representantes y que no cedió sino después de nueve meses de resistencia, se pedía en el momento mismo en que se estaba discutiendo *un proyecto de constitución de la provincia de Buenos Aires*, presentado a la sala por la comisión, el 19 de diciembre de 1833. La sala previendo el desenlace de las maquinaciones de Rosas, quería oponerle una constitución sancionada y promulgada que contuviese sus desmanes; pues ya venía en marcha sobre Buenos Aires con el ejército de su mando. En esta constitución se disponía que

la cámara de representantes, tendría el derecho exclusivo de acusar ante el Senado al gobernador de la provincia y sus ministros... por violación de la constitución, principalmente, con respecto a los derechos primarios de los ciudadanos.

LXXX. El gobernador durará en el cargo por el término de *tres años*, y no podrá ser reelecto sino después de *seis, de haber cesado*.

CXLI. *Todos los habitantes* de la provincia tienen *derecho* a ser protegidos en el goce de su vida, reputación, libertad, seguridad y propiedad.

CXLIII. Todo hombre puede publicar por la prensa sus opiniones. Los abusos cometidos por este medio, serán juzgados en virtud de una ley particular y calificados por un tribunal de jurados.

CXLVIII. Queda abolida *toda confiscación y toda pena cruel y de infamia trascendental*.

CLIV. Ninguna ley tendrá fuerza retroactiva.

CLVIII. La ley declara *inviolable* toda correspondencia particular; nadie podrá interceptarla ni abrirla sin hacerse reo

de la seguridad personal.

CLIX. La casa del ciudadano es inviolable.

CLX. Ningún habitante de la provincia podrá ser penado y confinado sin que preceda juicio y sentencia legal.

CLXI. Tampoco podrá ser obligado a hacer lo que no le manda la ley, ni privado de lo que ella no prohíbe.

CLXXI. Todo rigor que no sea necesario para asegurar la persona de un individuo, será severamente reprimido.

CLXXIII. Jamás se usará del tormento en la provincia.

Este proyecto expresa bien claro cuál era la mente de los representantes de Buenos Aires a fines de 1833, y por tanto a principios y a mediado de 1834 en que fue electo gobernador Rosas. Esta es la mente expresa de los federales, y estas disposiciones son la condenación y la previsión de todos los actos horribles de la administración del caudillo, a quien no facultaron para violar todas las leyes, sino después de nueve meses de resistencia, y cuando el asesinato del general Quiroga había redoblado el terror de los espíritus.

Lo que debió pasarse en los ánimos de Buenos Aires después de esto, no consta de actos públicos; pero lo que pasó en el tiempo que medió entre el 30 de junio de 1834 y el 7 de marzo de 1835, puede colegirse de la circunstancia de que en estos nueve meses la sala no intentó nombrar gobernador ninguno a la provincia en acefalía; que Rosas permanecía con su ejército a la entrada de Buenos Aires, las muertes y tropelías se aumentaban, y que el 5 de febrero ocurrió el horrible asesinato del general Quiroga, único caudillo que podía contener a Rosas, asesinato hecho oficialmente por gobiernos amigos de Rosas. El 7 de marzo, la junta de representantes de Buenos Aires, después de haber visto dos gobernadores caer a los ataques de la Mazorca, después de cuatro renunciaciones de Rosas para gobernar conforme a las leyes, después de un año

de acefalía y de angustias, después de asesinado el general Quiroga, la junta de representantes nombra a don Juan Manuel Rosas gobernador por cinco años, con la suma del poder público por todo el tiempo que el *electo* lo quiera. ¿Hay o no violencia, intimidación, ejercida sobre los electores? ¿Basta a disimularla la consulta hecha a los ciudadanos, formulada por Rosas mismo en estos términos: se aprueba o no el nombramiento hecho por la sala? Cuando el artículo 10 del decreto especial para el caso, establece «que a cada una de las parroquias se proveerá por el *Poder Ejecutivo* de dos escribientes que lleven un registro en que se escribirá el *nombre, apellido, domicilio* y opinión del que se presente *voluntariamente* a emitirla con palabras claras y categóricas, de *estar o no* conforme con la citada ley» [12], dos escribientes dados por el Poder Ejecutivo para tomar nota del domicilio de cada votante, eran dos esbirros de la sociedad de la Mazorca, para leer en los semblantes, para mostrar a los electores el mango del puñal, que por instituto lleva cada uno de los miembros de aquella horda de asesinos al servicio de don Juan Manuel Rosas. ¿Hasta dónde puede llevarse la brutalidad de un gobernador, que cree *legalizar* la violencia que hace a los espíritus, a fuerza de consignar en los actos públicos los medios mismos de intimidación que se propone disimular? Y como si la sala hubiera querido dejar rastros en el decreto mismo de la violencia oculta que había en todo esto, dice que se tome la «opinión del que se presente *voluntariamente* a emitirla». ¿Qué significa aquí en una elección popular la palabra *voluntariamente*? ¿Pueden ir a las mesas receptoras votantes a decir su nombre, apellido, domicilio y opinión, para que dos escribientes dados por el Poder Ejecutivo, los inscriban de otro modo que *voluntariamente*? El hecho justifica estas previsiones. Los padres de familia mandaban a sus hijos, las mujeres imploraban a sus maridos que fuesen a votar *voluntariamente*, por temor de que sus nombres no fuesen

echado menos en aquellos registros en que quedaba hecho el proceso a Buenos Aires. De esta famosa consulta hecha a la ciudad, temblando bajo la amenaza del puñal que estaban haciendo lucir sobre su garganta hacía un año, resultó que toda la población en masa aprobó *unánimemente* el nombramiento, de tal manera intimidada, que se contaron cuatro votos solo por la negativa. ¿Era legal este gobierno?

Pero aun esta parte de la administración de don Juan Manuel Rosas puede quedar en los límites de la *legalidad* para las conciencias fáciles de obtemperar entre la duda vehemente y la verdad oculta. Téngase presente que analizamos nuestros títulos de *rebelde argentino*, y que nos importa para nuestra justificación esclarecer los hechos. Don Juan Manuel Rosas había gobernado cinco años con la suma del poder público, y empapado en sangre las calles de Buenos Aires, las plazas públicas, el hogar doméstico, y los campos de batalla. El sur se había sublevado en masa, y perecido a millares los hacendados, los gauchos; la república entera ardía en la más espantosa guerra civil, provocada por las iniquidades, violencias y desesperación que había traído el *ilustre restaurador de las leyes*, con la suma del poder público. El año 1840 se acercaba, en que por la ley de 7 de marzo de 1835, debía terminar el período *legal* de cinco años y la *suma del poder público* con que *legalmente* había sido investido don Juan Manuel Rosas. La sala, con miedo o sin él, debía proceder a la elección de nuevo gobernador, y deliberar si había de concedérsele nuevamente aquel poder espantoso con que había sido autorizado el comandante general de campaña. El 28 de junio de 1839, aquella sala de representantes que debía elegir nuevo gobernador, se reúne en sesión ordinaria, y encuentra en el local de las sesiones, en las bancas de la representación, *degollado* al presidente del cuerpo legislativo, doctor don Vicente Maza, presidente de la Corte Suprema, exministro de Rosas, su maestro, su mentor, su secretario en la causa contra

los asesinos del general Quiroga, su cómplice en todos sus actos públicos y el instrumento de su elevación. La junta de representantes que debe elegir gobernador más tarde, se prepara así, a hacerlo con independencia, apartando los pies de la sangre que corre de uno de los suyos, del más influyente, de su presidente; y en aquella horrible deliberación de autómatas que hablan en presencia de un cadáver que habla elocuentemente también a los ojos, a los nervios y a la carne, un diputado llama traidor, salvaje unitario a la víctima; un carro de policía viene por el cadáver; *La Gaceta Mercantil* llama al día siguiente *salvaje unitario* al doctor Maza, y todo queda ahí. Nadie pregunta quién fue el asesino, porque todos lo conocen; ninguna investigación, ningún proceso, ninguna matanza se intenta por las autoridades públicas, porque todos saben que Gaetán y Salomón fueron los asesinos, y se jactaron de ello, y vivieron tranquilos a la sombra de esa autoridad que había mandado asesinar al presidente del cuerpo legislativo en el local mismo de la representación, para que el olor de la sangre aconsejase a los diputados la persona que debían elegir en el próximo período de gobierno. *La Gaceta Mercantil*, órgano de la voluntad y de las opiniones de Rosas, dijo más tarde respondiendo a los diarios de Montevideo: «*El execrable asesinato del salvaje unitario doctor Maza, en momentos de profunda e inmensa irritación popular, que tanto repite El Nacional, fue un exceso de atroz licencia*». Quien quiera que conozca la arteria del lenguaje de Rosas, reconocerá en esta frase la misma mano que ha escrito las notas oficiales al gobierno de Chile, redactadas por don Juan Manuel de Rosas. Allí está, pues, condenado el acto, salvo que es falsa la circunstancia de una *profunda e inmensa* irritación popular; Buenos Aires estaba tranquilo, las calles llenas de gente, ningún tumulto, ninguna reunión de personas había turbado ese día la tranquilidad. El pueblo es calumniado esta vez para ocultar un delito de Rosas, como calumnia a los gobernadores

que lo sostienen y que ha puesto en las provincias, llamándolos forajidos, delante de los extranjeros, que creen, en efecto, que la República Argentina es una madriguera de bandidos, porque así se los dice el jefe de ella. Pero don Ramón Maza, hijo del doctor Maza, fue fusilado en la cárcel por orden de Rosas, cuatro horas después que su padre, y la atroz licencia del pueblo tuvo su acto gubernativo *atroz* para paliarla. ¿Aquel poder tan terrible no pudo saber cuáles fueron los asesinos del padre al mismo tiempo que él fusilaba al hijo? ¡Oh, esto es burlarse de la especie humana de la manera más atroz y más cruel!

Pero no es mi ánimo analizar aquí delitos, sino buscar las pruebas de la legalidad del gobierno a cuya autoridad se me llama *rebelde*, invocando el derecho de gentes en mi daño. En 1839, en el mensaje a la legislatura, datado el 27 de diciembre, *dos meses antes* de terminar naturalmente el período *legal*, ¡don Juan Manuel Rosas *renuncia*! ¿Pero para qué renuncia si va a concluir su gobierno? ¿Por qué renuncia? ¡Porque no puede tolerar la pérdida de su amante esposa Encarnación, por sus pesares domésticos, por su quebrantada salud, por las exigencias de sus cansados días! Todas razones mentidas, pues que todos saben que su salud es la de un potro, su edad la más activa, y su corazón el menos susceptible de emociones de dolor. El 5 de marzo de 1840 se reúne la sala de representantes en aquel local manchado con la sangre del presidente, y aquella sala dictó por unanimidad de votos la ley que lo reelegía por cinco años más, bajo las mismas condiciones de la elección de 1835. En la contestación, Rosas *renunciando*, como es la farsa de aquel cangrejo que marcha adelante con la cabeza para atrás siempre, entre conceptos repugnantes a fuerza de ser hipócritas, intercala esta significativa frase: «Ha ofrecido sus haberes, su vida, y también su fama para la defensa de la causa nacional americana, y contra los desertores de ella, *los salvajes, inmundos, asquerosos unitarios*. Nada

debe arredrarle en este deber cuando los señores representantes *comprenden...* y pueden explicar debidamente cuánto importa el sacrificio de la fama, cuando lo exige la voluntad de la patria». ¡Harto lo comprendían los señores representantes! ¡No ha sacrificado un centavo de su fortuna y guarda bien su vida el in-fame!

No recorramos las muchas notas que se cruzan, entre la sala de representantes y su verdugo, que es indigna tarea el andar removiendo las inmundicias que ha dejado en su paso, aquel que renunciando a la fama, al honor, mancha y envilece cuanto toca. Con la misma verdad que achacaba a la *profunda, inmensa* irritación popular el asesinato del presidente de la legislatura, llama en su nota del 14 de marzo de 1840, a los que quedaron vivos aquella noche, «¡los órganos de la libertad soberanamente libre de la provincia!». «Crueldad sin ejemplo —dice— sería negarle aún por más tiempo el reposo del hogar doméstico». Y en medio de aquella horrible farsa de renunciaciones y de títulos que se le prodigan, por saciar si pueden aquel orgullo demente de un estúpido, en nota de 10 de abril de 1840, consiente en gobernar por seis meses más; pero a condición de que la sala de representantes aligere su embrutecida conciencia del peso de la responsabilidad de sus actos. «Aquí es del deber del infrascrito —dice—, solicitar de la sabiduría y acendrado patriotismo de los honorables representantes, vigoricen la causa del continente americano, declarando hasta qué punto obliga el juramento sagrado de sacrificar aun la *fama* en defensa de la independencia nacional».

¿Quién había hecho ese juramento? ¿Quién lo había exigido? ¿Ante quién se prestó? ¿Quién puedo ser *in-fame* y hablar de patria, de independencia y libertad? ¿Los presidiarios en las galeras?

¡Sacrificar la fama, hacerse declarar in-fame, arrancar para ello una ley, a un cuerpo de infelices estropeados seis años,

humillados, envilecidos y afrentados! ¡Presentarse al mundo diciendo: «estoy autorizado a petición mía por la legislatura que tengo bajo mi puñal, a ser in-fame impunemente, si así me lo dictan mis pasiones!»... ¡Es idea que solo en la cabeza de don Juan Manuel Rosas podía entrar!

La junta de representantes contestó a esta consulta teológica, en nota de 14 de abril de 1840, que:

El sacrificio de la fama debe entenderse que es sostener la guerra santa en que está empeñada la república en defensa de la libertad y de la independencia, sin detenerse ni aun en la pérdida de la *fama* misma, sin reserva de este sacrificio, el más valioso; ni en nada de lo más caro y precioso al hombre civilizado, toda vez que la salvación del país lo exigiere.

Que decididos a perder hasta su existencia y fama por la sagrada causa de la independencia americana, debe el gobierno poner en ejercicio y le autorizan para que ponga, Cuantos medios conduzcan a este glorioso fin, ¡hasta el exterminio total del salvaje feroz bando unitario!.

Y lo que era la independencia en el concepto de esos entes degradados, de esas máquinas de autorizar crímenes, puede juzgarse por estas palabras pronunciadas por don Baldomero García, en la sesión permanente del 8 y del 9 de noviembre de 1839, cinco meses después de asesinado el presidente, un mes después de haber estallado la sublevación en masa de la campaña del sur, y dos días después de vencidos los propietarios, para autorizar al gobierno a pedido suyo, para exterminar a los vencidos.

Desengañémonos, señores —decía el diputado don Baldomero García—, desengañémonos, señores, desde que el general Rosas bajase del mando, sea por conspiración, sea por *renuncia*, sea por *fenecimiento de su término*, desde que tal

cosa aconteciese, la pérdida de los federales era cierta. Sea quien fuese quien sucediese al general Rosas en el mando y en el influjo, por más comprometido que esté en la causa federal, *no hay remedio*, los unitarios se la calzaban; ellos se amañarían, y a más, a los dos meses, a los cuatro, a los seis, ya estarían gobernando, sea personalmente, sea por *influjo*. Ya entonces se entronizaría la firme desmoralización de los unitarios con sus sandeces y petulancia; ya entonces se intentaría el desprecio y la persecución a los hijos del país, de los que no andamos a la *extranjera*, de los que no hablamos a la *extranjera*, de los que no vestimos a la *extranjera*, de todos, en fin, los que por nuestros usos y hábitos manifestamos ser verdaderos hijos de esta tierra. No hay, pues, que preguntar cuáles son los hombres que se hallan a la cabeza de este motín. Sean cuales fuesen, federales no pueden ser desde que conspiran contra el general Rosas [\[13\]](#).

Pero los campesinos del sur a quienes se iba a exterminar, no vestían a la *extranjera*, señor don Baldomero, que eran gauchos; no hablaban a la *extranjera*, no andaban a la *extranjera*, no eran unitarios, en fin, eran hacendados, pastores.

Todo lo que llevamos citado consta de documentos públicos, de *La Gaceta Mercantil*, o ha sido compilado por orden de la sala de representantes en 1842, bajo el título de: *Rasgos de la vida pública de S. E. el señor brigadier general don Juan Manuel Rosas, ilustre restaurador de las leyes, héroe del desierto, defensor heroico de la independencia americana, y gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires*. Este documento ha sido derramado por toda la tierra, se le encuentra en todas las bibliotecas de Europa y América, y puede consultarlo el que lo desee.

Ahora, preguntamos a los hombres de conciencia de todos los países, ¿es *rebelde* el argentino que desconozca la

autoridad de aquel gobierno, fundada para su reelección en el asesinato del presidente del cuerpo que debía elegirle sucesor? ¿Debe creerse que la ley de partida absuelve a aquellos infelices diputados de toda complicidad? ¿Se debe obediencia a un gobierno autorizado legalmente para ser *in-fame*? ¿Es legal el gobierno producido por el terror de un asesinato?

Nosotros, yo Domingo F. Sarmiento, en 1840, en mi provincia, protesté de palabra y por escrito contra ese gobierno *in-fame*; no reconocí un momento su autoridad; hícelo así conocer a todos y a la autoridad en particular; fui preso, encadenado, hube de ser asesinado, y salí al día siguiente para Chile, a fin de sustraerme a la jurisdicción del gobierno fundado en un asesinato público, y autorizado para ser *in-fame*, hasta exterminar a los que lo rechazaban. Jamás reconocí su autoridad, jamás permití a sus agentes públicos que se me acercasen. Negueme en Chile a ver a ese mismo Baldomero, negueme en el Brasil a ver al general Guido, negueme en París a ver al señor Sarratea.

Con estos antecedentes pregunto yo a los hombres que me conocen y rechazan, sobre el vil que los envía con los ultrajes de infame, asqueroso, salvaje, malvado; pregunto si ¿soy *rebelde*, si me he revelado contra la obediencia debida a don Juan Manuel Rosas? Lo pregunto en Chile a los juristas Bello, Montt, Lastarria, García, Tocornal, Sanfuentes, Ocampo, y cuantos pretendan tener voto en la materia. Lo preguntara a Guizot y Thiers que sostienen hoy los principios monárquicos; a Pío IX, que ha sido restablecido en el solio pontificio en nombre del derecho divino; a Rollin, Marrast, o Henry Martin, que son perseguidos por la mayoría que ha triunfado en las últimas elecciones. Pregúntolo a los moralistas, a los sacerdotes de todas las creencias, si soy *rebelde* que *deba* obediencia a un gobierno que desconocí desde su sangriento origen, de cuyo territorio huí para no prostituirme o ser degollado. Pregúntolo, en fin, a todos los hombres de honor del mundo si es honroso

obedecer, pudiendo sustraerse a su dominio, a un gobierno que se ha hecho autorizar para ser *infame*, en términos expresos y literales. Pregúntolo todavía al clero de Chile, si *debo* obediencia al gobierno que ha hecho degollar en Santos Lugares a dos curas y un canónigo, que no habían cometido delito alguno, y ayer no más hizo fusilar al cura Gutiérrez, una niña y una criatura de vientre, por una de esas fragilidades tan frecuentes en la sociedad.

He aquí, pues, tirano, verdugo de mi patria, como no soy tampoco rebelde, como no soy infame, ni asqueroso, ni salvaje. Ya fuera privilegio raro el de todos los bandidos de llamar rebelde al hombre honrado que se escapa de sus garras; ya fuera derecho extraño el de los tiranos, de reclamar las personas que no reconocen su poder. Gobernad a los que tenéis hace 18 años señalados con trapos colorados; haceos obedecer de los que os reeligen indefinidamente porque degolláis a algunos para mejor preparar los ánimos. Influid sobre los ánimos apocados, sed respetado de los que admiten la infamia, que es el sacrificio de la fama, ¡enhorabuena! Pero ante mí, vuestra suma del poder público, vuestro orgullo sanguinolento, vuestra facultad de «*tocar todos los medios*» hasta el exterminio total de los unitarios; vuestra diplomacia, vuestro poder, todos los medios viles que estáis legalmente autorizado a usar, son impotentes, ¡se han de estrellar en vano! Tengo ante los hombres empeñada mi *fama* en ello. El puñal que alcanzó a Varela, el veneno que empleasteis contra tantos, ¡he aquí los pobres recursos que os quedan, pobre tirano vilísimo! ¿Contáis con las argucias del derecho de gentes? Oíd, lo más claro que dice el derecho de gentes en esta cuestión:

Art. 12. La Constitución asegura a todos los habitantes de la república de Chile: La libertad de publicar sus pensamientos por la imprenta, sin censura previa; y el derecho de no poder ser condenado, por el abuso de esta libertad, sino en virtud de

un juicio, en que se califique previamente por jurados, y se siga y sentencie la causa con arreglo a la ley.

Dirigíos, pues, al gobierno de Chile para que me reprima y castigue *ejemplarmente*, porque os creo asesino del presidente de la legislatura que debía elegiros, infame por la ley, salvaje por educación, y esperad que me someta a otro fallo que al de un jurado de ciudadanos.

Pero os conviene más que os calléis, como en la cuestión de Magallanes en que os impuse silencio; mordeos de cólera y disimulad por algún tiempo. No cometáis infamias contra mí; no persigáis por mí a los débiles, porque os he de fustigar ante la opinión del mundo. No intentéis asesinarme, porque ya está prevenido el público. No queráis intimidarme, porque os desprecio. ¡Callaos! Vuestra rabia demente, vuestros esbirros no alcanzan a hacer que lo que ha sido, deje de ser. Yo pereceré y esta protesta quedará viva.

Santiago de Chile, diciembre 19 de 1849.

Los intereses comerciales

(*Crónica* de 30 de diciembre de 1849)

La exactitud de las ideas en materias especulativas, es como la perfección definitiva que adquieren las máquinas a fuerza de mejorarlas, que es llegar a una simplicidad tal, que el hombre más sencillo comprende su mecanismo, y su acción es fácil como son sencillos los medios de producirla. Durante dos siglos se han escrito sobre los medios de desenvolver la riqueza de las naciones los libros más voluminosos, desarrollando en ellos las teorías más vaporosas, más complicadas y los sistemas más contradictorios. Se han dictado, en consecuencia, las leyes protectoras de la industria nacional, las leyes de navegación, examinando todos los años con ahínco la balanza del comercio. La Inglaterra, que es la nación europea que más ha trabajado por ensanchar y proteger su comercio, después de haber ensayado todos aquellos sistemas, ha concluido por adoptar estos medios de proteger el comercio, y la agricultura, y por tanto, la riqueza nacional.

1.° Permitir la entrada libre de los trigos de toda la tierra con un derecho módico; de manera que hoy los trigos de Chile pueden venderse en Londres a muy buen precio.

2.° Abolir las leyes de navegación que daban preferencia al buque inglés para la introducción de las mercaderías sobre el extranjero, por cuya razón un buque con bandera de

Montevideo goza en los puertos de Inglaterra de las mismas ventajas que un buque de quilla y bandera inglesa.

3.º Abolir todo derecho protector de los productos tropicales de sus propias colonias, por cuya razón las azúcares de Cuba, se venden a mejor precio que las de Jamaica.

Estos son los principales puntos conquistados ya. En este año, por una débil mayoría no pasó en el parlamento el *bill* que proponía abrir el comercio de cabotaje de la Inglaterra a todas las naciones del mundo, como medio de favorecer la riqueza nacional, y está preparándose la opinión para disminuir las escuadras protectoras del comercio y abandonar muchas de las colonias que la Inglaterra ha adquirido a tanta costa, como perjudiciales a la industria y a la riqueza de la nación.

Chile ha seguido también en aquel camino dando algunos pasos: 1.º se ha admitido a los buques de quilla extranjera a nacionalizarse por el hecho de tomar la bandera nacional, lo que importa decir que todo buque es nacional, si quiere serlo. Se ha abierto el comercio de cabotaje a todos los buques extranjeros, de manera que un buque inglés puede cargar de Valparaíso a Concepción o Coquimbo a la par de los nacionales, y muchas veces excluyéndolos por la baratura de sus precios. Y siguiendo este camino, se preparan estas medidas: primero, declarar a Copiapó puerto mayor para el comercio extranjero, de manera que puedan dirigirse a él directamente los buques de Francia e Inglaterra, y cargar y descargar allí; segundo, abrir por los boquetes o puertos secos de cordillera el comercio de tránsito, a fin que los comerciantes de la otra banda, puedan comprar mercaderías o venderlas a las casas extranjeras de Valparaíso, o embarcarlas para California, sin que la aduana de Chile utilice en ello cosa ninguna.

Otras medidas están en germen, principalmente la abolición del estanco, que abrirá los puertos de mar y tierra a esta mercadería, sujeta solo a un módico derecho; y más progresos

se harán y más decisivos, a medida que se ilustre la opinión pública y se comprendan mejor los verdaderos intereses del país.

Mientras que el ministro de hacienda anunciaba en la Cámara su intención de abrir el comercio de tránsito, en Salta se imponía un derecho de 20 por ciento a las mercaderías extranjeras que vengan de los puertos de Chile o Bolivia; en Tucumán, un 25; en Santiago del Estero, un 30 por ciento; en Catamarca se exige que se justifique la procedencia de las mercaderías; y en San Juan y Mendoza se exigen fianzas por los derechos que se impondrán alguna vez. En San Juan se ha llevado la exquisita previsión del gobierno hasta establecer que el que quiera rescatarse de la responsabilidad de las fianzas, pueda hacerlo pagando un seis por ciento, y dejando en depósito un dieciocho para estar a las resultas de los derechos que se impondrán alguna vez. Lo más notable es que el autor de esta medida es un ministro de gobierno, antiguo comerciante, que ha hecho su fortuna exclusivamente en el comercio de Chile, y que sabe medir mejor que nadie las consecuencias funestas de este decreto, que puede hacer que un comerciante en tres años, tenga en depósito una suma de ocho o diez mil pesos; esto es, gran parte del capital mismo con que haya girado cada una de las veces que haya introducido mercaderías.

Supongamos un comerciante que introdujo en 1847 efectos de Chile por valor de 20.000 pesos. El derecho de un veinticinco por ciento es de 5000 pesos. En 1848, 15.000; el derecho depositado es de 3750. En 1849 introdujo 12.000 pesos y depositó 3000; en 1850 introduce 9000 y deposita 2250; en 1851, 7000 y deja 1750, etc. ¿Qué ha resultado para este comerciante? Que se ha quedado en la calle; que ha dejado en depósito todo su capital, porque 5000, más 3750, más 3000, más 2250, más 1750, es igual a 15.750 pesos que en dos años más equivalen a todo lo que poseía al principio.

¿Qué origen tienen estas medidas que cualquier hombre juraría que es imposible que haya habido gobiernos que las tomen y pueblos que las consientan? Pero el caso se explica muy fácilmente. En los países libres, la manía del público es oponer resistencia a las medidas gubernativas, aun aquellas más demostradamente útiles; la prensa, las cámaras, arden en vituperios y ataques, y no pasan sino a fuerza de perseverancia y por una débil mayoría de votos; en los países esclavizados bajo gobiernos terroristas, los subalternos se esfuerzan a exceder la mente del tirano, y agravar el mal en todo lo posible. Si les insinúan prohibir la circulación de los diarios, los satélites perseguirán los libros también. Si el jefe impone fianzas por un derecho que él impondrá más tarde, ellos se impondrán a sí mismos un derecho de un cuarenta por ciento, creyendo así haber adivinado su mente y complacídolo en extremo. No atribuimos a otro origen estas medidas que vemos tomadas desde Salta, Jujuy, Tucumán, hasta Mendoza.

¿De qué modo hablar a aquellos infelices pueblos conjurados en su propia ruina, que no sea para hacerlos obstinarse más y más en su propio daño? Pero se trata del comercio, de los medios de enriquecerse; y en este punto, no hay partidos, porque federales o *salvajes*, todos querían enriquecerse, todos se hallan en aptitud de comprender lo que el sentido común enseña a todos los hombres, cualquiera que sea su educación o sus ideas políticas.

Es un hecho vulgar que la riqueza de una nación se compone de la suma de la riqueza de los individuos que la componen; y el cuidado de los gobiernos debe limitarse a facilitar a cada uno los medios de enriquecerse. Por ejemplo, la Inglaterra, la Francia, los Estados Unidos, han abierto grandes canales, navegado los ríos, establecido caminos de hierro, con el objeto de abaratar la producción, para que cada uno pierda menos en los gastos de transporte. Está averiguado que en los Estados Unidos los canales y los caminos de hierro han hecho

bajar de un cuarto los costos de transporte, es decir, que cada propietario gana un veinticinco por ciento, que no habría ganado si tales líneas no se hubiesen abierto. La otra protección que da el Estado, es la de activar la correspondencia y asegurar el sigilo de las comunicaciones, sin el cual no pueden hacerse grandes combinaciones mercantiles. Al efecto, la Inglaterra ha bajado el porte de las cartas a un octavo de real, establecido dos correos diarios entre las ciudades fabriles y los puertos. Para este objeto ha fomentado las compañías de vapores que traen la correspondencia de los puntos distantes, y actualmente paga el gobierno inglés doscientos mil pesos anuales a la compañía de vapores del Pacífico, que lleva a la Inglaterra doscientas cartas al mes de los comerciantes de Chile. Seguridad y rapidez del transporte de avisos y mercaderías, he aquí, pues, toda la protección que una buena política puede dar al comercio.

La otra protección que da y la más efectiva de todas, es dejar hacer al comerciante lo que su instinto, su experiencia, sus necesidades le aconsejen hacer, sin entrometerse a inducirlo que haga esto con preferencia a lo otro, que vaya al naciente cuando él quería ir al poniente. No hay comercio sin comerciante, y la pérdida experimentada por este, es la pérdida misma que experimenta el comercio; por tanto, nadie es juez en las utilidades y ventajas del comercio, sino el que ha de medrar con ellas. Ahora, nosotros preguntaríamos a ese ministro de San Juan, si él comerciante ¿ha ido alguna vez a emplear a Buenos Aires por ser puerto nacional, pudiendo obtener de Chile la misma mercadería con un dos, un diez por ciento de menos costo? Porque el comercio no es otra cosa sino cambiar oro o mercaderías, por mercaderías y oro que dejen al que lo hace el mayor tanto por ciento de utilidad posible.

El interés del comerciante está, pues, en poder optar entre diversos mercados, llevando a cada uno lo que le conviene, y de la diferencia de utilidades que haya entre dirigirse hacia este

punto con preferencia al otro, resultan sus ahorros que son sus provechos y el origen de su fortuna. El interés de una nación está en estar en todas direcciones en contacto con los mercados del mundo, adquirir las mercaderías extranjeras a precios más baratos, y vender las suyas a precios más altos. Está mal situado para el comercio el país que, como Bolivia, no tiene sino un puerto, y sus otras fronteras no lo ligan a mercado ninguno; están ventajosamente situadas las islas que permiten por todas sus costas fácil acceso de las mercaderías, que tan bien entran por Glasgow, Liverpool, o Londres. La República Argentina no es el país más favorecido para el comercio, porque sus grandes ríos no conducen a partes productoras del territorio; porque no tiene sino un solo puerto al mar por ahora, mientras no se declaren mares los grandes ríos, como debiera hacerlo una buena política, y últimamente, porque entre sus diversos mercados median enormes distancias, caminos imperfectos e inseguros, y gobiernos expoliadores que agravan con derechos los costos de la producción. Hacia el occidente, sepáranla del Pacífico las cordilleras, lo cual es ya un grande obstáculo para la prosperidad del comercio. Pero si a estas desventajas nacionales se agregan la inseguridad de los caminos, por la frecuencia de las depredaciones de los salvajes; si no hay correos sino de tarde en tarde, eventuales y sin seguridad del sigilo de la correspondencia; si a esto se añade que se impongan derechos exorbitantes a una vía de comercio, hasta obstruirla enteramente, para que en lugar de diez vías de comercio no quede sino una, entonces puede afirmarse a ciencia cierta, que ese país corre a su ruina, que su comercio será aniquilado en menos de veinte años.

Si el objeto de aquellas extrañas medidas es de despoblar el interior de la República Argentina, para hacer que se reúna en las costas del Atlántico, no podía haberse hecho otra cosa más conducente al objeto. Lo que a Buenos Aires interesa, es tener

mercados ricos en el interior, ciudades populosas, una numerosa población a su respaldo; pero es la más necia de las vulgaridades querer forzar este resultado, por los medios mismos que lo destruyen, disminuyendo las ganancias de los comerciantes del interior y cerrando caminos. No hay población, y no se trata de aumentarla; hay grandes distancias y se suprimen los correos; los caminos son pésimos, y se imponen derechos de pasaje; no son seguros por su soledad y se deja a los indios hacerlos intransitables; y cuando se sienten las consecuencias inevitables de todo este cúmulo de delitos del gobierno, el gobierno en lugar de remediar los males que él causa, inventa otros mayores todavía; y porque el camino está malo, para marchar, manda cortar una pierna a los transeúntes para que anden en un solo pié.

Da vergüenza examinar las cosas que dicen los gobernadores argentinos en sus decretos, y en sus considerandos. El comercio de Chile y de Bolivia extrae el dinero. ¿Pero qué dinero? ¿Sellan moneda en Salta? Luego no hay dinero que extraer, y si el dinero escasea, no hay más que sellar pastas y entonces habrá. Esto es lo que se hace en Chile, en los Estados Unidos, en Francia, etc. Bolivia provee de moneda a aquellos pueblos, y acusan a Bolivia de extraer la moneda. En Chile no circula la moneda boliviana y lo acusan de exportar la moneda. No parece al leer aquellos decretos, sino que está uno oyendo a la cocinera hablar de cámaras tal como ella lo entiende. Pero no es que les falte a sus autores sentido común suficiente para comprender que están diciendo absurdos ridículos, sino que no saben qué decir para cohonestar el paso, que la degradación en que han caído, los fuerza a dar. Es preciso cerrar el comercio de Chile, y algo se ha de decir.

Clasifican de *extranjero* este comercio; pero no hay *utilidades* nacionales ni extranjeras, como no hay velas celestes ni terrestres, como no hay números franceses o americanos. Se

impone un 25 por ciento de derechos a los paños ingleses venidos de Chile. Si los paños ingleses iban de Chile y no de Buenos Aires, es claro que el comerciante ganaba algo prefiriendo aquel mercado a este; si por el derecho se fuerza al comerciante a ir a buscarlos a Buenos Aires, lo único que se habrá conseguido, es hacer que pierda la utilidad que reportaba de la diferencia entre los dos mercados, o que venda más caro, para responder al más alto precio o a los mayores costos. ¿Qué ha ganado Buenos Aires con esto? Y sobre todo, qué le importa al comerciante del interior que un comerciante de Buenos Aires gane o no, cuando él pierde o deja de ganar, lo que ganaría optando entre dos o diez mercados, para buscar su utilidad propia, que es la única que le interesa.

Todavía estas consideraciones se hacen más trascendentales en San Juan y Mendoza, desde donde se exportan para Chile los productos de su agricultura y de su industria en jabones y otros artefactos, con los cuales importan de Chile onzas de oro de buena ley, o mercaderías, según les conviene. Se prohíbe, porque es prohibir el objeto de aquellas medidas groseras, se prohíbe la introducción de mercaderías de Chile. Enhorabuena, ¿y qué llevan en cambio de sus jabones? Onzas de oro. ¡Ola! ¿Con que es bueno que el comercio de Mendoza y San Juan extraiga la moneda de otros países? Y decidnos, el comerciante que ganó un diez por ciento en la venta de sus jabones, ¿no gustaría mucho llevar de Chile en lugar de dinero, algunas mercaderías que le dejaran otro diez por ciento, de manera que le saliesen vendidos con un veinte por ciento de utilidad? Y en todo caso ¿no vale mejor que cada uno haga lo que crea convenirle, pierda o gane por sus propios errores o aciertos, en lugar de ganar o perder porque el gobierno se encarga de dirigir sus pasos y encaminarlo por esta o la otra vía, para servir a tal o cual objeto político, menos al interés del comerciante, que es el de ganar dinero sin preguntar si es nacional o extranjero el punto donde compró las mercaderías?

Pero así van marchando aquellos pueblos a una destrucción cierta, a la ruina de la población y a la pobreza, y ellos mismos con sus propias manos, cavan y ahondan todos los días el abismo a que se les ve descender.

Sería una cosa curiosa en Europa poner en conocimiento de los economistas que existe hoy en la tierra un país cristiano, donde para favorecer el comercio:

No hay correos sino eventualmente entre unas y otras provincias.

No hay seguridad de que la correspondencia no sea abierta.

No se componen ni abren caminos.

No se defiende a los pasajeros contra las depredaciones de los salvajes.

Se arrancan en cada provincia derechos de pasaje como en la edad media.

Se condenan puertos en lugar de abrir otros nuevos.

No se sella moneda y se culpa a los que la suministran de llevársela.

Se fuerza al comercio a acudir a tal punto, como los chinos que abren al comercio europeo Cantón y tal otro punto preciso.

Un país que tiene salida al Atlántico y al Pacífico, halla que le conviene tener solo salida al Atlántico.

Si tales cosas se contaran en Europa de un país, dirían que ese país no existe, que es una quimera, inventada para personificar la negación de todas las verdades reconocidas, para dar forma a todos los absurdos. Dirían que tal país si existe, no debe pertenecer a la especie humana, porque el hombre muestra por todas partes sentido común y lógica, aun en el error mismo. Y sin embargo, ¡este país existe en la América del Sur!

Política argentina 1850

¡Americanismo! (Crónica de 6 de enero de 1850)

*«Ese dictador feroz, ese jefe de bandidos...»
(Asamblea nacional de Francia, 1849)*

*«Ese gobierno de Buenos Aires que no es gobierno...
Después de pintar el horror que abriga
contra él el bárbaro gobierno de Buenos
Aires que no es gobierno, sino el capricho
en lugar de ley para asolar al país y
conculcar lo más sagrado que hay entre los
hombres...»
(Congreso del Ecuador, 1849)*

*«¿Ni qué amistad puede conservarse con un
gobierno que está borrado de la categoría
de los pueblos civilizados, y que insulta a
sus vecinos con solo su existencia?»
(Cámara de Diputados de Chile, 1849)*

Es lenta la conciencia pública en formarse sobre hechos que no tocan de cerca, y sobre todo, cuando los intereses de la política ponen su venda sobre los ojos del público. Hace quince

años que el mundo está por caracterizar el gobierno de la República Argentina. ¿Qué había, en efecto, de verdad en la acusación dirigida de todas partes contra Rosas? Llamábanle bandido, asesino, salvaje, sus enemigos. Llámale él a ellos salvajes, infames, inmundos, asquerosos. ¿Quién tenía razón?

Nosotros preguntaríamos más bien, ¿quién se toma el trabajo de averiguar quién tiene razón?

De cuando en cuando, sin embargo, revienta la conciencia pública por algunas manifestaciones extrañas que deja pasmados a todos. En la Asamblea Nacional de Francia, del seno del partido moderado, se ha levantado el grito que apellida jefe de bandidos a un gobierno. En el Congreso del Ecuador, se discute la necesidad de protestar en nombre de la moral ultrajada, contra la existencia de un gobierno fundado en el asesinato de los representantes, al mismo tiempo que Rosas tiene apremiado al gobierno de Chile, a fin de que castigue *ejemplarmente, al rebelde, salvaje, infame, asqueroso*, que había tenido la osadía de manifestar su pensamiento íntimo en una carta privada. Y el gobierno de Chile se apresura a protestar de su amistad *cordial* con aquel gobierno, y a calificar de *inmoral* el contenido de la carta en cuestión, en que el que la escribía protesta, sin embargo, contra toda suposición de querer trastornar aquel gobierno por las vías de hecho, ofreciendo a sus enemigos darles un abrazo cuando hubiesen de reunirse. En la Cámara francesa han contestado dignamente al cargo de inmoralidad, llamando a Rosas jefe de bandidos; en el Congreso del Ecuador, han corroborado en nombre de la América aquel concepto. No tenga, pues, cuidado el gobierno de Chile; somos ya tres los reos contra quienes han de dirigirse los temidos reclamos de Rosas, Mr. Fruffinaul en Francia; el señor Cuervo en el Ecuador; y D. F. Sarmiento en Chile.

Sin embargo, quisiéramos al despedirnos, dirigir al gobierno de Chile, de quien durante diez años habíamos sido sostenedores y amigos, algunas observaciones que pudieran

ayudar a ilustrar sus consejos. La política de las naciones tiene para obrar tres costados por donde mirar las cuestiones exteriores que le atañen. Primero, el derecho; segundo, los intereses; tercero, la oportunidad. Todos tres se corresponden y la falta de unos de ellos puede comprometer los otros. Trataremos de cada una de estas fases en particular.

La cuestión de derecho

Chile ha tenido una serie de reclamos suscitados en diez años por el gobierno de Buenos Aires. En 1831, se dieron sus pasaportes al cónsul general de Chile en Buenos Aires. En 1841, el cónsul chileno en Mendoza y San Juan, pidió los suyos, y presentó a la Cámara de Diputados un largo protocolo de las ofensas hechas a los chilenos por aquellas autoridades. El gobierno de Chile suspendió las relaciones mercantiles de ambos países, lo que prueba que se consideraba ofendido. En 1845, apareció en Chile un enviado diplomático de aquel gobierno, que habría sido tomado por un espía habiendo declarado que no tenía instrucciones para tratar asunto ninguno. En 1847, en fin, aparece el reclamo del Estrecho de Magallanes; y en 1849, noticias contestes de diversos puntos, afirman que han salido fuerzas de Buenos Aires hacia el sur. Chile, pues, está oficialmente en vía de llegar a arreglos con Buenos Aires, esperando satisfacciones que se le deben, y en vísperas de una solución a aquellas dificultades. No queremos penetrar más en este asunto.

La cuestión de intereses

No basta el derecho siempre para guiar los pasos de la

política de las naciones, que se ven forzadas a consultar los intereses prácticos y materiales de la sociedad. Hace muchos años a que solo los intereses comerciales prevalecen en los estímulos de los actos políticos de las negociaciones. Los pueblos necesitan desarrollo, industria, comercio, y la política que es la acción pública de los pueblos, acude donde quiera que se levantan obstáculos al comercio, a allanarlos, a hacerlos desaparecer. Los gobiernos necesitan, además, el concurso de los pueblos, y estos se afanan por los intereses materiales más bien que por la dignidad nacional ultrajada. El comercio terrestre de Chile está hoy destruido, y destruido para siempre; porque el objeto confesado por todos los gobernadores limítrofes, es forzar el comercio hacia Buenos Aires; porque Rosas es inflexible en sus estúpidas concepciones de egoísmo. Salta, Tucumán, Catamarca, Santiago del Estero, San Juan, Mendoza, todos han dictado decretos recientes para excluir a Chile de sus mercados, y estas medidas no son más que el corolario de las fianzas exigidas por Rosas, en contestación a la apertura del comercio hecha espontáneamente por Chile al principio de la segunda administración Bulnes. La provincia de Aconcagua ha sido aniquilada; lo será bien pronto la industria minera de Copiapó, como lo fue en 1843, por la escasez de las materias de consumo. La política y la administración de Chile, están contrariadas, anuladas por aquel lado. Ridículo es el empeño del ministerio de abrir el comercio de tránsito, si al lado opuesto de la cordillera le responden con un veinticinco por ciento sobre las mercaderías. Inútil es declarar a Copiapó puerto mayor, estrecho el campo en que ha de obrar el camino de hierro de Copiapó. Chile, pues, no puede gobernarse interiormente, no puede aplicar las buenas doctrinas económicas de que la Inglaterra y los Estados Unidos nos dan el ejemplo. California lleva a otro punto el centro del comercio marítimo del Pacífico, y convierte a Valparaíso en aguada de los buques; la legislación de la República Argentina, lo convierte

en mercado limitado a las necesidades del país. Cuatro casas de Valparaíso que hacían el comercio casi exclusivo con las provincias trasandinas por Bolivia o la cordillera, tienen que cerrar sus almacenes o cambiar de rumbo a sus especulaciones. Están hoy perseguidos, y son hoy confiscados en Mendoza todos los periódicos chilenos, mientras que *La Gaceta de Buenos Aires*, pasea sus inmundicias por Chile y el resto de la América; la correspondencia de Chile ha sido llevada a la policía en San Juan para abrirla; mientras que en Chile es sagrado el sigilo de la correspondencia.

La cuestión de oportunidad

Esta es la verdadera cuestión de la política. El derecho puede ser claro a todas luces, los intereses reclamados con energía, un gobierno no puede dar con prudencia un paso, sin consultar el punto difícil de la oportunidad; porque no son los gobiernos los que la crean, sino que son los hechos, las circunstancias independientes de su voluntad las que la preparan. Chile ha arrastrado por diez años en silencio el cúmulo de cuestiones por resolver con Rosas, como aquellos pollos que se les enreda un hilo en las patas, y marchando, el lodo se les pega y endurece, y nuevas capas se agregan hasta que llega un día en que tienen grillos y bolas que les estorban moverse. Dignidad nacional ajada, amor propio ofendido, intereses comerciales destruidos, todo se ha ido acumulando, hasta el momento en que no puede legislar sobre comercio, sobre tránsito, sobre puertos. Y no ha faltado ocasión en diez años.

En 1842 decíamos al gobierno en *El Mercurio*: «Ha habido circunstancias en que, sin acudir a las armas, y con poner Chile su nombre en la balanza que contenía esta larga contienda, la

hubiera inclinado en contra del tirano, y entonces ¡cuánta sangre americana no se habría ahorrado! ¡Cuántos temores, cuántos escándalos no se habrían evitado a la América! Por lo que hace al decreto de marzo, clausura del comercio trasandino, lo hemos deplorado como una medida incompleta y mal calculada de nuestro gabinete. Ella favorece evidentemente las miras del tirano, mientras que perjudica, en primer lugar, al pueblo víctima, al pueblo argentino, y en segundo lugar, al pueblo ofendido, al pueblo chileno... Al anunciar en la cámaras el decreto de marzo, el ministro se esforzó en demostrar que era justo, cosa que ningún chileno podía dudar, y omitió probar que era suficiente y capaz de hacer dar la satisfacción debida por los reclamos pendientes, que era de lo que se trataba principalmente. Dijo el ministro en su Memoria que con esta medida se evitarían en adelante nuevos motivos de reclamo; pero ¿se sostienen así los que ya existen? ¿Está tampoco en los intereses de una nación, renunciar voluntariamente a las vías de comercio y desarrollo que la naturaleza ha puesto en sus manos? ¿Será suficiente motivo la existencia de un tirano para privarse de toda relación con el pueblo con que se tiene derechos indispensables de comunicación y de comercio? Sobre todo, *¿bastará el decreto de marzo para evitar en adelante nuevas dificultades, más graves tal vez con Rosas?»*.

Estas palabras se las llevó el viento; los hechos, empero, han traído su enseñanza ordinaria, y las cosas siguen su curso. En 1846 y 47, tuvimos ocasión en Europa y Estados Unidos de acercarnos a muchos hombres notables, y una duda embarazaba su juicio sobre las cosas lejanas de América. ¡Cómo —me decían—, el gobierno de Chile, tan espectable, tan moral, tan ordenado, mantiene las relaciones más amistosas con el general Rosas! ¿Qué contestar a este cargo? La Europa temía herir en Buenos Aires las susceptibilidades americanas; los gobiernos de América parecían hacer causa común con

Rosas; el enviado de Chile no perdía ocasión de dar apoyo a Rosas, intimidando a la Francia con la indignación general de la América. La legislatura de Buenos Aires había apellidado a su verdugo *el ilustre defensor de la independencia americana*; y aun la autorización para *exterminar* a los unitarios, por *todos los medios*, la autorización de ser infame, de sacrificar la fama, era pedida y acordada, para *vigorizar* la causa de la *independencia americana*.

Treinta ediciones lleva ya por lo menos en Buenos Aires una carta del general Pinto a Baldomero García, que abunda en este sentido en nombre de Chile. Rosas se ha presentado ante la Europa, en nombre y representación de la América del Sur, con títulos que ningún gobierno ha puesto en duda, y la América entera se ha hecho solidaria en el concepto europeo, del cortejo de crímenes espantosos que caracterizan aquel gobierno. Ni la moral, ni la política, ni la previsión de iguales males, ni los intereses agredidos, han sido parte a hacer salir de un solo gobierno la desaprobación indirecta del asesinato de Maza, sobre el cual debieron protestar todos, ni de la violación de todas las leyes. El gobierno de Chile lejos de eso, hace alarde en 1849 de su deseo de conservar la *cordial amistad* que lo liga a Rosas, y tacha de *inmoral* el ejercicio del derecho de protestar contra el crimen triunfante, dado por Dios a los oprimidos. ¡Y bien! es nuestra convicción íntima, invariable, confirmada por los hombres públicos de Europa, que si Chile hubiese en 1842, puesto su nombre en la balanza, las complicaciones de la América con la Europa hubieran cesado, y Chile salvádose del intrincado laberinto de complicaciones en que se ha ido metiendo. Si la Francia y la Inglaterra hubieran encontrado la sanción americana, habrían descargado un golpe contra el intruso defensor de la independencia americana. ¡Ah, cuánta parte de oprobio tiene que recoger cada gobierno americano, cuando la historia quiera clasificar los hechos vergonzosos de que ha sido teatro la América en estos diez

últimos años!

La cuestión de oportunidad se presenta, pues, todavía para Chile. Pero, ¡ay, que la ocasión es calva! Rosas ha domado las provincias de la República Argentina, tomándolas en detalle, una después de otra; ha ajado a las potencias europeas, haciendo servir en su provecho las rivalidades de las grandes naciones. El Brasil, Montevideo, Paraguay, han sido tratados del mismo modo, mientras que Chile y Bolivia han permanecido de espectadores de aquel drama. La Inglaterra parece decidida a retirarse de una lucha estéril, cuando no se quiere emplear la fuerza. La Francia puede retirarse también por ahorrarse complicaciones. Quedarán en la carpetita tan solo Montevideo, Chile y Bolivia, porque no se pueden retirar del punto de la tierra en que están colocadas. Chile sabe ya a qué atenerse, no hay comercio trasandino; esto es claro desde ahora y será permanente, invariable. Si se quiere saber lo que, libre Rosas de las atenciones que han invertido sus rentas en diez años, puede dar a Chile, y lo que Chile puede oponerle, no compararemos sino dos fuerzas. La cámara de diputados ha suprimido del presupuesto seis mil pesos para gastos secreto. Rosas tiene millones para este ramo de su administración, y más que la partida suprimida, gasta hoy en Chile. Chile tiene elecciones y partidos, allá nada de eso embaraza los designios del gobierno. Chile no puede procurarse aliados para defenderse de que circule en Chile un poco de dinero, para que más tarde corra un poco de sangre en reyertas intestinas. Rosas tiene por aliados las pasiones políticas, el desenfreno de las masas. Un diputado en la sesión del 6 de agosto de 1841, decía, mostrando la posibilidad de una invasión: «¿Qué nos ha costado la destrucción de un solo bandido, de Pincheira?... ¿y qué era Pincheira en comparación de ese gobierno bárbaro, que oprime a aquellos pueblos, y que cuenta entre sus recursos esas tribus feroces que recorren centenares de leguas, y que pueden amenazarnos por diversos puntos?».

El honorable diputado ignoraba entonces que Rosas y Pincheira mantenían una correspondencia estrecha, íntima, que se llamaban *amigos*, y se tuteaban. Gran parte de esta correspondencia existe autógrafa, original en los archivos del gobierno de Chile, y recomendamos su lectura a quien quiera hacer trío en aquella cordial amistad que no condena la sana moral.

Aún es tiempo que Chile ponga su nombre en la balanza de los asuntos del Plata. Tendría hoy por auxiliares los asuntos pendientes con el Paraguay, Brasil, Uruguay, Francia, que pueden arreglarse, sin asegurar el porvenir de Chile y Bolivia de las amenazas de su porvenir. Tendría por auxiliares el honor de la América mancillada por tantos crímenes con que se ha pretendido «corroborar la independencia del continente americano». Tendría por auxiliares la moral ultrajada, los principios de gobierno de todas las sociedades cristianas conculcados. Tendría por auxiliares al Ecuador, al Perú, a Bolivia, para prestar su asentimiento moral a una manifestación que lave la América de la mancha de complicidad en tanta infamia; que la aparte de aquel gobierno que, a la faz del mundo recibe el merecido epíteto «de jefe de bandidos». Tendría por auxiliares los intereses comerciales de Chile no solo perjudicados hoy, sino anulados para lo sucesivo por una legislación irrevocable por cuanto forma parte del sistema de tiranía de Rosas. Tendría por auxiliar el interés de los comerciantes de Salta, Tucumán, Mendoza, Rioja, San Juan, que no pueden protestar contra el mal que se les hace, forzándoseles a hacer lo que su propio interés no les aconsejó hacer. Tendría por auxiliar la necesidad de cegar la fuente perenne de las perturbaciones de la América, la voluntad y el capricho de un tirano, y salvarse de las complicaciones que le están preparadas. Tendría, en fin, por auxiliar ahora, la oportunidad, la ocasión, el momento decisivo, que no se inventa cuando se quiere, que no se hace salir de las rocas,

como el agua con la vara de Moisés. Retirada la Francia de la lucha, y puede retirarse por estar sola, y sin sanción, cada estado vecino a la República Argentina, tiene que habérselas solo con aquel estúpido terrible, armado de veinte mil soldados, y tres millones de pesos anuales que no absorben caminos ni educación pública, sino la guerra, la marina, el espionaje, la seducción y el cohecho. Aún es tiempo, ¡políticos! que la historia sabrá caracterizar. ¡Un mes después será tarde!

Estamos muy lejos de creer que estas observaciones sean escuchadas. Queremos solo consignarlas en el papel; esculpir las en este bronce de la prensa. ¡Ojalá que más tarde no tengamos ocasión de releerlas! Queremos, por otra parte, enriquecer un protocolo, ¡que muestre un día dónde estaba la moralidad *sana* que nos han negado!

Al señor H. Southern,
encargado de negocios de S. M. B. cerca del
gobierno de Buenos Aires
(*Crónica* de 20 de enero de 1850)

Señor:

Hace largos años que sigo con ahínco la marcha de los acontecimientos que tienen lugar en el Río de la Plata, y aunque el motivo que a ello me mueve no sea desinteresado, el objeto inmediato es el estudio de la política americana, tratando de explicarme el significado real de los actos públicos del gobierno de Buenos Aires.

En una de estas investigaciones, y cuando creía haber encontrado la explicación del enigma, me sorprende el nombre de Su Señoría mezclado en el asunto; y el carácter público que inviste como representante de la Inglaterra en el Río de la Plata, la influencia que deben ejercer a lo lejos y aun en los próximos acontecimientos sus palabras, me autorizan, en nombre de intereses muy altos, ingleses y americanos a la vez, a dirigir a Su Señoría algunas reflexiones, menos con el objeto de ilustrar su juicio, lo que no pretendo, que con el de premunir el de los americanos y el de los ingleses residentes en América, contra errores de consecuencia.

Sin más preámbulo que este me permitiré entrar en

materia.

A fines del pasado año, don Juan Manuel Rosas ha renunciado la dictadura que ejerce, a causa de su salud quebrantada. Este es un hecho importante, Señor. ¿Era el ánimo del gobernador Rosas renunciar efectivamente? Su Señoría está más cerca que yo del teatro de los acontecimientos, y podrá responderse a sí mismo sobre esta cuestión; porque al fin, la reserva diplomática no impide que cada uno juzgue en su interior sobre la importancia intrínseca de los hechos que presencia; hay más, y es que el flaco de los diplomáticos es siempre ir más allá de lo que las palabras ostentan, a buscar los intentos que encubren. Por lo que yo puedo barruntar desde aquí, someteré a Su Señoría humildemente mi juicio. No es en manera ninguna una curiosidad indiscreta este examen, puesto que el nombre de Su Señoría se encuentra al pie de uno de los documentos de este proceso, y que importa mucho conocer el juicio que los hechos han debido suministrarle, antes de emitir su opinión sobre asuntos que afectan el porvenir del país.

Rosas ejerce el poder discrecional sin responsabilidad alguna, este es un hecho fuera de cuestión. Lo ha renunciado ocho veces por lo menos, y el resultado ha sido siempre, no solo conservarlo, sino adquirir con cada nueva renuncia, mayor extensión de poder, mayor irresponsabilidad, y duración más indefinida; de manera que la palabra *renuncia* en boca de Rosas, importa, a juzgar por los hechos consumados y los documentos oficiales, prolongación nueva de su autoridad y más ilimitado poder. Si hay algún hecho en contrario de esta aserción, Su Señoría puede revelárnoslo. En 1849, renuncia Rosas, como ha renunciado, y por los mismos motivos, en 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48. La lógica parece indicar que la última renuncia tendrá el mismo fin y el mismo resultado que las primeras.

En efecto, apenas renuncia, la junta de Buenos Aires

persiste en compelerlo a continuar en el mando, ni más ni menos que en los años anteriores; los jueces de paz, apoyados en listas de todos los vecinos de sus parroquias respectivas, apoyan la resistencia a acceder a los deseos de Rosas, y el encabezamiento de una de esas listas es enviado, no sé por quién, a los ingleses residentes en Buenos Aires para que pidan también la prolongación de la dictadura; y Su Señoría, representante de la Inglaterra en Buenos Aires, ha necesitado interponer su autoridad para estorbar este acto. Hasta aquí todo está en el orden natural de las cosas; pero sorprende sobremanera que el gobernador que *renuncia*, en contestación a Su Señoría, trate de persuadirlo de que si bien los ingleses no pueden ejercer los derechos de ciudadanos en Buenos Aires, pueden ejercer el de petición, y a merced de estas distinciones un poco sofísticas, parece interesarse en que los ingleses le impidan como los jueces de paz y representantes, que lleve a cabo su *renuncia*. ¿Luego no es el objeto renunciar? ¿Luego aquello que parece y se declara una renuncia, no es más que una de tantas farsas de que ha sido en quince años testigo aquella ciudad? Si Rosas no hubiera renunciado, nadie le habría disputado su poder. ¿Para qué renuncia entonces, si no es su ánimo, como los hechos lo demuestran, separarse del mando? ¿No habrá en esto un designio político, un objeto escondido a los ojos del vulgo, y que la diplomacia debía tratar de inquirir?

Sin tener el honor de aspirar a poseer la sagacidad de Su Señoría, a la distancia de quinientas leguas, con cuatro meses de anticipación, yo había podido, Señor, sospechar que algo se preparaba, no diré en los consejos de Rosas, porque Su Señoría sabe que no se aconseja de nadie, sino en sus cavilaciones y en sus intrigas. Hace más de seis meses que empezó en Buenos Aires a ser exigente la policía sobre la ostentación de la cinta colorada, y esta recrudescencia tardía, repetida en las provincias enseguida, me indicó ya que iba a ocurrir algo de

nuevo; porque en nuestro país, Señor, cuando Rosas quiere obtener nuevas concesiones, el pueblo que va a concederlas, es preparado de antemano, como los *sporting gentleman* preparan en el país de Su Señoría los caballos que han de correr una carrera. Se les da poco alimento, menos libertad y buenos azotes. La carrera se corre; el caballo se desvive por ganarla, el amo llena de guineas su bolsillo, y el caballo vuelve a su estado habitual. Su Señoría creerá que estas son las costumbres raras de estos países, y su deber de representante de una nación extraña, es disimular su extrañeza, y aun su risa, si a reírse lo excitaran estas farsas de peticiones para impedir *renuncias*, que nadie tiene el ánimo de hacer efectivas, como aquellos que escogen suicidarse en el lugar donde hayan muchos que por caridad se lo impidan.

Pero, Su Señoría, negándose a que sus nacionales suscribiesen la petición, ha avanzado conceptos que se salían de la reserva que su posición le imponía, que favorecían el designio de la comedia de las renunciaciones, y lo que es peor, que pecaban contra la verdad moral, que trato de esclarecer. «Yo considero —ha dicho Su Señoría— que no puede haber diferencia de opinión en cuanto a que el abandono de la dirección de este país por S. E. el gobernador Rosas, sería en cualquiera circunstancia, y especialmente bajo las presentes, la más grande calamidad que podía sobrevenirle».

Palabras de una trascendencia incalculable, Señor, en boca de un representante de la Inglaterra, aventuradas en un individuo particular, porque prejuzgan de cosas que el hecho no ha justificado, porque cierran la puerta a toda esperanza a los que desearían que tal vaticinio fuese infundado, y lo que es peor, porque dan en nombre de la Inglaterra misma, el asentimiento moral que se solicita de los ingleses en las listas que Su Señoría no ha permitido suscribir. Si el *renunciante* consuetudinario no quiere renunciar en efecto, como lo deja traslucir la nota suscrita por Arana, Su Señoría da la razón

para que sea reelecto y conservado en el mando, apoyando, justificando la creencia, o más bien la lección enseñada por el terror a todos, de que es una calamidad, la más grande calamidad que puede sobrevenir al país, el que Rosas se separe de la dirección de los negocios públicos. De manera que Su Señoría ha tomado candorosamente vela en aquel entierro, desempeñado su papel, no tan mal, para ser un enviado de la Inglaterra. Rosas no quiere renunciar, sino que lo rueguen, lo soliciten a continuar, y el enviado inglés asegura que sería una calamidad el que deje de mandar! No se alarme Su Señoría, Rosas se dejará persuadir, y la calamidad que tanto teme, no tendrá lugar, mientras Su Señoría ocupe el puesto que honra con su sagacidad.

Antes, empero, de mostrarle mi juicio sobre todos estos actos en que echo menos la dignidad, la buena fe y el sentido común, permítame Su Señoría que exponga ante su consideración los títulos que me autorizan para ser franco y acaso severo. Pertenezco al corto número de habitantes de la América de Sur que no abrigan prevención ninguna contra la influencia europea en esta parte del mundo; como publicista he sostenido de diez años a esta parte que estaba en nuestro interés abrir a la Inglaterra y a todas las naciones europeas la navegación de nuestros ríos para que desenvolvesen el comercio, la riqueza, creasen ciudades, y estimulasen la producción; como escritor, he defendido constantemente los intereses ingleses y europeos en América, fingiendo creer que siempre en las cuestiones que entre Europa y América se suscitan, la razón debe de estar de parte de los europeos. Soy yo, Señor, el escritor americano que a faz de sus compatriotas ha dicho, hablando de los bloqueos europeos en América, «son un castigo legítimo contra sus extravíos, para contener sus pasiones vandálicas. Así se educan los pueblos que carecen del sentimiento del derecho; así se escarmientan los gobiernos; así se contienen los partidos. Un bloqueo producido por un

atentado contra un *extranjero*, enseña a no cometer atentados en lo sucesivo; si somos débiles y las potencias *extranjeras* injustas, seamos al menos justos aunque débiles, que así el buen derecho estará de nuestra parte, y Dios bendecirá nuestros esfuerzos» (*Progreso*, 1844). Y en cuanto al conato constante de excitar en América la simpatía por los europeos, abrirles todos los caminos de acción y de bienestar, dan testimonio diez años de escritos, y la afección de los ingleses, sus nacionales, en Chile, que han leído estos escritos y a cuyo testimonio apelo. En nombre de estos convencimientos, de estos trabajos en favor de los intereses europeos en América, permítame Su Señoría que le pregunte, ¿en qué se funda para creer, y manifestarlo así en una nota oficial, que la separación de Rosas de la dirección de los negocios de la República Argentina, sería la calamidad más grande que podría sobrevenir al país?

Esta es una cuestión gravísima, y antes de someter a examen el concepto, quisiera conocer los títulos del que lo emite. El gobierno de Rosas es un gobierno que se sale de todas las reglas conocidas de los gobiernos cristianos. Un inglés que lo mire con su conciencia formada por el parlamento, el *habeas corpus*, el jurado, la libertad de imprenta, debe creerlo monstruoso, absurdo y detestable; si no, no es inglés. Un inglés que lo mire bajo el aspecto de los intereses mercantiles, debe serle hostil, por cuanto niega la navegación de los ríos, y porque toda su política es hostil a los intereses europeos, a la influencia europea. Si los actos y los escritos de quince años no se lo han mostrado, mostraráselo el lenguaje de sus gobernadores, en notas oficiales recientes, contemporáneas con la residencia de Su Señoría cerca de ese gobierno. «Comprende —decía en mayo 1.º de 1849, el gobernador de Santa Fe en nota dirigida a ese mismo Arana a quien Su Señoría se dirige ahora—, comprende el empeñoso tesón con que torpemente procura el salvaje unitario

Sarmiento, la deserción de los leales defensores de nuestra santa causa federal para hacernos presa del *ingrato pérfido extranjero*, sometiéndonos a sus *brutales* caprichos, *infames* aspiraciones» (*Gaceta Mercantil*). Esta nota, entre mil documentos más, mostrará a Su Señoría dos cosas, mi conocida y confesada simpatía por los extranjeros, y la enemiga que el gobierno actual de la confederación les guarda; porque Su Señoría está comprendido, como representante de la Inglaterra, entre esos *ingratos pérfidos extranjeros*; al gobierno que Su Señoría representa, se le atribuyen esos *brutales* caprichos, esas *infames* aspiraciones. ¿La separación del gobierno, del hombre que anima y sostiene este lenguaje tan ofensivo para su nación, es lo que un inglés reputa como una calamidad, la mayor calamidad que puede sobrevenir al país?

¿Bajo qué aspecto, pues, es una calamidad?

¿Sería, por acaso, una calamidad para el país que cesase la guerra de Montevideo, que el *habeas corpus* fuese restablecido, que la propiedad, la vida, la libertad de los particulares fuesen respetadas? ¿Qué clase de males mayores sobrevendrían a la República Argentina, con la separación del mando de Rosas, tanto más que esa separación es voluntaria, y se opera sin trastorno alguno? ¿Por qué gobierno tan contrario a lo que la educación inglesa ha enseñado a Su Señoría a considerar bueno, justo, legítimo y de derecho, debe perpetuarse en Buenos Aires, y no consentirla Su Señoría que se sospechase siquiera que alguien lo considerase bueno para la Inglaterra?

Yo sé, Señor, lo que Su Señoría me contestaría al oído, si estuviéramos cerca, porque ese es el concepto común entre los diplomáticos europeos. «Estos países —me diría— son demasiado bárbaros, para ser gobernados de otro modo. Las constituciones, las leyes, el *habeas corpus*, el jurado, la libertad, en fin, no les convienen, y la cesación del despotismo irresponsable, horrible a veces, ruinoso e inmoral siempre que

pesa sobre ellos, sería en cualquiera circunstancia, la calamidad más grande que podría sobrevenirles». Lo que supongo que Su Señoría me diría al oído, puede decirlo a boca llena, sin temer que yo se lo desapruebe. Yo he habituado los oídos americanos a oírse llamar bárbaros en sus barbas, y ya no lo extrañan. Cada vez que los escritores europeos lo han dicho, yo he reproducido en las prensas americanas sus conceptos, aprobándolos, apoyándolos. Pero aun admitiendo la barbarie de los argentinos, algunas explicaciones pueden servir a atenuar en el ánimo de Su Señoría el rigor de sus deducciones. Tenga presente que el gobierno de don Juan Manuel Rosas, porque no se trata aquí sino de una persona, ha sido instituido exclusivamente para la ciudad de Buenos Aires, en donde Su Señoría reside, aunque después haya extendido su influjo a todas las otras provincias. Ahora la ciudad de Buenos Aires no es menos culta ni menos moral que la ciudad de Santiago, donde yo resido, y no es necesario aquí para mantenerla en paz, ni suma del poder público, ni cinta colorada, ni los epítetos de *salvajes*, *infames* en los actos oficiales; no preceden a los decretos del gobierno el *mueran* que Su Señoría ve todos los días, no obstante que hay partidos eminentemente hostiles al gobierno; ni habrá notado Su Señoría, que en los actos oficiales del gobierno de Chile, se llame a los poderes extranjeros que Su Señoría representa, *infames*, *pérfidos*, como en la nota que Su Señoría ha leído inserta en *La Gaceta Mercantil*. Hay más todavía; es opinión común en América y en Chile mismo, que en 1831, cuando principió a gobernar Rosas, Buenos Aires era la ciudad más culta de la América del Sur, y la más avanzada en instituciones europeas y civilizadas. Podría citar a Su Señoría los escritores ingleses que corroboran este aserto. Y lo que digo de Buenos Aires y Santiago, dígolo de todos los pueblos americanos, y aun de la España misma. Pero aun hablaré a Su Señoría de pueblos que le son más conocidos. La Inglaterra tiene poblada la Nueva

Holanda de deportados por crímenes capitales, y la población que ha resultado de esa aglomeración de crímenes, no es gobernada por la Inglaterra como está gobernado Buenos Aires. El lord gobernador no tiene facultades extraordinarias, el *habeas corpus* es la ley fundamental de la tierra, las Cámaras discuten libremente los asuntos de interés público, y en los seis diarios de Sídney, redactados con toda la independencia que las leyes inglesas conceden, no veo el *mueran*, ni los ultrajes oficiales dirigidos a los partidos adversos a este o al otro lord gobernador, de cuya separación del mando, cualquiera que su mérito sea, nadie ha dicho que sea la mayor calamidad que pueda sobrevenir a la Nueva Holanda.

¿Cree, Su Señoría, que Buenos Aires necesita gobierno más rígido, más terrible que los presidiarios de la Australia? Pero si esta es su convicción, Su Señoría no me negará que las masas de Buenos Aires, son menos estólicas, menos embrutecidas, menos insensibles a todo sentimiento moral, que las masas irlandesas, a quienes la miseria impulsa fatalmente a los desórdenes y a los crímenes, y sin embargo, el lord Clarendon no ha sido sino temporalmente alguna vez facultado a suspender el *habeas corpus*, y la Irlanda permanece tranquila más allá de lo que era posible esperar de la naturaleza humana; y llevando aún más adelante la comparación, me atrevo a asegurar a Su Señoría que la población de Buenos Aires, y el más negado gaucho de la campaña, cuan bárbaro es, es mil veces más racional, más adelantado que las masas inglesas de las campañas y los trabajadores de las minas y los millones de hombres y mujeres que emplean las fabricas de Liverpool y Birmingham, embrutecidos por el uso inmoderado del aguardiente, animalizados por dieciocho horas de trabajo, que la ignorancia, la inmoralidad, el abatimiento y la miseria aumentan cada día. Hablo, Señor, con conocimiento de causa. A más de los informes pasados al parlamento inglés sobre estos

tristes detalles, de todos conocidos, cuento para expresarme así con mi examen personal. Los cartistas ingleses de las clases menesterosas, los del país de Gales, no tienen cotejo ni en la Rioja, ni en las provincias oscuras de la República Argentina. Son bárbaros horribles aquellos, que incendian las casas de los propietarios, por manía de cometer crímenes en los que son guiados por profetas y por tradiciones absurdas. Cuando en la República Argentina se han degollado ciudadanos en las calles, no lo achaque Su Señoría a los hábitos de pillaje y de crimen de ese pueblo que cree que debe ser gobernado por otros medios que aquellos con que son gobernados los pueblos cristianos; acháquelo a la autoridad que lo mandó, a la de ese mismo que cree Su Señoría que su separación es la mayor calamidad que puede sobrevenir al país.

Se ha derramado sangre entre nosotros, porque la autoridad lo ha querido; pero no se ha atacado a la propiedad nunca, ni aun en las épocas más terribles, siendo solo los gobiernos los que han ordenado la confiscación como las matanzas. Su Señoría puede pasearse a deshora por las calles más apartadas de Buenos Aires, sin temor y sin peligro, aunque lo reconozcan inglés, mientras que en Londres, en la *City*, yo he sido detenido por el *policeman* de día en una calle, diciéndome: «no entre usted porque lo desnudarán y la autoridad no puede protegerlo». ¿Porqué, pues, Señor, sobrevendrían las más grandes calamidades al país, porque cesase un orden de cosas en Buenos Aires, que supone la depravación de costumbres, los hábitos de crimen y de desorden que realmente no existen? Convengo con MacGregor, en que «la ignorancia, el fanatismo del sacerdocio, la tenacidad con que la raza que habla el idioma español adhiere a todos los vicios y olvida las virtudes de sus antepasados; el mantenimiento de la viciosa legislación comercial de la antigua España, la absoluta disminución en unas partes o el poco sensible aumento de población en otras, la falta de espíritu de

empresa, la prevalente indolencia, la agricultura rutinera, la falta de hábitos comerciales, son más que suficientes causas para explicar la impotente y nula condición de las repúblicas hispanoamericanas». Yo añadiría a estas tristes verdades su odio a los extranjeros, sus celos de provincia, su falta de respeto por la propiedad y la vida, su tolerancia del despotismo, que los embrutece más y más cada día, despuebla el país, aleja a los emigrantes y aun prostituye a los poderes europeos y a sus representantes, porque son éstas verdades de que el gobierno de Rosas da a Su Señoría el más triste ejemplo, y de cuya evidencia y publicidad no debe huir un americano honrado.

Pero yo no creyera, como MacGregor, desesperada nuestra situación, sin esperanza alguna, si el enviado de la Inglaterra no viniese a decirnos, que sería la fuente de todas las calamidades, el tratar de salir de ese estado lamentable. Hay además, cualidades en el carácter español en medio de sus defectos, que pueden ser explotadas en beneficio de la civilización; son más honradas las masas españolas que las masas francesas e inglesas, Señor; y no siendo conocida en la República Argentina la miseria absoluta, la degradación que en Inglaterra y Francia producen la destitución de todo recurso, de toda esperanza, tienen menos estímulos que las precipiten en el desorden; la sobriedad española en las masas es proverbial, como la hidalguía en las clases elevadas. La ignorancia general no quita que el sentido común esté más desenvuelto en nuestras masas que en las masas irlandesas, por ejemplo, y si Su Señoría habla con un gaucho de la República Argentina, gustará de hallarlo, semibárbaro es verdad, pero independiente de carácter, sensible al honor, hospitalario en su casa, pronto a prestar servicios desinteresados. Yo he recorrido el mundo acaso más que Su Señoría, y puedo hacer esta justicia a mis compatriotas, sin ser desmentido. Los excesos cometidos por esas masas han sido

aconsejados, ordenados, autorizados por ese gobierno cuya continuación cree indispensable Su Señoría.

¿Cree Su Señoría que separado Rosas del mando, la anarquía se apoderaría de la república? Pero esta es una conjetura tan hipotética, tan cuestionable y aventurada, que un ministro de la Inglaterra, cualquiera que fuesen sus convicciones, no debió estamparla en una nota oficial, dando a lo que puede ser un error vulgar del hombre, el carácter de una manifestación diplomática. No es peregrino en la historia el caso de una subversión tan completa como la que ha obrado Rosas en los fundamentos en que reposan las sociedades. Si Su Señoría se toma el trabajo de recorrer las páginas de la historia de su patria, en el capítulo Cromwell encontrará la misma subversión, el mismo desorden de ideas; en el lenguaje sangriento de los puritanos hallará el modelo del lenguaje brutal del gobierno de Buenos Aires, y sin embargo, aquella sociedad desquiciada por tantos años, entró sin violencia y en un solo día, en el camino de la moral y de la justicia; las leyes volvieron a imperar, y la Inglaterra fue más feliz que no lo había sido antes. Si vuelve Su Señoría los ojos a la Francia, encontrará el mismo ejemplo a la caída de Robespierre, que había subvertido más que Rosas los sentimientos morales; eran millón y medio los *sans-culottes* que se habían manchado en la sangre de más de medio millón de aristócratas, espantando al mundo con sus atentados. Eran hombres todos convencidos, que obraban por fanatismo, por error, y no por obedecer a un director de matanzas como en Buenos Aires, y sin embargo, después de la revolución de termidor, no se necesitó nada para que la sociedad volviese a los hábitos de humanidad que había perdido, y que los espíritus se aquietasen, y continuasen siendo útiles a su país esos hombres mismos que se habían amancillado con crímenes espantosos.

Su Señoría se presta a un propósito muy antiguo de la política de Rosas. Cuando arrancó a la legislatura intimidada el

poder ominoso que ejerce, daba por razón la necesidad de ahogar la anarquía, que él fomentaba con su ejército desde Matanzas y San José de Flores. Para que no cese ese poder brutal, dice a todos, a Su Señoría ha debido repetírselo también, que sin él, las masas se levantarían, que él contiene a los gobernadores del interior que son unos forajidos. La nota de Su Señoría está revelando que ha aprendido perfectamente la lección. Y sin embargo, los hechos están diciendo lo contrario. Contra Rosas se levantó la campaña en 1840, y mil setecientos gauchos consintieron en emigrar, antes que someterse a su tiranía. Las provincias todas han sido en distintas épocas presa de caudillos que habían sublevado las masas, y como ahora, se creía y se propalaba también que si el caudillo faltaba, las masas insolentadas lo llevarían todo a fuego y sangre. En Salta, cuando murió Güemes, el jefe de los gauchos alzados, todo volvió a la tranquilidad ordinaria, y desde entonces hasta hoy, ni la influencia de Rosas ha podido subvertir de nuevo el orden. Sucedió otro tanto con Aráoz en Tucumán, y más tarde en los llanos con la muerte de Quiroga. No quiero multiplicar los ejemplos para desvanecer la infundada conjetura que Su Señoría, desprovisto de razón, de estudio, y me permitiré decirlo, de capacidad, ha osado emitir bajo el nombre del representante de Inglaterra, faltando a la circunspección del diplomático y mostrando la insuficiencia del individuo. Su Señoría no cuenta en nada con los sentimientos morales del hombre, que piden satisfacción y desahogo cuando han estado comprimidos por muchos años; y la moral, Señor, desengáñese, es la misma en Inglaterra que en la República Argentina, siendo tan repugnante a la naturaleza humana, allá como aquí, un gobierno que para hacerse elegir, para vengarse, o para aterrorizar simplemente, degüella al presidente de la junta de representantes en los bancos de la Cámara, que tiene el derecho de reelegirlo o desposeerlo del mando. ¿O cree Su Señoría que el doctor Maza fue víctima de *inmensa, profunda*

irritación popular? ¡Vamos! no haga Su Señoría, en nombre de la Inglaterra, el papel de comulgar con ruedas de carreta, que en Buenos Aires ni Rosas ha intentado querer hacerlos tragar a nadie.

Acúsase en América, Señor, la política inglesa de un maquiavelismo frío e insensible a los males que ella misma causa o prepara. Yo la he defendido constantemente de cargo tan infundado. Acúsase a sus agentes de ser unos mercaderes, que con tal que vendan calicoes y madapolanes, hallarían bueno un gobierno de bandidos reconocidos tales. Este cargo es el menos fundado de todos, a no ser que admitiéramos la suposición de que eran en lugar de comerciantes, mercachifles, incapaces de elevar su consideración a las grandes causas que desenvuelven el comercio y la riqueza de las naciones. Una política puramente mercantil, debía de parte de la Inglaterra considerar la cuestión del Río de la Plata de punto muy alto. Mr. Cobden ha jorobado hasta la evidencia que el comercio inglés se ha aumentado diez veces más con los Estados Unidos, desde que dejaron de ser colonias inglesas, y se desarrolló la libertad, la cultura, aumentándose la población y los productos. La República Argentina es un país tan grande como la Europa, con ríos navegables y un millón escaso de habitantes. De este millón solo un décimo consume artefactos europeos, y durante la administración de Rosas disminuyó hasta 1836, época en que notó el hecho sir Woodbine Parish, el consumo de objetos de valor, aumentándose el de lienzos crudos, prueba de que el país se empobrecía, y el de armas con las cuales no se aumenta mucho la población consumidora. Estas reflexiones no las hizo Parish, por razones análogas a las que a Su Señoría le hacen creer que sería una gran calamidad la destrucción del gobierno que hacía que el consumo de artefactos europeos, fuese menos en 1836 que lo había sido en 1826, resultado espantoso y claro como la luz del día [14]. Este resultado no puede sorprender a Su Señoría, desde que MacGregor ha demostrado en su obra,

Progreso de la América desde su descubrimiento, que el poderoso reino de México, ha perdido la mitad de su riqueza antigua, después de la revolución de la independencia, a causa de la mala administración y del despotismo de sus gobernantes. ¿Qué convenía en este país a los intereses mercantiles de la Inglaterra? Desde luego, que se abriesen a la navegación los ríos que desembocan en el Plata; entonces la mercantil Inglaterra llevarla hasta Mato Grosso, Salta y las Misiones brasileras, sus artefactos. Conveníale que ese país fuese abierto a la emigración europea como los Estados Unidos, para aumentar rápidamente la población consumidora y centuplicar la producción, de que reportaría aún más la Inglaterra que en los Estados Unidos, pues que siendo estos países habitados por pueblos que no tienen capacidad fabril, la Inglaterra ha de proveerlos siempre de artefactos, cualquiera que sea la población que se reúna. ¿Promete este rápido desarrollo el gobierno actual? Dieciocho años han mostrado ya lo que puede esperarse del sistema cuya desaparición mira Su Señoría como una calamidad. Los ríos no se navegan, el país se despuebla, y en cuanto al espíritu del gobierno con respecto a los extranjeros, tratando esta cuestión en 1844, *La Gaceta Mercantil* decía: «Es cierto que una nación es más fuerte en proporción de su riqueza y población, esto es de la riqueza y población que le pertenece y concurre a su defensa y prosperidad. Mas una nación que crea dentro de su mismo seno una población extranjera, rica y exuberante en goces, mantenida en esa condición anormal por gobiernos extranjeros poderosos, abre todos los caminos a su ruina y labra su propia esclavitud. No es absurdo prohibir a los extranjeros la propiedad inmueble, el comercio por menor, la navegación costanera, etc». El gobierno que así siente y obra ¿es de quien el representante de la Inglaterra considera como la mayor calamidad su desaparición, ya que renuncia? ¿No es este el mismo gobierno cuyos *séides* me atribuyen el empeño de

entregar el país a las *infames* aspiraciones de los extranjeros, a los *pérfidos* caprichos de la nación que Su Señoría representa? ¿Y sabe Su Señoría lo que yo contestaba desde Chile en aquella época al órgano de Rosas, en nombre de la parte pensadora de la República Argentina?

La Gaceta tiene razón; el partido ilustrado en América, el partido que sostiene la república, el sistema parlamentario, la seguridad individual, es el mismo que aboga por la inmigración europea, la libertad de la industria para los extranjeros, la libertad de adorar a Dios, aquí como en su patria, la abolición de las trabas de los matrimonios mixtos, la concesión de los derechos de ciudadanía, etc.

Su Señoría puede interrogar a sus nacionales en Chile, y saber de ellos si este mismo lenguaje he usado en casos análogos y con respecto a Chile en 1849.

Durante la noche del segundo día, una reunión considerable de pueblo, acompañada por *empleados militares y civiles del gobierno*, recorrió las calles con música militar, y a media noche se repitieron los mismos gritos, *muerte a los extranjeros*, al pasar por la casa del ministro francés conde de Lurde...

Si estos gritos hubieran procedido solo del populacho de la ciudad desahogando sus sentimientos bajos y violentos, no habría importunado a S. E...

Noviembre 18 de 1842.

El que así se expresa, Señor, es un enviado de Inglaterra, predecesor de su señoría, John H. Menville; y Su Señoría no tiene derecho a dudar de la veracidad de un testigo ocular tan altamente caracterizado.

Así, pues, creo haber demostrado a Su Señoría que ni los sentimientos de justicia, ni el egoísmo mercantil de Inglaterra,

ni el estudio de la historia, ni el conocimiento de las necesidades del país, le autorizaban a asegurar en una nota oficial, que era fuera de cuestión el que la separación de Rosas del gobierno sería una grande calamidad, porque no es una calamidad que pudieran navegarse los ríos, como no la es para los vecinos de Buenos Aires, dormir tranquilos, pensar libremente, y entrar por las formas de gobierno, por el respeto de las vidas y el lenguaje decente de los actos oficiales en la categoría de los demás estados americanos, donde no hay suma del poder público, ni las farsas de renunciaciones para aferrarse más y más en el poder. El mismo contenido de la solicitud de los *jueces de paz* de Buenos Aires a que Su Señoría ha prestado su sanción moral en la nota que me tomo la libertad de comentar, lo está mostrando. ¿Qué piden los jueces de paz? «Que solamente despache Rosas los asuntos públicos de elevación nacional y todo lo demás lo haga de un modo que alivie su sacrificio, aunque muchos de aquellos y estos queden sin despacharse por muchos años». Infiero que los asuntos de *elevación* nacional son los enredos con los gobiernos extranjeros, con Su Señoría que representa a uno de ellos; y *todos los demás*, los puramente administrativos, aunque queden por *muchos años* sin despacharse. Yo apelo a los ingleses de toda la tierra, para preguntarles ¿si puede sobrevenir a un pueblo calamidad igual a la que traerá un gobierno autorizado para no despachar por muchos años los asuntos que afectan a cada individuo que tiene interés en el país en que tal monstruosidad va a ocurrir? Yo apelo a la conciencia inglesa de Su Señoría para preguntarle, ¿si con esta medida no principian recién las calamidades de una mala administración, de la falta de administración? Apelo al gobierno de la Inglaterra misma, para preguntarle, si está dignamente representada en sus intereses, en sus hábitos laboriosos y en su cuidado de los intereses nacionales, de los derechos de los administrados, por el agente público que ha

prestado su asentimiento moral a este gobierno monstruoso, porque es la negación de todo gobierno, la abolición del gobierno, proclamada, legalizada, autorizada, como se ha autorizado ya en 1840, la *infamia* de ese gobierno, el derecho de *exterminio*, por todos los medios, de aquellos que a Rosas le aconsejen los celos, la venganza, la envidia, el miedo, bastando para alcanzar a un individuo, la proscripción, el desamparo de toda garantía, que ese mismo gobierno, es decir, Rosas, clasifique a la víctima de su encono, de salvaje, asqueroso, inmundo unitario!

Desesperaríamos, Señor, del nombre inglés en América, si en todas partes su nombre y su idioma sirvieran a los designios culpables a que se presta en Buenos Aires. En Chile, Señor, los ingleses y norteamericanos, en el *Neighbour* y en el *Mercantile Reporter*, trabajan denodadamente en el progreso del país. Pidiendo libertad para sus creencias, facilidad para los matrimonios mixtos, caminos de hierro, gas, acueductos, dando *lectures* sobre objetos de utilidad pública; discutiendo cuestiones de banco; formando comisiones para ilustrar los consejos del gobierno; abandonando a la prensa datos para fomentar la exportación de los cereales, se muestran, Señor, ingleses; ingleses como los de Inglaterra, como los que ha educado la libertad del *habeas corpus* y del pensamiento. ¿Cómo es, Señor, que en el *British Packet* y en las notas de Su Señoría, esos mismos ingleses, devorando la afrenta oficial, apoyan la petición mentida popular, para que Rosas *deje por muchos años* sin despachar los asuntos públicos? ¿Serán perversos los ingleses allí, y aquí buenos ciudadanos? ¿El maquiavelismo irá hasta favorecer la libertad y el progreso aquí, y agravar allá con todo el peso de su influencia las cadenas que nos oprimen?

¿Cuál es la causa, Señor, de estas aberraciones de parte de un europeo ilustrado como Su Señoría, educado a la sombra de las leyes inglesas, hijo de la nación más celosa de sus derechos

y del fiel desempeño de sus deberes de parte de los gobernantes? ¿Cómo puede hallar bueno, justo, útil en Buenos Aires, lo que su conciencia, su razón y su dignidad de hombre le decían en Inglaterra, que es abominablemente malo, perversamente injusto, y perjudicial en extremo? ¿Será incapacidad de juzgar? ¿Será interés, maquiavelismo, perversión de espíritu?

No, Señor, nada de eso es. Ya en otra ocasión he querido explicarme este fenómeno que me admira sin sorprenderme. Es que, Su Señoría, antes de ser representante de la Inglaterra, antes de ser inglés, si es posible separar lo uno de lo otro, era hombre, y como tal, sujeto a las miserias y flaquezas de nuestro corazón y de nuestro espíritu. Está Su Señoría en Buenos Aires, y sufre de la enfermedad del país, respira aquella atmósfera, y absorbe las partículas de terror, de engaño, de hipocresía, de indignidad, permítame que se lo diga, que emanan de aquel gobierno. El terror no lo siente Su Señoría, porque es latente, quieto, impalpable, diluido; la hipocresía no le inspira aversión porque la ve en todos; el gobierno que renuncia, los representantes que fingen creer que hay intención de renunciar, el pueblo que sin excepción de persona peticiona que continúe lo mismo que detesta en el fondo de su corazón: todos se engañan y tratan de engañarse a sí mismos. Su Señoría no está libre de ese cargo. En la nota que comento se niega a que los ingleses suscriban la petición, acaso porque le consta que muchos se negarían a hacerlo; pero en la misma nota declara Su Señoría que es la mayor calamidad que la *renuncia* tenga lugar, con lo que Su Señoría suscribe a la farsa que están representando, al mismo tiempo que el gobierno renunciante se empeña en persuadir a Su Señoría, ique los ingleses tienen derecho de oponerse a que *renuncie*! Su Señoría ha sido mandado por la Inglaterra a hallar bueno ese gobierno y concluir la lucha estéril de tantos años, y Su Señoría lo halla no solo bueno, sino fatalmente indispensable al país,

necesaria la persona de Rosas a su cabeza, una calamidad pública el que falte en las circunstancias presentes, y en cualesquiera otras. Esto es lo que hacen, Señor, los subalternos en todas partes; esto es lo que hace el hombre en cuanto hombre, porque no tengo razón ninguna de creer a Su Señoría espíritu más fuerte que a sesenta mil habitantes de Buenos Aires con pasiones y caracteres diversos, con opiniones (ocultas) divergentes, y que proceden, Señor, todos a una, como Su Señoría procede. Cuando Rosas *renuncia*, se propone Su Señoría contrariarlo en sus deseos más fervientes, asegurando que será la más grande calamidad para el país el que consiga su objeto. ¡No lo creía a Su Señoría con tanto valor! ¿No teme que le dé sus pasaportes?

¡Y a nadie, Señor, más que a mí me contrarían y vejan estas miserias humanas que vienen a ostentarse entre nosotros en nombre de las naciones europeas! Me dejan feo o desairado ante esta América, a quien he dicho siempre verdades tan amargas. Yo hubiera querido que la Europa y los Estados Unidos se mostrasen siempre entre nosotros, más bien como poderes morales que como fuerzas brutas. Los americanos respetamos instintivamente a la Europa. Sus ciencias, su cultura, su civilización, nos hacen esperar verlas representadas en la dignidad y moralidad de sus agentes; sus fuerzas y su poder quisiéramos encontrarlo en la energía de sus hijos, cuando defienden cosas que nuestra conciencia nos dice que son justas, que son útiles y dignas. Desgraciadamente, los hechos vienen todos los días a desvanecer estos prestigios. Ocho años de negociaciones en el Río de la Plata, veinte agentes desaprobados, concesiones negadas y acordadas sucesivamente, aquel hacer y deshacer, han concluido por inspirar asco por estos poderes europeos que creíamos tan fuertes y tan inteligentes. Las pasiones hostiles de la América española cobran nuevo aliento, y las resistencias crecen por todas partes; los amigos de la Europa en América quedamos

burlados, desmoralizados y oprimidos, bajo el peso de la reprobación triunfante de nuestros compatriotas, y la desaprobación de nuestra propia razón que nos dice que nos hemos engañado, dando a otros lo que nos negábamos a nosotros mismos. La Europa estaba llamada a ejercer una noble influencia en la América del Sur. Por lo mismo que vamos descaminados, ella debía mostrarnos el buen camino; porque hay en nosotros pasiones desordenadas, instintos bárbaros, preocupaciones atrasadas, ella en masa debió echarse siempre en la balanza, para prestar su apoyo, su influencia moral a los que en menos número que el común, queríamos hacer avanzar a la América en el camino del progreso y de la civilización europea. Por desgracia ha sucedido lo contrario. La Europa se ha complacido en ostentarnos solo sus miserias, y no pocas veces, Señor, sus agentes, han merecido que se les llame *ingratos, pérfidos extranjeros*, y a sus gobiernos se atribuyan *brutales caprichos e infames aspiraciones*, según se expresa ese gobierno en las barbas de Su Señoría. Mr. Mendeville, el predecesor de Su Señoría, era como hombre y como diplomático, un saco de podredumbre, creyéndose solo un Talleyrand porque era muy corrompido. ¡Debe ser sin duda muy contagiosa la lepra de la América española, puesto que es tan frecuente ver a los agentes europeos venir limpios, y salir de Buenos Aires cubiertos de inmundicias hasta los ojos! El terror de Rosas y las prostituciones de los representantes del pueblo, ¡quién lo creyera!, dan los mismos resultados en los agentes diplomáticos que en las masas argentinas. A Su Señoría le toca por sus actos y sus palabras elevar en el concepto público la diplomacia europea, que en diez años ha sido tan nula.

Después de estos desengaños, no espere Su Señoría que yo me deshaga en recriminaciones contra los poderes europeos, ni les atribuya aspiraciones *infames*, como el gobierno de Rosas. No. Mis convicciones no se apoyan en hechos tan deleznales.

Su Señoría es hombre, pobre hombre, y por ignorancia de los hechos, por candor, por egoísmo, por miedo, engañado; engañado ha dicho lo que siente o no, poco importa. Lo único que queda real, claro, tangible, es que un gobierno irresponsable, terrorista, que proclama *el exterminio y la infamia* como medios de gobernar, es una calamidad en todas partes, en el presidio de Nueva Holanda como en Buenos Aires; que el gobierno a quien se autoriza para no *despachar los asuntos en muchos años*, es la mayor calamidad que puede sobrevenir a un país, mayor aún que la de asesinar al presidente del cuerpo legislativo, acto que se consuma de una sola vez, no recayendo el mal inmediato sino sobre una sola persona, aunque este acto espantoso constituya la insanable ilegalidad de ese mismo gobierno, en despecho de las peticiones de los jueces de paz que Su Señoría ha apoyado en su espíritu y objeto, porque los pueblos no pueden absolver de los grandes crímenes ni sacudirse el terror que pesa sobre ellos como un inmenso manto de plomo.

Si la unanimidad de aquellas manifestaciones públicas, aquel dolor de la ciudad en masa por una renuncia que no teme, ha alucinado a Su Señoría, debía tener presente que la unanimidad absoluta de pensamiento en las sociedades, es la prueba intachable de la falta de libertad. Su Señoría no ha visto tal en los *meetings* de su patria, y si lo ve en Buenos Aires, no es porque la naturaleza humana haya cambiado, sino porque no hay pensamiento, no siendo imposible que la mitad de los peticionarios, los dos tercios, todos, incluso Su Señoría, estén deseando en el fondo de su corazón, que puesto que está enfermo, se muera aquel cuya separación del gobierno sería una calamidad para el país. No dé crédito, Señor, a esas tristes manifestaciones; son hechas, como son pedidas, *pro-forma*; miente Rosas, y míentele el pueblo. Renuncia para ratificar su tiranía, y piden que continúe mandando para que no los dañe si no le conceden lo que les pide.

El motivo de esa farsa es bien claro. El tratado Lepredour no ha sido ratificado, y mientras la Francia prepara medios de pedir justicia, Rosas se precave mostrándose apoyado en el voto universal del país que oprime. En este sentido, nada tiene de extraño que el agente de la Inglaterra, que se ha apartado de la lucha, aplauda y justifique los medios de defensa contra la Francia. Es lástima que sean tan gruesos los hilos que hacen mover los títeres, que el menos avisado los vea a 400 leguas de distancia; y es más triste aún que así conspiren en nuestro daño y en el suyo propio, los gobiernos que debieran educarnos con su ejemplo.

Terminaré esta larga carta, asegurando a Su Señoría, que lejos de creer una calamidad la separación de Rosas del gobierno, la creo una de esas bendiciones del cielo, que harían a los pueblos argentinos hincarse de rodillas a darle gracias. No tema a la anarquía; los pueblos no se conmueven sin causa; no son fieras los argentinos que se escapen si llega a faltar el guardián. Todos tienen casas y permanecerán en ellas. Volverán a su patria a millares los que andan prófugos, respirarán los oprimidos, y de los que están allí y de los que de afuera traigan las luces que han adquirido, se formará un gobierno que no será el mejor imaginable, que en estos tiempos no es condición que ha de exigirse la perfección, pero será menos absurdo, menos estúpido, menos ignorante y menos inmoral que el que tienen actualmente. El recuerdo de la tiranía hará prudentes y medidos a los partidos, y la riqueza desenvuelta por la libertad de obrar de los actuales habitantes, los europeos que acudirán a millares, y el conato de *despachar* todos los asuntos de interés público, que van a ser abandonados por Rosas, harán olvidar bien pronto los pasados sufrimientos. Créamelo, Señor, la República Argentina necesita más de libertad, caminos, seguridad, correos, navegación de los ríos, inmigración, y todos los asuntos que hoy no se *despachan*, que el que un haragán, imbécil, miedoso y

embrutecido por el ejercicio del despotismo, esté nominalmente a la cabeza del país.

Yo pertenezco, Señor, al número de esos millares de argentinos, que en una sesión de la sala de representantes, denunciaba el doctor Baldomero García, en 1839, como «que quieren andar a la extranjera, hablar a la extranjera, vestir a la extranjera», y mis simpatías por los extranjeros, no lo excluyen a Su Señoría, representante de una de esas naciones a quienes el gobierno de Rosas atribuye *brutales* caprichos e *infames* aspiraciones.

Soy de Su Señoría, con el mayor respeto, etc.

D. F. Sarmiento.

Mensaje de Rosas

a la 27.^a Legislatura de Buenos Aires
(*Tribuna* de 26, 27 y 28 de febrero de 1850)

I

El voluminoso mensaje del dictador a la 27.^a legislatura de Buenos Aires, consagra ocho páginas a sus reyertas conmigo, reproduciendo en ellas con amor, con cuidado, con una exquisita y mínima prolijidad cada insulto, cada dicterio, cada epíteto injurioso con que me había ya honrado *La Gaceta*, las circulares, las contestaciones de los gobernadores, y las notas al gobierno de Chile. Esta inserción de nuestro nombre en un documento público tan circunspecto como aquel, nos da el derecho de examinar la pieza en que nos vemos alojados, y los que la amueblan.

Los documentos de la administración de Rosas gozan de un raro privilegio. El mundo está lleno de ellos, y nadie, amigos o enemigos, los lee ni sabe lo que dicen. El mensaje está en los archivos del gobierno, y todos ignoran de qué trata. Anunció *La Tribuna* dos meses consecutivos hallarse en venta *La Ilustración Argentina*, y nadie acudió a saber lo que ella contenía. Todas las publicaciones de Buenos Aires, impresas en tres idiomas, corren inéditas por el mundo; son papeles

apestados, de cuyo contacto huye el espíritu. Y si nosotros supusiéramos como oímos a otros, que para ser estúpido se necesita mucho talento, admiraríamos la rara habilidad con que están escritas estas piezas, para hacer imposible, a fuerza de ser fastidiosa, su lectura.

Es práctica parlamentaria abrir las sesiones con el mensaje *d'adresse* del ejecutivo, que el rey, la reina, o el presidente lee en persona, porque es un breve discurso que no requiere sino algunos minutos. Rosas ha *inventado* enviar su mensaje impreso a la legislatura y hacerlo leer en sesión solemne de cabo a rabo. La lectura del mensaje de 1849 ha durado cinco días consecutivos. Imaginaos aquellos pobrecitos representantes, sentados seis horas diarias en silencio, escuchando aquel fárrago de ineptias, monótono como el ruido de las goteras, quietos, inmóviles, sin pestañear. ¡Ay del que bostece! ¡Ese es enemigo de la sagrada causa de la federación! ¡De un bostezo pende su porvenir, su tranquilidad! ¡Rosas se divierte desde su casa, con la idea de tener en esta tortura a los representantes a quienes dice: «respetuosamente os congratulo y someto a vuestro soberano fallo los actos de mi administración»!

II

Cuando un pueblo civilizado cae en poder de otro bárbaro, obsérvese en todos los actos el empeño de conservar formas invariables, maquinales, de miedo sin duda que los últimos restos de civilización desaparezcan, de que la ignorancia general se muestra en los actos públicos. La China muestra, por el adelanto de su industria, que las ciencias han sido cultivadas en otro tiempo; pero hace por lo menos cuatro mil años que hay un tribunal de los ritos encargados de hacer

observar las fórmulas. Es prohibido, bajo pena de muerte, escribir un libro nuevo que no sea reproducción literal de los antiguos; el tamaño, cierre y color de la esquila de convite, está fijado por la ley, según que se dirige a un amigo, al padre, al hermano, al primo; pena de muerte al fabricante de porcelana que altere la forma de la oreja de una taza de té; es prohibido construir relojes porque los antiguos no los construyeron, etc. Así se perpetúa por las formas exteriores, una civilización muerta de muchos siglos atrás.

La administración de Rosas se distingue por este carácter; todo toma fórmulas exteriores que constituyen la esencia de las cosas. ¿Cómo se uniforma la opinión pública? Haciendo llevar a cada hombre, mujer, niño, un trapito colorado en el pecho, una cinta colorada en el sombrero. Si alguno se descuida de llevar esta librea, si las poblaciones se fastidian al fin de estos deberes ridículos, cada año, cada dos años, habrá a la puerta de las iglesias una azotaina general de hombres y de mujeres que han olvidado su trapito colorado. Pero los que no viven en la República Argentina no ven el trapito colorado. Entonces en todo documento público, en las cartas, en los avisos, se pondrá: *¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Viva la Confederación!...* y mediante este fácil expediente, la opinión está visiblemente decidida, entusiasta por la federación. ¿Quién puede equivocarse?

El documento público va más adelante. Rosas dio la fórmula del oficio. El nombre de la persona que escribe a la derecha encerrado en una llave. De allí una rayita oblicua, hasta el nombre de la persona a quien se dirige. La fecha del día, el año de la libertad, el de la independencia, el de la confederación. Así principia el mensaje de Rosas, así principia el parte de policía avisando que un caballo se ha muerto. Ortografía, la de la Academia, con una Y mayúscula en lugar de la *i* latina, que la Academia no usa. Nadie ha olvidado el acto público de Rosas, desaprobando a un enviado haber usado la *i* latina, en los casos

que su gobierno usa la y griega. Las frases aisladas, divididas por un guión—«os saludo con grande complacencia.—El honor nacional resplandece con gloria.—La independencia está enaltecida por vuestros consejos.—» Estilo de Góngora, que pertenece a la época de la decadencia española. Luego vienen los epítetos. Regla general: nunca se nombra un sustantivo sin hacerlo preceder de epítetos, que lo agranden o achiquen, según el objeto. «Asuntos de *preeminencia* nacional—independencia *enaltecida*». «Las dos repúblicas del Plata, por sus *espléndidos* hechos, y *magnánima* moderación, en *justa* defensa *común* sostienen *gloriosamente*, sus *respectivas* independencias y *alta* fama». Frase ampulosa y hueca, que quiere decir que Rosas sostiene la independencia que nadie ataca, es digna de figurar en un cartel de beneficio de teatro. El *Mensaje* de 1849 trae una nueva mejora, y es principiar los acápites en el tercio final de página, terminando todos en un guión, y cuando entra en nueva materia, el acápite principia a la derecha en un margencito de dos letras de ancho:

*Y significó su
confianza, de que las precedentes consideraciones
serían valoradas por ambos gobiernos—*

*Dio conocimiento
de esta correspondencia a los de las provincias de
Tucumán y de Santiago del Estero—*

*Los de Salta y
Jujuy, adhirieron a las procedentes observaciones del
encargado de las relaciones exteriores.*

Está chocheando este insigne inventor de necesidades que gusta de hacer de su época, de sus escritos, de sus ideas, un conjunto de vergüenza de oprobio y de ridículo. Gracias a aquel estilo nauseabundo, aquellos epítetos y dicterios injuriosos, aquel eterno repetir la misma cosa, y las retallas de títulos y

tratamientos, y la inserción de la nota que se contesta, aquel descosido de la frase, que es la negación de todo pensamiento, haciendo del discurso una factura de mercaderías, o un inventario de enseres, ha logrado hacer un dialecto del castellano, y fastidiar de antemano para no ser leído.

III

El mensaje de 1849, es una descarga en retirada. Sábese que Rosas ha renunciado el mando, y es hombre demasiado circunspecto para no llevar adelante su propósito. Las razones de su renuncia las expone de nuevo en el mensaje. «Desde que no es posible al general Rosas despachar con prontitud el todo de los asuntos de elevación nacional, ni los infinitos, que aún cuando sean de un orden subalterno, forman en su conjunto un todo, cuya demora es perjudicial y de graves consecuencias; su opinión en la provincia y en la república, naturalmente ha decaído».

El Mensaje tiene por fecha el 27 de diciembre de 1849, época que el ritual prescribe para la presentación del Mensaje, no obstante ocuparse de cosas posteriores a aquella fecha. La junta recibió una petición de toda la población en masa para que continúe Rosas en el mando. Él mismo probó a Southern la conveniencia, oportunidad y utilidad de que los súbditos ingleses le estorbasen renunciar. ¡Toda la Rusia se ha conmovido a la idea de verse libre de su adorado Iván! ¡Pero él no se contenta así nomás! «En medio de este elevado reconocimiento, tengo el pesar de no poder adherir a los sentimientos y deseos de la honorable junta en orden a mi continuación en el gobierno» (pág. 236). «Por otra parte, aunque los ciudadanos influyentes del país en su *universalidad* han sufragado *libre y deliberadamente*, no hay, sin embargo,

mayoría de los sufragantes hábiles de la provincia. En los partidos de campaña, dista mucho la votación de aproximarse a la mayoría. En unos ha sido escasa la votación atento el número de sufragantes, y en los otros, que son los más, ha sido tan reducido, que no llega a la quinta parte» (pág. 237). He aquí un hecho curioso. La campaña de Buenos Aires no ha querido sufragar en favor de la perpetuación del gobierno de Rosas. ¡Qué franqueza de su parte! Qué tunante tan descarado, digo yo. Quiere hacer repetir las elecciones, quiere tener a Buenos Aires como en 1834, como en 1840, bajo la zozobra de la renuncia, pendiente sobre las cabezas como la espada de Damocles, quiere que apuren el cáliz de la humillación para gozarse en el envilecimiento general. No ha habido votaciones, sino listas encabezadas por los jueces de paz para elevar la petición. Nadie ha votado, pues. En la campaña menos que en la ciudad puede sustraerse a la solicitud temible del juez de paz. El objeto de esta farsa del Mensaje, ininteligible para el público, es ocultar a los *extranjeros* el verdadero número de habitantes *nacionales* de la provincia. En 1845 dijo *La Gaceta* que la provincia de Buenos Aires tenía 450.000 habitantes. La enumeración de las firmas de las listas no da ni la vigésima parte, por que en 18 años de guerra todos los gauchos de la campaña han ido al ejército, constituyéndose en el cuidado de los ganados alzados, vascos, ingleses, franceses e italianos. Por esto dice que apenas un quinto de los sufragantes hábiles han votado. Si cree que no hay mayoría, ¿por qué no se ha retirado en el acto? Cuando no hay mayoría en favor, es claro que la hay en contra, y según el Mensaje la mayoría de la provincia ha declarado no peticionando, que no quiere que continúe en el mando.

En el dédalo inextricable de esta pieza curiosa, de este cuento de vieja que refiere sin perder una tilde, lo que ya todos saben, sin hacer gracia de una coma, de un incidente, le dije, y me contestó, le respondí, y volvió a tornar, es casi imposible

dar un extracto que ahorre el inagotable fastidio de leer aquellas soporíferas páginas. Los Mensajes de 1840 a 1846, son de treinta páginas más o menos, y no por eso, aunque con renglones interlineados, más llenos de materia útil y explicativa. El de 49 contiene 238 páginas cerradas, ahora que por confesión suya no despacha los asuntos de elevación nacional ni los infinitos subalternos. Algunos creen que don Juan Manuel es loco. Nada de eso. Es tonto y tonto rematado; lo que hay es que es un tonto malo y peligroso. Si alguna vez nos reunimos en Buenos Aires, me prometo ratos muy agradables haciendo charlar a esta comadre. ¡Vamos don Juan Manuel! Venga, siéntese aquí; hablemos de asuntos de *preeminencia* nacional. ¿Cómo eran aquellos cuentos de las renunciaciones?... Cuéntenos aquí...

Veamos si podemos sacar algo en limpio de aquella olla podrida del Mensaje para la información del público, porque sin que alguien se tome el trabajo ingrato y penoso de extractar esta voluminosa compilación de inepticias, el gobierno, la prensa y el público, se quedarán en ayunas de su contenido.

IV

Actos administrativos

«No olvidará el gobierno ocuparse cuando *sea posible*, de la casa penitenciaria» (pág. 219.)

«*No ha podido* el gobierno ocuparse de las reparaciones del camino General Quiroga» (ibidem.)

«El gobierno *no ha podido dedicar*, como lo desea, un tiempo a la consideración de estas obras piadosas (reparación de templos, etc.). Lo hará *cuando le sea posible*» (pág. 227.)

«El gobierno autorizado para continuar la Catedral, Hospital de hombres, etc., así procederá cuando llegue la

oportunidad conveniente, y sea posible destinar a esas importantes obras, los fondos, etc.» (pág. 221.)

«La instrucción pública adelanta en *la parte posible*, según lo permiten las circunstancias del país» (pág. 221.) (No hay educación pública rentada por el estado en Buenos Aires.)

«Las partidas de indios ladrones enemigos, que se desprenden del desierto a robar a la frontera, han *incomodado* este año con frecuencia, en toda la extensión al exterior de ella» (pág. 223.) (Y en toda la extensión de la frontera hasta Mendoza, en este último mes, han atacado por todas partes y asolado las campañas de San Luis y Córdoba.)

«En 1839 y 40 el gobierno tomó, para la defensa de la Confederación, *todas las caballadas* de la provincia. Así en muchas estancias *se alzaron los ganados*, con grave perjuicio general y de sus dueños, por falta *de caballos y de peones*. (Los peones también fueron tomados). El gobierno tiene en consideración, remediar según *le sea posible* (ivan diez años corridos!) este mal. El gobierno *no ha tenido tiempo*, ni la oportunidad que desea para dar impulso a este importante asunto» (pág. 229.)

El gobierno meditará, *cuando pueda hacerlo*, sobre la acuñación de oro o plata en la casa de moneda» (pág. 228.)

«Según el resultado de esas meditaciones, *habrá llegado la oportunidad* de recomendaros os ocupéis de ese asunto» (pág. 229.)

«Expedirá, *tan luego como le sea posible*, un decreto» (sobre pagos.) (ibidem.)

«El gobierno, *cuando se encuentre aliviado* de sus vitales atenciones, y *le sea posible*, irá proponiéndoles todo lo que considere conveniente para afianzar la seguridad en el tránsito por el camino de la carrera de Cuyo».

«El gobernador de la Rioja dio cuenta que un súbdito británico, en compañía con otros se proponía invertir un fuerte

capital en labores de minas en el cerro de Famatina»... «En vista de este delicado asunto nacional, (unos ingleses que quieren trabajar minas como los ingleses, argentinos, peruanos que las trabajan en Copiapó, sin preguntarle al gobierno si consiente en ello,) y atendiendo a los intereses *supremos* de la república, el gobierno contestó al de la Rioja llamando su atención a esas circunstancias, y expresándole que ese asunto era nacional, intrínsecamente, y en sus conexiones en cuanto la empresa se componía por extranjeros» (pág. 102.) (Se siguieron las notas, y las minas no se trabajaron.)

«El gobierno ha continuado dictando *oportunas y reiteradas* medidas de precaución, para preservar al país del cólera morbus» (pág. 219.) (¡Gracias a estas medidas el país se ha salvado del cólera morbus! Es verdad que en Chile, donde no se han dictado tales medidas, el país se ha visto lo mismo, libre de aquel azote.)

V

Comercio

«La prohibición de todo tráfico comercial con Montevideo se ha mantenido por el gobierno» (pág. 228.)

«En cuanto a ese mismo asunto de la disminución de derechos de tránsito, el gobierno ha manifestado al de Córdoba, que *tenía puesta su mira, luego que se encontrara desembarazado* de las atenciones vitales» (pág. 224.)

«Instruidos quedáis de las reclamaciones pendientes ante el gobierno chileno... Se ha contestado (al de Mendoza) *haberse aplazado la discusión* de este asunto *para cuando se encontrase* cerca del gobierno de Chile el ministro argentino nombrado» (pág. 150.)

«Participó el gobierno de Mendoza que algunos ciudadanos

chilenos le habían dirigido propuestas de compra en los terrenos planos del Río Grande, etc.» (pág. 151). «Por tanto resolvía el encargado de las relaciones exteriores *que no diera* el gobierno de Mendoza ulterioridad a las proposiciones que le habían elevado los enunciados súbditos chilenos» (pág. 153.)

«Las miras y la mente del de la Confederación al expedir el decreto de 31 de agosto de 1837, prohibiendo en todo el territorio de esta provincia la extracción por agua de oro y plata, habían sido las de impedir que el metal pasase al extranjero. Hallar en el caso (reclamaciones reiteradas del gobierno de Entre Ríos) el medio de realizarlas para la benemérita provincia de Entre Ríos, era asunto *que de suyo exigía detenida meditación*. Cuando aquel gobierno había dirigido su citada nota de noviembre, seguía el encargado de relaciones exteriores como se hallaba, y *había de continuar*, rodeado de inmensidad de atenciones las más elevadas» (pág. 208.) (En virtud de lo cual las provincias de Entre Ríos y Corrientes, a quienes no se les permite el comercio directo con los extranjeros y se les prohíbe comerciar con Montevideo, traen sus efectos a Buenos Aires, y no pudiendo exportar papel moneda, que no circula en sus provincias, ni metálico que Rosas no permite, hacen el *cambalache* de efectos por efectos. ¡En 13 años Rosas no ha podido meditar! y no satisface las exigencias de aquellos gobiernos porque está y ha de estar en adelante ocupado de atenciones elevadas.)

«Participó el mismo gobierno (de Salta) en el decreto que había expedido levantando en protección del comercio argentino, a un veinticinco por ciento el derecho de las mercaderías que se introdujesen en aquella plaza con procedencia de puertos extranacionales» (pág. 180.) (Este decreto seguido de uno de Tucumán, fue expedido en realización de las fianzas establecidas por Rosas, sobre los derechos *que impondrá* sobre el comercio de Chile, es decir, sobre el comercio que las provincias del interior hacen con

Chile y Bolivia, pues que los que rinden las fianzas y los que pagan el veinticinco por ciento, son los comerciantes argentinos.)

El gobierno del Paraguay se ha dirigido al gobierno general, haciendo obertura para un arreglo amistoso. «El gobierno, recargado inmensamente en el tiempo corrido desde que recibió la nota datada de 16 de octubre, *absolutamente no ha podido* continuar su meditación a ese importante negocio. Este es el motivo porque *aún no ha contestado* a esa apreciable obertura del gobierno paraguayo» (pág. 217.)

«A consecuencia de esa agobiante afluencia de asuntos, el general Rosas *aún no había podido* recibir una *respetable* comisión de la honorable junta de representantes, que debía poner en sus manos la contestación al mensaje del Poder Ejecutivo a la honorable legislatura presentado el 1.º de enero del corriente año (1849)» (pág. 208). Porque hay esto de notable en la administración de Rosas, que ni servil ni degradados pueden ser ni los hombres ni las autoridades, sin pasar por la afrenta y las más irritantes humillaciones. La sala de representantes tiene que aguardar meses y meses para que se digne contestarle. Los generales que van del interior, los diplomáticos que presentan sus credenciales, los obispos que solicitan el *exequatur*, todos sin excepción de persona, andan azotándose por las calles de Buenos Aires, apurando sus recursos, disimulando el miedo, devorando la afrenta, cansados de aguardar que se les conteste una palabra sobre su solicitud, o se les acuerde la solicitada entrevista. Los oficios de los gobernadores quedan sin contestación un año y dos consecutivos, y cuando algún coronelillo del interior ha ido a ofrecer sus servicios de espía de su propio gobierno, después de haber tocado en la desesperación aguardando un año, sin que se le diga que se retire, una noche a la una de la mañana recibe por el edecán orden de presentarse ante Rosas, quien lo agasaja, le manda cortar un vestido como a un lacayo, y le da

en persona *mil pesos*. El general Ramírez recibió esa propina, y hasta ahora no ha habido un caballero que arroje con indignación aquellos dones con que lo infaman y degradan. ¿Por qué les da plata? ¿En pago de qué servicios? ¿De qué ítem del presupuesto sale este dinero? Las vejaciones por donde han pasado Oribe, Oyuela, el viejo general Álzaga, Arana, Guino, y cien más hasta el más despreciable postulante, forman el capítulo más novedoso, más dramático de la historia de Rosas.

VI

Resumen general

El ganado está alzado en la provincia de Buenos Aires a causa del embargo de los caballos y la falta de peones. Los indios desolan las provincias, los gobiernos imponen derecho de tránsito, no hay comercio con Montevideo, no lo huy con Chile ni Bolivia, no se permite a los correntinos extraer dinero de Buenos Aires, no se ha reparado el camino General Quiroga. ¿Por qué? Porque el ilustre tonto está inmensamente agobiado de atenciones de preeminencia nacional, razón por que renuncia; razón por que solicita de Southern que los ingleses se opongan a que renuncie; razón, en fin, para que los firmantes de la petición le rueguen de rodillas que no renuncie, *aunque queden muchos años sin despacharse algunos de los asuntos de elevación nacional, y todos los de interés particular*. Antes no despachaba porque *no era posible*, y en adelante no despachará porque está autorizado para no despachar.

Tal es la sustancia vergonzosa de aquel fárrago de necedades del *Mensaje* de 1849. Cuando le *sea posible* hará algo. Para que atravesase una partida de ganado desde Buenos Aires a Mendoza, este gobierno tiene que oficiar a todos los gobiernos del tránsito pidiéndoles que envíen ejércitos para

defender el piño de ganado de las depredaciones de los salvajes, y es preciso dar una batalla en Santa Fe, y celebrar el triunfo sobre cien miserables indios! ¡Estas son las glorias de la confederación! ¡Este es el resultado de trece años de *suma del poder público*!

El desierto por todas partes, la ruina del comercio, la aniquilación completa de las provincias, el abandono de todo interés público; y cuando los infelices pueblos creían que iba a acercarse el fin de la cadena de males de que ha sido víctima diecinueve años, entonces pide por los jueces de paz de Buenos Aires, que continúe este poder estúpido, ¡aunque queden por muchos años sin despacharse los asuntos confiados a su cuidado! ¡Ah! ¡Bien castigados han sido esos pueblos por su degradación y sus delitos; porque no es Rosas el criminal! Él no es más que un cuitado. Son los que lo apoyan, los que sostienen ese fantasma, por miedo, por interés personal, por debilidad, los que tendrán que rendir estrecha cuenta de haber contribuido a obra tan dañada.

VII

Cuestión Sarmiento

La cuestión Sarmiento ha ocupado en el *Mensaje* el lugar que le correspondía *como asunto de preeminencia nacional*. Al gobernador de Entre Ríos no ha podido contestarle sobre su solicitud para que dejase que los comerciantes llevasen sus valores en dinero. El reclamo Sarmiento ocupa ocho páginas. «Solicitó *con grande confianza* del gobierno de Chile una *medida eficaz de represión y castigo* que pusiese al aleve conspirador Domingo F. Sarmiento en la imposibilidad de seguir conspirado» (pág. 118). ¿Y qué ha sacado del reclamo y las circulares a los gobiernos confederados? Lo que ha sacado

es que el gobierno de Chile le diga en los términos más corteses que vaya con su musiquita a fastidiar a otra parte, que el salvaje aleve, traidor, odioso, infame unitario logista Sarmiento, si hubiese sido sometido a los tribunales, «el resultado del juicio hubiese sido probablemente una sentencia absolutoria *por no estar comprendido el hecho en las prohibiciones penales de las leyes vigentes*» (pág. 119). Lo que quiere decir que miente y calumnia Juan Manuel Rosas a D. F. Sarmiento, todas las veces que le llama conspirador, criminal, etc. En cambio de un poco de audacia, ha cosechado un mundo de vergüenza y de oprobio. Don D. F. Sarmiento no solo está tranquilo y seguro en Chile, sino que después del número 19 de *La Crónica*, ha publicado entre otros escritos *su protesta*, en que se propone probar que el gobierno de Rosas está fundado en el asesinato del presidente de la sala que debía reelegirlo o retirarle el encargo del poder; escritos todos en que está de antemano levantada la máscara a toda esa farsa del *Mensaje*.

¿Y qué hay, vieja bachillera, de una cierta cuestión de Magallanes con que os preparabais desde 1847 a importunar al gobierno de Chile? ¡Oh! Para esa cuestión tan decantada no hay lugar entre las 238 páginas del *Mensaje*, sino para seis rengloncitos que dicen en sustancia: «El gobierno *mostrará* los títulos incontestables y los derechos perfectos de la Confederación al Estrecho de Magallanes» (pág. 125). Pero ¿por qué los oculta si son tan incontestables? ¿Qué tapujos son esos? ¿Qué títulos tan retobados? Así sale del descubierto en que lo dejó *La Crónica*, mostrando la ignorancia y el atolondramiento de ese necio estúpido. Habíase creído el imbécil que no había más que significar al gobierno de Chile que impusiese *un ejemplar castigo* a quien no ha cometido hasta hoy otro delito que despreciar al asesino del doctor Maza. Al usar este lenguaje con este miserable, no hago más que responder a los ultrajes con que él me zahiere en su *Mensaje* de 1849. ¿Puede, en efecto, tolerarse que un gobierno

en un documento público se ocupe de un individuo particular para llenar su nombre de epítetos y ultrajes? ¿Quién me ha juzgado para llamarme criminal, infame, traidor, odioso, y cuanta injuria le viene a cuento a aquel bruto desbocado? La cuestión del Estrecho de Magallanes y el reclamo Sarmiento, a que tanta publicidad dio Rosas, ha servido para mostrarlo a la América del Sur tal como es él.

VIII

Paz interior

«Dio cuenta documentada, el gobierno de Salta, de la seducción y plan de motín, que se fraguaba en los departamentos de Iruya, San Andrés y Santa Victoria, comprendidos en la tenencia de Orán, correspondiente a Salta, con el objeto de segregar aquella parte de su territorio y agregarlo a la de Jujuy» (pág. 181.)

«Subsiguientemente dio cuenta del escandaloso motín en Jujuy contra su gobierno por la acción maléfica de algunos salvajes unitarios (no hay sermón sin San Agustín), de la prisión de su gobernador actual y de su antecesor» (pág. 185.)

«En mi anterior *Mensaje* os he participado que la actitud pasiva del gobierno de Mendoza, en cuanto a la rebelión ocurrida en la provincia de San Luis, había sido desaprobada por el encargado de relaciones exteriores; y con especialidad una carta del ministro general don Juan Moyano al cabecilla Jofré» (pág. 156.)

«A consecuencia de atentado tan inaudito, el gobernador de Buenos Aires declaraba a Moyano (ministro general) traidor a la sagrada causa de la Federación»... (pág. 156.)

«El gobierno general contestó al general en jefe del ejército de operaciones, que el gobernador de la provincia del Paraguay

ningún derecho tenía al territorio que furtiva y violentamente había invadido» (pág. 205.)

«El procedimiento de los individuos que cometieron un ataque en la provincia de la Rioja, estando pendiente la resolución del gobierno general sobre el reconocimiento del actual gobernador de esa apreciable provincia, que *impera* en ella, fue un acto sedicioso e injustificable, que *revocó* (que desbarató quiere decir) la rigurosa represalia del actual gobierno de la Rioja» (pág. 200.)

«El gobernador delegado de Salta participó detalladamente el escandaloso motín ocurrido en Jujuy... Su gobernador propietario había marchado con una fuerte división en auxilio del de Jujuy» (pág. 178.)

«El gobierno ha cambiado otra correspondencia con los gobernadores de las provincias de Salta y Jujuy, sobre una cuestión de indemnizaciones por los gastos que ocasionó el equipo de la división auxiliar de Salta, que cooperó al restablecimiento del gobierno legal de Jujuy» (pág. 186.)

«El gobierno de Mendoza comunicó detalladamente la sensible desinteligencia que existía entre él y el de San Luis, la falta por parte de este del cumplimiento de las medidas que anteriormente tenían acordadas para repeler las agresiones de los indios ladrones, y los fuertes derechos que en su tránsito por San Luis pagaban los traficantes con Mendoza» (pág. 159.)

«Del mismo modo instruyó el gobierno de Mendoza haberse dirigido al de San Luis solicitando la captura y entrega de cinco individuos de tropa desertados y refugiados en el territorio de San Luis, agregando que el gobierno de dicha provincia no había contestado aún a su anterior reclamo» (pág. 160.)

«El mismo gobernador (de la Rioja) participó que secundando las justas y convenientes determinaciones del encargado de las relaciones exteriores, había expulsado a un jesuita secularizado.—Este gobierno le ha manifestado que ha

procedido acertadamente» (pág. 204.)

«El gobernador de Santiago del Estero,... advirtiéndole ya el peso de su salud quebrantada, cuanto su achacosa y avanzada edad... que le presentaban el deplorable cuadro de un porvenir tan funesto, le dictaban la calmante idea de consignar aquella *distinguida porción de la república* (Santiago del Estero) al cuidado y protección de la primera autoridad de ella». ¡Rosas! (pág. 197.)

He aquí la pintura de aquella marimorena que preside Rosas, donde «después de larga anarquía y reiterados ataques externos, se consolida el orden, y con dignidad se levanta el orden del país» (pág. 3). Tres revoluciones en distintos puntos; unos gobiernos conspirando contra los otros; ministros declarados traidores; San Luis encubriendo desertores de Mendoza; Salta invade a Jujuy; Jujuy trama una conspiración para insurreccionar a Orán; el Paraguay invade el territorio; el gobierno de la Rioja, hijo de una revolución, es reconocido por Rosas, después de haber intentado en vano derrocarlo, y haberse declarado contra él todos los otros gobernadores; ¡la discordia, la envidia, los celos, las desconfianzas y las intrigas por todas partes; vendiéndose y acusándose unos a otros! En Chile, en 20 años de gobierno constitucional, no ha habido un movimiento de pueblo, ni luchas de gobernadores, ni invasiones.

IX

Conclusión

Omito entrar en más detalles sobre reclamaciones al Brasil, Chile, Bolivia, Paraguay, Inglaterra, Portugal, Francia; los detalles pueriles sobre el empedrado de Buenos Aires que no se ha renovado, pero que hay ya un acopio de piedra... Lo único

claro que resulta de esta pieza, vergonzoso documento de la ineptitud, pereza e imbecilidad de aquel decrépito tirano, es que este año señala 37 millones de pesos de presupuesto para la *guerra*, cuando el año pasado solo fueron *veintiocho millones*. Y aún no se han acabado las farsas ridículas de la lectura del *Mensaje* en cinco días, cuando las correspondencias de Montevideo avisan que la guerra civil ha estallado de nuevo en la campaña del Uruguay y divisiones del ejército de Oribe se han insurreccionado. Van ya diez años de cruda guerra, de matanzas y devastaciones, de sacrificios y ruina, de abandono de todos los intereses reales del país, educación, comercio, seguridad de las fronteras, caminos; y ahora que está autorizado para no *despachar nada*, la guerra exterior va a principiar con nuevo ardor; la Francia ha rechazado el último tratado.

¡La despoblación, las violencias, las persecuciones, principiarán de nuevo! Cuesta trabajo persuadirse, y sin embargo, resulta del examen prolijo del *Mensaje* de 1849, que el gobierno de Rosas *no ha hecho nada, absolutamente nada* en un año; pues las 238 páginas se componen del chocarrero y pesado extracto de cincuenta oficios pasados a los gobernadores en contestación de otros ciento que también se detallan minuciosamente; trabajo de oficinas, obra de escribientes y oficiales de secretaría, que puede ser despachada en una semana. El menos recargado de los departamentos de la administración de Chile, tiene más trabajo en notas, decretos y procedimientos, que todo el poder de Rosas, fatigado de no hacer nada. *El Araucano* está ahí, donde se registran tres veces por semana los decreto, reglamentos y acuerdos de la administración, y el gobierno de Chile tendría vergüenza de dar al público los numerosos oficios, consultas, proyectos a él sometidos por los intendentes de las provincias, las municipalidades, los cónsules, los enviados diplomáticos. ¡238 páginas de fastidiosa chicana de oficina, para disimular la

haraganería de aquel imbécil! ¿Y qué es lo que se ha hecho en el año concluido? ¿Qué disposición se ha dado? ¿Qué dificultad se ha resuelto? ¿Qué obra se ha terminado?... Nada.

¡Los pobres argentinos han estado esperando hace 18 años que Rosas iba a constituir la república! Ahora pide que lo exoneren de cumplir con sus deberes. «Con mis fuerzas debilitadas y mi salud sobremanera destruida, *no puedo absolutamente despachar* en el todo con regularidad los asuntos públicos que me están encomendados» (pág. 238). ¡Los indios que asolan las provincias serán los únicos beneficiados!

«*Continuará* la reforma en algunas tablillas de los nombres de las calles.—A la Florida *equivocadamente* se le cambió este por *Perú*. El gobierno *dispondrá* se le vuelva a colocar aquel» (pág. 220.)

¡Qué placer tendrán los gobiernos del mundo y los pueblos argentinos al saber de boca de Rosas mismo, que el gobierno remediará *oportunamente* error tan grave! ¡La Federación está salvada!

«Se ha empezado un puente *formal* en el paseo del Arroyo Maldonado». (¡Para ir a Palermo!) (pág. 220.)

En el río Maipo se construye actualmente en Chile uno de madera, cuya armazón comprada en los Estados Unidos tiene de costo en Chile 150.000 pesos, que al cambio actual de Buenos Aires, equivale a dos millones y medio moneda corriente. ¡Este puente parece que es *formal* como el de Maldonado!

«El general don José de San Martín, de un renombre inmarcesible en la historia americana, merece altamente la distinguida estimación del gobierno, de la república, y de la América» (pág. 222.)

En la lista militar de la República de Chile, el general San Martín, en su carácter de capitán general, encabeza la cuenta de inversión de las rentas nacionales. El Presidente jamás lo

nombra, si no es para pagarle sus sueldos. Rosas le tiene asignado en el *Mensaje* una partida fija de encomios. Valiera más que la lista militar de su patria y la cuenta de inversión, estuviesen encabezadas por el nombre de aquel argentino ilustre.

«El gobierno *no olvida* la conveniencia al país de proteger la agricultura, y *desea la oportunidad de dedicarle* una más inmediata protección» (pág. 229). ¡Solo para atacar el *cólera morbus* hubo oportunidad!

Lo que valen las manifestaciones del señor Southern, encontraralo el lector en el número 52 de *La Crónica*; y en la *Protesta*, la importancia que merece la petición para que Rosas continúe en el mando, *iaunque deje sin despachar por muchos años* los asuntos públicos!

X

Presupuesto de Rosas

Entre aquella babaza insípida de 238 páginas de cuentos para cuando *le sea posible*, para cuando las *atenciones vitales se lo permitan*, ocupa solo *quince* renglones el *presupuesto de gastos* para 1850. ¡Esto se llama ser lacónico! ¡La mitad de los gastos está en una sola partida, 37.379.611 pesos tres cuartillos para la *guerra* de 1850! Esperanzas de paz para los que pagan con su sudor esta enorme suma. La guerra de 1849 la hizo Rosas con solo 28 millones; ahora la que va a hacer en 1850 icostará 37 millones!

Como todo el contenido del mensaje-renuncia es que no le *ha sido posible hacer nada, por sus agobiantes tareas*, es preciso recordar aquí algunos hechos que sirvan de comparación. El gobierno de Chile que no puede hacer todo lo que le da la gana, cuyos poderes son limitados por la

constitución, que no cuida de mudar las tablillas de los nombres de las calles, ni ha tomado *oportunas y reiteradas* medidas contra el cólera morbus, el gobierno de Chile, compuesto de un presidente electivo, cuatro ministros y un consejo de estado, se reúne todas las mañanas en sesión de acuerdo, y delibera todo lo que ha de despacharse; hecho lo cual, las oficinas de cada departamento preparan los oficios, acuerdos, decretos y procesos verbales de lo que ha quedado acordado. No citaré sino un solo ejemplo. El ministerio de instrucción pública, ministerio abolido en Buenos Aires, porque para ser buen súbdito de Rosas solo se necesita ser bárbaro y criminal, ha despachado en el año vencido de 1849, 2472 piezas.

Y como son cuatro los ministerios, puede calcularse que despachan al año ocho mil piezas, entre oficios, instrucciones, circulares, decretos, los cuales publicados como el *Mensaje* de Rosas, darían cuarenta volúmenes al año de materia útil. ¡El mensaje del presidente de Chile a las Cámaras no contiene sino una hoja de papel!

XI

Presupuesto de Rosas y de Chile para 1850

La cuenta de presupuesto de Chile, que no está contenida en *quince rengloncitos*, se detalla para presentarla al Congreso, y seis meses han durado los debates más acalorados sobre cada una de las partidas de ella; porque el presidente de Chile no dice a las Cámaras, como Rosas: denme 37 millones que costarán las *guerras* que voy a emprender este año, sino que presenta cada partida de gastos, fundada en documentos, y la Cámara concede o no lo que se pide.

Interior y Relaciones Exteriores: 11 páginas en gran folio,

en 43 partidas, expresando el objeto a que se aplican, subdivididas en ítems.

Justicia, Culto e Instrucción Pública: 21 páginas en gran folio, con 46 partidas.

Hacienda: 17 páginas id., con 52 partidas.

Guerra y Marina: 40 páginas con 58 partidas.

Total de páginas: 89 páginas cuatro veces mayores que las del *Mensaje* de Rosas, es decir, 256 páginas de presupuesto en 175 partidas, compuestas de cerca de dos mil ítems.

Entre estas se registran algunas que deben citarse para educación de don Juan Manuel Rosas, grandísimo bellaco que en dieciocho años no ha podido aprender a gobernar.

Partida 24.—Para auxilio de los colegios de las provincias, 8700 pesos.

Para la Escuela Normal, 6700 pesos.

Partida 26.—Para las escuelas de primeras letras de Chile, 4500; de Valdivia, 4532; de Concepción, 3525; de Ñuble, 1540; de Maule, 3302; de Talca, 1655; de Colchagua, 4068; de Santiago, 2831 (menos que a las provincias); de Valparaíso, 3190; de Coquimbo, 4275; de Atacama, 2500; de pintura, 2144; de músicas 3000 pesos.

Partida 40.—Fomento de la instrucción primaria, 50.000 pesos en dinero.

Partida 43.—Para suscripción a obras que se impriman para la instrucción primaria, 4000 pesos.

Para la Escuela de Artes y Oficios, 16.000 pesos.

Ved, pues, bruto, cómo se gobierna un país libre y civilizado. ¿Que habéis puesto en el artículo educación pública en vuestro *Mensaje*? «La instrucción pública, adelanta *en la parte* posible, según lo permiten las *circunstancias* del país»; frase repetida en todos los mensajes, sabiendo todo el mundo que aquel haragán estúpido ha suprimido las rentas con que Rivadavia

había dotado, antes que gobierno ninguno de América, la instrucción pública. ¡Malvado! me desquito de los ultrajes con que habéis acompañado mi nombre en el *Mensaje*.

Hacienda.—Partida 5.^a, moneda, 101.368 pesos.

Rosas, según *Mensaje*, ha suprimido que en la Rioja se selle plata y oro de mala ley, aumentando el gobierno con la falsificación de la moneda, la ruina de los pueblos.

Guerra y marina.—Partida 4.^a Oficiales generales:

1. Sueldo del capitán general don José de San Martín, 3500 pesos. Esta partida vale tanto sin duda como aquella de Rosas, «El general don José de San Martín de un renombre inmarcesible en la historia americana, merece altamente»... figurar en el Mensaje de Rosas...

Partida 11.—Montepío militar a las viudas de los militares de todos los partidos de todas las épocas, y *asignaciones* pías, doscientos dieciséis ítems, pensiones pagadas a otras tantas personas con 54.580 pesos en plata, que equivaldrían en Buenos Aires a un millón de pesos.

Partida 21.—Academia militar, para educar cadetes, cabos y sargentos, 27.078 pesos.

Partida 31, del Interior.—Para viáticos de ingenieros, apertura, conservación, *composición de caminos y construcción de puentes*, ¡170.100 pesos! ¿Qué trae Rosas en su *Mensaje* sobre puentes y caminos? «Se ha empezado un puente *formal* (inada de bromas!), en el paso del Arroyo Maldonado» ¡para ir a casa de Rosas a Palermo!

«*No ha podido* ocuparse de reparar el camino General Quiroga» ¡que sirve para el tráfico de las provincias! «Continuará la reforma de las tablillas de las calles». ¡Oíd pueblos! «A la *Florida* equivocadamente se le puso *Perú*». El ilustre restaurador de las leyes, héroe del desierto, encargado de las relaciones exteriores, jefe supremo de los asuntos de paz y de guerra «dispondrá..., que se vuelva a poner *Florida* donde

han puesto equivocadamente *Perú*, cuando las agobiantes tareas de *elevación* nacional se lo permitan».

Pero el país necesita la guerra. Treinta y siete millones para las guerras de 1850; porque hay que tomar la plaza de Montevideo que hace siete años, sin recursos, sin tropas, se burla del poder irresistible de la Confederación; porque es preciso someter al Paraguay que invade el territorio; porque es preciso pagar a los indios salvajes para que desolen las provincias; es preciso, en fin, que haya guerra, guerra, guerra para que no se aburra el tirano; la guerra se hace con el dinero de la nación y la sangre de los argentinos; los caballos están embargados, los peones faltan, los indios asolan el país; en cambio tiene a Rosas «que ha conquistado un nombre imperecedero» (pág. 115.), que da «sublimes ejemplos de acendrado patriotismo, sabiduría y prudencia» (pág. 165). «Bajo la sabia dirección del eminente americano, el ilustre general Rosas» (pág. 171.), «a los eminentes servicios de ese ilustre defensor de los derechos del país» (pág. *ibidem.*), «el gobernador de Santa Fe decretó elevadas y generosas demostraciones, en honra del general Rosas» (pág. 173)... De estas alabanzas a sí mismo se compone la cuarta parte del *Mensaje*. Sobre este punto, nada puedo presentarle de igual en Chile, donde los gobernadores no son siervos villanos, y un cabo de escuadra tendría pudor de prodigar tan torpes elogios al Presidente de la República, ni a funcionario alguno.

He cumplido con mi deber de argentino, examinando ligeramente ese fárrago de ineptias.

Política argentina

1851

Prospecto de *Sud-América* (Enero de 1851)

No nos esforzaremos en dar aquí al reducido número de lectores, cuya cooperación solicitamos, idea anticipada de la importancia y extensión de las materias a que nos proponemos consagrar estas páginas. Algunos amigos nos han habituado a creer que *La Crónica* ha dejado un vacío en la prensa periódica, y proponiéndonos plan más vasto, intentamos llenarlo. Solo sí, que esta vez, levantando una punta del trasparente velo que entre nosotros cubre la redacción, hemos querido entrar más de lleno en nuestro propio carácter, como que tenemos que responder de las ideas que emitamos ante la opinión pública, a la vez que ante el interés de nuestro buen nombre.

Pedimos, pues, humildemente a nuestros amigos la ayuda indispensable para mantener flotando, sin sumergirse en el piélago que tantas publicaciones abortivas absorbe, el ligero esquife que ha de llevar a sus puertas la manifestación de nuestro modo de ver en cuestiones para muchos pueblos interesantes.

Los antiguos suscriptores de *La Crónica* encontrarán en *Sud-América* una continuación de aquellos trabajos que, nos complacemos en recordarlo, no han sido del todo estériles para ayudar a producir el bien. La materia de nuestras

elucubraciones no estará circunscrita a los límites de la política de Chile, hoy muy especiales, a causa de la proximidad de las elecciones de presidente, ni esperaremos que las ocurrencias diarias vengan a imponer su dedo sobre estas páginas. Hemos escogido título espacioso donde cupiese lo poco y lo mucho, pudiendo holgarnos en la elección de los asuntos con tal que concurran a la consecución de nuestro objeto, que es formar el juicio de una porción de la sociedad sobre graves cuestiones de política comercial.

No se atribuya a presunción el suscribir con nuestro nombre estas líneas. Hemos sido de nuevo llamados al banco de los acusados y queremos declararnos—presentes, y en pleno ejercicio de nuestra libertad de acción y de pensamiento. Hasta las ficciones de la ley nos han parecido trabas y disimulo innecesario, tal es la santidad de nuestros fines. Es por esto que suscribimos este anuncio, en Yungay, a 20 de enero de 1851.

Vías comerciales

(*Sud-América*, 1.º de febrero de 1851)

Gran sensación causó en Santiago el rumor de haber llegado por el correo un tercero y más perentorio reclamo del gobierno de Buenos Aires al de Chile, pidiendo la expulsión del territorio chileno de don D. F. Sarmiento. Preocupados de los grandes intereses que se debaten en las márgenes del Plata, solo recordamos este incidente, insignificante en el fondo, para buscar los estímulos que llevan a aquel gobierno, hace años, a andar buscando querella al de Chile, ya por sus derechos al Estrecho de Magallanes, ya porque este o el otro individuo dijo tal o cual cosa de su desagrado. Notábase en el mensaje del año pasado, que el gobierno de Buenos Aires no había podido responder, aún después de un año, al de Entre Ríos, por estorbárselo asuntos de preeminencia nacional, sobre el permiso de extraer su metálico los comerciantes entrerrianos, cuestión del interés más vital para el comercio de aquellas provincias, pues importa un embargo de sus propiedades y dinero en la plaza de Buenos Aires, si no quieren hacer el comercio de cambalache. Esta grave cuestión no ha sido resuelta hasta hoy, ni atendido el reclamo del general Urquiza, mientras se han cruzado ya cuatro o cinco notas entre Chile y Buenos Aires sobre la expulsión de un individuo. ¿Importa más para los intereses de la Confederación Argentina esta expulsión, que el dejar a los correntinos y entrerrianos llevar a

sus casas el dinero que han obtenido, valor de los frutos de su industria?

Repriman por un momento su desdén, los que tal lean, si aseguramos que aquello importa para el gobierno de Buenos Aires mucho más que esto. La cuestión del metálico no afecta sino a Corrientes y Entre Ríos, el reclamo Sarmiento afecta a siete provincias de la Confederación.

Este reclamo, para muchos pueril, oculta para nosotros una gravísima cuestión comercial. Veinte veces solicitó del gobierno del Brasil con respecto al general Paz, lo que hoy solicita del gobierno de Chile con respecto a Sarmiento. El Brasil se negó comedidamente siempre a satisfacer esta pretensión, apoyándose en los principios más vulgares del derecho de gentes. La prueba de que un gobierno no puede prestarse a tales exigencias, la tienen los argentinos en el tratado litoral que sirve de pacto a la Confederación Argentina, en el cual estipularon los gobernadores confederados, «no tolerar que persona alguna de su territorio ofenda a cualquiera otra de las otras dos provincias o a sus respectivos gobiernos». Si tal prescripción fuera de derecho, no la habrían estipulado, y como el Brasil ni Chile han suscrito el tratado litoral, no pueden consultar sino sus propias leyes, ante las cuales los individuos reclamados están exento de todo cargo.

Sábelo esto perfectamente el gobierno de Buenos Aires, por habérselo expresado así el gobierno de Chile. Sabe que este gobierno no suscribirá jamás a pretensión tan exorbitante; pero insiste, e insiste de tal manera, que hace dudar de su cordura o de la sinceridad de su intento. Perjudica a su fama de vencer en la diplomacia a todos los gobiernos, el que se le sepa comprometido en este mal negocio, y sin embargo, no solo publica de intento anticipadamente las reclamaciones que dirige a este gobierno, contra la práctica de las naciones, sino que hace alarde y ostentaciones de las repulsas o negativas que recibe. Perjudícale llamar la atención de los argentinos sobre

un individuo conocidamente hostil a su sistema de gobierno, y sin embargo, lo rodea con su impotente saña, de esa aureola que acompaña a los perseguidos por los poderosos. ¿Espera él prudentemente una satisfacción, sobre punto en que por tres notas se le ha dejado entrever una negativa? No. Espera y procura una repulsa, que sabe inevitable, necesaria, aconsejada por la justicia, el derecho del acusado, el honor del gobierno de Chile. Espera todo esto e insiste. ¿Habrá en este aparente desacierto un designio oculto?

Tal es nuestra convicción, fundada en antecedentes que vamos a exponer.

El gobierno de Buenos Aires busca un pretexto para cerrar el comercio de las provincias trasandinas con Chile, y este reclamo, Magallanes, cualquiera otro, puede servirle de causal. Esta medida entra en el sistema de cerrar la navegación de los ríos que desembocan en el Plata, de negar la extracción de moneda a Entre Ríos y Corrientes. Otra vez nos hemos fijado en la mala configuración comercial de la Confederación, con un solo puerto en contacto con el comercio europeo. Si en despecho de los obstáculos naturales, las provincias del interior buscan los mercados del Pacífico, la política del gobernador que posee el puerto único del Atlántico, le aconseja cerrar todas las vías de importación y exportación que no vayan a parar a la aduana de Buenos Aires. La importación hecha el año de 1849 a Salta, Tucumán y Jujuy, por Bolivia, procedente de mercaderías compradas en Valparaíso, ascendió a 800.000 pesos, según los informes que hemos obtenido. Si estos 800.000 pesos hubiesen sido empleados en Buenos Aires, habrían dejado en poder de su gobernador la renta que importan los derechos. Si continuasen introduciéndose como antes por Aconcagua y Coquimbo mercaderías de Chile, por valor de un millón o dos, como sucedía antes de 1842, serían otros tantos miles defraudados al gobernador de Buenos Aires, por los derechos que igual cantidad de mercaderías dejarían en

su aduana; aduana que es suya propia, y cuyas rentas consume él en las necesidades de su política. El contacto de las provincias con otros mercados que el que él tiene bajo su dominio, tiene otros inconvenientes que se refieren a la política. Sábese que el encargo de las relaciones exteriores se hizo al gobernador de Buenos Aires, provisoriamente, y a condición de la inmediata reunión de un congreso. ¡Veintitrés años van transcurridos desde la celebración de aquel pacto! Hay mil cuestiones por arreglar entre las provincias, navegación de los ríos, aduanas interiores y exteriores, administración general, constitución del país, etc., etc. Los ejércitos de Pacheco y Oribe que recorrieron las provincias en 1842, tuvieron orden de recoger todas las armas de las provincias, y la cumplieron con una prolijidad ejemplar. Así, pues, el gobernador de Buenos Aires, poseedor del único puerto en contacto con el extranjero, dueño de la única aduana, preparaba el terreno para la pacífica discusión de la Constitución, como el león de la fábula con las inofensivas ovejas y corderos. El gobierno de Tucumán en 1848, no tuvo permiso en Buenos Aires de comprar 600 fusiles que necesitaba para armar su provincia.

En 1846, poco después que Chile abriese el comercio trasandino, cerrado antes para compeler al gobierno de Buenos Aires a dar satisfacción a los reclamos de este, apareció el famoso decreto que exigía a los comerciantes fianzas por derechos que habría de imponer en lo sucesivo. Las consecuencias de esta medida sin ejemplo, se han hecho sentir por todas partes. Provincias hay que no cobran desde entonces los derechos ordinarios que acostumbraban, contentándose con la fianza; y comerciantes que deben en derechos, tanto, o poco menos que el capital que giran. Cuatro años han transcurrido desde entonces, y el único arreglo de esta cuestión que tanto interesa a las provincias trasandinas y a Chile, es el tercer reclamo para que se expulse de Chile a don D. F. Sarmiento! A

la cuarta negativa de este gobierno a acceder a tan peregrina demanda, el comercio será cerrado del todo, para compeler a Chile a dar la *condigna* satisfacción, y en realidad, para que las mercaderías pasen por la aduana de Buenos Aires a dejar derechos a su gobernador, y que no haya medios de armarse, para cuando quieran retirarle el encargo de las relaciones exteriores, reunir un congreso y arreglar la navegación de los ríos, la administración de las rentas, el nombramiento de un jefe de la nación. He aquí el reclamo Sarmiento en toda su luz.

Pero veamos los intereses comprometidos en esta cuestión; por una parte Salta, Jujuy, Tucumán, la Rioja, Catamarca, San Juan y Mendoza; por la otra, Santiago, Aconcagua, Valparaíso, Coquimbo, Copiapó; de una parte el interior de un país que necesita recorrer cuatrocientas leguas para salir con sus productos a los puertos del Atlántico; de otra un Estado, todo litoral al mar, que con tantas ventajas comerciales acordadas por la naturaleza, no tiene fondo suficiente para alimentar un comercio terrestre y de internación importante.

Descendamos al lenguaje de las cifras, único elocuente en materias comerciales. La suma de las importaciones de cordillera en 1849, por Copiapó, y que recogimos de aquella aduana, asciende a 361.631,50. Solo en metales preciosos hay 191.413 pesos en esta suma.

No tenemos a la vista los estados de la internación hecha por los puertos secos de cordillera de Huasco, Coquimbo, Aconcagua, que comprenden los mismos ramos de consumo, y a más el jabón de Mendoza, pasas, cuero para la exportación. Si limitásemos el monto total a solo medio millón, es medio millón en onzas de Chile que llevan a su país los comerciantes trasandinos, única moneda de oro pura y legítima que corre, como no conocen otra de plata que la que les suministra el comercio de Bolivia. Las provincias de Mendoza y San Juan exportan para Chile el pasto de sus cuantiosos prados artificiales, la alfalfa convertida en gorduras de los animales

que a su vez la industria transforma en jabones. Ni Chile, ni las provincias trasandinas, pueden renunciar voluntariamente a las ventajas de este comercio recíproco. Se vende porque se compra, y viceversa. La industria minera gana mucho con la provisión de ganados y bestias de carga, hecha a ínfimos precios desde los países pastoriles de la otra banda. Desde San Juan se proveen de novillos de engorda que se venden a tres onzas en el abasto. Las provincias aquellas, a su vez, encuentran en los mercados del Pacífico, medios de ahorrarse centenares de leguas de marcha a Buenos Aires, a través de la pampa, asediados por los salvajes, y sometidos a pechos y gabelas en el tránsito. Los progresos nacientes de Chile cuentan para su complemento y desarrollo, con la cooperación espontánea que el comercio presta a todo lo que le ofrece ventajas y ahorro de tiempo y fletes. Copiapó va a poner en poco en ejercicio su camino de hierro, que parte de un puerto abierto al comercio extranjero, cual es el de Copiapó, y que destinándolo al comercio de tránsito, bajo las condiciones más ventajosas posibles, llevaría a las provincias argentinas las mercaderías europeas, a menos costo que las que vienen de Buenos Aires, y pagando en sus propias aduanas y para beneficio propio, mientras la república permanezca inconstituida, los derechos que hoy pagan en Buenos Aires, para exclusivo provecho de su gobierno, con más los fletes de distancias tan crecidas que doblan el valor de las mercaderías.

Pasando la cordillera de Copiapó, se encuentran tres caminos que conducen respectivamente a Salta, Tucumán y Catamarca, que se hallan a iguales distancias. La Rioja está más vecina, y San Juan, aunque más distante, es el principal importador de los productos de industria y ganado de que venimos hablando. Declarado Copiapó puerto libre para el tránsito, acelerará el movimiento de aproximación de la población argentina que viene ya obrando la actividad del comercio y las minas. El año último han pasado especuladores

de Copiapó a establecerse en Vinchina para cultivar de pasto grandes extensiones de terreno, a fin de servir con provecho suyo las necesidades del comercio de Copiapó.

El que se hace por los puertos de Cobija, y que asciende aproximativamente a un millón de pesos, lo mantiene la necesidad de buscar en el mercado del Pacífico, el ahorro de fletes, peligros y tiempo que no se pueden obtener en los mercados del Atlántico. En Bolivia se cobra el 5½ por ciento de tránsito, derecho excesivo que ningún principio económico justifica, y que asciende no pocas veces a 7 y 8 por ciento por la arbitrariedad de los aforos. Un derecho módico de tránsito del dos por ciento de Copiapó, abrirá al comercio del Pacífico un mercado lucrativo, que favorecerán singularmente el camino de hierro, la riqueza de Copiapó y la baratura de los fletes en el interior de la República Argentina. Basta, para convencerse de ello, considerar los itinerarios del camino del comercio de las provincias argentinas del norte por Bolivia o Copiapó.

Examinados esos itinerarios queda de manifiesto un hecho que nos proponemos hacer resaltar, y es que los intereses comerciales de Chile son los mismos que los de las siete provincias trasandinas y limítrofes; que el mal que aquellas sufren afecta intereses comerciales muy vitales para Chile, y que el desarrollo de su comercio le induce a simpatizar con las provincias que están llamadas por la naturaleza a cambiar con él mercaderías y productos, con ventaja recíproca, de donde resulta que, a la hostilidad interesada del gobernador del puerto único del Atlántico, Chile debe oponer las franquicias comerciales del Pacífico, que tan necesarias son para las provincias, víctimas y juguete hoy de tramas sórdidas y egoístas. Si el comercio de Copiapó se interrumpe, San Juan, la Rioja, etc., perecen de miseria en la otra banda, mientras que Copiapó y Huasco sufren en los costos de elaboración de las minas, como se vio a Mendoza, Aconcagua y Valparaíso

resentirse simultáneamente de la interrupción del comercio, sin que hasta hoy hayan podido restablecerse las dos primeras.

Si la prudencia característica del gobierno de Chile le impone tolerar con resignación la hostilidad encapotada o abierta del gobernador de Buenos Aires, no hay prudencia sino culpable abandono, en dejar que se le obstruyan todas sus vías de comercio, que se le opongan obstáculos a su dilatación; y contrariando la naturaleza por intereses egoístas del gobernador de un puerto, se le cierra hasta el porvenir. En nuestra época, la ocupación constante de los gobiernos, la única que merece el nombre de política, es la de allanar y extender a sus gobernados su esfera de acción en el exterior. Las leyes resguardan por el orden que procuran las riquezas en el interior; pero como los pueblos civilizados producen más que lo que consumen, o necesitan objetos distintos de los que producen, la misión gubernativa se reduce a procurar la facilidad de la exportación e importación a esos productos, y ensanchar la esfera de los cambios y del trabajo.

Cumpla, pues, el gobierno de Chile con su misión en la parte que le toca. Abra el comercio de tránsito por Copiapó a Salta, Jujuy, Tucumán, la Rioja y Catamarca; por Aconcagua a San Juan y Mendoza; y realizando medidas reclamadas por el interés de sus poblaciones, se atraerá la simpatía de las provincias trasandinas favorecidas, pues que les ahorra costos y tiempo, dejando a los gobiernos de las provincias argentinas, rentas en sus aduanas, en lugar de que se las paguen al gobernador del puerto de Buenos Aires. Dé franquicias al comercio y habrá respondido eficazmente al reclamo Sarmiento; pues nada menos importa que el designio de destruir el comercio de las provincias del interior con Chile. Las circunstancias son propicias. La Francia, el Uruguay, el Brasil, el Paraguay están en armas para pedir a ese gobierno inquieto y querrelloso, fin a tantas inquietudes y amenazas. A la sombra de estas cuestiones exteriores, se agita en el interior

sordamente una cuestión de cuya resolución depende el porvenir de esas provincias. ¿Es eterno el encargo de las relaciones exteriores hecho ahora 23 años provisoriamente? ¿Se ha de constituir al fin la única república sudamericana que no reconoce institución ninguna? ¿Se ha de arreglar la navegación de los ríos, a fin de que todas las provincias participen de las ventajas del comercio extranjero? ¿Se han de obstruir todas las vías de comunicación con el Pacífico, para que no haya más aduana que la de la ciudad de Buenos Aires? Y si tal ha de suceder, ¿el gobierno de Buenos Aires será el único receptor de esos millones de derechos que pagan las provincias en las mercaderías que consumen, y que les llegan ya recargadas de un cuarenta o de un cincuenta por ciento de valor por los derechos pagados? En fin, el único papel que les queda a esas provincias, en su carácter de miembro de una nación, ¿es aplaudir, aprobar todo lo que haga, a tuertas o derechas, su encargado de las relaciones exteriores, y pagar en aniquilamiento y pobreza, las guerras que emprende con todos sus vecinos y con las potencias extranjeras?

De eso se trata hoy en la Confederación Argentina, y en ello tiene Chile un interés no mediocre. Si no queda expedito más puerto que el de Buenos Aires, Chile puede reputar que está con sus treinta leguas de fondo, respaldado en una muralla de hierro desde Concepción a Copiapó, y su industria minera le enseñará a su vez lo que pierde, dejándose llevar a donde quieran llevarlo, por no tomarse la molestia de tener una voluntad en lo que le atañe.

Política y comercio

(*Sud-América* de 1.º de febrero de 1851)

Usamos de dos palabras para expresar lo mismo que con solo el nombre de política habríamos indicado suficientemente. Cuando ha llegado en la historia del mundo el momento en que la conquista o el salteo a mano armada de territorios poblados por naciones cultas, está fuera de la esfera de la acción de los gobiernos, la política no puede significar otra cosa que el conato constante de los encargados de ellos para allanar en el interior y en el exterior de su país, las dificultades que embarazan la acción de los gobernados, a fin de procurarles mayor suma de bienestar y riqueza. La política tiene por blanco objetos de utilidad pura. Tratados con las otras potencias, leyes de navegación, caminos interiores, franquicias comerciales, leyes protectoras, todos estos son medios de arribar a aquel único objeto de la política, la mayor utilidad. Al mayor acierto en los medios empleados para conseguirlo se llama política hábil; bien sea que con este nombre se haya aplaudido la de Cromwell, que recargaba de derechos las mercaderías importadas en Inglaterra bajo otra bandera que la inglesa, bien sea que se adopte la de Peel, que igualó en derechos todas las banderas para mayor utilidad de la nación.

En los países atrasados como los nuestros, la acción de la política lleva una marcha inversa que en los países más

adelantados. En Inglaterra y Francia, por ejemplo, los obstáculos han desaparecido del interior, y durante muchos siglos, la acción del poder ha ido obviando dificultades. Puertos, muelles, caminos, puentes, canales navegables, esclusas, etc., etc., todo está costado, completado, si no es que el descubrimiento del vapor haya hecho necesario rehacer gran parte de los trabajos de viabilidad, o que el mejor conocimiento de los principios reguladores de la producción de la riqueza, haya aconsejado la abrogación de las leyes antiguas sobre navegación, tarifas, derechos, etc. No sucede así en la parte de influencia que ha de ejercerse en el exterior, porque esta se extiende y complica a medida que la acción de los súbditos abraza mayor extensión del globo. La Inglaterra, por ejemplo, tiene que establecer y mantener líneas de vapores en el Atlántico, el Pacífico, el Mediterráneo; que hacer la guerra en la India, que obrar en la China; celebrar tratados con todas las naciones para abrir a los productos y a las comunicaciones de sus nacionales nuevas y más lucrativas vías.

Chile, por el contrario; su política exterior tiene por largo tiempo que ser nula y sin aplicación a objeto de consecuencia. Dar reciprocidad a las banderas que la ofrecen, es cuando más el único acto en que tenga que mezclarse con las demás naciones. No teniendo marina, porque no tiene industria, tanto le vale que sus cortos productos los exporte su bandera propia, como la ajena; que sean comprados en sus puertos o vayan a venderse a los extraños. El interés particular, la demanda, la concurrencia, decidirán lo mejor en estas cuestiones. De esta situación nace la desventaja de los tratados mismos de comercio, puesto que siendo nula o limitadísima la producción chilena en los mercados exteriores, las ventajas estipuladas como recíprocas, ceden solo en beneficio del que tiene grandes intereses comprometidos en el comercio chileno. Todas las leyes protectoras de la industria, de la marina, han mostrado hasta hoy su ineficacia para desenvolver los intereses que se

proponían favorecer. No sucede así en la parte de acción que corresponde al interior del país y a lo que le toca de cerca. Cada camino que se abre, cada puente que se echa sobre un río, cada puerto que se habilita para el comercio, producen inmediatos beneficios, si han sido bien calculados para facilitar la acción y el movimiento.

Pertenece a esta parte de la política, la creación de almacenes de depósito en Valparaíso, porque esta hábil medida respondía a una necesidad del comercio europeo en el Pacífico, en un momento dado, y era cuando los mercados de la larga costa que se extiende desde Concepción a Mazatlán, eran cada uno de por sí demasiado limitados para que pudiesen bastar al consumo de las grandes masas de productos fabriles que el comercio europeo exporta. Puede ser cuestión de tiempo la duración de esta conveniencia de un punto en el Pacífico para la distribución de las mercaderías; pero a medida que el consumo se haga mayor en cada uno de los puntos de la costa, mayor número de buques vendrán directamente a ellos, y por tanto disminuirá la masa de mercaderías depositadas. Un camino de hierro en Panamá, Nicaragua, o Tehuantepec, el engrandecimiento del mercado de California, o la apertura de alguno de tantos canales como están en expectativa, obrarán una revolución en el sistema que favorece hasta hoy la vuelta del Cabo de Hornos. Así, pues, la utilidad de los almacenes de depósito, puede aumentar o disminuir por causas extrañas a la acción gubernativa de Chile, puesto que no está fundada su utilidad en una causa duradera y fija, cual sería la embocadura de un río navegable y que bañase extensiones inmensas de territorios; puesto que aun los istmos y otros puntos comerciales del globo, ganan o pierden de su ventaja, según las variaciones que reciben las rutas comerciales. Tiro, Sidón, Alejandría, Cartago, Venecia, Génova, han sido sucesivamente almacenes de depósito del comercio y del Mediterráneo y del istmo de Suez; pero una vez descubierto y atravesado el

Atlántico, Suez perdía su importancia comercial, y los almacenes de depósito a que daba vida desaparecieron. Hoy está a punto de restablecerse la importancia de Suez, como estamos viendo restablecerse la antigua prosperidad de Panamá, desde que un grande interés ha redoblado los esfuerzos para hacerlo viable, ya por canales, ya por caminos de hierro.

De tal manera se ha sentido en Chile intuitivamente la utilidad de los almacenes de depósito de Valparaíso, que los gastos hechos en ellos y que se continúan haciendo para ensancharlos y mejorarlos, son el único esfuerzo en grande que la política chilena haya hecho hasta hoy en vista de un fin de pura utilidad comercial. Un millón se ha invertido en almacenes, y el Gobierno que, por prudencia o escarmiento se ha abstenido durante muchos años de levantar empréstitos, acaba de decretar uno de medio millón para invertirlo en almacenes de depósito.

Aplaudimos esta decisión que muestra la dirección útil de la política, y los esfuerzos inteligentes que se hacen para asegurar las ventajas comerciales que emanan de las especialidades del comercio del Pacífico, ya sea que se las crea permanentes, ya que se intente prolongarlas por las facilidades que se les prestan.

Mas, deseáramos ver la misma inteligencia, la misma previsión, el mismo sistema de política útil en todas las ramificaciones que tiene el plan de hacer productivos los almacenes de depósito, cuya utilidad fiscal es nula directamente, pues no producen renta; pero cuya utilidad comercial es inmensa, por cuanto crean un centro al intercambio de productos, y un punto de partida a la especulación. Los almacenes de depósito son en su esencia el comercio de tránsito marítimo concedido a todas las naciones de la tierra, sin gravamen alguno. ¿Corresponde a estas franquicias el sistema comercial terrestre que se liga al mismo

centro? ¿Conque al buque que viene de Inglaterra le permitís descargar sus mercaderías en Valparaíso, trasbordarlas o exportarlas, sin otro gravamen que pagar el almacenaje, y al buque que viene de Mendoza, llamadle arria o lo que queráis, le cerráis la puerta, o lo hacéis que pagando derechos contribuya a sostener los gastos de la nación? ¿Cuál de estos buques merecía mejor la franquicia comercial? Nosotros no trepidamos en creer que el segundo, porque este segundo viene de países que no están ligados aún con el almacén de depósito de una manera estable, y que estando al respaldo de Chile en una extensión de cuatrocientas leguas, servirían de espacio complementario para la acción industrial de la nación en masa desde Concepción a Copiapó. El comercio del norte de la Confederación Argentina hace rodeos laboriosísimos para ponerse en contacto con Valparaíso por Cobija y Bolivia, a fin de burlar las prescripciones aduaneras de Chile que persiguen este comercio; los retornos en metálico toman la vía de Copiapó para burlar las prescripciones fiscales de Bolivia que persiguen la extracción de metales preciosos; y la política del gobernador del puerto de Buenos Aires, persigue este pobre comercio del norte, haciéndolo recargar de derechos por sus *séides* y poniéndole trabas para anularlo. Mas las leyes inmutables del comercio obran en despecho de esta conjuración universal y buscan la *utilidad*, única regla en materias comerciales. De Salta a Buenos Aires hay 420 leguas; de Salta a Copiapó 220; luego el comercio de Salta tomará la vía más corta para la importación de mercaderías. La política comercial de Chile, dueño de los puertos del Pacífico, conspirando en su mal con la política del gobernador de Buenos Aires, dueño del puerto del Atlántico, nos pone en la misma confusión que ponía a don Basilio el acuerdo perfecto en engañarlo que mostraban Fígaro y el doctor Bartolo, en la *precaución inútil*.

Basta un ligero estudio de las localidades para fijar las ideas

a este respecto. La República Argentina es una extensión inmensa de país, que toca mediata o inmediatamente con el Atlántico y el Pacífico. El sistema de gobierno de un país puede ser el que se quiera, pero el sistema comercial lo dicta la naturaleza, y los hombres solo pueden influir en él, supliéndola por trabajos que allanen dificultades. Pongámonos en la otra banda y supongamos que la cordillera no existe, y las mercaderías europeas están a precios iguales en Valparaíso y Buenos Aires, sin aduanas y sin gabelas. Es claro que en la mitad de la distancia intermediaria, podrán llegar a juntarse las mercaderías, siendo indiferente llevarlas de este o del otro mercado. Las de Valparaíso no pueden pasar al este de esa línea, como las de Buenos Aires no podrían pasar al oeste, sin recargarse de costos y de fletes. Luego la acción del comercio de Chile debe extenderse en la otra banda hasta el punto en todas direcciones en que se encuentren las mercaderías del Atlántico en igualdad de costos. Dejando a un lado el peligro de indios, interposición de cordilleras, etc., que modifican en pro o en contra la ley de las distancias, Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, la Rioja, Mendoza y San Juan, son mercados naturales del Pacífico y solo forzosamente pueden serlo del Atlántico. De donde debe inferirse que la política comercial del gobierno poseedor del puerto del Atlántico, había de luchar en influencias con la política comercial del gobierno poseedor de los puertos del Pacífico.

Existía en Chile en tiempos menos adelantados, el comercio de tránsito con todo el litoral de la cordillera de los Andes, por el mismo principio que existe con el litoral del Pacífico. El mismo pensamiento, la misma previsión habían abierto el uno y el otro. Entonces la exportación de cordillera ascendía a sumas considerables. Desde Salta a Mendoza, el comercio seguía su regla, acudir *a donde le conviene*, a donde hay menos costo, menos fletes, menos distancias. Chile tenía vicecónsules en Mendoza y San Juan; había celebrado tratados de comercio con

sus gobiernos, autoridades competentes para celebrarlos; pues que siendo ellos quienes habían encargado provisoriamente al gobernador de Buenos Aires de entretener las relaciones exteriores allá en Buenos Aires, nunca renunciaron a su derecho de entretener las que les tocaban directamente, como a provincias confederadas, con los países limítrofes. Así lo entendían el gobierno federal de San Juan y Mendoza; y si algunos reparos fueron hechos, vinieron del gobierno de Chile, según se verá en los documentos que publicamos.

Sobrevinieron en Mendoza los desórdenes de 1840; y el fraile Aldao, para no dar satisfacción a los agravios y perjuicios que a Chile había inferido, remitió la demanda al gobierno de Buenos Aires, que jamás había entendido desde 1810 hasta entonces, en asuntos comerciales de Mendoza y San Juan con Chile.

Desde este momento Chile pierde sus mercados en el interior de la República Argentina, y lo que nadie sospecharía, ejerce la más funesta influencia sobre la suerte de las provincias trasandinas.

Reconociendo la competencia del gobernador de Buenos Aires para entender en asuntos comerciales de Chile con Mendoza y San Juan, que se habían entendido siempre directamente con Chile, la política del puerto de Buenos Aires se apodera y decide exclusivamente de las cuestiones comerciales que tienen relación con los puertos del Pacífico.

Chile retira sus cónsules y amengua con ellos la soberanía de las provincias trasandinas, ensanchando la esfera de las relaciones exteriores confiadas provisoriamente al gobernador del puerto del Atlántico.

Chile da por nulos los tratados que tenía celebrados con los gobiernos de Mendoza y San Juan, cuyas legislaturas, soberanas en este acto, como en el de confiar las relaciones exteriores al gobernador de Buenos Aires, los habían

reconocido como tratados solemnes y obligatorios; nueva y más perniciosa influencia ejercida por Chile sobre la suerte de las provincias trasandinas, pues que ponía en duda, contra su tradición, su costumbre, su uso y sus leyes, derechos que les pertenecían.

En fin, para colmo de desacierto, Chile, por un movimiento de simpatía al partido unitario, había prohibido la introducción de artículos de guerra por cordilleras, a fin de quitar a Facundo Quiroga los medios de desorganizar el país. Esta prohibición se constituye en ley de comercio de Chile, y persevera en ella hasta hoy. ¿Cuáles han sido las consecuencias de esta medida? Que Chile, dueño de los puertos del Pacífico, entregó maniatadas las provincias del interior de la República Argentina al gobernador del puerto único del Atlántico. Cuando pueblos y gobiernos quisieron en 1840 sacudir el yugo que les imponía su provisorio encargado de *relaciones*, no tuvieron armas ni donde proveérselas, y los ejércitos armados en el puerto del Atlántico, pisotearon las provincias del interior, y las desarmaron para siempre, llevándose a Buenos Aires los restos de armamentos que quedaban. A más de los inmensos acopios de armas que la ciudad de Buenos Aires tenía desde la guerra con los ingleses, la toma de los arsenales de Montevideo y la guerra del Brasil, el gobierno de Buenos Aires empleó en armas y municiones, desde 1834 hasta 1837, enormes sumas [15]. Chile puede registrar sus estados de aduana para averiguar las que les dejó pasar a las infelices provincias, sobre las cuales vinieron a usarse esas armas, y que han dejado un ancho reguero de sangre por toda la vía del alto Perú y la de Chile, que recorrieron simultáneamente. Esos pueblos tenían que darse una constitución, que asegurarse sus ventajas comerciales, que arrendar la navegación de los ríos con una ciudad que, tiene el puerto único del Atlántico, las rentas nacionales que pagan las mercaderías al entrar al consumo, las armas y todos los medios de acción. Chile tomó una parte

activa en el debate, diciendo: a vosotras, provincias, que no tenéis más contacto con el comercio europeo, libre de la acción de vuestro contendor, sino por los puertos de Chile; a vosotras que no sabéis fabricar cañones ni fusiles para oponer a los cañones y fusiles que se compran baratos en Buenos Aires, y no podéis comprarlos, yo os cerraré caritativamente mis puertos, en desventaja de mi comercio, en ruina de mi mercado, a fin de que no podáis defender vuestros derechos a la igual participación de las ventajas del comercio. Yo, Pacífico, os entrego a la política mezquina, forzadora y exclusiva del Atlántico. Y vosotras Mendoza, San Juan y San Luis, que me disteis la libertad en Chacabuco, en Maipo, con vuestra sangre, con el sacrificio de vuestros esclavos de que hicisteis batallones, con vuestras erogaciones, tomad en cambio la esclavitud de Buenos Aires; depended de aquel puerto lejano de 360 leguas, y no de los míos cercanos de 80, que así me interesa a mí...

Así sucedió que en 1831 tuvimos que construir en la maestranza de Mendoza, sables, bayonetas y fusiles, sirviéndonos de algunos centenares de cañones de fusiles que habían quedado inutilizados desde la época del equipo del ejército de San Martín, porque Chile, por caridad, nos privaba de comprar armas a los extranjeros en Valparaíso. Así hemos sido sacrificados, política y comercialmente por Chile, los habitantes del interior de la República Argentina; así hemos sido sometidos a merced de Rosas, y despojados de todas nuestras libertades.

En 1842, Chile cerró el comercio del Pacífico, para someterse a la decisión del que tiene en sus dominios el puerto único del Atlántico. En vano fue explicarle al gobierno de Chile el mal que se hacía a sí mismo, y las consecuencias de paso tan impolítico. El gobernador del puerto del Atlántico se hincó de rodillas a bendecir el candor de su enemigo, el comercio del Pacífico, que le entregaba sus llaves, sin que se las pidieran.

Aconcagua, Copiapó, Valparaíso, protestaron inútilmente, con los quebrantos que sufrieron, y esos mismos quebrantos experimentados en Mendoza, San Juan, respondieron por los pobres habitantes que ya no tenían el derecho de celebrar tratados, desde que Chile los había despojado de él, desconociéndoles su soberanía como estados federales.

Un enviado vino de Buenos Aires en 1845. Chile ponía el oído a cada vez que abría la boca, esperando que hablase de comercio! Ya se guardó bien de hacerlo. Al fin fue necesario insinuársele sobre el punto. ¡Sordo como tapia! Y por haber aventurado una palabra, por haber dejado nombrar en su presencia la palabra *comercio del Pacífico* con las provincias trasandinas, fue el enviado del puerto del Atlántico vergonzosamente depuesto por su gobierno, y desconocidos todos sus actos. En un momento de despecho, declaró medio llorando que *no traía instrucciones* de ningún género; y sus actos manifestaron que su sola misión era perseguir al redactor de *El Progreso*, que lo fue después de *La Crónica*, y que motiva los reclamos del gobierno de Buenos Aires, reclamos que el de Chile entiende tan bien ahora, como entendió la misión de don Baldomero García.

En fin, el gobierno de Chile, a pretexto de un cambio de ministerio, haciendo de tripas corazón, abrió en 1846 el comercio, sin motivo que lo justificase, pues los agravios se habían aumentado, sin reparación ni sombra de querer darla. Pero la necesidad tiene cara de hereje, y fue preciso resolverse, y obrar en el sentido del interés nacional, de la dilatación de la esfera comercial.

El gobernador del puerto único del Atlántico les contestó con una burla, e hizo bien. El comercio abierto por el Pacífico le defraudaba a su aduana de un millón de pesos de renta que pagan las provincias; millón que Chile le había asegurado ya, prohibiendo a esas provincias proveerse de los mercados del Pacífico como lo tenían de costumbre; el comercio del Pacífico

abierto podría colmar el vacío de armas y municiones que habían dejado en las provincias los ejércitos de Pacheco y Oribe, barriendo toda la república por orden de Rosas, y de este modo habilitarlas tarde o temprano para tener una voluntad en las cuestiones pendientes de constitución, aduana, distribución de las rentas. Pueblos desarmados, acorralados en el interior, entre Chile y Buenos Aires, sus dos enemigos aunados, son más fáciles de persuadir de la ventaja que les trae lo que desea y quiere el gobernador del puerto del Atlántico, con ejércitos, armamentos, con prensa a su disposición, con las rentas todas del estado.

Rosas, para precaver el golpe, y preparar la constitución de la futura federación entre el león y los corderos, exigió las famosas fianzas por derechos que impondría más tarde. Chile aceptó en silencio, sin reírse siquiera, esta violación de todos los usos. *El Progreso*, órgano ministerial entonces, aplaudió la medida, o al menos declaró que el gobierno de Buenos Aires estaba en su derecho. Nueva negación por Chile del último resto de soberanía de las provincias que había arruinado. ¡No! El gobierno de Buenos Aires no estaba en su derecho, por cuanto desde 1810 hasta 1846, el gobierno de Buenos Aires no ha legislado sobre aduanas de cordillera, que fueron siempre del dominio de las provincias en cuyo territorio están los puertos secos. La autorización del encargo de las relaciones exteriores se hizo al gobierno aquel en 1828, y en 1834, las juntas de representantes de San Juan y Mendoza, celebraban tratados con Chile, y en 1840 Chile conservaba cónsules en Mendoza y San Juan, dependientes de él directamente y no de su cónsul en Buenos Aires. Buenos Aires no ha legislado, pues, hasta hoy en materias de aduana de San Juan y Mendoza, no obstante que el decreto absurdo y atentatorio, fue aceptado por las infelices provincias, víctimas de aquel avance del puerto de Buenos Aires, y la complicidad del gobierno de Chile en destruir y cerrar el comercio del Pacífico. ¿Qué han de hacer

esos pobres gobiernos, para resistir u oponerse?

Pero esta medida del gobierno de Buenos Aires no bastaba para ir a la raíz del mal. Era solamente preparatoria, porque al fin las fianzas dejan al comercio ir y venir, aunque con subsidio como sucede en efecto. Entonces la cuestión de Magallanes, promovida a deshora, sin antecedentes, sin protesto de política siquiera, pues el gobierno había celebrado contratos con *El Progreso* y *EL Comercio*, y no pudo celebrarlo con *El Mercurio*, para que aplaudiesen a grito herido a don Juan Manuel Rosas. El redactor primero de *El Progreso* se había escapado para Europa después de haberse negado a la orden perentoria que el propietario de la imprenta y secretario del Consejo de Estado, le quiso imponer de no tratar *editorialmente* cuestión alguna que tuviese relación con Rosas. Desgraciadamente a su vuelta, y redactando *La Crónica*, tuvo ocasión de tratar la cuestión de Magallanes, mostrar su falta de fundamento, hacer desdecirse al enviado de Chile en París, que ya había insinuado la conveniencia de ceder también en este punto a las pretensiones del gobierno de Buenos Aires. Desde entonces el reclamo de Magallanes ocupó solo cuatro renglones *ad perpetuam rei memoriam* en el mensaje del gobierno del puerto del Atlántico, mientras que un reclamo nuevo ocupaba ocho páginas en dicha pieza, solicitando una *medida eficaz de represión* y castigo que ponga al *aleve* conspirador D. F. Sarmiento en la imposibilidad... para lanzar desde allí libelos tan infamantes e insolentes, como... la carta a Ramírez.

¿Y el comercio del Pacífico? De eso no entiende Chile, que en materia de cuestiones trasandinas, al son que le tocan baila, y a veces hace de su invención algunas cabriolas en extremo desairadas, como disputarle a la provincia de Mendoza y San Juan su derecho de tratar, y tratar sin embargo; reconocer la autoridad de Buenos Aires, llevado ante su tribunal, por la primera vez, por la mano del fraile Aldao, y renunciar a sus tratados ya celebrados; cerrarse su propio comercio, y

entregarle la llave del Pacífico al gobernador del puerto del Atlántico; desarmar a pueblos que no pueden armarse sino en Chile, para someterlos al que se arma en Buenos Aires; y últimamente, después de tentativas tímidas e incompletas, consentir que venga a legislar sobre la extensión del comercio del Pacífico la influencia y el representante del puerto del Atlántico. ¿Qué habría sucedido si desde 1830, el comercio de cordillera hubiese seguido su curso natural? Veinte millones, no poniendo más que uno por año, habrían atravesado por los Andes, vivificado la industria de Aconcagua, creado del otro lado otros veinte millones de riqueza, duplicado el comercio, y llevándolo hasta el límite en que encontrándose en igualdad de ventajas con el del Atlántico, se hubiesen prestado mutuamente la mano. En lugar de esto, Chile ha consumado la ruina comercial de los pueblos trasandinos, destruido sus libertades, entregándolos maniatados al gobernador de Buenos Aires, desarmádoslos; y últimamente, devorando ultrajes, farsas y burlas, recibido enviados sin instrucciones, reclamos sin fundamento, y por añadidura, la expectativa de nuevos conflictos. ¡Dios se lo pagará a Chile, por el mal que le hicieron San Juan y Mendoza en Chacabuco y Maipo!

Pero dejemos lo pasado, y vamos a lo presente. ¿Por qué no se abre hoy el comercio de tránsito por cordillera? ¿Chile no puede legislar sobre su sistema comercial? Dicen que el gobierno teme quedar feo si aventura este paso. Feo, ¿por qué? ¿No aprovecharán los beneficiados de las ventajas ofrecidas? Sea en buena hora. Probadlo. Estableced la ley y el hecho, y dejad que obre el instinto y el espíritu del comercio. Ponedles a los comerciantes mercaderías sin derechos a 80 leguas de distancia, y otras a 360 leguas, después de haber pagado un 40 por ciento de derechos. Ellos sabrán escoger. Si los gobernadores que sirven hoy los intereses del puerto de Buenos Aires en las provincias, lo impiden, el comercio hará el contrabando; y como no son de Buenos Aires los aduaneros,

siendo mendocinos y sanjuaninos, no tardarán seis meses en ponerse de acuerdo. Chile ha prestado su cooperación para que se produzca y afiance al otro lado de los Andes la organización comercial más monstruosa que exista en país alguno de la tierra. Una extensión de 500 leguas de largo sobre 400 de ancho, limitada al norte y sur por pueblos salvajes que le destruyen su comercio; al este con un puerto único en manos de un gobierno que cobra para su uso los derechos, y al oeste otro gobierno que gratuita y voluntariamente les cierra el paso, para ponerse en contacto con los mercados que la naturaleza había puesto a su alcance en el Pacífico. ¿No volverá Chile de sus errores jamás? ¿No remediará por un tardío remordimiento de conciencia, el mal que ha hecho a pueblos que pueden llamarse su padre, porque a ellos les debe ser lo que es, un estado libre? Medio millón para almacenes de depósito, que para las injurias, osadías, daños, estagnación y alarma que traen al país los avances del gobernador del puerto de Buenos Aires, basta apelar al disimulo que llamáis prudencia, ¡y entregaros a merced del que os hostiliza e importuna sin descanso! Sed prudente en hora buena; pero al menos permitidnos antes de ver sucumbir a las provincias trasandinas, nuestra patria, bajo vuestros golpes y los del gobernador de Buenos Aires, mancomunados en su daño, usar de la libertad que se les ha robado, para defender sus intereses comerciales, sus derechos perdidos, y su posición de provincias confederadas.

La política de Chile y la libertad argentina (*Sud-América*, de 8 de febrero de 1851)

Ya hemos mostrado como Chile no tiene, no puede tener una política exterior que pase más allá de promover en torno suyo los intereses de su comercio. Las circunstancias especiales del comercio extranjero en el Pacífico, aconsejaron a Chile la fecunda idea de los almacenes de depósitos. Valparaíso era el punto de escala de las naves que vienen del Atlántico, el mercado abundante de provisiones para refrescar los víveres, el asiento ya establecido de las factorías inglesas. Los almacenes públicos de depósito no hacían más que sacar fruto de una ventaja local, ya conquistada por la situación especial del puerto de Valparaíso. Tales almacenes no podían establecerse ni en Concepción ni en Lima, porque ni uno ni otro punto eran centros comerciales ya establecidos, ni dotados de las ventajas de aquel puerto.

La ambición poco cuerda del general Santa Cruz, le sugirió la idea de contrariar este buen pensamiento de Chile y anular sus ventajas comerciales por medio de concesiones y primas al comercio europeo para que, abandonando su punto de escala, lo trasladase al Callao. Había en esto error político de su parte y provocación; Chile no consentiría que se le hostilizase tan abiertamente, de manera que su honor quedase comprometido,

ni en obras apenas comenzadas se toleran los obstáculos suscitados a designios, sin excitar al espíritu que creó la cosa, a conservarla a todo trance. Consentiríamos en destruir nuestra casa veinte años después de edificada, para adoptar un nuevo plan; jamás al día siguiente.

Se habló en la época de *equilibrio americano*, y de otras lindezas de este jaez, de que dimos buena cuenta en nuestros trabajos contra el *Congreso Americano*, que trajo, cuando realizado, su conveniente desengaño. No; la causa de la guerra del Perú, la única causa sostenible y presentable fue la de resguardar los almacenes de depósito contra la declarada e irreflexiva hostilidad del general Santa Cruz; causa digna, en verdad, de una política inteligente y previsora. Sin este antecedente, la campaña del Perú quedaría en la historia como un timbre de las armas chilenas, y como una mancha a su política.

Chile, pues, se lanza a la guerra, y para asegurar sus resultados, echa los ojos en torno suyo en busca de aliados; y aquí vuelve a aparecer la fatal mano de Chile aherrojando, aun sin proponérselo, las cadenas de la República Argentina. Chile se cubrió de gloria en el Perú, aseguró sus almacenes de depósito, extendió su influencia y su comercio en las costas del Pacífico, y no se cuidó de saber las averías que había causado. ¡Para qué! ¡Había aplastado al pasar un insecto que ni voz tenía para hacer oír un gemido!

La República Argentina acababa de salir de una de esas luchas que se renuevan de tiempo en tiempo, porque no se logra extirpar la causa del mal. Aquel país no está constituido aún, no tiene una forma de gobierno estable; y los intereses oprimidos, se mueven en cada diez años buscando su colocación natural.

Es curioso el estudio de aquellas luchas sangrientas en que entran los pueblos argentinos de tiempo en tiempo, y los

momentos de alto que hacen para reponerse de sus pérdidas y explorar mejor el terreno. Hay en el seno de aquel desorden un orden regular como el que resulta de la comparación de las cifras de la estadística; hay en medio del desbordamiento de pasiones políticas, intereses comerciales, que son el instigador secreto de todas las agitaciones. Desde antes de 1820, Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos, pedían libre navegación de los ríos, a la ciudad que, en provecho propio, la hacía exclusiva para ella; y de allí sale la federación que desata todos los vínculos que unían la república. En 1828, y para tapar esta brecha, nombran un encargado de las relaciones exteriores por el momento, para que haya quien reciba los cónsules y agentes; sin atribuciones, porque no puede tenerlas, porque a haberse ocupado de señalárselas, habría valido más reunir el congreso. En 1831, existiendo ese encargado provisorio, se ligan Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos por un pacto que establece las atribuciones del congreso, la facultad de convocarlo cada una de ella tan pronto como se pacifique la república. Una comisión de agentes debe permanecer en Santa Fe, y no en Buenos Aires, para procurar la reunión deseada del congreso. Ni se mienta en aquel pacto la existencia de un encargado de las relaciones exteriores, no obstante que el agente del gobierno que ejerce el encargo, es una de las partes contratantes, porque era entendido que el encargo era una provisión a la emergencia del momento, sin carácter de institución, ni de arreglo duradero.

En 1833, la provincia de San Juan y muchas otras de la república, adhieren al pacto de las provincias litorales, sin que por ello se entienda que hay contradicción con el simple encargo provisorio hecho al gobernador de Buenos Aires. En 1835, esa misma provincia y la de Mendoza, mandan agentes caracterizados cerca del gobierno de Chile para negociar un tratado solemne de comercio, en la parte que a ellas les concierne, y en virtud de la soberanía que invisten; y si bien el

pacto de la liga litoral a que habían suscrito en 1833, no obstante el encargo provisorio de las relaciones exteriores hecho en 1828 al gobierno de Buenos Aires, les prohibía tratar separadamente por el artículo 5.º, sin la anuencia y consentimiento expreso de las otras, como las disposiciones fundamentales de dicho pacto no estaban aún en vigor por no haberse reunido, hasta 1835 la COMISIÓN REPRESENTATIVA DE LOS GOBIERNOS DE LAS PROVINCIAS LITORALES DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, ni de las demás que fueron adhiriendo, pues este era el objeto final, la garantía de cumplimiento, y el modo de ejecución; aquel artículo del pacto no era aún obligatorio, ni lo fue nunca después, porque nunca tuvo lugar la reunión de la *Comisión de los Gobiernos*, por causas en que la mano de Chile entra aún, para mal nuestro.

Júzguese por estos hechos auténticos la enormidad de la política chilena al desconocer la soberanía de las provincias de San Juan y Mendoza, y del *adefesio* en que se fundaba. La legislatura provincial de San Juan, al ratificar la convención celebrada por sus agentes en Chile, tuvo buen cuidado de llamarle tratado celebrado con Chile, porque habría sido desnudarse de su soberanía nada más que por suscribir a las pretenciosas y entrometidas conclusiones del gobierno de Chile. Añádase a esto, si alguna duda quedase aún en espíritus obstinados en sus errores, que la autorización al gobierno de Buenos Aires para el encargo de las relaciones exteriores, se hizo por ley de la legislatura provincial de San Juan en 1828, se renovó por nueva ley en 1831, y últimamente por nueva ley de 1836, en la persona de Rosas. Así, pues, el pacto litoral que establece la Federación, y la Comisión Legislativa de Santa Fe, son posterior a dos encargos provisorios de las relaciones exteriores, y el tratado con Chile, emanado de la misma fuente soberana que el pacto federal, anterior de un año al encargo hecho a Rosas en 1836. De manera que si las atribuciones que el señor Tocornal atribuía al gobierno de Buenos Aires por su

encargo de las relaciones exteriores, hubiesen tenido valor real, como no las recibió sino en 1836, concedidas por la legislatura de San Juan, las recibía con el tratado celebrado por ella directamente, sin que Rosas pudiese desconocerlo ni invalidarlo, por ser anterior a la jurisdicción que se le cometía.

Ahora entra el episodio más triste de la subyugación de las provincias al gobernador y puerto de Buenos Aires, porque en todos esos avances, expoliaciones, tiranías y fraudes, está siempre la cuestión fundamental, navegación de los ríos para las provincias litorales, aduanas de cordillera para las provincias trasandinas, el Atlántico por un lado, el Paraná en el centro, el Pacífico al otro extremo. ¡Mercados, comercio, aduanas!

En este estado de cosas por allá, sobreviene aquí la guerra del Perú; el Gobierno de Chile busca en la República Argentina un aliado que haga diversión por las fronteras de Bolivia a las fuerzas del enemigo que él debía combatir en el Perú. Buenos Aires no conocía ni de nombre al general Santa Cruz, y las provincias limítrofes de Salta y Jujuy nada tenían que reclamar contra sus vecinos. No importa. Chile necesitaba un instrumento, un aliado, y lo halló, en quien para sus proyectos de ambición, y para esclavizar a las provincias, necesitaba un pretexto, una guerra a todo trance, para agrandar y extender su impotente encargo de las relaciones exteriores. Rosas celebró un convenio con Chile por el cual le daba este estado treinta mil pesos mensuales para sostener un ejército en Salta; y no sabiendo Rosas qué causa dar para aquella guerra, extraña a los intereses de la República Argentina que nada tenía que ver con los almacenes de depósitos de Valparaíso, ni la Confederación Perú-Boliviana, Rosas declaró a Santa Cruz TIRANO, y además *asqueroso, inmundo, unitario*. Esta causa que Rosas tuvo para declarar la guerra a Santa Cruz, se la recordaba el año pasado al Gobierno de Chile, diciéndole que Sarmiento pertenecía a «la misma logia que agita hoy,

pretendiendo entronizar en Bolivia al cabecilla Santa Cruz, abominable e inmundo enemigo de la América». ¡Ya se ve! Como el negociador de aquella guerra fue el señor Pérez, y era a la sazón de este reclamo ministro de Gobierno, no era extraño que para interesarlo en daño del acusado, le recordase los motivos de camaradería contra el *inmundo* Santa Cruz.

Debimos, pues, a Chile la primera guerra exterior que mostró a Rosas el camino para su elevación personal; debieron a Chile las provincias del norte la presencia de un ejército de Buenos Aires; sobre el territorio de una provincia confederada, hasta entonces libre de toda influencia de la provincia de Buenos Aires; sobre todo, debimos a Chile, a pretexto de necesidades de la guerra contra el general Santa Cruz, y por la presencia de un ejército de Rosas en el corazón de las provincias, donde no habían pisado porteños desde la guerra de la independencia, la siguiente ley arrancada a las legislaturas de las provincia:

San Juan, junio 26 de 1837.

La honorable junta de representantes, al poder ejecutivo de la provincia:

Siendo de necesidad poner en acción los recursos de la nación en defensa de sus derechos alevosamente atacados por el ambicioso tirano, el general Santa Cruz, y al mismo tiempo precavernos contra las insidiosas maquinaciones de la banda unitaria, que indiferente al honor de su patria trata, por medio de discordias y trastornos civiles, precipitarnos entre las garras de aquel. Vigorizando y empleando a este efecto las facultades del Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, y haciendo ostensible la concentración del poder de la nación en un solo jefe, para que pueda dirigir sus negocios en tan arduas y críticas circunstancias, la honorable junta de representantes, en uso de

sus facultades ordinarias y extraordinarias, ha sancionado con fuerza y vigor de ley:

Art. 1.º Sustitúyese en el Excmo. Gobernador de Buenos Aires las atribuciones y facultades de la Comisión Representativa de los gobiernos litorales de la República Argentina, conferidos por los tratados de la liga litoral.

Art. 2.º Autorízase al dicho Excmo. Gobernador para que ponga en ejercicio todos los medios y recursos que crea conducentes al sagrado fin de afianzar el orden, seguridad y tranquilidad de la nación, declarar la guerra contra cualquiera otra potencia, celebrar tratados de paz, y formar alianzas ofensivas y defensivas con las demás naciones, enviar y recibir embajadores, cónsules y otros agentes diplomáticos, levantar ejércitos para la defensa exterior y para asegurar la tranquilidad interior de la nación, determinar el contingente de tropas y auxilios con que cada una de las provincias confederadas debe concurrir, conforme al artículo 13 de la citada liga litoral, negociar empréstitos de dinero, emitir billetes de crédito público, formar reglas para el gobierno y organización de los ejércitos, y nombrar los jefes que deben mandarlos, proveer para el llamamiento de las milicias con el objeto de ejecutar las leyes de la Confederación, suprimir insurrecciones y repeler invasiones, proveer para la organización, equipo y disciplina de las milicias, y para el gobierno de aquella parte que puede ser detallado para el servicio público.

¡He aquí Chile vuestra obra! ¡Contempladla y gozaos en ella! Para combatir al tirano Santa Cruz, vuestro enemigo y no el nuestro, nos arrancaron todas nuestras libertades. ¡La presencia del ejército que pagabais en Salta para asegurar vuestros almacenes de depósito, las necesidades de vuestra guerra, erigieron un tirano, con los poderes que el encargo de las relaciones exteriores no le había confiado, con los que

corresponden solo a los congresos soberanos, con la abrogación del tratado de la liga litoral, que conservaba a las provincias su soberanía, y a cada una el derecho de invitar a la reunión del congreso! ¡Oh, Varo, devuélvenos nuestras legiones! ¡Oh, Chile, Chile! ¡Devuélvenos nuestras instituciones! ¡Asegurasteis vuestros almacenes, conservasteis, como decíais, el equilibrio americano, cosechasteis en gloria la semilla que sembrasteis, y cuatro millones de pesos de deudas atrasadas, en resarcimiento legítimo de todos vuestros pasados sacrificios! Y aquellos infelices a quienes arrastrasteis a la guerra; aquellas provincias despojadas de sus instituciones; aquel tirano que nos creasteis con motivo de esa guerra, todos estos males hechos por vuestro interés, ¿no tienen reparación ni vuelta? Perdida la libertad, perdida la garantía, perdido el comercio de vuestros almacenes de depósito, perdidos los puertos del Pacífico para comprar armas, porque vosotros nos lo habéis estorbado durante veinte años, para consumir vuestra obra, ¿no habrá hoy ni simpatías siquiera por esos pobres pueblos a quienes tanto habéis ajado, empobrecido, esclavizado, envilecido?

¿Vais a dejar que los caminos de cordillera, que llevan a las provincias argentinas las mercaderías del comercio del Pacífico, sean cerrados por el gobernador del puerto del Atlántico, a quien vuestra ignorancia de nuestras instituciones y práctica, y vuestras formalidades de escribanos y leguleyos, os hizo crear juez en materias de la exclusiva competencia de las provincias? ¡Por qué cerrasteis el comercio en 1843, sino porque no hallasteis otra puerta más fácil para salir de los embarazos en que os ponían los tiranuelos cuyos ultrajes toleráis hace diez años, cuyas punzadas disimuláis con una prescindencia hipócrita, con una dignidad mentida, con un miedo de gastar plata y tiempo revestido con la máscara del orgullo!

Cuando en la cúspide del cerro de Santa Lucía, sobre la más

alta de sus rocas que parecen salidas del seno de la tierra para sustentar la plataforma de un monumento, hagáis elevar la estatua ecuestre del Libertador de Chile, forjada en bronce de vuestras minas, cincelado por Cicarelli, Monvoisin, Desmadryl, o sus discípulos, no descuidéis poner en su base, como aquellos reyes bárbaros encadenados a los pies de los triunfadores romanos, las figuras simbólicas de las Tres Provincias de Cuyo, víctimas expiatorias, libradas a los dioses infernales, holocausto sacrificado en los altares de la gloria de San Martín y de vuestra independencia!

Ellas fueron la palanca con que el grande artífice levantó medio mundo americano; ¡instrumento roto en el esfuerzo, y cuyos fragmentos fueron arrojados al muladar! ¡No les tengáis asco! Esas que veis, provincias semibárbaras, fueron vuestros libertadores. ¡No insultéis la desgracia!

No os enfadéis conmigo tampoco si abuso de vuestra tolerancia; ¡hablo en nombre de la causa más grande que ha tocado a escritor sostener! ¡Continúo la obra de *inmoralidad* que el ministro Pérez me atribuyó por la carta al coronel Ramírez y la *Crónica* núm. 19, acusada por el gobierno de Buenos Aires, en lenguaje de taberna, que el ministro halló irreprochable, puesto que no hizo hincapié en los epítetos ultrajantes de vil, inmundo, aleve, salvaje, prodigados por Rosas en esas notas que con tanta compostura contestaba el señor Pérez! Hablo en nombre de las provincias argentinas a quienes les debéis todo, y que no os deben sino ultrajes, esclavitud y pobreza; hablo en nombre de la justicia que habéis hollado, de la política comercial, a cuyas prescripciones habéis mentido. ¡Hablo en nombre de la libertad que vuestras instituciones otorgan y con las que contribuisteis a despojarnos de las nuestras en nuestra patria; hablo en nombre de los débiles, de los oprimidos, de los que pudieran salvarse aún si les prestaseis arrimo! Volvednos las instituciones al estado en que estaban antes de la guerra de Santa Cruz; ayudadnos a

retirar al gobernador de Buenos Aires, las facultades que a pretexto de vuestra guerra, arrancó a las provincias que no tienen hoy fuerzas con qué quitárselas. Pero vosotros no intervenís, ¿eh?...

¿Qué fatalidad ha conducido a Chile a no desmentirse un momento en esta parcialidad, sin pensarlo, acaso sin entenderlo, por los intereses de D. Juan Manuel Rosas, por el gobernador de Buenos Aires, en detrimento de las provincias sus vecinas; por el puerto del Atlántico, en menoscabo de la esfera de acción de sus propios puertos?

Nadie ignora la conducta del enviado de Chile en París, y la protección activa de todos los instantes que ha prestado a las miras y designios de Rosas. ¿No ha llegado hasta intimidar a su país en un impreso firmado por él, si no accedía a las pretensiones de Rosas en Magallanes? ¿No ha sido necesario que el *Araucano* reprima oficialmente este desacato, y el ofensor se desdiga públicamente, reconociendo la evidencia de los derechos de Chile, que solo nosotros quisimos y supimos poner en claro, para quitar al gobierno de Buenos Aires ese pretexto de hostilidad con Chile? El enviado chileno en París ha sido el incansable patrocinator de los intereses de Rosas. Ligado íntimamente por la amistad con el finado Sarratea y el rey Luis Felipe, él fue siempre el intermediario oficioso, el procurador, el agente de Rosas; y gracias a su asiduidad, la intervención francesa, sin ahorrar los males de la guerra, se ha prolongado indefinidamente, por falta de pensamiento fijo. *La Presse* y Rosales, he aquí los dos órganos de Rosas; el uno para la opinión, el otro para el gobierno. ¡Cuando en Francia hablaba yo al jefe del departamento político de la tiranía absurda de Rosas, se me objetaba la aseveración en contrario del agente de Chile, la buena armonía de este gobierno tan respetable, tan moderado, tan constitucional! ¿Y qué responder a esa interpretación, fundada en los motivos más racionales que pueden guiar el juicio de un gobierno, ignorante de la

realidad de las cosas, y vacilando entre aseveraciones contradictorias?

Con respecto a la prensa y aun a las relaciones privadas la misma fatalidad, la misma mano de un ciego destino llevando a Chile a figurar como el complaciente palaciego de aquel gobierno monstruoso. La casualidad quiso que un ministro de la capacidad e influencia del señor Irarrázabal, fuese el conocido antiguo de Baldomero García, y el encargado de hacer los honores de la hospitalidad en su persona al encargado de jugar una mala pasada al gobierno de Chile, al que se presentó sin instrucciones a dejar en descubierto la buena voluntad del gobierno chileno hacia Rosas. En archivos del ministerio existen contratas celebradas por el gobierno con diarios no oficiales para que no disientan de la manera de entender las cosas de Rosas, y a precio de esa connivencia se ha puesto la subvención acordada de las rentas nacionales [16]. Un diario ministerial se erigió a la sombra del mismo gobierno en admirador apasionado del grande hombre, en instrumento de persecución contra sus adversarios, llamándoles traidores, viles, infames, en lenguaje tal, que la *Gaceta* de Buenos Aires registró siempre en sus páginas aquellos escritos como expresión de la opinión de Chile, y envió al autor la recompensa de honor consabida.

Queremos consignar todos estos hechos en la prensa, de miedo que su tradición se pierda para cuando algún miembro de la Universidad escoja por punto de disertación histórica averiguar *la influencia que ejerció Chile sobre las instituciones, la libertad y el comercio de las provincias trasandinas*, desde que puso en ejercicio la libertad que ellas le dieron, trayendo su pabellón, sus hijos, sus libertos, su fortuna, a sembrarlos a los campos de batalla. La opinión pública no ha sido menos injusta a este respecto. Prescindo de las rivalidades internacionales inevitables entro pueblos vecinos, y que son comunes a todos. La más fría indiferencia ha acogido siempre

la noticia de los horrores de que aquel bárbaro ha sido autor. Hombre de luces y de criterio hay en Chile que en París recién creyó en los asesinatos y matanzas de Buenos Aires, que cuando referidas en Chile las había creído patrañas. Los diarios liberales han cortejado a Rosas toda vez que creían con eso herir a un amigo del gobierno. Palazuelos mismo, se había hecho el admirador de aquel regenerador de la América; y los muchos argentinos y orientales que redactan diarios, se han impuesto el deber de ser lacónicos, fríos e indiferentes en todo lo que tiene relación con esta desgraciada República Argentina que más simpatía excita en Francia que en Chile, por no chocar con el espíritu dominante. ¡Cosa singular! Hay una *Revista Católica* tan celosa de la moral cristiana y de las prerrogativas de la Iglesia, que no ha descuidado de someter a discusión las mezquindades de las bailarinas del teatro para edificar a los fieles; mientras que cuando el cura Gutiérrez fue fusilado con Camila O'Gorman, sin confesión, después de haberle desollado la corona y las palmas de las manos, sin proceso, sin juicio, entonces el eco de la Iglesia chilena enmudeció, sin tener a mano una de esas reprobaciones con que tanto se desahoga en casos más insignificantes. ¡Ah, veis la paja y no la viga! ¡Pactáis con la política humana, con la violencia humana, y la maldad humana! ¿Cuántas páginas consagrasteis a discurrir, cuántas horas en escudriñar, cuántas frases en abominar el degüello de los cuatro canónigos y curas, degollados en Santos Lugares? ¿Cuántas palabras al punto de derecho canónico de Camila O'Gorman, y el hijo bautizado en las entrañas de la madre, y de la dignidad sacerdotal, arrastrada al suplicio por una debilidad humana? ¿Que son escasos en Chile los curas Gutiérrez y las O'Gorman? ¡De peores cosas es capaz la miseria de nuestra condición, y yo sé de algo en Chile que merecía más triste fin y más ejemplar castigo!

¡Ah, un día se escribirá LA HISTORIA contemporánea, y ojalá que como la madre de Hamlet, no trabajéis a toda hora

para borrarlos de la mano un tizne acusador e indeleble para vuestro castigo!... Aun estas nuestras quejas, cuan amargas son, pueden ser utilizadas por la política del Señor de la Columna, del Gobierno de Chile. Un ministro puede alegarla como prueba de la libertad y de la inmoralidad de la prensa de Chile, y aunque eso no satisfaga a Rosas, dejará al menos muy descansado al ministro de haber llenado alguna fórmula de la proceduría que llaman diplomacia y aun política.

Por lo que a nosotros respecta, queremos ser los agentes oficiosos de nuestra pobre patria cerca del gobierno y pueblo chilenos en el debate del comercio de tránsito suscitado por la Comisión de Aduana de Valparaíso. Sabemos que nuestros papeles no están en regla para los escribanos de la curia política; y que gobierno tan regular y formalista, no descenderá a escuchar a un pobre emigrado, a quien por caridad no pone a la puerta del país. Lo sabemos; pero sabemos también que después de haber cada hombre representado su papel en la comedia de costumbres y de palacio que se llama la administración, dejando los ropajes bordados del personaje, queda tras bastidores, hombre y nada más que hombre. A ese hombre que se llamó Tocornal, o Irarrázabal, o Vial, o Montt, o García, o Varas, me será permitido un día interrogarlo con la historia en la mano.

Navegación del Bermejo (*Sud-América* de 9 de febrero de 1851)

Algunos de nuestros lectores han registrado las páginas de un folleto anónimo que lleva por título *Argirópolis*. Los que no lo hubieren visto, no harían mal en consultarlo como materia de estudio de la política comercial. De algunas de las ideas políticas y económicas contenidas en aquellas páginas, son comentario y corroboración los datos y noticias que reveló Soria en su informe, y que reproducimos ahora para inteligencia de los pueblos a quienes más directamente interesa la navegación del río Bermejo.

¡Extraña influencia en los destinos de las naciones, las de los hechos al parecer más insignificantes! En 1826, apenas vueltos de la excitación causada por la noticia de la batalla de Ayacucho, que aseguraba para siempre la independencia de la América del Sur, los pueblos argentinos tornaron la vista a sus ríos, a sus llanuras, a sus bosques inexplorados, seguros de sacar de su examen y posesión los elementos de riqueza que debían hacer efectiva y provechosa esa independencia a tan caro precio comprada. Comprendiose desde entonces lo que importaba para el desarrollo de la riqueza de las provincias, el cambiar las dispendiosas rutas terrestres, por las más fáciles, económicas y expeditas que los grandes e inexplorados ríos ofrecen de suyo al traficante industrial. No faltaban

pensadores que entreviesen el porvenir inmenso abierto al comercio por este simple cambio de los medios de exportación de los productos del trabajo, ni capitales para las exploraciones necesarias, ni varones animosos que se ofreciesen para llevarlas a cabo y buen fin. ¡Cuánto camino hemos desandado de entonces acá! El benemérito Soria emprendió con éxito cumplido la navegación del Bermejo, y después de haber triunfado de la naturaleza salvaje en medio de las soledades americanas, después de haber hecho sentir caramente su impotencia a los rudos indígenas moradores de los bosques, aquel Colón de un pedazo de mundo ignoto, el que dejaba trazado el camino de su engrandecimiento y prosperidad a Tarija, Jujuy, Salta y demás provincias del norte, fue arrastrado al cautiverio y retenido cinco años en las mazmorras del tirano del Paraguay; tirano dañino e ignorante aun de su propio bien. Si Soria hubiera podido en 1826 dar cuenta feliz de su comisión a la *Sociedad del Bermejo*, las consecuencias no se habrían hecho esperar un momento. El comercio de las provincias del norte toma desde entonces la vía de Corrientes y Entre Ríos, abandonando para siempre la desierta y prolongada pampa; el Bermejo se cubre de naves; el trabajo toma incremento en los países tropicales; la cultura de la caña de azúcar y del algodón asume proporciones colosales; los productos descienden por los ríos; vivifícase el comercio de Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe, y entonces los caudillos de las pampas desaparecen, faltos de alimento para sus depredaciones. El artículo del tratado de los estados litorales, para reglamentar la navegación de los ríos, tantas veces solicitado y otras tantas eludido por los gobiernos de Buenos Aires, lo dictan los hechos consumados, y lo apoyan el poder y riqueza desenvueltos por el comercio a la margen de los ríos; la guerra civil no tiene lugar; el congreso se reúne solicitado por tan vitales intereses, y el encargo provisorio de las relaciones exteriores, hecho al gobierno que medra con el aniquilamiento de los demás confederados, no

tiene lugar, ahorrándose por tanto la historia registrar tantas páginas sangrientas, la humanidad tantos motivos de vergüenza, y la República Argentina tantos años de retroceso, pobreza y atraso!

Los pueblos de Salta, Jujuy y Tucumán, tenían tanta fe en este porvenir cierto, próximo y floreciente que les abría la navegación del Bermejo, que todos ellos en masa adhirieron tenazmente al sistema de política que había iniciado y favorecido la navegación de los ríos, y anunciado pomposamente la apertura del canal de los Andes, objeto de ridículo para ignorantes interesados. Salta y Tucumán persistieron en este sistema hasta 1831, en que fueron visitados por las hordas de Quiroga; hasta 1841 en que la saña *aleccionada* del ejército de Oribe, segó con las principales cabezas aquella esperanza de porvenir mejor.

No hacemos cálculos imaginarios; no nos abandonamos a exageraciones desprovistas de realidad. Antes que nosotros y con más seguros datos, el ilustre geógrafo salteño, Arenales, hijo del valiente general Arenales, había podido verificar con cifras los hechos en que tan ciertas esperanzas se fundan. «En estas expediciones o negocios [17] —dice hablando de los habitantes de Salta que viajan por tierra a Buenos Aires—, se gana y se pierde como en todo lo demás; pero lo constante es ganar muy poco, por ser muy considerables los gastos de transporte; los personales del negociante en tan largo viaje (420 leguas) y los pechos y gabelas del tránsito. A esto debe agregarse la detención casi anual que sufre un capital sin girar desde que se le va acumulando lentamente en dinero y especies según las ventas».

¡Qué diferencia por la vía del Bermejo! Oigamos al mismo Arenales demostrarlo matemáticamente.

Para formarse una idea de las ventajas que puede reportar el comercio interior, adoptando los trasportes por agua en lugar

de los de tierra, de que actualmente se sirve, se puede tener presente los siguientes datos:

1.º Una tropa de carretas, entre Buenos Aires y Salta, se compone ordinariamente de 20 o de 30 de estos carros. El servicio de ellos en dicha carreta, es un ramo de industria, casi exclusivo por falta de concurrencia, de las provincias de Tucumán y Santiago del Estero, donde se construyen y refaccionan; se les dota de capataces, peones y bueyes; y cuyos propietarios, por consecuencia, corren por sí mismos con el transporte de los efectos bajo ciertas formalidades y precios establecidos. Las provincias de Rioja y Catamarca concurren a esta carrera por medio de Córdoba.

2.º Antiguamente las carretas soportaban una carga de 180 arrobas de peso; pero poco a poco se las ha degradado y hoy solo admiten 150. De este modo, una tropa, por ejemplo, de 43 carretas, admite hoy una carga equivalente en peso a $80 \frac{5}{8}$ toneladas.

3.º Cuanto más numerosa sea una tropa, es más largo y difícil su viaje; se ha indicado ya los varios inconvenientes a que están sujetas estas expediciones, por efecto de la lentitud del viaje, desviaciones, averías, deterioro de los animales, impuestos, y aun registros en el tránsito, etc.

4.º El flete de cada carreta desde Buenos Aires a Salta, importa 260 duros (época de 1825 como término medio). En consecuencia, el costo solo del transporte por razón del flete de 43 carretas, entre los dichos extremos, sube a 11.180 duros, o bien 138 pesos, 5 reales y 3 décimos por tonelada.

5.º Los fletes por agua en la carrera de Buenos Aires, Santa Fe y Corrientes, no se arreglan al número de toneladas que puede ocupar un cargamento; la costumbre más admitida es fletar por bultos, y los precios son tan variables como las diferentes circunstancias que influyen en ellos. Se sabe, sin embargo, que antiguamente de Buenos Aires a la Asunción (como 40 leguas

más arriba de la boca del Bermejo), se fletaba al respecto de 2 o 3 reales por arroba; no hay duda que la concurrencia es hoy mucho más expedita y numerosa que entonces; y de consiguiente, este precio debe cuando menos reputarse en 2 reales. Mucho menor debe serlo desde la boca del Bermejo hasta las Juntas de Salto. Fijémonos en el de 4 reales por todo. En este caso, la carga de las dichas 43 carretas, sería transportada desde Buenos Aires a las Juntas por 3225 duros, esto es, 40 pesos por tonelada. De que resultan las siguientes diferencias a favor de la segunda operación: de total a total, pesos 7955; de tonelada a tonelada, 98 pesos, 5 reales 3 d.

No entran, por supuesto, en estas comparaciones los impuestos de tránsito y aduanas, porque en todas partes los encontrarán los comerciantes y consumidores; y sería necesaria una obra aparte (si no bastan las muchas ya escritas) para persuadir a los gobiernos de cuánto importa a la prosperidad del estado y al aumento del tesoro público, la supresión o disminución posible de tan funesta plaga. Tampoco ha parecido conveniente considerar aquí otros datos relativamente al volumen y precios variables de los efectos de comercio, porque sería detenerse en un sinnúmero de combinaciones, que cada uno podrá ensayar a su modo, y para las cuales prestan suficiente base los principios ya establecidos. Sin embargo, las consecuencias serán siempre ventajosas atendidas las mutuas compensaciones entre la variedad de precios de los artículos con relación al peso, al volumen, o indistintamente uno y otro.

Lo que hay de cierto es que los efectos del país o del interior, ocupan siempre la mejor escala en este orden: 1.º porque los fletes de salida (aguas abajo) serán siempre más baratos; 2.º porque siendo generalmente de menor peso específico, se proporcionará cargar bien todo un buque, sin obligarle a su riguroso calado, lo cual facilita más el viaje. Por lo pronto, al tiempo de abrirse este tráfico, los fletes de la carrera del Paraná subirán algo más del actual precio ordinario, porque

habrá una mayor demanda de los buques que hoy hacen este servicio; y porque, aún con una subida considerable, puede hacer la competencia a las tropas de carretas. Pero luego que el comercio haya allanado esta nueva comunicación y producido una afluencia propia de su influjo y desarrollo, multiplicando las materias y los ramos de especulación, los buques que hayan de servirlo se aumentarán por una consecuencia natural, hasta que su misma concurrencia hará bajar otra vez los fletes al grado más equitativo que sea posible.

Cuando esto suceda, si al mismo tiempo desaparecen las trabas y restricciones en el interior, tanto para el libre tráfico de todo efecto de comercio nacional o extranjero, como para la concurrencia de toda gente útil e industriosa, cualquiera que sea; la exportación empezará a ser cada vez más activa, alzarán progresivamente el valor de los frutos del país, y bajará el de los extranjeros; estas reacciones, acumulando siempre capitales y ganancias, creando ramos de industria por todas partes, y trayendo gente que las vivifiquen de continuo, elevarán la nación a ese grado de prosperidad constantemente anhelando por los pueblos, frecuentemente prometido por los gobiernos, y siempre contrariado por los desórdenes de los mismos, las pasiones de los partidos, y más que todo, por el funesto ascendiente de esas ideas torpes y extravagantes de nuestros antiguos opresores. ¡Cuán bochornoso es tener que confesarlo a los 23 años de haber proclamado una gran revolución, con las ideas más justas y generosas! Pero no hay porqué lisonjear la vanidad nacional, ocultándole verdades que le importa mucho tener bien presentes.

De entonces acá las circunstancias desfavorables de aquellas provincias, no han hecho más que agravarse. Costaría persuadirse en Europa que hay caminos de 420 leguas de tierra, y que hay comercio que se haga por él dejando en

desuso las vías acuáticas. Más admirable es aún que no se hayan despoblado del todo y arruinado ciudades y comarcas tan apartadas del contacto con el comercio europeo que provee a sus necesidades. El estado de postración en que los pueblos han caído, les hace mirar hoy como lejano y dudoso, lo que casi tocaron con la mano en 1826; dejando enervarse el último resto de energía que les queda en cuestiones pueriles de partido, en persecuciones dirigidas contra sí mismos, y en prestar su apoyo a quien no hace más que sumirlos en la desgracia y en la miseria.

Tiendan una vez por todas a echarse en nuevas vías. La existencia les va en ello, el porvenir de allí depende; únanse en un interés común, el del comercio y sus vías expeditas y fáciles; comuníquense sus ideas. Dejen penetrar y discutir las ajenas, y entonces sentirán que la voluntad es un Dios creador cuando se dirige a fines laudables. Los gobiernos del Paraguay, Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe, se reúnen en intereses en el Bermejo con Jujuy, Salta, Tucumán, más tarde con Santiago del Estero, más adelante con Córdoba. Entiéndanse, pues. El general Urquiza, gobernador de una de esas provincias, general de un poderoso ejército, no puede apartarse de los intereses de su propio país sin conspirar a su propia ruina y anonadamiento. El momento es decisivo. El gobierno de Buenos Aires interesado en cerrar la navegación de los ríos a las provincias, el obstáculo eterno a todo arreglo con Santa Fe y Corrientes, se encuentra hoy, en fuerza de sus propios desaciertos y demasías, comprometido o amenazado con cuatro guerras exteriores. Retíradle el fatal encargo, según es el derecho de cada una de las provincias que lo encomendaron, según está capitulado solemnemente en el tratado cuadrilátero que sirve de pacto a la federación. Así se ahorrarán los pueblos la vergüenza y la ruina de un vencimiento, y lograrán asegurar su porvenir comercial, del cual depende la libertad e independencia de cada una de las provincias. Si no hay más

aduanas que la de Buenos Aires; si allí pagan las provincias en derechos de importación los millones que se malgastan en guerras y persecuciones; si tenéis que atravesar cuatrocientas leguas de desiertos, perdiendo en flete todo el provecho del negocio, ¿cómo podrán jamás esos pueblos aspirar a realizar la federación, en cuyo nombre se ha derramado tanta sangre inútilmente? ¿No serían dignos de la maldición del Señor encomendada al profeta Isaías, diciéndole: «ciega el corazón de este pueblo, y agrava sus orejas y cierra sus ojos; *no sea que vea con sus ojos y oiga con sus orejas* y entienda con su corazón, y se convierta y lo sane»? ¿Alcanza por ventura el encargado de las relaciones exteriores hasta pensar por vosotros?

Sometemos, pues, a la consideración de los argentinos el informe del intrépido Soria, como un camino borrado, y que es fuerza restablecer, aclarar y poner en ejercicio inmediatamente. Para los espíritus perezosos, a quienes las dificultades amedrentan, y el tiempo lo miran cual montaña inaccesible interpuesta entre su deseo y la realización, no haremos más que citar un solo hecho. En 1820 el Mississippi y el Ohio cruzaban solo desiertos y bosques enmarañados; tribus salvajes, más bravías e indomables que nuestros débiles indios, cubrían sus riberas lanzando sus inerrables balas sobre el que osara lanzarse en la navegación. En 1824 navegaban con gran riesgo solo 40 navecillas de vela del porte de pocas toneladas. Veinte años después, en 1845, navegaban veinte mil embarcaciones de vela, cargando cientos de miles de toneladas, y cuatrocientos vapores. ¿No sucedería otro tanto en el Bermejo y el Paraná en igual tiempo, o una mitad siquiera de tan rápido progreso? Somos menos activos que los afortunados pueblos que habitan sus riberas, es verdad; pero el comercio y la riqueza que desenvuelve, tienen los mismos instintos creadores en todas partes, y allá como aquí, seguros del lucro, improvisarán naves y pueblos.

La antigua y la nueva legislación de aduana (*Sud-América* de 17 de febrero de 1851)

Sorpréndenos tanto más el desacierto, incuria y mala inteligencia de la política comercial chilena en las ramificaciones presentes y avances futuros y progresivos del comercio del Pacífico hacia el otro lado de los Andes, cuanto que en los ataques intentados desde el Perú y Bolivia, o en su economía interior, la vemos obrando bajo un plan racional, constante y progresivo, procurando la dilatación del comercio por todos los puntos extremos de la república. Hemos mostrado ya el origen y tendencia de la guerra del Perú y Bolivia, que tuvo por objeto asegurar ventajas comerciales, indiscreta y violentamente disputadas y contrariadas por Santa Cruz. Vamos a mostrar ahora el mismo acierto, y aún más, en lo que respecta a Chile mismo.

La España, que impedía la presencia de naves extranjeras en sus colonias, no tomaba precauciones contra lo que hoy llamamos del extranjero, puesto que ella misma era el importador en América de las mercaderías europeas. Todos los puertos de sus colonias debían ser igualmente favorecidos por su legislación de aduana con tal que llenasen las condiciones de seguridad para las naves, y la de proximidad de las poblaciones. Después de la independencia solo pudo

presentarse en nuestras costas el comercio extranjero en relación con los intereses nacionales, el fisco, y la protección a la industria. Entonces solo debió pensarse en cuáles serían los puntos o puertos por donde se daría acceso a las naves extranjeras.

La independencia encontró a los puertos de Coquimbo, Valparaíso y Talcahuano de antiguo frecuentados por las naves españolas, y estos puertos debieron seguir, por el hábito ya contraído, abiertos a las naciones extranjeras puestas en posesión del comercio de que la España se hacía un privilegio.

Estos tres puertos, colocados en el centro y en ambos extremos del territorio, satisfacían cumplidamente a las necesidades primordiales de la población. Conócese el flaco de la raza española en todas partes, el odio, la desconfianza, la hostilidad contra el extranjero, aun en materias de comercio. Tan hondamente está este sentimiento arraigado entre nosotros, que el gobierno de Salta, para secundar las miras del gobernador del puerto de Buenos Aires, cargando de un 25 por ciento las mercaderías inglesas o europeas procedentes del Pacífico, fundaba su resolución en que este comercio era extranjero, a diferencia del de Buenos Aires que era nacional, como si el ser nacional o extranjero pudiese equiparar los costos y fletes de 420 leguas de caminos de Salta a Buenos Aires, con las 199 que hay hasta Cobija.

En Chile no han sido menos fuertes que en otros puntos de América estas preocupaciones, y era de esperar que la política se hubiese dado por satisfecha con la existencia y apertura al comercio extranjero de los tres puertos arriba mencionados. Sin embargo, nótase desde una época muy lejana comparativamente, una tendencia pronunciada en todas las administraciones chilenas, a habilitar puertos al comercio extranjero en cada punto del territorio que ofrece ventajas al efecto, al alcance de cada provincia, de cada nueva población que toma incremento.

Con satisfacción insertamos una serie de leyes que corroboran este aserto, para mostrar el buen espíritu que ha animado a la nación, los excelentes principios económicos que la han guiado desde el principio.

El 8 de agosto de 1828, durante la presidencia del general Pinto, el congreso dictó una ley por la cual se declara puerto mayor a la Nueva Bilbao con el nombre de *Constitución*, para poner en contacto directo con el comercio extranjero a las provincias de Talca y lo que hoy es Cauquenes.

Otro tanto se hizo el mismo año y en 10 de agosto, con San Carlos, en Chiloé, y el puerto de Valdivia, en la provincia del mismo nombre.

Las revueltas que turbaron en 1830 la tranquilidad interior, ni el advenimiento al poder de un partido adverso en principios políticos, apartó a la nación de este buen camino. En julio de 1830, el congreso dictaba una ley que contiene la siguiente disposición:

El Congreso de Plenipotenciarios en sesión de hoy, ha acordado autorizar al gobierno, provisoriamente y hasta que se dé la ley general de comercio, para que pueda expedir licencia a los buques extranjeros que soliciten extraer frutos del país, por los puertos menores, previas las solemnidades de estilo.

La ley sobre comercio de cabotaje declara:

Los nuevos puertos habilitados son, en la provincia de Concepción, Colcura y Tomé; en la de Colchagua, Topocalma y San Antonio de Vichuquén; en la de Santiago, San Antonio de las Bodegas; y en la de Aconcagua, el Papudo y Conchalí.

La liberalidad de la política comercial va hasta proveer de puertos a las minas de cobre, a fin de facilitar su extracción:

Septiembre 2 de 1830. Se autoriza al ejecutivo para que

habilite los puertos menores que sean necesarios, con el objeto de que puedan extraerse por buques extranjeros metales de cobre en bruto, mientras que se publica el reglamento de comercio, y debiendo pagar los exportadores el derecho correspondiente.

Por una serie de decretos y de leyes de administraciones más recientes, Chile abandona a la explotación del comercio extranjero siete puertos de su costa; y abre cuanta caleta se presenta utilizable, ya a la extracción de metales, ya a descarga de carbón. Parece que no necesita el gobierno sino un pretexto, una insinuación, para abandonarse a su inclinación de poner el territorio en contacto con el comercio europeo.

Pasamos por alto la creación de los almacenes de depósito a que hemos aludido, la concesión de privilegios acordada a una compañía de vapores, la admisión de buques de casco y de propietario extranjero a las franquicias de la bandera nacional para los efectos del cabotaje, la extensión dada al número de marineros extranjeros que pueda admitir un buque nacional, y la última medida que completa este sistema liberalísimo de política comercial, cual es el permiso concedido a los buques de todas las naciones para hacer el comercio de cabotaje en despecho de los navieros nacionales que se creyeron perjudicados por esta medida.

Como es nuestro ánimo exponer ante la opinión pública de Chile las causas de la guerra civil de la Confederación Argentina, y los intereses comerciales chilenos que en su desenlace están comprometidos, nos dispensarán si hemos detenido demasiado su atención en reseña que hace tanto honor al espíritu nacional. La Confederación Argentina no tiene puerto ninguno en el Pacífico. Durante la dominación española estaban habilitados al comercio de la España que, como hemos dicho, hacía sola el comercio europeo con las colonias, el Río de la Plata, el Paraná y el Paraguay, que estaban abiertos a las

naves, y todos los puertos de Buenos Aires, Montevideo, Santa Fe, Asunción, eran iguales para la introducción de las mercaderías europeas.

Téngase presente que la colonia española no tomó incremento al principio sino en la Asunción del Paraguay, que dio en los dos primeros siglos de la conquista el nombre a todo el país. Las misiones jesuíticas que de tanto favor gozaron, estaban ubicadas ríos arriba. Santa Fe era el puerto por donde se hacía el comercio del Perú, y las grandes remesas de mulas y de ganado. Montevideo no fue fundado sino en 1760, y Buenos Aires erigida en sede de virreinato en 1776. La libertad de comercio para los ríos era, pues, en el sentido español completa, absoluta, y naves cargadas de mercaderías europeas iban directamente a la Asunción, o a Santa Fe, o a Buenos Aires. ¿Desde cuándo, entonces, la clausura de los ríos ha venido a convertirse en una doctrina nacional, y cómo es que la revolución de la independencia, lejos de ensanchar para nosotros el sistema prohibitivo español, solo ha servido para establecer el monopolio comercial de una ciudad, en detrimento y ruina de las otras riberanas que antes que ella, estaban en el goce pacífico de las franquicias de los puertos?

Algunos hechos históricos bastarán para explicar este raro fenómeno. No bien fue investido con el título de virrey don Pedro de Cevallos, tiró un decreto por el cual establecía provisoriamente, y hasta obtener la real sanción, el comercio de tránsito por Buenos Aires al Perú y Chile, regalía de que disfrutaban ya por ordenanza real de 1765 otros puntos de América. He aquí el decreto:

Don Pedro de Cevallos, etc., etc.—Siendo consiguiente y necesario al distinguido y alto empleo que S. M. (Dios le guarde) se ha dignado confiar de mi persona, por real título dado en San Ildefonso a 1.º de agosto de 1776, constituyéndome su Virrey, Gobernador y Capitán General de

estas provincias del Río de la Plata, Paraguay, Tucumán, Potosí, Santa Cruz de la Sierra y Charcas, con inclusión de San Juan y Mendoza, que componen la de Cuyo, y de todos los corregimientos, pueblos y territorios a que se extienden aquellas respectivas jurisdicciones; que entre los vecinos habitantes y moradores, vasallos de nuestro soberano, haya un recíproco comercio activo y pasivo, así de los frutos y especies que producen los enunciados territorios, como de los géneros y efectos conducidos de España en navíos de permiso, para que de esta suerte se logre el alivio y común beneficio a que tan de veras aspira la real piedad; y que todos sientan los efectos de su benignidad; y que particularmente los corregidores dependientes de este virreinato, puedan sin impedimento trasportar aquellas especies y memorias que son necesarias al repartimiento permitido que han de hacer a los indios y personas de su comprensión; mayormente habiendo cesado aquel penoso antiguo obstáculo de la Colonia de Sacramento ocupada por los portugueses, que hacían suspectos los géneros que se introducían por esta vía, habiéndose, a Dios gracias, verificado su rendición y entero desalojo: con estas consideraciones y otras que me impulsan a promover el mayor servicio de la corona, bien de los vasallos, aumento de los reales intereses, con incremento del erario, establecimiento de este virreinato, bien y quietud de estos habitantes, y felicidad de estas provincias, *he declarado y declaro*:

Que a semejanza de lo que se ejecuta y practica de orden de S. M. en el virreinato de Santa Fe, nuevo reino de Granada, con mucho menos urgentes y poderosos motivos que los que en este existen en el día, serles lícita y facultativa la internación a las mencionadas provincias del Perú y de Chile a los referidos corregidores y a los demás que lo tengan por conveniente y necesario a sus intereses y negociaciones, con la precisa calidad de haber de sacar de estas cajas las guías y despachos necesarios, satisfaciendo los derechos que prescriben las

cédulas y leyes del reino; ejecutándose lo mismo en las dos aduanas de Jujuy y de Mendoza, según las órdenes que tengo expedidas por decreto del día, sin que las justicias, ni persona alguna, les oponga a los introductores el menor impedimento ni embarazo, a cuyo fin se escriba carta a la real audiencia de las Charcas y oficiales reales de Potosí y demás cajas comprendidas en el distrito de esta superior Gobernación y Capitanía General, como también al señor Presidente y Real Audiencia de Chile para los que debieren seguir aquella ruta, bien sea para el expendio de sus géneros o para continuar por Valparaíso a puertos intermedios, o por Copiapó en derechura, a fin de que no experimenten el menor tropiezo. Y para que llegue a noticias de todos la providencia mencionada, se publique en forma de bando en esta capital, y que sacando testimonio por duplicado, se dé cuenta a Su Majestad en primera ocasión.

El tenor de este decreto convencerá a nuestros gobernantes de allende y de acá, Andes de por medio, de la verdad del dicho de Madame de Staël que nosotros traducimos al caso: las barbaridades datan de ayer nomás. La copia de este decreto fue a la Corte acompañada de un largo memorial justificativo que tenía por sùmulas:

El Virrey de Buenos Aires y demás provincias de su mando, informa a Su Majestad acompañando documento, de los motivos que le han determinado a declarar provisoriamente ser lícita la internación de géneros por aquel puerto de los navíos de registro al Perú y Chile en la forma que expresa.

Dicha pieza contiene los datos más curiosos y las ideas más avanzadas sobre comercio de tránsito. En ella se dice que:

Los Corregimientos de las provincias incorporadas en este virreinato reclamaban judicial y extrajudicialmente por la

franca internación de géneros y especies de lícito tráfico, que tenían cortada y únicamente permitida en los distritos del Paraguay, Tucumán y Río de la Plata...; la cual (prohibición) ha producido entre otros perjudicialísimos efectos, la monstruosidad de que los vecinos y pobladores confinantes a la línea divisoria (de Chile y el Alto Perú) donde no ha sido lícito internar, se hayan valido, estrechados de la necesidad, de las negociaciones clandestinas, mediante las cuales los vasallos de un mismo soberano, habitantes de un propio continente, han estado haciendo el contrabando con géneros venidos de España, y de lícita introducción, registrados en Buenos Aires, porque a todo esto les ha obligado la indigencia y estrechez con que se les oprime en las mercaderías venidas por Lima...

Este ramo (tránsito terrestre), que será cuantioso en la aduana de Jujuy, por donde se transita a los pueblos confinantes del Perú, no será menos importante en la ciudad de Mendoza, que es la garganta por donde se interna al reino de Chile, a cuyos vecinos, igualmente que a los de San Juan y demás que componen la provincia de Cuyo, se les ha estrechado con tal nimiedad, que siendo así que todo su comercio activo y pasivo lo practican con este puerto, no se les ha permitido retornar ni aun aquellos efectos limitados que necesitan para vestuario de sus familias, por necesitar que vayan a la capital del antiguo.

En vista de tan poderosas razones, Carlos III expidió un decreto por el cual se declaró que:

Otra igual cantidad del tres (en España) y siete por ciento [18] se exigirá al tiempo del desembarco en Buenos Aires y demás puertos del Perú y Chile, Santa Marta, Hacha e islas de Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, Margarita, Trinidad, en alivio de mis amados súbditos españoles y americanos [19].

De estos y otros documentos, que por brevedad omitimos, resultan verdades que hoy conviene tener presentes:

1.^a Que las aduanas de Mendoza, para Chile; Jujuy, para el Perú, hoy Bolivia, fueron creadas al mismo tiempo que la de Buenos Aires, con iguales prerrogativas e iguales franquicias;

2.^a Que habiendo caído estas aduanas de fronteras en los dominios de sus respectivos gobiernos, como la del puerto de Buenos Aires en el de Rosas, son independientes en su legislación, hasta que se reúna el Congreso, única autoridad que puede estatuir sobre los intereses generales;

3.^a Que los puertos de la Asunción del Paraguay y de Santa Fe, fueron anteriores a los de Montevideo y Buenos Aires, y por tanto estaban habilitados para el comercio europeo en los buques de registro.

Y de todos los documentos federales que llevamos publicados, resulta:

4.^a Que jamás recibió el gobernador de Buenos Aires autorización de las provincias para imponer derechos en las aduanas de Mendoza y Jujuy, que por las leyes españolas gozan de franquicias que ningún Congreso les ha restringido, y que al no haberse constituido la República, las tiene encomendadas a la legislatura de sus respectivos gobiernos.

En cuanto a las ciudades y puertos litorales del Paraná, ninguna autorización ha dado tampoco a Rosas facultad para estatuir nada sobre navegación de los ríos, interrumpida en 1812 con motivo de la separación del Paraguay y el estado de hostilidad permanente en que quedaron las Provincias Unidas con el Dr. Francia; porque siempre estos tiranuelos, como el Dr. Francia y otros tantos de ese jaez, no han hecho más que crear embarazos al comercio y empobrecer a los pueblos. No fue más feliz en este punto el pobre hombre (que Dios haya) Estanislao López, fundador de la federación, y que vio impasible arruinarse a Santa Fe, gestionando débilmente la libertad del comercio, y dejándose llevar de su pereza y de su egoísmo hasta que murió él, y nunca se restableció la interrumpida

navegación; lo mismo que han hecho durante diez años otros gobernadores de su calaña, y todos esos infelices que no saben de la misa la media de lo que tienen entre manos, dejando esquilar, trasquilar, desollar a sus provincias, entregándolas a la codicia de la aduana de Buenos Aires, que con tal de cobrar veinte o treinta mil pesos de derechos al año, dejará que la República se despueble; a bien que cuenta con Chile para que le ayude, sin provecho propio, a consumir el daño.

Júzguese de la capacidad y honradez de esos pobres diablos que debieran estar rezando o cuidando sus vacas, por el hecho siguiente que tengo de boca de uno de los principales actores y testigos de esta traición a sus propios intereses.

En 1831 se reunieron diputados de las cuatro provincias litorales en Santa Fe, para tratar esta cuestión de la navegación de los ríos, de que depende naturalmente la prosperidad y engrandecimiento de la mitad de la república. El resultado de esta tentativa se ve en los documentos oficiales e informes que sirven de apéndice al *Argirópolis*. Espanta ver en ellos los pretextos, las mentiras, las tergiversaciones del diputado de Buenos Aires para evitar el punto de arreglar la navegación de los ríos; pero hay detalles secretos basta hoy sobre esta negociación, que pintan muy bien el carácter de los personajes y los medios puestos en acción en aquella política de egoísmo y de personas. Por entonces a nadie, a lo que parece, le venía la idea de buscar en la isla de Martín García, apenas guarnicionada, la resolución de las dificultades. Ferré, diputado por Corrientes, se limitaba por entonces a pedir la libre navegación del Paraná hasta Santa Fe solamente, esperando del tiempo y de los efectos de esta conquista, la extensión de la franquicia hasta Corrientes. López, de Santa Fe, era, parece natural, el más directamente interesado en el buen resultado de las negociaciones, pues que su provincia era la favorecida. Como el informe de Ferré lo dice, las negociaciones se prolongaban sin fin, por las resistencias del

diputado de Buenos Aires. Un día, sin embargo, y con gran extrañeza de todos, López manifiesta a su agente Cullen su deseo de que la negociación se terminase. Como las dificultades venían de parte del diputado por Buenos Aires, es claro que no podían llevarse a cabo las negociaciones sino cediendo los tres diputados a la resistencia del uno; en una palabra, abandonando el intento de obtener la deseada rehabilitación del puerto de Santa Fe para el comercio europeo. Estupefactos al principio con esta extraña precipitación de López, sospechando enseguida alguna causa oculta, entran en indagaciones. La mujer de Cullen dijo por acaso que había notado que su compadre López cuidaba mucho desde el día antes de la llave de la despensa que contra su costumbre guardaba ahora; la criada de manos de la casa era mujer del ordenanza de López, y por ella se supo que el patrón había estado dos noches antes en el Rosario, y traído una valija muy pesada, de cuyas resultas estaba hinchado el caballo del soldado.

Ahora es preciso volver un poco más atrás para la explicación de este arcano. La junta de representantes de Buenos Aires decretó un voto de gracias al general López por los servicios prestados a la causa federal en la batalla del Puente de Márquez, en que fue envuelto y medio vencido el general Lavalle, acompañando este voto con el ofrecimiento de una recompensa. Rosas, gobernador de Buenos Aires en 1831, consultó a su consejero D. Domingo de Oro, sobre la manera de hacer efectiva esta recompensa. Consultado López por Oro sobre la manera y medio de complacerlo, el jefe entonces de la federación, contestó que gustaría mucho de que le dieran de «la fruta del Perú»; y para hacer efectivo tan pecuniario deseo, Rosas, por consejo de Oro, tiró un decreto ordenando se comprase en Santa Fe, a elección del general López, un campo para estancia del valor de 25.000 pesos. Promulgado el decreto, las cosas quedaron ahí, hasta el momento en que

Rosas tuvo una entrevista con López en el Rosario la noche a que aludimos antes, y por 25.000 pesos que se le debían, y que recibió, López abandonó la gestión de la libre navegación del Paraná, vendió el porvenir de su provincia y la suerte futura de la República. López murió, Santa Fe se ha despoblado, y el interior sigue a pasos acelerados el mismo camino.

Carta a D. Mariano Fragueiro (*Sud-América* de 21 de febrero de 1851)

Mi estimado y antiguo amigo:

El rumor de la polémica que se ha suscitado entre usted y *El Copiapino*, ha llegado hasta aquí, excitando en pro y en contra animosidades y pasiones. «Tengo gran pesar —me dice usted en la suya— en que mi contestación a *El Copiapino* coincida con el nuevo reclamo de Rosas y con el decreto de Belzu; me consuela que la he dado sin poder prever estos sucesos». Agradézcole por mi parte esta atención que no quita que usted profese ideas distintas de las que yo me he propuesto hacer prevalecer. Deploro la acrimonia a que conducen convicciones demasiado arraigadas entre mis amigos, al verse contradichos por escritor, como usted, tan digno de ejercer autoridad sobre los ánimos. No debiéramos por lo menos parecernos, en esta intolerancia, al tirano que combatimos, el cual ha hecho de su *Gaceta* y de sus actos oficiales un arsenal de injurias contra los que no se someten, *perinde ad cadaver*, a su autoridad o a su manera de ver, negando hasta en países extranjeros al hombre el derecho de pensar, si no es para alabarlo y bendecirlo.

Ni me alarman las conclusiones a que lo llevan a usted o sus principios económicos, o el cansancio y la resignación que traen lucha tan larga y al parecer tan estéril, como la que hemos sostenido tantos años. Es el fruto de la libertad de que

gozamos en Chile, el ánimo de decir cosas que, bajo la presión del despotismo, el amor propio callaría. Acaso las punzadas de la polémica lo han llevado a usted por irritación a exagerar ideas que sin eso serían sostenibles. No he estado yo libre cien veces de ese reproche y presiento y disculpo en los otros iguales extravíos. Veinticuatro horas de plácida discusión en *La Puerta* con usted sobre los mismos puntos, me han dado la medida de su espíritu; y como estos diálogos, a veces tan animados, tenían lugar ante uno de los amigos cuyo buen concepto acato, puedo decir que no fueron concesiones de mi parte contra lo que públicamente sostengo, las que hicieron de aquellas conferencias un motivo de satisfacción para usted y para mí.

Para explicar la dirección que hoy llevan mis escritos, repetiré, sin refutar por ahora las consecuencias que usted deduce, algunos principios sentados por usted:

«Los partidos políticos no son otra cosa —ha dicho usted— que partidos industriales; desde ahora dos mil años todas las revoluciones han sido por el interés material; libertad, igualdad, garantías, constituciones, y todo cuanto se pide por los pueblos, se reduce a pedir trabajo y subsistencia para todos».

Si ha examinado usted el espíritu del *Sud-América*, habrá notado cómo he entrado de lleno en esta vía luminosa que me han indicado los trabajos de usted. Esto es lo que pido para las provincias y los pueblos: trabajo, es decir, libertad de trabajar, de comerciar sin fianzas, sin caminos obstruidos por la política; apertura de los ríos para que los productos del trabajo no se disipen en fletes y gabelas; comercio de tránsito para que los productos de la industria europea lleguen a los mercados de las provincias del interior a los precios más baratos. No nos separaremos en esta discusión de camino tan llano y para ambos tan seguro. Así no temo que ningún sentimiento de irritación venga a agriar nuestros debates, esperando, por el

contrario, que no sean más que una continuación de aquellos sostenidos en *La Puerta* y que tan agradable recuerdo me han dejado.

Sea que tantos años de lucha hayan calmado las impacencias de mi espíritu; sea que la convicción de la justicia de la causa que defendiendo haya traído ese reposo inalterable que suele verse en el sacerdote que ve impugnada su fe; sea que me identifique cada día más con mi patria, perdiendo toda exasperación y resabio de partido; sea que acate hasta los extravíos de la inteligencia que cuando son sinceros me inspiran respeto; sea, en fin, que el espectáculo del mundo entero me haga no escandalizarme de nada, lo cierto es que no me alarman muchas de las ideas que usted ha manifestado y que pugnan abiertamente, aun con aquellas que ya habían pasado a sentido común. Allá donde la inteligencia ha llegado al pináculo de influencia que le está reservada en la discusión de los negocios humanos, se han sostenido cosas peores que las que usted sostiene, y por hombres más espectables que lo que podríamos aspirar a serlo nosotros jamás. ¿No ha visto usted a Montalembert sostener que era necesario restablecer la inquisición con todas sus violencias para contener los desmanes del pensamiento? ¿Y no ha sido necesario que el arzobispo de París salga a contener estos furios políticos-religiosos, y negarles la sanción de la iglesia católica, en cuyo nombre hablaban? ¿No ha visto usted a M. Romieu sostener que era llegada para el mundo civilizado la *era de los césares*, contando entre ellos a Rosas y al autócrata de Rusia, como el mejor de los gobiernos posibles, declarando farsas ridículas el sufragio, la representación nacional, el jurado, la libertad de imprenta, y todo lo que sea obstáculo a la voluntad del primer audaz o criminal que se apodere del gobierno? ¿No ha visto usted al duque de Chambord declarar que la Francia es propiedad y herencia suya, y que no consentirá jamás que la voluntad de la nación se arrogue el derecho de concederle la

corona con que aspira a ceñir su frente? ¿Qué alarma, pues, pueden acusarme ideas como las de usted, basadas en principios que yo reconozco legítimos, y solo falseadas en la aplicación torcida a un hecho monstruoso y que protesta contra cada una de las capas de cal con que usted quiere blanquearlo, como el salitre que gangrena las murallas?

«¿Dónde está —dice usted, mi buen amigo— la humillación en estas cartas, especialmente en aquellas circunstancias», al dar a luz las que se cruzaron entre usted y Rosas, con motivo de negarle la policía el pasaporte para salir de Buenos Aires? Yo se lo diré a usted. La humillación está en la ley que acaban de dictar las cámaras de Chile, declarando que por ningún interés la autoridad pública puede estorbar previamente la libre acción del hombre. Está la humillación en que la Inglaterra, los Estados Unidos, la Suiza, habían ya hecho práctico este principio. Está la humillación en que en los estados donde el pasaporte es todavía una formalidad, el gobierno no tiene el derecho de negarlo a nadie, sino por causas que al poder político no incumbe especificar. La humillación está en que tales arrogaciones del poder público, no tienen ejemplo sino donde la dignidad humana está deprimida, como en Rusia, en Austria, y tienen contra ellas el consenso de la opinión de la especie, base sólida de criterio en cosas que afectan al hombre moral. Pero la humillación personal para usted está en que tales usos y prácticas son la irrisión y la burla de sus principios económicos. «Si en la vida —ha dicho usted— todo es propiedad, sea para satisfacer las necesidades del cuerpo o las del espíritu, si estas necesidades se satisfacen con cosas y con actos materiales o materializados, es claro que toda aspiración se reduce en definitiva a la posesión de esos bienes, y que incumbe a la sociedad o al gobierno que la representa, remover los inconvenientes que impiden el uso del derecho de aplicar sus facultades sobre la materia». He aquí, pues, la humillación de esas cartas. Su

libertad de usted de salir de Buenos Aires o permanecer, era una propiedad agredida por el gobierno sin motivo legítimo y averiguado.

El gobierno, en lugar de remover esos obstáculos, los crea, sin que otro gobierno del mundo le haya suministrado el antecedente. Usted tiene propiedades materiales, y no es fuera de propósito sostener que el interés de sus propiedades materiales lo llevaba a usted a salir de Buenos Aires; su propiedad material era atacada, y podía ser disminuida, aniquilada, arruinada, por impedírsele trasportar su persona al punto y en el día, que el conocimiento de sus propios intereses le mostraban conveniente; pues que la intervención de la voluntad ajena, en cosas que ella no conoce, puede traer la perturbación y la ruina de todos los cálculos y combinaciones. Tenía usted necesidades del espíritu, que se materializaban por el acto de desear salir del país, y usted encontró obstáculo al uso de esa libertad. Entonces usted debió reunirse a los pueblos para hacer un trabajo de reacción contra ese obstáculo, sin objeto útil, sin antecedente, y emanado solo del capricho de un mandón que se opone «a la aspiración a la posesión de esos bienes», de que están en posesión todos los pueblos.

Y si el caso de usted fuese único, emanado de una emergencia del momento, merecería disculpa y atenuación. Pero usted sabe que es general, arbitrario y sin regla; que como usted pueden ser afectados quinientos a un tiempo, y que a todos humilla semejante dependencia y subordinación de sus actos, al mal humor, ocupaciones, pereza o mala intención del gobernante. Citarele dos hechos del mismo género que se están consumando ahora mismo y que le darán la medida de lo que importan tales prácticas de gobierno. Hace más de un año que Irigoyen promovió en Mendoza una petición popular para que Rosas fuese reelecto gobernador de Buenos Aires, como si una provincia pudiese entrometerse en los actos puramente

internos de la soberanía de otra. Para dar más pompa a este desatino nombrose una comisión compuesta de don Pedro Nolasco Villanueva y de don N. Llerena, para que fuese a poner estos votos del pueblo de Mendoza a los pies del autócrata. Esto sucedió en 1849. En 1851 Villanueva anda todavía azotándose por las calles de Buenos Aires, esperando que se le permita regresar a su provincia. ¿Dónde está la humillación, dirá usted, en este acto que no solo afecta a un individuo, sino a la provincia cuya sumisión representaba? Pero no se acuerde usted de la humillación. Piense usted solo en el desorden introducido en la propiedad de Villanueva; separado de sus negocios, de su mujer, de sus hijos, y ocultándose de todos para disimular su vergüenza. ¿Sabe usted dónde está el joven Llerena, compañero de diputación de Villanueva? Aquí en Santiago... iloco! pues perdió el juicio, cavilando día y noche, atormentado por el remordimiento de su degradación y de la afrenta que en él recibía su pueblo; y no es conjetura aventurada esta, pues una de las ideas fijas de su locura, fue venir a Santiago a pedir perdón de rodillas al redactor de *La Crónica*, por las ofensas que le hizo como redactor de *La Ilustración Argentina*, en despecho de la prohibición que de consumir tal intento le hizo el gobernador de Mendoza, en despecho de cuantos lo rodeaban y quisieron evitarle tal sonrojo sin objeto.

¿Quiere usted más? El coronel Domínguez, de San Juan, fue también a llevar votos análogos y sufre la misma suerte. Diole Rosas 400 pesos y lo hace aguardar un año, después de haber vendido la camisa para no morir de hambre. Si estos hechos no traen la humillación al espíritu de usted que reconoce la conveniencia y naturalidad de no permitir a los hombres moverse sin el beneplácito del autócrata, contarele una escena que le toca de cerca. Súpela de buena tinta en Montevideo de boca de persona a quien su cuñado de usted, el general Álzaga, se la contó llorando. En 1829, sabe usted que Álzaga, federal,

salió a la campaña y reunió 3000 gauchos contra Lavalle. Recuerda usted la fisonomía arrogante del señor Álzaga, sus modales altaneros, su gallarda presencia y su influencia entre los hacendados. Álzaga, radioso de haber reunido tan crecido número de partidarios, los forma y se avanza él solo al campo de Rosas, que estaba a poca distancia. Venía a ofrecerle el tributo de su cooperación y recibir sus órdenes. Álzaga llega y se desmonta haciendo sonar las espuelas que decoraban sus botas granaderas. Llega con paso firme a la puerta de la tienda de Rosas, y dos edecanes le avisan que no se puede hablar con S. E. el general. Aguarda Álzaga, se pasea garbosamente por delante de la tienda. Eran las ocho de la mañana, y fueron las doce del día, y las dos de la tarde, y al fin las piernas le flaqueaban y vahídos del estómago vacío aturdían su cabeza. Hubo al fin de acercarse al fuego de los asistentes y aceptar un mate, y al fin tirar, a fuer de militar, un tajo en el asado que ellos comían. Usted ha dicho en su carta a Melgarejo que «el amo y el criado, el general y el soldado obedecen a la par». Custine había notado ya, antes que usted, en Rusia esta igualdad en la degradación; porque eso significa su observación de usted, o no significa nada, puesto que en Chile no es una novedad muy grande saber que amos y criados, soldados y generales, obedecen a la par a las leyes. Yo añadiré que generales y amos obedecen aquí mucho más que criados y soldados. Visite usted los tribunales y las prisiones para convencerse de ello. Pero vamos a la historia de su cuñado. El sol se escondió entre las yerbas de la pampa; la noche vino fresca, como había sido ardiente el día, y el general tuvo que aceptar las atenciones de sus compañeros de degradación, los asistentes. Amaneció otro día y anocheció para él, sin cambio de situación, y sobrevino el tercero, y al fin Rosas se asomó a la puerta de su tienda, diciendo: ¡qué! ¡aquí D. Félix Álzaga, el primer federal, el hombre a quien la patria debe todo, y no me lo han dicho! Venga usted acá, compañero, a mis brazos;

traigan mate; hablemos... ¿Qué novedades hay? ¡Qué quiere usted, tengo la cabeza volada! ¡Está visto, no soy yo hombre para mandar! ¡El trabajo me abruma! ¡Hace tres días que no levanto la cabeza de los papeles!...

Álzaga, que sabía que lo había estado mirando tres días expuesto a la vergüenza pública, ajándolo para anularlo y degradarlo, aceptó esta horrible farsa.

¿Qué humillación hay en esto? dice usted. ¡Oh, no, amigo! No venga usted a escandalizar a una sociedad virgen de todas estas aberraciones. Humíllese usted en usted mismo, en sus compatriotas; humíllese usted de haber tenido que decir en una nota al gobierno: «Vine de Chile, abandonando un establecimiento de amalgamación, a pagar deudas antiguas a don Agustín Dhiel... He concluido con ellos... Mis hijos han quedado solos... Con este motivo yo me atrevo a añadir a mi súplica la de los grandes y buenos amigos, los señores Prieto y Bulnes...»

¿...Para qué ostentar la vida privada, hacer confesión general de sus actos, interponer la influencia de potencias extranjeras?... ¿para qué?... Para hacer lo que hace en Chile, sin avisarlo ni a la autoridad del barrio, irse a California o a Europa sin consultar a nadie, sin pedir permiso a nadie; y ¡ay! del que le saliere a preguntar sus motivos, sea presidente, o juez, o gobernador; le daría usted la espalda como a un insolente. Humillación, amigo, humillación, ¡humillación!

Pudo usted decir si hubiese sido, como otros, detenido al salir de Buenos Aires meses y años, lo que el infortunado Soria al escapar de la detención de cinco años en el Paraguay: «Nos hizo notificar (el dictador) que nos veníamos porque él quería; condición de cuya verdad, justicia y bondad, no es posible dudar. Su Excelencia nos detuvo por un acto de su voluntad; por otro acto de su voluntad nos dio la libertad, pudiéndonos dejar sin ella para siempre». En el caso de usted no habría

habido más que el quebranto de su fortuna, como en el caso de Soria hubo el quebranto de la fortuna de seis provincias, *¡porque él quería!*

¿Quiere usted oír la opinión de *La Presse*, diario que en París sostiene la causa de Rosas? Óigala usted (23 de agosto de 1850):

«Si existiese un gobierno tan receloso que ordenase que ningún ciudadano pudiese trasportarse de un lugar a otro sin estar provisto de un permiso especial; que ese gobierno exigiese la exhibición de ese permiso a la entrada o a la salida de cada uno de nuestros centros de población, y eso con el fin de salvar la sociedad y prevenir todos los crímenes, ¿no clamaríamos todos contra el *despotismo*? ¿No habría bien pronto la opinión pública dado cuenta de un orden semejante de cosas? El hombre más tímido, aquel que más se espanta del tumulto, aquel que más miedo tiene de la libertad, ¿no condenaría con voz unánime semejantes medidas?»

¿No se subleva su manso espíritu al presentir la magnitud de las consecuencias? Su conciencia del derecho, de la dignidad personal, ¿no se siente humillada en presencia de estas enormidades? ¡Bien! Yo le indicaré el medio sencillo de hallar norma, base de criterio para juzgar. Reúna en Copiapó un jurado de hombres imparciales, chilenos, ingleses, franceses, que le den su dictamen, lo que sienten, lo que piensan.

¡No!, proteste usted contra esas prácticas que pugnan contra la razón, la propiedad y el derecho. No se prosterne ante Rosas, como ya se lo he dicho otra vez. Ese pobre imbécil desaparecerá sin dejar otra impresión duradera que la aversión a nombrarlo; y usted quedará con su libro *Organización del crédito*. Un día colocaremos en nuestra patria, en el vacío que deje el tiranudo mezquino, el *soberano*, el *Congreso*, la expresión de la voluntad de todos; y entonces interrogaremos

las páginas de su admirable libro para aplicar al gobierno de la sociedad las grandes verdades que usted nos ha revelado. Lo estimo a usted como a todo lo que es inteligente, y me duele verlo abandonarse a ideas que no ha estudiado; a pasiones que no sientan bien a la vejez; al despecho, o a timideces y acomodaciones del desengaño. ¡Ánimo, alma abatida! ¡Levante alta la cabeza! La patria está ahí, pronto la veremos enderezarse, y para entonces lo necesitamos a usted sus admiradores, como su amigo y servidor.

Derechos sobre el jabón de Mendoza (*Sud-América*, 24 de febrero de 1851)

Varios reclamos están pendientes ante el gobierno sobre la aplicación del decreto que reglamenta el comercio de tránsito, en el cual se aumentan radicalmente los derechos del jabón y cecina de procedencia trasandina, de un 6 a un 21 por ciento. La cordillera tiene solo seis meses hábiles para el comercio. En diciembre comienza el tráfico, y conocidos los precios de plaza, se celebran contratos de entrega de los artículos, lo que no tiene lugar sino en febrero, marzo y abril. El decreto de comercio de tránsito ha encontrado al ponerse en movimiento, los jabones de Mendoza, fabricados allá, en camino los unos, contratados los otros.

Sabemos de comerciante chileno que había comprado en Mendoza y vendido en Valparaíso una gruesa partida de jabón. Conocido el precio de ambos mercados, un 2 por ciento de corretaje es ya una utilidad codiciable, pues que todo el negocio se reduce a asegurar una contrata de compra a 8 pesos y otra de venta a 8 pesos dos reales. El decreto viene, interponiendo inopinadamente un 15 por ciento de derechos que no se había previsto, a crear una pérdida segura.

La liberalidad del decreto del comercio de tránsito ha podido ser momentáneamente embarazada por este accidente

que la desmejora, acaso consultándose referir a un principio general los derechos de la aduana de cordillera que, como se sabe, han sido regulados siempre por un sistema diverso que los de mar.

Chile se ha reservado siempre en sus tratados el derecho de favorecer con franquicias especiales el comercio de las repúblicas hermanas. Si esta reserva no es sin sentido, ha debido ser dictada por un sentimiento de equidad. En el estado defectuoso de la producción americana, con sus medios de conducción tan caros e incompletos, equipararlos a los productos análogos europeos, es excluirllos. La tonelada de jabón de los Estados Unidos o de Europa tiene de flete a Valparaíso ocho o diez pesos (20 quintales), mientras 20 quintales de jabón de Mendoza traen de flete 40 pesos. Un derecho de 21 por ciento sobre ambos casos, es en realidad para el segundo uno de cuarenta, acumulado el flete y el derecho.

Creemos que estas consideraciones pesarán en el ánimo del gobierno para tomar el único temperamento que conviene en la circunstancia actual, y es dejar las cosas en el estado que estaban, el derecho del 6 por ciento, hasta que se terminen las especulaciones que buena y lealmente han estado basadas en el dato que las leyes vigentes suministran. Hay en ello reparación a los intereses chilenos comprometidos, equidad para los mendocinos mismos, a quienes la medida actual va naturalmente a hacer mal, pues les defrauda de una esperanza fundada en la ley chilena. Quedan solo dos meses de cordillera abierta, pasados los cuales el comercio de los Andes termina su movimiento. Demórese el cumplimiento de la ley nueva en la parte onerosa hasta algunos meses más, como es la práctica de todas las naciones en casos análogo y por las mismas razones, y los ministros hallarán en el mal que evitan y en el asentimiento universal, compensación honrosa a la idea de olvido o descuido de intereses muy vitales que demandaría esta

omisión.

Como lo hemos indicado antes, el quintal de jabón de Mendoza trae ya dos pesos de desventaja en el flete; esto solo constituye un 20 por ciento en favor del jabón chileno; el 6 era ya un derecho equitativo, justificable en favor de la renta. Si el que impuso este derecho consultó el flete de tierra pagado ya, obró con sabiduría, porque un derecho igual a las cosas que entran por mar y a las que vienen por tierra, importa la exclusión de estas. Ahora, pues, un 21 por ciento de derechos de introducción y un 20 por ciento de flete es un 41 por ciento, que vale la exclusión de la mercadería trasandina del mercado chileno. Es preciso notar que esta es la única producción de aquellas provincias que no pueden exportar a Buenos Aires, y por tanto la que debe el comercio del Pacífico favorecer a fin de ofrecerle un incentivo al comercio. A Buenos Aires y demás provincias, llegan los aguardientes y otros frutos; de las demás provincias traen ganados flacos que convierten en gordura de que hacen jabones, los cuales solo a Chile podían ser exportados.

Esta cuestión de los jabones ha sido siempre un motivo de dudas y cambios en la política comercial de Chile, deprimiendo a veces los derechos, subiéndolos excesivamente enseguida, para volverlos a bajar, y en seguida subirlos, porque falta una base de criterio fija. ¿Han hecho mal los que se contentaron en imponer el 6 por ciento? ¿Han hecho mejor los que lo han recargado de un 21 por ciento? Porque en dos sistemas tan opuestos, error debe haber de alguna parte, a no ser que supongamos que la razón de utilidad no entra en materias de tanta trascendencia.

Hay un hecho notable en esta cuestión, y es que los derechos impuestos al jabón mendocino, son extremadamente impopulares en Chile. Se puede subir al 25 por ciento el derecho sobre los quimones, las lámparas, los azúcares; el pueblo no se apercibe de ello; pero la menor alteración en el

precio del jabón alborota a todas las comadres que lavan y compran el jabón *duro* que estiman, el jabón *de Mendoza*, y no usan sino mezclándolo con el *blando* de Chile. No vayáis a preguntarle a estas gentes por qué prefieren el uno al otro; no sabrán decir sino que les rinde más, que trabajan menos, que la *concha* del jabón mendocino se aprovecha hasta el último, etc. ¿La ciencia no nos dirá nada a este respecto? Nosotros hemos interrogado a persona competente, y he aquí lo que se nos instruye.

Dos sustancias químicas hacen solubles en el agua las materias grasas, o las convierten en jabón. La *potasa*, que se extrae de las cenizas de la madera, y la *soda*, que resulta de la combustión de cierta planta que la contiene en abundancia, como la barrilla de España, el *jume* de la otra banda. Se obtiene la soda artificial de la sal marina por una serie de operaciones químicas complicadísimas. El jabón producido por la potasa, es esencialmente *blando*; el que se produce por la soda es esencialmente *duro*. Se aplica la potasa para el jabón de barba y otros usos de las artes; el jabón de soda es el que se emplea en el menaje; porque el de potasa ataca más con las materias alcalinas el algodón, el lino, el cáñamo, etc. La seda no puede *descruzarse* con jabón de potasa, porque la sustancia de la seda es atacada por la acción corrosiva del álcali. En Europa los jabones que gozan de más reputación en todos los mercados, son el jabón blanco de España y el jabón azul y el blanco de Marsella; el primero hecho con la barrilla de España; el segundo con soda artificial, extraída de la sal marina; pero sea artificial o natural, es la soda y no la potasa la que da sus calidades a estos jabones; porque los oleatos, los margaratos y los estearatos de soda [20] que son las materias químicas que constituyen el jabón, sea que se le prepare con aceites o con gorduras, son superiores a los oleatos, margaratos, estearatos de potasa, por atacar menos por la acción corrosiva del álcali, las sustancias de que se componen los tejidos, y a más de eso

son de un uso más cómodo, en razón de lo compacto de su adherencia y de disolverse más lentamente en el agua, facilitando hasta el fin el frotamiento del jabón sobre los tejidos, que es lo que fuerza a desprenderse a las partículas sucias que están adheridas a ellos. ¿Por qué se prefieren para la barba los jabones blandos de potasa? Porque atacando más súbitamente que los de soda la sustancia misma del pelo, lo hace más fácil a la acción de la navaja. El jabón común de potasa conocido en el mercado de Francia bajo los nombres de jabón negro y jabón verde, se aplica a ciertas industrias, como el lavado y preparaciones de los tejidos en las fábricas, para desgrasar las lanas u otras sustancias, en razón de su acción más cáustica.

Los jabones de Mendoza deben su bondad a la bondad de la planta de que extraen la soda, no habiéndose descubierto hasta hoy en Chile ninguna que pueda reemplazarla con iguales resultados, si bien se encuentran varias que contienen gran cantidad de soda y de potasa. El jabón chileno es aplicado con suceso a desgrasar las ropas gruesas, mientras que el mendocino lo aplican las lavanderas a la ropa blanca que requiere una acción menos vigorosa. Así ninguno de estos dos jabones puede excluir ni suplir al otro en la economía doméstica, y subir demasiado los derechos al uno no haría más que encarecer su uso sin disminuirlo.

Se ha estado aplicando a la fabricación del jabón en Chile la potasa norteamericana que se obtuvo por algún tiempo a 8 pesos el quintal; pero sea la demanda o temporaria escasez en el mercado, ha subido ahora a 20 pesos quintal, y ha dejado de ofrecer ventajas como materia de fabricación.

Mientras estos desesperados esfuerzos se hacen en Chile, los jabones de Mendoza no pueden venderse desde el año pasado en Valparaíso por no pagar la plaza ni los costos. Júzguese de las consecuencias que traerá la alza de los derechos.

El Camino de la Deheza de Santiago a Mendoza en Derechura (*Sud-América* de 1.º de marzo de 1851)

Es el pueblo el más grande de los poetas; la tradición es para él historia escrita en caracteres indelebles en las hablillas populares, transmitida de padres a hijos, embellecida, y exagerada con prodigios y hechos fabulosos. Si Plutarco no hubiese conservado la historia de Alejandro el Grande, el romano, el esclavón y todos los idiomas del norte nos la hubieran revelado en sus cantos, en sus leyendas históricas, que recuerdan un príncipe, un rey, un héroe de su raza que hizo todas las hazañas de Alejandro, o lo que es lo mismo, el noble tipo de la civilización helénica, traducido a todas las lenguas bárbaras, adaptado a todas las razas, a todos los tiempos. Cuando la historia enmudece, la tradición habla; cuando la ciencia olvida, la imaginación recuerda; y cuando los gobiernos duermen, el rumor popular vela, contando una historia fabulosa, allí donde echa menos una verdad, alguna vez conocida o largo tiempo esperada. Los vaticinios son hijos de la conciencia pública que se impacienta de aguardar la manifestación de los hechos, que los ve venir, o que se acuerda confusamente del camino que han traído para producirse en todos tiempos, porque la historia de mil años atrás está siempre viva y como de presente a los ojos del pueblo.

¿Cómo ha de haber dejado el hijo de repetir lo que su padre había oído decir a su abuelo? Y ya tenéis aquí cuatro generaciones tocándose, confundiéndose en un solo instante de la vida.

Apenas nos hubimos acercado a la sociedad de Santiago, pudimos oír de boca de muchos, dicho sin objeto y como cosa averiguada, que aquí al oriente, que nos mostraban, hay un camino recto que va a Mendoza, tan corto que no ha muchos años que un cura venía los sábados de Mendoza en su mula a decir misa a Santiago, y se volvía el lunes a su parroquia. Por mucha extrañeza que nos causase este maravilloso aserto, fuerza era asentir, o si no, dejar de admirarse de tanta credulidad, puesto que son tantos los que lo creen y lo repiten sin dudar de ello un momento.

El canto de la cordillera media entre Santiago y Mendoza, y la vuelta por Aconcagua y Uspallata prolonga en efecto el camino y dobla la distancia. Es claro que si pudiera irse en línea recta, Mendoza sería lugar de paseo para las gentes de Santiago. ¿Habrá, en efecto, un camino en esta dirección que olvidado por los arrieros, los contrabandistas y el gobierno, el pueblo recuerde como en sueños haberse transitado alguna vez? He aquí una duda que me ha atormentado largo tiempo, y he aquí los datos que la casualidad puso no ha muchos días bajo el alcance de mis miradas distraídas.

Con fecha 6 de mayo de 1786, y más tarde en 25 de enero, el marqués de Sobremonte pasó oficios desde Mendoza al presidente de Chile, D. Ambrosio Benavides, y después, en 1788, a D. Tomás Álvarez de Acevedo, incluyéndole un diario de reconocimiento que se había hecho por aquella parte del camino conocido por el de la Deheza, de resultas de haberse informado del ayuntamiento de Mendoza en su anterior visita, ser más recto y que ofrecía por todo mayor comodidad, a efecto de acordar si podría seguirse la propuesta idea de abrirse o

abandonarse por las razones que para ello hubiese. Entonces me hice cargo, añade el marqués, de la dificultad del paso de dos cordilleras y de otros que en dicho diario se figuran, como peligrosos, aunque, según los particulares informes tomados últimamente a los que los reconocieron, no son estas dificultades insuperables, pues afirman que los más de los pasos de dichas cordilleras, no son de piedra, sino de tierra, fácil de remover; que todo el camino es pastoso y sin ríos, y que aún habiendo sacado por su cuenta solo cuarenta y tantas leguas de distancia, creen que sean mucho menos si se puede lograr evitar, como se presume, un rodeo que, al tomarle desde Mendoza, se hace.

Aceptando la idea las autoridades chilenas, cometiose el encargo de reunir datos y noticias al celoso patriota D. Manuel Salas, que tantas y tan fructuosas tentativas hizo para el adelanto y progreso de este país. Era a la sazón síndico del consulado general de Chile, y a su celo y entusiasmo se debieron las informaciones más prolijas y variadas, las cuales forman los voluminosos autos que se siguieron hasta 1806, en que pararon las diligencias en un desenlace tan incompleto como dudoso.

Después de reunidos por el infatigable D. Manuel Salas más de veinte informes, itinerarios de baqueanos y hombres prácticos de la cordillera, todos contestes en asegurar la posibilidad de abrir un camino directo de Santiago a Mendoza por la Deheza, recorrido por centenares de declarantes, los unos que lo han andado cinco veces, los otros cuatro, cual que ha dejado en el valle de Olivares a invernar ganados en el invierno, cual que ha puesto a pastoreo tropas de mulas, quien declara haber pasado por allí envíos de setenta y seis negros, y quien asegura que un correísta frecuentaba ordinariamente esta vía para llevar la valija; con tan seguros datos y el entusiasmo de que parece preocupado el público, a juzgar por

las pomposas descripciones de las ventajas, abundancia y rectitud de este camino, el consulado de Santiago nombró un perito científico para que, acompañado de baqueanos, hiciese la exploración del camino, levantase el plano y estudiase los pasos difíciles, el medio de allanarlos y los costos que demandaría. Recayó dicho nombramiento en D. Joaquín Toesca, arquitecto de profesión por la Real Academia de San Fernando de Madrid, de origen italiano, y constructor, como se sabe, del palacio de la Moneda. No es raro entre nosotros que al inteligente europeo se le encomienden cosas que no son de su resorte, y en nuestro país hemos visto encargar de acomodar un reloj de campana a un diplomático, por solo su fama de entendido.

El informe que dio Toesca puso en consternación a todos los promotores de la empresa, tan desfavorable era, asegurando que ni con millones de pesos se podían allanar las dificultades que embarazaban el tránsito de mulas cargadas. Hace tal contraste en efecto su alarmante relación, recargada de epítetos exagerados y pesimistas, con la uniformidad de las declaraciones de más de veinte prácticos y de personas de todas condiciones, que deja sospechar que su cualidad de europeo *chapelón*, no acostumbrado al caballo ni a las fragosidades de la cordillera, que sobrecogen de pavor a los que por la primera vez las ven de cerca, debió contribuir por mucho, a cerrar en nombre de la ciencia toda esperanza de abrir por este lado el suspirado camino. Su exploración terminó al pie del Tupungato, cuya cordillera no pudo remontar.

El ningún conocimiento y práctica —dice Toesca en su informe— de todos los baqueanos ha sido la causa de facilitar y proponer la apertura de este camino, que es del todo despreciable e irrisible a cualquier facultativo. No saben discernir ni los inconvenientes, ni los embarazos, ni la permanencia, ni las dificultades, ni los costos, sino solamente

llevados de un puro capricho de haber pasado contrabandistas y otros a la desesperada, sea este suficiente motivo para proponer con facilidad que se pueda reducir a un camino real de arrieros. No se duda que en el caso de que se pudiera verificar, hubiera sido mucho más corto que los que actualmente trafican; pero la naturaleza lo ha dejado en tal estado que el arte no alcanzará jamás a superarlo.

Concluye así su trágico itinerario:

Del mencionado Peñón del Valle de Olivares salí a las ocho y diez minutos, caminando estero arriba por la parte del norte, y llegué al pie de la cuesta de Tupungato a las nueve y cuarto. Se empezó a subirla, pero incapaz de encontrar paso por la aspereza del cerro para las mulas, determiné que todos los baqueanos, menos don Martín Jáuregui, que se revolvió desde el valle de Olivares, los peones de las cargas y dos mineros barreteros que yo tenía en mi compañía, se adelantasen todos juntos con barretas, combos y cuñas, por ver si era factible la subida; y después de más de dos horas de haber reconocido por todas partes si era verificable la subida, hallaron que ni a pie pudieron superar los grandes farellones de piedra viva que lo estorbaban.

Haciéndole yo cargo a los baqueanos si no sería aquel el camino, me respondieron Uribe y Arancibia que era el mismo por donde habían transitado con contrabandos, y que las avenidas habían derrumbado aquel corto camino por donde ellos pasaban; y no fue factible, por cuantas diligencias se practicaron, el conseguir el fin. Apenas volvimos cuando se formó en pocos minutos una tempestad de truenos y agua que duró hasta cerca de la oración; y a vista de tantos imposibles se determinó revolver a esta por ser impracticable el reconocimiento que me quedaba de la expresada cordillera de Tupungato hasta la de Mendoza.—Santiago, y febrero 18 de

1799.—*Joaquín Toesca.*

En cuanto a la incapacidad de los baqueanos, de quienes tanto mal dice Toesca, nadie habrá que la ponga en duda. Pero estos baqueanos son los que han trazado todos los caminos de cordillera, donde no es el arte quien los dirige sino la dura necesidad. El camino de los Patos tiene la cuesta de los Maitenes, el Cuzco, y el temible Espinacito, donde el viajero va una hora entera jineteando por el filo de una aguda cuchilla, con un abismo a cada lado, y a cuyas profundidades ve llegar las pedrezuelas que mueve la pata de su mula al caminar. Más terribles son las cordilleras de Bolivia, donde las mulas trepan por escalones escavados en la roca viva, y dando saltos que hacen erizar el pelo al europeo poco acostumbrado a estos casos. En el camino de Uspallata, hay cinco laderas más o menos peligrosas, según que se descuida la reparación del camino, por estar muchas de ellas sobre derrumbes de pedrazón que no permite dar solidez al suelo. Hasta 1835 o más, ha existido en este camino una punta de roca saliente, coincidiendo con un abismo en cuyo borde ponen el pie las mulas. Pasan de doscientas las que se han precipitado, hasta que con algunos tiros de pólvora se echó abajo la punta en que tropezaban inevitablemente los fardos y hacía perder el equilibrio a la mula. Así son todos nuestros caminos, y si el señor Toesca hubiese transitado primero el de Uspallata, habría podido juzgar con conocimiento de causa, la importancia de las dificultades que a él tanto le amedrentaban y parecía cosa llana a nuestros prácticos. Decimos lo mismo del decantado valle de Olivares, que si tiene camino franco y pasto abundante, es un magnífico valle de cordillera, aunque haya tres cuadras de pedrazón en el cauce del río y sus avenidas.

Tanto dolor causó este informe dado en febrero de 1799, que don Martín de Lecuna y Jáuregui, teniente coronel de milicias de caballería del Regimiento del Príncipe y uno de los

comisionados para el reconocimiento del camino de la Deheza en consorcio con Toesca, presentó informe por separado, atenuando las exageraciones pesimistas del facultativo novicio en achaque de dificultades de cordillera.

Quiso la casualidad —dice—, que por no haber concurrido los principales prácticos que don Manuel de Salas había enviado a citar con anticipación a la ciudad de Mendoza, nos hubiese sido forzoso someternos a la dirección de cuatro sujetos que se nos presentaron por tales, para distintos lugares, que lo fueron: Lorenzo Osorio hasta el pie de la primera cordillera nombrada de Olivares o Quiempú; Marcos Osorio hasta el valle de Olivares; y los otros dos, Antonio Arancibia y Nicolás Uribe, hasta llegar a Mendoza. Confiados nosotros en la inteligencia que dijeron tener de estos lugares, emprendimos nuestra derrota, prefiriendo el dictamen del expresado Arancibia por haber transitado dicho camino en cinco ocasiones con cargas de Mendoza a esta ciudad, y muchas otras con bestias sueltas al Valle de Olivares; mas, trascordado con su crecida edad y falta de vista, nos dirigió por sendas peligrosas, a las que a mi regreso, inspeccionándolas prolijamente, encontré desecho.

Llegamos, en fin, hasta donde comienza la subida a la cordillera de Tupungato, poco más de una jornada de lo que tenía yo antes reconocido, y sintiéndome gravemente indispuesto de la edema que me acomete e hinchazón de piernas que me sobrevino, determiné, dos cuabras antes del repecho de la de Tupungato, recogerme para esta ciudad, sustituyendo por escrito la comisión en don Ramón Moreno para que continuase con el arquitecto; pero con notable desconsuelo de no haber podido investigar por mi propia vista los muchos desechos que tienen aquellas sendas como una que yo mismo en tiempos pasados había palpado, y de que a mayor abundamiento, me hallo bastantemente inteligenciado por las noticias que varios prácticos me han suministrado.

Continuaron, en efecto, los dichos comisionados el camino hasta llegar a un peligroso paso situado en el repecho de la cordillera de Tupungato, y como la encontrasen cargada de nieve con las cinco nevadas que en los cinco días anteriores habían caído tanto en esta como en la de Aconcagua y del Portillo, según después se me notificó, hubieron también de regresarse sin dar un paso adelante. Todo esto dio mérito a que no pudiésemos hacer el especificado reconocimiento que deseábamos tanto del mejor camino que hay en el intermedio de la cordillera Quiempú a la de Tupungato; cuando vi toda la longitud del Valle de Olivares que, según cuatro y media leguas que anduve para abajo del dicho valle, y lo alcancé con la vista hasta su término, me persuado tiene de siete a ocho leguas de longitud, cubierto de hermosos y grandes manantiales y de muchos pastos y leñas.

Este informe está hecho con amor, y explicando la causa de cada uno de los tropiezos que encontraron, descendiendo a cómputos prolijos sobre los obstáculos encontrados, y el presupuesto de gastos que demandaría obviarlos, los cuales hace ascender a 17.500 pesos, «según concepto, y alguna práctica que adquirí en varias obras de igual naturaleza que dirigí en la hacienda del Conde de Sierra Bella», entrando en este presupuesto dos casuchas de piedra que deben situarse la una al pie de la cordillera de Quiempú para los guardas, y la otra en el valle de Olivares junto al Arrollo del Peñón.

Igual informe dio D. Ramón Moreno de la Cruz, suplente del comandante Jáuregui, del cual Cruz dice:

No tiene duda, que la población de Mendoza se nos acerca cuarenta leguas menos por el camino de la Deheza, según lo demuestra don Manuel Castillo y consta del expediente. Igualmente se declara en el mismo expediente, que las tropas de consideración y a jornadas comunes, pueden caminar en

ocho días, y un pasajero a la ligera en tres días; que hay abundancia de pastos, alojamientos cómodos con varias casas de piedra, y cómo librarse de alguna nevada intempestiva en el Valle de Olivares, adonde no alcanza la nieve por estar subterráneo en igual paralelo con el de esta ciudad; que por esta razón en este valle se puede perpetuar una población de tres a cuatro vecinos que se avisen en todas las estaciones del año con satisfacción. Este camino se debe abrir más temprano que el de las Hornillas por estar sus cordilleras mirando al norte; que las tropas pueden hacer cinco viajes redondos en cada verano; y diferentes bellas proporciones que anuncian los declarantes. La comodidad que ofrece este camino para la internación de ganado vacuno en abundancia, es la parte más interesante del reino.

Que habiendo salido desde el Peñoncito, en el propio valle de Olivares, en consorcio del expresado D. Joaquín (dirigiendo la ruta Antonio Arancibia), así al primer repecho de la cordillera de Tupungato, y encontrando allí mismo algún impedimento para pasar adelante, y siéndome doloroso quedarnos incios de lo restante, teniendo inspeccionado lo más y más difícil de aquel camino, cuyos obstáculos eran ningunos, sin embargo de habernos conducido la natural ciencia campesina de los prácticos por algunas sendas inusitadas, estando casi a la vista sus desechos, propuse al indicado D. Joaquín aguardásemos un día, ínterin se componía aquel mal paso, supuesto que iban peones con herramientas que lo hiciesen; y siendo contestado que tal vez más adelante encontraría otro peor, se le contestó por mí y Nicolás Uribe que pararíamos 3 o 4 días; a más que estaba en duda si lo haría o no, nos respondió entonces que ni una hora; y aunque el baqueano le instaba que por él no quedaba sino que pasásemos adelante, más que se pasasen en aquel estrecho las cargas en hombros, no condescendió a ello, sino antes mandó retroceder, y esto es lo que por mi parte puedo informar en el particular, y sobre todo deliberará usted

lo que fuese de su superior y justificado arbitrio.

Júzguese la confusión y despecho del buen síndico Salas, que vio, según lo dice en su informe, la inmensa diferencia que hay entre los informes que dan los dos comisionados.

Poco después de este suceso murió D. Joaquín Toesca, y se suscitó pleito sobre la inversión de los mil pesos que se le habían entregado para el reconocimiento y de cuyo reato pretendían los herederos quedase libre con lo hecho.

Con motivo de este pleito, el Dr. Sánchez, agente fiscal en lo civil, dice en un proveído:

Solo ahora ha conseguido instruirse en los diarios y operaciones de los comisionados don Joaquín Toesca y don Martín Jáuregui, por la casualidad de demandarle el general a la testamentaria del primero la cantidad de 800 pesos. No es ponderable cuánto interesa al público, al comercio y a la real hacienda trabajarse un camino de toda seguridad y firmeza que facilite la correspondencia desde Buenos Aires a esta capital, etc...

No obstante esta recomendación, el asunto durmió hasta 1804, en que D. Jacinto Lemos, vecino de Mendoza, hizo propuesta al consulado de Santiago de abrir a sus expensas el camino si se le daba por diez años el permiso de introducir libres de derechos dos mil cabezas de ganado al año. Los miembros del consulado apoyaron la solicitud con calor, en un oficio elevado al presidente D. Luis Muñoz de Guzmán, en apoyo de la real orden de 1801, que permitía la apertura de este camino.

V. E. no ignora que las cecinas que se extraen para Lima forman en este reino el ramo de comercio más considerable; que con ellas se surten estos habitantes que jamás han visto tan subidos precios por su escasez como en estos últimos

tiempos; que ni para los presidios se han aprontado los víveres oportunamente, a pesar de haber logrado tres años tan fértiles y benignos, de que se infiere la escasez general de ganados en las haciendas del reino; y si un vecino de Mendoza puede internar dos mil cabezas en cada año, ¿cuántos miles de animales se internarían por tantos vecinos pudientes como tiene un pueblo numeroso como el de Mendoza? Diferentes ocasiones han tentado esta internación por los otros caminos de la cordillera, y por los perjuicios que han recibido por su dilación, fragosidad y falta de pastos, no han continuado, a excepción de uno u otro aventurero que por el de los Patos han conducido ganado de Santa Fe, por una distancia de más de cuatrocientas leguas que imposibilita surtir el reino como lo necesita. El mutuo comercio con las provincias de Buenos Aires se fomentará considerablemente con la importación y exportación de frutos y especies comerciables, que no se conducen así por falta de mulas como por los precios subidos de sus fletes. El arriero que ahora echa tres viajes por los caminos comunes, se le aumenta a cinco viajes por el de la Deheza, y el comerciante que paga cuatro a seis pesos de fletes, por este nuevo camino pagará dos o tres pesos, y con este motivo podrá con utilidad dirigir sus especulaciones.

Opúsose a la concesión D. Manuel Manso, administrador general de los reales derechos, fundándose en que no especificando la propuesta de Lemos la clase y extensión ni costos de la apertura, podía quedar reducido el camino a solo el tránsito para ganados. Defecto insanable de todos los actos de la administración colonial, fue siempre esta tramitación eterna de las autoridades, consultas, autos, informes, traslados, que hacían durar años y a veces siglos la sustanciación, hasta que se perdía el interés, y el público y las autoridades se distraían del asunto. Llenos están los archivos de América y de Sevilla en España, de preciosísimos documentos de

exploraciones, navegaciones de ríos, lagunas, y otros trabajos, que no han traído resultado ninguno para los contemporáneos y solo sí han quedado como documentos de que debemos servirnos ahora para realizar aquellos trabajos.

Insistió Lemos desde Mendoza, apoyolo de nuevo el Consulado, siguió la chicana y el pleito, y en definitiva dijo el señor Manso en 1806:

Aunque el Consulado esté determinado a admitir la última propuesta de Lemos, y a darle sus órdenes para que principie la compostura del camino con el mayor empeño, a fin de que en este verano se vea facilitada esta resolución, no entiende el que informa cómo podrá llevarse a efecto esta delicada empresa sin orden y mandato expreso del Superior Gobierno, a quien solo y privativamente compete la decisión de semejantes materias...

Mientras el señor Manso entendía cómo pueden llevarse a efecto obras de utilidad pública, la revolución de la Independencia de 1810 sobrevino; el diablo cargó con el superior gobierno a quien correspondía privativamente decidir de estas materias, los autos desaparecieron de la vista, olvidose el camino de la Deheza por la celebridad que tomó en Chacabuco el de Uspallata, hasta que en el año del Señor 1851, sobre la mesa de un artista extranjero, de cuya generosidad esperaba el autor de estos apuntes unas piedras minerales, la vista cayó sobre un manuscrito amarillento y, como son pegajosos los manuscritos, empezó a leer y hojear y ver, y lo obtuvo por 24 horas para saber lo que en ello se contenía, por ser forzoso devolverlo a la señora doña María Rosas, que lo había conservado entre papeles de testamentaría, y lo diera de buena gana para envolver cigarros, si no le insinuasen, como al presente lo hacemos, que papeles de este género no están bien sino en la Biblioteca Nacional, y que haría un señalado servicio en ofrecerlo como un homenaje al progreso y adelantamiento

de la nación.

Cuando San Martín preparaba la expedición de Chile, se hizo como era natural un prolijo estudio de todos los caminos de cordillera.

Hiciéronse entonces varias tentativas, y el ingeniero D. Antonio Arcos fue enviado a descubrir el camino de la Deheza con un baqueano y una partida de seis hombres. Arcos subió hasta arriba de la cordillera del Tupungato, donde encontró una meseta que a la sazón estaba cubierta de penitentes de nieve. El baqueano le aseguró que se extendía más de seis cuadras hasta descender hacia este lado de Chile, razón por la que resolvió volverse, pues es imposible andar entre los penitentes, erizados de púas que hacen heridas profundas a las bestias. El señor Arcos ha asegurado que desde el pie del Tupungato salió al día siguiente y llegó a Mendoza a las cuatro de la tarde. El itinerario de Toesca, marcado por horas de marcha a paso de cargas, no da más de veintidós horas y media de camino desde los alrededores de Santiago hasta el pie del Tupungato, lo que haría tres días de viaje para tropa y uno y medio para pasajeros, comprobando la idea recibida de que solo hay tres días de camino de Santiago a Mendoza. Media docena de jóvenes de buena voluntad, pueden por humorada hacer esta exploración, seguros de encontrar emociones vivísimas, y vistas grandiosas, peligros vencidos, y algo que salga de la monotonía de la vida ordinaria.

El comercio libre por cordillera (*Sud-América* de 17 de marzo de 1851)

Millones de páginas se han escrito en estos últimos años para desvanecer errores económicos, acreditados después de siglos como la espuma y la nata de la habilidad de la política; errores que parecen verdades tan sencillas y naturales que al principio se creyó blasfemia el tratar de poner en duda su evidencia. Sin embargo de todo, nuevas verdades dirigen la política de las naciones más ilustradas, y una grande revolución se ha operado a nuestra vista en la legislación comercial. Es hoy inconcuso, por ejemplo, que cuanto más consume una nación más rica es, por cuanto no puede consumir sin producir valores iguales; como es inconcuso que la baratura de los productos aumenta su consumo, poniéndolos al alcance del mayor número. No es menos incuestionable que los derechos de introducción los paga exclusivamente el que compra y el que consume la mercadería; y que por tanto, todo impuesto que tenga por objeto proteger una industria nacional, no hace más que meter la mano en el bolsillo de los consumidores, que son la nación, y sacarles el valor total del impuesto, sin echar en cambio un medio en el bolsillo de los productores que son los pocos. Sir Robert Peel, como lo saben nuestros lectores, ha sido el primer estadista del mundo que ha comprendido y puesto en práctica estas verdades que encabezan la revolución más grande que se ha efectuado en la política comercial de los

gobiernos.

La Inglaterra ha dado el ejemplo de retirar la protección a la azúcar de sus colonias y abrir sus puertos a la producción de los azúcares del universo, contando con que la presencia de la masa de productos en el mercado, daría el valor real a la especie, sin que, a fuer de súbdito inglés, ningún industrial haga pagar a la nación inglesa precios ficticios a las cosas que consume, ni un fletador de buque lleve más caro que los otros llevarían si se les permitiera concurrir, ni que el pueblo gaste más en pan y carne para vivir, que lo que necesitaría si el pan y la carne de todo el mundo viniese a ofrecérseles a las puertas de su casa.

La Europa quedó en expectativa, medio atónita e incrédula, esperando ver el resultado de la aplicación que de tan liberales principios iba a hacerse, y los resultados han venido a confirmar la teoría, ensanchar el comercio, mejorar la condición de todos y doblar la riqueza; y aunque sean estas verdades conocidas de todos, debemos inculcar en ellas para que se conviertan en sentido común, y se extrañe, no su aplicación a nuestras pequeñas cosas, sino el que no se apliquen cuanto antes a la reforma de nuestra legislación comercial.

Mucho camino ha andado ya Chile en esta dirección, y es de prometerse que ande mucho más a medida que la adopción de una reforma facilite el camino de otras más sustanciales. Nos holgamos de ello, como deploramos los errores en que lo vemos persistir, sin darse cuenta de la trascendencia de sus resultados; resultados que nos hemos permitido exponer en toda su fealdad por lo que hace a las provincias trasandinas, usando de la libertad con que debe hablarse siempre a un pueblo libre.

Hemos dicho que estos errores datan de ayer solamente, y que es tristísima cosa ver que nuestros antepasados los

colonos, tuvieron ideas más claras y sanas sobre política comercial que las que han mostrado nuestros contemporáneos. ¿Qué diría el público de hoy, si le asegurásemos que Chile tuvo hace años ideas económicas que, a haberlas adoptado en sus tratados en lo que hace a las provincias trasandinas, hubiérase anticipado a Cobden y Bastiat en la profesión de las doctrinas del libre comercio, y a Peel en la aplicación de estas doctrinas? El ministro actual de hacienda ha retrocedido en presencia de la introducción de ganados, por ejemplo, libre de derechos, y sin embargo, veinticinco años ha otro ministro no retrocedió ante esta cuestión.

En 1826 la República Argentina reconocía un Presidente y tenía convocado el Congreso, fuente de toda autoridad. En virtud de esta representación de la nación, no el gobernador de Buenos Aires, sino el Presidente de la República, se propuso celebrar un tratado con la República de Chile para favorecerse recíprocamente y extender su comercio. Desgraciadamente, la misma buena voluntad que animaba a los dos gobiernos, fue causa en parte de que el tratado no fuese ratificado. Estipulábase en él «alianza perpetua en sostén de su independencia recíproca». Pero como sobreviniese en el ínterin la guerra del Brasil, en que se trataba de la integridad del territorio argentino, Chile huyó con razón el cuerpo a un compromiso de tanta magnitud, retardando la ratificación del tratado para modificarlo en esta parte que le era gratuitamente onerosa. La renuncia de Rivadavia ocurrida pocos meses después, y la disolución del Congreso, hicieron imposible la continuación de las negociaciones, pues no quedaba autoridad nacional que pudiese tratar en nombre de la República. El encargo de las relaciones exteriores se limitaba a *entretenerlas* y celebrar alianzas para la continuación de la guerra; y el pacto litoral que llenaba este vacío, ni fue aceptado por las provincias hasta 1833, ni se llevó a efecto nunca en la parte que disponía la reunión de una comisión de los gobiernos, establecida en

Santa Fe, para celebrar tratados, ínterin se reunía el Congreso.

El tratado celebrado con Chile [\[21\]](#) y no ratificado, contenía la cláusula siguiente:

Todos los artículos de producción, cultivo o fabricación de las Repúblicas contratantes, *que se introduzcan por tierra* del territorio de la una al territorio de la otra, *serán libres de todo derecho*, y tanto en su tránsito como en su exportación a otro país, serán considerados, para la imposición de derechos, como si fuesen de producción, cultivo o fabricación del territorio en que se hallen.

Tal artículo de un tratado habría honrado la firma de Peel; los Andes desaparecían con él de la carta, y Chile, dando puertos al Pacífico a sus vecinos, no hacía más que extender sus fronteras al otro lado de la cordillera hasta donde la esfera de su comercio pudiese alcanzar. ¿Cómo han podido comprenderse mejor los intereses recíprocos de ambos países ahora veinticinco años que lo que hoy se comprenden?

Y séanos permitido notarlo de paso. Cuando el Gobierno de Chile abrió el comercio trasandino en 1846, el gobernador de Buenos Aires y Jefe ostensible de la Federación, no dejó pasar momentos sin imponer trabas al comercio por esta parte, ruinosas para las provincias confederadas, insólitas en la forma, e inicuas en el objeto. La autoridad que esas mismas provincias le habían presentado para otros fines, la empleaba en perjudicarlas, sin autorización para ello; mientras que el Presidente Rivadavia, jefe del gobierno unitario, lejos de querer forzar el comercio del interior para que fuese a Buenos Aires, su primer cuidado fue abrir de par en par a las provincias vecinas a Chile el comercio con esta república, estipulando comercio libre, recíproco entre ambos países. Triste ejemplo de la miseria humana, y de la veleidad de los pueblos: ¡el benefactor maldecido, el malhechor triunfante y acatado!

Por lo que respecta a Chile, las cláusulas de aquel tratado, y principalmente la que hemos citado y hace a nuestro propósito, serían hoy materia de grave discusión. ¿Aquella absoluta libertad de comercio sería igualmente ventajosa para Chile que para las provincias argentinas? Nosotros creemos que sí; y si nouviésemos en vista que no puede haber ventaja en materia de comercio que no sea recíproca, diríamos que ellas eran más ventajosas aún para Chile. Fundámonos para ello en razones muy obvias y de fácil demostración. Ambos países carecen de industrias fabriles distintas, y dejando a un lado el tabaco de que ya nos hemos ocupado, examinaremos tan solo algunos productos de importancia. Los cultivados, obteniéndose en ambos países a precios poco más o menos iguales, el introductor de un producto igual al que se recoge en la otra de las dos repúblicas, tiene en su disfavor el aumento de flete, y, por tanto, una ventaja suficiente para no hacer concurrencia sino en caso de mala cosecha de la especie, y entonces el introductor hace un señalado servicio al país, estorbando que suba a precios exorbitantes el artículo. Las leyes de Chile sobre cereales, imitando la *sliding scale* de los ingleses, pecaban por ese lado. De Mendoza y San Juan no puede introducirse harina en Chile, porque valiendo ocho pesos el flete de la carga, trae ya el quintal dos pesos de pérdida al presentarse en el mercado; y como los trigos valen ordinariamente allá lo que aquí y aún mas, resulta que solo en caso de excesiva carestía, pueden venir a evitar la hambruna. Ahora, o la ley era inútil, o debió tener presente estos dos pesos de flete, so pena de equivocarse en el momento de la conveniencia de la introducción, o de favorecer las harinas que vienen por mar y pagan menos fletes.

Decimos lo mismo con respecto a los productos vinícolas. No puede introducirse vino por causa del flete que absorbe el valor de la especie, ni aguardiente, sino cuando este producto tome un precio exorbitante en Chile. El barril de carga de

mulas mide dos arrobas, trayendo ya al mercado dos pesos de pérdida en arroba. Si con dos pesos de pérdida aún les hiciese cuenta venir a competir con los aguardientes del país, es preciso que estos estén fuera de la condición normal de los precios de las cosas, puesto que valiendo en la otra banda la tierra y el salario lo mismo que en Chile, el cultivo de la vid debe dejar en ambos países provechos idénticos. Dos pesos de flete por arroba que vale en el mercado cuatro y aun cinco pesos, es ya un derecho de un cuarenta o de un cincuenta por ciento.

Chile es un puerto continuo desde Valdivia a Copiapó; tiene mercados para las cecinas desde California hasta Coquimbo, pues aún parte de sus provincias no producen ganados. Abastece a mil buques y abastecerá a dos mil dentro de poco tiempo. Cuanto más barata venda la carne, mayor será el consumo, pues hay pueblo, como el inglés, que consume libra y media por persona, mientras que Chile tiene provincias en que el pueblo de los campos y los peones no comen carne. En prueba de que la carne no abunda, tenéis una ley draconiana que habéis reformado, sin poner en relación la pena con el delito, para proteger con el terror las vacas. Los buques consumirán más, los pueblos del norte consumirán más, y mayor cantidad exportaréis de cecinas si os hace cuenta venderlas más baratas. Ahora, como Chile se extiende a lo largo quinientas leguas, las provincias pastoras del sur no pueden enviar ganados en pie a las provincias del norte sin recargar excesivamente su valor; de manera que especie de tan primordial consumo tiene en cada localidad precios distintos, sin que se pueda equilibrar a un término medio aproximativo, que es la base de toda exportación; pues si Concepción puede exportar cecinas o proveer de carnes, Aconcagua no puede hacerlo en iguales términos, Coquimbo menos, y de Copiapó no se hable.

Luego, los ganaderos chilenos, si se admiten sin derechos

los ganados trasandinos, ¿pierden del valor a que venden actualmente sus ganados? ¡Error! ganarán más, y ved cómo. No es ganadero sino el que tiene terrenos eriales para mantener el ganado; el terreno tiene su valor fijo, el ganado no; si este se vende barato, es porque el ganadero puede comprarlo barato; cuanto menos capital invierta en el valor del ganado, mayor será la importancia que adquiere el terreno, porque es la posesión del terreno la que permite esperar la reproducción, que es el producto de ese terreno, y no del capital invertido en ganado; pues una vaca que vale veinte pesos, no pare más terneros al año que otra que vale diez pesos, como debía ser para que el producto correspondiese al capital invertido. Luego el interés del propietario está en que sus vacas no valgan mucho, a fin de que con menos capital se obtenga el mismo número de terneros. Si las vacas valen veinte pesos y el novillo se vende a veinte pesos, ganará el doble cuando las vacas valgan diez pesos, y los novillos vendibles diez pesos, pues que valiendo el casco de la hacienda cien mil pesos, le dejó de utilidad diez mil en novillos, a diez pesos, con la mitad del capital que invertía con vacas a veinte pesos.

La verdad de esta doctrina común a todas las industrias, es más sensible a la ganadería, expuesta, como se sabe, a la mortandad, y por tanto a la pérdida súbita del capital invertido en ella. De los estados publicados en *El Araucano* de la mortandad de animales que ha habido en solo las dos provincias de Talca y Concepción, resultan las siguientes cifras: 16.462 animales vacunos, 10.549 entre yeguas y caballos, 760 mulas, 108 burros, 179.942 ovejas; capital perdido. Ahora vamos a cuentas, señores propietarios, que no sabéis sacarlas muy cabales en materia de internación libre de ganado. Si valía diez pesos la cabeza de ganado, habéis perdido 164.462 pesos; y si quince, 246.693 pesos. Si los caballos valen diez pesos, habéis perdido 105.549; pero si solo valieran cinco pesos, no habríais perdido más que 52.774 pesos.

Pero como para reemplazar las pérdidas después de la mortandad, es preciso comprar ganado al precio subido que adquiere, resulta que perdisteis 246.693 pesos; que tenéis que desembolsar para reponerlo otros 246.693 pesos, más el exceso de valor que adquiere con la escasez, o lo que es lo mismo, que pagáis las hechas y por hacer, y que la tiranía que ejercéis sin provecho como vendedores de ganado caro, la sufrís vosotros mismos, y con usura, cuando sois compradores, so pena de aguardar años y años con el casco de la hacienda vacío, que es lo que hacen los más nulos o los más pobres.

¿Qué remedio a tanto mal? Dejar venir, varones benditos, el ganado de los países trasandinos, que estando paralelos a Chile, entran por todas partes, renuevan el capital de las haciendas, pueblan los potreros de engorda, aumentan el consumo sin disminuir la ganancia relativa al capital invertido, facilitan la mayor exportación bajando el precio de la mercadería, proveen en mayor cantidad a los buques, reponen inmediatamente las pérdidas de la mortandad invirtiendo menos capital, y, por tanto, ganando más. Así lo entendía el Consulado Real en 1806, clamando porque se facilitase la internación de millares de cabezas de ganado de Mendoza; así lo entendió el ministro Gandarillas en 1826, declarando de libre comercio las producciones de Chile y las provincias trasandinas; así os lo aconseja vuestro egoísmo y vuestro interés personal. Mientras que esto escribimos, los ganaderos chilenos mandan a Mendoza a procurarse vacas, al precio que las hallen; no importa qué derechos tengan que pagar, pues más vale tenerlas caras, que mantener desiertas sus haciendas.

Tal es la importancia del comercio trasandino que Chile debe procurar y asegurar los caminos existentes, abrir otros nuevos al sur y al norte, para atraer la concurrencia de ganados desde Buenos Aires a Concepción, desde Córdoba a Aconcagua, desde la Rioja a Coquimbo, desde Salta a Copiapó. El puerto de Caldera no será gran cosa, si el ferrocarril no

puede llevarle carne barata para proveer a los buques, y mantener la población. ¡Cuál fuera el cúmulo de materias comerciables, introducidas en Chile anualmente, si en lugar de ayudar a destruir aquellas provincias como lo ha hecho durante veinte años, hubiera por egoísmo protegídalas contra los avances y política ruinosa del director de Buenos Aires, que no entiende palabra de esto, que hace el mal sin saberlo, y solo por orgullo y avaricia! El comercio de Chile es tan útil a Buenos Aires, como a Mendoza y San Juan; porque los ganados vienen de la pampa, por ser los más grandes y los más baratos, y la exportación se aumentaría hacia el Pacífico, si hubiese seguridad en los caminos, postas-corrales para evitar las disparadas, que son tan fatales, al menor ruido que amedrente el ganado por la noche; si se abriese el camino del mariscal Cruz de Concepción a Buenos Aires, que dista solo 150 leguas, y aún menos, a las primeras haciendas pobladas de ganados.

Todas estas mercaderías concurren a hacer la vida barata; porque la carne, tanto como el pan y el tabaco, son artículos que entran en el consumo de toda la sociedad en masa; el tabaco es una necesidad cuyo uso tiene límites independientes de la voluntad y de la fortuna; el uso de la carne debe estimularse, desenvolverse y extenderse a todas las clases de la sociedad. La vida barata es el único principio económico, la única teoría que ha recibido los honores de servir de base a una gran reforma legislativa. ¿Qué ha hecho la gloria de sir Robert Peel? En 1841 el célebre ministro dejó espantados a los *tories* con una profesión de fe económica, a cuya realización consagró toda su vida. En 1843 declaró que el principio de su política comercial era la supresión de todo derecho *prohibitivo*, y la reducción de todo derecho *protector*, y de 1700 artículos de la tarifa que pagaban derechos de importación, 750 fueron de un golpe reducidos. La prohibición del ganado vivo, se cambió en un derecho moderado. Redujo el derecho sobre el café, las lanas y los azúcares extranjeros. En 1845 fue más

adelante; 430 artículos de la tarifa fueron libertados de todo derecho; se suprimió completamente el derecho sobre las lanas, y se hizo una nueva reducción sobre los azúcares. En enero de 1846 dio su último golpe, la supresión de todo derecho sobre los trigos extranjeros. El gran principio en que estaba fundada esta política osada, y que es hoy el blanco a donde se dirige la legislación comercial de todos los países, era sencillísimo. La baratura desarrolla el consumo; el gran consumo provoca la producción, y el desarrollo de la producción eleva el salario, demandando brazos. No hay más protección útil y productiva para la industria; baratura de precios. Un hecho estadístico entre mil puede citarse en apoyo de esta verdad. En 1842, 35.000.000 de kilogramos en tejidos de algodón costaban en Francia a los consumidores 60 millones de francos. En 1847 sesenta millones de kilogramos en tejidos valían sesenta millones de francos. El salario había subido de un quinto, mientras el valor de los vestidos había bajado de la mitad. Apliquemos esta teoría al consumo de carne en Chile, donde hay una parte de la sociedad que no la usa como alimento ordinario. La carne está en el caso de los cereales ingleses, producción aristocrática y privilegiada del país. Suprimid en absoluto todo derecho, y entonces tendréis que con la cantidad que hoy se compra la carne del mercado se comprará el doble de carne; que bajando el valor de la materia primera, que es el ganado flaco, se doblará el número de los que la benefician por la engorda, que es la agricultura, porque se necesita menos capital y el producto es el mismo, es decir, una cantidad dada de carne y una cantidad dada de gordura. Milita en favor del comercio libre de ganados una circunstancia particular del comercio trasandino que, de un mal que es general, se convierte en un bien especial para Chile. La cordillera no es transitable sino durante cinco o seis meses del año. Los introductores de ganado concurren todos en esta época, y como el precio de toda mercadería resulta de la

cantidad de la especie ofrecida, el valor del ganado bajará al mínimo posible, según que sea mayor el número introducido; porque es mercadería que no admite esperas, que no se deposita en almacenes, pues sus almacenes son las estancias o los potreros, y nadie puede guardarla que no posea este complemento indispensable, el forraje. Los seis meses restantes del año, quedan, pues, exclusivamente fijas en precios, según la demanda y consumo de las carnes.

Citaremos aún como punto de comparación la historia curiosísima del mercado de huevos de gallina en Londres y las leyes que sobre ellos se han dictado. Los propietarios chilenos no se alarmarán mucho de que se declaren de libre introducción los huevos de gallina trasandinos, y sin embargo, los mismos principios militan en favor del ganado que de los huevos; una y otra son producciones alimenticias; una y otra son producciones chilenas.

En 1314 Eduardo II, «atendido el intolerable precio de los bueyes, vacas, corderos, puercos, patos, capones, pollos, pichones y huevos», ordenó, bajo pena de confiscación, que se vendiesen los huevos a veinte por un penique. En 1374 se prohibió a los revendedores de gallinas salir fuera del mercado al encuentro de los vendedores de campaña, obligándoseles a comprar a las tres de la tarde, después que los lores (los ricos) se hubiesen abastecido de primera mano, disposición que trajo «una carestía intolerable», según lo declaró una nueva ordenanza del rey. Dos siglos después, «a causa de la insoportable codicia de los vendedores de gallinas», otra ordenanza mandó dar cinco huevos por un penique. En despecho de tan solícitas previsiones, diez huevos equivalían a dos libras de carne de buey, que es el doble del valor que hoy tienen en Londres en proporción a la carne.

En 1815 se comprobó que de Berwick con un mes de viaje en buques de vela, entraban en Londres en huevos por valor de 35.000 libras esterlinas.

En 1820 penetraron en Inglaterra 31.000.000 de huevos extranjeros, mediante un fuerte derecho. No obstante este derecho, los huevos de Francia podían venderse tan baratos que su introducción obró una revolución en el mercado. Pilas enormes de huevos en los bodegones tentaban al público con la inscripción «24 por un chelín».

En 1825 la Irlanda fue llamada por la navegación del vapor a participar de la introducción de huevos en Inglaterra por valor de un millón de libras esterlinas. El resultado de las medidas últimas de libre introducción de materias alimenticias en Inglaterra, ha sido que hoy se consumen en Londres ciento cincuenta millones de huevos. La baratura de los huevos a causa de la importación ha hecho nacer una nueva especie de consumidores; los huevos no son ya un lujo de que el pobre esté privado, y se calcula en término medio que cada habitante de Londres, pobre o rico, consume 50 huevos al año. El comerciante por menor los compra al empresario en grande, que suele serlo una compañía de vapores; y como por más rápida que sea la travesía, los huevos llegan a diversos grados de frescura, su precio está en relación con todas las fortunas. La Francia y la Irlanda envían huevos baratísimos, y los criadores de gallinas se proveen en cambio de otros artículos que le son más necesarios que los huevos. Todos ganan en el cambio. La industria de cada país es estimulada, y las necesidades de cada uno satisfechas.

Apliquemos estas noticias suministradas por Dickens al ganado extranjero, y cada uno comprenderá su ventaja. El dueño de potreros artificiales, invirtiendo menos capital en la compra de ganado, pudiendo remontar su hacienda sin atenerse a la reproducción que obtiene, hará servir su casco de tierra no solo para este objeto, sino de almacén, si es posible decirlo, donde estén depositados ganados de todos precios y edades, novillos, vacas, bueyes, terneros, para vender más en grande y a más bajo precio, pues el precio de compra es más

barato. ¿A qué propende hoy el comercio? A vender lo más barato posible, para crear mayor número de consumidores. Con mucho capital en ganados se vende caro y poco; introduciendo ganados, se vendería mucho y barato.

No terminaremos este artículo sin hacer otras observaciones muy del caso. Supongamos que un ministro de hacienda se elevase a la altura de Gandarillas en el tratado que analizamos; que quitado el estanco, dejara entrar el tabaco libre de derechos, o con derechos ínfimos, para ahorrar al pueblo un desperdicio de dinero; que se dejase penetrar el ganado por todas partes, por cada quebrada, ladera y boquete de la cordillera que a los hacendados conviniese; ¿para qué servirían entonces las aduanas de cordillera? Las mercaderías extranjeras han pagado derechos en tránsito y deben comprobar su exportación por la tornaguía que debieran dar las aduanas de Mendoza, San Juan, etc., refrendada por un comisionado consular o un aduanero chileno, como se hace en las aduanas unidas de Alemania. ¿Quién paga entonces los 42.000 pesos que cuesta el resguardo desde Copiapó hasta el Maule? Aun con los derechos exorbitantes que tenía antes el ganado, solo subía el producto de todas las aduanas de cordillera a cosa de 14.000 pesos anuales, perdiendo el estado cerca de 30.000 en guardar el paso y los boquetes y las encrucijadas. ¿Quién paga estos 30.000 pesos perdidos de la renta anualmente? ¡Qué lucido negocio! ¿Gastáis 40.000 pesos al año para recoger 14.000? ¿O también es esto una prima pagada a los aguardenteros y jaboneros, cuyo beneficio paga el pueblo consumidor en el valor del derecho, perdiendo además el estado una parte no despreciable de su renta?

Ya es tiempo de salir de este sistema ruinoso. Habéis abolido el pasaporte, habéis de quitar el derecho del 250 por ciento al tabaco; habéis de abolir el 6 por ciento sobre los ganados, porque os conviene; quitad ese espantajo de resguardos que no tienen nada que guardar; entrad en la

grande idea de Gandarillas y reivindicad vuestra anterioridad a Cobden y Robert Peel; suprimid los Andes y haced de la otra banda vuestros almacenes de reserva, vuestra provisión de los ganados que venderéis en el Pacífico; el lucro todo es para vosotros que recibís la materia y la elaboráis por la reproducción, por la engorda. Hacednos el favor de enriqueceros. Hay en Buenos Aires propietarios de un millón de vacas. Comprad muchas baratas, vended mucho ganado un poco más caro, dejad los terneros; comprad de nuevo vacas, y con un miserable casco de hacienda, daréis así, con facilidad de adquirir vacas baratas, un movimiento triple a vuestra fortuna, sin esperar diez años para que se repueble después de la mortandad.

¡Enriqueceos, hacendados chilenos, y que la carne ande a rodo! Dios os lo pagará, porque Dios es muy misericordioso con los pueblos que saben enriquecerse. Ved, si no, cómo llueven sus bendiciones sobre la Inglaterra y los Estados Unidos. Hasta oro les da en los países que como California estaban habitados por pueblos pobres, y que de puro pobres no veían el oro que hacía dos siglos andaban pisando; porque es la pobreza la que pone vendas en los ojos y hace ver visiones, aun en las cosas que nos son más útiles y favorables. Comercio libre por los Andes, y agregaréis a vuestro dominio comercial ocho provincias, sin tomaros la pena de conquistarlas y dejándoles a otros la fastidiosa tarea de gobernarlas.

Antecedentes de un reclamo de extradición (*Sud-América* de 24 de marzo de 1851)

Hemos publicado ya algunas de estas piezas muy ilustrativas de la política americana, absteniéndonos de hacer comentario ninguno sobre ellas, seguros de que su sola lectura bastará para que el juicioso lector les dé toda su importancia.

El gobernador de Buenos Aires, es, como todos saben, el campeón americano de la no intervención en los negocios domésticos de las repúblicas. A esta idea y a este propósito hace diez años que las rentas de la república que le obedece se sacrifican en Montevideo, que la sangre corre sin tregua, que las fronteras, los caminos, todo está abandonado; que ha sido autorizado para no hacer nada de interés público, a fin de cuidar exclusivamente de que nación alguna se entrometa en las cosas americanas, es decir, las suyas. El Brasil, la Francia, el Uruguay, el Paraguay, todos sus vecinos deben suscribir a este pensamiento. El Presidente de Bolivia había ya de *motu proprio* entrado a clasificar de salvajes unitarios o de federales a los argentinos residentes en su país desde 1831.

Era de esperar que el gobernador de Buenos Aires fuese muy celoso a su vez de no entrometerse en los negocios ajenos. Pero, con gran sorpresa, hemos visto que intima su desagrado a ese gobierno de Bolivia, amenazándole con un rompimiento si

no destituye un empleado diplomático suyo en Europa. ¡Cómo! ¿No es privativo de un gobierno americano hacer estos nombramientos sin consultar a nadie? ¡No! El individuo nombrado no le gusta a Rosas, y es preciso destituirlo.

Ahora tenemos otra exigencia con respecto a Chile. No le gusta el intendente de Santiago. —Señor, si ya ha sido mudado hace mucho tiempo. —No. ¡Es preciso reprimirlo, so pena del desagrado de Rosas!

¿Qué ha sucedido para tanto enojo con el pobre intendente de Santiago? Que el *bandido, infame, despreciable, traidor, salvaje unitario*, Domingo F. Sarmiento, se había presentado a la intendencia de Santiago exponiendo que se encontraba en aquella capital un individuo enviado por el gobierno argentino para asesinarlo.

¡Ah... hideputa tonto! Al freír de los huevos se verá quién es el bandido salvaje. Todavía no están echadas las últimas cartas del juego.

El gobernador de Mendoza nombró un tribunal militar para levantar información sumaria sobre la atroz injuria. Recayó el nombramiento en el teniente coronel Santiago Garay, ánima bendita, pues ya fue fusilado por salvaje unitario, como fue degollado el Dr. Maza por salvaje unitario, después de haber levantado el sumario de los Reinafé. ¡Ay de los encargados de los sumarios! Llamados a declaraciones, un tal don Ramón García, don M. Olascoaga, y otros, resulta que en efecto, el intendente de Santiago los llamó para hacer lo que se llama ordinariamente verificación de identidad de una persona, y que dicha persona resultó ser un tal Pedro Serrano López.

Hasta aquí no hay nada que pueda herir la susceptibilidad más quisquillosa e inquieta. El jefe de policía puede verificar la identidad de persona de cualquier individuo, para los fines que le convenga, sin dar de ello cuenta a nadie, y sin inferir agravio aún al mismo objeto de esta formalidad. ¿Qué motiva entonces

la queja? No lo que hizo el intendente, sino lo que los declarantes *creen* que fue la causa y objeto de la verificación. Un cuento inventado por un coronel Mur, que les dijo que sabía que... ¡qué sé yo! Todos los declarantes añaden a la simple relación del hecho, «que lo que *creen* que hay en este asunto, es que el intendente de Santiago trató de esclarecer un infame y calumnioso aserto del salvaje unitario D. F. Sarmiento...» (declaración de R. García) y «que *creen* que todo sea originado de un infame y calumnioso denuncia que el *perverso salvaje* unitario D. F. Sarmiento ha hecho a la citada intendencia...» (declaración de Manuel Olascoaga.)

¿Habrased visto godos más frescos que estos? ¿También ellos me tratan de salvaje, perverso y unitario? ¡No faltaba más! ¡Tales tratamientos, aunque inmerecidos, no los acepto, sino de personas colocadas en alta posición, de gobernadores, capitanes generales, encargados de las relaciones exteriores, diputados en sus asientos de legisladores! Ténganlo así entendido García y Olascoaga, para que otra vez no se desmande su lengua viperina. Así el señor gobernador y capitán general de la provincia de San Luis, preguntaba no hace un mes a un pasajero:

—¿Conoce usted o ha visto en Chile a aquel bandido, aquel salvaje... aquel... ¿cómo se llama, secretario? Busque en la *Gaceta*.

—Sarmiento, señor.

—Ese; qué corrompido es, ¿eh?

El gobernador este, para comprender la sal del cuento, es un jayán que no cabe por la puerta, y tan entendido que por poco fusila a un ciudadano por haberse llamado en una petición, el infrascrito.

—¡Cómo! —dijo el señor gobernador Lucero, montando en cólera—. ¿Quién lo ha hecho infrascrito a él? Aquí no hay más infrascrito que la *autoridá*. Y golpeándose el pecho con calor,

añadía: yo soy el único infrascrito aquí. Vaya a traerme preso a ese que se arroga los títulos de la *autoridá*.

Tuvo consideración el señor gobernador con el infeliz; pero hasta ahora le ha podido entrar que sea lícito a uno que no sea gobernador llamarse infrascrito.

Pero volvamos al caso. Como era de esperarse en vista de la sumaria levantada por el juez militar *ad hoc*, Garay, ya fusilado, y las declaraciones del godo viejo García, con quien estuve tomando mate en Aconcagua hace seis días, y de Olascoaga y los demás, el encargado de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina, ilustre restaurador de las leyes, gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires, brigadier don Juan Manuel de Rosas, «hizo el uso correspondiente ante el Exmo. gobierno de Chile, solicitando el condigno castigo y expulsión de Chile del *refugiado* Sarmiento, y reprensión del intendente de Santiago, como lo notará S. E. en la *circular* que en esta fecha se le dirige al adjuntarle copia autorizada de la nota al gobierno de Chile».

Aplaudo, querido, lo de la circular, sin que lo de la copia autorizada me tome de nuevo; pero en cuanto a la expulsión, porque García y Olascoaga *creen* que yo tengo arte ni parte en la verificación de identidad de persona hecha en el tal López, no corre tanta prisa, que harto tengo que entender en mis negocios para dejarme expulsar así nomás por responder a chismes y conjeturas. No es cosa tan aína en Chile expulsar hombres, como por allá. El suelo de este lado de los Andes es pegajoso, y no se arranca a un hombre de él a dos tirones.

Sorprendidos por la novedad de esta historia que encontramos en los diarios del Entre Ríos, hemos querido saber quién era este tal López cuya cara no vimos nunca, y hemos sabido de la posadera de la Posada de Chacabuco, que el tal estuvo allí, en efecto, alojado, que se anunciaba como conductor de dos mil cabezas de ganado, y que de la noche a la

mañana se fue sin arreglar la cuenta de la posada.

Por otros hemos sabido que es un prisionero español tomado en 1814 en la rendición de Montevideo, avecindado en Córdoba, desde donde se fue a España en 1831, a hacer reconocer sus servicios, cuando los ayacuchos estaban en el poder; que sentó plaza y se distinguió por su valor, hasta ascender a teniente coronel; y que con la caída de los ayacuchos u otras causas volvió no ha mucho a Córdoba, donde encontró sus negocios en mal estado. Es cuanto sabemos sobre el particular; y si la policía de Santiago le anduvo tomando las vueltas, es cosa que no nos atañe ni sorprende, porque es incumbencia de sus sabuesos averiguar lo que les interesa conocer.

Pero, dejando a un lado lo que hay de burlesco en este asunto, debemos dar algunas explicaciones sobre puntos muy capitales, necesarios para la inteligencia de este asunto. Los diputados de la Junta de Buenos Aires, D. Manuel de la Torre y D. Baldomero García, han pronunciado largos discursos en las sesiones de aquella cámara, enseñando al gobierno de Chile lo que el derecho de gentes prescribe y lo que las naciones han practicado con respecto a los refugiados políticos, dando este nombre «al *pelafustán* D. F. Sarmiento» (palabras de D. Baldomero García, el que lloraba en Chile cuando supo que había sido vergonzosamente destituido de su empleo diplomático cerca de este gobierno). La nota última del gobernador de Buenos Aires rueda sobre este tratamiento de refugiado, y el ejemplar castigo y la expulsión pedida se funda en las prescripciones del derecho de gentes sobre los refugiados políticos. Ahora no creo ocioso en esta cuestión de sutilezas y de palabras vacías, asegurar, como lo hago, que no soy *refugiado político*, habiendo salido de mi país el 19 de noviembre de 1840, acompañado de mi padre, de D. Florencio Castro y de D. Máximo de Oro, con pasaportes dados por la policía como a cualquiera otro viajero, con anuencia de las

autoridades de la provincia, y especialmente del gobernador Benavídez, quien, en una entrevista del día anterior, me aconsejó este viaje hasta que se calmasen los ánimos. No soy tampoco desterrado, pues ninguna condenación pesa sobre mí, ni consta de documento alguno, ni aun del pasaporte. Este hecho constante a todos los habitantes de la provincia de San Juan, y que a su debido tiempo acreditaría por medio de información sumaria, fue puesto en la época en mayor evidencia por la circunstancia de que estando encargado de la dirección de un colegio y de la enseñanza de las principales clases, los padres de familia se convinieron entre sí a mantener las estipulaciones hechas hasta mi regreso que consideraron siempre próximo; hasta que pasado un año de espera y habiendo obtenido de mi parte la seguridad positiva de que no regresaría, retiraron todos a un tiempo sus hijos, y el colegio quedó cerrado y disuelto.

De aquí resulta, pues, que los arbitrarios actos de los gobiernos de Italia, Francia e Inglaterra con respecto a refugiados políticos, no son aplicables a mi caso, por no tener yo aquel carácter, y ser simplemente una persona que voluntariamente ha trasladado su residencia de un lugar a otro, y escribe en Chile lo que escribiera en su propio país si allá residiese, o si hubiese libertad de escribir otra cosa que peticiones y alabanzas al dictador, única libertad de que gozan los argentinos y de la cual se les permite abusar hasta el fastidio y la degradación. La otra, de que gozan los empleados públicos, es la de llamarme bandido, infame, despreciable, en notas oficiales, y el pobre Baldomero García la de apellidarme *pelafustán* en una discusión solemne de la Junta de Representantes. Los que conocieron en Chile y trataron con la atención debida a su rango a este individuo, juzgarán de la dignidad de su carácter cuando se prostituye y desciende hasta estas mezquindades. Pelafustán sería aquel que recibe una misión diplomática sin saber para qué, si no es para recibir una

pitanza, y a quien por un puntapié de su gobierno se la quitan con palabras de reprobación que lo humillan, y en lugar de protestar contra este acto, y comer tierra en el destierro, antes de someterse a vejámenes iguales, llora y moquea entre los extraños, murmura de su amo, y va enseguida a lamerle los pies y a uncirse voluntariamente a su carro, para hacerse en la Junta de Representantes el órgano del reclamo contra mí, llamándome pelafustán y dando otros epítetos, vergonzosos solo para el miserable arrastrado que los pronuncia.

Movimiento en las provincias

Escuelas, periódicos

(*Sud-América* de 1.º de abril de 1851)

No siempre es desconsolador el cuadro que presentan los pueblos situados al otro lado de los Andes, o a las márgenes de los grandes ríos que forman el estuario del Plata. En medio del abatimiento en que han caído, por los estragos de las guerras civiles, y por los sistemas de represión y de intolerancia adoptados por sus gobiernos, vense, mirando más de cerca entre la confusión de todos los elementos sociales, y el abandono de todo interés público, ciertas aspiraciones a un porvenir mejor, que muestran que aún no ha sido sofocada la semilla de la civilización, ni la noción de lo conveniente y de lo útil.

Muchos de aquellos pueblos, entre ellos la doctoral Córdoba, San Luis, Santiago del Estero, parece que cada día descienden más y más en la escala de la barbarie. Sus gobiernos son compañías de expoliadores que se reparten entre sí los despojos de los pueblos, sin que la administración, el poder, el despotismo, el terror mismo, tenga otro fin que arrancar contribuciones forzadas, diezmar los ganados, y reprimir y sofocar las quejas de las víctimas. Otros sistemas, sin embargo, se dejan traslucir en algunas otras provincias, en que sus gobiernos se han contenido en la pendiente fatal que

ha arrastrado a los demás.

Las antiguas tradiciones de cultura vuelven a revivir a la sombra de gobiernos tutelares; y a juzgar por la apariencia, el espíritu público se desenvuelve al lado de los jefes más influyentes de las provincias, como si necesitase ampararse bajo la tutela del poder para osar manifestarse. De todos modos debemos holgarnos de este movimiento de mejora, esperando que protegido por el tiempo que sazona todas las cosas, llegará más tarde a producir resultados benéficos.

En toda la extensión de los países bañados por el Paraná, hicieron los jesuitas sus tentativas de colonización bajo el célebre plan de *misiones*, que a tan contradictorios juicios ha dado lugar. Aquel comunismo teocrático, justificado acaso por la ineptitud de los salvajes, que el paciente misionero reducía a poblaciones regladas, desapareció con la expulsión de los jesuitas, como el polvo que se disipa al abrirse la mano que lo encerraba. Faltoles a los convertidos la providencia humana que velaba sobre ellos, que pensaba por ellos, y les administraba hasta el pan diario, sin permitirles propiedad exclusiva, sino es sobre sus mujeres, pues los hijos estaban menos sometidos a la autoridad paterna que al director de la misión.

Digna materia de estudio serían por cierto aquellos ensayos de una sociedad, cuyos principios constitutivos entran hoy más o menos en muchos sistemas económicos y sociales, si a la copia de materiales, pudiese añadirse la imparcialidad de espíritu, la inspección de los lugares mismos en que tal fenómeno tuvo lugar, y la colección de las tradiciones que han quedado y los recuerdos de los pueblos circunvecinos. Fuera de las sociedades de moravos, en algunos puntos de Alemania, no se ha ensayado otra sociedad de comunistas en los tiempos modernos, que aquellas célebres misiones de los jesuitas. Allí no había individuos, sino sociedad; el individuo como persona, agente, pensante, poseyente, no existía. El principio económico

de bastarse a sí misma la sociedad para la satisfacción de sus necesidades, en que se funda el sistema de protección a la industria nacional, llevábanlo los jesuitas a su última expresión, haciendo sembrar el algodón y fabricar el tejido para el vestido de todos los habitantes. De aquí resultaba la pobreza general que es la consecuencia de todos estos sistemas.

El sistema de las misiones desapareció, pero muchas de sus máximas buenas y malas han quedado en la conciencia y en la tradición de los pueblos circunvecinos. El Dr. Francia, por ejemplo, adoptó el sistema administrativo de las misiones, según el cual el comercio era un accesorio que pertenecía de derecho al gobierno, quien compraba y vendía imponiendo máximum y mínimum al valor de todas las cosas, en provecho suyo se entiende. Era un desacato pensar en introducir artefactos que podían fabricarse en el país; y para estorbarlo y fomentar la industria nacional, dio un grande impulso a las artes manuales, resultando de ahí que se construyeron en el país, caros y malos en comparación con los productos europeos, cuchillos, azadas, sillas y mesas. El desenlace final de este bello sistema fue la pobreza y la oscuridad del Paraguay, que apenas se mienta en el número de los pueblos vivientes.

Otras tradiciones jesuíticas han sido desenvueltas con mayor ventaja para los pueblos modernos. Una de estas es la educación popular que en aquel sistema de comunismo debía ser general a todos, sin excepción, y graduando las luces en proporción de la capacidad del educando; sistema precioso que tarda ya en adoptarse en todas las naciones cultas, y de que hay ejemplo en la China desde tiempo inmemorial; y adonde propenden las sociedades filantrópicas que creando la *Cuna*, la *Sala de Asilo*, como preparaciones para la escuela, continúan su providencia sobre el adolescente, proporcionándole enseguida oficio, y colocación para la edad adulta.

A estas tradiciones providentes que han quedado en

aquellos países, atribuimos el sistema de legislación sobre educación popular puesto en práctica por el general Urquiza en la provincia de Entre Ríos, y cuyos efectos saludables empiezan ya a sentirse. Buscamos antecedentes históricos en el suelo mismo donde tales hechos tienen lugar, porque no nos es posible concebir de otro modo, la profunda sabiduría de las instituciones del Entre Ríos, ni el tesón desplegado por el gobierno para ponerlas en práctica. Aquella provincia, a pesar de su situación privilegiada, es pobre relativamente, y no muy culta, si hemos de juzgar por los pocos hombres notables que ha producido, y los pocos escritos que de ella han salido. El bajo pueblo es de origen guaraní, cuyo idioma hablan aun las clases elevadas. Hace años a que el general Urquiza emprendió organizar la instrucción pública, y contando para ello con escasos recursos, puso un maestro de escuela en cada lugar habitado, con ración abundante de carne para una familia, y un salario módico, pero suficiente, para vivir. Con esta base, hizo compulsoria la educación de los niños, aplicando castigos, como en Prusia, a los padres negligentes.

Establecidas las escuelas en toda la extensión de la provincia, los maestros están obligados a presentar exámenes anuales, y la lista de los alumnos que han terminado su educación. Aquellos de entre estos alumnos cuyas familias están destituidas de todo recurso, son destinados por el gobierno a diversos oficios, distribuyéndolos en los talleres de artesanos y como aprendices, bajo condiciones arregladas por la ley. Los periódicos del mes de diciembre pasado, vienen llenos de listas de alumnos que, habiendo salido de las escuelas públicas, son destinados por el gobierno a los talleres. Esta medida llevada a cabo con perseverancia, traerá al fin por resultado cerrar una de las llagas de la América del Sud. Dice el periódico oficial: «existe hoy un número considerable de aquellos niños, que sabiendo leer y escribir perfectamente, instruidos con esmero en la doctrina cristiana, principios de

urbanidad y las cuatro primeras reglas de aritmética, al mismo tiempo que con nociones generales sobre los principales deberes de un hombre en la sociedad, máximas de moral y buenas costumbres, ideas del honor verdadero y amor al trabajo, estos niños, decimos, después de haber recibido de la mano piadosa del gobernador Urquiza tales elementos, después de estar perfeccionados en ellos, han pasado en sus mismas escuelas y en otras por el requisito de la pasantía; y hoy les tenemos en todos los talleres del país, recibiendo conocimientos útiles y mostrando de algún tiempo a esta parte, no solo su progreso y capacidad, sí también dando los mejores testimonios de su moralidad, honor y juiciosa comportación». La ley de instrucción de Massachusetts en los Estados Unidos señalaba, en 1824, la obligación en que todo padre de familia estaba de dar a sus hijos una profesión industrial, y en Europa se sabe que debe ser nobiliaria y muy acaudalada la familia que no habilite a su prole de alguna habilidad manual, para presentarse en el mundo, a optar con su trabajo a la participación de los bienes de la tierra. El resultado de esta previsión, ya sea legal o paternal, ha sido el desenvolvimiento de la industria y la riqueza de aquellas naciones. En nuestros países sucede un fenómeno raro; naciones enteras envían sus nuevas generaciones a entrar en la sociedad sin preparación alguna industrial; pobres y acomodados viven sin oficio ni beneficio; el pobre es gañán, *hombre de pena*, como lo indica el francés; el de clase media es nada, haragán de profesión; aspirando a la fortuna sin estar provisto de medios de tocar a ella, de donde resulta que el más insignificante carpinterillo, tiene más recursos de que disponer al mes, que muchos jóvenes que tienen que vender su trabajo de tenderos u otras profesiones por ocho pesos.

Según los datos estadísticos de Entre Ríos, ya se han establecido en aquella provincia más de dos mil a tres mil europeos, y a medida que el comercio y la inmigración penetre

por los grandes ríos, las artes europeas encontrarán una población preparada por la enseñanza, y apta para adquirir nuevos conocimientos.

Y como no es posible entrar francamente en esta línea de instituciones sin abrazar todos los ramos que a ella dicen relación, el gobierno de Entre Ríos ha fundado en noviembre del año pasado, en la capital de la provincia, un colegio de niñas, rentado por el estado, nombradas por el gobierno sus directoras, que se hicieron venir de Buenos Aires, y reglamentado por una comisión de ciudadanos nombrados al efecto.

Por el capítulo 1.º se establece:

Art. 5.º En el colegio de San Justo y San Pastor se enseñarán las materias de instrucción primaria, como son: lectura, escritura, doctrina cristiana, reglas de urbanidad, aritmética, costura, y toda clase de bordados con oro y seda.

6.º Se establecerán igualmente clases accesorias de gramática castellana, geografía, dibujo, idioma francés, piano y canto.

7.º La junta directora proporcionará oportunamente los maestros que deban desempeñar las clases accesorias mencionadas en el art. 6.º.

Por el capítulo 5.º de las educandas, se estatuye que:

Art. 1.º No podrá ser admitida en clase de educanda en el colegio ninguna joven menor de cinco años o mayor de catorce.

2.º Los padres o tutores que soliciten la entrada en el colegio de una o más jóvenes, se presentarán al presidente de la Junta, quien, conforme a la clasificación que este haga de la joven, dará el boleto de entrada que se presentará a la directora para ser admitida.

3.º Las jóvenes de padres pudientes o de regular fortuna pagarán la cuota de dos pesos mensuales.

- 4.º Las hijas de padres pobres serán admitidas gratis.
- 5.º Será de cuenta del establecimiento proveer a todas las educandas de los útiles necesarios para la enseñanza.
- 6.º No se comprenden en los útiles que expresa el capítulo anterior, los bastidores y telas para bordados, que deberán costear las educandas pagadas.
- 7.º Los trabajos hechos en el colegio por las educandas pagadas serán a beneficio de sus padres o tutores; y los de las pobres a beneficio del establecimiento; pudiendo la directora adjudicar algunos de estos trabajos por vía de premio o estímulo a alguna de las educandas que se hiciere acreedora por su aplicación y buena conducta».

Como se ve, pues, las instituciones de educación popular del Entre Ríos, no ceden en nada a las de Chile, el país que más progresos ha hecho en este ramo, y aun le aventajan en hacerla compulsoria, y proveer de oficio a los niños desvalidos.

Si de la provincia del Entre Ríos a orillas del Paraná, damos un salto a la de San Juan, situada en la falda de los Andes, encontramos el mismo espíritu de mejora, y los mismos deseos de salir de la postración moral en que han estado aletargados aquellos pueblos. También aquí se reviven tradiciones antiguas, recuerdos de un tiempo mejor que está presente a todos los ánimos, y que son un reproche y una protesta contra el estado presente. El público de Chile conoce ya la antigua Escuela de la Patria de la provincia de San Juan, tan adelantada en métodos y tan floreciente ahora treinta años, cuando la educación popular estaba en su infancia en otros pueblos más avanzados.

Ha debido contribuir mucho para revivir el antiguo espíritu civilizador de aquellos habitantes, el ejemplo de Chile, de cuyos progresos son testigos y propagadores los viajeros que por centenares vienen a cambiar sus mercaderías en los puertos del Pacífico y proveerse de otras. La Junta de Representantes

de aquella provincia ha dictado una ley reciente, por la cual se declara la educación general, institución pública de la provincia, creando para impulsarla, organizarla y dirigirla, un ministerio separado y compuesto de una sociedad con el título de Comisión Promotora de la Enseñanza.

Por el título 5.º de dicha ley se estatuye que:

- 1.º Habrá precisamente una casa central de enseñanza para cada sexo, que servirá de norma o modelo para las demás.
- 2.º Los ramos generales que se cursen en ella serán: 1.º lectura; 2.º escritura; 3.º aritmética; 4.º gramática del idioma; 5.º elementos de geografía, y 6.º historia sagrada.
- 3.º Se darán también otros cursos especiales, o de instrucción superior, cuando a juicio del Consejo hubiere los elementos suficientes.
- 4.º Todo alumno o alumna pagará por los ramos generales la cuota de dos reales el primer día de cada mes, a contar desde el de su admisión.
- 5.º Los que estudian ramos especiales, abonarán una pensión aparte que se designará previamente.
- 6.º La indigencia notoria recibirá gratis la enseñanza de cualesquiera ramos, sean generales o particulares.
- 7.º La institución estará también obligada a proveerla de libros y demás elementos de estudio, según sus recursos se lo permitan, y de procurarlos al más bajo precio posible para los otros alumnos.
- 8.º Mientras se construyen edificios a propósito para ambas escuelas centrales, la Comisión alquilará los que obtenga más adecuados al objeto y que presenten ventajas preferibles.
- 9.º Con los fondos que posea y el auxilio del Supremo Gobierno, la Comisión procederá a construir, en los locales que este designare, dos edificios modestos y cómodos para las escuelas centrales.

10.º Para cooperar al cumplimiento del artículo anterior, lo mismo que en obsequio del incremento de la institución, queda facultado el presidente para solicitar de la filantropía y patriotismo de los ciudadanos, algunos recursos voluntarios que puedan servir a esos objetos.

11.º A fin de que la Comisión pueda cumplir más brevemente con lo dispuesto en el artículo 9.º que precede, se encomendará al presidente la dirección del trabajo, según presupuesto y plan acordado por aquella.

12.º Con la presente quedan derogadas todas las disposiciones anteriores sobre la materia, en lo que se opusieren a la presente ley.

La elección hecha por el gobierno ha recaído felizmente sobre los ciudadanos más celosos por la mejora del país, y ya se están tomando medidas eficaces para la realización de los objetos de la ley.

La Sociedad ha entrado en posesión de treinta mil pesos que existían en legados hechos por filántropos en favor de la educación pública, entre otros por D. Antonio Torres, que murió en Santiago de Chile emigrado en 1847, y dejó toda su fortuna para la fundación de un colegio de señoras. Su hermana doña Juana, que murió en 1849, siguió su ejemplo y dejó sus bienes para el mismo fin. Existía de tiempos anteriores otro legado de don Pedro Laval, y las leyes provinciales han creado una contribución sobre los bienes de abintestatos sin sucesión directa, de un veinte por ciento, y de un diez para los que por testamento pasan a los colaterales, la cual se ha consagrado al fomento de la instrucción pública.

La educación intermedia está igualmente adelantada. Un joven francés establecido en la provincia, ha logrado, a fuerza de perseverancia, establecer un colegio de hombres en el cual se enseña, a más de los ramos rudimentales, gramática castellana y francesa, matemáticas, geografía, cosmografía,

dibujo, música y teneduría de libros. El informe pasado al gobierno por los examinadores nombrados por él, da una relevante prueba de la sorpresa que a todos ha causado los resultados obtenidos por el hábil director.

La educación de las mujeres cuenta en aquella provincia muchos años de esfuerzos consecutivos y toma cada día mayor extensión e incremento. Una señorita de las antiguas alumnas del colegio de Pensionistas de Santa Rosa, asociada a una dama inglesa de sólidos conocimientos, continúa hoy con éxito la tarea comenzada en 1837 por las señoras Sarmiento, y el gobierno ha prestado el apoyo de las rentas fiscales en auxilio de ambos establecimientos.

A estas muestras tan consoladoras para los que deploran los extravíos de los pueblos y gobiernos sudamericanos, se añaden otros síntomas de vida en las tanto tiempo abatidas provincias de la antes República Argentina; porque hoy no sabríamos cómo llamarla, pues es la burla más grande que puede hacerse de las palabras, llamar *federación* a un orden de cosas que consiste en la sumisión absoluta de todos los pueblos confederados a la voluntad irresponsable de un jefe que hace la guerra y la paz a su beneplácito, sin sujeción a congreso, ni consulta previa a sus confederados.

Los periódicos del Entre Ríos que tenemos a la vista muestran una entera consagración a desenvolver los intereses de la provincia y una absoluta prescindencia de los actos del gobierno de Buenos Aires. Nótase en la colección de respuestas más o menos injuriosas, más o menos serviles, y más o menos tontas que dan los gobernadores de provincia a las circulares con que acompaña Rosas la remisión de cada reclamo al gobierno de Chile, la ausencia de la del gobernador del Entre Ríos en el último de que dimos noticia en nuestro número anterior. ¿No lo habrá honrado Rosas con una circular? ¿No habrán querido contestársela? En todo caso el hecho es nuevo, si bien es verdad que en las anteriores aquel gobierno y el de

Corrientes se habían limitado a acusarle fríamente recibo de la peregrina nota, sin añadir de su cuenta lo de loco, criminal, infame, y domas de ritual para el caso. Anunciábase la aparición de un nuevo diario, bajo el epígrafe de *La Regeneración*, sobre cuyo espíritu el periódico oficial se expresaba en estos términos:

Bajo este título bien significativo, aparece hoy en la provincia un nuevo periódico, cuyo programa elocuente y rico, abre indispensablemente en nuestro corazón vastas y preciosas esperanzas en las luces respetables de su redactor. Íntimamente complacidos en la aparición de nuestro nuevo colega, con quien tanto simpatizamos ya por sus prominentes ideas de cultura y progreso, nos sentimos fuertemente arrastrados a apreciarle, mirándole como un nuevo poderoso agente de la ilustración de nuestra patria.

En efecto, la palabra *regeneración* bajo el gobierno de Rosas y lanzada en el Entre Ríos, es un reproche, un reto, y una protesta armada.

Algo añadiríamos sobre la aparición en Mendoza de un nuevo periódico, *La Gaceta de Mendoza*, si diésemos mucha importancia al catálogo de materias de que ofrecen ocuparse sus redactores. Pero un sentimiento de prudencia nos impone limitarnos a lo que está ya realizado, por temor de ser víctimas de involuntario engaño.

Cambio de gobierno en Córdoba (*Sud-América* de 9 de abril de 1851)

Conocen nuestros lectores aquella malhadada provincia de Córdoba, la más desgraciada de la República Argentina, tan poco feliz de veinte años a esta parte; la más maltratada, la más barbarizada, no obstante el nombre glorioso que tuvo entre las grandes escuelas del saber americano. En Chile nadie puede formarse idea de lo que ha sido hasta hoy el gobierno de la ciudad de Córdoba. En 1836 fue indicado por Rosas, como el hombre más digno de su confianza para gobernar aquella provincia, después de haber mandado fusilar a Rodríguez, electo por el pueblo, un tal López Quebracho, verdadero salvaje, dueño de una estancia, y tan estólido que por largos años no quiso cortarse la chapeco o trenza de pelo que había conservado desde su infancia como algunos campesinos de lugares remotos. Este hombre ha gobernado quince años la ciudad de Córdoba. Lo mejor que le ocurrió hacer o lo que aconsejaron los hombres depravados que lo rodeaban, fue emprender un vasto e inmenso saqueo de la provincia. Impuso derechos a la entrada de la ciudad por cada uno de los miserables productos de la campaña, lo que con las mercaderías europeas, ha llegado a producir ciento cincuenta mil pesos anuales de rentas de aduana. Las lavanderas pagaron una fuerte contribución por el permiso de usar el agua del río, lavando en las orillas, como es allí la costumbre. Estableciöse

el diezmo del ganado, sacado tres veces al año, no solo sobre las crías, sino sobre el ganado grande, de manera que los hacendados se apresuraban a despoblar rápidamente sus haciendas, a fin de ahorrarse siquiera las vejaciones de los soldados y recaudadores. Él o los suyos tenían el monopolio del abasto de carne para las tropas, lo que motivaba aquel incesante saqueo de ganados. Los que sembraban terrenos tenían que pagar por ello.

A más de todos estos recursos que montaban a más de medio millón de pesos al año, y las incontables raterías de aquel gobierno de villanos cínicos, se imponían préstamos forzosos al comercio para auxilio de expediciones que el gobierno inventaba; máximo a la venta del trigo, para apoderarse de las harinas, etc. Un comerciante que está hoy en Santiago, fue llamado un día por el gobernador, quien le dice que hace años que está yendo a Córdoba con negocio y no contribuye con nada; y le pide doscientos pesos, haciéndole esta peregrina observación: «Si Córdoba es buena para mamar, ha de ser buena para desmamar». Inútil es decir que el comerciante tuvo que darle los doscientos pesos sin entrar en explicaciones con aquel animal dañino y ratero. Tal ha sido aquel gobierno, y tales los sufrimientos de la pobre provincia de Córdoba, la patria del deán Funes, del general Paz, de Fragueiro, de Barros Pasos, Piñero, Bedoyas, etc., etc., y de tantos otros hombres eminentes o ilustrados. La República Argentina está llena de las mil anécdotas de aquella liga de una familia para saquear un pueblo entero, y de los escándalos de aquellas autoridades; y provincias tan desgraciadas como las de la República Argentina, tenían siempre un resto de compasión para dedicar a sus hermanos de Córdoba tan abatidos, tan humillados y tan ultrajados.

Acercábase en el mes de marzo la época tradicional de la *reelección* de gobernador, que se hace cada dos años en las provincias, como en Buenos Aires cada cinco, desde que Rosas

manda. Hemos dicho la época de la *reelección*, farsa más o menos indecente que hacen repetir por un resto de pudor los gobernantes, o por precaución. En las provincias menos envilecidas, como en San Juan y otras, el pueblo se contenta con no concurrir a votar, y no hace cuatro años a que la mesa receptora anunció al gobierno que, no habiendo concurrido nadie a votar y fenecida ya la hora, lo ponía en conocimiento del superior gobierno, quien, creyendo sin duda que la población se había olvidado de hacer uso de sus derechos, citó a nueva elección, y gracias a la solicitud de sus allegados, se reunieron el segundo domingo quince o veinte electores que dieron la elección canónica de la lista de diputados presentados por el gobernador, y lo reeligieron como siempre. Pero hay algo en este momento en la República Argentina que está tan a la vista de todos, que ni Rosas, el héroe de la popularidad, se lo disimula ya. Recuérdase que en 1835 la ciudad de Buenos Aires en masa votó porque se diera a Rosas la *suma del poder público* por cinco años, y sábase que no pasaron de diez los que osaron no votar; porque se necesitaba ser demente para no confirmar con su voto el poder discrecional. Sin embargo, en el mensaje monstruo del año pasado, respondiendo a la petición de los ciudadanos para que continuase en el poder, Rosas dice: «aunque los ciudadanos influyentes han sufragado *libre y deliberadamente*, no hay, sin embargo, mayoría de los sufragantes hábiles de la provincia, etc.» La verdad es que el éxito de aquella artimaña de listas de peticiones con que había evitado que se hiciesen elecciones regulares, le había mostrado la misma cosa que quería ocultar. Más de quinientos ciudadanos de Buenos Aires habían *osado* esta vez negarse a firmar la lista que les presentaba el juez de paz, y la campaña mostrándose menos manejable. «En los partidos de la campaña, dice Rosas, dista mucho la votación de aproximarse a la mayoría. En unos ha sido escasa la votación, atendido el número de sufragantes; y en otros, que son los más, ha sido tan

reducida, que no llega a la quinta parte».

Estas confesiones han debido ser arrancadas por la evidencia, al hombre cuyo sistema consiste en hacer creer que lo apoya la nación en masa. La verdad es que las brutalidades del despotismo han dado ya en veinte años todos sus frutos: pobreza y oscuridad. La campaña de Buenos Aires presenta el espectáculo más lastimoso que puede imaginarse. Doscientas leguas de país están cubiertas de ganados salvajes que no reconocen amo; hace años que no se marcan las crías, ni se repunta el ganado. Los Anchorena mismos no han podido el año pasado reunir sus numerosos rebaños. Solo disponen de sus ganados, porque emplean caballos y soldados del Estado, Rosas, su hermano Prudencio, Pereira, el general Pacheco, Mancilla, y otros contados. Los ganaderos tienen ganados alzados. «En 1889 y 40 —es Rosas quien habla— el gobierno para la defensa de la confederación tomó todas las caballadas de la provincia. Así en muchas estancias se alzaron los ganados, por la falta de caballos y de peones para conservarlos en su mansedumbre... El gobierno aún no ha tenido tiempo (desde 1839), ni la oportunidad que desea, para dar impulso a este importante asunto (*Mensaje de 1849, pág. 229*)». ¡Cosa singular! el ganado es el único que goza de libertad en Buenos Aires. Los ciudadanos solos son los conservados «en su mansedumbre».

Sea aquel espíritu que aparece en Buenos Aires el que se ha mostrado desembozadamente en Córdoba, el resultado es que, al aproximarse las *reelecciones*, el gobernador se apercibió de algo en los semblantes porque mandó venir a su hijo, un tiranuelo que está educando, con quinientos soldados de a caballo que alojó en la ciudad. Entonces fue llamado el coronel Zavalía, jefe del batallón de cívicos de la ciudad de Córdoba, para intimarle la extraña orden de salir a campaña con los cívicos. Son aquellos cívicos de Córdoba los compañeros de Barcala, las víctimas de los degüellos de Oribe, los artesanos y

habitantes de la ciudad, los representantes de la civilización por el comercio y las artes. En ellos viven los recuerdos de mejores tiempos, de la época del general Paz, el orgullo de las victorias en que tuvieron parte, y el no olvidado sentimiento de su actual abatimiento. Debían dejar sus familias, sus quehaceres, su casa, y salir desterrados al campo, mientras se *reelija* el verdugo salvaje de la ciudad. El coronel Zavalía, después de haber expuesto lo absurdo del plan, la imposibilidad de realizarlo, la indignidad del acto, viendo que nada podía obtener, hizo tocar la generala y los cívicos se pusieron sobre las armas. Algunos jefes de la campaña prevenidos, entre ellos el de Río 4.º, volaron en auxilio de la ciudad, y aquel gobierno de iniquidades desapareció en un instante.

No se sabía más hasta la última salida de pasajeros de Mendoza. En San Juan quedaban muchos emigrados llegados recientemente; y corrían rumores de haber perecido López Quebracho y su hijo.

Imposible es augurar desde tanta distancia el éxito y las consecuencias probables de aquel cambio en los destinos de la desgraciada Córdoba. El Entre Ríos, centro de una grande reacción encabezada por el general Urquiza, está solo a sesenta leguas de aquella provincia. Rosas tiene *muchas ocupaciones*, como siempre, para mandar ejércitos a reprimir el movimiento de Córdoba, apoyado en el grito universal de la población en masa, indiferente por las cuestiones políticas, pero robada, saqueada durante quince años por una banda de malhechores que se llamaba gobierno. Las provincias del interior, empobrecidas a su vez las unas, o restableciéndose las otras de sus pasados quebrantos, esperarán con impaciencia ver los movimientos de aquellos dos jugadores de ajedrez, Rosas y Urquiza, que empezarán a mover sus tantos sobre la provincia de Córdoba, a enredar sus intrigas, hasta que al fin se tomen cuerpo a cuerpo. Rosas está ya caduco; su poder

debilitado en torno suyo; y la última palabra que las víctimas lanzan a la cara de sus verdugos, es la de Clara Harlowe a su seductor: ¡te desprecio!

Este Nueve de Termidor de Córdoba puede importar para la República Argentina la aurora de una nueva época de organización y de constitución; puede también no ser más que una de esas muchas revueltas de ambiciones personales y de pasiones mezquinas, sin objeto político, como las que han ofrecido en este año y el pasado, la Rioja, Mendoza, etc.

En todo caso la provincia de Córdoba habrá reconquistado y hecho efectivo su derecho de elegir sus gobernantes, derecho olvidado ya e ilusorio, excepto en Salta y Tucumán, en casi todas las provincias en donde un caudillejo ha concluido por creerse dueño del país, y merced a esta idea acaba por abandonar la gestión de los intereses públicos, cerrar las oficinas, y retirarse a su casa. El gobierno entra entonces entre los quehaceres domésticos; es una finca con hombres, en lugar de solo ganados, que se explota en favor del gobernador; él subasta los diezmos, provee los cuarteles, arrienda sus casas, viste las tropas; en cambio los soldados pagados por las rentas públicas, son sus domésticos y los peones que emplea en cuidar los ganados; los buques del Estado se ocupan en acarrear árboles y conchilla, como sucede en Buenos Aires, donde el Restaurador tiene 1500 peones trabajando en Palermo en su casa, pagados por el erario como funcionarios públicos; y un vapor que había costado sesenta mil pesos, se ha deteriorado en acarrear piedras y plantas. Estos *reelectos* por el entusiasmo popular, concluyen al fin por aburrirse y pedir que se les permita no despachar *asunto ninguno de interés público*, o simplemente dejan de hacerlo sin consultar a nadie, para ocuparse de plantíos o de jardines, carreras de caballos y peleas de gallos, hasta que envejeciéndose o anulándose por la falta de estímulos que los animen, venden su provincia, como lo hizo López, de Santa Fe, o la dan en herencia, como Ibarra, de

Santiago del Estero, que la *consignó*, una vez que se sintió malo, al gobernador de Buenos Aires, «sin recomendar a sus deudos —añadía—, pues que estos, *hallándose en estado de discernir*, se miraban tanto más cuanto que ella podría importar una particular conveniencia; queriendo sí, para después de sus días, dirigir un encarecido encargo en favor de sus paisanos». Según lo cual, la provincia consignada, era declarada menor de edad que no se hallaba, como los deudos de Ibarra, en estado de discernir por sí misma, y esto para después de la muerte de aquel miserable que hace 40 años despojó de sus libertades a sus compatriotas, y derribó todas las garantías para vivir después en el ocio y en la crápula; reyezuelos oscuros, que anulan lentamente la provincia que los deja perpetuarse en el poder, como López arruinó y despobló a Santa Fe; como Quebracho de Córdoba, que han reducido sus respectivos países a la miseria.

El ejemplo de Chile está demasiado distante para que aquellos pueblos infelices lo imiten en su ardor para elegir un nuevo presidente, que asegure, según los votos de cada uno, el porvenir del país por término señalado. Sus diarios no pueden penetrar en aquel calabozo, que tiene por paredes la cordillera de los Andes, para que viesan las listas de ciudadanos que apoyan públicamente, y dando sus nombres a la prensa, cuál la candidatura de Errázuriz, cuál la del general Cruz, cuál la de Montt. Sea cual fuere el éxito y el espíritu de la protesta armada de la ciudad de Córdoba, aunque fuera en apoyo del sistema que por tantos años empobrece y anonada aquella república, lo aplaudimos de todo corazón, porque ella importa la conquista, la rehabilitación y el uso del derecho de elegir, sin verse condenados a *reelegir* indefinidamente al mandón que una vez logró apoderarse del gobierno, y se perpetúa por la fuerza, por la astucia y por la hipocresía, o por la inercia y el miedo de los ciudadanos, que no saben ponerse colorados una vez, como dice el adagio, para no ponerse pálidos a cada rato.

La única arma que los pueblos civilizados se han reservado hoy, es el sufragio, que hace pacíficamente los cambios que el tiempo y las necesidades van indicando. Los militares para fundar el gobierno; los ciudadanos, los hombres de instrucción para desenvolverlo. El hombre que ahora dieciséis años era útil, ¿lo será siempre, lo será eternamente? ¿Solo él es idóneo entre mil? Las monarquías, aunque el monarca sea inamovible, se rejuvenecen por los ministros que el congreso les impone; pero en aquella República Argentina, el gobernador se hace monarca y nombra a su antojo sus ministros.

Recapitulación

(*Sud-América* de 17 de abril de 1851)

Al terminar el primer volumen de *Sud-América* debemos a nuestros suscriptores nacionales y extranjeros, el sincero tributo de nuestra profunda gratitud; debémoslo al público en general y a la prensa periódica de todos los colores. Obligados por causas que nos son personales a abandonar el reposo silencioso en que nuestra pluma había caído, hemos encontrado suscriptores complacientes que nos ayudasen a realizar nuestro mal revelado propósito. Algunos diarios que no nos economizan conceptos desfavorecedores en otras circunstancias y por otros motivos, han cubierto con su égida a *Sud-América* para que no fuese vulnerada en la lucha de los partidos. El nacionalismo chileno, tan celoso siempre de cualquier reproche que se le dirija, ha tolerado esta vez, imponiendo silencio a sus sentimientos, que le hagamos los cargos más amargos; y casi podemos decir, que le hemos visto deplorar nuestro aparente extravío reprimiendo su enojo, y pidiéndonos como una gracia que no fuésemos injustos. Necesitamos hacer constar este hecho. Tres meses han trascurrido, y *Sud-América* ha seguido su curso sin suscitar una polémica, sin provocar un desahogo. ¿Quién imponía al público y a los diarios circunspección y deferencia que no está ni en sus hábitos ni en sus sentimientos? He aquí lo que queríamos hacer resaltar, y que queda consignado en la historia de Chile.

El público y la prensa comprendieron que entrábamos en una lucha desigual, generosa de parte del débil, egoísta e indigna de parte del poderoso. El público y la prensa comprendieron que el *Sud-América* no era simplemente el desahogo y la manifestación de un individuo amenazado por el rencor de un tirano, que con toda clase de pretextos pide se aleje a su débil enemigo del territorio de Chile. Era para el público y para la prensa el sentimiento de un pueblo entero, oprimido al otro lado de los Andes, y que se improvisaba un órgano en Chile que defienda sus intereses hollados, sus libertades pisoteadas, su dignidad envilecida. Era la causa de la prensa misma, de la facultad de pensar, de desear el bien, y de decirlo, negadas allá y que aquí se manifiestan, usando de las libertades de que Chile goza. En este solemne debate entre un tirano que dispone para injuriar a sus adversarios de la prensa oficial, la tribuna parlamentaria, las comunicaciones administrativas; y un débil escritor, el segundo de los que aún conservan la pluma en la mano después de diez años de lucha, habría sido poco generoso, poco digno, oprimir al débil con recriminaciones extemporáneas, y el público y la prensa de Chile han sabido evitar este reproche. El éxito de nuestra osada empresa ha sido completo; el efecto moral inmenso. Era preciso que Rosas comprendiese que la libertad de la prensa en Chile es un hecho fuera del alcance de medidas preventivas, y se lo hemos demostrado, atacando la política del gobierno de Chile mismo. Era preciso que comprendiese que en Chile no hay un solo hombre que no mire con horror su nombre, y ha debido esta vez sentirlo más que nunca. Era preciso que los pueblos argentinos, que gracias a las circulares pasadas por Rosas a los gobernantes en que les noticia del estado de la querella, están a la expectativa de este singular duelo, entre el tirano más poderoso y el hombre más débil, viesan, por fin, que hay un dique opuesto a la arbitrariedad del que puede decirse *de aquí no pasarás*, como Dios a las olas amotinadas del mar.

Nuestros amigos hacen instintivamente un gran servicio a los oprimidos, prestando su cooperación y su apoyo a una publicación que tiene por objeto mantener en las fronteras argentinas de los Andes una protesta pacífica contra el desbordamiento de un poder que no conoce límites, como Montevideo ha logrado paralizar durante nueve años la energía brutal de sus armas. Chile, como gobierno, no puede, no debe, sin duda, mezclarse en una lucha entre los oprimidos y los opresores, mientras no sea arrastrado a ella por las provocaciones incesantes de que es objeto; pero Chile como reunión de hombres libres, puede por actos espontáneos que no salen de la esfera de simpatías y de uso simple de la libertad individual, protestar contra el más inicuo, el más absurdo y ruinoso de los sistemas que han producido la barbarie, la inmoralidad y el egoísmo.

Esta protesta de las libertades chilenas, no es estéril ni extemporánea. Hombres poco avezados a seguir los movimientos de la opinión de los pueblos, han creído que la República Argentina ha muerto, sofocada bajo el pie del déspota, y no hallan otra salvación ni otro remedio al mal, que aguardar resignadamente a que las enfermedades y la muerte se lleven al fin al tirano sombrío. Alégase para ello que esta fue la suerte del Paraguay con el Dr. Francia, y que no nos queda otro recurso. Se engañan. La República Argentina encierra en su seno otros elementos, y tiene tradiciones de gloria, de dignidad y de instituciones que viven en el ánimo de los pueblos. Vivo está el espíritu público en Buenos Aires, en Entre Ríos, en Córdoba, en Salta, en Tucumán, y aun en San Juan, y estos pueblos fueron siempre los centros de la opinión y de la acción. La lucha se transforma, los personajes se cambian, y las ideas, los intereses se levantan por todas partes pidiendo un desenlace a ese caos que se perpetúa por tantos años. La reunión del congreso es hoy el voto de todos los argentinos; la cesación de los poderes arbitrarios, violentos y estériles, la

necesidad por todos sentida. Este voto y esas necesidades no están ya, por fortuna, desarmadas como antes. Tienen jefes poderosos que los harán efectivos de un momento a otro, así que la opinión esté formada, así que el sentimiento de la dignidad de los pueblos se levante indignado, así que se disipen las nieblas que las arterías de un impostor han echado sobre los ojos. Chile tiene en sí mismo el criterio que debe servirle para juzgar de la marcha de estos movimientos. Chile ha pasado muchos años en la duda de si tales enormidades podían haber tenido lugar bajo el sol; más tarde Chile ha creído; más tarde se ha indignado; al fin la risa del desprecio ha asomado en todos los semblantes, cuando oyen hablar de las renunciaciones del tirano, de las peticiones del pueblo para que continúe, y de los reclamos para que impongan silencio, en ayuda de su despotismo, a las libertades de la prensa chilena. Ese mismo sentimiento de desprecio, de indignación, de vituperio, se ha formado en toda la República Argentina, y se manifiesta más desembozadamente en Buenos Aires, en torno del tirano. Las ilusiones están disipadas, el ensalmo roto, todo prestigio perdido. Rosas se presenta hoy desnudo ante la opinión que ha calado todos los velos con que se cubría. La austeridad de su lenguaje, sus protestas de abnegación por la causa americana, se han convertido en una fortuna que pasa ya de seis millones de pesos adquirida en el gobierno y con el gobierno. Estanciero, vendedor de ganados, ha quitado hace doce años los caballos y los peones a todos los otros estancieros, para que no puedan explotar aquella industria, y ser él y sus allegados los únicos vendedores del artículo en el mercado. Y no tiene mira de entregarles los caballos, según lo ha declarado en su mensaje. Propietario de una finca de Palermo, ha despojado por la violencia a sus vecinos, de los que hay en Santiago algunos, para agrandar su fundo, y emplea los buques del Estado, las rentas del erario, en acarrear, de lugares distantes, árboles y cascajo para adorno de jardines y mantener mil quinientos

peones en continua actividad. Después de haber hecho alarde de una laboriosidad sin ejemplo en la gestión de los negocios públicos, ha concluido por pedir que lo exoneren de ocuparse de asunto ninguno, y aunque *queden sin despacho por muchos años*; y la evidencia ha mostrado a los más ciegos que nunca se ocupó de nada útil, pasando su tiempo en la orgía y en preparar venganzas y crímenes. He aquí, pues, cómo todos los misterios de aquella política de sangre han venido a parar en especulaciones sórdidas y ruines. El despotismo ha dado ya todos sus frutos en la República Argentina; las pasiones que desenvuelve se han mostrado sin embozo: la crápula y la avaricia. La terrible lección está ya terminada; el demostrador ha dicho su última palabra y quitádose la máscara. Esta es la situación de la República Argentina. Cada *circular* de Rosas denunciando las *heridas* que la verdad expuesta a los ojos de todos le hace, tómanla los pueblos como los gritos del chiquillo o del loco, que siente el látigo que lo fustiga. Su *Gaceta* recorre las provincias, como llega a Chile, sin que nadie abra sus dobleces, porque solo excita asco y aversión por la mentira y la grosería del lenguaje. Sus renunciaciones provocan una risa general por todas partes, y la conciencia de los pueblos ve en ellas el precursor de alguna nueva locura, de algún otro avance. Es opinión recibida en Buenos Aires que el gran pensamiento que ocupa a Rosas hace tiempo, es nombrar gobernador a Manuelita! Y todo concurre a dar validez a este ridículo pensamiento. Ojalá que lo realice. Veremos por una hora siquiera a los compatriotas de Belgrano, Alvear, San Martín, Necochea, Lavalle, Castelli, Balcarce y Rivadavia, ir a besar las faldas de una mujer.

No; tales pensamientos muestran solo la caducidad de aquel tirano que, después de haberse demostrado sanguinario y vengativo, ha dejado manifiesto al fin que no era más que un necio irritado, y no hay enemigo peor que un tonto.

Si la tiranía se hubiese limitado a anular y aun a exterminar

a sus enemigos, acaso fuera para los que sobreviven un mal sin remedio; pero la necesidad de prolongarse le ha hecho ir conculcando intereses, ofendiendo la conciencia pública, destruyendo las fortunas, arruinando el comercio, descuidando la seguridad, y afectando al fin a todas las clases de la sociedad.

En 1835, protestó Rosas, por un manifiesto impreso, que no tocaría la fortuna de sus conciudadanos por causas políticas. En 1840 se hizo autorizar para confiscar en masa las propiedades de los salvajes unitarios. En 1839, embargó los caballos de todas las haciendas, fuesen de unitarios o federales, lo que importaba no solo la confiscación, sino el alzamiento de todos los ganados. Su guerra eterna ha despoblado de peones las haciendas, hecho confesado por él mismo en 1850 en el último mensaje de las 238 páginas. El comercio sucumbe bajo las fluctuaciones de la moneda, las fianzas, las paralizaciones por los bloqueos, los abarrotamientos por las aperturas del mercado y la concurrencia repentina de los buques. ¿Qué interés, pues, puede apoyarlo por largo tiempo? ¿La campaña? Ella es víctima de las requisiciones mensuales de ganado, y de la despoblación causada por el embarco de los caballos. ¿La ciudad? ¿Los hombres de letras? ¿La juventud? ¿El sacerdocio? ¿Los militares? Este último apoyo ha sido el que lo ha sostenido largo tiempo; pero como él no es militar, sino un rey poltrón como los antiguos reyes de Francia, los jefes pretorianos han concluido por reasumir en sus manos el poder. Todas las batallas de la federación diolas el general Urquiza, que es hoy el enemigo irreconciliable de Rosas. El *Archivo Americano* contiene todas las notas pasadas entre Rosas y los gobiernos del interior. Hasta el número 14 que pertenece a 1848, se registran comunicaciones con Urquiza. En adelante no hay una sola, y don Vicente López, padre, fue excluido de la Junta de Representantes por haber recibido y contestado una carta del

general Urquiza. Córdoba ha respirado, las provincias permanecen en la expectativa, desoladas por los salvajes de las pampas, que como el ganado de Buenos Aires, están alzados hace diez años, mientras el jefe de la confederación se pasea y divierte en Palermo, haciendo un remedo de Versalles o Windsor. Montevideo está ahí, como un erizo, a quien en diez años mira Rosas sin estirar la mano a cogerlo, de miedo de clavarse los dedos. El Paraguay está sobre las armas, el Brasil tiene apostados 20.000 hombres en la frontera. Todo marcha, pues, todo necesita una solución; la fortuna de cada individuo, arruinada mientras Rosas acumula millones; los caminos asediados por los salvajes, las campañas desiertas, los ganados alzados, los pueblos empobrecidos, la educación pública abandonada, millares de hombres de mérito expatriados, los ciudadanos sin libertad de expresar siquiera lo que sienten, la prensa encadenada, el terror mismo que pesa sobre los espíritus. Pues ¡qué! ¿pueden vivir los pueblos veinte años consecutivos, sin desear zafarse de esta presión que los hace sufrir a toda hora? La grande habilidad de esa política de absurdos, de crímenes, y de sangre, ha consistido solo en manosear todos los intereses, herir todas las conciencias, hollarlo todo, y no allanar dificultad ninguna, ni resolver las cuestiones pendientes. Consiste en aumentar *albarda sobre albarda*; cavar abismo bajo abismo, hasta que el caos de materias extrañas acumuladas, los intereses particulares y los públicos ajados, los pueblos del interior y las naciones vecinas reunidos, estallen a un tiempo por el incidente más insignificante, y hagan desaparecer en medio del desprecio y del ridículo, esa farsa indigna en que un palurdo inepto ha estado durante años, y a fuerza de sangre y de dinero, dándose los aires de un hombre de Estado, de un prodigio; porque sabe mentir, y ocultar su ineptia, su egoísmo, y sus cálculos sórdidos de avaricia, bajo la capa de los intereses nacionales, de la independencia nacional, y de la vanidad nacional.

En este estado de cosas, el deber de todo argentino es trabajar para preparar la opinión pública, y señalarla el sendero que debe seguir, si no quiere otra vez ser víctima de decepciones y engaños. No es sangre, ni crímenes, ni violencias, los que *Sud-América* ofrece a esos pueblos como medio de salvación; no son rencores de partido lo que trata de sublevar en los ánimos. No; llévaless el estudio meditado de sus intereses más vitales, de su comercio y de sus vías de comunicación; el examen de los recursos inmensos que la naturaleza ha puesto en sus manos para que sean poderosos y ricos. Enviámosles el fruto de tareas incesantes, de trabajo asiduo, que no propala y exagera ninguna Manuelita, apostada de avanzada para hacer comulgar con ruedas de carretas a tontos y palaciegos, sino que se muestra por sí mismo y por sus resultados, sin retribución, sin esperanza de otro galardón que la conciencia satisfecha de obrar el bien. Reflejamos sobre aquellos que son mantenidos en las tinieblas, y en la ignorancia de lo que se pasa en el mundo, por la *Gaceta* de Buenos Aires, un poco de luz de la que difunden en Chile las instituciones libres de que goza la prensa periódica, la libertad bajo todas sus formas, la Universidad de que somos miembros, los vapores que llegan a sus puertos, la riqueza exuberante que a la sombra de la tranquilidad y de la Constitución se desenvuelven en Chile como una recompensa que Dios concede al único pueblo americano que no ha sacrificado la libertad a la paz creando déspotas sangrientos, ni los intereses materiales a la libertad, abandonándose por ilusiones quiméricas a la licencia y a la anarquía. Esta es nuestra tarea y nuestro blanco. Hemos llegado a asumir un carácter en la historia de la lucha argentina, menos por nuestra capacidad que por la rabia ridícula del tirano que nos persigue. Hemos merecido las simpatías de nuestros compatriotas, porque hemos sabido atraernos la cólera de un tirano, que es la más alta recompensa a que el hombre puede aspirar en la tierra. Si hay martirio en

pos de estos esfuerzos, no seremos nosotros quienes esquiven el cuerpo frágil para resistirlo. Decémoslo sin sentimiento ninguno de fanfarronada, y solo para tranquilizar a los que temen que hayamos de ser asesinados, temor que la opinión pública de Chile ha mostrado cien veces, temor revelado en cien cartas, que haremos un día extractar por ante escribano público; temor que amilana a los pueblos que saben por hechos repetidos que el asesinato es un recurso y un medio administrativo; temor que acusa y condena sin apelación, ante la opinión del mundo, a quien se le atribuyen tales medios de acción, y que le dará en la historia el único epíteto característico, con el cual sea de todos conocido. El Ilustre Restaurador de las Leyes, el Héroe del Desierto, el Defensor de la Independencia Americana, son otras tantas ironías, otras tantas burlas, otras tantas máscaras con que se ha presentado el horrible farsante en el teatro del mundo. Los silbos y la rechifla de los pueblos, de la opinión y de la historia, le seguirán hasta la tumba. Más allá, no hay para él nada, sino es el horror y el desprecio que siguió a Calígula, que hizo declarar asociado al imperio a su caballo, como hoy se nos quiere dar por gobernador y capitán general de Buenos Aires, a una mozuela que envejece desempeñando farsas, cubriendo con faldas femeninas las monstruosidades de la tertulia licenciosa de Palermo.

Congreso

Constitución. Libre navegación de los ríos.
(*Sud-América* de 17 de abril de 1851)

Los diarios de Valparaíso, refiriéndose a cartas de la otra banda, anuncian la proclamación hecha por el general Urquiza de la convocación inmediata del congreso, la constitución y la libre navegación de los ríos. Si esta noticia no es el anuncio de un hecho consumado, como autorizan a creerlo las cartas recibidas, es por lo menos el eco del clamor de aquellos pueblos, y el programa más lacónico, más completo y elocuente de sus aspiraciones y necesidades. Quién lo creyera. ¡Dios santo! que en la primera sección americana que dio el grito de libertad en 1810; que en el pueblo que corrió en auxilio de todos los países circunvecinos para ayudarlos a conquistar su independencia, sea, cuarenta años después de consumados tantos prodigios, un grito de alarma: *¡Congreso, Constitución!* ¡Tiénelos todos los estados americanos, desde el Canadá hasta Chile; tiénelos las monarquías, y solo en la República Argentina, solo en la patria de tantos hombres ilustres en la historia de la independencia americana, tiemblan al solo nombre de Congreso, como si fuese una rebelión contra un autócrata!

El general Urquiza hace tiempo que ha dejado de ser instrumento ciego de la voluntad despótica de Rosas; dos años

hace que no cambian entre sí una nota; dos años ha que se prepara para defender con las armas de la confederación los intereses de toda la República. La bandera que levanta es el resumen de todos los antecedentes históricos del país que preside, y de las necesidades de su situación. Corrientes y Entre Ríos trabajaron incesantemente hasta 1831 por la convocación del congreso general. Sus diputados en Santa Fe fueron los últimos que protestaron contra el monopolio de Buenos Aires, pidiendo que se abriese el comercio europeo, por lo menos hasta la ciudad de Santa Fe. El general Urquiza, general en jefe de los ejércitos de la Confederación, apoyado por la provincia de Corrientes que contó 6000 soldados disciplinados por el general Paz, y tiene a su respaldo al Paraguay, que hace cuatro años tiene sobre las armas 10.000 hombres, puede arrojar esta vez el guante al *Encargado*, alzado con el encargo, y llamarlo a cuentas. *¡Congreso!* ¿Por qué no se reunirá el Congreso? ¿Qué autoridad tiene Rosas para estorbarlo? *¡Constitución!* ¿Por qué no se constituirá la República Argentina después de 40 años de independencia? *¡Navegación de los ríos!* ¿Por qué el gobernador del puerto de una provincia estorbará que se franqueen al comercio europeo los puertos de las otras provincias hermanas? La proclamación del general Urquiza hará caer la máscara que encubre el más torpe egoísmo bajo el nombre de los intereses de una nación. Rosas es hoy a los ojos de todos un déspota, un encargado rebelado contra quienes lo comisionaron.

La República Argentina ha hallado, al fin, su hombre, su brazo armado, que en su desamparo le presta ayuda, que la levante de su caída. El grito del general Urquiza encontrará un inmenso clamor en su apoyo, y la caída del poder más monstruoso, y que más sangre y más crímenes ha costado cimentar, se efectuará sin derramamiento de sangre, ante la asociación de tres ideas que comprenden todas las necesidades del presente y la seguridad del porvenir.

CONGRESO.—Que la nación vuelva a recuperar su soberanía y la exprese en la forma que está adoptada por todas las naciones civilizadas: por medio de sus representantes, nombrados por cada fracción del territorio.

CONSTITUCIÓN.—Que haya al fin una regla de gobierno, y que cada uno sepa cuáles son sus derechos, cuál el límite fijado a su acción por la ley escrita.

NAVEGACIÓN LIBRE.—Que cada provincia pueda disfrutar de las ventajas de su posición, comerciar libremente, sin sacrificar sus intereses en ventaja exclusiva de una sola.

Esperen, en hora buena, los pueblos el hecho material del acto del general Urquiza; para nosotros está consumado ya por su posición, por sus recursos, por su seguridad, por los intereses de su provincia y de las otras riberanas que están a su retaguardia.

Córrese que la tentativa de la desgraciada ciudad de Córdoba para reconquistar su derecho de elegir gobernantes en el período que la ley y la tradición señalan, ha tenido mal éxito. Sin responder de la verdad de este hecho, queremos consignarlo aquí, porque no se nos tache de querer engañar la opinión. Obra de la sinceridad de las convicciones, *El Sud-América* se hará siempre un deber de apartar de sus páginas todo motivo de error. La decepción y el engaño han creado y sostenido la usurpación del gobernador de Buenos Aires, y no queríamos deshonorar la santidad de nuestros fines con la perversidad de los medios.

Anúnciase, además, que han sido fusilados en Palermo, a la vista de Rosas y de una sola vez, ciento quince individuos, entre peones y desertores y uno de sus escribientes. Este sacrificio de una hecatombe humana en aras del terror, muestra que el gran pontífice antropófago siente la gravedad de las circunstancias, y se prepara *dignamente* a hacer frente. Esperemos.

Revelaciones de la prensa europea (*Sud-América* de 24 de abril de 1851)

¿Los gauchos, la plebe y los compadritos elevaron a Rosas? Pues él los extinguirá; sus ejércitos los devorarán. Hoy no hay lechero, sirviente, panadero, peón gañán ni cuidador de ganado, que no sea alemán, inglés, vasco, italiano, español; porque es tal el consumo de hombres que ha hecho en diez años; tanta carne humana necesita el *americanismo*, que al cabo la población americana se agota yendo a enregimentarse en los cuadros que la metralla ralea desde que el sol sale hasta que anochece. La población argentina desaparece, y la extranjera ocupa su lugar en medio de los gritos de la *mashorca* y de la *Gaceta: imueran los extranjeros!* como la federación ha muerto gritando: *¡viva la federación!* [22]

Esto escribíamos en 1845, cuando el sistema de Rosas no había dado todos sus frutos. En 1850 escribía él mismo en su mensaje:

Así en muchas estancias se alzaron los ganados, con grave perjuicio general y de sus dueños, por la falta de caballos y de *peones suficientes* para conservarlos en su mansedumbre [23].

Tal es la escasez de peones en Buenos Aires, que todos los

trabajos rurales han sido abandonados, y el correo se ocupa de reclutar por centenas en las provincias trabajadores para la quinta de Palermo. Oigamos otro testimonio más ingenuo de esta transformación que experimenta la población de Buenos Aires. Él es una instructiva lección para los partidarios del *americanismo* a la manera de Rosas, que concluye por la desaparición de la raza española por la guerra y por el exterminio. Sábese que en Francia el *Courrier du Havre* y *La Presse* ganan un enorme salario para defender y justificar a Rosas. Léese en el primero de estos diarios, reproducida por el segundo, la siguiente comunicación:

Havre, 25 de diciembre de 1850.

Señor, usted ha apelado a mi imparcialidad para dar testimonio sobre la protección que acuerda el gobierno de Buenos Aires a aquellos de nuestros compatriotas que van a establecerse allí. Nada mejor puedo hacer a este respecto que referirme a lo que he dicho en mi informe del 22 de febrero, cuya completa exactitud sostengo.

Todos los extranjeros, y más particularmente los franceses, pues que están en mayoría en la emigración, y cuyo número puede elevarse a más de treinta mil, gozan de la libertad más completa en el ejercicio de su industria. Son aún, bajo este respecto, *más favorecidos que los argentinos*, sobre los cuales pesa un servicio militar que *absorbe todo su tiempo o una gran parte de él*, lo que viene a resultar en *provecho de los extranjeros*, que por este medio están en posesión de las principales industrias, de las que hacen en cierto modo *el monopolio*.

Si alguna duda quedase sobre este punto, bastaría abrir los ojos sobre lo que pasa para disiparla; en efecto, las poblaciones del Languedoc, de la Gascona, del Bearne, y de la Vizcaya, continúan dirigiéndose hacia aquel punto, como que es el que

ofrece más ventajas a los emigrantes, tanto por la salubridad del clima como por la facilidad de procurarse, en cambio de un moderado trabajo, una vida fácil, y de reunir en poco tiempo un capital que asegure una modesta existencia.

Los artesanos siguen convidando a sus compatriotas a ir a tomar parte en el bienestar de que gozan; y para más obligarlos, no solamente afianzan el valor de su pasaje, sino que les envían socorros pecuniarios cuya importancia puedo yo, como intermediario, apreciar con exactitud.

La policía continúa administrada con un cuidado superior a todo elogio; y *la justicia, siempre severa para los hijos del país*, se inclina a la clemencia para con los extranjeros... Yo he podido personalmente recoger de ello una prueba.

En el pasado mes de junio, un jardinero francés llamado Juan Medus, que vive de la caza, se había hecho justicia a sí mismo *dando un balazo a un argentino* que lo había provocado. Hacía un mes que estaba preso, esperando ser juzgado. El almirante Lepredour, a quien había rogado se interesase por él, no lo había juzgado digno de su protección, y hubiese permanecido aún más tiempo *esperando que se le siguiese causa*, si un simple paso de mi parte *cerca de doña Manuelita*, a quien hice una ligera relación de lo sucedido, pidiéndole su excarcelación provisoria con fianza, no hubiese tenido por resultado *la gracia plena y entera de Juan Medus*, que fue puesto en libertad pocos días después, favor que no fue debido sino únicamente *a su título de extranjero*.

Semejantes hechos se renuevan con frecuencia, y muestran claramente que el gobierno, *lejos de perseguir a los extranjeros*, hace todos sus esfuerzos para atraerlos y *conciliarse su afecto*.

No puedo terminar esta carta, señor, sin manifestar los sentimientos de estimación y de gratitud de que estoy penetrado por un funcionario cuya única misión parece ser la

de complacer, y que por su posición está en el caso de prestar diariamente inmensos servicios a nuestra marina mercante; quiero hablar del señor capitán de puerto D. Pedro Ximeno, que desde mucho tiempo hace las veces de nuestro cónsul, y que despliega hacia nosotros y por nuestros intereses una solicitud fraternal.

Hago votos sinceros para que nuestro gobierno, que no puede menos que estar instruido del celo benéfico de que sin cesar se ha manifestado animado hacia nosotros este funcionario, le dé de su satisfacción una muestra *más durable que simples gracias*, con lo que cumplirá un acto de justicia, a que aplaudirán, me atrevo a garantizarlo, todos los franceses que han visitado a Buenos Aires.

Quiera usted, etc.

Bonnet, capitán del Lion [24].

Esta pieza curiosa, publicada en los diarios de Rosas en Francia, nos inspira algunas observaciones. Desde luego resulta que un asesino que era francés, y la víctima era un pobre argentino, fue puesto en libertad a la simple petición de un *quídam*, un M. Bonnet, capitán de un buque mercante. El señor Bonnet nos había dicho que la justicia, *siempre severa con los hijos del país*, se inclinaba a la misericordia hacia los extranjeros, y nos cita en prueba que doña Manuelita dio orden de poner en libertad al asesino; de donde resulta que la *prima donna* de aquella farsa es la *justicia*! Esto lo escribe un francés en Francia, y lo apoyan dos diarios que invocaban el testimonio de juez tan concienzudo.

Lo más que ha probado el tal Bonete, es que en Buenos Aires no hay justicia, ni jueces, ni leyes, sino la voluntad de Manuelita, que puede hacer poner en libertad a un asesino, porque así le conviene al tatita, para que en Francia cuente M. Bonnet esta historia, y lo citen en su apoyo la *Presse* y el

Courrier du Havre. ¿A quién se habría dirigido en Francia para hacer poner en libertad a un reo de delito de muerte, al rey o a la reina? ¡Ya se habría guardado de ello el pasguate!

No nos tacharán, sin duda, los extranjeros en Chile de animadversión hacia ellos. Nuestros principios y nuestras ideas con respecto a la protección que se les debe en América, forman, por decirlo así, nuestro programa político americano. Pero nosotros preguntamos a los franceses de Chile, si ¿aplaudirían a la política y a la administración de justicia chilena, que dejase impune al extranjero que asesinase a un chileno, sin otra razón para tanta indulgencia, que la víctima era un chileno y el asesino un extranjero? Nosotros preguntamos si ¿hay un hombre de corazón entre los extranjeros, que confundiese en Chile los fallos de la justicia ejercida por magistrados íntegros, con la voluntad de la hija o de la cocinera del Presidente de la República, porque en este caso valen tanto la una como la otra?

Por lo demás, inútil sería negar que tal es la posición ventajosa de los extranjeros en Buenos Aires, y sobre todo la de los franceses. No hay prostitución, no hay bajeza que el gobierno no ponga en juego para *conciliarse el afecto* de los extranjeros. Sus tertulias de Palermo, las *cajoleries* de Manuelita, se prodigan a cualquier *manant* que venga de Europa y pueda volver a dar informes como el de Bonnet. La policía usa para *con los hijos del país*, todas las groserías y durezas que le son habituales; pero si un extranjero debe rendir una declaración, un empleado público va a su casa a pedírsela respetuosa y atentamente.

En manera ninguna deploramos estos actos. Por el miedo, por el interés de la conservación del tirano, se logra al fin lo mismo que por amor, por conveniencia americana hemos predicado diez años consecutivos. Rosas, después de haber vomitado otros diez años la injuria, la amenaza, contra los pérfidos extranjeros; después de haber hecho su arma el odio a

los extranjeros, y el grito de la mazorca *mueran los extranjeros*, se prosterna ahora servilmente ante ellos, los adula, y lo que extranjero ninguno querría en América, pone en libertad a los asesinos extranjeros que hayan asesinado *nada más* que un americano, un argentino, un porteño. La hipocresía de Rosas sobre sus principios americanos, no necesitaba estos comentarios, hechos por la experiencia diaria a sus protestas de americanismo.

M. La Rochejaquelein leyó en la Asamblea Nacional una carta de Rosas sacada de los archivos del ministerio, y escrita de su puño y letra en 1820, al almirante Benancourt, en que le daba las gracias desde la campaña, por haber ultrajado el pabellón nacional, e incendiado en el puerto un buque argentino, rogándole que continuase sus ataques contra el gobierno, porque él era un aspirante entonces, y el gobierno lo ocupaban sus enemigos políticos. Su *americanismo* comenzaba por este acto, y concluye por dar impunidad a los asesinos de americanos, sin otro motivo que ser el malhechor un francés.

En 1843, fue asesinado en la campaña un suizo con su mujer y ocho hijos. Hablose mucho en los diarios de las pesquisas que se hacían para tomar al asesino. ¡Qué lo habían de hallar! Basta ver la horrorosa magnitud del delito para rastrear su origen. Se quería asustar a los extranjeros; pero escogiendo a uno que no tuviese cónsul ni nación que pudiese reclamarlo. En cambio cuando las matanzas de octubre de 1840, después de haberse alejado Lavalle, cuando se pusieron cabezas en el mercado a vender por irrisión, el *British Packet*, dijo que *al fin no habían caído sino hijos del país*. Ahora puede el almirante Lepredour escribir a su gobierno que los *ciento dieciséis* fusilados de un golpe en Palermo, *no son más que hijos del país*; porque el *homo sum* de Terencio, no conmueve las extrañas de los diplomáticos europeos y americanos. Sí; ciento dieciséis hombres mandados traer de los cuarteles, de los campamentos, o sacados de las cárceles, reunidos en

Palermo en la suntuosa residencia de Rosas, y fusilados todos en una tarde, a pretexto de deserción, y en realidad para espantar a la ciudad de Buenos Aires y a la República entera; acto de política aconsejado por el mismo espíritu que en 1835, hizo tomar unos ochenta indios salvajes, y matarlos como a perros en una plaza, de a cuatro, de a ocho, para hacer durar la carnicería tres horas. ¿Qué dice Southern al presenciar estos actos? Dice que son excelentes los caballos que monta, y magnífico el picadero y caballeriza que le ha hecho edificar Rosas, y que ha tenido de costo 200.000 pesos papel, sin duda. M. Bonnet dirá en Francia que la justicia es siempre severa contra los hijos del país, y que Manuelita no intercedió, sin duda, por ciento dieciséis seres humanos, a quienes se paga 20 pesos papel al mes, menos de un peso de plata, y que no es extraño deserten de campamentos en que hace seis, ocho o diez años están mano sobre mano, sin enemigo que combatir, sin emociones, y devorados por el fastidio y la pobreza. Hay un campamento en Santos Lugares, otro en San Nicolás al mando de Mancilla, otro en el cerrito de Montevideo.

Toda la población masculina pobre de Buenos Aires está en los campamentos hace diez años. Su lugar en la campaña lo han ocupado los vascos, y en la ciudad, en las artes y ocupaciones de la vida, los europeos de todas las naciones. Aquellos argentinos, envejecidos en el ocio de los campamentos, deshabituados al trabajo, volverán, los que sobrevivan un día, a los lugares donde estuvieron sus hogares. La mayor parte no han dejado familia, y la incapacidad de trabajar los extinguirá al fin como unos parias en su propia patria. En la ciudad cuentan ya tres extranjeros por cada *hijo del país*; pero esta nueva sociedad extranjera no tiene derechos políticos, ni los apetece por ahora; los naturales, en lugar del antiguo derecho de elección, pueden, es verdad, firmar la petición escrita que les presenta el juez de paz, que es el inquisidor del barrio, que depende de la policía, que tiene el

registro de todas las personas, y puede anotar al vecino que no firmó la lista en que se pide que continúe en el mando Rosas por cinco años más, sobre los quince de gobierno o de desgobierno que lleva, con cargo de no atender a la administración, *aunque queden sin despacho los asuntos por muchos años*; y Mr. Southern, que presencia estas cosas, dice, a nombre de Inglaterra, que sería la mayor de las calamidades que este gobierno cesase. Mientras tanto, a los gobernadores de provincia que autorizaron a Rosas temporalmente, para que entretuviese las relaciones exteriores, no se les consulta ya ni por hipocresía siquiera, sobre ese encargo eterno e irresponsable.

Afortunadamente, el drama odioso de tanta corrupción no está terminado aún. Las ciento dieciséis víctimas de Palermo lo muestran demasiado. La Francia nos ha enseñado, muy a nuestro pesar, a no contar con ella para nada; y es mucha felicidad que sin su auxilio sea permitido esperar la rehabilitación de nuestro país. Circundan la República del Uruguay veinte mil hombres del Brasil, que no contamos sino como una amenaza y una dificultad que espera una solución, porque al fin, o Rosas o el Brasil debe ceder en las cuestiones irritantes que dividen la diplomacia.

Pero aun considerando a la Francia y al Brasil como elementos heterogéneos y accesorios, queda aún una fuerza de resistencia que no dilata en desenvolverse. El general Urquiza manda seis mil hombres de línea que han vencido durante diez años. Detrás del Entre Ríos está Corrientes, donde el general Paz disciplinó seis mil hombres más y que fueron inutilizados por la defección de los Madariaga. En el fondo de este mundo que bañan los inmensos ríos, admirados de verse desiertos de naves y de mercaderías en 1851 todavía, está el Paraguay con un ejército de 16.000 hombres, en disciplina hace seis años. Si estos elementos se amalgaman entre sí ligados por intereses de existencia, de comercio y de libertad, Rosas tiene que

emprender una lucha con pueblos vírgenes, encabezados por su mismo general en jefe, educado en su escuela, y con todos los prestigios de la victoria; Rosas en el último tercio de su vida, después de veinte años de esfuerzos inútiles para construir el monstruoso edificio de su poder; con restos de ejércitos que tendrán que abandonar el sitio impotente y vergonzoso de Montevideo; con generales moribundos como el presidente *legal* del Uruguay, o Mancilla su cuñado, o Pacheco, el Creso argentino, que ha engrosado en pesos de papel y en vacas los méritos de su hoja de servicios; con un papel moneda que a cada oscilación de la política pierde de golpe la mitad de su valor; con una campaña devastada por los estragos de la paz, peor mil veces bajo su administración que los de la guerra más destructora; con poblaciones descontentas; con soldados entretenidos en el ocio.

Esta perspectiva es la que aconseja matanzas de centenares de hombres, engrosando el cúmulo de atrocidades que se revuelven en aquella cabeza estúpida, para lanzar hecatombes de cadáveres, como única contestación al sordo descontento de aquellos pueblos, cansados de esperar un día de reposo, y viendo a un imbécil envejeciendo ya, y después de veinte años de acción, de poder absoluto sin contradicción, pidiendo tiempo y años todavía para meditar sobre la conveniencia de desembargar los caballos de las haciendas de ganados que embargó en 1839; pidiendo tiempo para ocuparse en resolver la grave cuestión de saber si el Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, pueden llevar de Buenos Aires el dinero, valor de las mercaderías que han vendido en la plaza; pidiendo tiempo y años para permitir que se rechacen a los salvajes que desolan hace diez años provincias enteras; pidiendo, en fin, que se le exonere de atender a los negocios públicos, a fin de que pueda más desembarazadamente recoger mendigos, peones de las provincias, desertores del ejército, y darse el gusto de ver caer icien cabezas humanas, empapar de sangre el atrio de su

casa, y llenar el aire de los alaridos de tantas víctimas! Lepredour y Southern, y el capitán Bonnet, estarán ahí, para dar a sus gobiernos y a la opinión pública la atenuación correspondiente. Pero Dios mediante, las cosas marchan a veces por otro camino que el que les trazan los diplomáticos y los capitanes de buques mercantes, y algo queda que esperar en el Río de la Plata. Mucho nos tememos, sin embargo, que los agentes europeos hagan alianzas con Rosas, a fin de que no se abra y franquee al comercio europeo la navegación de los ríos que sostiene el general Urquiza.

La Regeneración

Diario de Entre Ríos

(*Sud-América* de 24 de abril de 1851)

Entre las anomalías que la política americana presenta a cada momento, no es la menos singular la que ofrecen hoy Chile y la República Argentina. El estado constitucional por excelencia, el país de las garantías, de la libertad de la prensa hasta la licencia, ha dado el escándalo de una revolución a mano armada, de un acto incalificable de violencia, refiriendo a la espada y a las bayonetas la solución de cuestiones subalternas, que en nada afectan a los grandes intereses de las naciones. La administración actual de Chile puede no ser tan cumplida, tan liberal, tan progresiva, como muchos lo desearan; pero nadie negará que está en las condiciones normales de un estado constituido. Hay libertad de pensar, seguridad para las vidas, inviolabilidad de la propiedad, libertad absoluta de acción, la prensa sin censura, la tribuna abierta a todas las opiniones. Dadas estas bases la revolución es un crimen. Los partidos tienen el deber de ser pacientes y aguardar su turno. Doce años el partido federalista dominó en los Estados Unidos; veinte el democrático; ocho el whig, y más el democrático, hasta ayer en que el partido whig volvió a dominar en las elecciones con el general Taylor. Jamás estos partidos han apelado a las armas.

¡Cuán distinto cuadro el de la República Argentina! Un poder discrecional, absoluto, sin trabas, gobernándola veinte años; un gobernador haciéndose reelegir, no por el pueblo, sino a fuerza de renunciaciones mentidas, el exterminio decretado contra los que no acaten su despotismo, la seguridad individual desconocida, la propiedad amenazada de la confiscación, la prensa monopolizada por el gobierno; sin congreso, sin constitución, sin otra ley que la violencia y el capricho.

Y sin embargo, del seno de aquella tiranía espantosa, sin ejemplo en los anales de la historia moderna, sale una revolución pacífica fundada en el derecho escrito de la república, en el pacto federal que los gobiernos habían firmado; en el estudio de los intereses del país. Navegación libre de los ríos, convocación del congreso, constitución federal; he aquí, no el grito revolucionario, sino la legítima demanda de los pueblos, y del general Urquiza, jefe de la provincia de Entre Ríos, y por tanto poder legal y competente para pedir el cumplimiento de pactos solemnes, de promesas retardadas con toda clase de pretextos. La República Argentina puede tener un Washington que la dé su lugar entre las naciones constituidas del mundo, apoyado en el derecho y en los grandes intereses nacionales. Si los hechos corresponden a los principios proclamados, aquel país, teatro de tantos horrores, víctima de usurpación tan escandalosa, terminará su revolución por los medios más elevados, por los principios de economía política más adelantados. La Europa entera habrá presenciado este debate; las naciones americanas vecinas habrán sido llamadas a discutir sus intereses; y el mundo sabrá la hora en que una porción escogida de la tierra se presenta en la escena del mundo, regularizando su gobierno, convocando solemnemente un congreso soberano, dándose una constitución, asegurando las vidas y la propiedad de todos, y haciendo desaparecer todos esos absurdos, violencias, crímenes y poderes absolutos que tienen escandalizado al

mundo.

La duda no es ya permitida. *La Regeneración*, diario nuevo fundado en Entre Ríos, explica su título y su objeto en estos términos:

LA REGENERACIÓN EL AÑO DE 1851

Apenas hace cinco días que nació y ya todos le conocen y le llaman por su nombre, ni más ni menos que, si habiendo corrido todo su curso, se encontrase viejo, y en su duodécimo mes.

Este año 1851 se llamará en esta parte de América el de la organización.

Obra de una admirable combinación de ciencia, patriotismo y firmeza, habrá paz general y gloriosa en la República. El buen derecho y el valor son bases inmortales que Dios protege.

El gran principio del sistema federal consagrado por la victoria quedará consolidado en una asamblea de delegados de los pueblos. De su seno saldrá un mandato de fraternidad, y abrazándose todos los hermanos, victorearán reconocidos un nombre glorioso, que designa a un hombre grande, que simboliza en su persona:

La constancia en el orden;

La firmeza en el designio;

El coraje en la lucha;

La grandeza en los medios;

El heroísmo en los hechos;

El patriotismo y la civilización en los fines.

Para nosotros, la única faz del año 51, es la organización.

Importancia de la cuestión argentina (*Sud-América* de 27 de abril de 1851)

La cuestión argentina va asumiendo de día en día proporciones colosales y elevándose a la categoría de uno de los más grandes acontecimientos históricos, políticos, sociales e internacionales de los tiempos modernos. Sabemos que hay hombres notables de América, y principalmente en Chile, que son indiferentes y tibios espectadores de lucha tan complicada, y no falta uno que otro individuo que afecte un supremo desprecio por asunto a su parecer tan vulgar y mezquino. No es nuestro ánimo vituperar conducta que nace más bien que de opiniones fijas, de esa falta de estudio de las cosas americanas, que es tan común entre nosotros. Los grandes acontecimientos que forman el tejido de la historia tienen detalles triviales, repugnantes, que para quien los ve de cerca pierden todo prestigio. Son como las imponentes montañas que de cerca no presentan a la vista sino pedruscos áridos, yerbas raquíticas y espinosas, esterilidad y desamparo. De ellas salen sin embargo los raudales que fecundan las llanuras; sobre sus picos elevados se descarga el rayo que purifica la atmósfera; de sus entrañas se arranca el hierro que hace la fuerza del hombre, y de sus veneros el oro que paga sus goces y sus sudores.

Pueden ciertamente hombres lanzados en el mundo político,

mirar con desprecio esta cuestión que a tantas naciones trae complicadas, y que llena días, semanas, y aun meses los debates de las asambleas deliberantes de estados poderosos; pero este desprecio, ¿qué probaría? ¿Probaría contra la cuestión o contra el que la juzga? ¿Cuáles son los elementos de aquella lucha? Un tirano célebre y un pueblo que ha dejado de serlo; pero que no es por eso menos digno de atención. Hale cabido a la República Argentina hacer su papel en la historia americana de una manera tan notable que su historia se liga a la de todos los otros estados. En sus glorias y en sus extravíos, conserva siempre ese tipo especial que parece ser muestra de la predestinación de un pueblo. Invadiéronlo las armas inglesas, y el pueblo desde sus casas o barricando las calles, se apoderó de once mil ingleses que hizo prisioneros; sobrevino la guerra de la independencia y sus vecinos saben qué papel hizo en ella. Vínole la época de la organización interior, y en reformas y en instituciones dejó azorada a la América con Rivadavia, y las instituciones liberales de diez años de paz. Sonó la hora del despotismo, y ese despotismo tan feroz como ingenuo, ha llevado el nombre de la República Argentina y de su tirano a los oídos de los pueblos más apartados, a todos los extremos de la tierra; se ha mezclado en los debates de las asambleas legislativas, en las discusiones de la prensa europea, y en las combinaciones de la política y la diplomacia de los gobiernos más poderosos del mundo. Tienen las repúblicas del Plata por defensor constante de sus intereses a políticos de la altura de Thiers, y el tirano por padrinos, periodistas como Girardin. Toda la sagacidad de la diplomacia inglesa y francesa combinadas, u obrando separadamente, se han estrellado durante diez años en una cuestión que no comprendían, dejando así burladas sus pretensiones de saber y de capacidad. Los políticos americanos, como los del Brasil, Uruguay y Paraguay, creyendo salir de las complicaciones que les suscitaba el tirano, se han valido de los amañes, aplazamientos,

contemporizaciones y condescendencias ordinarias, hasta que el uno primero, el otro más tarde, han tenido que hacer inmensos gastos y exponerse a grandes conflictos, por no haber sabido desde el principio parar golpes con golpes y aprovechar coyunturas que no debieron despreciar. Estos hechos muestran, por lo menos, cuánta es la importancia de la cuestión del Plata, y la gracia que habría en que al acercarse el enviado brasileiro a ciertos jóvenes que echan plantas de políticos, le preguntasen de qué se trata, o por qué van a hacerse la guerra, pues ellos no están en antecedentes.

Si miramos esta cuestión por el lado de la civilización, bien se nos ocurre que la barbarie de los actos, del lenguaje y de los medios del poder en la República Argentina, la hacen descender a la condición de los pueblos más despreciables y atrasados de América. Hay mucho de verdad en esto, pero no es menos cierto que hay ilusiones de óptica de cuyos errores debieran estar exentos los hombres que tienen motivos de juzgar bien las cosas. Las formas exteriores y oficiales son bárbaras en verdad; pero la sociedad argentina de hoy es en todo igual a la sociedad de los países más adelantados de la América española. Para juzgar en Chile de la verdad de este aserto, no tienen más que echar la vista por el reducido número de comerciantes, mineros, abogados, artistas, escritores argentinos, y compararlos con iguales manifestaciones de la capacidad individual del país, y encontrarán que son iguales, o al menos que las diferencias no son chocantes. Sucede otro tanto en el seno mismo de la República Argentina. Hay una sociedad oprimida que no osa manifestarse, que no puede hacerlo porque le está vedado, pero ahí bajo el pie del tirano, en el recogimiento que impone el despotismo, estudia, se prepara y adquiere ideas sanas de todas las cosas, porque la realidad que palpa le quita la gana de perseguir quimeras y engañarse por engañar a los otros.

Háblase con énfasis de la servilidad y degradación de los

pueblos argentinos, y en esto mismo es preciso convenir hasta cierto punto. Sin duda que no van al cadalso riéndose y cantando como los franceses de 1793. Admiráis la energía brutal del tirano que ha hecho frente a tantas dificultades, pero no os llama la atención la perseverancia y abnegación de sus adversarios, que en quince años de lucha no han cedido un palmo de terreno, ni desesperado un momento del triunfo. Sin duda que se necesita mucho heroísmo y grandeza de ánimo para estar en el fondo de un palacio dictando órdenes, rodeado de comodidades, temido hasta de las moscas, obedecido de todos, auxiliado por diplomáticos hábiles, ministros complacientes, empleados sumisos, y soldados aguerridos, todo refrescado, animado y asegurado por cinco millones de duros que se invierten sin responsabilidad, legalizado por una cámara intimidada, venal o corrompida. Mucho heroísmo y energía se necesita para vivir ejerciendo un poder sin límites, extravagante, matador, aterrante, como no se vio jamás en los tiempos modernos; pero es preciso convenir que algo merecen en la consideración pública los hombres que hacen frente a ese poder, con las armas cuando pueden, y con la pluma siempre, desde el destierro, habitando guardillas y comiendo lo que encuentran; ocupando el que sobrevive inmediatamente el puesto que deja otro asesinado, como Varela, o muerto en el combate como Lavalle. Las virtudes, la energía y el esfuerzo de estos, solo puede medirse por lo desesperado de la empresa, por las dificultades con que luchan, y lo desinteresado, patriótico y noble de los fines. Si Rosas sucumbe ante sus golpes, si los escritores argentinos logran, aunque no lo hayan logrado en diez años, despertar a los oprimidos de su letargo, darles la conciencia de sus derechos, la inteligencia de sus intereses; si de tan largo debate resulta al fin que la Europa y la América comprenden sus intereses en el Río de la Plata, que son los nuestros, entonces no negaréis que los que tal hicieron y tal prepararon, valían diez veces más que Rosas, que le

excedían en energía y perseverancia, y que heredarán en la historia la reputación usurpada que el tirano quiso locamente asegurarse para sí. Entonces no acusaréis de servilismo a la República Argentina, pues que la protesta y el esfuerzo de sus hijos la habrá salvado de la ferocidad de un tirano. No es menos notable la cuestión del Plata por las cuestiones políticas que en ella se envuelven como pueblo hispanoamericano, que trata de darse una forma de gobierno y constituir una nueva nación. Chile, por desgracia, ha visto también de cerca ahora esas tormentas políticas que deshonran a toda la América española. Al día siguiente de una revolución sangrienta, y que pudo desquiciar el país por muchos años, los vencidos mismos no sabrían decir qué móviles tan poderosos, qué motivos tan santos los condujeron a tan deplorables extremos. Si oímos a los amigos del gobierno, encontraremos que los culpables eran aturridos, inexpertos, alborotadores sin principios, ambiciosos sin conciencia, y otras cosas menos justificables. Si son los opositores los que juzgan a sus adversarios, no son menos desfavorables los epítetos, aunque sean de otro carácter. Godos, usureros, tiranos, atrasados, ignorantes, son los menos odiosos que les atribuyen. La prensa no ha sido ni más moderada ni más ilustrativa, resultando de sus discusiones una Babel, para quien no conoce la verdad que ocultan, que es la nada y la cosa ninguna, lo que no estorba que se derrame sangre y se intente trastornar al país. Id al fondo de nuestras cuestiones argentinas, y veréis qué claridad de propósitos, qué barrera de separación entre el tirano y sus enemigos. Vamos a indicarlo en cuatro lineamientos. La República Argentina no está constituida; queremos que se constituya. Hay un tirano peor que un dictador, un poder *con toda la suma del poder público*, leyes, vidas, haciendas, opiniones, justicia, conciencia; pedimos que devuelva a cada poder y a cada ciudadano sus funciones y sus derechos.

Hay un pacto federal; pedimos que se cumpla reuniendo el

congreso nacional que ha de hacerlo efectivo. Hay un inmenso sistema de ríos navegables que pueden llevar la riqueza, la población y la vida a los extremos más apartados de la República; pedimos que se legisle la navegación de esos ríos en el interés de todas las provincias. No hay libertad de decir, pensar, escribir, discutir sino lo que conviene al tirano; pedimos que se nos devuelva a cada uno nuestro derecho de juzgar de todas las cosas de interés público, estudiarlas, examinarlas y proponerlas al examen de los cuerpos deliberantes.

¿Quién hay en Chile, ya sea pipiolo, socialista o retrógrado, atrasado o avanzado, godo o patriota, que no reconozca la santidad de nuestros deseos, la urgencia de obtener satisfacción y la legitimidad de todos los esfuerzos que sin violar las leyes de la moral divina, tiendan al logro de todos y de cada uno de estos objetos?

Y si discutiendo estas cuestiones, hubiésemos llamado en nuestro apoyo las ciencias económicas que guían en la creación de la riqueza; si hubiésemos estudiado nuestro suelo cuan grande es, palmo a palmo, para apreciar sus ventajas y poner de bulto la organización y las leyes que reclama; si después de estudiar, compilar y publicar todas las constituciones americanas, y observado su discordancia y esterilidad, sacásemos una constitución fundada en las condiciones geográficas de nuestro suelo, hija de sus necesidades, en vista de su población y riqueza futura; si para combatir a Rosas hubiésemos registrado los archivos para desenterrar documentos, traducido viajes, publicado manuscritos inéditos, viajado por diversos países, estudiado por todas partes, adelantado siempre, y excitado en Europa el interés por aquella ignorada porción de la tierra, a punto de que su descripción, sus producciones, sus costumbres, su gobierno, y sus luchas sean hoy el pasto diario de la prensa periódica de Europa, y el objeto de la literatura y de la política, como las obras de Brossard, Dumas, Poncel, Marmier, Saint-Robert,

Guillemot, Parish, King, y tantos otros que han escrito sobre las cosas argentinas; si en cada aldea de Italia, Francia, Alemania, Vizcaya, Cádiz, Barcelona, etc., etc., no hay niño que ignore que hay en el mundo una República Argentina a donde en despecho del terrible tirano se puede emigrar, y encontrar tierra a discreción, salarios subidos y trabajo demandado; si todos saben que no hay fisco, ni aduana, ni estanco para las conciencias, y que en punto a religiones cada uno hallará allí su patria; y si para desatar el nudo gordiano de nuestras miserables cuestiones de organización interna, de libertad y de despotismo, hemos concluido con interesarse en el debate medio mundo americano y medio mundo europeo, para mostrar a los políticos de qué nos quejamos, que no hay miembro aislado de la parte civilizada del mundo, y que no hay cuestión indiferente, ¿no sienten dichos aristarcos que nos están reservados días grandes, después de tan ruda prueba; el más sangriento y desbocado despotismo, enfrenado por la mano del congreso; el más vasto estuario de ríos abierto al mismo tiempo al comercio y a la riqueza; la más ancha corriente de emigración europea acudiendo a nuestras playas, atraída por la publicidad de la lucha, por la fama europea dada al país que la sostuvo, por el tirano célebre, y los enemigos nobles, pero humildes, que lo pusieron en tierra?

Tal es la grandiosidad de la lucha argentina, que perturba la política de la Francia y de la Inglaterra diez años ha; de cuyas complicaciones no se ha salvado, por más que ha hecho, el Brasil, el Paraguay y el Uruguay, como no se salvará Chile ni Bolivia, a menos que obtenida la solución por los otros pueblos, no aprovechen como es natural de su parte de beneficio.

¿Por qué Rosas
no reúne el congreso federal?
(*Sud-América* de 24 de mayo de 1851)

El correo de Buenos Aires nos ha traído diarios de aquella ciudad hasta el 16 de abril. La situación exterior del país continúa la misma, amenazante, y sin solución próxima; pero la situación interior se bosqueja cada vez más clara y ofrece un nuevo e interesante aspecto. El *Archivo Americano*, periódico oficial de Rosas, publica bajo el epígrafe *Tendencias anárquicas de algunos papeles del Entre Ríos*, una especie de manifiesto contra la idea dominante hoy en toda la República Argentina, de la necesidad de convocar el congreso, y aunque el espíritu de esta pieza, su objeto y su autor, sean el obstáculo permanente a toda discusión de los intereses públicos de aquel país, celebramos su aparición, porque al fin se logra hacer que el gobierno de Buenos Aires se exprese sobre punto tan importante, y abandone el ofensivo silencio que ha guardado durante tantos años. Sábese que Rosas no quiere congreso, que no quiere que haya un sistema de gobierno que no sea su voluntad; pero bueno es que lo diga, y que exponga las razones en que se apoya. Estas razones pueden ser rebatidas o aceptadas, la opinión ilustrada, y aun él mismo convencido de error. Gústanos verlo entrar en la discusión de intereses que siendo de toda la República, y de todos los argentinos, y no de él, todos tenemos derecho de ventilarlos, de examinarlos, ya

sean provincianos o porteños, ya los que gobiernan o los que son gobernados. Porque al fin, puede muy bien D. Juan Manuel Rosas creer en su alma y conciencia que no conviene que la República Argentina se constituya; lo que no estorba que haya otros argentinos que crean lo contrario, y no hay razón para creer que D. Juan Manuel Rosas sea el único argentino que conozca los verdaderos intereses de su país. Nosotros vamos, pues, a entrar en el examen razonado de la pieza publicada en el *Archivo Americano*, con la medida que tan grave discusión necesita, y esperamos que el fallo de la conciencia pública dé a nuestras observaciones su verdadero valor.

En un preámbulo muy lleno de sensatez sobre la medida en que debe mantenerse la discusión, y cuyas reflexiones aceptamos de corazón, se dice que el deber del escritor es de no despertar celos, no fomentar rivalidades, aplacar, y no irritar los ánimos,... esto es lo que conviene sobre todo en los tiempos de agitación y de tumulto. Afortunadamente estos tiempos no son los nuestros, la República Argentina está tranquila.

A renglón seguido, nos dice, sin embargo, «que lo que no tiene ejemplo en la historia es la impavidez de un amnistiado que se atreva a levantar la voz para aconsejar a los gobiernos y a los pueblos,... ¿Quién es, ese gran político que ha meditado en el fondo de su gabinete sobre lo que más conviene a los argentinos? ¿Qué hacía ese profeta cuando los argentinos defendían sus hogares, auxiliaban a sus vecinos, y combatían por los derechos sacrosantos de la América? A estos, y no a los tráfugas, toca señalar la época y los medios más oportunos de organizar la República».

Aquí tenemos, pues, que el escritor de Rosas principia por *despertar celos, fomentar rivalidades, irritar en lugar de aplacar los ánimos*. ¿Es este el predicador que dice: haz lo que te digo, y no lo que yo hago? ¿O el general Rosas y sus servidores guardan los deberes de la moral y de la justicia para

sus adversarios, a condición de sustraerse ellos mismos de toda sujeción. Estos reproches son dirigidos al redactor presunto de *La Organización*, periódico de Entre Ríos, cuyas tendencias anárquicas se propone combatir. Antes era una incompatibilidad política el haber sido en algún tiempo llamado un escritor, unitario, para no tener voto en las cuestiones que tienen relación con su país. Ahora la incompatibilidad se extiende a los amnistiados, a quienes se llama *tránsfugas*, es decir, a los argentinos que se han asociado al partido federal y separándose de sus adversarios. ¿Así se pone en práctica el consejo de *no fomentar rivalidades*? Pero este cargo sería aplicable al señor Angelis, redactor del *Archivo Americano*, tránsfuga también, y cuyos escritos en oposición a Rosas están en varios periódicos de Buenos Aires.

Mas nuestro deber es sacar tan graves cuestiones del terreno mezquino de las vulgaridades y de la insignificancia de las personas. Como al leer el *Archivo Americano* nadie lo creerá expresión de la opinión privada del señor Angelis, así al leer *La Organización* de Entre Ríos, nadie la creerá la opinión privada de su redactor.

El general Rosas está patente en el uno, como el general Urquiza en el otro. Publicando el general Urquiza un decreto, por el cual encarga a las autoridades departamentales cooperen a la suscripción y propagación de *La Organización*, poniendo el servicio público de postas y comandantes militares al del reparto de este periódico, el general Urquiza ha aceptado implícitamente la responsabilidad del diario que se tiene por el órgano de sus deseos. Atacar, pues, al redactor y no al consentidor, es huir el cuerpo a la cuestión, y engañar al público sobre la gravedad del debate. Si no a los tránsfugas, y «solo a los que defendían sus hogares, auxiliaban a sus vecinos, y combatían por los derechos de la América, toca señalar la época y los medios más oportunos para organizar la república», Rosas no negará que el general Urquiza se halla en este caso, y

por tanto la iniciativa le corresponde. Si el general Urquiza no es competente, ¿lo será por ventura el general Rosas, que saca provecho de la «desorganización» de la república, ejerciendo una autoridad sin límites y disponiendo de las rentas de la nación?

El *Archivo Americano*, tras de este mañoso exordio, en que se trata de ocultar a la república la verdad de los hechos, pasa a hacer el proceso y la condenación de todos los congresos argentinos, cual si fueran criminales famosos traídos a su tribunal. Un día juzgará la historia entre el juez, que para recomendarse él y conservar una autoridad desmedida, ataca el principio sagrado de toda institución, la voluntad nacional, expresada por un congreso; ella juzgará, entre Rosas dictador absoluto, y el soberano congreso.

Nos limitaremos, por ahora, a lo que puede servir para *apacar y no para irritar los ánimos*; para abrir puertas de salvación, y no para cerrarlas.

«La convocación de un congreso —dice el diario oficial de Rosas—, la sanción de un estatuto, son trabajos importantes que requieren tranquilidad, contracción, conocimientos en los que son llamados a desempeñar tan alta y difícil misión. La falta de estos requisitos ha malogrado los ensayos que se han hecho hasta ahora, y que no solamente han sido estériles, sino que arrastraron al país a una conflagración general».

Esto puede haber sucedido en efecto, y puede darse por atenuación lo que, al principiar la acusación de los congresos, dice el mismo Rosas para atenuar el delito que siente que va a cometer: «todos los pueblos han cometido sus errores, más excusables en los que se levantaban de repente *de una larga y dura opresión*».

El primer Congreso se reunió en 1812, el segundo en 1816 y declaró la Independencia, el tercero en 1826 y trató de constituir la república. El general Rosas, entonces simple

comandante de campaña, trabajó constantemente con Quiroga y otros, para impedir la organización del país. Acaso a su propia conducta se refiere cuando observa que la reunión de diputados, que debía de haber apagado la tea de las discordias civiles, las avivó aún más, porque *sirvió de estímulo a todas las ambiciones y de órgano a todos desvaríos*. La historia también dirá la parte que la ambición del general Rosas tuvo en el desquiciamiento de la república y en la prolongación de los males de que aún hoy es víctima. Mas los extravíos de los congresos, si los hubo, y no estamos lejos de reconocerlo, pertenecen a épocas muy distantes de nosotros. Contraigámonos al momento presente. ¿Hay tranquilidad en la República Argentina? Si la hay debe convocarse el congreso, pues este fue el requisito que exigió el tratado litoral, a que está sujeto Rosas, como toda la república. Si no la hay después de veinte años de gobierno absoluto, creado para proporcionar esa tranquilidad, ¿qué ha hecho don Juan Manuel Rosas para obtenerla? ¿Ha sido impotente para obra tan grande? Luego deje que se prueben otros medios de obtener este resultado.

De que «la convocación de un congreso requiera conocimientos en los que son llamados a desempeñar tan alto y difícil encargo», ¿deduce el general Rosas, que no puede, no debe convocarse un congreso en la República Argentina? ¿No hay en ella hombres de conocimientos? ¿Y cuándo los habrá?... ¿Qué ha hecho el general Rosas, árbitro absoluto de los destinos de la república desde 1833, en que hizo la misma observación, para preparar hombres para tan altas funciones? ¿Es la República Argentina, la última, la más ignorante, la más atrasada de la América del Sur? ¿Lo es hoy más que lo que era Chile en 1833, cuando se constituyó, dando por resultado, una tranquilidad, un orden, una libertad, que han sido amenazadas algunas veces, pero no han sido perturbadas nunca? ¡Qué triste y despreciable concepto tiene el general Rosas de los hombres que lo rodean, y de la nación en masa, para oponer como

dificultad insuperable para la organización del país, la falta de conocimientos en los hombres llamados a desempeñar el encargo de instalar el congreso! No juzgan así los extraños a la República Argentina. La prensa de toda la América está llena de escritos luminosos que muestran la superior competencia de los argentinos para entrar en las más arduas cuestiones de la política; llenas están por todas partes las librerías de sus trabajos sobre literatura, legislación, economía política, geografía argentina, y demás que conciernen a las materias de la competencia de un congreso. A cada paso los escritores europeos rinden homenaje a la capacidad de los pensadores argentinos, y adoptan sus ideas y citan su autoridad. Sin ir muy lejos, Chile acata en el doctor Ocampo los conocimientos más profundos en legislación y jurisprudencia, y admite con aplauso en su ilustrado foro a más de veinte abogados argentinos. Chile ha oído a Fragueiro sobre las más abstrusas cuestiones de economía política; y en las cuestiones diarias, en la prensa, en todas las manifestaciones de la inteligencia, Chile como el resto de la América, tiene la íntima convicción de que los argentinos no ceden en nada a ninguno de los otros pueblos americanos, en capacidad, instrucción y conocimientos. ¿Por qué el general Rosas se mostraría más descontentadizo que el resto de la América, en cuanto a hombres competentes? ¿Nace esto de la superioridad de luces del general Rosas? Sobre este punto séanos permitido hacer observaciones hijas del sentido común. El general Rosas no ha recibido instrucción ninguna en su juventud, no ha atesorado esos *conocimientos* que son el tesoro de la civilización, y que se comunica en los colegios donde se enseñan los rudimentos del saber. Si por un prodigio, la naturaleza lo ha dotado de la omnisciencia, que supone el tachar a una república entera de faltas de conocimientos, ¿por qué no admite él que algo deben saber los que han recibido educación, puesto que él, sin este auxilio sabe tanto? El espectáculo del mundo suele dar a la par del estudio esos

conocimientos a muchos hombres; y ni aun esto milita en favor del general Rosas. Estanciero hasta 1835, se encerró en un calabozo que se llama Palermo, o su casa particular, y no conoce ni la República Argentina, ni los intereses de las provincias, ni sus necesidades comerciales, ni su geografía, ni sus ríos, ni sus medios de desenvolvimiento. ¿Diría que en su gabinete ha estudiado todas estas cosas? Pero otro tanto tienen derecho de decir los argentinos a quienes ultraja; ellos también han estudiado en su gabinete, y al aire libre, en los hombres y en las cosas; en las aulas donde se enseña, y en los libros donde se aprende. El general Rosas no sabe ningún idioma, y cualquiera que su estudiosidad sea, está privado de la mitad de los recursos que la civilización y la sabiduría de todas las naciones han puesto en manos de todos los hombres instruidos para completar sus conocimientos. Por otra parte, si el reproche de falta de *conocimientos* viene del señor Angelis y no de Rosas, tendremos eso avanzado que en el señor Angelis haya un hombre de conocimientos, para tratar las arduas materias de que debe ocuparse un congreso. Nómbrasele diputado por la provincia de Buenos Aires, puesto que no hay otros, y estará dignamente representada en el Soberano Congreso. Las provincias se darán maña como puedan, y esa ventaja más tendrá la de Buenos Aires; pues es sabido que en los congresos solo ejercen influencia y predominio los más sabios, los hombres de más *conocimientos*.

Pero dejemos a un lado este triste subterfugio de la *falta de tranquilidad*, que es una acusación permanente contra quien la apunta. ¿Cómo ha de haber tranquilidad jamás, donde no hay leyes, ni instituciones, sino la voluntad, el capricho, el odio, la pereza, la ambición, el interés particular de un mandón sin responsabilidad, sin trabas, sin sujeción? La indignación nos rebosa al leer una acusación fiscal contra nuestros congresos antiguos, imputándoles los males que eran la obra natural de todos los hombres, y calumniando sus intenciones y su

carácter. ¡Ah! si en el silencio impuesto al pensamiento en la República Argentina, y la imposibilidad de confundir al calumniador, pudiesen levantarse las sombras de Laprida, Fr. Justo de Santa María de Oro, el Deán Funes, Gorriti, Rivadavia, y toda la procesión de nuestros hombres eminentes, y preguntasen a ese reptil, qué es lo que ha hecho en bien de esa patria que calumnia, «solo Rosas —dice el innoble fiscal—, al frente de un numeroso cuerpo de caballería (1820) armado a su costa, marchó sobre la capital y atacó a los anarquistas en sus propias trincheras, dejando a la autoridad pública en el más libre y completo ejercicio de sus funciones».

Citamos este trozo para mostrar el insano propósito del articulista oficial, de engrandecer los méritos de Rosas, a expensas de los congresos que ninguna parte tuvieron en los desórdenes suscitados por *otros* que los diputados a los congresos argentinos. El general don Martín Rodríguez enfrenó la anarquía en 1820. Para conseguirlo trajo de las campañas algunos escuadrones de milicias; uno de esos escuadrones era mandado por un tal Rosas, comandante de ese escuadrón, como veinte individuos más lo eran de otros. El hecho de la incorporación de este o el otro comandante de escuadrón en una acción de guerra, es tan insignificante, que si veinte años después don Juan Manuel Rosas no hubiese asegurado haberse hallado él también entre las filas de los combatientes, nadie lo habría sabido, ni hecho caso de semejante incidente; mucho más no habiéndose distinguido por acto brillante ninguno, pues eso de atacar trincheras *a caballo* son figuras de retórica, excelentes para un escrito, pero que no tienen la pretensión de asegurar un hecho positivo. El comandante de milicias Rosas, tuvo orden de estar parado con su escuadrón en tal calle, y se le dio orden de retirarse cuando el combate estuvo concluido, pues la caballería dentro de una ciudad, y caballería de milicianos, no tiene otra aplicación. ¿Puede tolerarse la insolencia de suplantarse un pobre comandante de milicias, a

sus jefes, y decir después de treinta años que, «*¡él solo!*» marchó sobre la capital, y atacó a los anarquistas en sus propias trincheras, dejando a la autoridad pública en el más libre y completo ejercicio de sus funciones»? Con los títulos de Rosas para adoptar ese lenguaje, el último tambor que se halló en el combate pudo decir otro tanto: «Yo dejé a la autoridad pública en el más libre y completo ejercicio de sus funciones».

¿Y cuál era esa autoridad pública que se olvidó o ignoró que Rosas había atacado los anarquistas en sus propias trincheras? ¿Qué sucesos se siguieron a este acto de bizarría del paladín de las instituciones? Los que triunfaron en ese día fueron el general Rodríguez, que fue nombrado gobernador, y que llamó a su lado a don Bernardino Rivadavia, y sus amigos políticos para aconsejar su gabinete. El orden que triunfó ese día fue el que trajo la ley de amnistía general para esos mismos anarquistas vencidos; el orden que triunfó fue la administración del general Las Heras, y la subsiguiente de Rivadavia, que invitaron a las provincias a la reunión de un congreso; congreso contrariado en sus propósitos de organizar la República, por los antiguos anarquistas y por el *tránsfuga*, comandante de uno de los escuadrones que habían, en 1820, ayudado al restablecimiento del orden. Después, cuando este *tránsfuga* se hubo apoderado del gobierno, persiguió y exterminó a todos los hombres que habían triunfado en 1820, y dado leyes al país, asegurado la vida de los ciudadanos, y hecho inviolable la propiedad, la opinión y la conciencia de cada uno. Este *tránsfuga* calumnió a todos los grandes hombres de la República, desterró, si no logró degollar, a todos los hombres de conocimientos, abrogó todas las leyes protectoras, haciéndose dar la *suma de poder público*; confiscó las propiedades de sus adversarios en política, y cuando después de veinte años de violencias inauditas, de terror y de crímenes, los pueblos dijeron al fin, es preciso convocar el congreso para gobernarnos por leyes, como todas las naciones cristianas, el

tránsfuga les dice, «la convocación de un Congreso, la sanción de un estatuto, son trabajos importante que requieren *tranquilidad, contracción y conocimientos* en los que hayan de desempeñar tan alto y difícil encargo»; y como esta es una objeción para la convocación deseada, equivale a decir: vosotros, oh pueblos, no tenéis tranquilidad, ni sois capaces de contraeros a un *trabajo importante*; ni tenéis hombres de *conocimientos*. Es decir, yo he organizado la falta de tranquilidad permanente; yo os he quitado los hombres de conocimientos; luego mi autoridad sin límites, mi tutela sobre las provincias, mi voluntad caprichosa, mis intereses personales, son la única regla que debe seguirse, y el único interés que debe consultarse.

Pero otra cosa es la que se trata hoy, ni los pueblos están tan desamparados que no haya un jefe que los proteja y defienda contra la usurpación que a fuerza de ardides y de engaños se prolonga hace veinte años ya.

Dejemos, pues, dormir en paz la sombra de los congresos pasados, y que sus errores nos sirvan de guía para lo presente. No se han dejado de navegar los mares procelosos, porque algunas naves naufragaron en ellos; no se les ha puesto un grillete a los pueblos, porque alguna vez sus padres se extraviaron. *Errare humanum est, pero errando, errando deponitur error*. Esta es la historia de la humanidad entera; esta la vida de las naciones. Así progresan, así marchan, así se engrandecen; y si la República Argentina ha caído a tal abatimiento y nulidad que un hombre pueda decirle impunemente: no tenéis capacidad para discutir vuestros propios intereses; necesitáis amo, tutor que os dirija por donde él juzgue conveniente, culpa es del que en veinte años de gobierno la ha reducido a tan miserable estado.

Más veamos las cuestiones que deben ocupar al congreso en sus primeros trabajos. La primera de todas, es arreglar las cuestiones pendientes con cinco naciones que la tienen

circulada de ejércitos. ¿No tendría la República hombres capaces de arreglar estas cuestiones? ¿Pues si tú no has sido capaz de conseguirlo en 20 años, complicándolas cada día más, y suscitando nuevos enemigos, qué extraño sería que otros no fuesen más felices? Arreglar el gobierno general que termine el encargo provisorio de las relaciones exteriores; ¡ah! aquí dice D. Juan Manuel Rosas, ese negocio solo yo lo entiendo; yo diré cuándo conviene hacerlo, es decir, cuando me convendrá a mí, es decir, nunca. Aquí faltan los *conocimientos* en toda la República, no haya congreso. ¡Calumniemos, envilezcamos la memoria de todos los congresos argentinos, insultemos a todos los pueblos de la tierra, que tienen congresos como la Inglaterra, la Francia, los Estados Unidos, Chile y la España, toda la América y toda la Europa, porque todos los errores pasados y presentes de su política y de sus gobiernos han sido sancionados por sus congresos! ¿Puede llevarse la demencia a tal grado, el cinismo a tanto descaro? Supongamos, sin embargo, que el soberano congreso se reúna; que decrete lo que en su sabiduría o en su ignorancia halle conveniente; ¿quién se opondrá a sus fallos? ¿Quién desobedecerá a sus mandatos? ¿Quién empezará a minarlo, desacreditándolo, atribuyéndole todos los desórdenes que suscitan sus enemigos? ¿Quién? Consultad la historia y el buen sentido. El que lo ha hecho otras veces, y tiene interés personal en hacerlo ahora. El Congreso de 1826, bueno o malo, tuvo por amigo o por enemigo al comandante de campaña D. Juan Manuel Rosas. ¿Quién retiró su diputado de la Comisión Representativa en 1831? Oigamos la declaración del mismo interesado. «El general Rosas vio con dolor que no había sido comprendido, y para evitar nuevos escándalos *mandó retirar a su diputado*». Con dolor o no, que esas son pamplinas, el hecho histórico es que Rosas hizo ilusorio el pacto federal, y disolvió la Comisión Representativa. «¿Cuál habría sido —dice en su justificación de aquel acto de anarquía y de violencia del pacto más sagrado—,

cuál habría sido la posición de los diputados de Buenos Aires, en medio *de enemigos y de traidores*?» ¡Hola! ¿Con que eran enemigos los gobiernos federales, que concurrían con sus diputados a la realización del pacto federal? ¿Eran *traidores* los diputados? ¿Quién ha decidido sobre esta grave acusación? ¿Por qué el *traidor* no sería el gobierno que no queriendo someterse a la voluntad de la mayoría, retiraba su diputado? ¿Por qué se llaman traidores en un documento *oficial*, emanado del *gobierno*, a los que en uso de sus atribuciones y de sus facultades, sancionaban medidas que no eran de la aprobación personal de D. Juan Manuel Rosas? Si el soberano congreso se reúne, y la mayoría de los diputados sanciona una ley que no cuadre a Rosas, ¿se prepara ya a declarar traidor al soberano congreso, y retirar sus diputados?

Pero no es así como obran los pueblos civilizados. En los congresos se discuten los intereses más vitales de las naciones; el reglamento que preside a sus deliberaciones provee a los medios de que cada miembro exponga libre y detenidamente sus opiniones, y cuando el debate está agotado, se cuentan los votos, resultando sancionada la voluntad, el pensamiento y la manera de ver del mayor número, sin que sea permitido a la minoría, ni al diputado de esta o de la otra provincia, decir me retiro, porque no ha prevalecido mi parecer o mi interés. Si ha habido error en el juicio que ha prevalecido, el tiempo lo demuestra, la práctica lo pone de manifiesto, y la ley se corrige o se abroga, por el mismo principio que la puso en ejecución, la voluntad y el convencimiento del mayor número.

Si el general Rosas cree que después de convocado el soberano congreso, será el árbitro de las deliberaciones, y ha de declarar traidor al que no opina como él, o llamarle *salvaje unitario* para excluirlo de la representación, como lo hizo con Wright en su junta de Buenos Aires, y ahora con el doctor López, por haber hablado bien del general Urquiza, entonces vale más que las provincias den sus poderes a los

representantes de Buenos Aires, en esa famosa Junta donde no se oye una voz que no sea el eco de la voluntad y de los designios de D. Juan Manuel Rosas. Pero es precisamente por eso que Rosas no quiere congreso, y es por eso que la República pide un congreso, donde las opiniones estén garantidas, y donde pueda decirse lo que se calla por miedo en todas partes.

Después de largo disertar para difamar a los congresos pasados y futuros de la República Argentina, el diario oficial de Rosas llega al pacto que debía servir de base a la organización de la república, celebrado con las provincias litorales el 4 de enero de 1831. «Por uno de sus artículos —dice— quedó instalada una Comisión residente en Santa Fe, encargada de convidar a los demás gobiernos a enviar sus diputados, para arreglar la administración general del país, bajo el sistema federal, *su comercio interior, su navegación, el cobro y distribución de las ventas generales*, el pago de la deuda de la República, etc., etc.»

»Nunca se había visto —añade— entre nosotros un programa más generoso, un pensamiento más liberal, y más completamente favorable a las provincias. Todas sus aspiraciones quedaban satisfechas; ningún obstáculo trababa desde luego el *libre desarrollo de su prosperidad* porque ya no había *supremacía* ni *poderes preponderantes*». Es una fortuna que nos encontremos tan de acuerdo con el general Rosas sobre este punto. En el papel, no tenían más que pedir las provincias. ¿Se realizó este generoso programa? Suprimamos chismes de vieja, y continuemos extractando. «El general Rosas mandó retirar su diputado... y cuando el general Rosas mandó regresar su diputado, los de los demás gobiernos siguieron su ejemplo, y la disolución de la Comisión establecida para reunir a la República, la hizo recaer en su antiguo estado de aislamiento». Confesión de parte releva de prueba. El general Rosas, con razón o sin ella, fue el móvil de la disolución de la

Comisión Representativa, lo que destruyó para las provincias todo aquel generoso programa con que se les había alucinado un momento. Desde entonces, no habiéndose realizado este, las aspiraciones de las provincias quedaron sin satisfacerse; los obstáculos de antes continuaban estorbando el libre desarrollo de su prosperidad, porque continuaba habiendo supremacías y poderes preponderantes. Palabras textuales de Rosas, porque quien admite las causas, admite las consecuencias.

¿Por qué tomó el general Rosas el extraño expediente de retirar su diputado, a causa de circulares incendiarias dirigidas por dos gobiernos contra el suyo? ¿Qué decían esas circulares? ¿El gobierno de Buenos Aires halló prudente no cumplir con el pacto federal entonces, porque estipulaba arreglar la distribución de las rentas, de que él solo dispone, como no halla prudente que se reúna el congreso, para conservar él los poderes que en su ausencia ha usurpado o arrancado a los pueblos? Los cuentos del diputado Leiva pueden haber sido un excelente pretexto para llegar a ese resultado. Decía el diputado de Corrientes que *Buenos Aires era el que únicamente se resistía a la convocación del congreso*; y Rosas para mostrar que lo calumniaban *mandó retirar a su diputado*, disolviendo así la Comisión. Pero esto llovía sobre mojado. En 1830, cuando se reunieron por primera vez los diputados, el de Corrientes informó a su gobierno que el de Buenos Aires se oponía terminantemente a tratar de nada que tuviese relación con los puntos siguientes: «1.º El que debía permanecer representación de las provincias ligadas, hasta tanto se organizase la Nación, con atribuciones determinadas; 2.º Que esa misma comisión debía hacer lo posible para conseguir la organización del país; 3.º Que la representación arreglase el comercio extranjero, y la navegación de los ríos Paraná y Uruguay».

Ya ve, pues, Rosas que si sospechaban de su política sus compañeros, a quienes llama hoy *traidores*, no dejaban de

tener su poquillo de razón. El diputado de Buenos Aires decía que estaban en *oposición* estos artículos, con la voluntad *general* de su provincia. Es verdad que en el tratado de 1831 el gobierno de Buenos Aires, reconoció que debía arreglarse la navegación de los ríos, la distribución de las rentas, etc.; en el papel se entiende; pero también es verdad que Rosas hizo ilusorio este compromiso, disolviendo la comisión con la retirada de su enviado. ¡De manera que las provincias quedaron tan burladas como antes de las generosas, liberales, favorables promesas del programa!

Mas hay un pequeño error en el *diario oficial* de don Juan Manuel Rosas, que puede, rectificado, explicar muchos arcanos en este misterioso asunto. Este error tiende, si se le deja pasar desapercibido, a falsificar un pacto solemne, obligatorio para don Juan Manuel Rosas. «Por uno de sus artículos —dice— quedó instalada una comisión residente en Santa Fe encargada de convidar a los demás gobiernos a enviar sus diputados para arreglar la administración general del país, su comercio interior y exterior, su navegación, el cobro y distribución de las rentas, etc.»

Esto es falso, y tiende nada menos que a hacer creer que la Comisión, incorporados los diputados de las otras provincias, debía tratar tan graves materias. La atribución 5.^a de la Comisión Representativa de los gobiernos de las provincias litorales de la República Argentina, era «invitar a todas las demás provincias de la República, cuando estén en plena paz y tranquilidad, a reunirse en federación con las litorales, y que por medio de un *Congreso General Federativo*, se arregle la administración general del país bajo el sistema federal, su comercio interior y exterior, su navegación, el cobro y distribución de rentas, etc.»

Restableciendo la palabra *Congreso General Federativo* que suprime insidiosa e imprudentemente el general Rosas se deducen muchas consecuencias:

1.^a Que el general Urquiza o cualquiera otro gobierno de la Confederación, puede pedir la convocación del congreso, no existiendo la comisión, a quien encargaban hacerlo en su nombre.

2.^a Que es *congreso* el que debe tratar aquellas cuestiones y no comisión de diputados de gobiernos.

3.^a Que las circulares, ni los dichos de Leiva, o de otro importan nada en la cuestión, porque no era la comisión, sino el congreso, quien debía decidir las cuestiones del magnífico *programa* que Rosas elogia tanto ahora; porque ha quedado ilusorio.

4.^a Que habiéndose el primer diputado de Buenos Aires negado a tratar sobre *nada* que tuviese relación con la navegación de los ríos, y consentido el segundo, en el tratado del 4 de enero de 1831, en que lo hiciese el *Congreso General Federativo*, las provincias defraudadas de las promesas del programa, tienen derecho de creer que este no era más que un expediente para burlarlas, difiriendo y alejando indefinidamente la reunión del *congreso*.

5.^a Y principal, que siendo un pacto solemne el federal de 1831, reconocido por Rosas, sancionado por la legislatura, y ratificado por todas las partes contratantes, y constando de ese pacto solemne el compromiso de convocar el *Congreso General*, resulta que todo el artículo del *Americano* contra los congresos en general, y en particular contra la *convocación* estipulada del Congreso, es la violación más flagrante del pacto, la falta de fe en el cumplimiento de los tratados, y la declaración manifiesta de que el gobierno de Buenos Aires se separa de la federación, estatuida por ese pacto, a condición de reunir el Congreso General Federativo. Esto es lo que importa la supresión de la frase en la mentirosa relación de los hechos que hace Rosas por su órgano más fidedigno; este es el reto que manda a todos los gobiernos solidarios en el cumplimiento

de ese pacto.

Los tratados después de celebrados y ratificados no se discuten, sino que se cumplen religiosamente, y el gobierno de Buenos Aires que llama *traidores* a los gobiernos que con él lo firmaron, da a otros el epíteto que solo a él le corresponde. Se trata de invitar a las provincias a realizar ese Congreso para arreglar los puntos determinados detalladamente en el convenio. ¿Qué tiene que ver con esto el que el Congreso de 1813 no hubiese sabido que se sacaban fondos de las cajas para hacer venir al infante de España, ni el de 1816 se dejase envolver en las redes de los anarquistas? ¿A qué vienen todos esos cuentos de que Rosas estuvo en 1820 con milicianos en el combate que el general don Martín Rodríguez sostuvo en las calles de Buenos Aires? Se trata de reunir el congreso para arreglar las aduanas y la navegación de los ríos, arreglar la administración general, proveer al cobro y la distribución de las rentas generales, y de la deuda pública, de nada más por ahora. Esto no lo ha de hacer Rosas, sino el congreso, porque si él hubiera de hacerlo, haría lo que le conviniese a él y no a la República, esto es, quedarse él solo con los puertos, con las aduanas, con las rentas, con el poder y con todo, como lo ha hecho hasta hoy.

Y sobre este punto de rentas haremos una observación muy importante. «En el estado actual —dice el *Archivo Americano*—, todo el peso de los negocios de la confederación descarga sobre el general Rosas, que a más del *inmenso* cúmulo de atenciones que lo rodean, tiene que arbitrar recursos para salvar el honor y la independencia de la República. En este momento como desde los primeros albores de nuestra emancipación, *no hay un gasto que no salga de las arcas de esta provincia*. La guerra de la independencia, la del Brasil, la de la *liberación* (sic) de los pueblos, el primer bloqueo de la Francia, el segundo de la Francia e Inglaterra, la defensa (el ataque) del Estado Oriental, la manutención de los ejércitos, de

las escuadras, de las legaciones, e infinitas otras exigencias, *no de la provincia, sino de la República*, todo ha sido y es por cuenta del erario de Buenos Aires... Estas son las utilidades que reporta Buenos Aires del manejo de sus rentas».

Las provincias agradecen mucho al general Rosas la molestia que sin *necesitarlo* se toma en su obsequio, y para descargarlo del peso de los negocios de la República que «*en el estado actual*» gravitan sobre él, le piden que no se oponga por más tiempo a la reunión del congreso, para que este cuerpo soberano tome las que son privativas de los congresos en todos los países civilizados y constituidos, tales como arbitrar recursos, declarar la guerra, restablecer la paz, ratificar tratados, y dictar las leyes que la necesidad y los intereses nacionales exigen. Entonces el gobierno es sencillo, porque es regular y ordenado, haciendo cada poder del Estado lo que le corresponde, y no acumulando neciamente en una sola persona las funciones, atribuciones, ocupaciones y poderes que corresponden a mil, porque es seguro que las desempeñará mal, como sucede hoy en efecto.

En cuanto al dinero que para tanto enredo sale todo de las arcas de Buenos Aires, necesitamos distinguir. Buenos Aires es el único puerto de la República Argentina y la única aduana marítima. Del comercio exterior, cuyos derechos defraudan los principales gastos, se cobra allí por la suma de 4.000.000 de duros al año. Quién paga esos derechos, es el que consume las mercaderías, porque si el paño de mi fraque no hubiese pagado en Buenos Aires un 80 por ciento en la aduana, yo lo habría obtenido un 30 por ciento menos de lo que me costó. Yo pagué, pues, y no Buenos Aires, esos treinta pesos con los que se pagaron a su vez ejércitos para liberarnos u oprimirnos; enviados, guerras, y demás garrambainas. Decir que todo *ha sido y es por cuenta de Buenos Aires*, es lo mismo que si Valparaíso, puerto principal de Chile, le dijese a Santiago en cuyo territorio no hay aduana ni puerto, que ese gobierno que

sostiene, la mantención del ejército, los empleados, los enviados, no de Valparaíso, sino de la República, salen de las costillas de Valparaíso. Sería lo mismo, si el Havre de Gracia dijese otro tanto a París, o Liverpool a Londres, si Londres no tuviese un puerto. No; esas paparruchas son buenas para embaucar a tontos. Las rentas de las aduanas son pagadas por las provincias en la parte de mercaderías que consumen, allá, como en todos los países del mundo; y hoy no hay político tan sandio, que crea que son propiedad del lugar las rentas que en él se cobran.

Las provincias, pues, contribuyen con dos o tres millones anuales de pesos duros a las guerras sostenidas por Rosas, y al embellecimiento de Palermo, y al pago de mil quinientos peones diarios que asalarian con las rentas del Estado, para plantar árboles, cubrir de arena y conchilla las calles, etc.

Por eso es que las provincias estipularon en un tratado solemne, ratificado y reconocido por Rosas, que se reunirían en congreso general federativo, para *arreglar el cobro y distribución de las rentas generales*. Si no son esas rentas, ¿cuáles son las que el congreso ha de arreglar? El *comercio interior y exterior*, es ese mismo comercio que se hace exclusivamente por el puerto de Buenos Aires, y puede hacerse por todos los puertos posibles, como lo hace Chile y todo gobierno ilustrado. La *navegación* de los ríos Paraná y Uruguay, era eso mismo, facilitar al comercio exterior mayores puntos de contacto con las provincias, y acabar con las *supremacías* y los *poderes preponderantes*.

Pero aún hay otro objeto primordial que tienen en mira las provincias para pedir la convocación del congreso, y es saber en qué se emplean esas rentas, y no dejar por más tiempo al arbitrio, al capricho de un individuo, crear la necesidad, para después gastar millones en proveer a ella. Por eso en todos los países del mundo es atribución *exclusiva* de los congresos, declarar la guerra, porque como la guerra se hace con dinero,

y el dinero sale de la bolsa de los pueblos y no del individuo que gobierna, que muchas veces mientras los pueblos son sacrificados, *¡atesora millones!*, a los congresos de representantes de los pueblos incumbe decidir si el *casus belli* ha llegado o no. Debido a esto es que los Estados Unidos no han tenido sino una guerra en setenta años que llevan de independencia. ¿Por qué? Porque no está en manos ni de presidente ni de encargado provisorio de las relaciones exteriores, por quítame esas pajas, allá va una guerra que ha de costar a la nación sesenta millones, o su ruina total.

Pudiera suceder también que un buen gobernante absoluto hallase su ventaja en mantener siempre el estado de guerra exterior, para aplazar indefinidamente la organización del país, y decir: «iconstituir la República cuando no han cesado las agresiones exteriores!...»

Pero ¿cuándo cesarán, si cada día se arma una nueva camorra? Primero fue el tirano Santa Cruz, después fue la Francia, la Inglaterra, separadas o conjuntamente; después la causa del presidente legal Uribe; y aún sin terminar estas dos últimas, ya tenemos en tabla una nueva con el Brasil, y en escabeche otra con el Paraguay. Reclamos pendientes hay con Chile y Bolivia, y quien dice reclamos, prevé guerra, porque esta es la *ultima ratio regum* y el único desenlace habitual de nuestra diplomacia. Y si no hubiese estas guerras, ¿quién nos responde que no habrá mañana guerra con los indios, o con el traidor Urquiza, y después de diez años más de desorganización y de aplazamientos, exclame todavía: «iconstituir la República, cuando no han cesado las agresiones exteriores!...»

Pasamos por alto las virtudes de la interesante doña Manuelita, y la casa del general Rosas abierta a todos, cosas que muestran que el país está muy bien organizado! Un día tendremos el gusto de ofrecer a la primera nuestros homenajes, y pasearnos del brazo con ella por las deliciosas

alamedas de Palermo, sin necesidad de disfrazarnos con grandes chalecos punzó, a cuya librea tenemos asco desde que hemos visto en París, que es el distintivo de los lacayos de los fiacres o birlochos públicos.

Nos detendremos tan solo en las palabras del cónsul Escipión Nasica, que se ponen en boca del mismo Rosas «a buen derecho», cuando dijo: «oídmme romanos porque *yo sé mejor que vosotros* lo que conviene a la República»; sin duda que lo dijo hablando con la chusma en el foro, porque si hubiera sido en el senado, le habrían mandado con un candelero por la cabeza, o rótole las narices de un silletazo. ¡Insolente!

Qué lenguaje comparado con el del Soberano Congreso de 1816, compuesto de aquellos padres conscriptos que fueron a buscar en Tucumán la boca de los cañones de sus opresores para lanzarles la declaración de la Independencia. En vez de decir a los pueblos: «Oídnos argentinos, que *nosotros* sabemos mejor que vosotros *lo que conviene* a la República», decían en el exordio que precedía a la publicación de las sesiones:

Para llevar a cabo ideas tan benéficas el Soberano Congreso reclama los talentos de todos los ciudadanos, aun distantes del lugar de su residencia, que dedicados a la investigación de los principios sociales, estudian unir el amor de la humanidad con el amor de la patria, la instrucción con el celo, y la buena intención con la firmeza en buscar todos los medios para salvarla. De todos debe ser el justo empeño de concurrir a esta grande obra, uniendo sus luces a las de sus representantes para apurar las opiniones, discutir las materias, exprimir los últimos quilates de la verdad y justicia que deben reglar las discusiones sobre los diversos e implicados puntos que ofrecen las circunstancias. Lejos, pues, de repugnar el Congreso esté lleno de luces, lo busca, y lo desea, y aun para exponer a la opinión pública la rectitud de las suyas. A este fin ha

determinado que sus sesiones sean a presencia del pueblo, que debe asistir si tiene amor a la causa de la Patria, a ser testigos del modo cómo sus representantes agitan los intereses sagrados que las provincias han depositado en sus manos, y de que miran con execración aquellas reservas y misterios inventados por el poder para exigir una ciega deferencia a sus arbitrariedades. Aunque puede gloriarse el Soberano Congreso de la pureza de sus intenciones, no podrá hacerlo de sus aciertos. Por más premeditadas que sean sus resoluciones, al fin ellas serán siempre la obra del hombre expuesto al error, a la ilusión, al engaño. ¡Pueblos! Vuestra obediencia ha de ser el sello sagrado que las sancione; pero podéis reclamar a su tiempo su reforma. Nada ha de haber de arbitrario o absoluto en la corporación que dignamente os representa. Cuando descarguéis el golpe de vuestra censura sobre sus deliberaciones, salvad la buena fe, la rectitud de sus pensamientos y la sinceridad de sus deseos. Y para que ellos tengan siempre por objeto la pública felicidad, elevad vuestros votos al cielo, suplicando al dador de todo bien envíe sobre vuestros diputados aquella sabiduría que preside a sus consejos; para que nada deliberen que no sea digno de la justa causa cuyos intereses promueven, y de los pueblos cuya soberanía representan [25].

¡Ah, sin duda que pocas veces ha cabido a una reunión de hombres de la altura de los que firmaron la acta de nuestra independencia, hablar lenguaje más elevado y más sencillo! ¡Qué lecciones para nuestros pedantes de estancieros rudos, pasados sin preparación a decidir de la suerte de las naciones!, porque después de las palabras de Nasica, el *Archivo Americano*, órgano de Rosas, añade: *¡Qué quedaría de la Confederación Argentina sin Rosas!* ¡Miserable! Quedaría la República Argentina con sus glorias de la Independencia, sus batallas de Ayacucho y Maipú, Junín, Ituzaingó, en que Rosas

no tuvo parte, como en ninguna otra; quedaría un suelo privilegiado, y aunque desgarrado por la tiranía y despoblado por la ignorancia del gobierno y la persecución de sus hijos, fecundo y susceptible de reparar en poco tiempo sus estragos; quedaría un magnífico estuario de ríos llevando el comercio y la civilización a los más remotos climas de la América central, enriqueciendo a su paso a las provincias que gimen en la miseria *calculada*, administrada hoy, mantenida a designio; quedaría un congreso constituyente remediando todos los estragos causados por veinte años de opresión y de barbarie; quedarían doscientos argentinos con más luces que él, con más patriotismo, con menos pasiones desordenadas, con menos codicia de plata, y con ambición más noble y más digna, la de merecer en todos tiempos y lugares, la consideración y el nombre que merecen los que trabajan por la libertad de los pueblos y el engrandecimiento de su patria. Cuando murió Napoleón o fue vencido por los pueblos a quienes coaligó su desenfrenada ambición, nadie preguntó, qué quedaría de la Francia si él faltaba. Quedaba la Francia, y la Francia está allí más rica, más grande y más poderosa que no lo fue entonces. ¡Y sin duda que Rosas no es Napoleón! Pero a este grado de infatuación ha llegado aquel demente tirano. La pasmosa arrogancia de estas sublimes palabras, dictadas por la torpeza de un miserable: *¿qué quedará de la Confederación Argentina si Rosas falta?* son idénticas a las palabras de Nerón, pocos momentos antes de morir, víctima del pueblo que había ensangrentado: *¡No sabe Roma lo que pierde perdiéndome a mí! ¡No es el hombre, no es el emperador, es el poeta!* Aquel horrible imbécil se había persuadido que era el primer poeta del mundo, como Rosas cree *de buena fe* que es EL GENIO AMERICANO. Así decía hace solo dos meses al hacer dar de azotes a unos cuantos individuos de chusma, peones de Palermo y mujeres: «¡C... yo les he de hacer sentir el brazo DEL GENIO AMERICANO!». Para genios de este calibre, vale

más citar las palabras del zapatero de viejo del adagio: «¡Adiós Madrid que te quedas sin gente!».

Concluiremos nuestras observaciones, por donde Rosas ha hecho principiar las suyas. «Laudable es ciertamente el empeño de ilustrar la opinión pública, y propagar los principios que deben dirigir la marcha de los gobiernos. El que consagra sus tareas a tan benéfico objeto, merece el aprecio de los verdaderos amigos de la libertad, si acredita amor al orden, respeto a los hombres eminentes, deferencia a las opiniones reinantes, y si cifra su gloria en disipar las ilusiones, en combatir los errores, en cegar la fuente impura de las calamidades que afligen a los pueblos». Este es nuestro conato y nuestro más ardiente deseo.

Liga Litoral
Adhesión al Pacto Federal de 4 de enero de
1831
(*Sud-América* de 9 de junio de 1851)

Desde que el *Archivo Americano* ha reconocido en principio general como laudable, el *empeño de ilustrar la opinión pública, y propagar los principios que deben regir la marcha de los gobiernos*, nuestra tarea se simplifica notablemente en el examen y dilucidación de las graves cuestiones que interesan a nuestra patria. ¿Para qué entonces conservar esas medidas de prohibición con que nuestros escritos son perseguidos y correteados al otro lado de los Andes? ¿O es laudable el empeño de ilustrar la opinión solo cuando cuadra con vuestras miras? ¿O en auxilio de la lógica no es malo poner el verdugo y la confiscación?

Afortunadamente podemos circunscribir el debate a términos precisos y de incuestionable importancia actual para las provincias argentinas. El epígrafe que encabeza este artículo encierra en sí todas las cuestiones que pueden interesarnos. Hay más todavía. El *Archivo Americano*, órgano oficial del gobernador de Buenos Aires, y *Sud-América*, órgano oficioso de las provincias, están de acuerdo en un punto capital, y es que el generoso programa comprendido en la parte del tratado cuadrilátero, es el pensamiento más liberal y

más favorable a las provincias. Con su realización todas «sus aspiraciones quedan satisfechas», porque ningún obstáculo traba «el libre desarrollo de su prosperidad»; porque ya no hay «supremacías ni poderes preponderantes».

En el fondo estamos de acuerdo, solo en los detalles discrepamos. Pero, ¡ay, qué detalles! Rosas y su órgano creen la cosa excelente en el papel, pero no que deba ponerse en práctica y hacerse efectiva, *por ahora*, al menos. Este *por ahora* viene sobre veinte años cabales corridos, entre la época en que el generoso programa fue establecido por un tratado solemne y hubo de ser ley nacional, y la época en que se nos dice *por ahora no*. ¿Y mañana? ¡Quién sabe! Para reunirse un congreso se necesitan hombres de *conocimientos*, y no hay razón para que mañana los haya en mayor número que ahora, con otras razones del mismo jaez, que iremos pasando por el tamiz sucesivamente. Así pues, convenidos en el fondo, no lo estamos en los accesorios, lo que no autorizaría para que nuestras opiniones sean proscritas, porque al fin entre la pura conveniencia de hacer una cosa esencialmente buena, justa y *obligatoria*, hoy o mañana, pueden haber opiniones diversas, sin que se crea en ello interesada la verdad, la justicia o el derecho.

Veamos la objeción de la falta de *conocimientos* en los argentinos para formar un congreso.

La vida pública de una nación tiene dos manifestaciones; una interior que se refiere a su historia, su geografía, su comercio, etc.; la otra se refiere a su colocación en el mundo, en relación con los demás pueblos de la tierra y a los puntos de contacto que establecen las relaciones exteriores.

Anticiparemos algo sobre esto último. La República Argentina ha debatido, durante la administración de Rosas, cien cuestiones diplomáticas con media docena de naciones. Los argentinos han seguido este debate con el interés que cada

partido daba a su solución. En Chile, una cuestión diplomática preocupa solo a los hombres de estado; entre nosotros, dependiendo de su resultado el porvenir de cada uno de los partidos, ha sucedido que federales y unitarios, han seguido con ardor las peripecias del debate, pasado en reseña una a una las cuestiones de derecho internacional, y discutiéndolas cada partido según su punto de vista. Así hemos visto esa multitud de folletos y de libros, sobre cada uno de los tratados celebrados, sobre cada una de las misiones europeas que han intentado en vano poner término a la cuestión. Los debates de los parlamentos inglés y francés son para el público chileno, cuando más, materia de estudio o de curiosidad; así que ningún diario los reproduce sino en casos extraordinarísimos. Para nosotros son asuntos de interés inmediato, porque de ellos depende nuestro porvenir, y nos interesamos en el triunfo de este o el otro hombre público que pueda convenir a nuestros intereses. Guizot, tenía amigos apasionados, o enemigos en la prensa argentina. Thiers, es un saltimbanqui para los unos, el arca de salvación para los otros. Palmerston es el blanco de reproches o de aplauso simultáneo, y ni aun la Italia se sustrajo a nuestras antipatías o simpatía políticas, por Garibaldi que tan notable parte tuvo en nuestras luchas. De estos simples hechos resulta que el Estado americano más familiarizado con las cuestiones de política exterior es la República Argentina. Está forzosamente a la mira de todos los acontecimientos europeos; conoce a todos sus hombres notables, sus cuestiones del momento, y los vínculos que ligan a la Europa con la América. Un congreso argentino sería competentísimo sobre estas cuestiones, cualesquiera que fuesen los hombres que lo compusiesen, porque el *derecho de gentes* anda al alcance de todos. Hasta el gobernador Mallea de Mendoza discute en su mensaje la política brasilera, «y lo que la ley pública tiene ordenado, en despecho de los reglamentos *municipales* (así llama a la Constitución de Chile) contra los asilados que tratan

de conflagrar...». Yo no cito este hecho sino como muestra de la atención que todos los argentinos prestan a todo lo que con esta parte de la vida pública de una nación concierne.

Las cuestiones interiores están todas prefijadas en el luminoso programa establecido por el Pacto Federal, y sobre los puntos que ese pacto fija como materia de la deliberación del congreso, están los argentinos de tal manera ilustrados, tantos datos se han puesto al alcance del público, que nos parece un trabajo providencial el que se ha estado operando sucesivamente. Todas aquellas cuestiones que sirven de encabezamiento a nuestro artículo, se refieren a esta: ¿Cómo ha de organizarse la república, de manera que todas las provincias que la componen gocen de las mismas ventajas comerciales y políticas? Tan es esta la cuestión, que el mismo Rosas, resistiéndose a la convocación del congreso, lo confiesa paladinamente, diciendo de los términos del tratado que con él «todas sus *aspiraciones quedaban* satisfechas; ningún obstáculo traba desde luego (es decir, desde que se convocase el congreso), el *libre desarrollo* de su prosperidad; porque ya *no había supremacías ni poderes preponderantes*».

Para tratar estas cuestiones de organización, aduanas, rentas, navegación, era necesario antes de todo generalizar los datos, documentos, viajes y exploraciones que tienen relación con la República Argentina, sus ríos, sus necesidades interiores.

Cuando la objeción más seria hecha contra la oportunidad de convocar el Congreso, se apoya en la «falta de hombres de *conocimientos* para el desempeño de tan altas funciones», nuestro examen debe contraerse a dos puntos primordiales; la materia de esos *conocimientos*, requisitos en los diputados a un congreso, y la posibilidad de encontrarlos en la generación actual.

Queremos olvidar por un momento que ambas Américas han

hallado en el seno de sus repúblicas, hombres competentes para formar congresos; queremos disimularnos que la República Argentina es la excepción *única* en el mundo cristiano, pues quien dice hoy pueblo cristiano dice gobierno representativo por medio de congresos deliberantes. El *Neighbour* del 24 de mayo, da, entre otras noticias, la de haberse reunido el congreso en Liberia, y acreditándose ante él el estado próspero de la república. La Liberia es una colonia de negros en África, formada de libertos norteamericanos e ingleses. De manera que según esto, los que ayer servían a sus amos son más aptos que los argentinos para reunirse en congreso, al decir de Rosas. Queremos solo contraernos a examinar la cuestión en su esencia misma, y fijar la importancia intrínseca de la objeción primordial de Rosas.

Diez años de residencia en Chile nos autorizan a esperar que el público ilustrado de este país, que tan adelante marcha en la carrera de la civilización, no atribuya a un sentimiento mezquino de nacionalismo, el empeño de ensalzar a nuestra patria y compararla con las otras repúblicas americanas. Necesitamos desvanecer el ridículo pretexto que toma el tirano para perpetuarse en su usurpado poder; necesitamos infundir ánimo a esos pueblos desgraciados, para que levanten la frente, y desprecien por lo menos el ultraje ya que no les es posible vengarlo.

La civilización de las repúblicas hispanoamericanas está casi a un nivel en todo el continente. Si hay inferioridades, constitúyenlas la mezcla de razas y el mayor número de indios incorporados en la nación. Pero la masa de hombres de conocimientos que cada una posee, puede apreciarse por los escritos que han producido y la importancia de las materias que les sirven de texto. Yo prescindo de los antecedentes que en hombres de *conocimientos* ha dejado la República Argentina desde su emancipación hasta la elevación de Rosas, desde donde data la ocultación o eclipse de la inteligencia argentina

en su propia patria. Estos hombres, que ni nombrar quiero, no serían un argumento contra la ineptitud que el tirano nos supone ahora para formar un congreso, cuyas materias de deliberación están ya determinadas por un pacto solemne, y se reducen a transigir cuestiones tales, como proveer al cobro y distribución de las rentas que solo disfruta Buenos Aires, arreglar la navegación de los ríos, etc. Ocupémonos de la época presente. Táchaseles en América a los argentinos en general, un defecto de elocución, los galicismos, defectos que reconocemos casi todos. ¿Pero de dónde proviene este defecto, sino de que con más generalidad que otros pueblos españoles, están familiarizados con los libros franceses, fuente de toda instrucción entre nosotros? ¿De dónde, sino del hábito del estudio que es común a un gran número de hombres, a punto de tomar el defecto que lo acusa, visos de un rasgo nacional?

Hay otra propensión argentina, y es la de generalizar, que es el medio de que el espíritu se vale para deducir de los hechos repetidos, un principio que los rige. De esta propensión tan favorable a los progresos de las ciencias, aunque de su mala aplicación pueda nacer el espíritu de sistema, no citaré sino pocos hechos muy notables. La imprenta de Tornero ha publicado en un grueso en folio un libro titulado AMÉRICA POÉTICA. El autor es un argentino, poco dado a las cuestiones políticas. Este libro contiene las poesías de algún mérito que han aparecido en América desde 1810 hasta la época de su publicación. No entro en la apreciación del mérito del trabajo. Veamos el espíritu que ha presidido a su composición. ¿Cuántos años consagrados a la tarea de reunir de aquí y de allí cuanto en verso se hubiese publicado en América? ¿Cuánto conocimiento de la literatura americana para darse cuenta de lo que se escribió desde 1810 adelante en el Perú, o en México, en Venezuela o en Chile, y esta selección acompañada de noticias biográficas de todos los poetas, y hecha desde un gabinete de Buenos Aires? ¿Se ha intentado siquiera por otro

americano trabajo que a primera vista parece superior a las fuerzas de un hombre solo?

Otro hecho y más al caso. Desde 1810 adelante cada sección americana se ha dado constituciones más o menos perfectas, más o menos durables. ¿No sería materia digna de un gobierno, reunir esas constituciones en un solo cuerpo para enseñanza y escuela de política, verdadero museo donde el estudioso pudiese rastrear la marcha que ha llevado el espíritu americano desde su emancipación, las aberraciones en que ha caído, y los progresos que ha ido haciendo? ¿Ha emprendido gobierno alguno de América esta compilación? Pues emprendiolo un argentino a sus expensas, no para instrucción propia, pues que él tenía los originales, sino para enriquecer de datos sobre política americana a todos los que hablan nuestra lengua. Este libro único escribiolo y diolo a luz Florencio Varela. ¿Y objetarase hoy que Varela no cuenta entre los vivos porque lo asesinaron? ¡Ah! a esa clase de argumentos hay poco que responder. Los hombres de conocimientos, aun en las naciones más cultas, son en reducido número, y en las nuestras puédense contar por los dedos; y si el que anuncia que *él solo sabe lo que conviene a la República* por la falta de hombres de conocimientos, tiene este recurso en sus manos, desde luego le digo que si lo quiere, puede tener tanta razón como puñaladas haga distribuir. Florencio tenía un hermano que se llamaba Rufino, no menos capaz que él y que fue degollado por Oribe.

Don Mariano Fragueiro ha escrito un libro *Organización del Crédito*. No sé si su teoría es buena, y aun me atrevo a decir que es de difícil aplicación. Pero lo que es claro para todos, es que conoce a fondo las cuestiones económicas sobre el crédito, y en sus errores y en sus aciertos, cuenta entre los más notables economistas de la época. Al tiempo que él publicaba su obra, he tenido ocasión de ver en los economistas europeos que caían a la par con él en los errores o en las verdades que él descubría. Su libro ha quedado casi silenciado, por la

incompetencia de los escritores para criticarlo.

Puedo citar otro libro, porque no debo arredrarme ante consideración ninguna, que pertenece a ese mismo espíritu generalizador argentino, *Educación popular*. Su autor no vino a Chile ni fue a Europa a iniciarse en las cuestiones que tienen relación con la educación del pueblo. Era germen que traía desde su patria, estudio a que se había consagrado, y de muy atrás y en un rincón muy apartado de la República Argentina. Su viaje a Europa y Estados Unidos, emprendido con este exclusivo objeto, ha dejado para el autor una idea completa, clara sobre la materia, a punto que, capacidad individual aparte, se cree a la altura de la cuestión, tal como la conoce y entiende lo más selecto de la especie humana.

¿Será posible imaginarse que a la república más atrasada de la América del Sud, puesto que no tiene hombres de conocimientos para formar un congreso, le quepa reunir en su seno escritores competentes sobre materias tan diversas, y como iniciadores en el ramo que han emprendido estudiar?

«No hay para mí —nos decía no ha mucho *Jotabeche*— hombre más público, que un escritor público», y tiene sobradísima razón. Más hombres de Estado puede formar la prensa periódica que la cámara. El diarista pronuncia cuarenta discursos y otras tantas réplicas al mes, mientras que en la tribuna o en el ministerio un buen discurso por semana o un decreto útil es ya demasiado. No quiero hacer aquí la ya tantas veces hecha pintura de los conocimientos casi enciclopédicos que exige el diarismo. La verdad es que la necesidad tiene cara de hereje, y es fuerza para salir del paso devorarse bibliotecas y meter el dedo en todas las cosas. Seis diaristas argentinos ha estimado Chile, y otros tantos Montevideo, alguno de estos de más valor que los primeros, y los doce juntos pesarían demasiado en cualquiera república americana desde México abajo; y como yo he andado en la colada y registrado mucho y por muchos años la prensa periódica española, sé lo que me

digo a este respecto.

De nuestros abogados y jurisconsultos, Chile conoce lo bastante, y dejando aparte a uno que otra vez he nombrado, y que es eminente a ambos lados de los Andes, al resto los han encontrado examinadores y jueces instruidos a la par de los de Chile. De nuestras escuelas de medicina diré algo más, y es que hasta ahora poco han sido superiores a todas las de la América española, y en cirugía iguales a las de Europa, cosa que se demostró comparando la práctica y pericia de los que se mandaron a Europa y volvieron en 1830, con los que se habían educado en Buenos Aires.

Pero entremos en terreno más práctico y aplicable a las cuestiones políticas de la República Argentina: historia y geografía. Sobre estos puntos hemos hecho progresos que no nos deja nada que envidiar. Pico, Arenales, y muchos otros han levantado las cartas de geografía de la República Argentina. Todo lo que la Europa sabe, es lo que ellos le han enseñado. La carta de la República Argentina publicada por sir Woodbine Parish fue calcada sobre la de Arenales, y la de Entre Ríos de Parchappe rectificola Pico. La carta topográfica de la provincia de Buenos Aires, reproducida después por Arrowsmith en Londres, con la demarcación de las propiedades particulares, es obra del departamento topográfico, que ha dejado de ser lo que era desde que la estupidez empezó a hacerse acatar entre nosotros. La colección de Angelis, que no es más que la publicación de los manuscritos de la biblioteca de Buenos Aires, es el monumento nacional más glorioso que pueda honrar a un estado americano, y a Angelis que emprendió la publicación le debe la República lo bastante para perdonarle sus flaquezas. ¿Qué fuerza es que todos hayamos de tener ciencia y conciencia a un tiempo? Pero la colección de Angelis puso al alcance de todos los argentinos los estudios de tres siglos, hechos sobre su suelo, sus ríos y sus desiertos. No todas las repúblicas americanas tienen a su disposición fuentes tan

abundantes donde beber los *conocimientos* necesarios al hombre llamado a desempeñar tan alto y difícil encargo, hablo del de legislar sobre la navegación de los ríos en un congreso.

¿Dirase que es un acaso que un hombre como el meritorio Angelis, dígame lo que se quiera, acertase a establecerse en la República Argentina y dotarnos de aquel tesoro? ¡Error! Angelis satisfacía a una necesidad pública y a una de esas propensiones de un pueblo que muestran la altura de su pensamiento, y su preparación para desempeñar dignamente los altos destinos a que la Providencia lo ha llamado. Antes que él, Arenales había publicado un estudio completo, no compilación, del territorio argentino del Chaco, sistema de colonización y navegación de los ríos; antes que él, Soria había explorado el Bermejo con un fin práctico, y comprendido toda su importancia política y comercial. Un amigo ha dicho estos días en elogio de Echeverría, que todas las novedades inteligentes que han aparecido después, se habían formado en su escuela. La aserción por lo generalísima es inexacta; conozco argentinos que no supieron sino tarde lo que se elaboraba por allá y que habían acudido a las verdaderas fuentes. Pero en cuanto a política geográfica, todos somos discípulos de Arenales.

Tan nacional y argentina era la obra de compilación, exhumación, publicación, anotación de todo cuanto pudiese ilustrar la historia o la geografía argentina, que Rivadavia, el grande estadista argentino, pésele a quien le pesare, traducía en el destierro a Azara sobre el Paraguay y río Paraná, de que ha hecho dos ediciones *El Comercio del Plata*, tan demandados son entre nosotros estos libros serios y de puro estudio. El trabajo se ha continuado durante seis años consecutivos, por los argentinos en el destierro, en la escasez y en los conflictos de tantas vicisitudes como las que forman el tejido de la vida de los más notables de ellos; y como es mi ánimo mostrar que no escasean entre nosotros, más que en otro país de América los

hombres de conocimientos para legislar sobre las cuestiones puramente internas, territoriales y comerciales que fijó el tratado litoral, voy a hacer una reseña de los libros de que está en posesión el público argentino, y cuya publicación misma está revelando esa competencia que se les niega [26].

A ese cúmulo de trabajos, que espanta verdaderamente, si se atiende a la exigüidad de los medios y a las dificultades con que el pueblo argentino lucha, añádanse las muchas obras importantes que Chile y otros pueblos americanos conocen. Añádase la multitud de manuscritos que están esperando mejor ocasión para ver la luz, y se asombrará la América española del caudal de luces que posee aquel país, y de la incalculable elaboración de espíritu que ha preparado. ¿No hemos visto en poder de un estanciero argentino, gaucho hasta en los modales y la sencillez, el doctor Vélez, una traducción de la Eneida de Virgilio que elabora pacientemente hace muchos años; y con las pocas que existen en español, las inglesas y francesas a la vista, sostiene, y lo prueba en cien pasajes, que M. Tissot de la Academia de París es el que menos ha comprendido a Virgilio, y que todos los otros traductores tienen cual más, cual menos, sus errores garrafales de sentido? ¿No se le ha oído a un artillero en Chile decir que el manuscrito de Mitre sobre artillería, es el tratado más completo que conoce sobre aquella arma? ¡Cuántos poemas han dejado Juan Cruz Varela y Echeverría, y cuántos andan masticando y limando hace años, Mármol, Domínguez, y tantos otros poetas argentinos que han llegado a hacerse un nombre conocido en gran parte de América! ¡Cuánto más habría sido en el seno de esa república muda hoy, porque siente cerca de su boca la pata de un tirano!

Dígoles con el más profundo y sincero convencimiento, de los viejos argentinos que conozco y de los jóvenes que se están formando en el seno de la república y a la sombra de la tiranía, tengo la más alta idea por las muestras que de su capacidad he visto, y las noticias que con diligencia y solicitud recojo de

todas las provincias, sin excluir a Buenos Aires. Pero mis viajes me han proporcionado una rara ocasión de apreciar cuánta riqueza de hombres de todas edades y profesiones tiene nuestro país. Los he encontrado en Montevideo, Río de Janeiro, París, Barcelona, Madrid, Londres, Estados Unidos, Guayaquil, Lima, Arica y Cobija, y los hay por veintenas en Chile muy capaces y notables. Puede ser la pasión la que me alucina; pero de solo los argentinos que están en el Pacífico, desde Concepción a California, hay tela de donde cortar un buen congreso, de cuya idoneidad Chile, Bolivia, el Perú, y demás se darían por muy satisfechos.

Los nombres que siguen justificarán el aserto:

Doctor don Gabriel Ocampo, *jurisconsulto*—RIOJA.

Doctor don Domingo Ocampo, *miembro de la Corte de Apelaciones de Concepción*—RIOJA.

Doctor don Ramón Ocampo, *jurisconsulto*—RIOJA.

Doctor don Juan B. Alberdi, *jurisconsulto, publicista, exsecretario de la Intendencia de Concepción*—TUCUMÁN.

Doctor don Carlos Tejedor, *jurisconsulto, publicista*—BUENOS AIRES.

Doctor don Martín Zapata, *jurisconsulto*—MENDOZA.

Doctor don Antonio Aberastain, *jurisconsulto, ex-secretario de la Intendencia de Copiapó*—SAN JUAN.

Doctor don Bernardo Gallardo, *jurisconsulto, antiguo publicista*—BUENOS AIRES.

Doctor don Indalecio Cortinez, *médico*—SAN JUAN.

Don Mariano Fragueiro, *economista*.—CÓRDOBA.

Don Francisco Delgado, *secretario de la Intendencia de Valparaíso*—MENDOZA.

Don Enrique Rodríguez, *jurisconsulto*—CÓRDOBA.

Don Nicolás Rodríguez Peña, *vocal de la primera Junta*

Gubernativa de 1810—BUENOS AIRES.

General don Juan Gregorio las Heras, *exgobernador* de BUENOS AIRES.

Don Juan María Gutiérrez, *ingeniero del departamento topográfico*—BUENOS AIRES.

Don Domingo de Oro, *antiguo diplomático*—SAN JUAN.

Domingo F. Sarmiento, *publicista*—SAN JUAN.

Doctor don Manuel Valencia, *publicista*—BUENOS AIRES.

Doctor don Carlos Gómez, *publicista*—MONTEVIDEO.

Don Demetrio Peña, *secretario del Ministerio de Marina*—BUENOS AIRES.

Don Félix Frías, *publicista, corresponsal del Mercurio en París*—BUENOS AIRES.

Don Miguel Díaz de la Peña, *antiguo diputado del Congreso*—TUCUMÁN.

Doctor don José Barros Pazos, *jurisconsulto*—CÓRDOBA.

Don Jacinto Peña, *economista*—BUENOS AIRES.

General don Ignacio Álvarez, *exgobernador*—BUENOS AIRES.

Don Carlos Lamarca, *comerciante*—BUENOS AIRES.

Coronel don Wenceslao Paunero—MONTEVIDEO.

Don Juan Godoy, *literato, exsecretario de la Intendencia de Santiago, visitador de escuelas*—MENDOZA.

Doctor don Avelino Ferreira, *jurisconsulto*—CÓRDOBA.

Don Damián Tezanos Pintos, *antiguo diputado al Congreso*—JUJUY.

Don Jorge Tezanos Pintos, *comerciante*—JUJUY.

Don Guillermo Billingham, *comerciante*—BUENOS AIRES.

Don Juan Antonio Gutiérrez, *cónsul de Chile en Guayaquil*—BUENOS AIRES.

Don Juan Muñoz, *excónsul*—BUENOS AIRES.

Canónigo, doctor don Manuel Guiraldes—MENDOZA.
Don Pedro Ortiz, *exgobernador*—MENDOZA.
Don José Correa—MENDOZA.
Don Pedro León Zuloaga—MENDOZA.
Don Jerónimo de la Roza *exsecretario de la Intendencia de Colchagua*—SAN JUAN.
Don Bernardo Beeche, *literato*—SALTA.
Don Francisco Cires, *exsecretario de legación en Londres*—BUENOS AIRES.
Teniente coronel don Pedro Aquino—BUENOS AIRES.
Don Manuel Rodríguez, *exgobernador*—SANTA FE.
Coronel don Victorino Sola, *explorador del Bermejo*—SALTA.
Don Manuel Sola, *propietario*—SALTA.
Coronel don Manuel Puch—SALTA.
General Don Damián Deza—CÓRDOBA.
General Don Dionisio Puch, *exgobernador*—SALTA.
Don Pedro Garmendia, *exgobernador*—TUCUMÁN.
Don Mariano Sarratea, *comerciante*—BUENOS AIRES.
Doctor don José Novajas—CÓRDOBA.
Don Benjamin Villafañe, *publicista*—TUCUMÁN.
Don Gregorio Gómez, *antiguo diplomático*—BUENOS AIRES.
Teniente coronel Mitre, *publicista*—BUENOS AIRES.
Don Luis Estanislao Tello, *antiguo ministro de Gobierno*—SAN JUAN.
Don Manuel B. de Carril, *propietario*—SAN JUAN.
Doctor don Javier Villanueva, *excirujano del ejército*—MENDOZA.

Nosotros apelamos a la conciencia pública de Chile, al país que hospeda a la mayor parte de estos ciudadanos argentinos,

si de entre los cincuenta y cinco individuos nombrados, no encuentra cuarenta y cinco diputados dignos de representar a un país americano en congreso, pues el congreso argentino se compone de cuarenta y cinco miembros. Y si en las costas del Pacífico solo se encuentra un número tan considerable de hombres de *conocimientos*, ¿qué no debemos presumir que haya en las del Atlántico, y en Europa, y cuántos más en el seno de la República Argentina, de donde han salido los que llevamos nombrados? ¿Siente Chile y la América entera, la buena fe de la tacha de falta de *hombres de conocimientos* que Rosas apunta para llenar la cláusula del pacto federal que ordena la próxima convocación del congreso soberano? ¿Objetará Rosas que los individuos mencionados son *salvajes unitarios*? Luego la tacha de ineptos, ¿se refiere solo a sus partidarios? Pero aun en este caso, ¿no lo vemos todos los años prosternarse (en el papel) ante la sabiduría de la Junta de Representantes de Buenos Aires? ¿Por qué hay hombres de conocimientos para componer aquella corporación, y no los habrá para formar un congreso? ¿Alcanza la tacha a los señores Guido, García, Lahitte, Garrigoz, Insiarte, López, Torres, y demás oradores de aquella honorable sala? ¿O no quiere que los diputados de Buenos Aires vayan a mezclarse con *enemigos y traidores*, como ha tenido la audacia de llamar a los miembros de la Comisión de Representantes de los gobiernos enviados a Santa Fe en 1831, por los gobiernos federales de Entre Ríos y Corrientes, en cumplimiento del pacto solemne, que es la base y la única ley de la federación?

Pero no, pueblos argentinos; soportad vuestras cadenas, si os falta fuerza para romperlas. Pero allá en el secreto de vuestras conciencias, no os creáis tan decaídos como el miserable os pinta. Levantad alto la cabeza como pueblo americano en cuanto a hombres de *conocimientos*, y conocimientos especialísimos para promover la ventura y la riqueza de vuestro país. Ha pasado para mí la edad de las

ilusiones candorosas. Estoy de muchos años atrás familiarizado estudiosamente con la materia de las discusiones de nuestros congresos. He asistido a los debates de muchos de ellos. Hace diez años que presencio los de Chile, y puedo asegurar en Dios y en conciencia que tenemos tantos, sino más hombres públicos, que cualquier otro Estado americano; que estamos mucho más preparados que otros para la comparación, por el espectáculo de otros países y el estudio del nuestro. Veinte veces me ha sucedido, por una de esas frecuentes anticipaciones de la imaginación cuando se desea ardientemente una cosa, transportarme a la época en que ha de estar convocado el soberano congreso, y poblar su recinto de diputados que yo conozco, crearme yo uno de ellos, y sentirme sobrecogido y anonadado en presencia de tantos hombres que me inspiran respeto, reconociendo la soberana competencia de muchos de ellos en ciertas materias en que me siento débil.

¿Quién impide la reunión del Congreso Federal? (*Sud-América* de 8 de junio de 1851)

Cuando a una nación como la República Argentina, que ha desempeñado un papel tan alto en la historia de la independencia americana, se le objeta su ignorancia e incapacidad para reunir un congreso que delibere sobre sus más caros intereses, no es la indignación lo que hace subir la sangre a la cara, ni el rubor de que tal crean los demás pueblos americanos, que oyen con estupor este aserto en el órgano del mismo gobierno de aquella república encargado de entretener las relaciones exteriores, lo que le imponía el deber por decoro, por dignidad, de presentar ante los ojos de las naciones al país que le ha cometido ese encargo, bajo un punto de vista más favorable. Pero el Encargado ha hallado mejor lucirse él y deprimir a su patria, como aquellos hijos desnaturalizados cuyos padres de condición humilde sacrificaron sus días y su reposo, para darles una educación esmerada, y desconocen a sus padres ante las gentes y les vuelven humillaciones y desdenes por recompensa de sus afanes. No; no es rubor ni indignación lo que tales palabras oficiales de Rosas nos inspiran. Es desesperación y abatimiento el sentimiento que nos embarga.

Toda la América española se ha creído en aptitud de tener

congresos, y los tiene desde México hasta el Estrecho de Magallanes. No citaremos el resto del mundo civilizado. En la humilde e inferior condición en que su gobierno coloca a los argentinos, necesitamos buscar en posiciones menos aparentes nuestros modelos. California era dos años ha un desierto. Apenas se reúnen en sus playas mil aventureros americanos, se elijen diputados para un congreso, y los diarios nos llegan llenos de las sesiones de aquella legislatura que ha tenido que improvisarse la casa en que debe reunirse. Y la República Argentina, con tres siglos de población y de historia, después de haberse emancipado y ayudado a medio mundo americano a emanciparse, ¿no tiene hoy treinta o cuarenta hombres de sentido común, para pensar y deliberar en lo que más conviene a su país?

Hanse citado las palabras de Escipión Nasica y puéstolas en boca de Rosas. No inculcaremos más sobre este punto porque no hay hombre que no tenga su hora de tonto y sus arranques de fatuidad. Pero hay algo más grave que se ha escapado de boca de Rosas en el famoso manifiesto del *Archivo Americano*, y que merece una seria reflexión.

«¿Cómo no ver —dice el *Archivo*— que el general Rosas, y nadie más que el general Rosas, tiene el poder de afianzar los destinos de la patria?».

Como se ha visto, el pacto federal no establecía tal supremacía, ni daba al gobierno de Buenos Aires la incumbencia de ponerse a la cabeza de la realización del pacto. Si posteriores concesiones temporarias de los gobernadores de provincia lo han dejado creer así, no tenemos más que recordar los antecedentes históricos de aquel documento para mostrar la incompetencia de aquella pretensión. En veinte años transcurridos desde la época de la celebración de aquel convenio, han desaparecido los hombres que lo firmaron, sucediéndoseles en las provincias otros que se han elevado más tarde y llegado al ejercicio del poder sin conocimiento de los

antecedentes del partido que los había hecho triunfar. ¿Cuántos de esos gobernadores hay que de la Federación no comprenden sino que ha de llevar el que la sostiene una cintita colorada, perseguir a los salvajes unitarios, y obedecer y ensalzar a don Juan Manuel Rosas?

¡Pero cuán distintas son las ideas e intereses que expresa la palabra Federación! ¡Cuán altos los principios que proclamaron los federales inteligentes, y que han dejado consignados en todos los documentos públicos! No entraremos aquí en la teoría de la federación tal como la entienden y practican los Estados Unidos, limitándonos solamente a lo que resulta de los documentos públicos de la República Argentina. En todos ellos domina la idea fundamental de la convocación de un congreso, en todos ellos se autoriza a iniciar la convocatoria a todos los gobiernos de las provincias. En el tratado celebrado entre Buenos Aires y Córdoba en 1828, se estipula «invitar por sí, con previo acuerdo del de Santa Fe, a la reunión de un congreso».

En el que el mismo gobierno celebró con Santa Fe, se estipuló lo mismo, «invitar a las demás provincias a la convocación y reunión de un congreso». Al encargar de las Relaciones Exteriores San Juan y Mendoza al gobierno de Dorrego en 1828, al de Rosas en 1831, se pone por condición la convocatoria del congreso.

El pacto llamado litoral establece esta misma condición, y señala los puntos que deben arreglarse en él.

Pero antes de la celebración de este pacto, ya se dejó percibir que había un gobierno que se oponía al arreglo de los puntos en cuestión entre las provincias federadas. Documentos públicos han dejado consignado el hecho de que el diputado de Buenos Aires no quería que se tratase en 1830 de la navegación del Paraná y del Uruguay. Rosas mismo ha revelado un fragmento de carta del diputado Leiva, en que manifestaba

su convicción de que solo Buenos Aires se oponía a la reunión del congreso. Rosas se ha quejado de circulares mandadas por los gobiernos de Entre Ríos y de que sacó y trasmitió copia a Quiroga. ¡A bien que el muerto no habla! Pero sea de ello lo que fuere, el *Archivo Americano* no ha publicado esas circulares, que se guarda para sí, dándonos a roer solamente las consecuencias que a él se le antoja deducir. Acaso esas circulares no contenían otra cosa que la convicción, y acaso la prueba evidente, de que el gobernador de Buenos Aires o su diputado, se resistían al arreglo de aquellas cuestiones. Nosotros supliremos esta omisión. El informe que el diputado de Corrientes pasó a su gobierno dándole cuenta del ningún resultado de las conferencias de 1830, se publicó en la imprenta del Estado de aquella provincia con las armas provinciales a la cabeza, y seguido del proyecto de tratado presentado por el mismo diputado, y rechazado por el de Buenos Aires. En los considerandos de este proyecto, que a continuación publicamos íntegramente, y que comparándolo con el sancionado el 4 de enero de 1831, el lector verá que es el que sirvió de base a las discusiones, se dice:

Y considerando los gobiernos contratantes:

- 1.º Que la fuente de la riqueza de todo Estado, es el comercio y la industria;
- 2.º Que esta tiene una estrecha relación con el arreglo interior y exterior de aquel;
- 3.º Que es un derecho incuestionable el que tienen las provincias al tesoro que se recauda de impuestos al comercio extranjero, en proporción al consumo y producto de cada una;
- 4.º Que dar este tesoro a una sola provincia, es sancionar la ruina de las demás, para lo que no pueden estar autorizados (como de facto no lo están) los gobiernos contratantes;
- 5.º Que reglar el comercio en conformidad con las dos

anteriores consideraciones, *es el grito unánime de todos los pueblos de la antigua Unión, y que nada es sólido ni duradero sin este arreglo.*

Celebrose en 1831 el tratado definitivo entre las provincias litorales y Buenos Aires, en que se fijaron todos los puntos de interés para las provincias. Es una desgracia que no exista el proceso verbal de las sesiones o los protocolos de las conferencias de los diputados, porque la lógica y los antecedentes inducen a creer que el gobierno de Buenos Aires, que no había querido antes discutir nada con relación a la navegación del Paraná y el Uruguay, *consentía* ahora, arrastrado por la exigencia de los demás confederados, en que se tratase el asunto, a condición de que lo hiciesen en congreso, guardándose *in pecto* la cláusula jesuítica de que no se reuniría nunca; porque debiendo Buenos Aires mandar su diputado a ese ilusorio congreso, a quien se reservaba la resolución de las dificultades actuales, con no mandar sus disputados nunca, estaba eludida la *trabilla* puesta a la concesión simulada; y como Buenos Aires poseía *entonces* la isla de Martín García que es la llave de la navegación de los ríos Paraná y Uruguay, en vano había de clamorear un congreso de provincianos, la navegación no se había de franquear por eso.

Estipulose también en que quedaría permanente en Santa Fe una Comisión Representativa de los gobiernos, es decir, un simulacro de congreso, que mantuviese la tradición de esta institución, y que en el momento oportuno invitase a las provincias a la reunión del verdadero congreso. Que esta cláusula no fue propuesta por el diputado de Buenos Aires consta del informe que pasó a su gobierno el de Entre Ríos, instruyéndole que el de Buenos Aires en las conferencias de 1830 se negaba perentoriamente a reconocer que debía *permanecer representación de las provincias ligadas hasta*

tanto se organizase la Nación. Al consentir, pues, en 1831 el gobernador de Buenos Aires en el pacto celebrado el 4 de enero, en que quedase efectivamente dicha representación, pudo reservarse *in pecto*, retirar su diputado a la primera coyuntura plausible que se le presentase, con lo que estorbaba que hubiese un cuerpo encargado de convocar el congreso.

Sea casualidad, sea coincidencia extraña, don Juan Manuel Rosas nos ahorra el devanarnos los cascotes en conjeturas. Con este o el otro motivo, nos dice que, «el gobierno de Buenos Aires retiró su diputado, y los demás gobiernos siguieron su ejemplo, y la disolución de la comisión establecida para reunir a la república, la hizo recaer en su antiguo aislamiento».

Cata aquí, que sin jugarlo ni beberlo, ya tiene el gobernador de Buenos Aires destruido el cuerpo que debe invitar al congreso, que había de arreglar la susodicha navegación, distribución de las rentas y administración general; y como el gobernador de Buenos Aires *tenía* una fortaleza en Martín García, no haya miedo que la cosa se hiciese sin congreso, y como no hay ya quien lo convoque, quedan las rentas, la aduana, y el puerto en su poder... En 1833, Quiroga, como jefe de las provincias, escribió una carta a Rosas, diciéndole que había llegado el caso de convocar el congreso, puesto que no había una sola provincia que no estuviese federalizada. Rosas le contestó que no habían costumbres, como si para arreglar las rentas y la navegación del Paraná, se necesitasen costumbres muy pulidas. Ahora cita lo que le dijo de los unitarios.

Esto nos hace recordar un hecho parecido. Habían dos franceses apostado un pavo trufado a que sucedía cierta cosa; sucedió en efecto, y el perdidoso demoraba el pago. Un día apurado por su adversario, le dijo ¿qué quiere usted? ¡Si la cosecha de trufas ha sido malísima este año! —No dé crédito, le replicó el otro, a esas patrañas, son rumores que hacen correr los pavos para que no los coman con trufas. Aquí los

unitarios son las trufas para no convocar el congreso. ¿Qué fue de Facundo Quiroga? Rosas nos lo dice con dolor intenso: «i ya se sabe cuál fue su fin!». ¡Ah! digo yo lo mismo, enjugándome un lagrimón que me viene al ojo: i ya sabemos cuál fue su fin!... ¡Disuelta la comisión, fue asesinado Quiroga por los pavos para que no hubiese congreso!

Pero entonces vino la *suma del poder público*, y la guerra al tirano Santa Cruz! Era necesario reconcentrar el poder de la república en una sola mano, para hacer la guerra a este perro tirano Santa Cruz, como había sido necesario reconcentrar la suma del poder público en esas manos mismas para exterminar a los asquerosos, inmundos, salvajes unitarios. Nada más puesto en razón. He aquí que a los gobernadores de las provincias se les sale, como quien no quiere la cosa, autorizar al gobernador de Buenos Aires para asumir en su persona las atribuciones de la Comisión Representativa de los gobiernos, bien entendido que esto sería por solo el tiempo que estaba electo gobernador de Buenos Aires el ilustre Restaurador de las leyes, Excmo. Brigadier General don Juan Manuel Rosas.

¿Era espontánea de parte de los gobiernos de provincia esta autorización? ¿No vino de Buenos Aires una cartita privada y una fórmula escrita del decreto o ley de autorización, con el requisito de asumir las atribuciones de la Comisión Representativa? Para sacarnos de la duda no tiene más Rosas que decir que es esta una suspicacia y una invención de los salvajes unitarios. Pero *verba volant sed littera manet*; y fueron trece las cartitas.

Aquí me tiene usted, ya que por *casualidad* el gobernador de Buenos Aires se metió en el bolsillo, sin hacer nada de su parte para conseguirlo, esta maldita convocación del congreso, que debía arreglar la administración general del país, el cobro y *distribución* de las rentas, la navegación de los ríos, etc., etc. Quedaba, es verdad, pendiente aquello de que la autorización de 1837, con motivo o a pretexto, nosotros creemos lo primero,

de la guerra del *tirano* Santa Cruz, era solo por el período por el cual estaba electo gobernador de Buenos Aires el señor Rosas. ¡Patarata! Quiroga, López, Cullen, que habían estipulado o sostenido la idea de la convocación del congreso, fueron al otro mundo a llevarles noticias a los salvajes unitarios de cómo ellos también eran salvajes póstumos. Acercábase la elección de nuevo gobernador de Buenos Aires y cágame que en un momento de irresistible furor popular, degüellan al presidente de la Junta de Representantes que debía hacer la elección. ¿Quién lo degolló? ¿Apuesto a que fueron los salvajes unitarios? Esta vez no, pues el doctor Maza, maestro, mentor, segundo padre de Rosas, quien lo había criado, dándole alas, cobijándolo, era salvaje unitario. ¡Así lo declaró la *Gaceta* de Buenos Aires que nunca miente! El pobre Maza hacía tiempo que repetía suspirando en el seno de su familia: ¡Ah, esta causa de los Reinafé (los asesinos de Quiroga, de cuya causa fue escribano *ad hoc*) es mi decreto de muerte! Al morir debió decir: cría cuervos... pero le cortaron el pescuezo y las palabras fueron ahogadas en sangre. Rosas fue reelecto.

Después ha renunciado treinta veces, todo el mundo lo sabe. Él mismo lo dice por el *Archivo Americano*: que no es monopolizar el poder *su deseo*, isino dejarlo! ¡Dios le de vida y salud!

Rosas es reelecto hace veinte años, y es probable que lo sea después de muerto.

¿Y qué hay del congreso? Ya lo dice el *Archivo Americano*, al solo nombre de asamblea de delegados de los pueblos: *itendencias anárquicas!*... ¡Para la convocación de un congreso se necesitan hombres de conocimientos!... ¡Constituir la república cuando el que lo debe hacer está tan ocupadísimo!... ¡Oídmeme, romanos, porque yo solo sé lo que conviene a la República Argentina! (palabras de Nasica). La primera necesidad es conservar al general Rosas en el poder... Es verdad que él no quiere monopolizar el poder en sus manos;...

pero se le fuerza, se le aprieta, se le retiene en el poder otros veinte años más, ¡si a tanto alcanza su preciosa vida! ¿Dónde está esa oposición del general Rosas a la convocación de un congreso?—Pero, veamos un poco...

¿Se puede aguardar indefinidamente la resolución de las cuestiones que enumera la atribución 4.^a del pacto litoral como asunto de la convocación del congreso? Antes de 1831 ya se habían aguardado veinte años desde 1810. Después de 1831, a 1851, se han aguardado otros veinte años. Son, si no he olvidado el sumar, cuarenta años. ¿Cuántos más vamos a aguardar?

Si se tratase de saber si la constitución había de ser federal o unitaria, la cosa no corría, a fe, gran prisa; porque, al fin, la una o la otra forma no han de hacer que el ganado valga un peso más, ni la fanega de trigo dos reales menos. Si no se hubiese tratado de exterminar a los unitarios y robarles sus propiedades, como se ha hecho en Buenos Aires, los unitarios, en veinte años que han transcurrido desde la época de su dominación, omnímoda por supuesto, estarían todavía en sus casas, gozando de su libertad y de su fortuna, a la sombra de la constitución federal que habría sancionado el congreso federal en 1831, en que se trató de constituir la república, y a la que Rosas no se opuso, aunque hizo de modo que no se realizase. Pero desde que a un gran partido no se le da garantía alguna, ni ley alguna, ese partido tiene el derecho de defender su vida, sus propiedades y propender a volver a su patria; porque la patria no es la propiedad de los federales, sino de los argentinos; y mientras dure el sistema criminal que los persigue, durará su derecho de trabajar por destruirlo.

Pero no se trata de unidad ni de federación. Se trata de hacer efectivo el pacto federal.

¿Qué dice ese pacto federal? Que hace ya veinte años que el gobernador de Buenos Aires ha asumido en su persona la

administración general del país, y que es preciso que las provincias reunidas en congreso, arreglen esa administración general en la parte que les toca.

¿Quién pondrá obstáculos a la reunión del congreso? Aquel que tiene la administración de los bienes comunes y sin deslindar. Murió un comerciante y dejó catorce hijos. El mayor los convoca y les dice: porque no quede la tienda cerrada, yo me encargaré de llevar la firma de la casa mientras se reúnen los herederos y se hace el inventario. Convienen los hermanos en ello. El tiempo pasa, los negocios siguen, los hermanos no tienen arte ni parte en ello; el administrador vende, compra, gana, pierde, y es el dueño absoluto de la casa de su padre. Los hermanos, en tanto, se mueren de hambre. El más ladino, o el más osado, porque ya se necesita audacia para pedir su parte, se acerca al hermano mayor, al fin, y pregunta: ¿cuándo pues se hace la reunión de los herederos? —Estoy ocupadísimo por ahora. ¡Reunir los herederos cuando tengo créditos pendientes...! Para hacer inventarios se necesitan conocimientos... Yo solo sé lo que conviene a la herencia... ¿Qué sería de la casa sin mí?... ¡En el estado actual, todos los gastos se hacen por mi cuenta!... En una palabra, lo que más les conviene a ustedes, es mantenerme siempre al frente de la casa. —¡Pero nos morimos de hambre mientras tanto! Esta parábola es la imagen viva de la República Argentina. Rosas es el hermano mayor; la República es la casa de negocios; las provincias son los hermanos desheredados y entretenidos veinte años sin poder merecer que se arregle al fin, lo que no pudo permanecer un día sin orden y sin saber a qué atenerse. Se puede esperar para comprar un sombrero negro cuando uno tiene uno blanco; pero no se puede esperar a que el administrador se desocupe de plantar arbolitos en Palermo, cuando se está uno muriendo de hambre. Se puedo esperar que un dolor de muelas pase, pero no se puede esperar para cerrar y vendar una herida a que no haya quedado una gota de sangre

en las venas.

Todos los pueblos del mundo se enriquecen, se civilizan, y se pueblan, al mismo tiempo que las provincias argentinas se empobrecen de día en día, se embrutece a punto de oponerles esa misma ignorancia como motivo para continuar en el desorden y malestar en que viven. En cuanto a despoblación, no presenta toda la tierra ejemplo más espantoso. La población de Mendoza emigra a Buenos Aires llevada por emisarios, para cubrir con ella el vacío que va dejando la despoblación de las campañas de Buenos Aires; la de San Juan, emigra, mujeres, hombres, niños, a Copiapó, a donde este solo año han llegado más de mil personas. La de Santiago del Estero, anda diseminada por todas partes buscando qué comer; la de San Luis, se la han llevado cautiva los indios en más de cincuenta leguas cuadradas. La ciudad de Santa Fe y la de San Luis, han desaparecido; la Rioja, Santiago, no son ni sombras de lo que fueron, y todas las ciudades de la República son grandes aldeas, sin artes, sin industria, sin rentas. Hace veinte años que comerciantes afanosos y pródigos trabajan sin descanso, viajando en todas direcciones, llevando frutos y trayendo mercancías, y al cabo de año encuentran que ni el capital han podido salvar del quebranto general. ¿En qué consiste esto? ¿En qué ha de consistir? sino en que hace veinte años que están por arreglarse las aduanas interiores, y mientras se arreglan, en cada encrucijada de camino les sale un ladrón a cobrarles: que este cuatro reales; que aquel, catorce pesos por la carga que llevan, y los pagan, pierda o ganen en su negocio. ¿En qué ha de consistir? sino en que viniendo ya las mercaderías desde la aduana de Buenos Aires recargadas con un treinta o un cuarenta por ciento pagados por el provinciano que las compró allí, tiene este que pagar en el camino dos o tres veces a quien se presente a cobrarle derechos de peaje, para llegar a su provincia, donde ha de pagar de nuevo otros seis, o diez, o veinte por ciento de derechos que le cobra el

gobernador para mantenerse, porque no tiene rentas de qué vivir.

¿En qué ha de consistir? sino en que pudiendo llevar a Salta y Jujuy efectos por el Bermejo con solo el flete de 4000 pesos, se pagan llevándolos por tierra 11.000 pesos, y a más 14 pesos por carreta de peaje en Santiago del Estero, lo que constituye una pérdida de 8000 pesos en cada viaje para cada cargador de carretas; 8000 pesos que debían quedar en la bolsa, y se dejan desparramados en los caminos y en los resguardos.

¿En qué ha de consistir? sino en que estando las rentas nacionales a discreción de un individuo, se emplean en guerras, ejércitos y camorras, mientras los indios cruzan de un costado a otro de la república, roban a los caminantes, saquean las haciendas, y se llevan las familias para servir de pasto a su lascivia y brutalidad.

¿En qué ha de consistir? sino en la falta de seguridad que estorba que pueda emprenderse empresa alguna que demande tiempo y capitales para dar frutos, estando todos veinte años ha, esperando de día en día que se acabe esta horrible comedia que se llama encargo de las relaciones exteriores, que tiende al interior a apagar todo espíritu de libertad, y al exterior a encender luchas que no tienen más objeto que prolongar esta situación, para continuar mandando, y empobreciendo a todos, mientras él atesora millones, levanta palacios, planta jardines costosísimos, y realiza cuanto capricho le viene a la fantasía.

¿En qué ha de consistir? si teniendo Buenos Aires un puerto único, una aduana única, los pueblos del interior se arruinan, y cuanto más se arruinan, más imposible se les hace lograr que se les conceda nada de lo que solicitan, porque cuanto más impotentes son, más despreciadas y más desatendidas son y han de ser sus quejas. Si en veinte años han llegado al estado de miseria que sienten hoy, ¿cuál será dentro de diez años más, siendo la pobreza lo mismo que la riqueza que se desenvuelve

en proporción creciente?

¿Se puede esperar después de haber esperado cuarenta años en vano y muriendo, se puede esperar diez, veinte o más años, a haber muerto, para que el ilustre restaurador de las leyes, que las ha abrogado poniendo en lugar de ellas la espantosa y nunca vista *suma del poder público*, permita arreglar la *administración general* que él tiene en su poder; ni que deje a las provincias que discurran sobre *el cobro y distribución de las rentas* de que solo él disfruta, ni la *navegación* que él monopoliza en su puerto *único*, ni el *comercio*, ni nada de lo que contiene y expresa el pacto federal, que no es un *programa generoso*, sino un tratado solemne, un arreglo entre partes, arrancado a ese gobierno mismo de Buenos Aires, y de cuyo cumplimiento se ha burlado veinte años, y se burlará siempre por la ignorancia o maldad de los jefes que él mismo puso a las provincias para que se las tuviesen maniatadas, mientras él se daba tiempo de despojarlas de sus derechos, debilitarlas, desunirlas, intimidarlas y empobrecerlas? ¡Pero *él solo* sabe lo que conviene a esas provincias! ¡Oh! ¡Como sabe lo que les conviene a los estancieros de Buenos Aires, que es tenerles embargados los caballos y acantonados los peones, para que no puedan mover ni repuntar los ganados alzados; y mientras él y una banda de estafadores públicos venden los millones de cabezas que han adquirido, los otros se arruinan!

Pero en las provincias no se trata de ganados; se trata de seres humanos, de la generación presente y de las generaciones futuras. En esas, ciudades que caen en la inanición y en la miseria; en esos pueblos desolados y que ven diariamente las familias menesterosas emigrar en busca de medios de vivir, en esas provincias que ya no pueden ocuparse de sus intereses por falta *de conocimientos*, están nuestras propiedades territoriales, nuestros hogares, y nuestros hijos quedan allí. Esos hijos llegan a ser hombres sin educación; la

ociosidad engendra los vicios; los vicios traen la pobreza; y en dos generaciones más, esos hijos de los gobernadores y de los representantes que toleran, consienten y disimulan esta iniquidad, este asesinato lento intentado por el bárbaro de Buenos Aires, esos hijos irán también entre los peones que van a California, a Copiapó, o a Buenos Aires, a buscar un miserable salario para vivir; ¡porque ni salarios hay ya en las provincias! ¿Para qué pagarlos el viñatero, si no ha de vender sino con pérdida sus vendimias? ¿Para qué se ha de mover el comerciante, si las cien aduanas interiores y la boca insaciable de la de Buenos Aires, le han de devorar el fruto de su trabajo? ¿Para qué el ganadero, si antes de llegar al puerto con sus cueros, ha pagado en fletes y derechos, en el camino, el doble de su valor? ¿Queréis que esperen las provincias?

La cuestión capital planteada por el congreso de 1826 (*Sud-América* de 9 de julio de 1851)

Cuando el gobernador de Buenos Aires, hoy encargado provisoriamente de las relaciones exteriores de la República Argentina, para negarse a cumplir el pacto federal en cuanto dispone la reunión de un congreso y los puntos sometidos a su deliberación por los gobiernos de las provincias que suscribieron aquel pacto, echa en cara a sus comitentes que los gastos nacionales los hace la provincia de Buenos Aires, debemos, para ilustrar la opinión sobre esta materia, apelar a todos los documentos escritos que nos quedan de las pasadas épocas, examinar el espíritu que reinó en ellas, y la manera como los hombres públicos comprendían la cuestión de la organización de la República.

Sábese que don Juan Manuel Rozas fue uno de los campeones que se propusieron echar por tierra el orden de cosas y la constitución que el congreso nacional constituyente de 1826 sancionó; y que su administración *eminente* federal, como él no se cansa de repetirlo, es la realización de las ideas que con el partido federal triunfaron desde 1831 adelante en toda la extensión de la República.

No es nuestro ánimo discutir formas de gobierno; creemos que las ventajas relativas de una sobre otra, cuando no se trata

más que de formas, no son materia de exponer la tranquilidad pública. Se puede, se debe sacrificarlo todo, sí, a la realización de un gobierno regular fundado en instituciones permanentes; se debe sacrificarlo todo, sí, a obtener la cesación de un poder provisorio, absoluto y sin trabas, que dura veinte años y amenaza durar mientras viva el que lo ejerce y aun lo legue a sus hijos o amigos. Debe hacerse el último esfuerzo, sacrificar dinero y sangre, si fuere necesario, a establecer una organización tal, que asegure a cada una de las provincias que forman la unión, su parte de ventaja en los bienes que tiene por objeto asegurar toda asociación humana. Esos sacrificios serán remunerados ampliamente por las ventajas conquistadas, por el comercio desenvuelto y fomentado, por la tranquilidad permanente asegurada y por la distribución de los beneficios de la asociación. Esos sacrificios son un capital puesto en una empresa de utilidad conocida, como el que los individuos invierten en una fábrica u otra industria, con la esperanza segura de resarcirse de ellos por los productos y adquirir además una fortuna.

Tal es el carácter de la cuestión que se debate hoy en la República Argentina, la cual había convenido hace veinte años en arreglar sus negocios económicos en un congreso, para el cobro y distribución de las rentas, para la navegación de los ríos, etc. Este pacto no ha sido cumplido; los pueblos permanecen defraudados de sus esperanzas y arruinados en sus intereses, al mismo tiempo que despojados de su soberanía y libertades. Los gobiernos de esas provincias están en el deber de compeler por la fuerza de las armas, si necesario fuere, al que se opone por la ambición personal u otros motivos, a la realización del pacto fundamental de la federación.

Entremos, pues, de lleno en estas cuestiones. ¿Don Juan Manuel de Rosas es el representante de las ideas del partido federal? Vamos a ver por los documentos públicos cómo entiende él esas ideas, y cómo las entendía el gobierno que él

destruyó.

A propuesta del presidente de la República don Bernardino Rivadavia, y por la ley de 4 de marzo de 1826, el Congreso Nacional Constituyente decretó:

Art. 1.º La ciudad de Buenos Aires es la capital del Estado.

Art. 2.º La capital con el territorio que abajo se señalará, queda bajo la inmediata y exclusiva dirección de la legislatura nacional y del presidente de la República.

Art. 3.º Todos los establecimientos de la capital son nacionales.

Art. 4.º Lo son igualmente todas las acciones, no menos que todos los deberes y empeños contraídos por la provincia de Buenos Aires.

Art. 5.º Queda solemnemente garantido el cumplimiento de las leyes dadas por la misma provincia; tanto las que consagran los primeros derechos del hombre en sociedad, como las que acuerdan derechos especiales en toda la extensión del territorio.

Art. 6.º Corresponde a la capital del Estado todo el territorio que se comprende entre el puerto de las Conchas y el de la Ensenada, entre el Río de la Plata y el de las Conchas hasta el puente llamado de Márquez, y desde este, tirando una línea paralela al Río de la Plata, hasta dar con el de Santiago.

Art. 7.º En el resto del territorio perteneciente a la provincia de Buenos Aires, se organizará por ley especial una provincia.

Art. 8.º Entre tanto, dicho territorio queda también bajo la dirección de las autoridades nacionales.

Según esta ley, la ciudad de Buenos Aires quedaba erigida en capital de la República, con un territorio adyacente como Washington, sometido exclusivamente a la dirección de la legislatura nacional y del presidente de la República. Por el artículo segundo se declaraban nacionales todo los

establecimientos de la capital, es decir, puertos, aduanas, rentas, correos, etc., etc. Por el tercero, tenían el mismo carácter las acciones y deudas adquiridas y contraídas hasta entonces en nombre del gobierno de Buenos Aires.

El debate más solemne se abrió en el congreso sobre este punto importante. El ministro de gobierno, para que fuese más luminoso, pidió que fuese libre, pudiendo cada diputado tomar la palabra cuantas veces quisiese. Un volumen entero de las sesiones del congreso ocupan los discursos pronunciados en pro o en contra. La discusión se principió el 22 de febrero y terminó el 4 de marzo, prosiguiéndose sin interrupción. Tomaron en ella la palabra sucesivamente, el ministro de gobierno que propuso el proyecto; el doctor don Valentín Gómez, a nombre de la comisión de negocios constitucionales; el doctor Moreno, hoy enviado en Londres; el canónigo Gorriti; el doctor Gallardo, hoy residente en Copiapó; el deán Funes; el deán Zavaleta, el doctor Somellera, y otros.

En esta cuestión, el congreso, que aún no se había pronunciado por forma alguna de gobierno, se hallaba dividido entre los que estaban animados de un espíritu verdaderamente nacional, y los que se mostraban apegados a un provincialismo estrecho. El gobierno de Buenos Aires todo, y Zavaleta, Gómez, Gallardo y otros ciudadanos de allí abrigaban aquellos sentimientos. El resto de la diputación de Buenos Aires resistió en cuanto estuvo de su parte a la sanción de la ley que ponía al servicio de la nación las rentas que se cobraban en Buenos Aires.

No entra en los límites de este artículo examinar ni las ventajas de hacer de Buenos Aires la capital, ni las razones de legalidad que contra la idea se oponían por la diputación de aquella ciudad. Nos contraeremos solo a la cuestión económica; y a este respecto debemos decir que eran pocos los hombres en aquella época que la expresasen en toda su extensión o la colocasen en su verdadero terreno. Claro es que

un Estado debe tener una capital, es decir, un punto de territorio donde hayan edificios consagrados a la residencia permanente del gobierno general, las reuniones del congreso, el depósito de las armas, la guarda de los archivos nacionales, etc., etc. Un gran partido de Buenos Aires resistió tenazmente a que se declarase a Buenos Aires capital; a este partido se unían algunos diputados de las provincias, en corto número, que por motivos diversos se oponían a la medida. ¡No querían, de veras, los porteños opositores que el presidente de la República y el congreso residiesen en Buenos Aires! Don Juan Manuel Rosas apoyaba a este partido. La cuestión de las rentas era, pues, el verdadero motivo. Había en aquel congreso tal circunspección y mesura en cuanto a no irritar las cuestiones, que querían, por el contrario, apartárselas de la vista, lo que apenas es creíble sin consultar a los contemporáneos, para darnos cuenta del espíritu que dirigió a los diputados en sus deliberaciones. Las palabras no dicen lo que hay en el fondo de la situación. El proyecto de ley del gobierno declara nacionales los *establecimientos públicos* de Buenos Aires, frase que encierra la cuestión vital del país, *el puerto y la aduana*; los diputados de Buenos Aires, animados del espíritu de provincialismo, se parapetan, para oponerse a la medida, tras una cuestión de forma, de legalidad. El congreso ha declarado antes que las provincias se regirán por sus propias instituciones hasta que se dicte la constitución, luego no puede fraccionarse la provincia de Buenos Aires, ni destruir sus instituciones provinciales, para someter la ciudad al presidente y al congreso, como si nombrar un presidente y designar una capital del Estado, no fuesen dos actos constitutivos y los más importantes.

El proyecto tenía dos faces, o más bien dos filos: la erección de Buenos Aires en capital podía alarmar los celos de las provincias, y así sucedió, en efecto; el hacer nacionales las rentas del puerto de Buenos Aires sublevaba las resistencias

del vulgo de los porteños. Estos dos intereses tan opuestos, se reunieron en contra del congreso y prolongaron hasta hoy la desorganización de la República.

El ministro del presidente decía, resumiendo sus razones:

He aquí para lo que va a ser de una influencia muy importante la medida que se propone. Desde que los pueblos vean la decisión con que el P. E. N. obra, empezando por exigir sacrificios, si pueden llamarse sacrificios, porque en realidad no lo son, y lo demostraré a su tiempo; desde que los pueblos vean que el P. N. empieza exigiendo sacrificios de la primera provincia del estado; de esa provincia, que por su poder y recursos ha inspirado celos; de esa provincia, de la cual, por los sucesos anteriores, hay grandes o pequeñas prevenciones; cuando vean que los representantes de la nación obran con firmeza en este punto; cuando sientan que se sobreponen al grito de los hombres que, o no piensan en lo que deben al país, o en nada piensan menos que en lo que es preciso que sea el país; cuando los pueblos vean esto, ellos no podrán menos que rendirse al poder de un ejemplo de tanta trascendencia; y no habrá pretensiones, no habrá caprichos de ningún pueblo que resistan al imperio de la ley dictada por el congreso, y ejecutada por el presidente de la República. Todo, señores, va a subordinarse desde el momento en que se obre con esa firmeza respecto de la provincia de Buenos Aires. Pero si se resistiese esta medida, después que el E. N. la ha propuesto como absolutamente indispensable para abrir la marcha en que la nación le ha puesto; si después que él ha instado en los términos que lo ha hecho, sobre la imposibilidad en que está de obrar el bien del país si el congreso no le apoya accediendo a la medida que propone; si después de esto, repito, y después que los pueblos sepan y oigan cuál es la contradicción que se ha levantado en este pueblo contra ese proyecto, cuál es el carácter de esa oposición; y si después de todo, el congreso

resiste a la medida, ¿cuál será el resultado? Señores, la ilación es muy natural; los pueblos deducen que el congreso no ha obrado con libertad; y los pueblos, que en las medidas más sencillas, más naturales, más benéficas a todos, no han cesado de decir hasta hoy que el congreso ha sido dominado por el pueblo de Buenos Aires; la resistencia a adoptar esta medida, ¿cómo se calificaría, cómo se glosaría en esos mismos pueblos? ¿No se diría que había obrado sin libertad, y que había sido forzado por esa contradicción a resistir una ley que iba a salvar al país y a dar a todos los pueblos la esperanza, al menos, de constituirse con regularidad, y de poder salvarlos con gloria de los conflictos en que ellos se hallan? Y desde el momento que esto se sienta, la autoridad del congreso es concluida y la del presidente de la República no empieza. El congreso pierde su opinión, y el gobierno nacional, sin adquirirla, ¿cuáles serán las consecuencias y cuáles las esperanzas que deberán concebirse de que se presten esos pueblos a los sacrificios que demanda su organización y defensa?

Yo, señores, trataré de concluir demostrando, por último, que la medida es de una evidente utilidad y ventaja a la provincia de Buenos Aires, en cuyos intereses y derechos pretenden apoyarse los que la resisten. Es de una evidente utilidad a la provincia de Buenos Aires, en primer lugar porque una medida tal no puede menos de ser útil a todos, porque este es el carácter de una medida de esta clase. Aquí los pueblos ganan, es preciso no disimularlo; sí, los pueblos ganan, y precisamente por eso se ha propuesto, porque es necesario que los pueblos ganen. ¡Pero qué! ¿seremos tan mezquinos, y pretenderemos los que pertenecemos a la provincia de Buenos Aires, ser tan ridículos que renunciemos a nuestros derechos, solo por tener la satisfacción bárbara de que otro no prospere o no gane?

El exministro que así se expresaba, murió en el destierro.

El doctor Gallardo, abundando en el mismo sentido de

generosidad y de abnegación por parte de Buenos Aires, decía:

Repito que esto es una injuria, tan demostrable, como son evidentes los hechos con que Buenos Aires ha sabido llevar su política, trabajando siempre por la causa general de todos los pueblos, haciendo desprendimientos y sacrificios aun por pueblos que no pertenecen a la República. Sí, señor, ha dado su sangre y sus hijos. Hoy no tiene que hacer más Buenos Aires que dar el ejemplo. ¡Pero qué! ¿y sus rentas, y sus establecimientos? ¿No han sido ellos destinados por diez años al servicio de los pueblos? Permítaseme decir más, ¿no hemos pagado el año de 1820 una especie de tributo a una provincia para sostener su orden y su paz interior? Desde que se estableció el congreso ¿no ha sido Buenos Aires también el que ha dado sus recursos y sostenido las medidas que el congreso ha dictado? ¿No es, pues, cuestión de nombre el que Buenos Aires dé todo lo que se diga que él ha de dar? Ello está de acuerdo con los sentimientos de cada uno de los habitantes patriotas y generosos de Buenos Aires. Sí, señor, y este es el desprendimiento que se necesita, y sin el cual no puede haber nación ni eslabonarse la gran cadena social. Los pueblos no pueden reprobar su bien, se ha dicho antes; y sobre todo no confundamos la causa de los pueblos, con la causa de cuatro mandatarios. Todos los pueblos desean su felicidad, y es menester que sean muy necios para que presentándoles esa felicidad no la sigan. Es imposible que aborrezcan a quien se las da. En consecuencia, si el proyecto está de acuerdo con las instituciones, o más bien diré, si estas instituciones no deben entorpecer al congreso para marchar hacia la prosperidad de la nación, tampoco debe servir de embarazo para dictar esta medida.

El señor *Moreno*: el señor diputado por Buenos Aires que habló antes del último señor, lejos de defender su provincia, se ha pronunciado por su muerte, contentándose solamente con un

entierro honroso. ¡A bien que la herencia es más que abundante para cubrir todos los gastos de unas magníficas exequias! Yo me he sorprendido de ver que un diputado de Buenos Aires haya desconocido de ese modo las leyes más sagradas de su provincia...

El doctor Gallardo está expatriado de Buenos Aires por Rosas; mientras que Moreno tiene la embajada de Londres con una renta de ocho mil pesos.

En este dédalo de confusiones y de intereses provinciales disimulados bajo apariencias legales, la cuestión económica aparece de cuando en cuando en toda su luz. El general Mancilla, diputado por Entre Ríos y que había residido largos años en aquella provincia y gobernádola, estaba en aptitud de comprender los intereses vitales de las provincias que se ventilaban en la cuestión de capitalización. El general Mancilla puso más determinadamente que nadie el dedo en el punto central de la cuestión.

El señor *Mancilla*: si alguna vez un diputado del Congreso General Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, puede lisonjearse de haber pertenecido a él, es en mi concepto cuando se halla ejerciendo este destino al tiempo de irse a dar una capital a la república a que pertenece; sí, señores, a dar una capital a este país que por tantos años ha sido extraviado de todas las formas regulares, y que existe solo porque existen sus individuos. A este país que tanto tiempo ha existido sin una forma ni semirregular de gobierno; pero con la precisa condición de que el punto capital, o la ciudad que debe serlo, sea la de Buenos Aires, como lo aconseja el proyecto del gobierno que está en la consideración de la sala; ese proyecto que no tiene una sola línea que no sea elevada, que no sea justa, y que no sea eminentemente nacional; ese proyecto que si no se sanciona por el Congreso, dará sin duda en tierra con

el mismo cuerpo nacional, con el P. E., y por último, entregaría la patria a la misma anarquía en que ha vivido anteriormente.

Dije que era un proyecto justo, elevado y eminentemente nacional, y no me detendré en demostrarlo, porque en realidad la materia es demasiado clara; por lo que me contraeré solamente a demostrar la justicia, pidiendo antes a los señores representantes que se fijen en lo que voy a decir. Justo, señores, ¿por qué?, porque la provincia de Buenos Aires, en los cinco años en que los pueblos han estado divididos, perteneciendo a sí mismos, ha disfrutado de un derecho exclusivo sobre todos ellos, que es preciso que hoy se le quite para dividirlo entre todos los pueblos. La provincia del Entre Ríos ha tenido y tiene que pagar respecto de la provincia de Buenos Aires todos sus efectos de alimento. ¿Y por qué? ¿Será justo que Buenos Aires sostenga exclusivamente unos derechos, o disfrute de unos derechos que en realidad pertenecen a todos los pueblos? Esto no es justo; yo citaré algunos ejemplares. La provincia de Entre Ríos, a quien tengo el honor de representar, la de Santa Fe y otras, han reclamado, no una sino muchas veces, del gobierno de Buenos Aires, el trasborde de los efectos que han de introducirse en aquellas provincias, y yo he sido, señores, a la resistencia del gobierno, convencido de que este sería el medio de que no se introdujera el fraude; pero cada momento que se ha pasado se ha hecho una injusticia a los pueblos. Hoy por las circunstancias del bloqueo un buque del Janeiro ha desembarcado en Maldonado; ha pagado derecho allí; y solicitado, como es natural, traerlos sin pagar aquí. Esta razón es preciso pesarla, y es preciso deducir también sobre lo que se quiere alegar respecto de las instituciones de Buenos Aires.

He aquí la verdadera cuestión. Buenos Aires debía devolver a los pueblos el derecho que se había hecho exclusivo de comerciar libremente, el de trasbordar las mercaderías sin

pagar derechos de aduana en Buenos Aires, a no ser que la aduana de Buenos Aires se declarase nacional, perteneciente a todas las provincias, como de facto lo es, como lo son las aduanas en todas las naciones de la tierra, pues de lo contrario, un pedazo de territorio sometería, por sus ventajas comerciales, al resto de la república a pagarle tributo, ni más ni menos que en la edad media un barón feudal que se apoderaba de un peñasco fortificado en la encrucijada de los caminos, sometía a tributo a todos los pasantes.

Esta doctrina, sin embargo, fue sostenida por el señor Moreno, hoy agente diplomático de Rosas en Londres:

Se destruye, altera y deteriora en sus fondos y derechos esenciales, y de carácter inalterable. La provincia de Buenos Aires es dueño del territorio en que está situada, que siempre ha ocupado como propio; también lo es del litoral del río, y del río mismo e islas; como igualmente del mar territorial que baña sus costas, hasta cierta distancia, que entre nosotros, por las leyes que nos han regido, es de dos leguas o al alcance del tiro del cañón. Siendo dueño de esto, lo es de los derechos del puerto, y de los establecimientos que tenía a la entrada, que se los da su localidad; el dominio del río y del mar territorial la da derechos reales, con la jurisdicción e imperio que ejercía sobre ellos. De los establecimientos que tiene sobre el suelo también lo es, no solo porque es dueño del suelo, sino porque se han formado con sus fondos o facultades propias. Se la quita, pues, toda esta parte del fondo precioso de su propiedad, y con él toda esa parte de su riqueza; y esta alteración deteriora tanto su condición, que seguramente la provincia de Buenos Aires, así desmembrada, vale más de tres cuartas partes menos, al tiempo de entrar a realizar el pacto, asociación y compromiso. ¿Y esto se hace con la provincia más digna de ser considerada, como la única que entre todas puede conservarse en su integridad; con la que pudiendo ella sola haberse constituido

por su riqueza, quiso más bien darlo todo al bien de todas?

Tal era la doctrina de propiedad del señor Moreno, y que Rosas ha reproducido en estos días, hablando de las rentas de Buenos Aires que pagan los gastos de la república. El puerto de Buenos Aires es propiedad de la provincia y no de la nación. Sea enhorabuena. En tal caso dejaría a Santa Fe, Corrientes, Entre Ríos, que introduzcan a sus puertos propios las mercaderías europeas que necesitan sus habitantes. Córdoba, Santiago del Estero, se proveerán en Santa Fe; Salta, Jujuy, y Tucumán en Entre Ríos y Corrientes; las provincias de los Andes exclusivamente en Chile. ¿Qué sucederá entonces? Que vuestro puerto no importará ni exportará, sino las mercaderías consumidas y producidas en vuestra provincia; luego el puerto es nacional, y sus rentas nacionales en cuanto sirve para la importación y exportación de las mercaderías de las otras provincias que componen la nación, porque el que consume las mercaderías, es el que paga las rentas de aduana. Las provincias del interior no tienen más que hacer que tomar sus registros de aduana desde 1810 adelante; sumar las mercaderías importadas por Buenos Aires, según sus categorías, y con la tarifa de la aduana de Buenos Aires en la mano, descontar el tanto por ciento pagado; y entonces verán los millones de pesos que han dejado en la aduana de Buenos Aires, y por tanto entregado al gobernador de aquella provincia.

Ahora preguntamos a don Juan Manuel Rosas, el héroe de la federación: ¿cuál sistema le parece mejor, el de Rivadavia sostenido por Gallardo, Gómez, Zavaleta, Mancilla, Agüero, etc., que proponía hacer *nacionales* los establecimientos públicos de Buenos Aires; o el de su ministro Moreno, que declaraba propiedad de Buenos Aires el puerto y las rentas?

¡La discusión! ¡La discusión! La máscara hipócrita ha de caer al fin a los golpes de la discusión, de la evidencia y de los

documentos públicos.

El *Archivo Americano* puede solver estas dudas. Callar ahora es perderse, y confesarse perdido.

El desenlace se aproxima (*Sud-América* de 9 de julio de 1851)

El trabajo lento y paciente del pensamiento argentino se ha terminado al fin. Las grandes ideas de regeneración se han completado, generalizado y desenvuelto bajo el látigo del tirano sombrío, bajo la presión de su pie puesto en la cerviz de la república, cubierta de manchas y de cardenales; pero aspirando siempre a la consecución de los fines que se propuso en su gloriosa revolución de 1810. El sol del 25 de mayo de 1851 habrá alumbrado aquellos dilatados países con nueva luz; y el 9 de julio vuelve a ser el precursor de la organización de la república.

Hemos podido, desde el destierro, contar una a una las pulsaciones de aquellos pueblos que volvían a la vida; y mostrádoles, en cuanto nos era posible, el camino que debían seguir al despertar de su letargo. Lo que eran deseos convirtiose ya en hechos; la teoría pasó a realidad, y palabras oficiales reproducen ahora los mismos conceptos, las mismas esperanzas, porque aquellas esperanzas y aquellos conceptos eran el pensamiento y el alma de nuestra patria.

Las noticias llegadas por el último vapor que ha tocado en Río de Janeiro, nos dan detalles que demuestran que la caída del tirano es por la primera vez, después de veinte años de lucha, un hecho consumado. Quédale el tiempo para agonizar y

desaparecer; pero su suerte está decidida y su sentencia fulminada.

Sabemos de un modo oficial y auténtico que el general Urquiza ha abierto comunicaciones con el gobierno de Montevideo, a fin de obrar de acuerdo en la guerra que de consuno harán al gobierno de Buenos Aires. Por el intermedio del gobierno de Montevideo, se habían entablado comunicaciones con el del Brasil. Corrientes estaba unido al Entre Ríos en el nuevo sistema de política, a cuya cabeza se ponía el general Urquiza. El general Garzón, oriental, que ha estado asilado en el Entre Ríos durante tres años, para sustraerse a la animosidad de Oribe, debía entrar en campaña para poner en actividad los elementos de odio que han desarrollado las depredaciones de Oribe y de Rosas en la República Oriental.

El Brasil ha hecho alianza ofensiva y defensiva con el Paraguay, a fin de ponerlo a cubierto de las amenazas de conquista de Rosas. La cooperación del Brasil a la salvación de Montevideo, en favor de todo cuanto tienda a poner coto a los desmanes y arbitrariedad del tirano de Buenos Aires, es franca y desinteresada. Con respecto a Montevideo, no le cuesta el más mínimo menoscabo de su independencia ni derechos territoriales; con respecto a la República Argentina, no solo ha declarado el gobierno brasileiro que respetará su independencia e integridad, sino hasta su *gloria*.

Como punto central de resistencia, Montevideo ha logrado proveerse de medios de subsistencia independientes del subsidio francés, de manera que hoy casi desean que la Francia se retire de la cuestión, a fin de que desaparezca este espantajo de la intervención europea, y la lucha de libertad y organización de los pueblos argentinos, de paz e independencia de los vecinos estados, asuma su carácter nacional y americano, y el triunfo sea más completo, popular y glorioso.

El ejército de tierra del Brasil ascendía a catorce mil hombres, esperándose por momentos la llegada de las tropas de línea alemanas que habían sido enganchadas en Europa. La escuadra brasilera, al mando del almirante Grenfell, y que estaba ya surta en el Río de la Plata, se compone de trece buques de guerra, entre ellos cuatro vapores, con dos mil doscientos noventa y siete hombres a bordo, y ciento setenta y un cañones; habiendo dos cañones de a ochenta, cuatro de a sesenta y ocho, ochenta y seis de a treinta y dos, veinticuatro de a veinticuatro, y cinco de a dieciocho. A la salida del buque que nos trae nuestra correspondencia, salía de Río de Janeiro un nuevo batallón de infantería a reforzar la escuadra. La marina brasilera estaría, según la marcha de los sucesos, en aptitud de bloquear a Buenos Aires y el Buceo, e interceptar las comunicaciones de Rosas entre ambas riberas, como así mismo los vapores manteniendo las relaciones entre Urquiza y Montevideo, y prestando todos los servicios que el dominio absoluto del Plata, el Uruguay y el Paraná permiten prestar.

Por el *Levaillant*, salido del Havre, había llegado a Río de Janeiro de paso a Montevideo, parte de un equipo completo para el ejército que guarnece aquella plaza. Un gran armamento para renovar el de la plaza venía en mar; entre él un tren de artillería de campaña, el mejor que haya venido a América hasta la fecha. Todo esto con las tropas que estaba enganchando el general Pacheco Obes, son el resultado de la cooperación del Brasil, que ha comprendido que Montevideo es el baluarte que guarda sus fronteras contra las depredaciones y amenazas de Rosas. La noticia de la declaración del general Urquiza, recibida por un buque del Entre Ríos el 9 de mayo, había causado en Montevideo trasportes de júbilo. Durante todo el día y la noche las músicas de los diversos cuerpos de la guarnición recorrían las calles seguidas de millares de ciudadanos y de señoras que celebraban tan fausta noticia. El 25 de mayo debía el general Urquiza, por un decreto, mandar

suprimir de todos los documentos públicos el ominoso *mueran los salvajes unitarios* con que Rosas ha mantenido hasta hoy día la discordia entre los argentinos, y el espíritu de barbarie y de exterminio que él solo había impreso a la lucha.

El Soberano Congreso será bien pronto el único actor que quede en la escena, después de la grande y solemne catástrofe en que viene a terminar el drama sangriento que ha espantado al mundo por tantos años. ¡Quién puede presentir los grandes destinos que se abren a aquel país, tan favorecido de la naturaleza, tan conocido hoy en Europa, y cuya historia ha sido marcada por todo lo que constituye la grandeza de las naciones! Si los argentinos pensadores triunfan al fin del caudillo del exterminio y de la suspicacia que había logrado imponer a la Inglaterra y a la Francia; si la salvación del país sale de sus propias entrañas armada de las ideas políticas y económicas que fundan y mantienen la prosperidad de los pueblos; si la espada argentina es la que llega al pecho del tirano antes que las amenazas de las grandes naciones se conviertan en actos, ¿qué es el pavoroso período de la tiranía de Rosas, con todas sus degradaciones y miserias, sino un nuevo timbre de gloria para el país, una nueva hazaña del Hércules, el duodécimo trabajo, más espantoso más insuperable al parecer que todos los que le habían precedido? Es Lafayette después de veinte años de estar sumido en los calabozos de Olmütz, que sale vigoroso, ardiente y preparado mejor que nunca para ponerse a la cabeza del movimiento de libertad. El sol que creería alumbrar un cadáver en la República Argentina, encontrará una águila que osará mirarlo de hito en hito, y remontar su vuelo a las regiones etéreas. Las imágenes de la poesía son permitidas al hablar de un pueblo cuya historia es una verdadera epopeya, un drama, como la fantasía no ha sabido inventarlo.

La realidad de este desenlace que anticipamos, no es una de tantas ilusiones que nos han fascinado muchas veces. Las cifras

responden esta vez del éxito próximo; y es tan absurdo y caprichoso dudar de sus resultados, como es lógico atenerse a ellos.

Según las noticias detalladas que recibimos están aunadas en un mismo propósito:

Guarnición de Montevideo: 4000 hombres

Ejército de tierra del Brasil: 14.000 hombres

Escuadra, 33 buques, 170 piezas de artillería con: 2293 hombres

Entre Ríos: 6000 hombres

Corrientes: 4000 hombres

Paraguay: 10.000 hombres

Total 40.293 hombres

Rosas no puede oponer a estas fuerzas aplastadoras, a elementos nacionales y extranjeros combinados, sino astucias, obstinación y crímenes, trapacerías y resortes gastados ya, conocidos y mirados con horror en todas partes. Bloqueado, ocurrirá a las emisiones de papel sobre los ciento seis millones que tiene en circulación, a la confiscación y al salteo. ¡Ni una simpatía en su favor! La Inglaterra y la Francia esperan su caída impasibles, si no se reúnen a sus enemigos para ponerse bien con el nuevo orden de cosas. Las provincias, maldiciendo a aquel salvaje innoble, retirándole el encargo de las Relaciones Exteriores, y aprestándose para rechazar sus maulas y sus intrigas. La última hora ha sonado. Que lo tengan entendido los gobiernos y los pueblos de las provincias.

El momento de obrar ha llegado, y como el resultado es infalible, toda contemporización, toda apatía y egoísmo que prolongue los males, será tomado en cuenta y examinado. ¡Dense por notificados los hombres cuya conducta en momento tan decisivo puede influir en la suerte del país!

El deber de hoy y las dificultades de mañana (*Sud-América* de 17 de julio de 1851)

Cábenos la felicidad poco común de terminar el segundo volumen de *Sud-América* con la publicación de la circular del general Urquiza, gobernador de la provincia de Corrientes, anunciando a los pueblos argentinos su determinación de «ponerse a la cabeza del movimiento de libertad con que los pueblos argentinos deben poner coto a las absurdas y temerarias aspiraciones del gobernador de Buenos Aires». Esta pieza oficial da cima a nuestros débiles esfuerzos para restablecer el derecho público argentino oscurecido por veinte años de violencias y trapacerías indignas, y diéramos con ella por terminada la ardua tarea que emprendimos desde la aparición de la *Crónica*, si el período que abre a los destinos de nuestra patria la generosa empresa del general Urquiza, no trajese consigo nuevas dificultades y la necesidad y el deber de hacer nuevos esfuerzos para vencerlas y dominarlas.

Ha sido casi siempre el fatal error de los pueblos adormecerse a la víspera del triunfo final, confiar en la justicia de su causa, y abandonar del todo su suerte a los hombres magnánimos que se ofrecen para salvarlos. El medio de obtener la paz, se ha dicho veinte veces, es estar dispuesto para hacer la guerra, y no hay triunfo posible sin la previsión

de las resistencias y los esfuerzos adecuados para vencerlas.

Contraigámonos desde ahora al estudio de la situación en que la declaración del general Urquiza pone a la República Argentina, para que cada pueblo vea el papel que le toca desempeñar en el gran drama en que los acontecimientos le colocan como actor, y cuyo desenlace debe ser la organización de la República, o el entronizamiento definitivo y a cara descubierta de don Juan Manuel Rosas; porque las tentativas malogradas no hacen más que robustecer el poder contra quien se dirigen. Rosas ha tenido veinte años que disimular sus designios, que mentir diariamente para llegar al poder absoluto. Triunfante mañana de los que han querido contrarrestar sus designios, la obra está terminada y la máscara es inútil. Legará tranquilamente el gobierno de la república a su hija o a su portero.

La situación en que se colocan las provincias es nueva en la historia de aquellos países. La fuerza de las armas es casi inútil; y solo puede contarse con ella para conservar cada uno sus posiciones. Retirando a Rosas el cargo provisorio de las Relaciones Exteriores, su poder queda anulado de hecho y de derecho. El general Urquiza, establecido en la provincia de Entre Ríos, y respaldado por Corrientes, está fuera del alcance de toda tentativa de la parte de Rosas para destruir su poder. Fáltale el derecho de intentar forzar a una provincia a prolongarle poderes que provisoriamente le confió y hoy le retira; fáltanle más que todo, medios de hacerlo. Separa a Entre Ríos y Corrientes del resto de la República Argentina el Paraná, y de la República Oriental el Uruguay. Carece Rosas de marina, y el Brasil tiene a disposición de Urquiza cuatro vapores de guerra, que recorriendo el Paraná y el Uruguay, hagan imposible la comunicación de una ribera con otra.

Montevideo es la llave, digámoslo así, del sistema de posiciones, que más bien que operaciones militares, va a asegurar la suerte de la República. Montevideo sin recursos,

sin guarnición y sin víveres ha resistido nueve años al poder de Rosas, Montevideo está hoy pertrechado como nunca lo estuvo para prolongar indefinidamente la resistencia. Armas, tropas, equipos, trenes y víveres, todo lo ha renovado, asegurándose además una base sólida al sostenimiento de la plaza. Rosas está anulado, pues, allí, y su posición, es no solo impotente sino ridícula. Ni retirarse ni permanecer con honra puede. La posición del general Urquiza y la salvación de Montevideo, bastan por sí solas para dar en tierra con el poder de Rosas, limitado a la ciudad y campaña de Buenos Aires, donde es preciso no disimulárselo, tiene quince campamentos militares, los cuales, si bien serían impotentes para sacarlo de la situación en que lo colocan Urquiza, Montevideo y el Brasil del otro lado del Plata, le servirán para mantener su dominación sobre la población de Buenos Aires hasta el último extremo, prolongar la lucha, y propender por la intriga a reconquistar la autoridad perdida en las provincias. Aquí está el riesgo; Rosas no triunfará de sus enemigos en la margen opuesta de los ríos; pero hará sufrir a las provincias y se obstinará en mantenerse en Buenos Aires. El rasgo más culminante del carácter de Rosas es la terquedad del asno.

¿Podrá ser invadido Buenos Aires por Urquiza y los ejércitos de las provincias? ¿Convendrá lanzarse a la primera señal en una guerra civil asoladora, que agrave más los males causados por la estupidez de Rosas? Dado caso que la guerra terminase pronto, ¿quedarían por eso zanjadas las dificultades de organización que la tiranía y las torpezas de aquel miserable imbécil no han hecho más que aplazar desde 1831 adelante, complicándolas con las que él ha creado nuevamente?

Por poco que se tienda la vista hacia el porvenir, el hombre menos perspicaz observará que tenemos por delante dos o tres años de oscilaciones, de lucha entre elementos diversos, de trabajos preparatorios para obtener la suspirada organización definitiva del país; y cualesquiera que las dificultades sean,

nadie debe arredrarse de mirarlas cara a cara. Es este un acontecimiento fatal y necesario. Si no son tales ni tan graves las circunstancias, habituémonos, por lo menos, a creerlo así, a fin de que las lentitudes de las cosas humanas no nos fatiguen y sorprendan, y los sucesos nos hallen siempre preparados. Rosas ha hecho de la república un caos, es preciso poner orden en todo, y el medio de hacerlo no es otro que ir de paso, mientras se logra la organización general, organizándose según los elementos de cada pueblo.

La suspensión del correo de Buenos Aires para las provincias y Chile, fue anuncio precursor de las dificultades de Rosas. La posición nueva en que se encuentra hoy la república, hará cesar bien pronto toda comunicación con Buenos Aires, caso de obstinarse Rosas en conservar su usurpada supremacía; y se obstinará. Las relaciones comerciales pueden ser interrumpidas, y es preciso proveer a este punto primordial de la vida de los pueblos, tanto más cuanto que el carácter de la cuestión que va a debatirse, es no solo político, sino esencialmente comercial.

Por lo que al Entre Ríos respecta, la situación no puede ser más aventajada. Desligado aquel gobierno de toda sujeción a Rosas, y no estando ya en poder de este, como antes, la isla de Martín García, que sometía al dominio de la aduana de Buenos Aires la navegación de los ríos Paraná y Uruguay, el comercio europeo puede hoy, libre de toda traba, llegar con sus mercaderías hasta los puertos de Entre Ríos y Corrientes, y pasar hasta el Paraguay.

Montevideo puede, desde luego, establecer el tránsito y trasbordo de los efectos destinados a aquellos puntos, y fomentar un gran comercio hacia el interior. Entre Ríos ha conquistado, pues, de un solo golpe las ventajas comerciales de que por tantos años ha sido privado. Rosas puede continuar su despotismo en Buenos Aires cuanto tiempo quiera. Las provincias litorales vivirán de su comercio directo, y en medio

de la guerra misma empezarán a prosperar.

Santa Fe, Córdoba y Santiago del Estero, pueden desde el momento que comprendan sus intereses, ligarse a este sistema de comercio, y desprenderse de toda sujeción política a la influencia de Rosas.

Sucede otro tanto con Salta, Tucumán y Jujuy, y aun Catamarca, que son los pueblos más distantes de la acción de Rosas. Por los puertos del Pacífico, por Cobija y Copiapó, pueden continuar proveyendo a sus necesidades comerciales, en despecho de las complicaciones políticas. Para completar este sistema de compensaciones, debieran Salta y Tucumán habilitar caminos a Copiapó, donde la abolición del estanco y la apertura del camino de hierro les abren un mercado vastísimo para sus productos, para los cuales el de Buenos Aires les es inútil.

En este momento supremo, Salta debiera tentar definitivamente la navegación del Bermejo. Unida en intereses con el Entre Ríos, interesadas todas las provincias litorales en el buen éxito de esta empresa, excitados los ánimos por la situación política, la impresión moral obrada por la frecuentación de la gran vía comercial del Chaco, sería por sí sola un inmenso triunfo. Una vez lanzado el comercio por esa vía, el espíritu de aquellos pueblos cobraría nuevo aliento, dando pábulo a esperanzas grandiosas. Como Corrientes y el Entre Ríos con el desembarazo de Martín García se han sustraído para siempre de la dominación de Rosas, así los pueblos del extremo norte, estarán fuera del alcance de su influencia política con la navegación del Bermejo.

Las provincias de Cuyo pueden volver su frente comercial hacia el Pacífico, y suplir con California su ruinoso mercado de Buenos Aires. Las últimas reformas aduaneras de Chile les han creado en verdad embarazos sustanciales al mismo tiempo que franqueaban sus puertos al comercio de tránsito. Pero una

buena política aconsejaría a Chile hacer concesiones a las circunstancias excepcionales de las provincias de Cuyo mientras duren, y principiar el desenvolvimiento de su comercio por ese lado, aprovechándose de ellas. El comercio necesita, para abrirse camino y arraigarse, crearse hábitos, anudar relaciones, formar una corriente. Una vez echado en una vía, necesita muchos años para desviarse de ella, como el comerciante mismo, que a su pesar continúa en el negocio por la dificultad de *redondearse* sin pérdida en un momento dado. Si en Chile pudiese contarse con un plan de política comercial seguido por muchos años, nosotros habríamos, en el interés chileno, aconsejado quitar todo derecho al jabón y al ganado, cueros y baratijas, por cuatro años para hacer que con este cebo prendiese el comercio de tránsito, como el baratillero que provee de tocuyo a medio para vender más caras sus otras maulas. En todo caso, creemos al gobierno de Chile animado del mejor espíritu, y bastaría que las provincias de Cuyo hiciesen sentir las necesidades de su situación, para que se allanasen esos embarazos; pues Chile ganaría inmensamente en absorberse todo el negocio de Cuyo en la suspensión del movimiento comercial por las pampas.

Resulta del examen que acabamos de hacer, que todas las provincias pueden sustraerse a la sujeción impuesta por la aduana de Buenos Aires, y suplir la falta momentánea de aquel mercado. Esas provincias que hemos agrupado en torno del Entre Ríos, tienen por base de existencia el comercio libre con el Atlántico; las del norte por Cobija, las de Cuyo por Uspallata y Copiapó, apoyadas en los puertos del Pacífico, encontrarán medios de existencia y de prosperidad; como así mismo de defensa, por la facilidad de procurarse armas y demás elementos de guerra. Resulta, además, que hay tres centros de poder a cuyo derredor deben agruparse las provincias que tienen la misma posición geográfica y los mismos medios comerciales. La adhesión, la unión es el primer elemento

constitutivo de la fuerza. Rosas ha triunfado hasta hoy de toda reprobación de sus actos por el aislamiento de cada una de las provincias, que él ha mantenido, evitando todo punto de contacto necesario entre ellas; y como nuestro primer conato es el de subordinar a Rosas a los intereses generales, el buen sentido aconseja hacer lo que el no querría que se hiciese. Nuestro objeto final es organizar la república en un todo homogéneo; empecemos, pues, de una vez a hacerlo parcialmente. ¿Por qué para las necesidades de la común defensa, no se hacen tres gobernaciones, tres grupos de provincias aliadas entre sí, y trabajando de consuno en obtener los mismos fines? No es la guerra lo que hay que temer inmediatamente; no es tampoco la iniciativa de la lucha la que nos incumbe. *Resistir*, he aquí en una palabra lo que haremos por largo tiempo.

Debe tenerse cuidado de no caer de nuevo en la red que, después de veinte años de sufrimientos, intentamos romper ahora. La pereza, la ignorancia y el egoísmo de las provincias han tejido la cuerda que las ha tenido atadas a Rosas. Obremos en todo sin olvidar un momento que vamos a constituirnos de una manera definitiva, y que esta tarea no ha de hacerse a bayonetazos ni por la voluntad de un solo hombre.

Aquel sistema de organización provisoria que proponemos, permitiría además concentrar medios de guerra que sin este requisito serían débiles. El general Urquiza está a la vanguardia con un ejército aguerrido, habituado por muchos años a triunfar, y dotado de elementos suficientes; mas ese ejército necesitaría otro de reserva en el norte, otro más en el occidente, a fin de que en el caso inconcebible (si no fuese Rosas capaz de todo) de invadir las provincias para forzarlas a encargarlo de las Relaciones Exteriores, o hacerlo presidente por derecho de conquista, estuviesen en aptitud de escarmentarlo. Es nuestra opinión muy meditada que deben formarse ejércitos en Cuyo y en Tucumán, compuestos de

contingentes de las provincias adyacentes, para prepararse con anticipación a las eventualidades del porvenir. No habrá guerra desde que cada parte del territorio esté en estado de rechazar las tentativas de invasión. Las provincias han sucumbido siempre en sus esfuerzos por asegurar sus libertades por dos causas; el aislamiento de cada una, y la falta de preparación para rechazar a los invasores. Todo se hace para el momento; siempre han estado creyendo que al día siguiente estaba todo terminado. Siempre los sucesos las han tomado de sorpresa.

Dada aquella organización parcial de las provincias mientras dure el estado que presentimos, pudiera además ponerse mano a la demolición del sistema de expoliación ejercido por las provincias entre sí, aboliendo de un golpe las aduanas interiores, y reconcentrando las exteriores en los puntos que la naturaleza indica. Que la primera provincia que retire el encargo fatal a Rosas, declare al mismo tiempo abolido todo peaje, todo derecho cobrado en su territorio sobre productos argentinos; que sea abolido el pasaporte; y se invite a todas las provincias aliadas a suscribir al mismo pacto. Es preciso entrar de lleno, de una vez en el goce de las ventajas que nos proponemos obtener, y acometer con mano firme la destrucción de los abusos. Esta conducta franca, a más de traer las ventajas comerciales que se apetecen, traerá una de un carácter político de mucha trascendencia. El pueblo, el traficante, el productor, el arriero, comprenderán, desde luego, por hechos prácticos y palpables, el interés que los liga a la causa que defienden sus gobiernos; entonces se apasionarán y trabajarán por ella; entonces se oírán uno de esos movimientos universales, como el de la independencia americana a la que contribuyeron todas las clases de la sociedad en masa. Si alguna provincia conserva, sus derechos y sus peajes, las otras sabrán por lo que en ella se les defrauda de su trabajo, donde está el enemigo que necesitan combatir. No se objete a esta idea la necesidad de proveer de medios a

los gobiernos para su sostén. Este es un error de óptica. La aduana, el estanco, el diezmo, no son más que modos de cobrar y recoger una renta que paga el pueblo consumidor. Si los efectos de mar llegan a poder del consumidor sin haber pagado derecho alguno, es claro que este tiene en su poder en propiedades y dinero, una cantidad igual al valor de los derechos no pagados. Si las provincias entran en pugna con Rosas, es precisamente para proveer *al cobro y distribución de las rentas generales* de la república con las cuales deben cubrirse todos los gastos de gobierno de las provincias, como sucede en Chile y en todos los países del mundo. Para conseguir este objeto, para librarnos de pagar diez veces derechos por una misma cosa importada, es que se trata de organizar y constituir el país; principiemos, pues, por el principio haciendo efectivo lo mismo que nos proponemos conseguir. Si una provincia se abstiene de arrancar a los transeúntes de otra un miserable peaje al pasar por ella, al mismo tiempo quitamos a Rosas los millones que nos arranca todos los años en la aduana de Buenos Aires.

El Entre Ríos y Corrientes organizarán su aduana marítima; Salta y Jujuy la terrestre para el comercio de tránsito; Mendoza y San Juan deben establecer una aduana general, no provincial, sino argentina, en Uspallata, desde donde puedan las mercaderías seguir libremente su destinación sin necesidad de más tramitación, ni resguardos, dando por libre o muy poco recargada de derechos, la exportación de productos nacionales para Chile, pues no debe hacerse distinción ninguna de provincias ni de procedencia. Los derechos sobre el comercio de Chile deben limitarse al seis por ciento, como hasta aquí, con respecto a todas las mercaderías, pues esta renta basta para las necesidades que ha de llenar, sin quitar al comercio la ventaja de baratura de precios, que es la única que puede hacer preferible una ruta a otra.

Sería, en efecto, sensible que los gobiernos de las provincias

argentinas no comprendiesen esta vez la grandiosa tarea que la Providencia les encomienda desempeñar, y malograsen por intereses mezquinos la brillante coyuntura que se les presenta para terminar con los abusos, miserias e iniquidades que se han ido acumulando en cerca de medio siglo de desórdenes y de tiranía; porque no nos cansaremos de repetirlo, toda la política, toda la energía brutal y toda la astucia de Rosas, se ha reducido en veinte años, a irse enredando cada vez más en las mismas dificultades con que tuvo que luchar al principio, sin crear nada, sin asentar nada, sin zanzar nada. *Albarda sobre albarda*. Tenía una guerra en 1842, tiene cinco entre manos en 1851; agobiábalo entonces una emisión de papel moneda de cincuenta millones, tiene hoy una de ciento seis; tenía entonces una provincia rica en ganados y un comercio floreciente; tiene hoy alzados los ganados y la bancarrota permanente en el comercio. Su poder se fundaba en el valor y obediencia de los hombres de algún mérito que le servían en los ejércitos, como el general Urquiza. Esos elementos se vuelven contra él y lo ponen a un dedo de su pérdida. A no ser que don Juan Manuel salga a campaña a pelear en persona, cosa que no ha hecho en su juventud, y que daría materia de risa, hoy sería esta una ocasión de que visitase sus provincias y conociese el reino que trata de dejarle a la amable Manuelita.

Pero sea de ello lo que fuere, organícense las provincias en grupos que puedan tomar la capacidad de Estados; formen lentamente ejércitos de reserva. Nadie ha visto a mañana, y Juan prevenido... Esos ejércitos además no han de ser inútiles. Organizada la república, quitado el necio y repugnante obstáculo que la retiene en la nulidad, las provincias tienen que cuidar de sus fronteras. Una línea de ocupación permanente ha de establecerse al sur de Córdoba, San Luis y Mendoza para asegurar el comercio y la población de la tierra. Este ejército tendrá por recompensa, a más de su paga ordinaria, lotes de estancias en el país que conquiste, en las fronteras,

organizándose en colonias militares.

Los pueblos del norte necesitan asegurar la navegación del Bermejo, por medio de fuertes y colonias en el Chaco. Cuando la república se constituya, no nos hemos de servir para todo esto de los ejércitos de Rosas, ni de los de ningún caudillo especial, si no queremos ser víctimas de ellos. Es preciso además que los honores y la elevación que tiene por recompensa de sus fatigas la carrera militar, no los monopolice la provincia de Buenos Aires. Mientras tengamos fronteras que guardar, orden que sostener, habrá soldados, y es bueno que desde ahora vayan los pueblos sembrando la semilla de que al fin se recogen los coroneles y generales. Es preciso ennoblecer la carrera de las armas; y para ello incorporar en el ejército los jóvenes de educación que se sientan con vocación militar. Los ejércitos de Belgrano y de San Martín se reclutaron en lo más distinguido de la población, y fueron por eso la gloria de la República Argentina y el terror de los españoles. Llámense al servicio a todos los antiguos militares argentinos que andan expatriados en América, y aun a los de las otras repúblicas que quieran tomar servicio. El día que Rosas sepa que en Cuyo y en Tucumán hay militares capaces, se ha de golpear la frente como don José Miguel Carrera, cuando llegó a la Majadita, seis leguas de distancia de San Juan, y supo que estaban a la cabeza de los paisanos armados de palos, Urdininea y once oficiales más, que se habían hecho venir por la posta.

Todas estas cosas es bueno decirlas a tiempo y llamar la atención sobre ellas. Inútil cosa nos parece ocultar una situación que de suyo se manifiesta a los ojos de todos. No sabemos cuáles son las provincias que han respondido al llamamiento del general Urquiza; lo que sabemos es que ninguna podrá evitar el ser arrastrada por el movimiento general. Hemos podido calcular el día y la hora en que el gobernador del Entre Ríos mandaría su declaración a los pueblos del interior, y preparado la opinión de los pueblos para

recibirla y comprender su importancia. Han de cometerse muchos errores; la vacilación y el temor oscurecerán los primeros pasos de muchos gobiernos; no sé si decir que habrá alguno que emprenda sostener por las armas que Rosas debe ser rey, o cacique, o el disparate que aquel atolondrado está revolviendo en su mente. Estas y más aberraciones que ocurran, no estorbarán que Montevideo sea intomable; que Entre Ríos y Corrientes estén separados de hecho y de derecho de la Confederación, ni que el Brasil tenga un ejército poderoso en sus fronteras y una escuadra imponente en las aguas del Plata para asegurar la independencia efectiva de Montevideo; y que el general Urquiza, Montevideo y el Brasil, estén unidos en un mismo propósito, sin contar con el Paraguay, aliado del Brasil, y la Francia de Montevideo. Dados estos antecedentes, la suerte de Rosas está decretada, y con él la de todos los miserables que coadyuvan a la prolongación de los males de nuestra patria. Estamos colocados en punto culminante para observar la conducta que guarda cada protagonista en aquel drama. Sabemos cuántos crímenes han cometido la ambición desenfrenada de los unos, las venganzas y las pasiones brutales de los otros. Sabemos cuánto debe perdonarse a la fragilidad humana y a las excitaciones de las pasiones de partido; pero sabemos también lo que se debe a la justicia y a la salvación de la patria, que puede sucumbir bajo el peso de la traición de un miserable, o del egoísmo de un cuitado, como una poderosa máquina estalla por la interposición de un grano de arena entre el juego de sus resortes.

FIN

Notas

[1] *Santiago, Imp. Liberal, 1841*. 31 pág. en 4.º No apareció más que la introducción. *El E*.

[2] Apareció en una hoja suelta, según se verá, en la *Bibliografía* al principio del tomo 1.º, y de esa hoja lo reprodujo el *Mercurio* de aquella fecha. *El E*.

[3] Resumen de las listas nominales de los argentinos recientemente llegados a la villa de los Andes:

General: 1

Coroneles: 6

Tenientes coroneles: 12

Mayores: 7

[4] Publicamos este extracto, de cuya autenticidad respondemos, para mostrar al pueblo de Santiago la malignidad con que algunos mal intencionados han procurado acreditar la invención de ser un pequeñísimo número de soldados los que habían pasado la cordillera, y hallarse en buen estado de salud, para amortiguar el honroso interés que este filantrópico pueblo había mostrado por las desgracias de nuestros compatriotas.

Capitanes: 22

Ayudantes: 24
Tenientes: 19
Alféreces: 20
Cura castrense: 1
Secretario del general: 1
Cirujano mayor: 1
Practicantes: 2
Ciudadanos, soldados en un cuerpo de preferencia: 21
Sargentos: 30
Cabos y cornetas: 34
Soldados: 165
Muertos por el hielo: 8
Total: 173

[5] Véase la *Bibliografía* en el tomo y de estas *Obras*.

[6] Introducción a una serie de artículos de don Vicente F. López sobre la *Revolución Argentina* que principiaron a salir en el *Progreso* de enero de 1843. Véase el t. III de estas *Obras*, nota [19]. *El E.*

[7] Periódico liberal que redactaban, según Briseño, don Juan Nicolás Álvarez y don José Zapiola. *El E.*

[8] Suscribieron este artículo, don Félix Frías, con las últimas letras de su nombre, y Sarmiento con las penúltimas. *El E.*

[9] En cuya ciudad se tuvo detenido al general Santa Cruz. *El E.*

[10] Señor don José S. Ramírez.

Santiago, mayo 26 de 1848.

Señor general:

Hace hoy diecinueve años que, en una tarde de aciaga memoria

para Mendoza, un oficial que me traía prisionero, me dijo: siga usted a ese jefe. Este jefe era usted, señor general, y el prisionero era yo. Llevome usted a su casa, y allí me salvó de correr la misma suerte de Albarracín, Sabino, Moreno, Carril y todos los jóvenes sanjuaninos que fueron fusilados por la orden que llegó de San Juan para que se fusilasen a todos los oficiales sanjuaninos que habían venido a secundar el movimiento de Mendoza que sucumbió en el Pilar. Vuelto a mi país, conservé siempre la memoria de este servicio que usted me había hecho, sin que jamás me hubiese sido dado manifestar a usted mi gratitud de una manera digna. Digo digna, porque cuando yo me hallaba en mi país y en actitud de valer, estaba usted prófugo; cuando yo sabía que usted estaba en Mendoza, yo estaba desterrado, y usted mandando. Conoce usted el orgullo de partido. Ofrecerle la expresión de mi gratitud cuando usted mandaba, habría sido pedir gracias a mi enemigo político; habría sido recomendarme a su indulgencia, y no lo habría hecho jamás a riesgo de pasar plaza de ingrato.

Era yo, por otra parte, demasiado oscuro entonces para que este paso de mi parte tuviera valor a los ojos de usted. Hoy usted y yo somos prófugos, desterrados, y está usted en mi patria; y no creyera poder saberlo sin avergonzarme, si no recordase a usted una buena acción que usted habrá olvidado quizá, pero que yo recuerdo con gratitud.

Escribo a mi familia y a mis amigos que le ofrezcan sus débiles servicios; y créame, general, deseo vivamente que me honre con su amistad y afecto, y me de ocasión, no de corresponderle su fineza, porque eso no es posible, sino de mostrarle que era digno de ella.

Remito a usted algunos opúsculos que he publicado, y en adelante le mandaré cuanto salga de mi pobre pluma.

La revolución de París cambia, general, la situación del mundo, y con ella la de la República Argentina y la del monstruo que la

ha envilecido. No se comprometa, general, en nada en lo sucesivo. ¡Veinte años de sacrificios de su parte, han tenido por recompensa el destierro! Se ha envejecido sirviendo una causa estéril, que no ha dado sino crímenes, persecuciones y sangre; y después de veinte años, estamos como en el primer día. Se han exterminado algunos millares de guerreros, algunos centenares de hombres de talento, y sin embargo, las resistencias no han cesado, ese gobierno y ese sistema de cosas no ha triunfado, y está hoy más que nunca lejos de establecerse; prueba evidente de que ese sistema era contra la naturaleza, la justicia y el derecho. Usted lo ha visto, el gobierno más poderoso del mundo ha caído en una hora, porque quiso negar a los ciudadanos el derecho de expresar públicamente sus pensamientos; y con la caída de aquel gobierno, la violencia y la coerción son hoy imposibles en la tierra; el despotismo de Rosas será imposible, no por las resistencias armadas de sus enemigos, ni por las armas coaligadas de las potencias extranjeras; caerá por el ridículo, por el oprobio, por la humillación, por la esterilidad de los resultados obtenidos en 20 años de desastres, de persecución y de crímenes.

Yo me apresto, general, para entrar en campaña. No crea usted que es mi objeto, no lo crea usted, ir a esas pobres provincias a luchar personalmente con las pasiones y con el poder estúpido de la fuerza material. Sería vencido, me deshonoraría. Mis miras son más elevadas, mis medios más nobles y pacíficos. Si los argentinos no han caído en el último grado de abyección y de embrutecimiento, la razón tendrá influencia sobre ellos, la verdad se hará escuchar y un día nos daremos un abrazo!

Para entonces, general, ofrezco a usted todo cuanto yo valgo, y se lo ofrezco con tanto más gusto, cuanto que tengo la íntima convicción de que es fatal, inevitable, el caso que ha de llegar en que pueda serle útil a usted y a todos sus amigos.

Aprovecho, general, esta ocasión para repetirme de usted afectísimo amigo y servidor.

Domingo F. Sarmiento.

[\[Volver\]](#)

[\[11\]](#) Que insertó la [circular](#) a los gobernadores.

[\[12\]](#) Director del 23 de marzo de 1835.

[\[13\]](#) Sesiones publicadas en *La Gaceta Mercantil*.

[\[14\]](#) Según aquellos datos, de 1822 a 1825 inclusive, se importaban a Buenos Aires por 10.811.762 yardas de tejidos de algodón. De 1834 a 1847, subió la importación de los mismos artículos a 18.251.764.

De 1822 a 25 se importaron 139.037 yardas de tejidos de lana, paños etc. En proporción del aumento que de 1834 a 37 tuvieron los tejidos de algodón, los de lana debieron subir a 250.000 yardas; pero lejos de aumentar, bajaron a 100.183 yardas.

De 1822 a 1825, el consumo de sederías ascendió a 16.612 libras esterlinas. En proporción del aumento de consumo de algodones, la importación de las sedas, debió ser de 1834 a 1837, de 27.000 libras esterlinas, y no fue sino de 15.047.

Así, pues, por las observaciones de Parish, resulta que las clases que consumen paños y sedas, habían disminuido en 10 años; mientras que las que consumen quimones y lienzo, habían aumentado; esto es, que el número de los ricos había disminuido, y los pobres duplicándose; que la civilización había retrogradado en diez años, y la barbarie crecido bajo la administración de Rosas.

Para darnos una idea aproximativa de los efectos del gobierno sobre el consumo de artefactos europeos, tomemos una sociedad en su crecimiento normal.

Los Estados Unidos importaron en:

Tejidos de algodón

De 1822 a 1825, en término medio, valor de... 10.951.784

De 1834 a 1837... 13.634.923

Tejidos de lana

De 1822 a 1825... 10.075.700

De 1834 a 1837... 14.823.511

Sederías

De 1812 a 1825... 7.765.955

De 1834 a 1837... iii16.252.386!!!

De donde resulta que las clases ricas aumentaban en la proporción de 7 a 16 para el consumo de las sederías y objetos de lujo. ¡He aquí la obra del gobierno que sería una calamidad para la Inglaterra que desapareciese!

Los resultados generales de la importación inglesa producen el mismo resultado ruinoso. El término medio hasta 1825 fue de 4.521.695 pesos; el de 29 hasta 37, fue de 3.216.455 pesos, que es la mitad menos de lo que debió ser, atendido el crecimiento natural de la sociedad, si no hubiese sido detenido. Otro tanto sucede con las importaciones francesas. En 1822 montaban a 820.110, mientras que de 29 a 1837 bajo el sistema barbarizador, bajan en término medio a 812.485 pesos.

[\[Volver\]](#)

[\[15\]](#) Parish, *Buenos Aires and the provinces of the Río de la Plata*.

[\[16\]](#) Véase *Sigue la danza* en el vol. 2.º de *Pol. Argentina*.

[\[17\]](#) Arenales. Noticias históricas y descriptivas sobre el gran país del Chaco y río Bermejo, con observaciones relativas a un

plan de colonización y navegación, pág. 58, edición de 1833.

[18] El cuatro por ciento, como se verá más adelante. *El autor*.

[19] Real decreto en que S. M. ha resuelto ampliar la concesión de comercio libre, contenida en decreto de 16 de octubre de 1765, instrucción de la misma fecha y demás resoluciones posteriores, que solo comprendieron las islas de Barlovento y provincias de Campeche, Santa Marta y Río del Hacha, incluyendo ahora la de Buenos Aires, con internación por ella a las demás de la América Meridional y extensión a los puertos habilitados en las costas de Chile y el Perú, etc., etc.; expedido en 2 de febrero de 1778. *El autor*.

[20] Los cuerpos grasosos, según las investigaciones hechas por M. Chevreul y adoptadas por la ciencia actual, son la *oleína*, la *margarina* y la *estearina*. Estos elementos entran en diversas proporciones en los aceites, en la esperma, en los sebos. Cuando la oleína domina, el cuerpo grasoso es fluido a la temperatura ordinaria; es sólido si los otros dos elementos predominan. Las velas de estearina se producen separando la oleína contenida en el sebo. Bajo la influencia de los álcalis, aquellas tres sustancias se convierten en ácidos, que toman nombres análogos; ácido esteárico, margárico, etc. Estos ácidos se combinan con la soda o la potasa, para producir cuerpos nuevos solubles en agua, verdaderas sales para el químico, y aplicables a la industria bajo el nombre de jabones.

[21] Ajustado en Santiago el 20 de noviembre de 1826, entre D. Ignacio Álvarez y el ministro de hacienda D. Manuel José Gandarillas.

[22] *Civilización y barbarie*, pág. 308, edición de 1845.

[23] *Mensaje*, pág. 228.

[24] *Presse* del 10 de enero de 1851.

[25] Redactor del Congreso Nacional, Buenos Aires, mayo 1.º de 1816, pág. 6.

[26] Suprimimos, por no tener ya objeto su reproducción, cuatro páginas con los nombres de obras y autores que tratan de la historia civil y natural, y de la geografía del territorio del Río de la Plata. *El Editor*.